

# CATECISMO

DE

# PERSEVERANCIA

Ó EXPOSICION HISTÓRICA, DOGMÁTICA, MORAL, LITÚRGICA,
APOLOGÉTICA, FILOSÓFICA Y SOCIAL

## DE LA RELIGION,

DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS,

**POR EL ABATE J. GAUME,**

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE NEVERS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SAN SILVESTRE, SOCIO
DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA DE ROMA, ETC.

Sexta edicion, revisada y aumentada con notas sobre la geología,
y una tabla general de materias.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS
POR
D. FRANCISCO ALSINA Y D. GREGORIO AMADO LARROSA.

TOMO VII.




BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
CALLE DE ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.
1857.



# CATECISMO

DE

# PERSEVERANCIA.

---

TOMO VII.

*Varios Prelados de España han concedido 2320 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la* LIBRERÍA RELIGIOSA.

# CATECISMO

DE

# PERSEVERANCIA

Ó EXPOSICION HISTÓRICA, DOGMÁTICA, MORAL, LITÚRGICA,
APOLOGÉTICA, FILOSÓFICA Y SOCIAL

## DE LA RELIGION,

DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS,

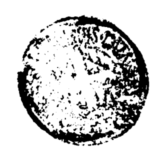
**POR EL ABATE J. GAUME,**

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE NEVERS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SAN SILVESTRE, SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA DE ROMA, ETC.

Sexta edicion, revisada y aumentada con notas sobre la geología,
y una tabla general de materias.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS
POR

D. FRANCISCO ALSINA Y D. GREGORIO AMADO LARROSA.



Iesus Christus heri, et hodie : ipse et in saecula. (*Hebr.* XIII, 8).
*Jesucristo ayer y hoy : él mismo tambien en los siglos.*
Deus charitas est. (*I Ioan.* IV, 8).
*Dios es caridad.*

## TOMO VII.

*Con aprobacion del Ordinario.*

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
calle de Robador, núm. 24 y 26.

1857.

# CATECISMO DE PERSEVERANCIA.

## PARTE CUARTA.

### LECCION I.

**CULTO EXTERNO, Ó EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.**

**El abogado y el matemático.—Definicion del culto interno y externo; su orígen.—Ceremonias, ritos, liturgia.—Necesidad del culto externo para el hombre y la sociedad.—Primer beneficio del culto externo: hace palpables á nuestros sentidos todas las verdades de la Religion, así en la época de los Patriarcas, como en la de la ley de Moisés y en la del Evangelio.**

«¿Sois por ventura un ángel? ¿Sois acaso mera y simplemente «un espíritu?» Tales fueron las palabras que, aunque no dirigidas á mí, llegaron á mis oidos al tomar asiento en un carruaje público que emprendia la marcha hácia la capital, durante el mes de setiembre del año próximo pasado; una sonrisa burlona, cuyo misterio me maravilló en un principio, acompañaba á aquellas palabras al pasar de boca en boca, hasta que por último me atreví á preguntar en qué consistia el enigma á uno de mis nuevos compañeros de viaje, el cual me contestó: «Ya habréis visto á los dos caballeros que acaban «de apearse en la posada; pues bien, el mas entrado en años es un «abogado de París, y el otro uno de los mas célebres matemáticos «de nuestra época; su superioridad, su gran facilidad en producirse «les han hecho dueños de la conversacion, y nadie en su presencia «osaba decir una palabra. La vista de una iglesia que hemos divi«sado por la portezuela ha sido causa de que se hablase de Reli-

«gion.» «¿De que sirven las iglesias? ha preguntado el abogado; «el universo es el único templo digno del Ser supremo; además, «¿qué significa todo el aparato exterior desplegado por los Católicos «en sus ejercicios religiosos? ¿á qué conduce si no es á materializar «la Religion?

—«Hasta este momento, ha contestado gravemente el geómetra, «os he tomado por un hombre, pero ahora conozco que sois un án- «gel.—Si ángel hay aquí, ha replicado cortesmente el abogado, «sóislo vos, señor matemático.—Así pues, repuso este, ¿consen- «tís en contaros entre los indivíduos de la especie humana? En este «caso me permitiréis que observe en vuestras palabras una ligereza «extremada, lo que me hace creer que vuestros estudios religiosos «no están, respecto de los demás que habréis hecho, en la propor- «cion de uno á mil. Á no ser, pues, repito, que seais un ángel, uno «de aquellos espíritus puros que ven la verdad frente á frente, por- «que nada tienen de comun con la materia, no podeis menos de con- «testar afirmativamente á las siguientes preguntas:

«¿Es cierto que debamos de necesidad aceptar el hombre tal co- «mo en sí es, es decir, un compuesto de cuerpo y de alma?

«¿Es cierto que nuestros sentidos sean los órganos de nuestras «percepciones?

«¿Es cierto que nuestra alma dependa de nuestros sentidos de un «modo tal que solo lo que les hiere la conmueve?

«¿Es cierto que el hombre deba á Dios el homenaje de su ser en «un todo?

«¿Es cierto que diariamente, en el tribunal, acompañeis vuestro «elocuente decir con imágenes *sensibles*, con gestos é inflexiones va- «rias; es decir, que os valgais de todos los medios para hablar *á los* «*sentidos* de vuestro auditorio, á fin de cautivarle, de conmoverle, «y de hacer pasar á su alma la conviccion que abriga la vuestra?

«¿Es cierto que en el tribunal useis un traje particular, que ob- «serveis ciertas fórmulas solemnes y sagradas, á fin de inspirar ma- «yor respeto hácia los jueces y sus fallos?

«¿Es cierto que en vez de administrar justicia al aire libre, os reu- «nís en edificios espaciosos, cómodos y adornados con elegancia, ya «á fin de que sea oida la voz de los magistrados, ya á fin de que ni «los justiciables ni vosotros os halleis expuestos á la intemperie de «las estaciones?



«Ahora bien, decidme : ¿Qué es todo esto, sino el culto exterior «de la justicia humana? y ¿qué otra causa reconoce cuanto he di- «cho, á no ser la de que tratais, no con Ángeles, sino con hombres, «es decir, con criaturas corpóreas, que solo se dejan guiar por los «sentidos?

«De modo, señor abogado, que si persistís en condenar el culto «exterior de la Iglesia, debeis, para ser consecuente con vos mis- «mo, empezar por eliminar de vuestros discursos cuanto habla á los «sentidos; del tribunal, todos los ritos y costumbres consagradas; «de la administracion de justicia, todas las formas exteriores desti- «nadas á inspirar respeto hácia los magistrados y las leyes; los pa- «lacios en que estais al abrigo del calor, del frio, del granizo, de la «nieve y de la lluvia; ó mejor, haced que el hombre sea un ángel, «y entonces os será dado suprimir el culto externo; pero mientras «el hombre cuente únicamente con una inteligencia *servida* y las mas «de las veces *avasallada* por órganos, es relegar la Religion á la re- «gion de la luna el pretender reducirla á lo puramente espiritual.»

«Una sonrisa general de aprobacion acogió las palabras del ancia- «no matemático, y el abogado procuró tocar mas que de prisa reti- «rada y llevar la conversacion á otro terreno; en esto estábamos «cuando la trompeta del conductor señaló la llegada á la posada; am- «bos caballeros se apearon, y esperamos que acabarán de hacer las «paces en la mesa redonda.»

Sin embargo, arrostrando el riesgo de turbar la digestion del *angélico* adversario de nuestros ritos y ceremonias, vamos á retarle de nuevo al combate; y no se crea que sea nuestra intencion confundirle, ni á él ni á cuantos participan de sus preocupaciones; no, nuestro deseo es instruir á todos, poniendo de manifiesto la necesidad, la belleza y la santidad del culto externo de la Iglesia católica, así como los beneficios que él mismo reporta.

1.° **Definicion y orígen del culto.** — Primeramente, ¿qué se entiende por estas palabras: *culto externo, ceremonias, ritos, liturgia?*

En todos los idiomas *culto* significa *honor, respeto, veneracion, reverencia, servicio;* y en el idioma religioso llamamos *culto interno* á los sentimientos de fe, de admiracion, de respeto, de gratitud, de confianza, de amor, de sumision que debemos abrigar para con Dios, en cuanto reconocemos en él todas las perfecciones; al paso que calificamos de *culto externo* los signos sensibles por medio de los cuales ma-

nifestamos estos mismos sentimientos, como son las genuflexiones, las reverencias, las oraciones, los votos y las ofrendas, enseñando empero, que cuando tales manifestaciones no van acompañadas de los sentimientos del corazon, no debemos considerarlas como un culto verdadero y sincero, sino de pura hipocresía; vicio que Nuestro Señor Jesucristo y los Profetas echaron en cara con frecuencia á los judíos.

Reconocemos un *culto supremo*, que se compone de los sentimientos y manifestaciones debidas solamente á Dios; un *culto inferior* y *subalterno* que tributamos á los Ángeles y á los Santos, y por el cual respetamos y honramos en los Ángeles y en los Santos las gracias sobrenaturales que Dios les ha concedido, la dignidad á que les ha elevado, y el poder que les ha conferido. Semejante culto inferior era ya un precepto y se practicaba entre los judíos, á quienes Dios dijo: *Reverencia á mi Ángel, porque mi nombre está en él* [1]. Vemos á la mujer de Samaria prosternarse ante Eliseo, el cual acababa de resucitar á su hijo, para honrar en él la calidad de *santo profeta*, de *varon de Dios*, y el poder de obrar milagros [2]. Del mismo modo, en el órden civil puede llamarse *culto supremo* el que se tributa al rey, y *culto inferior* ó *subalterno* el que se tributa á sus ministros.

Además, es preciso advertir que en la sociedad civil se emplean frecuentemente iguales demostraciones exteriores, así para revelar un *culto inferior*, como para tributar un *culto supremo*, en cuyo caso la intencion es la única que determina la significacion de los homenajes; lo mismo en presencia de los grandes que en presencia de los Reyes nos inclinamos, nos descubrimos, nos arrodillamos ó nos prosternamos, sin que por ello sea nuestra intencion tributar á los primeros igual honor que á los segundos. En la Religion sucede lo mismo respecto de Dios y respecto de los Ángeles y de los Santos, consistiendo toda la diferencia en la fórmula de las oraciones, pues al paso que pedimos á Dios que nos *conceda* sus gracias por sí mismo, suplicamos á los Ángeles y á los Santos que nos hagan *obtenerlas* por su intercesion, lo que, como se ve, es muy distinto.

Finalmente distinguimos un *culto absoluto* y un *culto relativo*, distincion admitida tambien en el órden civil: los honores tributados al rey constituyen un *culto civil absoluto*, en cuanto terminan en él; mas el respeto que se tiene por su efigie, por su ministro ó por su embaja-

[1] Exod. XXIII, 21.
[2] IV Reg. IV, 9, 37.

dor, es un *culto relativo*, pues no son honrados por lo que son en sí, sino por consideracion al rey. Lo mismo sucede en el órden religioso.

El culto relativo estaba mandado y se practicaba entre los judíos: *Adorad el estrado de los piés del Señor, porque es santo, adorad su santo monte* [1]; de modo que cuando los judíos se prosternaban delante del arca de la alianza, delante del templo, delante de la montaña de Sion; cuando se volvian hácia ella para orar, no entendian tributar culto á la montaña, al templo, ni al arca, sino á Dios que estaba en ellas presente. Del mismo modo nosotros al prosternarnos delante de la imágen del Salvador ó delante de su cruz, no pretendemos que termine nuestro culto en aquellos símbolos, sino que lo dirigimos al mismo Jesucristo. ¿Acaso no dijo él mismo que el culto que se tributa á sus Santos asciende hasta él? *Quien á vosotros oye á mí me oye, quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia, quien á vosotros recibe, á mí recibe* [2]. Así pues, el culto interno y externo, supremo ó subalterno, absoluto ó relativo, es una ley de la humanidad, practicada universalmente en el órden civil lo mismo que en el órden religioso, y al prescribirlo no carece la Iglesia ni de razon ni de ciencia.

El culto externo no se ejerce sin ceremonias; y por ceremonias religiosas entiéndense *ciertas acciones misteriosas y exteriores establecidas para acompañar el culto divino, y hacerle mas augusto y expresivo.*

Las ceremonias son acciones misteriosas, es decir, que encierran y expresan un sentido oculto, semejantes á un transparente velo que deja entrever cosas puramente espirituales: si veo á un hombre que se prosterna, no es necesario que nadie me diga que mueve su corazon un sentimiento de respeto y de sumision; su *ceremonia* me lo indica; si eleva sus ojos y manos al cielo, comprendo que lo invoca; si golpea su pecho, conozco que siente arrepentimiento. No existe ni un solo sentimiento que no se muestre exteriormente por algun gesto particular; en tanto es esto verdad, que las ceremonias son naturales al hombre, y que abrigamos en nosotros mismos su sentimiento é inteligencia: por esto es que la palabra *ceremonia* significa *manifestacion del corazon* [3].

[1] Psalm. XCVIII.

[2] Luc. X, 16; Matth. X, 40. Véase Bergier, *Diccionario de teología*, art. *Culto*; Jauffret, *Del culto público.*

[3] Derívase de *car*, *ker*, el corazon, y de *moneo*, advertir, manifestar, dar á conocer. Véase á Bergier, art. *Ceremonias.*

Fundadas las ceremonias en la naturaleza del hombre, han estado en uso en todos los pueblos, así en las sociedades civiles como en la Religion; segun confesion de los mismos impíos son absolutamente necesarias, pues así como las señales exteriores de mútua benevolencia suavizan las costumbres, así tambien las demostraciones de respeto hácia la Divinidad hacen al hombre religioso.

Si bien las ceremonias son naturales al hombre, no quiso Dios que las de su culto quedasen abandonadas á los caprichos, á la ignorancia y á las pasiones de los indivíduos y de los pueblos; por ello debemos darle gracias; pues arrojad una mirada sobre la historia de las naciones antiguas y modernas, y decid si las ceremonias, ya infames ó crueles, las mas de las veces ridículas y siempre supersticiosas de las religiones paganas y de las sectas herejes, no prueban evidentemente la necesidad de que Dios determinase las fórmulas exteriores de la Religion. Además, ¿á quién sino á Dios y á los depositarios de su autoridad corresponde el prescribir el modo como quiere ser servido, así como corresponde á los Reyes de la tierra el decretar el ceremonial de su corte? En un principio, el Señor, mostrándose celoso de tan sagrado derecho, quiso ejercerlo en persona, así es que al dar su ley á Moisés, prescribe por sí mismo los mas pequeños detalles del culto; mas tarde su divino Hijo ordena las principales ceremonias de la Iglesia católica, dejando á sus Apóstoles y sucesores, dirigidos por su espíritu, el cuidado exclusivo de establecer las demás; de modo, que nada es mas falso que lo que sin cesar repite la mundana ligereza, á saber, que el modo exterior de honrar á Dios es indiferente y potestativo. Para ser agradables á Dios, las ceremonias deben practicarse segun las prescripciones del mismo Dios ó de sus ministros, y este es el orígen del rito.

Llámase *rito* á una *costumbre ó ceremonia conforme al órden prescrito;* la palabra rito se deriva del latin *ritę* ó *recte,* lo bien hecho, lo que no se aparta del órden; así es que los ritos católicos son las ceremonias religiosas del modo como están prescritas por la Iglesia católica, y el *rito romano,* el *rito milanés,* el *rito parisiense,* el *rito lyonés,* son las ceremonias tales como están establecidas en Roma, en Milan, en París y en Lyon [1].

El culto exterior, las ceremonias y los ritos se refieren directa ó

[1] Festo, autor gentil, llama *Rituales* á los libros que contenian las ceremonias para la consagracion de las ciudades, de los templos y de los altares; nos-

indirectamente al acto por excelencia de la Religion, al augusto sacrificio de la misa, pues en el Cristianismo, considerado interior y exteriormente, Jesucristo es el término final al cual todo se reune; de aquí el nombre de liturgia dado al conjunto de ceremonias y oraciones que componen el culto exterior de la Iglesia católica.

*Liturgia* es una palabra griega que significa *obra pública, obra por excelencia*, y esto es lo que se llama en francés *le service divin, servicio divino;* la misa ó consagracion de la Eucaristía es la *liturgia* propiamente dicha, en cuanto es la parte mas augusta del servicio divino, y esta es la causa por que los libros que explican el modo de celebrar los santos misterios reciben el nombre de *liturgias* [1].

otros entendemos por ritual el libro que enseña el modo de administrar los Sacramentos.

Llámase *rito muzárabe* al seguido por las iglesias de España desde principios del siglo VIII hasta fines del XI. Despues que los árabes se apoderaron de España en el año 712, los españoles que sufrieron su dominacion recibieron el nombre de *muzárabes*, es decir, árabes externos, para distinguirlos de los árabes de orígen; segun el cardenal Bona, la palabra muzárabe significa mezclado con los árabes : *cum arabibus mixti.* Este rito es conocido igualmente con el nombre de *gótico* por haberlo seguido los godos, convertidos al Cristianismo y dueños de España hasta la invasion de los moros.

Llámase *Sacramental* el libro que contiene las oraciones y palabras que los Obispos y presbíteros recitan al celebrar la misa y al administrar los Sacramentos.

*Misal.* Nadie ignora que es el libro que contiene cuanto se dice en la misa durante el curso del año; dícese Misal romano, gótico ó muzárabe, galicano, parisiense, para indicar el que se usa en estos diferentes países.

*Antifonal* ó *antifonario.* Así era llamado antiguamente el libro que contenia cuanto debia cantarse en el coro durante la misa, con motivo de que los introitos tenian por título *Antiphona ad introitum;* mas desde mucho tiempo se conoce con el nombre de Antifonario el libro que contiene únicamente las antífonas de Maitines, de Láudes y de las demás horas canónicas.

*Órden romano.* Es el libro que expresa el modo de celebrar la misa y los oficios de los principales dias del año, especialmente los de los cuatro últimos dias de la Semana Santa y de la octava de Pascua.

*Ordinario de la misa.* Llámase así lo que se dice en cada misa para distinguirlo de lo que es propio de las fiestas y otros dias del año.

*Horas.* Son los libros que contienen, además de los oficios de las principales fiestas y del ordinario de la misa, oraciones sobre varios puntos; llámanse Horas porque el oficio elesiástico se divide en diferentes horas : Maitines, Láudes, Prima y Tercia, etc.

1 Véase á Bergier, art. *Liturgia*, y el P. Le Brun, *Ceremonias de la misa*, pág. 1.



2.° Necesidad del culto. — Despues de haber explicado la definicion y el orígen divino del culto externo, preciso es hablar de su objeto y de su necesidad. Segun el apóstol san Pablo el mundo visible es un espejo en el cual se refleja el mundo invisible; las maravillas que nos rodean, y que nuestros ojos ven, nos revelan verdades que nuestros ojos no ven, como son: Dios, su unidad, su poder, su sabiduría, su bondad y su providencia [1].

Ahora bien, el culto externo es á las verdades y á los preceptos de la Religion, lo que el mundo visible es al invisible: un espejo en el cual vemos las verdades de órden sobrenatural, así como vemos en el mundo físico las verdades de órden natural. Por medio del culto externo se hacen sensibles y hasta palpables los dogmas de la fe y los preceptos de la moral; la caida del hombre, su redencion, sus inmortales esperanzas, sus deberes, su dignidad; ¿qué mas puedo decir? el culto externo es á la Religion lo que la palabra es al pensamiento, es decir, su expresion genuina y verdadera, ya dulce, ya alegre, ya terrible segun la naturaleza de las verdades que expresa. En una palabra, el culto externo católico es el Cristianismo presentado á los sentidos, razon por la cual hemos dado á nuestras lecciones en esta parte IV el título de *El Cristianismo sensibilizado*. Sentado esto, dirémos que el culto externo es necesario al hombre y á la sociedad.

Necesario al hombre, 1.° porque el hombre no es puramente espíritu. Compuesto de un cuerpo y de una alma, necesita signos exteriores así para manifestar sus sentimientos, como para conocer los de los demás, siéndonos imposible experimentar vivos sentimientos de amor, de alegría, de temor, de esperanza, de admiracion, sin recurrir al momento á signos exteriores propios para revelarlos exteriormente. Hay mas; los sentimientos que debemos abrigar para con Dios nacerian con dificultad en el corazon de la mayor parte de los hombres, ó nacidos serian de corta duracion, á no emplear signos exteriores para excitarlos, alimentarlos y comunicárselos unos á otros; lo que no hiere nuestros sentidos jamás produce en nosotros una impresion viva y duradera.

Una de las razones fundamentales del culto externo es la siguiente: «Constituido el hombre de modo, dice el santo concilio de Tren«to, que difícilmente puede elevarse sin el auxilio de signos sensi«bles á la meditacion de las cosas divinas, la Iglesia, como una tier-

[1] Rom. I, 20.

«na madre, ha establecido ciertos ritos, ha ordenado que ciertas «partes de la misa se digan en voz baja y otras en voz alta; ha «instituido ciertas ceremonias, tales como las bendiciones misterio- «sas, los cirios, el incienso, los hábitos y muchas otras cosas, con- «forme todo con la disciplina y la tradicion apostólicas [1].» El objeto de todo esto es poner en relieve la majestad del augusto sacrificio, é inducir el alma de los fieles, por medio de aquellos visibles signos de piedad y de religion, á la contemplacion de los profundos misterios que en el Cristianismo se ocultan.

Los impíos están, acerca de este punto, enteramente de acuerdo con nosotros, así en sus palabras como en su conducta. «La Religion, «dice uno de ellos, reducida á lo puramente espiritual, no tardaria «en quedar relegada á la region de la luna.» «Los dogmas, dice «otro, han desaparecido junto con los signos exteriores que los ates- «tiguaban;» y cuando á fines del último siglo los discípulos de aquellos hombres que tan bien razonaban quisieron destruir la Religion entre nosotros, ¿por dónde empezaron? por el culto externo; primero ridiculizaron las ceremonias para derribar luego los templos, las cruces y los altares.

Sin embargo, en vano quiere el hombre luchar con la naturaleza; apenas los implacables enemigos del culto externo empuñaron las riendas del Gobierno, cuando conocieron la necesidad de ritos públicos y solemnes, y para convertir á los pueblos á su moral apresuráronse á practicar lo mismo que en los Católicos condenaban, llamando en su auxilio el culto externo, con la diferencia empero de que cambiaron el objeto inmortal, tributándolo á las humanas virtudes, que nada son separadas de su Autor.

En sus obras y en sus liceos hacian burla del culto de los Santos, y le sustituyeron el de los héroes, á semejanza de los gentiles, que solo concedian los honores del apoteosis á las acciones deslumbradoras y á los genios los mas de las veces devastadores de las naciones. Reíanse de la piedad de los Católicos por los preciosos restos del hombre justo, y tributaron á sus grandes hombres honores cási divinos; y finalmente, ¿hay acaso ni una sola parte del culto católico de que no hayan hecho uso para revestir sus instituciones de mas favor y crédito, para que mas deslumbrasen el espíritu de la multitud? Los himnos, los cánticos, los altares, las tablas de la ley, el ar-

[1] Sess. XXII, c. 5.

ca de la constitucion, los candelabros, el sagrado fuego, el uso de los perfumes, los dias de fiesta, las figuras de la libertad y de la igualdad, los genios tutelares y los demás emblemas de la revolucion, ¿no son por ventura una série de ceremonias religiosas tan externas como las de los demás cultos?

2.° El culto externo es necesario al hombre, en cuanto este, compuesto de una doble sustancia, debe á Dios el homenaje de todo su ser, es decir, de su cuerpo y de su alma; esta honra á Dios por medio del culto interno, y aquel le honra á su manera por medio del culto externo, siendo de advertir que no es únicamente su cuerpo el que el hombre somete y ofrece á Dios al doblar la rodilla ó al prosternarse ante él, sino todo el mundo material, del cual el cuerpo humano es el misterioso compendio. Así pues, por el culto interno y externo, la creacion toda vuelve á Dios purificada, ennoblecida, santificada, divinizada en cierto modo, y Dios goza por medio del hombre de la plenitud de sus obras.

3.° El culto externo es necesario al hombre para mantener el culto interno, de modo que el uno no puede existir sin el otro. Dios, al asociar la materia al espíritu, la ha asociado á la Religion tan admirablemente, que cuando el alma carece de libertad para satisfacer su celo valiéndose de la palabra, de las manos, de las genuflexiones, se siente como privada de una parte del culto que desea tributar y de la que mas consuelos le daria; mas si está libre, si lo que en su interior experimenta la conmueve y arroba vivamente, entonces sus miradas fijas en el cielo, sus manos tendidas, sus cánticos, su humilde postura, sus adoraciones variadas hasta lo infinito, las lágrimas que el amor y el arrepentimiento hacen brotar de sus ojos, alivian su corazon y suplen en cierta manera su impotencia; pareciendo no que el alma asocia al cuerpo á su fervor y religion, pero sí que el cuerpo se apresura á acudir á su auxilio supliendo lo que al espíritu no le es dado practicar; de modo que en la accion no solo la mas espiritual sino tambien la mas divina, la comunion, el cuerpo es el que hace las veces de ministro público y de presbítero, así como en el martirio el cuerpo es el testigo visible y el defensor de la verdad contra todos los ataques [1]. Además, ¿no nos enseña la experiencia de cada dia que el descuido en el culto externo es precursor de la ruina del interno? ¿Cuál es, decidme, si por acaso lo sabeis, cuál es

[1] *Enciclopedia*, art. *Religion*.

el culto interno tributado á Dios por esos hombres indiferentes á nuestro culto exterior? ¿Á qué se reduce su religion? Á juzgar por su conducta es evidente que se reduce á nada.

En resúmen, el culto externo es necesario al hombre para manifestar, para completar y para alimentar el culto interno; de lo cual nace este razonamiento: No hay Dios sin Religion; no hay Religion sin culto interno; no hay culto interno sin culto externo; luego siendo el hombre un compuesto de dos sustancias, no puede haber Religion, no puede haber Dios sin culto externo. Así pues, la necesidad del culto externo está fundada en la naturaleza del hombre y en la naturaleza de Dios.

Hemos dicho que el culto externo es necesario á la sociedad, pues siendo Dios el autor de los pueblos y de las sociedades, lo mismo que de los indivíduos, tiene derecho á sus homenajes; personas morales, personas públicas, solo con adoraciones públicas pueden pagar á Dios su tributo. Un pueblo sin culto público seria un pueblo ateo, y como jamás existió un pueblo ateo, de aquí es que ha debido haber un culto público desde el principio del mundo. Añádase á esto que en todos los países el culto público es un beneficio para las naciones, las cuales no pueden vivir sin él, como se prueba por el siguiente raciocinio: No puede haber sociedad sin Religion; no puede haber Religion sin culto interno; no puede haber culto interno sin culto externo, pues segun afirman los mismos impíos la Religion reducida á lo puramente espiritual no tardaria en quedar relegada á la region de la luna; luego sin culto externo no puede haber sociedad. Una sociedad es tanto mas ilustrada, mas próspera, mas tranquila y mas fuerte, en cuanto su culto externo ès mas perfecto y mejor observado.

3.° Beneficios del culto. — De la necesidad del culto *externo* ya para el hombre, ya para la sociedad, pasemos á sus beneficios.

Primer beneficio: el *culto* externo, y entiéndase que hablamos exclusivamente del culto católico, *recuerda y establece todas las verdades, base de la conducta y salvaguardia de la sociedad.* Sigámosle sino rápidamente desde su orígen hasta nuestros dias. En tiempo de los Patriarcas, en la primera edad del mundo, cuando la idolatría se extendia por todas partes, el culto externo tenia por objeto inculcar á los hombres el dogma esencial de un solo Dios, criador y conservador del universo, señor absoluto de la naturaleza, sumo dispensador de bienes y de males, protector de las familias, vengador del

crímen y remunerador de la virtud; recordarles que el hombre es pecador y que como á tal necesita perdon, y si fuéramos á examinar una por una todas las ceremonias, aun las mas insignificantes en apariencia, veríamos que todas tendian á estrechar entre ellos los lazos de la amistad fraternal. El culto externo libró á los primeros hombres de la idolatría y de los crímenes que á la misma siguen, pues necesitando el hombre de ritos exteriores, no puede ser preservado de las ceremonias supersticiosas sino por medio de prácticas santas y razonables.

Bajo la ley de Moisés, cuando los hombres abandonando el estado doméstico pasaban al estado nacional y deificaban á sus príncipes y á sus reyes, los ritos religiosos recordaban á los judíos que Dios es no solo el único señor de la naturaleza, sino tambien el legislador supremo, el fundador y el padre de la sociedad civil, el árbitro de las naciones, de cuya suerte dispone como mejor le place, recompensándolas con la prosperidad y castigándolas con calamidades. La mayor parte de las ceremonias judías eran otros tantos monumentos de hechos milagrosos que probaban la mision de Moisés, la especial proteccion de Dios sobre su pueblo, la certeza de las promesas que el Señor les hiciera, y por lo tanto debian librar á los judíos de los errores generales en que cayeron los demás pueblos, de los dioses locales, indígenas ó nacionales, á los que ofrecian su incienso los gentiles. En prueba de lo dicho, el mismo Dios manifiesta por medio de sus Profetas, que prescribió á los judíos tan numerosas ceremonias solo con objeto de refrenar su inclinacion á la idolatría [1].

Y sino, véanse los filisteos, los caldeos, los persas, los griegos, los egipcios, los cartagineses, los galos, los romanos, pueblos tan y tan celebrados, prosternados ante infames y crueles divinidades, cuyas fiestas celebraban con sacrificios humanos y abominables ceremonias, mientras que el pueblo judío adoraba á un solo Dios, y este hecho fue debido en gran parte á su culto externo, que formaba entre él y las naciones gentiles una barrera insuperable.

Bajo el Cristianismo, cuando todos los pueblos son llamados á formar una sola y misma familia unida por el doble lazo de la misma fe y de la misma caridad, las ceremonias tienen un objeto aun mas augusto y un sentido aun mas sublime; continuamente ofrecen á nuestros ojos á un Dios santificador de los hombres, quien, por me-

[1] Ezech. xxii, 4; Ierem. vii, 22.

dio de Jesucristo, su Hijo, nos rescató del pecado y de la eterna condenacion; quien provee á todas las necesidades de nuestra alma por medio de continuas gracias, y quien finalmente ha establecido entre todos los hombres, sean de la nacion que sean, una sociedad religiosa universal, que conocemos con el nombre de *comunion de los Santos* [1].

Así pues, lo mismo bajo el Cristianismo que bajo la Ley y los Patriarcas, es decir, desde el principio del mundo hasta nuestros dias, el culto externo es:

1.° Una no interrumpida predicacion y una profesion solemne de los dogmas mas esenciales al hombre y á la sociedad, como son, la creacion, la unidad de Dios, su providencia, el pecado original, la redencion, la espiritualidad, la libertad, la inmortalidad del alma, la resurreccion y la vida futura. Semejante predicacion es necesaria, pues todo pueblo que no se ha mostrado fiel en practicar el ceremonial tal como Dios lo prescribiera, no ha tardado en desconocer aquellas mismas verdades.

2.° El culto externo es una leccion de moral inteligible así para los ignorantes como para los sábios, que les recuerda de continuo sus deberes para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismos, deberes que nacen naturalmente de los dogmas de que acabamos de hacer mencion; así, por ejemplo, el ceremonial de los Sacramentos es un cuadro de las obligaciones del cristiano durante todas las circunstancias de la vida. Los verdaderos fieles comprenden tales lecciones, su figurado lenguaje produce en sus corazones las mas dulces, vivas y saludables impresiones; ¡desgraciados aquellos que tienen ojos para no ver y oidos para no oir! su insensibilidad, que les hace semejantes á animales estúpidos ó á ídolos de piedra ó de madera, es el primer castigo de su incredulidad.

### *Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido el culto externo á fin de conservar la Religion; hacednos la gracia de comprender bien el sentido de las ceremonias de la Iglesia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *estudiaré con gran atencion esta parte IV del Catecismo.*

[1] Bergier, art. *Ceremonias.*

# LECCION II.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Segundo beneficio del culto externo : fija todas las verdades de la Religion. — Tercer beneficio : es el primer lazo social. — Cuarto beneficio : influye admirablemente en las artes. — Orígen de las ceremonias. — Variedad de las ceremonias. — Respeto que les es debido. — Solicitud en su estudio.**

Segundo beneficio del culto. El culto externo no solo repite sin cesar al espíritu, al corazon y á los sentidos los dogmas de la fe y los preceptos de la moral, sino que reporta además la *inestimable utilidad de fijarlos.*

Nuestras ceremonias, nuestras oraciones son otros tantos testigos incorruptibles de la creencia de los antiguos tiempos, semejantes á una prolongada galería de cuadros, que empezando en el orígen del mundo continúa durante Moisés, y se extiende hasta el dintel de la eternidad; todos ellos, ya terribles, ya graciosos, pero siempre llenos de verdad, pintados en épocas tan apartadas unas de otras y por tan distintas manos, nos muestran á la Religion inalterable, y aunque no igualmente propagada, siempre proporcionada á las luces, á las necesidades y al estado social del género humano para el cual fue hecha.

Esta larga cadena de ceremonias, ese culto exterior tan magnífico en su conjunto, tan variado en sus detalles, presta á la Religion un testimonio auténtico, vivo y perpétuo, al mismo tiempo que la fija y la establece como los monumentos de bronce ó de mármol fijan y eternizan la memoria de los humanos acontecimientos, poniendo á nuestra Religion al abrigo del capricho de los innovadores y de las arbitrarias interpretaciones de la herejía; y sino véase como en todos tiempos ha servido el culto externo para demostrar á los herejes la verdadera doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles, así como para aclarar en caso necesario el sentido de las palabras de la sagrada Escritura, sobre las que hubiese controversia.

Los Padres de los siglos IV y V opusieron á los Arrianos los cán-

ticos de la primitiva Iglesia, atribuyendo á Jesucristo la divinidad; á los Pelagianos las oraciones por las que la Iglesia ha implorado incesantemente el socorro de la divina gracia, y en los tiempos modernos se ha empleado igual medio contra los Protestantes. Antiguas liturgias, conservadas por las sectas orientales separadas de la unidad católica desde el siglo IV, han ministrado irrecusables pruebas de la presencia real, de la confesion auricular, de las preces por los difuntos, etc., de modo que no teniendo los innovadores argumentos sólidos que oponer, hán suprimido todo el aparato del culto externo que les condenaba, lo cual indudablemente les costó menos trabajo [1].

El tercer beneficio ó utilidad del culto externo consiste en que *es un lazo social;* en efecto, la historia nos enseña que el lugar de las primeras asambleas de las naciones, los primeros monumentos de los pueblos, los primeros asilos de las virtudes sociales, fueron los sitios consagrados á la Divinidad, ya altares, ya sepulcros. El patriarca, viajero por el desierto, reune al rededor del altar, formado de piedras y de césped, á sus hijos y á sus nietos para ofrecer el sacrificio al Señor, hablarles de sus milagros, y recordarles sus promesas; las grandes solemnidades de Pascua, de Pentecostes y de los Tabernáculos llaman á Jerusalen tres veces al año á todas las tribus de Israel, y reunidas allí rezan, adoran, cantan, lloran, comen y se regocijan juntas; hé aquí reanudados ó estrechados los lazos de la caridad.

Los Cristianos vagantes, dispersos por el furor de las persecuciones, acuden á las catacumbas para aprender á vivir como santos y á morir como héroes; bajo aquellas bóvedas cimentóse en su sangre generosa la sociedad moderna. Mas tarde, los monasterios, las iglesias matrices fueron en Europa los primeros lugares de reunion; á ellas se dirigian los habitantes de vastas comarcas para asistir al oficio divino: para alimentar á la muchedumbre de piadosos peregrinos que acudian á oir misa, estableciéronse hospicios y posadas cerca de la antigua iglesia, y en breve se abrieron junto á ellas tiendas donde se vendian los objetos de primera necesidad.

De aquí se origina el nombre de *misa,* que en lengua alemana significa todavía feria ó mercado, y así dícese la misa de Estrasburgo, la misa de Francfort para significar las ferias que se verifican en am-

[1] Véase la *Perpetuidad de la fe,* Arnaud, Renaudot, Le Brun.

bas ciudades. Repetidas veces la humilde celda del solitario ha dado orígen á villas y á ciudades, y las inmensas poblaciones del Nuevo Mundo nacieron todas al rededor de la tosca cruz plantada por el misionero. En el dia el verdadero punto de reunion es la iglesia parroquial; destruidla, y los campesinos, es decir, las tres cuartas partes de los hombres, vivirán eternamente aislados, como las salvajes tribus de la América.

Acaso me diréis que la casa municipal les reunirá; mas, aun siendo así, no les civilizará, pues para civilizar á los hombres no basta reunirlos, es preciso hacerles mejores, y el culto católico es el único que da este resultado; nuestras iglesias son verdaderas escuelas de moral; en ellas, reunidos los habitantes todos de una comarca en la casa de su Padre comun, oyen la palabra eternamente social porque es toda caridad; en ellas escuchan la voz de su pastor, de su obispo, y comprenden que se hallan en relaciones fraternales con los habitantes de una vasta provincia; en ellas oyen nombrar con respeto al Sumo Pontífice, por el cual ruegan y conocen ser hijos de la gran sociedad diseminada por todos los puntos del globo. Para ellos no hay ya mares ni montañas, ni griegos ni bárbaros; en todos los Católicos ven otros tantos amigos y hermanos; saben que al orar oran con ellos, que en el mismo momento en que están reunidos al pié de los altares mil voces se elevan del Oriente y del Occidente, que uniéndose á las suyas ascienden juntas hasta deponer al pié del trono de Dios las preces, los homenajes, los corazones de la inmensa familia humana.

Por otra parte, ¡cuántos y cuántos recuerdos propios para hacer á los hombres mejores! Aquella iglesia que presenció nuestro Bautismo, nuestro Matrimonio, y en la que entrará por última vez nuestro cadáver; el anciano sacerdote de blancos cabellos que instruyó nuestra infancia, y que nos administró la primera comunion, y finalmente el cementerio, donde descansan nuestros abuelos, el cementerio que es preciso atravesar para penetrar en el templo, recuerdos son estos y otros muchos que contribuyen mas de lo que se cree á desprender á los hombres de la tierra, á hacerles menos egoistas, mas morales, mas sociales en una palabra; si lo dudais, ved lo que son así los ciudadanos como los campesinos que no frecuentan la iglesia.

Además, en estas reuniones se recuerda á los hombres la igual-

dad tan necesaria para el bien de la sociedad, en cuanto humilla el orgullo de unos y alienta el valor de otros; en la iglesia no se conocen títulos ni dignidades; el sacerdote no ve mas que hijos y hermanos, y al proclamar los futuros matrimonios, al llamar á los esposos ó á los padrinos, al pronunciar su plática semanal, no dice: *Señores y señoras,* sino hermanos mios, hermanas mias. Finalmente, en la sagrada mesa, en la mesa de Dios, Padre comun de los reyes y de los súbditos, todos se colocan indistintamente, siendo la única mesa en el mundo en que no existe asiento de preferencia.

Así pues, el verdadero tipo de la civilizacion es la parroquia, y no el municipio; la iglesia, y no la casa del comun: en la parroquia se habla de Dios, de la mútua caridad, del cielo y de las virtudes que á él conducen; en el municipio se habla de intereses, de ventas, de compras, de contratos, de catastro, de campos, de viñas y de animales; en la parroquia veo á un sacerdote que predica el nombre de Dios, que consuela, que alienta, que recuerda el deber, que devuelve la paz al alma, que reconcilia á los enemigos; en la casa del comun veo al alcalde que lee las comunicaciones del gobernador, al guarda rural que da sus partes, al perceptor que exige contribuciones, al juez de paz que impone multas, y á los *gendarmes* que conducen á alguno á la cárcel. ¿Qué os parece? ¿Cuál, entre la parroquia ó la casa del comun, diréis mas propia para hacer mejores á los hombres? Si la parroquia, dad gracias al culto católico, sin el cual no existiria.

Al explicar los Sacramentos hemos manifestado la alta idea que dan al hombre de su dignidad, hemos visto que consagran todas las épocas solemnes de su vida, y que le facilitan todos los medios de vivir santamente, es decir, de ser en la tierra un ciudadano útil á la sociedad temporal, y despues de la muerte un glorioso habitante de la Jerusalen celeste; en breve verémos el grande y consolador espectáculo que para el hombre y la sociedad ofrecen las fiestas católicas; pero antes digamos algo de la *influencia del culto católico en las artes,* lo que será, si así lo quereis, un cuarto beneficio ó utilidad del mismo.

Las artes son hijas de la Religion: el artista que no cree en otra vida, que no ve sobre su cabeza un mundo mas perfecto que el nuestro, en que su imaginacion y su alma vayan á buscar modelos y á recibir inspiraciones, ha muerto ya en esta vida; para él no hay poe-

sía, ni porvenir, ni gloria; la antorcha del genio solo se enciende en el altar de la fe, y aun durante el Gentilismo todas las obras maestras de poesía, de escultura, de arquitectura y de música son debidas á la inspiracion religiosa. Lo mismo sucede en las naciones modernas, con la diferencia de que las obras del arte son tanto mas perfectas en cuanto es mas divina la Religion que las inspira. Artes y artistas todos, ¡hincad vuestras rodillas ante el culto católico, al cual debeis vuestra gloria! Las vírgenes de Rafael, la cúpula de San Pedro en Roma, las catedrales góticas, la música de Mozart, de Pergoleso, de Haydn, el canto del Prefacio, el *Te Deum*, el *Stabat*, el *Lauda Sion*, el *Dies irae*, todos estos portentos y otros mil son hijos del culto católico. El culto que inspiró á tantos genios, que creó tantas maravillas, debe necesariamente ser bello, majestuoso, divino; y adviértase que él y solo él tiene tal gloria, pues ¿dónde están las obras maestras de poesía, de arquitectura, de pintura y de música, inspiradas por el Protestantismo, por el Mahometismo y por todas las sociedades separadas de la verdadera Iglesia?

Al culto católico debemos los mas hermosos instrumentos de música, el órgano y la campana; el órgano, la reunion de todos los instrumentos; el órgano, que, por la variedad de sus sonidos, conmueve todas las fibras del alma, habla todos los idiomas, hace oir todas las voces; voces de dolor, voces de espanto, voces de esperanza y de alegría, voces de muerte, voces del cielo; la campana, que llena nuestras ciudades y aldeas de indecible armonía, que en un instante lleva á lo léjos y á mil corazones igual sentimiento. Considerada como armonía, la campana reune indudablemente una belleza de primer órden, la que los artistas llaman lo *grande*. El estampido del trueno es sublime por su grandeza, lo mismo que el rugir de los vientos, de los mares, de los volcanes, de las cataratas, de la voz de todo un pueblo. Pitágoras, que prestaba oido al martillo del herrero, ¡con qué placer hubiera escuchado nuestras campanas la víspera de una solemnidad de la Iglesia! Los acentos de la lira pueden enternecer el alma, pero jamás hacerla sentir el entusiasmo que experimenta cuando la conmueve el estruendo del combate ó cuando un ruidoso campaneo proclama en la region de las nubes los triunfos del Dios de las batallas [1].

Perpetuar las verdades de la Religion, fijarlas y ponerlas á cu-

[1] *Genio del Cristianismo*, parte IV, c. 1.

bierto de los ataques de la impiedad y de la herejía, ser un lazo social, elevar y consolar al hombre, inspirar á las artes y hacerlas producir inimitables portentos, tales son algunos de los beneficios que reporta el culto católico; ¿es necesario mas para merecerle nuestro amor y veneracion? ¡Ah! ¡cuánto debe ser el contento de todos nosotros por profesar un culto, orígen fecundo de tantas bellezas, principio de tantas virtudes!

Ceremonias. — Hablemos ahora del orígen de las ceremonias que lo componen, del respeto que á ellas es debido, de los frutos que producen y de la necesidad de conocerlas. Dios dió al hombre la necesidad de manifestar con signos exteriores los sentimientos que agitan su alma; luego Dios es el primer autor de las ceremonias. El mismo Dios hizo sentir su necesidad, el mismo Dios inspiró los primeros actos religiosos, y el mismo Dios determinó su manifestacion entre los judíos; tiempo despues, su Hijo, descendido entre los hombres, reveló ciertas ceremonias esenciales, é invistió á su Iglesia del poder de fijar el culto que los hombres deben á Dios.

Tal es, como hemos dicho, el noble orígen de las ceremonias eclesiásticas, ceremonias que dimanan de Dios, ya sea que las instituyese él mismo por medio de su Hijo Jesucristo, ya sea que fuesen establecidas por los Apóstoles ó por sus sucesores, á quienes llenó de su espíritu y revistió de su autoridad [1].

De aquí, pues, nacen ceremonias de institucion divina, de institucion apostólica y de institucion eclesiástica; las primeras son las que instituyó el mismo Jesucristo, como la bendicion y la consagracion del cáliz, la fórmula de los Sacramentos; las segundas las que establecieron los Apóstoles, tales como la costumbre de orar los hombres con la cabeza descubierta y vueltos hácia el Oriente, y el uso de ciertas oraciones; y finalmente las últimas son las instituidas por la Iglesia en la sucesion de los siglos, como son muchas bendiciones, reverencias, oraciones, procesiones, etc.

Consideradas en su naturaleza, las ceremonias de la Iglesia se dividen en ceremonias esenciales y en ceremonias accesorias; las primeras pertenecen á la esencia misma del sacrificio y de los Sacramentos, y esta es la causa por que no pueden ser alteradas; tales son las palabras de la consagracion de la Eucaristía y de la forma de los Sacramentos; las segundas, que tienen relacion con la decencia, la

[1] Véase Bergier, art. *Ceremonias.*

comodidad ó la majestad del servivio divino, pueden no ser iguales en diferentes diócesis, y pueden tambien modificarse segun los tiempos y las circunstancias, pues la Iglesia recibió de Jesucristo el poder de instituirlas y de modificarlas para la gloria de Dios y la salvacion de los hombres.

La Iglesia ha hecho siempre uso de semejante poder, pues el transcurso de los siglos, las costumbres de los varios países, los hábitos de los pueblos exigen, en las formas accidentales, modificaciones que tiene constantemente el derecho de llevar á cabo una autoridad prudente y afectuosa [1]; esta es la causa por ejemplo de la diferencia que se observa entre el rito griego y el rito latino, y sin embargo el griego y el romano católicos profesan la misma religion, tienen igual fe, y observan los mismos preceptos.

Semejante diversidad de ritos en nada altera la unidad de la Iglesia; por el contrario hace brillar mas y mas su deslumbrante belleza. «La unidad de la fe, dice san Agustin, igual en toda la Iglesia, «es la que forma la hermosura corporal de la Esposa de Jesucristo, «segun aquellas palabras del Profeta: *Toda la hermosura de la hija* «*del Rey es interior;* y si en el culto que esta unidad de fe produce «se ven prácticas distintas, semejante diversidad de ceremonias no «es otra cosa que la variedad del vestido de la celeste Esposa, segun «añade el mismo Profeta: *La esposa va cubierta de un vestido borda-* «*do de oro y sembrado de diferentes colores* [2].»

Los Filósofos y los Protestantes han dicho que nuestras ceremonias eran imitadas de los gentiles; mas parece imposible imaginar cargo mas improcedente. Es cierto que todos los pueblos han tenido ceremonias religiosas, y tambien lo es que en aquel fárrago de prácticas supersticiosas habia, lo mismo que en sus creencias y en su mo-

[1] Lo mismo que decimos de las ceremonias debe aplicarse á la disciplina. La disciplina de la Iglesia es el reglamento exterior en cuanto al gobierno, y está fundada en las decisiones y en los cánones de los concilios, en los decretos de los Papas, en las leyes eclesiásticas y en los usos y costumbres de los países. De esto se sigue que los reglamentos convenientes y necesarios en un tiempo no fueron de la misma utilidad en otro; que ciertos abusos, ciertas circunstancias, casos imprevistos, etc., han exigido varias veces la formacion de nuevas leyes, ó la derogacion de las antiguas; puede suceder tambien que estas sean abolidas por el no uso, todo lo cual ha de haber introducido necesariamente variaciones en la disciplina de la Iglesia. (Bergier, art. *Disciplina).*

[2] Epist. XXXVI.

ral, algunos restos de una revelacion primitiva. ¿Cuál ha sido la conducta de la Iglesia? Heredera universal de todas las verdades, ha separado lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, y, al adoptar lo que halló bueno y verdadero, lanzó á los usurpadores diciendo: «Yo soy anterior á vosotros, soy la primera, mi orígen se re-«monta hasta los primeros dias del mundo; he recibido la verdad «como á depósito y como á herencia, y recobro lo que es mio, pues «mio es cuanto bueno, verdadero y digno de alabanza conservás-«teis;» y en seguida purificó y santificó aquellas costumbres, así como santificó los templos de los ídolos haciéndolos servir para la gloria del verdadero Dios. Este es el sentido de la contestacion de san Agustin á Fausto el Maniqueo [1]. «El empleo de las ceremonias «en el culto del verdadero Dios, dice Bergier, no es un préstamo, «sino la restitucion de un robo hecho por los gentiles; la verdadera «Religion es mas antigua que las falsas, y por lo tanto tiene derecho «á reivindicar unos ritos que sus rivales han profanado. ¿Acaso «debemos privarnos de invocar á Dios, porque los gentiles invoca-«ron á Júpiter? ¿acaso debemos cesar de arrodillarnos, porque los «gentiles se prosternaron delante de los ídolos?»

Á fin de no repetir lo que hemos dicho acerca de la necesidad del culto externo, dirémos muy pocas palabras acerca de la utilidad de las ceremonias. Unas son una profesion de nuestra fe; así, por ejemplo, cuando acompañamos al santísimo Sacramento, ó cuando honramos las imágenes y reliquias de los Santos, manifestamos altamente ser cristianos y católicos; otras nos hacen sensibles los efectos invisibles de la gracia, por ejemplo, la efusion del agua en la cabeza del niño en el Bautismo; estas nos recuerdan nuestros deberes, como son la tonsura que recuerda á los eclesiásticos su renuncia á las vanidades mundanas; su vestido negro, y el de los religiosos ó de las religiosas, es un predicador continuo del espíritu de sacrificio; aquellas nos inspiran un profundo respeto hácia las cosas sagradas, tales son los cánticos de la Iglesia, el sonido de las campanas, la pompa de los trajes sacerdotales, el órden de los ministros que sirven al altar; finalmente, practicadas todas del modo debido, producen gracias espirituales: los Sacramentos, los sacramentales, los exorcismos y otras muchas.

¿Cómo, pues, podrémos dejar de abrigar en nuestros pechos un

[1] Contr. Faust. lib. XX, c. 4, 21.

profundo respeto hácia nuestras ceremonias, despues de haber visto su noble orígen, su antigüedad, su belleza y su utilidad? Descendidas del cielo, han llegado hasta nosotros al través de las edades; colocan á la Religion al abrigo de las innovaciones; nos ayudan á elevarnos á la mayor espiritualidad; cautivan nuestros sentidos; alegran nuestro corazon; rodean el culto de tanta grandeza y dignidad, que hasta el impío no puede menos de venerar, so pena de hacerse culpable á los ojos de la ciencia y de la razon, unos ritos tan impregnados de sabiduría, y que tan felices resultados producen así para el hombre como para la sociedad. Santa Teresa, aquella alma amante é inspirada, decia: «Daria mi cabeza por la mas pequeña «ceremonia de la Iglesia.»

Si quereis otros títulos de veneracion hácia nuestras santas ceremonias, hallaréislos en la grande importancia que la Iglesia cifra en ellas, y en las deplorables consecuencias que lleva consigo el desprecio de las mismas. La Iglesia impone á sus ministros la obligacion de conocerlas, de estudiar su espíritu, y de conformarse estrictamente á ellas, de modo que, sin crímen y sin perjudicar la integridad del sacrificio y la validez de los Sacramentos, no podria un sacerdote omitir ninguna de las ceremonias esenciales; y, si por negligencia, por ligereza ó ignorancia pasaba por alto alguna de las ceremonias no esenciales, pecaria mas ó menos gravemente, segun que su omision voluntaria fuese mas ó menos importante. Solo en casos de extrema necesidad pueden omitirse las ceremonias que no son esenciales á la integridad del sacrificio y á la validez de los Sacramentos; por ejemplo, cuando el sacerdote que celebra la misa se halla amenazado de muerte por la ruina del edificio ó por la proximidad de los enemigos de la Religion, que tratan de darle muerte. En un inminente peligro de muerte suprímense igualmente las ceremonias del Bautismo, con la obligacion empero de suplirlas si el infante sobrevive.

No se detiene aquí la Iglesia, sino que manda á sus ministros explicar las ceremonias á los fieles [1]: lo que constituye á estos en la obligacion de estudiarlas, como es muy fácil comprender: en efecto, las ceremonias han sido establecidas para edificarnos, instruirnos y despertar nuestra atencion; á ellas van unidas muchas y particulares gracias; son un libro, una galería de cuadros que nos representan la

[1] Conc. Trid. sess. XXII, c. 8.

Religion bajo imágenes sensibles; sin embargo aquel libro, á pesar de sus bellezas, estaria cerrado para nosotros, nada diria á nuestra fe, si ignorásemos el idioma en que está escrito; aquellos cuadros, por expresivos que los supongais, serian para nosotros otras tantas vanas imágenes, si no supiésemos su asunto, ni su sentido, ni su razon.

En caso semejante el culto externo nos seria cási inútil; y el espectáculo de nuestras santas ceremonias en vez de excitar nuestra fe, de avivar nuestro amor, de satisfacer una santa curiosidad, solo nos inspiraria disgusto y fastidio, desprecio quizás, pues propio es de los ignorantes hacer objeto de sus burlas aquello que no comprenden. En el dia, que hallamos á cada paso á alguno de esos ignorantes, ¿no seria vergonzoso para los Cristianos no poder defender su culto, así como ser partícipes en unas ceremonias que no supiesen explicar? Y sin embargo ¡cuán grande es el número de fieles que asisten á misa desde mucho tiempo, que se han presentado en la iglesia como padrinos ó madrinas, que han visto administrar la Confirmacion, la Extremauncion, todos los Sacramentos en fin, sin comprender ni una palabra de lo que sus ojos veian! Pues ¡cómo! en el dia en que con tan extraordinaria solicitud se indaga el oculto sentido de las antiguas escrituras, de las inscripciones grabadas en las columnas y en los sepulcros profanos, ¿cómo no avergonzarnos, nosotros Cristianos, de ser menos celosos para comprender la significacion de nuestras ceremonias, mil veces mas instructivas que los monumentos todos de la antigüedad gentílica?

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber hecho sensibles á mis ojos las verdades de la Religion, y pídoos perdon por no haber sentido bastante respeto por las ceremonias de la Iglesia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *estudiaré con celo las ceremonias de la Iglesia.*

---

# LECCION III.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Iglesias; su necesidad.—Necesidad de su decoracion.—Vestidos limpios y decentes para los dias festivos.—Descripcion de las antiguas iglesias.—Nuestras actuales iglesias llenas de recuerdos de las Catacumbas.—Cripta.—Altar.—Balaustrada.**

Puesto que vamos á explicar detalladamente el culto católico, natural es que empecemos por la iglesia, donde tiene lugar. 1.° Son necesarias las iglesias, á pesar de estar Dios en todas partes, á pesar de ser el universo un magnífico templo. En todos los tiempos y en todos los pueblos ha habido lugares especialmente consagrados á honrar la Divinidad, eligiéndose con preferencia la cima de las montañas ó la profundidad de los bosques; esta porque disponia al recogimiento [1], aquella porque parecia acercar el hombre al cielo. Los gentiles convirtieron esos lugares en teatros de crímenes, y el culto de los astros, que se descubrian mejor desde lo alto de los montes, fue la primera idolatría; es probable que una de las razones por las que quiso Dios que se construyese el tabernáculo fue convencer al pueblo judío de que no era necesario subir á las montañas para acercarse á Dios, y que él mismo se dignaba acercarse á su pueblo, haciendo visible su presencia en el templo *portátil* erigido en honor suyo; de modo que el tabernáculo fue un preservativo de la idolatría [2].

Además fue un medio para sostener la piedad de los israelitas, inspirándoles mayor temor y respeto hácia el Señor, y dándoles la facilidad de cumplir mas cómodamente con el culto divino; en efecto, el tabernáculo se hallaba colocado en medio de su campamento, y reunidos en un estrecho recinto veíanse en él los símbolos de la presencia de Dios y las señales de su omnipotencia. El arca de la alianza, las tablas de la ley, los dos querubines con sus alas extendidas, el vaso lleno de maná, la vara de Aaron, les repetian elocuentemente

[1] Num. XXII, 41; *Memorias de la Academia*, pág. 63.
[2] Bergier, art. *Iglesia*.

los beneficios y el poder de Dios, señor de los elementos, legislador supremo, soberano de los Ángeles, vengador del crímen, padre de sus hijos, solo santo, solo digno de respeto, de amor, de adoracion y de alabanza.

Pues bien, todo esto y mucho mas dice á los Cristianos la iglesia de la mas pobre aldea; luego no es verdad, como pretenden ciertos impíos, que no sea preciso otro templo que el universo. No, el universo no basta, pues la mayor parte de los hombres, acostumbrados á su espectáculo, lo ven sin emocion, al paso que quedan sobrecogidos de admiracion á la vista de un templo ricamente adornado. ¿Cómo penetrar en nuestras sombrías catedrales sin sentirse dominado por un religioso respeto? Por otra parte, el universo con toda su magnificencia no dice al corazon lo que la modesta iglesia de un villorrio; en la cresta de las montañas, á la faz del cielo, no hallais ni la cruz, ni el altar, ni el tabernáculo, ni la santa mesa, ni el tribunal de misericordia, ni la sagrada pila, ni las tumbas de los antepasados, ni ninguno de aquellos símbolos tan llenos de recuerdos y de accion tan eficaz sobre el corazon y los sentidos.

Además, la iglesia es un lazo social, pues difícil seria reunir á los hombres, á las mujeres, á los niños y á los ancianos al aire libre, en las colinas, á la faz del cielo, cuando la nieve y el hielo cubren la tierra, ó cuando la lluvia cae á torrentes. Destruir las iglesias es destruir el culto externo; destruir el culto externo es destruir el interno, es destruir la Religion, es destruir la sociedad. ¡Ah! en vez de derribar las iglesias ó de disminuir su número, es preciso levantar otras nuevas; cuantas mas construyais, menos cárceles abriréis. Así pues, no merecen ser atendidos esos exóticos censores que se erigen contra lo que el sentido comun dicta á todos los hombres; ¿quién les impide el que vayan á adorar á Dios á la faz del cielo, en la cima de los montes, despues de haberle adorado en el templo? pero no, semejantes hombres no le adoran de manera alguna, y quisieran eliminar de la Religion todo ejercicio público, porque saben que sin el culto externo aquella no existiria.

2.° Es preciso que las iglesias estén adornadas decentemente. Los impíos dicen tambien: ¿Por qué tanto lujo en las iglesias? ¿acaso Jesucristo no nació en un pesebre? ¿acaso no instituyó la Eucaristía en un aposento cualquiera?

*¿Por qué tanto lujo en las iglesias?* Segun ellos, cuanto se hace para





honrar á Dios es perdido; su lenguaje no es de hoy; es el de Judas murmurando contra la Magdalena por haber derramado un precioso perfume sobre los piés del Salvador. En verdad que los Judas modernos tienen un singular modo de quejarse de la magnificencia del culto católico; vedlos, dícense amigos del pueblo, y aprueban el que sus riquezas sean derrochadas entre mujeres públicas, en teatros que corrompen las costumbres, y en diversiones de toda especie, al paso que deploran los gastos hechos para los espectáculos de la Religion, solo porque instruyen á los hombres, les excitan á la virtud y les consuelan con la esperanza de una felicidad futura; fingen compasion por las miserias del pueblo, y léjos de privarse ellos de superfluidad alguna para aliviarle, quieren quitarle el único medio de esperar y consolarse en los templos del Señor, y esto por causa de Religion. Sí, sin duda es mejor, segun su opinion, que vaya á distraerse en los lugares de disolucion y en las escuelas del vicio; por esto las multiplican para su comodidad; mas ¿á dónde irán los que temen el aire de tan pestíferos sitios, los que no quieren pervertirse? Dejemos á los insensatos en sus delirios, y consultemos la sola luz natural y la experiencia de todas las naciones.

Es indispensable que haya cierto lujo en nuestras iglesias, porque debe darse á los hombres una alta idea de la Majestad divina, y porque debe hacerse su culto respetable; esto no puede lograrse sin el auxilio de una pompa exterior, pues el hombre no es dominado sino por los sentidos; partiendo de este principio indudable, dirémos que es imposible cautivar su imaginacion si no se presentan á sus ojos objetos á los que dé gran valor; en efecto, si el pueblo no halla en la Religion la misma magnificencia que se despliega en las ceremonias civiles, si no ve tributar á Dios homenajes tan pomposos como los que se prestan á los potentados de la tierra, ¿qué idea se formará de la grandeza del Señor que adora? Así discurre santo Tomás, y los mismos Protestantes sienten en el dia los funestos efectos de la desnudez á que han reducido el culto divino, de modo que un incrédulo ha convenido en que la destruccion del culto divino en Inglaterra ha extinguido la piedad, y ha hecho nacer el ateismo y la irreligion. Por esto es que nuestros separados hermanos restablecen poco á poco en sus templos los antiguos símbolos que sus abuelos desterraron, quemaron y profanaron con tanta ceguedad y furor [1].

[1] Bergier, art. *Culto.*

Si adornamos las iglesias, no es porque necesite Dios de aquella magnificencia; nosotros la necesitamos para elevarnos hasta él, siendo un deber nuestro ofrecerle nuestro oro, nuestras riquezas y los productos de las artes, porque deber es tributar el homenaje de todas estas cosas á aquel de quien provienen el oro, las riquezas y el talento. Semejante tributo de gratitud y de adoracion es un título á nuevos beneficios, mientras que la ingratitud es un viento abrasador que seca el manantial de las gracias; bajo este nuevo aspecto, pues, la pompa del culto redunda tambien enteramente en beneficio nuestro.

Es cierto: *Nuestro Señor nació en un pesebre, é instituyó la Eucaristía en un aposento cualquiera.* Con su sencillez, con su pobreza, Jesucristo quiso demostrarnos su inmenso amor, el cual no exige para manifestarse ni la riqueza de los edificios, ni la pompa de las ceremonias; quiso enseñar á los pobres de todas las generaciones que tambien podian ser partícipes de sus misterios de amor, y que se dignaria habitar bajo su iglesia cubierta de cañas; quiso enseñar á los Cristianos que el verdadero culto era el del espíritu y el del corazon, y preservarnos con esto de las ilusiones del pueblo carnal, inclinado en exceso á suponer que el aparato de las ceremonias, la multitud de las víctimas era todo lo que el Señor exigia de él. Mas no entendió prohibir la magnificencia del culto exterior, pues de otro modo habria abandonado á la Iglesia, su esposa, al espíritu de error; habria desconocido la naturaleza humana, habria querido el aniquilamiento de la Religion; ahora bien, Jesucristo sabia mejor que nuestros filósofos que solo por los sentidos puede el hombre ser dominado, y que una religion reducida á lo puramente espiritual quedaria en breve relegada al imperio de la luna.

3.° La pompa exterior debe pasar del templo material al templo viviente, es decir, al hombre; así pues, debemos vestirnos decentemente los dias de fiesta, á fin de manifestar el respeto que tenemos á Dios, y de reconocer que todos los bienes provienen de él, y que todo debe estar consagrado á su servicio. Este sentimiento es tan natural que existe en el corazon de todos los hombres: el pobre campesino lo comprende tambien, y para asistir los dias festivos á las reuniones religiosas se viste lo mejor posible; así debe ser en efecto, á fin de que el aparato exterior le recuerde la pureza de alma que debe llevar á la iglesia, á fin de que los grandes que desprecian

3*

aquellas reuniones sientan menos repugnancia á mezclarse con el pueblo, á fin de que la enorme desproporcion de que son causa las riquezas entre unos y otros desaparezca un poco ante el supremo Juez, delante del cual todos los hombres son iguales. Lo mismo se practicaba bajo la ley antigua: Jacob, antes de ofrecer un sacrificio al frente de toda su familia, ordena á sus criados que se laven y cambien de vestidos [1]; Dios manda lo mismo á los hebreos al quererles dar su ley sobre el monte Sínai [2]. Semejante signo exterior de respeto se encuentra en todas las naciones, y todas sin excepcion rodean los homenajes que tributan á la Divinidad de la mayor pompa que les es posible [3].

No se crea que ese aparato exterior, ese semblante festivo no ejerza influencia alguna en el espíritu y en el corazon. ¡Oh! no; pues que indica y da nacimiento á las disposiciones interiores con las que se debe penetrar en la Iglesia, pues que despierta especialmente el sentimiento que debe entonces dominar á todos los demás, el de la alegría. En efecto, ver la iglesia es ver la casa de nuestro Padre, la casa en donde nos espera con los brazos abiertos, con el corazon abrasado de amor, para recibirnos y abrazarnos, para alimentarnos con su pan celeste, y apagar nuestra sed con su vino delicioso; ver la iglesia es ver la casa en que nacimos, en que experimentamos nuestras primeras alegrías, en que nuestra alma se abrió á la verdad y nuestro corazon á la inocencia; en que nuestros pasos se afirmaron en los senderos del bien y de la dicha, hermana de aquel; en que volvemos á hallar á los compañeros de nuestra infancia, á nuestros hermanos, amigos y parientes; en que rogarémos con ellos y por ellos, como ellos rogarán con nosotros y por nosotros; en que comerémos juntos el pan de bendicion, para recordarnos que todos somos hermanos; en que nuestras voces se unirán á las de los Ángeles contestando á sus eternos cánticos, y repitiendo con ellos, en alabanza de nuestro Padre: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos, de los Ángeles y de los hombres; ver la iglesia y el cementerio que está cerca de ella es ver la tumba de nuestra madre, de nuestra hermana, de nuestro hermano, sobre la que nos será permitido dejar caer al pasar una lágrima, una oracion, una flor; ver

[1] Genes. xxxv, 2.
[2] Exod. xix, 10.
[3] Bergier, art. *Culto*.

la iglesia es ver el lugar donde se excita á los ricos á dar limosna á los pobres, á los poderosos á ser los protectores de los pequeños y de los débiles, á los amos á que traten con dulzura á sus criados, y á todos nosotros á amarnos, á auxiliarnos, á perdonarnos como hermanos, y á no formar todos juntos mas que un alma y un corazon. ¿Cómo dejar de sentir el estremecimiento de alegría de los israelitas, invitados á acudir al templo de Jerusalen: *Me he alegrado en esto que se me ha dicho: á la casa del Señor irémos* [1]? Animados de tales sentimientos marchemos á la iglesia; mas, á fin de respetarla y de amarla mas aun, tratemos de conocerla bien: hé aquí su historia y su descripcion.

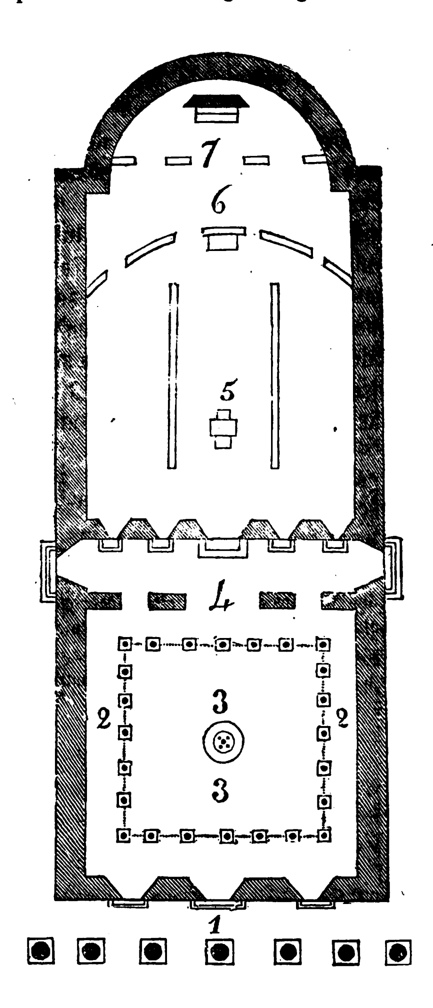
Desde un principio, nuestros padres en la fe tuvieron lugares consagrados á las reuniones de la Religion y al ofrecimiento de los santos misterios [2]; mas el modelo y los primitivos elementos de nuestras iglesias debemos buscarlos en las Catacumbas [3]; en ellas todo despierta el recuerdo de aquellos lugares para siempre venerables, como tendrémos ocasion de hacerlo observar al hablar de cada una de sus partes. Cuando les fue permitido celebrar su culto á la luz del

[1] Psalm. CXXI.

[2] S. Clem. *epist. I*, n. 40; S. Ignat. *epist. ad Magnes.* n. 7; S. Clem. Alex. *Strom.* lib. VII, etc.

[3] Es indudable, dice el célebre anticuario Bottari, que las pequeñas capillas de las Catacumbas fueron un modelo, aunque grosero, de las iglesias y de las basílicas construidas despues: *E certo che queste cappellette... furono un rozzissimo abozzo delle chiese e delle basiliche edificate dipoi.* (T. III, pág. 75). Véase sobre esto nuestra *Historia de las Catacumbas*, en la que hemos descrito detalladamente las iglesias subterráneas, y demostrado que fueron ellas y no las basílicas paganas el tipo de nuestras iglesias.

sol, los Cristianos se apresuraron á edificar iglesias, disponiéndolas del modo mas conveniente para el cumplimiento de las cerêmonias usadas en aquellos tiempos de santa memoria; dividíanse en siete partes [1], como puede verse en la figura siguiente:




[1] Tomamos por guia á los anticuarios de Roma, dignos mas que otros de confianza, como es fácil de comprender. (Véase á Mamachi, t. I).

1. El *pórtico*, ó *vestíbulo exterior* [1], era un espacio oblongo situado en la entrada de la iglesia, cubierto y sostenido por columnas colocadas de trecho en trecho. Los Emperadores ambicionaban el honor de ser sepultados bajo el vestíbulo de las iglesias, lo que mueve á decir á san Juan Crisóstomo que los Emperadores son en la casa de los pecadores, es decir, en los templos dedicados á los Apóstoles, lo que son los conserjes en la casa de los Emperadores.

2. El *claustro* [2]. Del vestíbulo se pasaba al claustro, que era un pasadizo sostenido por columnas que rodeaba la tercera parte de la iglesia llamada el atrio; en el claustro se detenian los penitentes de la primera clase, nombrados *flentes* ó llorones, porque lloraban sus pecados é imploraban la piedad de los fieles que penetraban en la iglesia.

3. El *atrio* [3] era un patio cuadrado, que no tenia mas techo que el cielo, ni otras luces que los astros y los rayos del sol, á fin de que cuantos entraban pudiesen contemplar á su placer la hermosura del cielo, y prepararse, por medio de la adoracion del Dios de la naturaleza, á la adoracion del Dios redentor. En medio del atrio manaba una fuente, símbolo de la purificacion, y en ella lavábanse todos las manos y el rostro antes de pasar adelante; en el pilon de la fuente leíanse estas palabras : «Lavad vuestros pecados y no solamente el «rostro.» Esta fuente era bendecida por el presbítero, la víspera ó el mismo dia de la Epifanía, y suprimida tiempo despues, ha sido reemplazada por las pilas de agua bendita. La costumbre de purificarse con agua antes de comparecer ante Dios es tan antigua como el mundo; practicábanla los Patriarcas y los judíos [4], y vémosla tambien entre los gentiles, aunque infieles depositarios de la revelacion. Así pues, desde el primer paso que damos en la iglesia hallamos un recuerdo de la mas venerable antigüedad; ¡ojalá que al servirnos nosotros del agua bendita nos animaran los mismos sentimientos de respeto y de compuncion que á nuestros virtuosos antepasados! Para ello acordémonos de que el agua bendita, tomada con respeto y compuncion, borra los pecados veniales [5].

[1] Este vestíbulo se llamaba *nartex*, es decir, verga ó baston, á causa de su forma prolongada.

[2] Claustrum.

[3] Atrium.

[4] Genes. xxxv.

[5] S. Thom. 3 p. q. 65, art. 1.

4. El *vestíbulo interior* [1]. Desde el atrio se pasaba al vestíbulo interior, el cual en las grandes iglesias estaba separado de la nave por una pared; en él se colocaban los catecúmenos, los energúmenos, los penitentes llamados *audientes*, oyentes, porque les era permitido escuchar los himnos y los salmos que se cantaban en la iglesia, lo mismo que la palabra de Dios, permaneciendo allí hasta que el diácono elevaba la voz y decia: *Fuera los oyentes y los infieles*. La entrada en el vestíbulo interior era igualmente permitida á los gentiles, á los judíos, á los herejes y á los cismáticos, á fin de que pudiesen oir las predicaciones de los ministros del Evangelio, y convertirse si se dignaba Dios tocar su corazon.

5. La *nave* [2]. Muchas y espaciosas puertas comunicaban desde el vestíbulo interior con la nave; esta parte principal de la iglesia se llamaba, como en el dia, nave, de una palabra latina *navis* que significa buque, nombre que le fue dado por dos razones: primera, porque es mucho mas larga que ancha, y segunda, para recordar á los Cristianos que la Iglesia es una nave. La comparacion de la Iglesia con un buque es muy comun en los santos Padres: Nuestro Señor es su piloto invisible, san Pedro el piloto visible, los ministros sagrados los oficiales, y los fieles los felices pasajeros; siempre combatida por las olas, jamás la Iglesia queda sumergida en las aguas, ni se estrella contra los escollos; es preciso encontrarse en su seno para atravesar el mar del mundo, para librarse del diluvio de iniquidades que inunda la tierra, y para arribar sano y salvo á las celestes playas. ¡Cuán admirable es el sentido de esta simple palabra de nuestro idioma religioso! ella sola nos refiere toda la historia del hombre en este mundo; ¿habíamos pensado alguna vez en ello?

En la entrada de la nave, cerca de la pared que la separaba del vestíbulo interior, se situaban los penitentes de la tercera clase llamados *prostrati* ó prosternados, á quienes, despues de haber pasado tres años en el claustro llorando sus pecados, y otros tres en el vestíbulo interior escuchando la palabra de Dios, les faltaban aun seis años de penitencia antes de ser admitidos en la comunion pública, y permanecian prosternados en la entrada de la nave á fin de recibir la imposicion al paso del Obispo.

Adelantando un poco en la nave hallábase la *tribuna* ó el *atril* desde

[1] **Nartex interior.**
[2] **Navis.**

donde leíase al pueblo la sagrada Escritura y se anunciaba la palabra de Dios; colocado en medio ó en uno de los lados de la nave, era bastante espacioso para contener varios lectores. Ordinariamente los Obispos predicaban desde las gradas del altar, mas san Crisóstomo preferia hacerlo desde la tribuna. Despues de la tribuna venia la cuarta clase de penitentes, llamados *consistentes*, porque se mantenian en pié, ó *competentes*, porque segun dice san Agustin se asemejaban á los infantes que aprietan las entrañas de su madre para nacer á la luz.

Desde este punto dividíase la nave en dos partes en toda su longitud por medio de dos tabiques, que impedian la comunicacion entre los hombres y las mujeres, estando destinado para la circulacion de los ministros sagrados el ancho pasadizo que quedaba entre ambos tabiques; los hombres se colocaban á la izquierda y las mujeres á la derecha, de modo que considerando á Jesucristo sentado en el tabernáculo y vuelto hácia los fieles, los hombres se hallaban á su derecha, lugar adecuado á su dignidad y el que ocupan todavía en gran número de iglesias [1].

Todos, hombres y mujeres, permanecian en pié ó de rodillas, ó sentados sobre sus piernas cruzadas á usanza de los orientales; en un principio no habia para los fieles bancos ni sillas, pero tiempo despues los religiosos que pasaban gran parte del dia en la iglesia se apoyaron en sus bastones, luego en unos asientos fijos en la pared; así están representadas muchas estatuas de canónigos, ni en pié ni sentados, únicamente apoyados; de aquí á introducir en las iglesias bancos y sillas en favor de los fieles no hubo mas que un paso; sin embargo, en España se conserva todavía la costumbre primitiva [2], y no se ven sillas en las iglesias.

6. El *coro* [3]. Esta parte de la iglesia se llama así porque estaba reservada á los sagrados ministros, directores del canto y del rezo; separábala de la nave una reja semicircular, y á su alrededor habia sitiales mas ó menos elevados, segun la dignidad de los eclesiásticos que debian ocuparlos; el mas elevado estaba destinado al Obispo, á fin de que pudiese amonestar, vigilar y guardar su rebaño.

[1] Si se invierte este órden en el matrimonio, es á causa de que el esposo esté á la derecha de la esposa, cuyo jefe es.

[2] Tambien es general en Italia.

[3] Chorus.

7. El *santuario* [1] estaba separado del coro por una reja ó balaustrada, en la cual habia tres puertas; la del medio, mas espaciosa que las otras dos, era llamada la *puerta santa*, y como el santuario terminaba en semicírculo, esta parte de la iglesia tenia el nombre de *ábsida*, es decir, arco. La cortina desplegada en la entrada impedia la vista del altar y de los santos misterios al tiempo de la consagracion; terminados estos, se recogia, lo cual dictó á san Crisóstomo estas palabras: «Durante el sacrificio, cuando es ofrecido Jesucristo, «el Cordero de Dios; cuando oigais la señal, reuníos para orar; y «cuando veais levantarse la cortina, pensad que el cielo se abre y que «los Ángeles descienden [2].» El altar se elevaba en el santuario, y al lado del altar mayor habia otro mas pequeño, en el cual se depositaban el pan y el vino ofrecidos por los fieles para el santo sacrificio; en nuestras iglesias este altar ha sido reemplazado por la credencia, donde se colocan las vinajeras. Solo los clérigos podian penetrar en el santuario, y esta es la causa por que era calificado de *inaccesible y sagrado*.

El altar se elevaba ordinariamente en la parte oriental [3], pues considerando nuestros padres en la fe á Nuestro Señor como al verdadero sol del mundo, como el oriente del cielo, colocaban sus altares y se volvian para orar hácia el lado del Oriente, á fin de manifestar su esperanza y su fe.

Debajo del altar habia un subterráneo llamado cripta [4], en la cual

[1] Bema vel sanctuarium.

[2] Homil. III *in Ephes.*

[3] «La Iglesia, dice el abate Pascal *(Carta á Mr. Didron)*, jamás ha prescrito formalmente dirigir los templos hácia el Oriente... San Paulino, que vivia «en el siglo IV, reconoce que el uso ordinario es construir las iglesias hácia el «Oriente; pero léjos de ver en tal costumbre una regla litúrgica, hizo edificar en «Tiro un templo cristiano en direccion opuesta, es decir, de Oriente á Poniente. Así pues, será un uso tan general como se quiera, pero regla invariable «jamás; y sino véase el siguiente hecho de importancia extrema: La iglesia mas «augusta del mundo católico, la catedral de las catedrales, el tipo de todos los «templos del Cristianismo, San Juan de Letran, ¿hácia qué punto cardinal se «dirige? Hácia Poniente. La magnífica basílica de San Pedro, la primera cole«giata del universo, extiende hácia Poniente sus vastas naves y dilatada ábsi«da; la antigua iglesia de San Clemente prolonga sus tres ábsidas hácia el mis«mo punto cardinal. De esto se deduce que es falsear el espíritu de la Iglesia el «considerar como regla constante y absoluta lo que JAMÁS ha sido otra cosa «que puramente convencional y facultativo.»

[4] *Crypta*, caverna, hondonada, subterráneo.

se guardaba el cuerpo de uno ó de muchos Mártires; cirios encendidos en el altar; á los lados de la iglesia, pinturas murales, cuadros y capillas; finalmente la parte de la iglesia posterior al altar terminaba en curva, de modo que la forma de nuestras iglesias es la de una cueva; recuerdos todos de las Catacumbas; recuerdos sagrados entre todos, ¡recuerdos que tenemos cada dia ante los ojos, y que nunca quizás han dicho nada á nuestro corazon! No suceda así en adelante, pues la ignorancia no podria servirnos ya de excusa. Digamos algo sobre cada uno de tan venerables recuerdos.

Empecemos por la *cripta*. En muchas antiguas iglesias vese aun bajo el altar mayor una cripta ó capilla subterránea, recuerdo de las Catacumbas; en efecto, en las subterráneas profundidades de aquellos vastos cementerios nuestros padres en la fe ofrecian los santos misterios, y cuando les fue permitido levantar iglesias, conservaron en cuanto les fue posible la memoria de aquellos tiempos de persecuciones y virtudes. Para conocer lo que nuestras soberbias basílicas han tomado de las Catacumbas, dirijamos una rápida mirada sobre el gran número de pequeñas iglesias ocultas en el dia en las entrañas de Roma; abiertas en la roca, son generalmente mas largas que anchas, y su fondo, terminado en forma circular y cubierto de una bóveda en forma de arco [1], es el sepulcro de un Mártir.

Este sepulcro se llamaba *altar*, porque se ofrecia el santo sacrificio sobre la losa ó mármol que lo cubria; dábasele tambien el nombre de *confesion*, porque el Mártir al morir habia confesado su fe, y sus huesos estaban allí para confesarla y testificarla todavía [2]. En algunas de estas reducidas iglesias vese aun en pié y delante del sepulcro del Mártir una baldosa de mármol labrada y colocada como una especie de reja; primitivo modelo de las balaustradas puestas en los templos cristianos delante del altar mayor, y cuyo objeto en los primeros tiempos es evidente si observamos las Catacumbas; en efecto, es claro que estuvo destinada á resguardar los sagrados restos reco-

[1] Monumentum arcuatum.

[2] En Italia los altares llevan exclusivamente el nombre de *confesiones;* así dícese la confesion de san Pedro para designar el altar y sepulcro del Príncipe de los Apóstoles. Á veces el altar, es decir, el sepulcro se halla desprendido del fondo y colocado en el centro del subterráneo, siendo este el orígen de los *altares á la romana*, es decir, de los altares puestos en medio del santuario y á cuyo alrededor se puede circular.



gidos en el sepulcro de los menoscabos que en ellos hubiera podido causar un celo ardiente en demasía ó irreflexivo, al mismo tiempo que á inspirar mayor veneracion hácia el lugar de su descanso.

Las iglesias de Roma fueron edificadas sobre esas iglesias subterráneas; el altar de la cripta corresponde al punto central de la interseccion de la nave y del crucero; la entrada del subterráneo en que se halla, y al cual se llega bajando cierto número de escalones, está cerrada por una *reja;* encima del subterráneo y al nivel del suelo de la iglesia existe un segundo altar, que sirve para la celebracion de la misa, recordando por su forma y por su posicion, enteramente perpendicular al altar subterráneo ó al *sepulcro,* su orígen sepulcral y su primitivo destino, así como el subterráneo que corresponde atestigua el lugar de donde salió. Cási todas las antiguas basílicas de Roma, bien que reconstruidas en tiempos posteriores con mas ó menos magnificencia, ofrecen aquel rasgo esencial de los monumentos del primitivo culto.

Nos limitarémos á citar un ejemplo: entre las iglesias de fecha mas antigua, es notable en todos conceptos la dedicada á santa Prisca, hija de un senador romano, bautizada por san Pedro; martirizada y muerta por la fe, fue su cuerpo depositado en un ataud cuya forma es la de un altar antiguo. El sepulcro de Prisca fue colocado en el centro de su propio aposento, en el palacio de su padre, cuyos restos se ven todavía en el monte Aventino; aquel aposento y el sepulcro que encerraba convirtióse en una especie de templo fúnebre, y cuando tiempo despues se construyó encima de él la iglesia que subsiste todavía, formó su *confesion* subterránea [1].

Aquel interesante edificio presenta, pues, cuanto se veia en las Catacumbas: un sepulcro que sirve de *altar*, una *capilla subterránea,* y finalmente una *iglesia superior;* monumentos nacidos unos de otros, y en los que se enlaza íntimamente el culto de los muertos con el de la Divinidad, así como el Cristianismo se une materialmente á la antigüedad con la construccion de esa iglesia elevada sobre los cimientos de un palacio romano [2].

Es tal el respeto que profesa la Religion por las costumbres de sus primeros dias, que todos sus altares tienen la forma de sepulcros, y que en ellos hay una ó muchas cavidades llamadas *tumbas*, donde

[1] **Véase la descripcion de esta iglesia en las *Tres Romas*.**
[2] **Raoul Rochette, *Cuadro de las Catacumbas*.**

están depositadas las reliquias de algun Santo; no hay altar sin reliquias, y regularmente están colocadas en medio del altar, reposando sobre ellas despues de la consagracion Jesucristo inmolado á la gloria de su Padre. Así pues, en el espacio de un pié cuadrado, la Iglesia vuestra madre reune lo mas eficaz para conmover el corazon de Dios nuestro Señor y los Mártires muertos por su gloria, semejante á una viuda que, deseando obtener una gracia, se presentase al Príncipe enseñándole en una mano los restos de sus hijos, y en la otra el cuerpo de su esposo, muerto por el servicio del Estado, y le dijese: «¡Hé aquí los títulos que poseo para alcanzar vues«tros favores!» ¿Podria haber un monarca en todo el universo que rehusase á tal viuda el objeto de su demanda? No; luego Dios seria menos que un hombre si no satisfaciese á la Iglesia, cuando le presenta en medio de nuestros santos misterios la sangre de su Esposo y los huesos de sus hijos.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber querido elegir una residencia entre los hombres; hacedme la gracia de penetrar siempre en la iglesia animado de un sentimiento de amor, así como un hijo que entra en la casa de su padre.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *tomaré agua bendita con sumo respeto.*

---

# LECCION IV.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Continúa la descripcion de nuestras iglesias.—Cirios.—Capillas laterales.—Pinturas.—Adornos.—Campana. Su bautismo.—Por qué tocan en las tempestades.—Armonía de las campanas con nuestros sentimientos.**

Sigamos explicando los recuerdos de las Catacumbas, vivos aun en nuestras iglesias. No comprenderlos seria una desgracia y una vergüenza á la vez: una desgracia, puesto que las cosas mas propias para penetrar nuestra alma de un religioso respeto y robustecer nuestra fe, poniendo á nuestra vista las costumbres, las virtudes y las persecuciones de nuestros padres, serian para nosotros como si no existiesen, y en vez de sentirnos sobrecogidos de un religioso estremecimiento al franquear el dintel sagrado, entraríamos en nuestras iglesias como en un edificio ordinario. Una vergüenza, sí; pues vergüenza es para el hijo no comprender ni los detalles ni la disposicion de la casa paterna, no poder ni justificar la sabiduría de sus abuelos en la distribucion del edificio que ha heredado, ni dar cuenta de los usos que aquella estableciera y que él mismo practica sin saber por qué. Pero, ¡qué digo! no los practicará mucho tiempo, pues el libro escrito en un idioma desconocido es muy pronto abandonado en otras manos, ó arrojado á un oscuro rincon, para que lo consuman el polvo y los gusanos, sin que jamás volvamos á reparar sus hojas. Esta es una de las razones por que nuestras iglesias han quedado desiertas, convirtiéndose nuestras ceremonias en un espectáculo mudo, insípido, ridículo quizás á los ojos de muchos.

Ahora bien, despues de haber hablado en la leccion anterior de la cripta, del altar y de la balaustrada, falta explicar el por qué de los cirios, de las capillas laterales y de las pinturas que adornan nuestras iglesias, nuevos recuerdos tambien de las Catacumbas.

1.° Los *cirios*. Obligados nuestros padres á evitar la luz del sol, suplíanla, en los subterráneos que les sirvieron durante tanto tiempo de asilo y de templo, por medio de lámparas y antorchas; en las

Catacumbas se ven aun miles de lámparas, colocadas de dos distintas maneras, que indudablemente corresponderian á dos objetos diferentes. Las primeras están dentro de pequeños nichos, ó fijas sobre pequeñas repisas á lo largo de los corredores, ó suspendidas, por medio de cadenas, de las bóvedas de las capillas; todo induce á creer que servirian para guiar los pasos de los fieles y para alumbrar las ceremonias religiosas que se practicaban en los subterráneos. Las segundas están fijas en el exterior de los sepulcros sobre los cuales se celebraban los santos misterios, ó depositadas en el interior de las sepulturas como un símbolo de inmortalidad, intencion que no puede ser puesta en duda, pues que deriva del uso seguido en los funerales cristianos [1]. Semejante uso de las lámparas se ha conservado entre nosotros, si bien bajo otra forma, como es la de los cirios encendidos durante la ceremonia de los funerales.

Las lámparas de la primera y segunda clase son por lo regular de tierra cocida y algunas de bronce; tambien se han encontrado de plata y aun de ámbar; su forma es la de un buque, pues en tiempo de nuestros padres la nave era uno de los símbolos mas populares de la Iglesia. Como á ejemplo citarémos únicamente á una hermosa lámpara hallada recientemente en las Catacumbas; trabajada en forma de nave tiene dentro á dos personas, á san Pedro sentado en el timon, y á san Pablo en pié en la proa predicando el Evangelio. La mayor parte de aquellas lámparas están adornadas con figuras simbólicas, como palmas, coronas, corderos, palomas, peces y candelabros, si bien lo mas frecuente es la cifra de Nuestro Señor; y de aquí nació la costumbre de grabar en el pié de nuestros candeleros de altar los atributos, la cifra ó la figura de Nuestro Señor y de la santa Trinidad.

La vista de nuestros cirios que nos traslada á una época anterior á la nuestra de diez y ocho siglos, al tiempo de las persecuciones, á la cuna del Cristianismo, ¿nada dirá á nuestro corazon? ¿Qué decimos? Su vista nos traslada á tiempos mucho mas antiguos, pues el uso de las antorchas y candelabros como parte del culto divino data ya del tiempo de la ley mosáica. Heredera de todas las inmortales ceremonias de la Sinagoga, lo mismo que del dogma y de la moral reveladas desde el orígen del mundo, la Iglesia *católica* ha

[1] Este uso está atestiguado por san Jerónimo : *Cum alii cereos lampadesque, alii choros psallentium ducerent.* (Véase Bottari, t. III, pág. 67 y 68).

conservado á las generaciones todas la historia siempre presente del pasado [1].

Las lámparas servian no solo para disipar las tinieblas, sí que tambien para manifestar la alegría y gratitud por los beneficios de Dios, siendo, como figura de Nuestro Señor, la verdadera luz del mundo. «Jamás celebramos los santos misterios, dice un autor antiguo, sin «emplear las luces, y no con objeto de desvanecer las tinieblas de «la noche, puesto que decimos la misa de dia, sino para figurar al «que es la luz increada, sin la cual andaríamos á tientas aun á las «doce del dia [2].»

2.° Las *capillas laterales* son otro recuerdo de las Catacumbas. Hemos visto que en el fondo ó cási en el fondo de aquellos subterráneos habia el sepulcro de un Mártir que servia de altar para el santo sacrificio, y ahora dirémos que las paredes laterales de las cuevas estaban cubiertas de pequeños nichos [3] conteniendo el cuerpo de uno ó de muchos Mártires; este es el orígen cierto y aquella la forma primitiva de las capillas de nuestras iglesias cristianas, semejantes á otros tantos nichos con su bóveda cimbrada y con las reliquias de su Mártir. En efecto, es indudable que la distribucion de tales capillas extrañas al plan de los templos antiguos solo pudo ser tomada de las Catacumbas cuando la Iglesia, segura ya de su victoria, trasladaba á sus templos los monumentos de sus persecuciones, colocándolos de modo que por su forma y disposicion primitiva perpetuasen los eficaces recuerdos de aquellos tiempos de prueba y de miseria en que los cementerios servian de iglesias, en que los sepulcros servian de altares, y en que la sangre de los Mártires, segun la feliz expresion de Tertuliano, era la semilla de nuevos cristianos [4].

[1] Acerca de las lámparas, pinturas, etc., véase nuestra *Historia de las Catacumbas.*

[2] Microlog. c. 11.

[3] Loculli.

[4] La necesidad de perpetuar el recuerdo de las Catacumbas ha sido tal, que los arquitectos antes que sacrificarla han preferido faltar á las reglas de su arte en la construccion de nuestras iglesias. La multiplicacion de las pequeñas capillas laterales en el seno de las iglesias cristianas, en razon de las *confesiones* particulares ó *memorias de los Mártires,* cuyo culto se asociaba al del Santo principal ó patron, dice Mr. Raoul Rochette, es un inconveniente para la arquitectura. Semejante *costumbre,* nacida con la misma Iglesia en el seno de las Catacumbas, tuvo una influencia mas decisiva en la disposicion general de las basílicas cristianas que ninguna de las circunstancias provenientes del mismo

Por esta misma razon las iglesias antiguas son bastante oscuras, pues al mismo tiempo que su luz sombría favorece el recogimiento, recuerda las misteriosas tinieblas de las Catacumbas: y ahora, ¿nada dirán á nuestro corazon al hallarnos en la iglesia, ni aquellos sepulcros, ni los Mártires que nos rodean? ¿Podrá la Iglesia ser todavía para nosotros un lugar profano, indiferente y mudo?

3.° Las *pinturas*. Los cuadros, las imágenes son como libros elocuentes; cuanto vemos por nuestros ojos hace en nosotros mas viva impresion que las palabras, como lo prueba la experiencia de todos los pueblos y de todos los países. Esto movió á los primeros cristianos á pintar escenas en armonía con su penosa situacion, y el Antiguo y Nuevo Testamento, los combates de sus hermanos muertos por la fe fueron para ellos una fecunda mina de la cual sacaron todo el partido que podia esperarse de hombres pobres y sepultados en oscuros subterráneos; sin embargo, ¡cuán venerables son aquellos primeros bocetos del arte cristiano al pensar en la mano que los trazó, en los lugares y en las circunstancias en que fueron ejecutados!

Los principales asuntos que se ven aun en las paredes de nuestras iglesias subterráneas son, del Antiguo Testamento, la historia de *Jonás; Moisés* tocando con su vara la roca de Oreb; el mismo *Legislador* recibiendo las tablas de la Ley; *Noé* en el arca; el sacrificio de *Abrahan; Adan y Eva;* los tres *Niños* en el horno; *Daniel* en la cueva de los leones; *Elías* subiendo al cielo; *David* con la honda en la mano; *Job* sentado en el suelo; *Tobías* con el pez. Entre estas escenas la de Jonás es la repetida mas frecuentemente, como si hubiese sido para nuestros padres la de mayor interés, sin duda porque presenta la imágen sensible de la resurreccion bajo una forma altamente maravillosa.

Las del Nuevo Testamento son: el *Salvador* sobre las rodillas de la santísima Vírgen recibiendo los presentes de los tres Magos; *sen-*

genio del culto. Para tantas *memorias de Mártires,* cuyo número aumentó insensiblemente excediendo á toda medida, á toda proporcion con el mismo templo, fue preciso abrir en las naves laterales capillas particulares que fueron otros tantos monumentos independientes en el seno del monumento principal, y si así puede decirse, otras tantas basílicas construidas en las basílicas. Esto causó en la fábrica una frecuente interrupcion de la línea recta, la que no solo es el principal mérito de las obras de arquitectura, sino tambien el principal elemento de las grandes impresiones que producen. (*Cuadro de las Catacumbas,* pág. 91).

*tado* en medio de los doctores; *sentado* entre sus discípulos, ó con los doce Apóstoles, ó entre san Pedro y san Pablo; *multiplicando* los panes; *curando* al paralítico; *volviendo* la vista al ciego; *resucitando* á Lázaro; representado como *buen Pastor*. El asunto de tales cuadros da lugar á una consecuencia por cierto bien notable.

Las Catacumbas, destinadas para sepultura de los primeros cristianos, pobladas de Mártires, adornadas en épocas de persecucion, y bajo el imperio de ideas tristes y de penosos deberes, solo ofrecen por todas partes rasgos heróicos, en todo lo que constituye la *parte histórica* de sus pinturas; sus héroes son los Patriarcas y los Profetas, Abrahan, Moisés, Jonás, David, y sus imágenes sirven de ejemplo á los Mártires y de consuelo á los oprimidos; de modo que ningun suceso, ningun personaje del dominio de la triste realidad y del tiempo presente distraia á los fieles del cumplimiento de sus poderosos deberes, y que así la víspera como el dia siguiente de las persecuciones sin cesar renacientes, se alentaban á perseverar en la fe solo con la vista de *Daniel lanzado á los leones* ó de *los tres Niños en el horno,* pero no con la contemplacion de los Cristianos como ellos entregados á las llamas ó á los animales del circo.

No es menos notable la *parte decorativa* de tales pinturas; vense únicamente escenas tiernas y graciosas, como son imágenes del *buen Pastor*, representaciones de la *vendimia*, de la *vida pastoril*, de los *agapes, cristianos en oracion, palmas, coronas, corderos, ciervos, palomas*, en una palabra, cuadros alegres, inocentes y de caridad [1].

Tales son las pinturas de las Catacumbas, pinturas generalmente tan puras y graciosas por su asunto é intencion, que al verlas diríase que el Evangelio, que tan humano é indulgente se muestra en todas ellas, jamás encontró enemigos ni adversarios; en ellas el martirio se reconoce únicamente en la oracion, y el Cristianismo se revela solo por símbolos de paz, de inocencia y de caridad.

En los tiempos posteriores, cuando los Mártires pertenecieron á la historia, sus combates y sus triunfos fueron reproducidos por nuestros pintores sagrados, lo mismo que las memorables acciones de los Mártires *de la paz,* es decir, de aquellos Santos cuya vida consagrada á la penitencia, al bien de sus hermanos y á la predicacion del Evangelio, fue un prolongado sacrificio de la carne y de sus apetitos. Tales son los modelos que la Iglesia ofrece en el dia al respeto

[1] *Cuadro de las Catacumbas*, pág. 185.

y á la imitacion de sus hijos, costumbre que data de la mas remota antigüedad [1].

Despues de admirar el genio del Cristianismo en las pinturas de las Catacumbas, debemos admirarle otra vez mas al contemplar las pinturas de nuestras iglesias. Al colocar en el sagrado recinto cuadros de los Santos, la Iglesia católica recuerda á sus hijos la sublime y tierna comunion que existe entre ellos y los bienaventurados habitantes de la Jerusalen celeste; nos muestra á los Santos como presentes á las oraciones de la tierra; los constituye en primeros protectores de los pueblos que edificaron con sus virtudes, y los considera como interesados en el reinado de la justicia y de la paz entre los hombres.

Hasta la aparicion del Evangelio todos los pueblos reservaron sus homenajes para los héroes de la patria; mas en el culto católico, el hombre verdaderamente justo es honrado á un mismo tiempo por todas las naciones. En nuestros altares la virtud no tiene mas que una patria, es independiente de las leyes, de las costumbres, de los usos; las diferencias de nacion, de fortuna, de nacimiento ó de talento quedan olvidadas; el anacoreta de la Tebaida, el pontífice romano, el emperador y el simple pastor, el anciano de cien años y la tierna vírgen adolescente apenas, están en la misma línea; en ellos están representados todas las edades, todos los países, todas las condiciones, y en esa galería de familia, la virtud es lo que debe ser, el patrimonio del universo, y el ejemplo del justo es provechoso para todo el género humano.

La Iglesia nos dice : *Soy católica*, mias son las verdaderas virtudes de todas las edades, pues yo soy quien las he inspirado; y nos lo dice no solo por medio de la reunion de todos los Santos, sino tambien por los adornos que emplea en la decoracion de sus templos.

Soy católica, nos repite por medio de tantas inanimadas criaturas, vides, pámpanos, espigas, frutos, árboles y flores como adornan las paredes del santo templo; allí la poderosa mano de la Iglesia católica ha reunido todas las partes de la creacion para que alaben á Dios á su manera.

Soy católica, nos repite por medio de la infinita variedad de extrañas figuras de divinidades gentiles que se observan en nuestras

[1] S. Greg. Nyss. *Orat. de Laudib. Theodor.* et S. Paulin. Nol. *Natal.* 1.° *de Ornat. eccl.*; S. Greg. lib. IX, *epist. IX*, et S. Greg. Naz. *epist. XLIX*.





antiguas basílicas; por todas partes aparecen vencidos los ídolos paganos; aquí, sostienen pesadas masas de piedra sobre sus doloridas espaldas; allí, bajo la forma de asquerosos animales, sirven de canales para la lluvia. Tambien los vicios ocupan un lugar en sus templos, y por su aspecto horrible excitan la risa ó el disgusto de quien los mira. El Cristianismo se muestra como un vencedor que arrastra en pos de su carro á sus enemigos humillados, y que perpetúa de generacion en generacion la memoria de su triunfo. Despues de haber inundado el mundo de sangre cristiana, Diocleciano y Maximiano elevaron hace mil y quinientos años dos colunas de mármol para inmortalizar la pretendida victoria del Gentilismo sobre el Cristianismo; Diocleciano y Maximiano ya no existen; sus colunas han venido al suelo, y el Cristianismo permanece en pié; los dioses gentiles le sirven de escabel, y sus templos, monumentos de su victoria, tienen ya mayor duracion que el imperio de los Césares.

Soy católica, soy inmortal; mio es el imperio de los siglos, el monopolio de las verdaderas virtudes; mia es la victoria sobre el Gentilismo; hé aquí lo que nos dice la Iglesia por las pinturas y adornos de sus templos: tan admirables edificios á los que deben añadirse aquellas piedras tan delicadamente labradas, aquellas blondas de mármol, aquellos hermosos calados, aquellos ventanales donde la perfeccion del arte compite con la variedad de las pinturas, con la solidez y con la suavidad de los colores; aquellos graciosos capiteles, aquellas agujas que se elevan hácia el cielo; aquellos innumerables portentos en que la fe, el genío de la adoracion, de la oracion y del amor parecen decir á Dios: *He hecho cuanto me ha sido dable para honraros; si no lo he hecho mejor, no es culpa mia;* todas estas cosas, decidme, ¿no podrán inspirar á vuestra alma un sentimiento de fe, y á vuestro corazon transportes de amor y de admiracion? ¡Ah! si así es, nada mas tengo que deciros, me contento con compadeceros como compadecemos á un ciego, á un sordo, á un paralítico, á un cadáver.

Abandonemos solo por un momento la iglesia, á la que en breve nos llamarán de nuevo augustas ceremonias, y hablemos de las campanas.

4.° Las *campanas*. El uso de las campanas es muy antiguo en la Iglesia, pues data indudablemente de antes del siglo VIII. ¿Quién fue el inventor de las campanas? Muchos opinan por el papa Sabi-

niano sucesor de san Gregorio el Magno [1], y se cree que las primeras campanas fueron fundidas en Campania, provincia de Italia, razon por la cual recibieron el nombre de *campanae*, para distinguirlas de las campanillas ó cascabeles conocidos desde mucho tiempo [2]. Durante los tres primeros siglos, los Cristianos obligados á ocultarse para huir de la persecucion no tenian señal alguna pública para llamarse á los divinos oficios, siendo probable que se advirtiesen mútuamente y en secreto, ó que se anunciase públicamente en las asambleas el dia y la hora de la reunion siguiente. Dada la paz á la Iglesia por Constantino, y construidas vastas basílicas, es claro que debió haber una señal pública para convocar á los fieles, y se cree que consistia en el eco producido por unas planchas de metal muy delgadas al pegarse en ellas con una maceta, ó en el ruido de unas enormes matracas, mucho mayores que las que se usan aun en el dia durante los tres dias de Semana Santa.

En ciertos monasterios servíanse de trompetas, en otros anunciábase el oficio con un canto de *Alleluia* [3], hasta que el uso de las campanas se hizo general en Occidente, extendiéndose insensiblemente al Oriente. Inventadas las campanas, fue preciso construir elevadas torres para su colocacion, á fin de que sus sonidos se oyesen de mas léjos; en el remate de la mayor parte de las torres colocóse una pirámide terminada en un globo; sobre este elevábase una cruz, y al extremo de esta veíase un gallo, emblema popular que indica el uso

[1] Polib. Virg. *Lib. de Inventorib. rerum.* Id. Onuphr. *epist. Summ. Pontif.*

[2] *Cloche* (campana) proviene del aleman *clocke* ó *glocke*, palabra que parece ya expresar el sonido del instrumento. Las campanillas ó cascabeles no servian para llamar al pueblo á la oracion; con cuyo motivo el grave cardenal Bona refiere, copiándolo de Estrabon, una graciosa anécdota. Un tocador de laud llegó á una isla de Grecia deseoso de mostrar su talento; todo el pueblo reunióse al momento al rededor del ambulante artista y preparóse para escucharle; mas apenas hubo sacado dos ó tres sonidos de su instrumento cuando oyóse el retintin de una campanilla; al oirlo la multitud dispersóse apresuradamente, quedando al pobre músico un solo oyente algo duro de oido. «Os felicito y os «doy gracias, le dijo el artista, por haber sido vos el único que se quedase escu«chándome; pero decidme, ¿por qué en vuestro país huye toda la gente al oir «el sonido de una campanilla? —¿Ha sonado la campanilla? repuso el sordo. «— Sí. — Pues entonces, adios;» y emprendió una desaforada carrera gritando al músico estupefacto: «Se abre la venta del pescado [1].»

[3] Durantus, *De Ritib. Eccl. cathol.* lib. I, c. 21.

[1] *Rer. liturg.* lib. I, c. 22, pág. 192.

de las campanas en la Iglesia; á los pastores les recuerda la vigilancia, y á los fieles el celo por la oracion y el ardor por el trabajo [1], así como la cruz, colocada en el globo de la pirámide, anuncia al cielo y á la tierra la victoria de Jesucristo contra el mundo.

Como todo lo que sirve para su culto, la Iglesia bendice las campanas, cuya bendicion se llama bautismo; no porque crea á las campanas susceptibles de una virtud interior ni de una verdadera santidad, sino con intencion de separarlas del número de las cosas comunes, y de manifestar que una vez consagrada al servicio del Señor, no puede emplearse para otros usos, sin cierta profanacion. Además, la Iglesia quiere hacer misterioso y santo el instrumento y el sonido que deben convocar á los Cristianos á cuanto hay mas santo debajo del cielo, es decir, á oir la palabra de Dios, á los oficios, á la asistencia y participacion en nuestros augustos misterios.

La campana es la trompeta de la Iglesia militante [2], y suena en todas las circunstancias notables de la vida; de aquí la variedad de oraciones y ceremonias con que es bendecida. La campana debe sonar en el Bautismo, y es purificada con agua bendita; debe sonar en todos los combates de nuestra vida desde el dia en que entramos en la sagrada liza por medio de la Confirmacion, hasta el en que nos rendirémos en nuestro lecho de muerte, y por esto hácense en ella repetidas unciones con el santo crisma y el aceite de los débiles y enfermos; debe indicar el augusto sacrificio, y por esto es perfumada con incienso; debe recordarnos sin cesar á Jesucristo crucificado, autor y consumador de nuestra fe, y hé aquí por qué durante la ceremonia se repite con tanta frecuencia el signo de la cruz. Dase á la campana el nombre de un Santo ó de una Santa, idea llena de encantos, pues nuestros padres creyeron que la piedad seria mas activa, mas gozosa, mas fiel suponiendo que nos llama á la iglesia un Santo ó una Santa [3].

Bendecida ya la campana, el presbítero ó el Obispo, el padrino y la madrina la hacen sonar dulcemente hasta tres veces, como para

[1] Bona, *Rer. liturg.* lib. I, c. 22.

Instantis quod signa canens, det Gallus Eoi,
Et revocet famulas, ad nova pensa manus.
Alciatus, *Emblemate.*

[2] Concil. Colon. c. 14.

[3] Bona, id.



confiarle su mision; cúbrenla con un lienzo blanco hasta que sea subida al campanario, á causa del respeto que se debe al santo crisma, y el oficiante, despues de hacer sobre ella la señal de la cruz, se retira á la sacristía.

En una de las oraciones de la bendicion, el sacerdote dice: «Ó Dios, «que por medio de vuestro servidor Moisés mandásteis hacer trom«petas de plata, á fin de que la dulzura de su sonido advirtiese al «pueblo de que era llegada la hora del sacrificio y de prepararse para «imploraros, haced que este vaso destinado para vuestra Iglesia sea «santificado por vuestro Espíritu Santo, á fin de que al ser herido y «al dar un sonido agradable al oido de vuestros pueblos, aumenten «de dia en dia su fervor y su fe; que sean disipados los amagos de «sus enemigos, *los estragos del granizo, los huracanes, los torbellinos, «y la violencia de las tempestades; que sean desviados los funestos efec«tos del rayo;* detened con vuestra poderosa mano á los enemigos de «nuestra salvacion, y haced que al oir esta campana tiemblen á la «vista de la cruz de Jesucristo, á cuyo nombre todo se humilla en el «cielo, en la tierra y en los infiernos.»

Nuestros sábios y agudos filósofos se han burlado extraordinariamente de la sencillez de nuestros abuelos, los cuales tocaban las campanas para desviar las tempestades: tocar las campanas, dicen doctamente, es conmover la coluna de aire, es llamar el rayo. Efectivamente, quizás razoneis justamente, vosotros que no veis en el sonido de las campanas sino un sonido material; pero si viéseis en él lo que nuestros padres veian, lo que ve la Iglesia católica, que lo sabe mejor que vosotros, es decir, una oracion, un grito de alarma, una súplica angustiada dirigida al Señor del rayo, puede que no fuéseis tan explícitos. Ahora bien, el sonido de la campana era una plegaria vocal, como lo indica la bendicion de la Iglesia citada anteriormente, y quien se burle de ella, se burla del mismo Dios, el cual nos dice expresamente que el rumor de los instrumentos, el eco de grandes voces y el sonido de las trompetas excitan su misericordia: *Haréis sonar réciamente las trompetas, y habrá memoria de vosotros delante del Señor Dios vuestro, para que seais sacados de las manos de vuestros enemigos* [1].

Si los progresos de las ciencias os permiten desviar el rayo sin recurrir á la oracion, dad gracias por ello al Dios de la sabiduría que

[1] Num. x, 9; Durandus, lib. I, c. 22, n. 4.

os ha permitido reconquistar una parte del imperio del primer hombre sobre las criaturas; pero no os burleis de vuestros abuelos que recurrian á la oracion para conseguir igual objeto.

¿Qué dirémos de las impresiones que produce el sonido de la campana en el hombre y en el cristiano? Su sonido tiene con nosotros muchas y secretas relaciones; ¡cuántas veces en medio de la calma de la noche el toque de una agonía, parecido á las raras pulsaciones de un corazon espirante, ha llenado de terror al culpable al ir á cometer un crimen! El sonido de las campanas despierta igualmente dulces sentimientos, y cuando antes del canto de la alondra óyese al aparecer la aurora el agudo campaneo de nuestras aldeas, diríase que para despertar á los labradores el Ángel de los campos suspira en algun instrumento de los hebreos la historia de Séfora ó de Noemi. El repique de las campanas en medio de nuestras fiestas parece aumentar el público regocijo, convirtiéndose por el contrario en terrible en las grandes calamidades; todavía se erizan los cabellos al recuerdo de aquellos dias de fuego y de sangre, en que resonaban los clamores del rebato.

Todos los sentimientos que inspira el campaneo de nuestros templos son tanto mas bellos, en cuanto se mezcla con ellos un recuerdo del cielo, de caridad y de religion; desde la campanilla que agitaba un hombre por las calles de nuestras ciudades durante la noche que precedia á una fiesta, repitiendo estas palabras: *Despertaos los que dormís, y orad por los difuntos;* desde la campana de la solitaria aldea que toca la hora de retiro para advertir al viajero extraviado en las montañas y bosques vecinos, hasta la que se toca de noche en ciertos puertos de mar para dirigir al piloto al través de los escollos; todas las campanas se armonizan con la situacion en que nos hallamos, inspirando al alma ya la tristeza ó la alegría, ya la esperanza ó el terror religioso. ¿De qué nace tal misterio? De que las campanas son *esencialmente religiosas;* y si se colocasen en cualquier otro monumento diferente de nuestras iglesias, perderian toda su simpatía moral con nuestros corazones [1].

### *Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber conservado en nuestras iglesias tantos y tantos recuerdos propios todos para

[1] Véase el *Genio del Cristianismo,* parte IV.

excitar nuestra piedad y robustecer nuestra fe; hacednos la gracia de que no seamos por mas tiempo sordos á todas las voces que predican la virtud y vuestro amor.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *entraré en la Iglesia con el mas profundo respeto.*

---

# LECCION V.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**De las bendiciones en general. — Principios en que se apoyan. — Qué nos enseñan. — Su antigüedad. — Sus efectos. — Quién puede bendecir. — Cementerio. — Cementerios inmediatos á las iglesias; sentimientos que inspiran. — Bendicion del cementerio.**

Puesto que hemos hablado de la bendicion de las campanas, y que en breve explicarémos la de los cementerios, este es el lugar mas á propósito para tratar de las bendiciones en general.

I. Bendiciones. Para comprender las bendiciones de la Iglesia es preciso recordar algunas indubitables verdades, y son : 1.° Siendo las criaturas obra de un Dios bueno, salieron buenas de sus manos, es decir, perfectamente apropiadas para el doble objeto de su existencia, consistente en la gloria de Dios y en el bien físico y moral del hombre; 2.° las criaturas fueron viciadas por el demonio, cuando al manchar al hombre manchó cuantas cosas dependian de él, y por consiguiente las criaturas bajo la influencia del maligno espíritu no sirven ya como antes para la gloria de Dios y para el bien del hombre. Todas se han convertido en instrumentos de pecado y de muerte, y se lamentan de la dura esclavitud, de la injusta tiranía que les priva sus homenajes y les impide cumplir su vocacion. *Sabemos*, dice el apóstol san Pablo, *que todas las criaturas gimen y están de parto hasta ahora* [1]. 3.° Dios no ha abandonado ni al hombre ni á la criatura bajo el imperio del demonio: desde el dia de su caida, todos sus pensamientos tienden á librar la creacion; si preguntamos á su divino Hijo por qué vino á la tierra, nos revela la idea de su Padre y la suya, diciéndonos : *He venido para lanzar fuera el príncipe de este mundo, para destruir sus obras y arrancar el pecado y el mal* [2]. 4.° Dios puede lanzar el demonio y sustraer sus criaturas á su maligna influencia, lo mismo que confiar este poder á sus enviados.

[1] Rom. VIII, 22.
[2] Ioan. XII, 31; id. I, 29.

En estos grandes principios, reconocidos de todos los pueblos, están fundados el poder y el uso de las bendiciones en la Iglesia católica, de modo que su objeto al bendecir al hombre y á la criatura es volverlos á su santidad primitiva. Esta bendicion emancipa gradualmente la creacion hasta el momento supremo en que, lanzado enteramente el príncipe de este mundo y destruida su influencia, volverá Dios á ser *todo en todas las cosas* [1]. Entonces el hombre se transformará en un nuevo ser; entonces habrá nuevos cielos y nueva tierra; entonces todas las criaturas entonarán, porque serán ya dignas de ello, el cántico inmortal de los Ángeles: Santo, santo, santo Dios de los ejércitos; todo está lleno de su gloria.

Vemos, pues, que con una simple bendicion la Iglesia nos refiere toda la historia del mundo; el pecado y la redencion, el paraíso terrestre y el Calvario, el tiempo y la eternidad. ¿Habíamos pensado alguna vez en ello?

Además las bendiciones de la Iglesia católica nos recuerdan una verdad cuyo olvido es un orígen fecundo de iniquidades y de infamias; tal es la grandeza y la santidad del hombre. Los hombres no nos estimamos bastante; no sabemos, cual debiéramos, todo lo que somos; imágenes de Dios, y la santidad misma, fuimos criados para ser santos, es decir, para ser consagrados á Dios, para estar libres del mal, y libres de la servidumbre del enemigo *malo*. Nuestra alma, nuestro corazon, nuestro entendimiento, nuestros sentidos son otros tantos vasos sagrados que solo deben recibir cosas santas, pensamientos, afecciones é imágenes santas; vasos sagrados que únicamente deben tocar cosas santas tambien.

Pues bien, en todas sus bendiciones la Iglesia recuerda al hombre tan noble idea, y le dice: «Hijo mio, la tierra es pequeña para «tu corazon; eres santo, y consagrado como estás á Dios y hecho para «Dios, aspira únicamente al bien capaz de satisfacerte; eres santo, «y por esto bendigo los elementos que están á tus órdenes, el agua, «el fuego y la tierra; bendigo tus alimentos, tus prados, tus cam«pos, tus viñas; bendigo á los animales que te sirven porque deben «acercarse á tí y estar en contacto contigo; bendigo tu última ha«bitacion, ¡qué digo! la consagro por manos de un pontífice, por«que aquella tierra debe tocar tus restos; santo, debes, despues de «tu muerte, descansar en un terreno santo, así como has nacido,

[1] I Petr. III, 12.

«crecido y vivido en medio de cosas santas.» Sentado esto, fácil será comprender lo que son las bendiciones en la Iglesia católica.

En el idioma de la Iglesia bendecir un objeto significa sacarlo de su estado natural, separarlo de los usos comunes y ordinarios, hacerlo santo de profano que era, consagrarlo á Dios y á las ceremonias de la Religion; en una palabra, aplicarlo á usos piadosos y sagrados.

Como hemos dicho en otra ocasion, Dios, despues de criar el universo, lo bendijo; así pues, todas las criaturas son buenas en cuanto fueron aplicadas á la gloria de Dios ó santificadas por una bendicion y una aprobacion generales: *Dios,* dice la Escritura, *vió todas las cosas que habia hecho, y eran muy buenas* [1]; mas, como el pecado al introducirse en el mundo maleó y vició todas las criaturas [2], de aquí la indispensable necesidad de purificarlas *por la palabra de Dios y por la oracion* [3], á fin de poner en fuga al demonio y paralizar su funesta influencia. Esta es la razon profundamente filosófica de las bendiciones.

Por esto vemos usarlas desde el orígen del mundo: en el Antiguo Testamento, Moisés, mediante una bendicion que le revela el cielo, convierte en dulces las saladas aguas de *Mara* [4]; Eliseo purifica las fuentes de Jericó arrojando en ellas sal mientras que pronunciaba estas palabras: *Esto dice el Señor: Sané estas aguas, y en adelante jamás habrá en ellas muerte ni esterilidad* [5]. Tobías, por medio de la oracion, bendice la cámara nupcial, y arroja de ella á los demonios [6]; sabida es la solemne y misteriosa bendicion que se daba cada año á las mieses nuevas y á los nuevos frutos; antes del sacrificio imponíanse las manos sobre las víctimas, y orábase sobre el aceite, el trigo, etc., para santificarlos y hacerlos dignos del Señor [7].

Nuestro Señor confirmó con su ejemplo lo que se practicaba en la antigua ley, pues bendijo los cinco panes y los dos peces de que alimentó á una crecida muchedumbre [8]; puso sus manos sobre los en-

[1] Genes. I, 31.
[2] Rom. XIII.
[3] I Tim. IV, 5.
[4] Exod. XV.
[5] IV Reg. II, 20.
[6] Tob. VIII.
[7] Levit. passim.
[8] Matth. XIV.

fermos para devolverles la salud; bendijo á los niños, y bendijo y ofreció á su Padre, antes de la cena, el pan y el vino que iba á cambiar en su cuerpo y en su sangre.

Heredera de la doctrina y del poder de Jesucristo, la Iglesia ha usado constantemente las bendiciones; en la época de su aparicion, el demonio reinaba absolutamente en todo el mundo cuyo imperio habia usurpado, é infestaba todas sus partes, y de aquí la creencia de los gentiles, tan verdadera, aunque tan mal comprendida, de que todas las partes de la naturateza estaban *animadas* por espíritus ó genios, habiendo debido decirse que estaban manchadas, tiranizadas por los demonios, los cuales, y esto es lo mas triste, considerados como los dueños de cada criatura, recibian los homenajes que solo á Dios eran debidos. Los mismos filósofos afirmaban que los alimentos y demás objetos usuales eran un presente de los mismos genios ó demonios, y mas tarde los Marcionitas y los Maniqueos pretendieron que todos los cuerpos habian sido formados por un principio maléfico y enemigo de Dios.

Para combatir tantos errores, al mismo tiempo que para lanzar al demonio de su imperio, la Iglesia se apresuró á hacer uso de las bendiciones; y esta fue la causa de que entre los primeros cristianos se repitiesen á cada instante, y antes de hacer uso de alguna criatura, varias oraciones y la señal de la cruz, y este fue el orígen de todas las admirables fórmulas de bendiciones redactadas por la Iglesia, tan antiguas como ella misma. La mayor parte de las que nos sirven aun en el dia se encuentran en el *Sacramentario* del papa san Gelasio, que vivió en el siglo V, cuyo papa no fue por cierto su primer autor. Las diferentes sectas de cristianos orientales, separados de la Iglesia romana desde los primeros tiempos del Cristianismo, usan de las mismas bendiciones; de ellas habla san Pablo cuando dice: *Toda criatura de Dios es buena, y se santifica por la palabra de Dios y por la oracion* [1]; y siendo las bendiciones oraciones destinadas á santificar, tenemos, pues, que son una costumbre apostólica.

Así pues, la Iglesia, enviada para santificar el mundo y arrojar de él al demonio, tiene el poder de bendecir, puesto que la bendicion santifica al mundo y lo hace apto para su primitivo uso; al bendecir, la Iglesia da una prueba de su profunda ciencia, al mismo

[1] I Tim. IV, 4 et 5.

tiempo que continúa una costumbre tan antigua como la caida del hombre.

Los efectos de sus bendiciones son generales ó particulares; los generales son : 1.° sustraer al objeto bendecido del imperio del demonio, y librarle de su maligna influencia; 2.° separarle de las cosas comunes y profanas; 3.° finalmente, comunicarle la virtud de excitar sentimientos de fe, de amor de Dios y de Religion, y con ella la de obtener la remision de las faltas veniales.

Los efectos particulares corresponden á las intenciones de la Iglesia, y son distintos segun la cosa que consagra y el fin que se propone: ya quiere robustecer el alma contra las tentaciones y ataques del enemigo de la salvacion, ya poner el cuerpo al abrigo de las incomodidades que podrian sobrevenirle; bendice el fuego, porque no perjudique al hombre y sea para él el emblema de la caridad y de la verdad; bendice el agua, á fin de que sirva para su purificacion; bendice los templos, los altares, los vasos del sacrificio, porque nada es bastante santo para el culto del Señor; bendice la habitacion del hombre y sus alimentos, para que pueda descansar en paz, y tomar con gratitud y sin temor el sustento necesario á su cuerpo; bendice las praderas, los campos y las reses, á fin de preservarlas de las enfermedades y azotes que pudieran darles muerte ó hacerlos estériles, privando al pobre labrador del fruto de sus trabajos.'

En las grandes ciudades donde la mayor parte suprimen lo mas posible todo acto exterior de Religion, donde se califican de *devociones populares* las prácticas mas bellas y mas útiles, se ha perdido la tierna costumbre de que venimos hablando; en efecto, ¿para qué necesita las bendiciones de Dios el rico usurero ó disoluto que quizás no cree en él? Mas los habitantes del campo, que se sienten mas directamente bajo el poder de Dios, que ven con frecuencia arrebatadas por la tempestad su fortuna y sus esperanzas, que comprenden que nada puede prosperar á no ser que Dios lo quiera, recurren mas á menudo á las oraciones de la Iglesia, á las cuales cooperan con buenas obras, limosnas, y algun favor prestado á los pobres, de modo que el deseo de hacer mas eficaces las bendiciones que solicita el pueblo, conserva y alimenta en él los sentimientos de humanidad. Los herejes y los impíos, antes de hacer á las bendiciones objeto de sus burlas, deberian probar en qué se oponen á la verdadera filosofía, á la verdadera piedad, á la confianza en Dios, á la

gratitud, á la obediencia, á la palabra de Dios y á la universal creencia del género humano [1].

Los Obispos y presbíteros son los únicos que tienen poder para bendecir : revestidos los primeros de la plenitud del sacerdocio, pueden consagrar y bendecir todos los objetos que están bajo su jurisdiccion, y solo á ellos pertenecen las bendiciones que van acompañadas de unciones, como son la consagracion de las iglesias, de los altares, del cáliz y de la patena, de los Reyes, la bendicion del santo óleo, de los abades, abadesas y caballeros; igualmente les está reservada la bendicion de las ropas del altar, de los adornos, de las campanas, de los cementerios, etc., pero pueden cometerlas á simples presbíteros.

Las bendiciones que son de incumbencia de los presbíteros son las de los matrimonios, de los frutos de la tierra, del agua mezclada con sal, de la ceniza, de los ramos, de los cirios, etc.

El efecto de la bendicion no depende de las disposiciones del que la da, pues no obra en su propio nombre sino en el de Jesucristo, del cual es únicamente el instrumento; sin embargo, para que tenga presente la santidad de que es conveniente se halle adornado en tan augusta funcion, debe estar revestido de la sobrepelliz, emblema de la inocencia, y de la estola, símbolo de su poder; debe además acompañarle un monacillo, imágen de un Ángel, teniendo en una mano un cirio encendido, figura de la caridad y de la fe, y en la otra el acetre con el hisopo.

Al recitar la fórmula de la bendicion el sagrado ministro tiene las manos juntas y elevadas al cielo, para manifestar el fervor de su oracion y su ardiente deseo de ser oido; hace varias veces con la mano la señal de la cruz sobre el objeto que bendice, para recordar que de la cruz proviene toda gracia, y que solo en virtud de los méritos de Jesucristo tenemos parte en sus misericordias, y finalmente, lo rocia con agua bendita, para significar que por las oraciones de la Iglesia ha salido de la clase de las cosas profanas, y ha obtenido toda la pureza de que es susceptible. El agua bendita con que se rocia el objeto es tambien el signo exterior que la bendicion le aplica; y si en algun caso se emplea el incienso, es para pedir á Dios que la oracion que se le dirige sea para él de agradable olor y se eleve hasta su trono.

[1] Bergier, art. *Bendicion.*

Ahora que sabemos ya la razon, el orígen y el sentido de las bendiciones, pasemos al cementerio; para ello solo tenemos que dar un paso, pues, segun la intencion de la Iglesia católica, el cementerio está inmediato á la iglesia.

II. El cementerio. La palabra cementerio significa *dormitorio,* siendo el Cristianismo el primero que dió este nombre al lugar en que descansan los difuntos [1]; en lo cual se encierra toda una filosofía. Á los ojos de la Iglesia católica, la muerte no es mas que un sueño, puesto que el lugar en que reposan los que ya no existen es un dormitorio; el sueño supone necesariamente el despertar, así es que es imposible pronunciar la palabra cementerio (¿y quién no lo pronuncia alguna vez?) sin expresar el dogma mas consolador para los buenos y mas temible para los malos, el dogma de la resurreccion.

Desde un principio la Iglesia manifestó un grande respeto hácia los restos mortales de sus hijos, y este respeto por los muertos es una leccion que enseña á los vivos á respetarse á sí mismos; sin embargo, prudente siempre, evitó el doble exceso en que incurrian los gentiles: los egipcios embalsamaban los cadáveres, los encerraban en ataudes y los guardaban en sus casas como un precioso depósito; mas la Iglesia no adoptó tan excesivo esmero, tan supersticiosa veneracion. Los romanos por el contrario quemaban los cuerpos de los difuntos y conservaban sus cenizas; pero semejante modo de destruir los restos de un hombre cuya memoria merece ser conservada tiene algo de inhumano; además los romanos solo observaban aquel procedimiento con sus parientes y amigos, pues en cuanto al pueblo de esclavos que les rodeaba, tratábanle despues de la muerte con la misma crueldad que durante su vida; los cuerpos de los esclavos eran arrojados en vastos subterráneos [2], ó abandonados á las aves de rapiña.

No es esto todo; la costumbre general entre los pueblos antiguos, excepto el egipcio, era colocar los sepulcros en el campo á orillas de los caminos, en cavernas solitarias ó en medio de los jardines. La Iglesia católica adoptó un uso mas conforme con la razon y mucho mas eficaz para mantener la tierna memoria de los que murieron;

[1] Ante Christi adventum mors mortis nomen habebat. At postquam Christus venit, et pro mundi vita mortem subiit, non amplius vocatur mors, sed somnus et dormitio. (S. Chrys. *Serm. de Parascev.* t. V, pág. 482, edicion benedictina).

[2] Puticuli.

primeramente abolió la costumbre de quemar los muertos, pues mejor es enterrarlos, cumpliendo así la prediccion hecha por Dios al hombre pecador: *Eres polvo, y en polvo te convertirás* [1]. En seguida quiso que los muertos estuviesen reunidos en un mismo lugar, inmediato á su templo, á fin de poder velar sobre las generaciones pasadas, así como vela una madre cerca la cuna de su hijo dormido.

¡Qué digo! los primeros templos de la Iglesia católica fueron cementerios, pues no eran otra cosa las Catacumbas; los vivos se reunian en medio de los muertos para orar y ofrecer los sagrados misterios. Tiempo despues, dada la paz á la Iglesia y al serle permitido levantar templos, apresuróse aquella á consagrar un lugar para la sepultura de sus hijos, queriendo que fuese inmediato á su templo, así para conservar memoria de su orígen, como para enseñar á los hombres que una madre no olvida jamás á sus hijos aun despues de muertos. La antigua y santa costumbre de que sea el cementerio inseparable de la iglesia se ha conservado hasta nuestros dias en cási todas las parroquias del mundo católico, pero en parte alguna quizás con tanta fidelidad como en la Suiza alemana.

Jamás olvidarémos el tierno espectáculo que de hora en hora se ofrecia á nuestra vista al atravesar los cantones de Soleure, de Lucerna y de Schwitz; á la entrada de la aldea, á veces pintoresca y limpia siempre, se presenta la iglesia, cuya belleza, grandiosidad y esbelto campanario admirais, antes de recrear vuestros ojos en los ricos adornos del interior; el cementerio rodea la iglesia como una herradura; su entrada principal está al frente de la puerta mayor de la iglesia, y despues de abrir la dorada reja que lo cierra, y de subir algunos escalones de piedra, veis á ambos lados dos grandes pilas en las que hay un hisopo para rociar con agua bendita los sepulcros de los muertos.

Las sepulturas, cubiertas todas de césped, forman varias líneas perfectamente regulares, separadas por un estrecho sendero enarenado, á fin de hacer mas accesible á cada uno la tumba que encierra una parte de su corazon; todas ellas terminan en una cruz de hierro de dos piés de elevacion; sus tres extremos visibles son de cobre dorado, y en una plancha del mismo metal fija en el centro se leen los nombres del difunto, la fecha de su nacimiento, la de su muerte, y una oracion ó una sentencia de la Escritura.

[1] Genes. III, 19.

Cuando al ponerse el sol veis á lo léjos *aquel campo de Dios*, admirais su elegante sencillez, y distinguís el brillo de sus cruces de igual elevacion, colocadas simétricamente, cuyo color negro y dorado se destaca con fuerza sobre el verde césped del sepulcro, se apodera de vuestro corazon una dulce melancolía, lágrimas de ternura asoman á vuestros ojos, mientras que acude una oracion á vuestros labios. Los recuerdos de la antigüedad se presentan en tropel á vuestra mente, y os creeis trasladado á los primeros tiempos del Cristianismo y á las Catacumbas romanas, cuya imágen completa teneis á la vista. Como en la Roma subterránea, veis en medio el altar del principal Mártir, la iglesia; delante del altar á los cristianos prosternados, preparándose para el combate con la recepcion del pan de los fuertes; al rededor de los vivos un círculo de muertos, quienes les alientan, desde sus tumbas, hablándoles de sacrificio, de coronas, de descanso y de inmortalidad. Entonces, al encontrar á la Iglesia católica siempre la misma, os sentís regocijado, al mismo tiempo que os entristeceis al pensar que la disminucion de la fe, mas aun que el interés de la salubridad pública, haya separado entre nosotros el cementerio del templo, y alejado á los muertos de la vista de los vivos.

Dícese que la costumbre de enterrar en las iglesias ó cerca de ellas es peligrosa para las grandes poblaciones; mas como esto no pasa de ser una suposicion gratuita, se nos permitirá ponerlo en duda, á lo menos hasta que se haya probado, á lo que estamos tanto mas autorizados en cuanto tiende á formular un cargo contra la Iglesia católica, y en cuanto procede de personas, cuya ligereza, por no decir otra cosa, está perfectamente demostrada. Permítasenos tambien recordar que en Roma se entierra á los muertos en las iglesias [1], y que á pesar de su caluroso clima no resulta de ello inconveniente alguno; en seguida preguntarémos si puede citarse en la historia una sola epidemia causada por la costumbre de enterrar en las ciudades; y finalmente, concluirémos diciendo que es muy útil separar de las poblaciones todos los principios de contagio; mas, para ser consecuentes, seria preciso no dejar subsistir, construir ni subvencionar en ellas á ciertos lugares de disolucion, cien veces mas mortíferos que los sepulcros de los muertos. Entre los que en el dia aislan los

[1] Hasta la ocupacion francesa se enterraba en ellas á todos indistintamente; desde entonces solo á una parte de la poblacion.

cementerios y condenan con tanta acritud la antigua costumbre de la Iglesia católica, ¡ cuántos hay quizás que solo tratan de alejar todas las ideas fúnebres, á fin de gozar los placeres sin mezcla de amargura ni de remordimientos, y que pretenden paliar su epicureismo con pretexto del bien público!

Sea como quieren en las ciudades; mas por lo que toca á las poblaciones rurales, donde el aire circula libremente, y donde no existe peligro alguno, sostenemos que nada debe ser cambiado en la costumbre establecida; mas es conveniente en alto grado que antes de entrar en el templo del Señor tengan los fieles á la vista un objeto capaz de recordarles la brevedad de la vida, la esperanza de un porvenir mas feliz, y la tierna memoria de sus parientes y amigos [1].

Separar el cementerio de la iglesia es destruir una de las mas bellas armonías que pudo establecer la Religion; armonía que vale la pena de ser tenida en algo, pues la sociedad gana con ella mas de lo que se cree. En un pequeño espacio se hallan reunidas la Iglesia del cielo, la Iglesia de la tierra y la Iglesia del purgatorio; ¡ admimirable leccion de fraternidad! La Iglesia del cielo, compuesta de los Ángeles y de los bienaventurados cuyos cuadros suspendidos en las paredes del templo recuerdan las victorias y la presencia invisible, se halla reunida al rededor del altar, sepulcro de un Mártir ó de un Santo, sobre el cual se inmola al Dios que ella contempla cara á cara, y que nosotros adoramos bajo los velos eucarísticos; la Iglesia de la tierra se ofrece á nuestra vista, compuesta de ese pueblo de niños, de mujeres, de jóvenes y de ancianos orando juntos; la Iglesia del purgatorio ocupa tambien su lugar, y compónenla nuestros amigos y parientes, cuya voz parece salir de los sepulcros sobre los cuales oramos, para decirnos con Job: *¡ Apiadaos de mí, apiadaos de mí, siquiera vosotros, mis amigos* [2]!

Creedme: en este siglo de frio egoismo, de glacial indiferéncia, es conveniente dejar al Cristianismo el medio de ofrecer á sus hijos el poderoso recuerdo de su cuna; es conveniente que el lugar de la oracion sea una *catacumba*. La oracion hecha en medio de los sepulcros es mas recogida; la misma semejanza entre los misterios de la Religion y los de la tumba, el contacto inmediato en cierto modo del tiempo y de la eternidad, de los restos de los antepasados y del hom-

[1] Bergier, art. *Cementerio*.
[2] Iob, XIX, 21.

bre prosternado, frente el Dios inmortal de los siglos, sobre los esqueletos de generaciones que ya no existen, todo inspira saludables pensamientos, hace nacer mas de un sentimiento noble, y comunica el valor de las nobles resoluciones.

Todos los cementerios son bendecidos, costumbre que remonta al orígen del Cristianismo: la Religion que bendice tantas veces al hombre, la Religion que bendice sus campos, sus prados, sus alimentos, sus ganados y su casa para enseñarle que es santo, puesto que cuanto le rodea debe ser santo para entrar en contacto con él; la Religion bendice tambien y consagra el lugar de su sepultura, á fin de recordarle que la muerte no le despoja de su santidad, y que continúa siendo respetable aun en el polvo de su tumba.

Semejante bendicion de nuestra última morada es una fuente de útiles lecciones para los vivos; así es que la explicarémos detalladamente. En primer lugar, y á fin de hacer al cementerio mas venerable, su bendicion está reservada al Obispo, si bien puede hacerse reemplazar por un presbítero; cuanto mas despreciable se hace en cierto modo el hombre, cuanto mas se acerca á la nada y al polvo, de mayor respeto la Religion le rodea. La víspera de la ceremonia se planta en medio del cementerio una cruz de madera de la altura de un hombre, en el extremo de cuyos tres brazos se colocan tres cirios; delante de ella se clava una estaca de madera tambien alta de dos piés, teniendo en su extremo tres puntas iguales á las de la cruz, para colocar igualmente otros tantos cirios.

¿Qué significa esta ceremonia tan extraña en la apariencia? ¡léjos de vuestros labios la impía sonrisa del desprecio! En la Religion todo es grande, todo está lleno de misterios. Aquella cruz de madera representa al Salvador del mundo, al que es *la resurreccion y la vida* [1]; aquella estaca de color blanquecino, semejante á una canilla [2] descarnada, es la imágen del hombre, que la muerte hace semejante á un palo seco é inútil. La noche que sigue á la fijacion de la cruz recuerda las tinieblas del sepulcro, así como la ceremonia del dia siguiente es la viva imágen de la resurreccion; la cruz elevada delante de la estaca anuncia altamente que Jesucristo protege aun en la tumba los despojos del hombre, que los conserva bajo su mano, y que sabrá devolverles la vida al llegar el dia señalado.

[1] Ioan. xi, 25.
[2] El hueso de la pierna desde la rodilla hasta el empeine del pié.

El dia siguiente, el Obispo, ó el presbítero delegado para la bendicion, revístese de una sobrepelliz, de una estola y de una capa blanca y se dirige al cementerio; empléase el color blanco porque va á celebrarse una alegre ceremonia, á proclamarse un misterio consolador. Precedido del Clero, colócase el sacerdote delante de la cruz, teniendo á su lado á tres clérigos, llevando el uno el acetre, el otro el incensario, y el último tres cirios que enciende y coloca en el lugar que en la estaca hay destinado para recibirlos.

Estos cirios encendidos colocados sobre aquel palo privado de sávia y de vida, imágen fiel del hombre en el sepulcro, anuncian la resurreccion, y su número indica la santísima Trinidad, en cuyo nombre y por cuyo poder debe verificarse la resurreccion. La oracion que el sacerdote recita acto continuo nos revela el espíritu de tan bellas ceremonias; héla aquí: «Ó Dios todopoderoso y lleno de «misericordia; Vos que sois el guardian de las almas, el áncora de «salvacion y la esperanza de los fieles, acoged favorablemente nues«tra humilde oracion, y dignaos con vuestra bendicion celeste pu«rificar este lugar y hacerlo santo, á fin de que los cuerpos que en «él descansan, despues de su viaje en esta vida merezcan en el gran «dia del juicio la bienaventurada inmortalidad, y una parte de la «felicidad eterna en union con las almas justas. Por Jesucristo, etc.»

Despues de tan sublime oracion, el Clero y los fieles se arrodillan delante de la cruz, y suplican á todos nuestros hermanos del cielo que unan sus preces á las nuestras, á fin de obtener la gracia que solicitamos; cántanse luego las Letanías de los Santos, y terminadas, el celebrante y el Clero dan la vuelta al cementerio, rociándolo con agua bendita, y pronunciando estas palabras: *Señor, rociadme con el hisopo, y seré puro;* durante esta ceremonia el coro canta el salmo *Miserere*, gemido profundo y prolongado, al cual el lugar y la circunstancia comunican algo de solemne y lúgubre, capaz de enternecer el corazon de Dios.

El sacerdote vuelve delante de la cruz, y desde allí dirige al Dios de la vida y de la muerte la oracion siguiente: «Ó Dios, criador del «universo, redentor del género humano y providencia de todas las «criaturas visibles é invisibles, os pedimos con voz suplicante y con«trito corazon que os digneis purificar, bendecir y santificar este «cementerio donde deben descansar los cuerpos de vuestros fieles «despues de esta vida. Ó Vos, que por vuestra infinita misericor-

«dia habeis perdonado todos sus pecados á cuantos pusieron en «Vos toda su confianza, conceded bondadosamente el eterno con-«suelo á sus cuerpos que aquí reposan, esperando el sonido de la «trompeta de vuestro Arcángel. Por Jesucristo Señor nuestro, etc.»

Las últimas palabras del sacerdote, que recuerdan la resurreccion futura, preceden á una ceremonia que es la viva imágen de ella; el celebrante quita de la estaca los tres cirios encendidos y los coloca en los tres brazos de la cruz, accion que dice al hombre: «La espe-«ranza de la resurreccion que desciende contigo al sepulcro será rea-«lizada por Jesucristo; tú eres su miembro; él es tu jefe; él resuci-«tó; mira su cuerpo brillante de inmortalidad.» Acto continuo arráncase la estaca, pero la cruz permanece en pié, como para decir á todas las generaciones: «Resucitaréis; vuestro Redentor está vivo, «vela sobre vosotros, y clava el estandarte de su victoria en el mismo «lugar en que la muerte os venciera.» Y el sacerdote, que solo ve en la cruz al Dios que representa, la saluda con respeto, la inciensa por tres veces y se retira.

¡Hombres! ¡no temais ya la muerte, pues no seréis por mucho tiempo su presa; ved sino el emblema de la resurreccion y de la inmortalidad que os espera en el mismo lugar de vuestra sepultura! Si algunos pueblos de la antigüedad hubiesen observado costumbres semejantes, nuestros sábios modernos apurarian su elocuencia en su elogio, y sus declamaciones así en verso como en prosa serian sabidas de todos desde la infancia. ¿Por qué, pues, su indiferencia? ¿Por qué se nos deja en la ignorancia respecto de tales usos llenos de tanta instruccion como de poesía? ¿Acaso porque pertenecen á la Iglesia católica son menos venerables? ¡Oh hombres! ¿hasta cuándo tendréis dos pesos y dos medidas?

### *Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por vuestra solicitud en santificarme y en santificar á todas las criaturas; hacedme la gracia de que comprenda bien las saludables lecciones que me dais por medio de todas vuestras bendiciones.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me respetaré mucho á mí mismo.*

# LECCION VI.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Definicion y division del tiempo.—Fiestas.—Su objeto en tiempo de los Patriarcas, bajo la ley de Moisés y bajo el Evangelio.—Fiestas de los Mártires y de los Santos.—Superioridad de las fiestas cristianas.—Su belleza, sus armonías, sus utilidades sociales.—Santificacion de las fiestas.**

I. Definicion del tiempo. Conocemos ya la iglesia y el cementerio, el doble lugar en que se cumplen todos los misterios de la vida y de la muerte. ¿Qué hace la Religion en los templos? ¿qué clase de fiestas se celebran en ellos? Tales son las preguntas á que ahora debemos contestar, si bien para mejor inteligencia debemos antes extendernos en algunas explicaciones preliminares acerca del *tiempo*, de su *division* y del mismo nombre de *fiestas*.

Primeramente, ¿en qué consiste el tiempo? Si tratásemos de definir el tiempo en sí mismo, diríamos con un poeta célebre que *el tiempo es la imágen movible de la inmovible eternidad* [1]; pero nuestro objeto no es otro que considerar el tiempo en relacion al hombre caido, es decir, al hombre como es en el dia. Ahora bien, despues del pecado original, Dios podia tratar al hombre como tratara á los ángeles, esto es, quitarle el tiempo y precipitarle con la rapidez del rayo en una eternidad de tormento; mas, gracias le sean dadas, no procedió de este modo, sino que quiso concederle el tiempo; ¿por qué? Para hacer penitencia; de manera que si el hombre no la hace, será tratado como los ángeles rebeldes, y cuando el tiempo haya terminado, oirá de los mismos labios del sumo Juez esta irrevocable sentencia: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles* [2]. Segun esto, ¿qué es el tiempo á los ojos de la fe, es decir, de la verdad? Es el plazo que la justicia divina ha concedido á la raza humana para hacer penitencia;

[1] J.-B. Rousseau.
[2] Matth. xxv, 41.

sí, así es; el tiempo, la vida es una penitencia perpétua; así lo proclama el oráculo infalible de acuerdo con la razon [1].

¡Cuántos errores desvanecidos, cuántos sistemas destruidos, cuántas ideas rectificadas, cuántos remordimientos quizás ha despertado en mas de una alma esta sola definicion! ¡Cuántos ancianos de blancos cabellos saben ahora que es dable morir á cien años sin haber vivido un solo dia! Al meditar sobre aquella definicion, y al pasear una mirada por el mundo, al ver el uso que hacen del tiempo los reyes y los pueblos, los sábios y los ignorantes, los ricos y los pobres, hay motivo para ocultarse el rostro con las manos y sentarse, como Jeremías, para llorar sobre las ruinas de la inteligencia. ¡Hombre! ¡hijo de un culpable, y culpable tú tambien, solo tienes un dia para lavar la mancha que afea tu alma, y este dia lo empleas en mancharte mas y mas; rey destronado, solo tienes un dia para reconquistar el solio, y lo empleas en perseguir vanas fantasmas; esclavo del demonio, solo tienes un dia para sacudir tu yugo, y lo empleas en remachar tu cadena, mientras que la noche llega, la noche negra, profunda, inmóvil de la eternidad, en la que no podrás ya obrar! ¡y lo olvidas!

II. Division del tiempo. Para recordar sin cesar el hombre á sí mismo, la Iglesia ha dividido el tiempo, y, como todo lo que procede de la Iglesia católica, esta division lleva el sello de la sabiduría y de la utilidad. En efecto, el año eclesiástico se divide en tres partes: la *primera,* que comprende el tiempo del Adviento hasta Navidad, nos indica los cuatro mil años de preparacion, los suspiros y las esperanzas del mundo antiguo, hasta el momento en que entreabiertos los cielos dejaron descender al Justo, al Deseado de las naciones; la *segunda,* que se extiende desde Navidad á la Ascension, encierra toda la vida mortal del Redentor, y finalmente la *tercera,* que empieza en Pentecostes y termina el dia de Todos los Santos, recuerda la vida de la Iglesia.

Así pues, esta division del tiempo, que nos traza toda la historia del mundo y toda la del Cristianismo, pasada, presente y futura, termina con la fiesta del cielo, el cielo á donde todo conduce, y fin de

[1] Visum est autem sanctae Synodo, praecedenti doctrinae de Poenitentia adiungere ea quae sequuntur de sacramento Extremae-Unctionis: quod non modo poenitentiae, sed et *totius christianae vitae* quae *perpetua poenitentia esse debet,* consummativum existimatum est à patribus. *(Sess. XVI,* 9).

todas las cosas. Semejante division, que trasciende en las ideas y aun en el mismo lenguaje, inspira al hombre, sin que él mismo lo aperciba, muchos santos pensamientos, le comunica la inteligencia de sí mismo y de la vida, y ejerce en las costumbres de los pueblos mas saludable influencia de la que se cree. Si vosotros lo dudais, no lo dudaban por cierto los impíos del último siglo, mas inteligentes que vosotros; y en su furor de abolir el Cristianismo ved cuán pronto suprimieron aquella division del año, á fin de extinguir los recuerdos que á ella van unidos, para sustituirle su division y su calendario republicanos. El tiempo y la razon hicieron pronta justicia de tan insensata tentativa, pues no se borran en un dia ideas de diez y ocho siglos, sobre todo cuando estas ideas recuerdan acontecimientos que abrazan la historia entera del género humano. El hombre y el Cristianismo están de tal modo unidos entre sí, que para abolir á este seria preciso destruir primero y crear otra vez á aquel.

Entre los acontecimientos que componen nuestra historia, los hay gloriosos, los hay tristes, y los hay consoladores; la Iglesia consagra la memoria de todos; pero ¡cosa admirable! en los acontecimientos mas desgarradores que ofrece la Religion á nuestra meditacion hay siempre un lugar para la esperanza, y por lo tanto para la alegría, razon por la cual da el nombre de *fiestas* á los dias en que celebra su aniversario.

III. Fiestas. La palabra fiesta significa dia feliz, dia agradable [1], y tambien dia de solemne reunion. En todos los pueblos ha habido dias de fiestas ó de reuniones, ya civiles, ya religiosas; y como eran seguidas, lo mismo que generalmente lo son aun en el dia, de una comida comun, de aquí vino el nombre de *festin*, que equivale á holgorio, banquete de fiesta y de ceremonia. Aun en el Cristianismo los mas santos personajes han opinado que el ayuno y las mortificaciones no deben tener lugar los dias de fiesta, en los cuales por el contrario es conveniente hacer un *festin*, es decir, una comida mas suntuosa que de ordinario, opinion que está confirmada por el ejemplo de los anacoretas de la Tebaida.

Por fiestas entendemos aquí los dias en los que nos reunimos para alabar á Dios, en cuyo sentido son las fiestas tan necesarias como las reuniones de religion; jamás pueblo alguno tuvo culto público,

[1] *Festus, festivus.* Véase á Ducange.

sin que las fiestas formasen parte del mismo, así es que las hallamos establecidas desde el principio del mundo.

Los Patriarcas tenian sus fiestas, y reuniendo á sú familia, ya en una altura, ya á la sombra del cedro ó de la palmera, ya delante de la piedra del desierto [1], laväbanse, cambiaban de vestidos, purificábanse, y ofrecian sacrificios con motivo de los beneficios que recibieran de Dios: Noé, salvado del diluvio, Abrahan, colmado de bendiciones y de promesas de Dios, Isaac, seguro de su proteccion, Jacob, de vuelta de la Mesopotamia y libre de la cólera de su hermano, *festejan* tan felices sucesos elevando altares y ofreciendo sacrificios. La familia de los Patriarcas, convertida en nacion, tuvo tambien sus fiestas, cuyo objeto, número y aparato se dignó Dios determinar por sí mismo.

El Cristianismo, que continúa y aclara la larga cadena de tradiciones sagradas, tiene tambien sus fiestas, de las que hablarémos luego detalladamente.

IV. Objeto de las fiestas. El objeto principal de las fiestas ha variado segun los tiempos: en tiempo de los Patriarcas, bajo la religion primitiva, el principal objeto de las fiestas era inculcar á los hombres la idea de un solo Dios criador y regulador del mundo, padre y bienhechor de sus criaturas; en la religion judáica estaban destinadas á despertar la memoria de un solo Dios legislador, señor soberano y protector especial de su pueblo; en el Cristianismo nos muestran á un Dios salvador y santificador de los hombres, cuyos designios todos tienden á nuestra eterna salvacion. Así pues, nada mejor que las fiestas para indicarnos el objeto directo del culto religioso, bajo las tres épocas sucesivas de la revelacion; diríanse brillantes antorchas colocadas en el camino de los siglos para mostrar á las generaciones venideras el punto preciso en que se hallaba la investigacion de la verdad en las generaciones pasadas.

Otro objeto de las fiestas es fijar, recordándolos anualmente, los acontecimientos memorables de la Religion; y ¿qué dirémos de los acontecimientos que recordaban á los judíos las fiestas de Pascua, de Pentecostes y de los Tabernáculos? ¿qué de lo que recuerdan á los Cristianos estos mismos dias, y la Ascension, y la Asuncion, y Navidad y otros tantos? En las fiestas religiosas está trazada á grandes

[1] Genes. xxxv.

rasgos la historia del género humano. Los judíos perpetuaban tambien por medio de fiestas sucesos menos importantes, y la salvacion de Bethulia por Judith, así como la libertad dada á los judíos por Esther, fueron objeto de fiestas perpétuas.

Lo mismo sucedió en el Cristianismo: en un principio, se celebró la fiesta de los Mártires, pues segun la creencia de nuestros padres en la fe, la muerte de un Mártir era para él una victoria, para sus hermanos un modelo, y un triunfo para la Religion; la sangre de aquel *testigo* cimentaba el edificio de la Iglesia, así es que se solemnizaba el dia de su muerte reuniéndose al rededor de su sepulcro y celebrando en él los santos misterios; los fieles se alentaban con su ejemplo, y crecia su fe y su valor. Las actas del martirio de san Ignacio y de san Policarpo nos manifiestan que así se hacia á principios del siglo II, y no podemos dudar de que se practicó lo mismo en Roma, luego despues del martirio de san Pedro y de san Pablo. En efecto, el testimonio de los Apóstoles y de sus discípulos, sellado con su sangre, era demasiado precioso para que no fuese presentado continuamente á la vista de los fieles. Las mismas razones que motivaron el establecimiento de las fiestas de los Mártires dieron orígen á las de los *Confesores*, es decir, de los Santos, que, sin haber padecido la muerte, han edificado á la Iglesia con el heroismo de sus virtudes; su vida es un glorioso testimonio de la santidad del Cristianismo, y demuestra que la moral evangélica no es impracticable para nadie. ¡Qué mas útil leccion pudiera consagrarse por medio de una fiesta perpétua!

Lo que antecede nos manifiesta la superioridad de las fiestas cristianas respecto de las judáicas y patriarcales; en estas se honraban sin duda alguna muy grandes acontecimientos, mas por mucho que lo fuesen, no eran mas que la sombra de sucesos mas grandes aun. ¿Qué otra cosa se deduce de esto, sino que nuestras disposiciones para celebrarlas deben ser mas perfectas que las de los judíos y de los Patriarcas?

V. Belleza de las fiestas. ¿Qué podrémos decir de la belleza de nuestras fiestas, es decir, de su armonía con las estaciones en que se celebran, con los misterios que recuerdan y con las necesidades de nuestro corazon? El que permanece insensible ante nuestras admirables solemnidades, es muy digno de compasion. Quitad nuestras fiestas, y ved cuánta monotonía reina durante el curso del año,

¡cuán fastidiosa é insípida es la sucesion de los dias y de las estaciones! Tratad de alterar el órden con que se celebran, y conoceréis la profunda sabiduría que ha determinado su época.

Para citar algunos ejemplos, colocad la fiesta de Pascua ó de la Resurreccion en otoño, cuando todo en la naturaleza presenta la imágen de la muerte, cuando los dias decrecen, cuando los árboles pierden sus hojas, las cuales arrastradas por el aquilon ruedan como el polvo de los sepulcros, cuando el horizonte se muestra sombrío y cargado de nubes, ¿no observais un sensible contraste y una extremada dificultad de comprender el espíritu de la solemnidad? Del mismo modo, celebrad la fiesta del *Corpus* en enero, y decidme si sentiréis nacer en vuestros corazones los sentimientos de alegría que debe inspirar el triunfo del Hombre-Dios; por el contrario suponed que en vez de celebrarse en invierno, la fiesta de Navidad se celebre en los hermosos dias de verano, ¿no sentiríais debilitarse al momento vuestra compasiva piedad por el recien nacido de Belen? ¿Cómo excitar en nuestro corazon, en medio de los ardorosos calores del estío, aquellos vivos sentimientos de lástima por el tierno Niño transido de frio? Colocad otra vez la Navidad en 25 de diciembre, y á pesar vuestro tendréis compasion del Niño divino que nace en medio de una interminable noche de invierno, en una húmeda gruta, abierta por todas partes al soplo de los vientos: y no os cause esto admiracion, pues en el primer caso existe un desacuerdo entre la fiesta y la estacion, al paso que en el segundo existe la armonía, queda restablecido el órden, los obstáculos desaparecen, y el corazon siente sin esfuerzo alguno cuanto debe sentir [1].

Adelantad mas aun en estas misteriosas armonías, y veréis que en el curso de un año no hay ni una necesidad de nuestro corazon que no satisfaga la sucesion de nuestras fiestas; el corazon del hombre es de tal modo, que no puede ni debe experimentar siempre el mismo sentimiento; la variedad le da vida, la monotonía le mata, semejante á un laud que solo produce delicados sonidos cuando todas sus cuerdas son hábilmente pulsadas. En efecto, necesitamos sucesiva-

[1] Para la justicia de esta observacion, no es necesario que reine igual armonía en todos los climas, imposible á causa de la figura de la tierra y del movimiento del sol. Ciertos pueblos tienen el estío mientras tenemos el invierno; así es que basta que aquella armonía sea perfecta en el centro del orbe católico, en donde está la perfeccion de las relaciones.

mente el sentimiento de la esperanza, de la fe, de la santa tristeza, del gozo, de la alegría y del amor, algunas sonrisas y muchas lágrimas; necesitamos sobre todo una grande variedad de motivos para excitar en nosotros el amor y la práctica de las diferentes virtudes; ahora bien, estudiad bien el enlace de las tres partes del año eclesiástico y la sucesion de nuestras fiestas, y decid si hay en la Religion una sola virtud que no sea propuesta en un año á nuestra imitacion junto con su razon propia, una sola fibra en nuestro corazon que no sea conmovida. ¡Desgraciados aquellos que solo distinguen las estaciones por las sensaciones de frio y de calor, y para quienes nuestras armonías religiosas son como si no existieran! Su insensibilidad moral, su parálisis intelectual es mas que una desgracia, es un castigo; el castigo de aquellos que habiéndose hecho semejantes á los animales por sus apetitos, han merecido el no conocer la vida sino por groseras sensaciones [1].

VI. Utilidades de las fiestas. Nuestras fiestas cristianas tienen además otras ventajas, en cuanto interesan en alto grado al bien material del hombre y á la paz de la sociedad; ¡en tanto es verdad, segun confesion de los mismos impíos, que la Religion que aparentemente solo tiene por objeto la felicidad de la otra vida, es tambien el mejor medio para hacernos felices en esta! «¿Qué debemos pen«sar, pregunta Juan Jacobo Rousseau, de los que pretenden quitar «sus fiestas al pueblo, so pretexto de que le distraen de su trabajo? «Esta máxima es bárbara y falsa; pues si el pueblo solo tiene el tiem«po necesario para ganar su pan de cada dia, tanto peor para él; «necesita además el necesario para comerlo con alegría, sin lo cual «no lo ganará por mucho tiempo. El Dios justo y benéfico que quie«re que se ocupe, quiere tambien que se distraiga; la naturaleza le «impone igualmente el ejercicio y el reposo, el placer y el dolor; el «disgusto del trabajo postra mas á los desgraciados que el mismo «trabajo. ¿Quereis hacer á un pueblo activo y laborioso? Propor«cionadle fiestas... Los dias que en ellas pierdan darán mas valor á «los demás.»

Así pues, el pueblo necesita fiestas, y por pueblo entiendo los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los sábios y los ignorantes, los reyes y los súbditos; pues todos son hombres, com-

[1] **Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est iumentis insipientibus et similis factus est illis.** (*Psalm.* LVIII).

puestos de una doble naturaleza y dominados por los sentidos. Y ¿qué fiestas daréis al pueblo para hacerle mas activo y laborioso? ¿fiestas civiles? no, pues solo son y pueden ser para los habitantes de las grandes ciudades; los gastos que llevan consigo, los preparativos que exigen, las hacen imposibles en las poblaciones rurales, de modo que si estableceis únicamente fiestas civiles, condenais á no tenerlas jamás á aquellos á quienes son mas necesarias en razon de la continuidad de su trabajo y de sus privaciones. ¡Fiestas civiles! ¿no veis que divididos como hoy estamos por los odios políticos, las fiestas civiles ofenden y humillan á una parte de las poblaciones? El triunfo de los vencedores exaspera siempre á los vencidos.

¿Dejaréis acaso al pueblo el cuidado de procurarse fiestas? En este caso el pueblo, y repito que por pueblo entiendo los ricos lo mismo que los pobres, los que habitan los palacios lo mismo que los que duermen en miserables chozas, el pueblo las buscará en la disolucion y en el libertinaje; veréis á unos pasando de la mesa al teatro arruinarse en locas prodigalidades; veréis á otros sepultarse en las tabernas y figones, y degradados, embrutecidos, devorar en algunas horas el sustento de su familia durante una semana entera, condenando á sus hijos y esposas á la miseria y al dolor. Una vez establecido tan desordenado movimiento, hará cada dia nuevos progresos; se multiplicarán los salones de espectáculo, los cafés, las escuelas del vicio, los lugares de disolucion de toda especie, y una falsa política, un sórdido interés y un fondo de irreligion aconsejarán que son necesarios tan fatales establecimientos. Los buenos ciudadanos, los artesanos honrados se quejarán de ello, pues no podrán retener en los talleres ni á sus operarios ni á sus aprendices; pero ¡inûtiles quejas! el pueblo necesita fiestas.

Le quitásteis las que le convenian, porque solo ellas podian hacerle mas activo y mas laborioso, y por consiguiente mas moral; os habeis burlado de él cuando asistia á las mismas, le habeis disgustado de ellas, y ha buscado otras; y ahora este pueblo inmoral y descontento inquieta vuestro sueño y turba vuestros placeres, mientras no os recompensa con la violencia y el pillaje vuestras lecciones de impiedad: ¡tanto peor para vosotros! ¿Cuáles eran, pues, las fiestas que convenian al pueblo, porque eran útiles á la sociedad entera? Las fiestas religiosas; primeramente, todos pueden tomar parte en ellas, no siendo excluidos de las mismas ni los ciudadanos, ni los

campesinos; no son onerosas ni al pobre ni al rico, y muchas veces cifran estos una gloria y un placer en contribuir voluntariamente á su magnificencia. En ellas nadie se siente humillado, pues no se celebra ni el triunfo de unos, ni la derrota de otros; en nuestros templos no se conocen partidos, así como los hermanos sienten desvanecerse sus odios al hallarse juntos en el regazo de su madre, y si lágrimas se derraman, son de gozo ó de arrepentimiento. Los conciertos profanos, los voluptuosos bailes de los teatros, las vociferaciones de la sensualidad, las riñas del libertinaje son reemplazadas en ellas por santos cantores, por magníficas y tiernas ceremonias; las pasiones enmudecen, el alma recobra su vigor, y el hombre, honestamente descansado y recreado, se encuentra mas activo y mas dispuesto para el trabajo, por la razon de que se encuentra mejor.

Sí, hacer al hombre mejor, es decir, mas moral, es la gran ventaja, ventaja exclusiva de las fiestas religiosas, las cuales reunen á los hombres al pié de los altares del Señor, cimentan entre ellos la paz y la concordia, y presentan la memoria de los hechos en que la Religion está fundada, que son otros tantos beneficios de Dios; por consiguiente hacen á los hombres reconocidos para con el Señor, y humanos y caritativos respecto de sus hermanos; les ofrecen grandes modelos, Santos de todas edades, de todas clases y de todas profesiones, quienes despues de ser lo que nosotros somos, es decir, débiles y expuestos á tentacion, nos dicen desde el cielo que en nuestra mano está ser algun dia lo que ellos son. No digais, no, que tan sublimes lecciones, dadas en medio del espectáculo, ya majestuoso, ya terrible, ya gracioso de nuestras ceremonias, sean enteramente perdidas, pues en este caso deberíamos desesperar de la humanidad; y ¿qué seria entonces de vuestras pomposas máximas y de vuestros queridos sueños respecto de la perfeccion indefinida de la especie humana?

Al instituir las fiestas, la Iglesia ha procurado el bien de la sociedad lo mismo que el de los particulares, pues en un Estado civilizado la Religion, las costumbres, las virtudes sociales no son menos necesarias que la subsistencia, que el trabajo, que el dinero y que el comercio; los ciudadanos deben ser hombres y no brutos ó autómatas. Ahora bien, ¿sabeis por ventura un medio mejor que la Religion para formar hombres y ciudadanos? Y ¿en qué circunstancias tiene la Religion tanto imperio como en nuestras solemnidades?

No hace mucho tiempo que se proferian quejas contra la multitud de fiestas, y hé aquí que han sido suprimidas la mayor parte, en Francia á lo menos, y ¿qué hemos ganado con ello? El operario, el labrador ha trabajado algunos dias mas, pero ¿es acaso mas feliz? ¡Ah! no, nada ha ganado en la reforma, ni aun para su trabajo, pues hoy pasa en la crápula mas dias de los que pasaba antes en la iglesia cuando se celebraban todas las fiestas; hay mas, ha resultado una diferencia en contra suya, pues al paso que nuestros dias de fiesta nada le costaban, los dias de libertinaje le cuestan su dinero y su salud.

VII. Santificacion de las fiestas. Así pues, la Iglesia se mostró muy sábia, muy maternal al multiplicar sus solemnidades, y puede decirse que jamás hizo de su poder uso mas útil; ¡felices al menos si sabemos aprovecharnos de las fiestas que han tenido á bien dejarnos! Para ello debemos santificarlas, y para santificarlas es preciso comprender el espíritu de la solemnidad. ¿En qué consiste, pues, el espíritu de una solemnidad? En la intencion que la Iglesia se propuso al instituirla, y es preciso conocerla á fin de cumplirla y de penetrar nuestra alma de disposiciones análogas. Unas veces se nos manda una virtud, otras debemos reanimar un sentimiento, siempre algo que *creer* y que *imitar*. Abandonémonos á las impresiones de la gracia, y el Espíritu Santo nos dirá cuanto debemos hacer para celebrar nuestras fiestas, de modo que sean la prenda de la eterna fiesta de la que son una débil imágen; una novena preparatoria es uno de los mejores medios que nos sea dable emplear para mejor disponernos, así como la ferviente recepcion del Salvador es el medio de aprovechar las gracias que Dios derrama en aquellos dias con mayor abundancia. ¡Ojalá sea así para cuantos lean estas líneas [1]!

[1] Sobre las materias que se tratan en esta parte IV del Catecismo, véanse las siguientes obras que nosotros hemos tambien consultado: san Justino, sus dos *Apologías;* Tertuliano, el *Apologético*, las *Prescripciones*, la *Corona del soldado;* Clemente de Alejandría, los *Strómatas* y el *Pedagogo;* san Agustin, la *Ciudad de Dios*, el *Génesis al pié de la letra*, y los *Libros contra Fausto;* Inocencio I, su *Carta á Decencio*, las *Constituciones apostólicas;* san Isidoro de Sevilla, *de los Oficios eclesiásticos;* Durand, obispo de Mende, *Rationale divinorum officiorum*, de cuya obra se decia: *Caeteri libri utiles, iste necessarius;* Duranti, primer presidente del parlamento de Tolosa, su excelente obra *de Ritibus Ecclesiae catholicae;* el cardenal Bona, *Rerum liturgicarum libri duo;* Boldetti, canónigo de Santa María *in Transtevere: Osser-*

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido fiestas que me recuerdan vuestros beneficios y me impulsan eficazmente á la práctica de la virtud.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me prepararé para las fiestas por medio de una novena.*

*vazioni sopra i cimiteri de' santi Martiri ed antichi Cristiani di Roma,* in fol.; el P. Mamachi dominico, *De' Costumi de' primitivi Cristiani; Antiquitates Christianae,* del mismo autor; Le Brun, *Ceremonias de la misa, Liturgias de todas las iglesias;* Tomasino, *Tratado de las fiestas;* Baillet, *Fiestas movibles;* Bergier, *Diccionario de teologia;* Jauffret, *Del culto público;* Mr. Raoul Rochette, *Cuadro de las Catacumbas;* Mr. Thirat, *Espíritu de las ceremonias de la Iglesia, Ritual romano,* y otras muchas, etc., etc.

---

# LECCION VII.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**El domingo. — Su historia. — Su objeto. — El domingo entre los primeros cristianos. — Oracion en comun, oficio. — Orígen del oficio divino. — Diferentes horas del oficio. — Su armonía con Dios, el hombre y el mundo.**

**I. El domingo.** — La primera de todas las fiestas cristianas es el domingo, cuya historia es esta : Dios, despues de criar el mundo en seis dias, descansó el séptimo; santificólo y mandó á los hombres que lo santificasen tambien. «El dia séptimo, dijo á su pueblo, es dia de «sábado, esto es, el descanso del Señor Dios tuyo. Ninguna obra ha«rás en él tú ni tu hijo, ni hija, ni siervos, ni siervas, ni buey, ni «asno, ni alguna de tus bestias, ni el extranjero que está dentro de «tus puertas, para que descanse tu siervo y tu sierva lo mismo que «tú. Acuérdate que tú tambien fuiste siervo en Egipto, y que te sacó «de allí el Señor Dios tuyo. Por esto te ha mandado que guardases «el dia del sábado [1].»

Así pues, el descanso del sábado en el dia séptimo fue prescrito á los judíos no solo por causa de religion, sino tambien por un principio de humanidad, doble motivo que subsiste en la institucion del domingo. El reposo del alma y del cuerpo, el bien del hombre todo, tal es el objeto de la institucion del *dia del Señor,* que con justo título puede tambien ser llamado el *dia del hombre;* la impiedad se ha mostrado cruelmente absurda cuando suprimiendo el domingo quiso calcular las fuerzas de los trabajadores como las de las bestias de carga. Por robusto que sea, el hombre necesita reposo; así lo han comprendido todos los pueblos, y todos establecieron ciertos dias para satisfacer aquella necesidad [2]; el séptimo es el dia mas conveniente.

[1] Deut. v, 14.

[2] De la incesante actividad en el trabajo que no respeta ni el dia santo, y que es hija del industrialismo, es decir, del egoismo llevado al exceso, han resultado las siguientes consecuencias, segun acaba de manifestar el primer magistrado de una populosa ciudad fabril en un dictámen oficial sobre las causas

«La experiencia ha demostrado que el plazo de cinco dias es dema-«siado corto, al paso que el de diez demasiado largo para el reposo; «el terror, omnipotente en Francia, jamás pudo obligar al labrador «á celebrar la década, porque para ello son impotentes las fuerzas «humanas, y aun como se ha observado las de los animales. El buey «no puede arar nueve dias consecutivos, y al fin del sexto sus mu-«gidos parecen pedir las horas indicadas por el Criador para el re-«poso general de la naturaleza. En aquella época los campesinos de-«cian : Nuestros bueyes conocen el domingo, y no quieren trabajar «durante este dia [1].»

Hemos dicho que el descanso del dia séptimo recordaba la existencia de Dios criador del mundo, y si bien despues de la extincion del Gentilismo y de la idolatría no fue ya necesario continuar observando el sábado ó el reposo del dia séptimo en memoria de la creacion, pues la creencia en un solo Dios no podia ya perderse, sin embargo fue conveniente consagrar por medio de un eterno monumento el recuerdo del gran milagro que sirve de base al Cristianismo, esto es, la resurreccion de Jesucristo.

El establecimiento del domingo hace este hecho incontestable y lo patentiza á los ojos de todas las generaciones; en efecto, los mismos testigos del acontecimiento establecieron la fiesta que perpetúa su memoria y su época, y la hacen celebrar, en el mismo lugar en que aquel tuvo lugar, por miles de hombres que pudieron saber por sí mismos la verdad ó falsedad del hecho, y tomar sobre él todos los informes necesarios; á menos, pues, de que fuesen todos víctimas de la mayor y mas inconcebible demencia, ¿habrian podido resolverse á dar testimonio, por medio de una ceremonia pública, repetida cada ocho dias, de un suceso imaginario ó del cual no estuviesen bien convencidos? Añádase á esto que para asistir á semejante ceremonia y practicarla fue indispensable por espacio de trescientos años exponerse á los tormentos y á la muerte.

II. El domingo primitivo. — Así pues, el domingo es una prueba

del pauperismo : 1.° la ilimitada concurrencia que produce; 2.° los fraudes en la produccion; 3.° la rivalidad ardiente y de mala fe; 4.° la ruina de los artesanos; 5.° el monopolio de los grandes establecimientos; 6.° el aumento del número de quiebras; 7.° el desórden y el embrutecimiento de los artesanos y de los obreros; 8.° la destruccion de la vida de familia; 9.° la ausencia de todo lazo moral entre el amo y el obrero.

[1] *Genio del Cristianismo,* parte IV.

patente siempre de la resurreccion de Nuestro Señor [1]. Para saber el modo como nuestros padres en la fe celebraban tan fausto dia, traslademonos con el pensamiento á una época anterior á la nuestra de diez y ocho siglos, entremos en una de aquellas catacumbas iluminadas por una multitud de pequeñas lámparas suspendidas en la bóveda ó fijas en la pared, y al rededor de aquellos sepulcros de otros tantos Mártires ¿qué vemos? ¿qué oimos? Estemos atentos, pues san Justino va á explicarnos todas las ceremonias del domingo primitivo:

«El dia del sol, es decir, el domingo [2], todos los que residen en «la ciudad ó en el campo se reunen en un mismo lugar; empiézase «leyendo los escritos de los Apóstoles ó de los Profetas, en cuanto el «tiempo lo permite, y terminada la lectura, el presidente dirige un «discurso á la reunion para instruirla y exhortarla á poner en prác-«tica las sublimes máximas de virtud y de religion que acaba de «escuchar. En seguida *nos levantamos* [3] todos para hacer nuestra ora-«cion en comun; oramos por nosotros mismos, por los que están en «aquel entonces bautizados, y por todos los hombres de cualquiera «nacion que sean, á fin de que logren el conocimiento de la verdad, «de que observen una santa vida llena de buenas obras, de que ob-«serven los mandatos del Señor, y de que alcancen, por fin, la gloria «eterna. Concluidas las oraciones nos saludamos con el beso de paz.

«Acto continuo preséntase al presidente un pan y una copa de vino «y de agua; los toma, y despues de dar gloria al Padre en nombre «del Hijo y del Espíritu Santo, y de tributarle una larga accion de «gracias por aquellos mismos dones que se ha dignado concedernos, «el pueblo asistente dice en alta voz: *Amen*, palabra hebrea que sig-«nifica: Así sea. Entonces los que nosotros llamamos diáconos dis-«tribuyen entre los asistentes el pan, el vino y el agua consagrados «con la accion de gracias, y lo llevan á los ausentes.

[1] Véase en la parte II de esta obra lo que decimos del domingo en la leccion LIX.

[2] En la Epístola católica de san Bernabé se lee lo siguiente: «Pasamos en la «alegría todo el dia del domingo, en el cual Jesús resucitó de entre los muer-«tos.» *Diem Dominicam laetitia agimus, in quo Iesus resurrexit à mortuis* (x, 15). Tertuliano dice: «Prohibimos el ayuno en el dia del domingo.» *Die Dominico ieiunium nefas ducimus.* (*De Coron.* 3; y en el *Apologético*, n. 16).

[3] Los primeros cristianos oraban el domingo en pié, en memoria y en señal de la resurreccion.

«Damos el nombre de *Eucaristía* á semejante comida, y nadie pue-«de participar de ella, á menos de creer en la verdad de nuestra «doctrina, de haber sido lavado por la remision de los pecados y la «nueva vida, y de vivir conforme á los preceptos de Jesucristo, pues «no lo comemos como un manjar ordinario, ni lo bebemos como «una bebida comun, sino como la carne y la sangre de nuestro Sal-«vador, y sabemos que por la eficacia de la oracion eucarística, que «contiene las mismas palabras del Salvador, aquel pan y aquel vino «se convierten en carne y sangre de aquel mismo Jesús que se hizo «carne para nuestra salvacion. En efecto, en las memorias que los «Apóstoles nos han legado, llamadas *Evangelio*, se dice que Jesu-«cristo les ordenó usar de aquellas materias de este modo, cuando «despues de tomar el pan y de dar gracias, dijo: *Haced esto en me-«moria de mí, este es mi cuerpo;* y cuando despues de tomar igual-«mente la copa y de dar gracias, dijo: *Esta es mi sangre.*

«En seguida nos recordamos estas cosas para memoria unos de «otros: los que poseen bienes socorren á los pobres, y siempre pro-«cedemos entre nosotros con el corazon. En todas las ofrendas ben-«decimos al Criador de todas las cosas, por medio de su Hijo Jesu-«cristo y del Espíritu Santo; las limosnas que cada uno hace con la «mayor libertad se depositan en manos del presidente, el cual está «encargado de asistir á las viudas, á los huérfanos, á los forasteros, «á los enfermos, en una palabra, á todos aquellos que están sumidos «en la afliccion por cualquier causa que sea [1].

«Tenemos costumbre de reunirnos el dia del sol, porque es el dia «en que Dios empezó la creacion del mundo; porque en aquel mis-«mo dia resucitó Jesucristo, nuestro Salvador, aparecióse á sus Após-«toles y les enseñó cuanto acabamos de explicar [2].»

[1] Ochenta años despues de san Justino, Tertuliano decia: «Ancianos re-«comendables ocupan la presidencia; cada uno de nosotros lleva cada mes su «módico tributo, cuándo y cómo quiere y en razon de sus facultades; pues á «nadie se obliga, y todo es voluntario. Aquel fondo es como un piadoso depó-«sito: no se consume en banquetes ni en estériles disipaciones, y se emplea «en el sustento de los indigentes, en los gastos de su sepultura, en el socorro «de los pobres huérfanos, de los siervos extenuados por la edad, de los náu-«fragos, etc., y si hay cristianos condenados á las minas, desterrados léjos de «su patria ó encarcelados únicamente por la causa de Dios, se provee á su sub-«sistencia.» *(Apologético)*.

[2] *Apol.* Véase á Mamachi, t. I, pág. 287.

Lo que acabamos de oir ¿es la historia del domingo en el siglo II, del Cristianismo, ó bien la historia del domingo tal como la vemos aun en el siglo XIX? Lo que acabamos de ver ¿es el cuadro de una catacumba, ó el de un templo católico? Uno y otro, y con este motivo, ¡admirad, hijos de la santa Iglesia romana, el vigor con que vuestra madre imprime el sello de la inmortalidad á cuanto toca! Lo que hacian vuestros padres, ¿no lo haceis del mismo modo en el dia? ¿No se han conservado entre nosotros todos los recuerdos del domingo primitivo? En nuestras misas mayores, ¿no se oyen la lectura *de los libros santos del Antiguo y del Nuevo Testamento,* aquellas *oraciones en comun,* aquellas *instrucciones exhortándonos á la virtud,* no se ven aquel *pan distribuido á los fieles,* aquellos *dones hechos á los fieles y á los cautivos?* Si algunos espíritus soberbios desprecian y hacen burla de una *misa mayor,* es porque ignoran cuántos recuerdos encierra de antiguas costumbres y de santos usos. ¡Cosa admirable! no hay en toda la cristiandad ni una aldea, ni un villorrio que no pueda ofrecer cada ocho dias á los sábios y á los eruditos reminiscencias de la antigüedad, recuerdos de los Césares, del Circo, de las Catacumbas y de los Mártires [1].

III. Oficio divino. — Las *oraciones en comun* de nuestros padres en la fe nos dan ocasion de hablar aquí del *oficio divino,* es decir, de la verdadera *oracion en comun* del Cristianismo. Aunque los fieles no digan ya el oficio, asisten, sin embargo, á él una vez cada domingo, y tambien recitan una parte del mismo, *Vísperas,* por ejemplo, y algunas veces *Completas;* y su fe, su piedad y su respeto por las oraciones y usos de la Iglesia no pueden menos de aumentar con el conocimiento del sentido y de la razon de aquella parte.

*Orígen del oficio divino.* Todos los hombres han orado, y orado en comun; los primeros cristianos sobre todo gustaban de reunirse para ofrecer á Dios el sacrificio de sus labios; todavía resonaban en sus oidos aquellas palabras del divino Maestro : *Donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos* [2]; perseguidos, acosados como inocentes corderos por lobos implacables, buscaban la fuerza y el valor de que tanto necesitaban, poniendo en comun con sus hermanos sus corazones, sus votos y sus plegarias, así como compartian con ellos su fortuna y sus peligros.

[1] *Cuadro poético de las fiestas cristianas*, por el vizconde Walsh.
[2] Matth. XVIII, 20.

Las horas así del dia como de la noche estaban divididas y arregladas para la oracion; las *Constituciones apostólicas* prescriben á los fieles orar por la mañana, en la hora Tercia, en la Sexta, en la Nona, en las Vísperas, y á media noche [1]. San Jerónimo escribiendo á una noble señora acerca de la educacion de su hija, le dice: «Ponéd á «su lado á una vírgen de edad ya madura, modelo de fe y de pu«dor, que le enseñe y acostumbre con su ejemplo á levantarse *por* «*la noche* para orar y cantar los Salmos; *por la mañana*, los sagra«dos himnos; en las horas *Tercia, Sexta* y *Nona* debe continuar el «combate como una heroína de Jesucristo, y *al ponerse el sol* debe «encender una vela, como una santa vírgen, y ofrecer el sacrificio de «la noche [2].» El mismo Santo nos asegura, en sus Epístolas, que el segador cristiano acompañaba sus trabajos con el canto de los Salmos, y que el viñador, al cultivar sus viñas, entonaba los cánticos de David [3].

Los monjes del Egipto y de la Tebaida, los solitarios del Oriente, de la Palestina y de la Mesopotamia, se reunian en cada monasterio varias veces al dia para recitar salmos y cantar himnos en alabanza del Señor; y no eran solo los religiosos los que así oraban en diferentes horas del dia y de la noche, el comun de los fieles seguia tambien tan santa costumbre; san Agustin, dirigiéndose á su pueblo, le dice: «Queridos hermanos mios, os ruego que os levanteis mas tem«prano para asistir á vigilias; ante todo acudid al oficio de *Tercia,* «*Sexta* y *Nona*, y nadie deje de concurrir á tan santa obra, á menos «de hallarse impedido por sus dolencias, por algun servicio público «ó por una grande necesidad [4].»

La reunion de todas estas oraciones se llama *oficio divino*, porque es un *deber* que prestamos á Dios para adorarle, calmarle, darle gracias, y pedirle sus beneficios. Por lo que precede ha podido observarse que el oficio tal, á corta diferencia, como existe en el dia, se remonta á la mas alta antigüedad; heredera de las antiguas tradiciones, la Iglesia lo estableció para perpetuar los sagrados cánticos

[1] Precationes fiant mane, Tertia hora, Sexta, Nona, et vespere, atque ad galli cantum. (Lib. VIII, c. 34; Durandus, lib. III, c. 11, pag. 733).

[2] *Ad Laetam, epist. VII, de Instit. filiae.*

[3] *Ad Marcell.*

[4] Serm. I, feriae quartae; LVI *de Tempore.*—Véase tambien san Basilio, *Homil. in martyr. Iulittam;* S. Aug. *Epist. CIX,* etc.

con que resonaron el templo de Jerusalen, los ecos del Sínai y las orillas del mar Rojo, y tambien para facilitar á los Cristianos el ejercicio de la oracion.

IV. Diferentes horas del oficio. — Tambien aquí encontramos una tradicion de tres mil años; David decia al Señor: *Siete veces al dia te he dicho alabanza*[1], y el oficio divino se divide en siete partes llamadas *Horas*, porque se recitan en siete horas distintas del dia y de la noche. El nombre de estas horas es: *Maitines*, *Prima*, *Tercia*, *Sexta*, *Nona*, *Visperas* y *Completas*, division que data de la mas alta antigüedad[2]; las *Láudes*, que se cuentan á veces como la octava hora, forman parte de los Maitines ó del oficio de la noche. Así pues, la division del oficio en siete horas adoptada por la Iglesia está establecida sobre la venerable autoridad de una tradicion de tres mil años, tradicion que á su vez está basada en las admirables armonías del número siete con Dios, el hombre y el mundo.

1.° El número siete es el de los dones del Espíritu Santo. «La antigua serpiente, dice acerca de esto san Jerónimo, lanzada del corazon humano, volvió con siete demonios peores que ella, de modo que nos seria imposible resistirlos, á no darnos fuerza para ello los siete dones del Espíritu Santo. Para obtenerlos rezamos siete veces cada dia[3].» 2.° El número siete es el de los pecados capitales, y para evitarlos, ó para purificarnos si los hemos cometido, rezamos siete veces al dia. 3.° Todas las necesidades espirituales y temporales del género humano son en número de siete, y se contienen en las siete peticiones del *Padre nuestro;* para obtener el principal objeto de cada una de dichas peticiones, rezamos siete veces al dia. 4.° El número siete es el de los dias de la creacion y del descanso de Dios, y para recordarnos la gran semana que vió salir al mundo de la nada, y exci-

[1] Psalm. CXVIII, 164.

[2] S. Isidor. lib. I *de Eccles. offic.;* Raban Maur. lib. II *de Instit. cleric.;* S. Basil. lib. I *de Instit. monac.;* S. Hier. *in Exposit. Psalm.* CXVIII; Cassian. lib. III *de Instit. coenobit.* c. 4.—Tenemos un placer en citar los antiguos versos que expresan la razon de las diferentes horas del oficio, indicando el misterio que en cada una de ellas se honra:

Matutina ligat Christum qui crimina purgat;
Prima replet sputis; causam dat Tertia mortis;
Sexta cruci nectit; latus ejus Nona bipertit;
Vespera deponit; tumulo Completa reponit.

[3] S. Hier. *in Iob*, XXXVIII.

tarnos á dar gracias á Dios por cada parte de la creacion, á fin de que usando bien de las criaturas, alcancemos el santo reposo de la eternidad, rezamos siete veces cada dia. Las razones de esta division septenaria de la oracion existian ya hace tres mil años, y hé aquí explicado el fundamento de tan venerable tradicion, y la prueba de la profunda sabiduría de la Iglesia católica.

Esto no son mas que desvaríos, dirán quizás los hombres ligeros, poco acostumbrados á reflexionar; desvaríos en efecto, si así lo quereis, pero preferimos desvariar con san Jerónimo, san Basilio, san Agustin y Varron, que razonar con vosotros [1].

V. Belleza del oficio.—Para formaros una idea de la excelencia del oficio divino bastará que sepais de qué se compone: es un *resúmen* [2] de lo mas bello que hay en el mas bello de todos los libros, el Antiguo y el Nuevo Testamento; de lo mas tierno y sublime que nos ofrece la historia de los Santos; de todas las oraciones emanadas del abrasado corazon de los mayores genios y al mismo tiempo mayores Santos que el mundo ha conocido; de todos los cánticos sagrados que la fe inspiró á la piedad cristiana. ¿Qué mas diré? Contiene íntegramente los inimitables cantos, las inmortales poesías del real Profeta, en las que el corazon, el alma y la imaginacion encuentran como un océano de bellezas sin par, de pensamientos sublimes y de sentimientos divinos. ¿Hubo nunca mas bello breviario de mas bellas cosas? ¿hubo jamás oracion mas eficaz?

Un monarca quiere colmar de favores á su esposa querida, y quiere que ella misma se los pida, mas hé aquí que él mismo le redacta la súplica, le indica todos los términos de que debe usar, y luego se la coloca entre las manos, jurándole sobre su corazon otorgarle cuanto le ha prometido, luego que se presente con su súplica en la mano, en los labios y en el corazon: tal es Dios, tal es la Iglesia, tal es el Breviario.

¡Oh! ¡cuál debe ser el influjo que ejerzan en el corazon de Dios los tres ó cuatrocientos mil sacerdotes católicos que se presentan siete veces cada dia ante el trono del Esposo de la Iglesia pidiéndole co-

[1] Véase además sobre las demás armonías del número siete, san Basilio, *Homil. II in Hexaem.;* S. Greg. Naz. *Orat. XCIV in sanct. Pentecost.*, et divus Aug. *De Civit. Dei*, lib. II, c. 37; *De Gen. ad lit. I contr. Manich.* lib. I; Varro, lib. I, *Eorum qui inscribuntur hebdomades*, etc., etc.

[2] Por esto se llama Breviario.



mo desea los favores que él mismo prometiera y de los cuales necesita su esposa querida! Y al pensar que en cada hora del dia y de la noche hay millares de sacerdotes ocupados en tan sublime funcion; que el Oriente reza cuando el Occidente descansa, de modo que la voz de la oracion no se interrumpe jamás, ¿no os parece hallaros en la Jerusalen celeste, donde los bienaventurados repiten sin fin el cántico de la eternidad: *Santo, santo, santo el Señor de los ejércitos* [1]? ¿Cómo es posible que tan eficaz súplica no haga correr sobre la tierra un rio de bendiciones? ¡Mundo culpable! á ella debes tu conservacion, y ¡así lo olvidas!

¿Qué mas puedo decir? Todos los siglos, todos los países, todas las lenguas cantan con nosotros cuando cantamos los Salmos de David, y mientras resuenan con ellos las bóvedas de nuestras iglesias, los inmortales cánticos se repiten en Roma, en Jerusalen, en Pekin, en Méjico, en San Petersburgo, en el Cairo, en Constantinopla, en París y en Lóndres. El templo de Salomon, las llanuras de Babilonia y de Menfis, las orillas del Jordan, los desiertos de la Tebaida, las catacumbas de Roma, las basílicas de Nicea, de Corinto y de Antioquía, los han escuchado. ¡Por cuántos labios pasaron mas puros que los mios! Tobías en su lecho de dolores, Judith en el campamento de Holofernes, Esther en la corte de Asuero, Judas Macabeo al frente de los guerreros de Israel, los repitieron; Antonio los suspiraba en el desierto, Crisóstomo en Antioquía, Atanasio en Alejandría, Agustin en Hipona, Gregorio en Nazianzo, Bernardo en Claraval, Javier en el Japon, y despues de tantos siglos, despues de haber expresado tan varios sentimientos, aquellos inmortales cantares son tan nuevos como el dia en que por primera vez David los punteó en su arpa. Y ¿nada dice esto á vuestro corazon? Y ¿esto no engrandece vuestras ideas? y ¿no os hace comprender toda la mágia del incomunicable nombre de la Iglesia, vuestra madre... *católica?*

VI. Maitines. — La primera hora del oficio se llama *Maitines*, *vigilias*, *nocturnos*, ú *horas matutinales*, porque antiguamente se rezaban por la noche, como lo practicamos por Navidad, y porque en los capítulos se cantan por la madrugada. El domingo, los Maitines se dividen en tres nocturnos ó partes compuestas de tres salmos, de tres antífonas y de tres lecciones, precedidas de una bendicion y seguidas de un responso; las primeras lecciones están sacadas de la

[1] Apoc. IV, 8.

sagrada Escritura, las segundas de las obras de los santos Padres, ó de las leyendas de los Santos cuya fiesta se celebra, y las terceras comentan el Evangelio del dia, del cual citan algunos versículos.

Primeramente, los Maitines del domingo se dividen en tres nocturnos, y la palabra *nocturno* significa oficio de la noche. Sabido es que los antiguos dividian la noche en cuatro partes, de tres horas cada una: la primera desde las seis hasta las nueve; la segunda desde las nueve hasta media noche; la tercera desde media noche hasta las tres; y la cuarta desde las tres hasta las seis de la mañana. Cada parte se llamaba vigilia ó faccion, y se decia la primera vigilia, la segunda vigilia, etc. Semejante denominacion está tomada del lenguaje usado en la milicia, pues los soldados *velaban* ó *estaban de faccion* cada uno durante tres horas [1].

Del mismo modo que los ejércitos de los Césares, el ejército de Jesucristo, la Iglesia siempre en campaña, ordena á los eclesiásticos montar sucesivamente la guardia del campamento, sobre todo durante la noche, pues segun dicen los santos Padres es ella el tiempo peligroso, el tiempo en que se aparece el tentador, el tiempo del pecado [2].

Por esto era que en los primeros siglos los nocturnos se recitaban separadamente; el primero durante la primera vigilia, el segundo durante la segunda, el tercero durante la tercera, y Láudes durante la cuarta. Los fieles asistian á ellos, mas despues de cada nocturno eran libres de ir á tomar reposo hasta el nocturno siguiente, sin que faltasen al rezo ni las personas mas delicadas. San Jerónimo escribiendo á la hija de los Paulo Emilios y de los Escipiones le ordena conformarse con semejante costumbre y levantarse dos ó tres veces durante la noche para cantar los himnos y los salmos [3].

Tiempo despues, y considerando la Iglesia la humana debilidad, permitió rezar los tres nocturnos con las Láudes en una misma vigilia de la noche, sin que esto cambiase en lo mas mínimo sus intenciones, consistentes en honrar por medio de cada hora del oficio los principales misterios de la Pasion del Salvador, en darnos á cada instante del dia y de la noche útiles lecciones, y en procurarnos las gracias convenientes á cada una de nuestras necesidades. Al hablar

[1] Vegetius, *Lib. de re militari*, c. 8.

[2] S. Hilar. *in Psalm.* CXVIII; S. Ambr. *Lib. VII in Lucam.*

[3] Noctibus, bis, terque surgendum. *(Ad Eustoch. epist. XXII).*

de cada hora en particular explicarémos mas detenidamente cuanto antecede.

Como podria muy bien suceder que alguno preguntase por qué los Maitines, que son la primera parte del oficio, empiezan por la noche, dirémos que la causa está en que el dia eclesiástico empieza por la noche, venerable costumbre que nos recuerda la antigüedad, pues entre los judíos el dia empezaba tambien por la noche. Heredera de la Sinagoga, la Iglesia católica ha seguido la misma práctica, llena por otra parte de misterios; en efecto, los Maitines se rezan durante la noche, 1.° porque durante la noche fueron muertos por el Ángel exterminador los hijos primogénitos de los egipcios, acontecimiento memorable que fue causa de la libertad de la nacion israelita, antigua figura de la Iglesia; 2.° porque durante la noche nació el Libertador del mundo; 3.° porque durante la noche consumó una parte de los misterios de su dolorosa Pasion. En memoria, pues, de tales acontecimientos, los mas grandes que se leen en los anales del mundo, en accion de gracias por tantos beneficios y tambien en expiacion de los crímenes de los judíos y de tantos otros como durante la noche se cometen, la Iglesia ha querido que los presbíteros y los religiosos, todos ángeles de oracion, estuviesen en adoracion y pagasen la deuda del universo. Decidme, ¿no es esta una idea muy hermosa?

¡Cuán bello era ver á aquellos sacerdotes, á aquellos religiosos, á aquellos ancianos de blancos cabellos dirigirse á la iglesia luego que la campana hubo agitado los aires, semejantes á un ejército que corre á las armas al primer sonido de la trompeta! «Llegados á la «iglesia, dice uno de estos antiguos soldados de Jesucristo, nos pros«ternamos delante del altar, saludamos á nuestro general, y protes«tamos de nuestra obediencia á sus mandatos, reconociendo que no «podemos vencer sin él [1].»

Empieza el oficio, pero ¿de qué modo? Como debe empezar toda obra sobrenatural, con la confesion de nuestra impotencia; el sacerdote hace en sus labios la señal de la cruz diciendo : *Señor, abrid mis labios á fin de que mi lengua pueda cantar vuestras alabanzas;* sin embargo, mientras el sacerdote pide á Dios la gracia y el permiso de cantar sus alabanzas, el demonio redobla sus esfuerzos para hacer inútil su oracion, y por esto es que, despues de obtenida la vénia, añade el sacerdote armándose con la omnipotente señal de la

[1] Durando, lib. V.

cruz : *Ó Dios mio, socorredme;* á lo que contesta el coro en alta voz, penetrado tambien de su propia debilidad; *Señor, apresuraos á socorrernos.* El sacerdote dice acto continuo : *Gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo,* y el coro responde : *Como era en un principio, ahora y siempre y en los siglos de los siglos;* es decir, gloria eterna al Dios de la eternidad. ¿Por qué este himno de gloria y de gratitud luego despues del grito de socorro? Porque el Señor ha dicho : *Aun no acabais de invocarme y ya estoy aquí* [1]; y llena de confianza en la promesa de su divino Esposo, y sabiendo que ha sido oida, la Iglesia se apresura á glorificar la santísima Trinidad. El *Gloria Patri* fue compuesto por san Jerónimo, quien lo envió al papa Dámaso, y á ruegos del santo anacoreta de Belen, el Sumo Pontífice estableció que esta doxología se cantase al fin de los Salmos [2].

Desde Pascua hasta la Septuagésima, el *Gloria Patri* va seguido del *Alleluia,* palabra hebrea que significa gozo, alegría; la Iglesia lo coloca antes de todos sus oficios, á fin de excitarnos á la alegría, segun aquella recomendacion del Profeta : *Servid al Señor en el gozo* [3]; pues ¿cuándo será feliz un hijo sino cuando canta las alabanzas de su padre?

Despues del *Alleluia* viene el *invitatorio* ó la *invitacion;* pues el sacerdote no se contenta con alabar á Dios él solo, sino que, profeta de la nueva ley, embajador del Altísimo, invita á todos sus hermanos á alabarle con él. El invitatorio es una frase que contiene en pocas palabras la razon particular que tenemos para alabar á Dios en la fiesta que se celebra; esta oracion va seguida de estas palabras: *Venid, adoremos,* que el coro repite hasta seis ó siete veces, pues, despues de explicar á sus hermanos el motivo particular que tienen para alabar á Dios en la fiesta del dia, el oficiante les da las razones generales é inmutables contenidas en el salmo *Venite, exultemus;* dice:

«Venid, alabemos al Señor, que es nuestra salvacion.»

El coro : «Venid, adoremos.»

El oficiante : «El Señor es el Dios de los Dioses, el Árbitro del

[1] Adhuc te loquente ecce adsum. *(Isai.* LVIII, 9).

[2] Algunos autores atribuyen al *Gloria* un orígen mas antiguo, y créenlo hecho en el concilio de Nicea.

[3] Psalm. XCIX.

«universo, y á pesar de su grandeza, no desprecia las oraciones de «sus hijos.»

El coro : «Venid, adoremos.»

El oficiante : «El mar le pertenece, la tierra es obra de sus ma«nos; él nos crió á todos, y nosotros no hemos temido ofenderle. Pos«trémonos de hinojos, derramemos en su presencia lágrimas de amor «y de arrepentimiento; pues somos su pueblo, somos la oveja que«rida que come en su mano.»

El coro : «Venid, adoremos.»

El oficiante : «El Señor nos invita, no seamos sordos á su voz, por «temor de que nos suceda como á los israelitas del desierto.»

El coro : «Venid, adoremos.»

El oficiante : «Los cuales estuvieron en las soledades durante cua«renta años, y fueron condenados á no ver la tierra prometida.»

El coro : «Venid, adoremos.»

Leed todos los poetas antiguos y modernos, buscad y rebuscad, y decid si es posible hallar nada tan bello, tan sublime, tan tierno como este magnífico diálogo! Tan poética plática, propia para formar en el corazon el espíritu de oracion, termina con un grito de amor hácia la santísima Trinidad : *Gloria Patri*, etc.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido el santo dia del domingo; mas para mí que para Vos debe aquel dia consagrarse á la oracion; hacedme la gracia de que lo santifique cumplidamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *procuraré comprender bien las ceremonias de la Iglesia.*

# LECCION VIII.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Maitines (continuacion). — Himno. — Antífona. — Salmos. — Versículos. — Bendiciones. — Lecciones. — Responsorio. — Diferencia de los Maitines de nueve y de tres lecciones. — *Te Deum*. — Versículo sacerdotal. — Láudes. — Capítula. — Himno. — Versículo. — Cántico.**

I. El himno. —Despues del *Gloria Patri*, este grito de amor y de alegría dirigido á la santísima Trinidad, despues de la repeticion del invitatorio, canto de gozo ó de tristeza segun el misterio que se celebra, viene el himno destinado á alabar á Dios, á elevar los pensamientos y afectos, á formar ó á robustecer en nosotros los sentimientos y las virtudes que debe inspirar la fiesta del dia; así es que para cantarlo todos los asistentes están de pié, todos los corazones se regocijan y todas las voces se reunen.

«Tres cosas, dice san Agustin, constituyen nuestros himnos: 1.° la «alabanza; 2.° la alabanza de Dios; 3.° el canto [1].» Su uso data de los primeros tiempos del Cristianismo; nuestros padres en la fe cantaban himnos en sus cenáculos y en las Catacumbas, y en esto seguian el consejo del mismo san Pablo [2]. San Crisóstomo fue el primero que estableció que se cantasen los himnos durante el oficio de la noche, por la razon que va á leerse: Durante la noche los Arrianos recorrian las calles de Constantinopla cantando himnos en los que respiraban sus doctrinas impías, y al salir del oficio los Cristianos encontraban á aquellos herejes y debian escuchar sus voces; así es que para prolongar el oficio hasta que los Arrianos hubiesen vuelto á sus casas, y al mismo tiempo para afirmar la fe de los fieles por medio de cantos ortodoxos, el santo Patriarca añadió los himnos en los Maitines y en las Láudes [3].

En Maitines, el himno precede á los salmos, al contrario de lo

[1] S. Aug. *ad Psalm.* LXXII; S. Greg. Naz. *Carm.* XV.
[2] Coloss. III, 16; Ephes. V, 19; Euseb. *Hist.* lib. II.
[3] Socrat. lib. VI.

que sucede en Láudes, en Vísperas y en Completas, y los precede en Maitines, porque la mañana pertenece á los justos que sienten la alegría de una buena conciencia, mientras que la noche es propia de los penitentes cuyo pecho experimenta el aguijon de los remordimientos. La alegría conduce á los primeros al trabajo, figurado por los Salmos, como dirémos luego, al paso que por el trabajo deben los segundos alcanzar la alegría. Los himnos se cantan en pié, para manifestar con la actitud del cuerpo que nuestros corazones deben estar elevados á Dios, mientras que nuestra boca entona sus alabanzas; de modo que todo en el culto externo nos recuerda la necesidad del culto interior; todo parece repetirnos estas palabras del divino Maestro : *Los verdaderos adoradores adoran al Padre en espíritu y en verdad* [1].

II. La antífona. — Terminado el himno, el oficiante entona la antífona, que consiste en un canto alternativo ejecutado por dos coros que se contestan uno á otro; la antífona significa el amor de Dios, y el salmo el trabajo de las buenas obras. El oficiante entona la primera palabra de la antífona á fin de animar el salmo, es decir, el trabajo por medio del espíritu de caridad, sin el cual de nada sirve el trabajo. Cantado el salmo, todo el coro entona la antífona, á fin de mezclar constantemente la caridad á la fe, cuyas obras solo son eficaces en cuanto existe aquella, de modo que las dos grandes virtudes del Cristianismo están aquí como dos hermanas ocupadas en la misma obra, dándose la mano y ayudándose mútuamente. El sacerdote que canta solo la antífona recuerda á Jesucristo, del cual nació la caridad, y el coro que la canta al fin del salmo indica la efusion de la caridad de Jesucristo en todos sus miembros. El canto de las antífonas data de la mas remota antigüedad y proviene de un orígen infinitamente respetable; san Ignacio, mártir, gloria del Oriente y héroe del siglo II, oyó á los espíritus bienaventurados cantar antífonas á coro en la Jerusalen celeste, y habiendo explicado su revelacion, establecióse la costumbre de cantar antífonas en la Jerusalen terrestre [2].

III. Los Salmos. — El papa Gelasio estableció que despues de la antífona se cantasen los Salmos, cánticos divinos que recuerdan los sufrimientos, los trabajos, los combates de un rey perseguido, el

[1] Ioan. IV, 23.
[2] Durando, lib. V.

gozo y la felicidad que experimenta por la proteccion del cielo, al mismo tiempo que expresan con vehemencia los sentimientos de la gratitud más acendrada. Cánticos proféticos, dicen las penas, los trabajos y los combates, el triunfo y la gloria del verdadero David, de la Iglesia su esposa, y del alma fiel, su hija querida é imágen viva: así pues, hay cuatro voces en los Salmos: la de David, la de Jesucristo, la de la Iglesia y la del cristiano.

Es, pues, evidente que los Salmos representan el trabajo de la vida, la labor de las buenas obras; la palabra salmo significa canto que se acompaña con el instrumento llamado salterio: *Tañed salmos al Señor con el salterio de diez cuerdas* [1]; misteriosas palabras que indican que debemos alabar á Dios cumpliendo sus diez Mandamientos, pues únicamente alaba dignamente al Señor aquel que observa su ley.

El papa Dámaso determinó que los Salmos fuesen cantados por dos coros; ¡ institucion admirable! En efecto, ¿no os parece ver á los Santos de la tierra excitarse alternativamente al trabajo de las buenas obras, comunicándose sus alegrías y sus esperanzas, sus lágrimas y sus suspiros, su gratitud y su amor; dirigiéndose sin cesar las fervientes preces que elevan al Dios protector del débil, apoyo del huérfano, padre del pobre, consolador del afligido y remunerador del justo? ¿No os parece ver el cumplimiento de aquel precepto del grande Apóstol: *Llevad los unos las cargas de los otros* [2]? ¿No os parece ver á los Querubines divisados por Isaías, que, colocados delante del trono de Dios y con la faz velada con sus alas, grítanse uno á otro: *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos; la tierra está llena de su gloria* [3]?

Los Salmos, lo mismo que las antífonas, se cantan en pié, para expresar el ardor en el trabajo, el celo del bien; al cantarlos los canónigos en todas las Horas del oficio se apoyan simplemente en sus sitiales, excepto en *Completas;* luego explicarémos la causa de semejante excepcion.

Cada salmo va seguido del *Gloria Patri*: 1.° para glorificar á Dios por el bien que acaba de obrar; 2.° para recordar al hombre la augusta Trinidad, de la cual procede todo, y á la cual todo debe volver;

[1] Psalm. XXXII, 2.
[2] Galat. VI, 2.
[3] Isai. VI, 3.

3.° para repetirle que la fe en la santísima Trinidad es el fundamento de la vida cristiana; 4.° para manifestar que en todas circunstancias, así en la alegría como en la tristeza, así en el trabajo como en el reposo, deseamos bendecir y alabar al Señor.

IV. Los versículos. — Despues de cada nocturno vienen tres lecciones, las cuales van precedidas de *versículos* y de *bendiciones*, cuya explicacion debemos hacer ahora. El versículo es una corta máxima, una frase expresiva, una advertencia dada para atraer la atencion: pues como puede suceder que durante el rezo ó canto de los salmos, que á veces dura bastante tiempo, nos abandonemos á la distraccion ó á la languidez, el versículo cantado por una sola voz tiene por objeto advertir con tal variacion á los asistentes, y hacerles prestar atencion á lo que va á seguir. ¿Qué pensais de esto? ¿Conoció ó no la debilidad humana la Iglesia vuestra madre al establecer un órden semejante? ¿Habríais hallado mejor medio para mantener la atencion del espíritu y la devocion del corazon?

Al versículo cantado por una voz infantil sucede el *Pater* entonado por la voz grave del oficiante, y se dice el *Pater* porque sigue acto continuo la leccion; y ¿cómo puede el hombre que necesita sabiduría é inteligencia para comprender y gustar las verdades santas, dejar de pedirlas al que las da en abundancia y sin reprensiones? El *Pater*, se reza en voz baja para excitar el recogimiento é indicar que hablamos solos con Dios, y finalmente para manifestar que sin el auxilio de la palabra oye los votos de nuestro corazon. Al llegar á estas palabras: *Et ne nos inducas; Y no nos dejes caer en la tentacion*, el sacerdote eleva la voz á fin de explicar á todos el por qué se reza el *Pater*, y de impedir que el lector y el oyente sucumban á las tentaciones del enemigo durante la lectura; tentacion de vanidad para el uno y de distraccion para el otro.

V. Las bendiciones. — Al *Pater* sigue una corta oracion llamada *bendicion*, cuyo objeto es obtener lo que se acaba de pedir por medio de la Oracion dominical; en ella se invocan sucesivamente las tres Personas de la augusta Trinidad.

Trátase ahora de saber quién será digno de leer la palabra de Dios, y levantándose uno de los asistentes y volviéndose hácia el oficiante, representante de Jesucristo, le dice en alta voz: *Jube, Domne, benedicere; Ordenad, Señor, la bendicion*, es decir, ordenad que sea

anunciada vuestra palabra de bendicion [1]. Esta pequeña circunstancia encierra una leccion de la mayor importancia, pues nos enseña que ninguno en la Iglesia debe ejercer ministerio á ménos de ser llamado á él por la autoridad legítima; y no solo para el estado eclesiástico son necesarias las vocaciones y las misiones divinas, sino tambien para las diferentes profesiones de la sociedad. ¿De qué provienen muchos de los males que nos atormentan, sino de que cási nadie está en su lugar, ó no quiere permanecer en él? Volvamos, empero, á nuestro asunto. Á la demanda de bendicion que se reitera antes de cada leccion el oficiante contesta con oraciones hechas para interesar á toda la Jerusalen celeste en el buen éxito de la santa lectura; ya solicita que el Señor se digne abrir nuestro corazon á su ley, por temor de que las santas palabras que vamos á oir sean como una semilla que las aves del cielo arrebatan, que las espinas ahogan, ó que los transeuntes huellan, ya solicita que seamos admitidos en la felicidad de los Santos cuyas virtudes vamos á escuchar. El sacerdote nos desea todas estas cosas en nombre de Dios, manifestando con ello que no es á él, hombre pecador, á quien toca bendecir, sino al que solo entre todos es bueno, es decir, perfecto y autor de todo bien.

VI. Las lecciones. — Atentos los ánimos, obtenida la bendicion, y solicitadas las gracias de inteligencia y de sabiduría, empiezan las lecciones, las que se componen, ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento, ya de los comentarios de los santos Padres y de los Doctores, ya de la vida del Santo cuya fiesta se celebra. La Escritura es la ley, los escritos de los santos Padres su explicacion, y la vida del Santo su aplicacion. Imposible es imaginar mas completa instruccion, y para escucharla mejor toman los asistentes asiento y guardan un profundo silencio. ¿Hay acaso en el mundo palabras que merezcan mas esta actitud de recogimiento y de respeto? Las lecciones terminan con estas palabras: *Tu autem, Domine, miserere nostri; En cuanto á Vos, Señor, tened piedad de nosotros;* ¡tierna confesion de nuestra miseria! «Sí, Dios mio, dice el lector, perdonad las «faltas que han podido introducirse en esta lectura; á mí, los senti-

[1] La palabra *Domne* es una corrupcion de la palabra *Domine*, que data del siglo IX ó X.

«mientos de vanidad ó de negligencia de que me he hecho culpable; «á mis hermanos, las distracciones y el poco fervor con que quizás «han escuchado vuestros divinos oráculos.»

Los asistentes contestan: *Deo gratias; Gracias al Señor*, cuyas palabras, que se refieren á la leccion, deben entenderse de este modo: «Si es un deber para el hombre dar gracias á Dios por el alimento «corporal que le proporciona cada dia, ¡cuánto mas sagrada es la «obligacion de darle gracias por el maná de su palabra con que ali- «menta nuestra alma! Hijos de Dios, damos gracias á nuestro Pa- «dre celestial por el sustento espiritual que acaba de darnos.» Hénos, pues, ya instruidos y agradecidos de la doctrina que acabamos de recibir; ahora bien, ¿qué medio mejor para manifestar nuestra gratitud que poner en práctica la santa palabra é imitar los bellos ejemplos que nos han sido ofrecidos? Á ello se obligan los asistentes por medio de los *responsorios* que se rezan luego despues de la leccion y por los dos coros alternativamente. Los responsorios de la leccion tercera terminan con el *Gloria Patri*, para recordarnos que todas nuestras oraciones y todas nuestras obras deben tener por objeto el fin último de todas las cosas, la santísima Trinidad.

Tal es el modo como se reza ó canta el primer nocturno, es decir, la primera parte de los Maitines. Durante los primeros siglos se decia á las nueve de la noche, en el momento en que los hombres tienen por costumbre descansar, y en muchas iglesias se rezaba sin invitatorio, puesto que lo rezaban solo los ministros sin que el pueblo fuese convocado. Este primer nocturno se llamaba vela ó vigilia, en memoria de los pastores que velaban sobre sus ganados en los alrededores de Belen cuando nació el Salvador del mundo. ¡Cuántos misterios nos recuerda esta hora sagrada! La vela de los pastores, la tierna despedida del Salvador á los Apóstoles, su agonía en el huerto de Gethsemaní; y si la fe anima nuestro pecho, ¡cuántas efusiones de corazon, cuántas fervientes oraciones se mezclarán durante este primer nocturno con la sangre y prendas de amor de la Víctima inmaculada!

En las iglesias en que el pueblo no asistia al principio del oficio, el segundo nocturno empezaba por el *invitatorio*, porque á él eran convocados todos los fieles, hombres y mujeres. Tambien aquí hallamos una interesante tradicion, tambien observamos una tierna ar-

monía; ángeles de la tierra, los sacerdotes invitaban para la adoracion del Salvador á los fieles confiados á su vigilancia, así como los Ángeles invitaron á ella á los pastores de Belen. El segundo nocturno se cantaba á media noche; ¡cuántos misterios nos recuerda igualmente aquella hora sagrada! El nacimiento del Salvador, la invitacion de los Ángeles y la adoracion de los pastores, los sufrimientos del Salvador delante de los tribunales de Anás y de Caifás.

El tercer nocturno se rezaba á las tres de la madrugada, y esto por tres razones capitales: la primera á fin de honrar al Salvador en las ignominias de la terrible noche que pasó á merced de los criados y soldados; la segunda para implorar perdon de la sentencia de muerte pronunciada contra él en aquella hora por Caifás, y la tercera para expiar la negacion de san Pedro.

El domingo y en otras ciertas fiestas hay en los Maitines tres nocturnos, al paso que en los demás dias hay solo uno: esta diferencia procede de la solemnidad mas ó menos grande de la fiesta. En aquellos solemnes dias la Iglesia pone de manifiesto todas sus magníficas tradiciones, nos hace admirar sus bellas armonías, y pone á la vista de sus hijos la historia de sesenta siglos, con todos los sublimes ejemplos y lecciones de que es heredera.

«Hé aquí, dicen nuestros padres, la causa de la misteriosa distri-«bucion de nuestros solemnes Maitines: los tres nocturnos recuerdan «las tres grandes épocas de la humanidad, á saber, la época patriar-«cal, la mosáica y la cristiana; cada una de estas épocas se subdi-«vide en tres períodos, y por esto es que en cada nocturno hay tres «salmos, tres antífonas y tres lecciones, á semejanza de un poema «dividido en nueve cantos. El primer período de la época patriarcal «abraza desde Adan hasta Noé; el segundo desde Noé hasta Abra-«han, y el tercero desde Abrahan á Moisés. La época mosáica nos «ofrece tambien sus tres épocas, y son: la primera desde Moisés á «David; la segunda desde David al cautiverio de Babilonia, y la ter-«cera desde el cautiverio de Babilonia al nacimiento del Mesías. Fi-«nalmente, la época cristiana se divide en tres períodos, á saber: el «primero, que comprende la fundacion de la Iglesia por Nuestro «Señor y su establecimiento por los Apóstoles, es el período de los «Mártires; el segundo, que abraza el tiempo de las grandes herejías «y de los grandes genios así de Oriente como de Occidente, es el pe-«ríodo de los Padres de la Iglesia; y el tercero, que encierra el

«tiempo de paz que siguió á la extincion de las grandes herejías, es «el período de la Iglesia reinante [1].»

El número tres, tantas veces repetido, es un himno elocuente á las tres adorables Personas de la Trinidad, así como los nueve salmos son un recuerdo de los nueve coros de Ángeles y de todas las armonías de la Jerusalen celeste, en cuyos cánticos, su hermana menor, la Jerusalen terrestre, invita á todos sus hijos á mezclar sus voces, de modo que en nuestros dias solemnes de la voz del cielo y de la voz de la tierra se forma solo una que dice: «Santo, santo, santo «es el Dios de los ejércitos; los cielos y la tierra están llenos del bri«llo de su majestad.» ¿Quién no ve en esto un manantial de santos y tiernos pensamientos para los fieles instruidos y piadosos, una fuente de sublimes inspiraciones para el poeta cristiano?

VII. El *Te Deum*. — El tercer nocturno termina con el *Te Deum*; himno, oracion, poema épico, el *Te Deum* es cuanto se quiere, lo mas bello que existe en lengua alguna. ¡Honor inmarcesible á vosotros, Ambrosio y Agustin, sublimes genios, ilustres Santos, que supísteis expresar las ideas de vuestra mente y los afectos de vuestro corazon, como los expresarian los Serafines si hablasen la lengua de los mortales! Es tal la belleza del *Te Deum*, que los Protestantes, tan frios en sus oraciones y en su culto, tan enemigos de la Iglesia romana, lo han conservado exactamente.

¿Por qué razon se canta al fin del tercer nocturno? Porque todos los hijos de Dios, sacerdotes y fieles, acaban de alabar al Señor, de excitarse mútuamente á la caridad y al fervor; acaban de escuchar la lectura de la ley que ensancha el corazon; la historia de sus hermanos, glorificados ya en el seno del Padre comun; han visto palmas y coronas, una inmortal recompensa por un trabajo de corta duracion, y por lo tanto, llenos de tales ideas, prorumpen en acciones de gracias. No os cause admiracion el que canten el *Te Deum*; y el sonido de las campanas que antiguamente se mezclaba á su voz era una nueva expresion del gozo y del entusiasmo universales, una solemne convocacion que hacian á sus hermanos y á las criaturas todas para alabar con ellas á un Padre tan magnífico y bueno.

El *Te Deum* va seguido de un versículo llamado *sacerdotal*, el cual se dice igualmente en los Maitines en que no se canta el *Te Deum*; con él el sacerdote exhorta á los fieles á perseverar en las alabanzas

[1] Durando, lib. V.

del Señor; pues ¿qué otra cosa debe ser la vida del hombre sino un himno á Dios, himno de palabras, de sentimiento y de accion, empezado en la cuna para no terminar jamás?

VIII. Láudes. — Los tres nocturnos forman las tres primeras partes de los Maitines, y las *Láudes* constituyen la cuarta division, que, como hemos indicado, fue establecida para santificar las cuatro vigilias de la noche. Antiguamente las *Láudes* se rezaban, y regularmente hablando deberian tambien rezarse ahora, al asomar el dia, y esto por las siguientes razones: 1.° porque Nuestro Señor salió victorioso del sepulcro al asomar el dia; 2.° porque á la misma hora caminó sobre las aguas é hizo que san Pedro le imitase. La palabra *Láudes* significa alabanzas, y en efecto, en esta parte del oficio de la noche celebramos particularmente las alabanzas de Dios y le tributamos gracias: 1.° por la resurreccion del Salvador, milagro fundamental del Cristianismo, verificado en aquel momento; 2.° por las gracias que el Señor nos concede para andar como san Pedro durante la noche de esta vida por el borrascoso mar del mundo; 3.° por la creacion del universo, de la que nos traza una imágen la aparicion de la luz; 4.° finalmente, por el paternal cuidado con que Dios ha velado por nosotros durante la noche, y por su bondad en concedernos un nuevo dia.

Lo mismo que los nocturnos, las Láudes empiezan por la invocacion *Deus in adiutorium*, acompañada de la señal de la cruz, y seguida del *Gloria Patri*, del *Alleluia* y de la imposicion de la antífona. El *Gloria Patri* se repite al fin de cada salmo, pues así lo exige la gratitud; en efecto, hemos visto que los Salmos expresan las buenas obras, el trabajo cristiano, y ¿qué puede haber mas justo que dar gracias á Dios, de quien dimana toda buena obra, y que por consiguiente merece ser alabado *como en el principio*, cuando creó el cielo y la tierra, *ahora*, porque conserva el mundo material y espiritual, y *siempre*, porque la creacion solo por él subsiste y subsistirá, y *en los siglos de los siglos*, cuando habrá un nuevo cielo y una nueva tierra, y Dios será todo en todas las cosas?

En las Láudes rézanse cinco salmos, ó por mejor decir cuatro salmos y un cántico; la razon misteriosa del número cinco, y la importante leccion que nos da la Iglesia al principio del nuevo dia, es la renovacion de nuestros cinco sentidos, es decir la reparacion de todo nuestro ser por medio del Cristianismo, cuyos principales misterios





se han celebrado durante la noche. El domingo, despues de los tres primeros salmos, se entona el cántico *de los tres niños en el horno*, con lo cual la Iglesia ha querido recordarnos las tribulaciones que en todos tiempos han afligido á los justos, su gozo en medio de las adversidades, y la providencia que vela sobre ellos; su voz parece decirnos: «Al principiar este dia acordaos de que habeis sido re-«generados en Jesucristo; vivid, pues, santamente, velad sobre vues-«tros sentidos, guardaos de profanarlos. Os esperan duros combates, «pero no temais; todos redundarán en vuestra gloria; el Señor que «libertó á vuestros padres velará sobre vosotros, como os lo prue-«ba el cántico que rezais.»

Al cántico sigue el quinto salmo; su sentido y la razon del puesto que ocupa es la siguiente: los hijos de la Iglesia contestan á las promesas de victoria que la misma acaba de hacerles, y le dicen: «Lo sabemos, sí, serémos vencedores, y bendecimos é invitamos á «todas las criaturas del cielo y de la tierra á bendecir con nosotros «al Señor.» Por esto es que el quinto salmo de Láudes empieza siempre con estas palabras: *Lauda* ó *Laudate*: *Alaba* ó *Alabad*, invitacion de alabar á Dios que se dirige á los Ángeles y á los Santos, á todas las criaturas inanimadas, á la Iglesia, á las naciones, á los hombres de toda tribu y de toda lengua, pues el hombre agradecido quiere que cuanto exista se una á él para bendecir al Bienhechor universal.

Despues del cántico de los tres niños en el horno no se dice el *Gloria*, en cuanto las augustas Personas de la santísima Trinidad son en él alabadas desde el principio hasta el fin [1].

IX. La capítula. — Á la última antífona sucede la capítula, palabra que significa *pequeño capítulo, pequeña leccion*, y se compone de algunos versículos de la Escritura análogos al oficio del dia; siendo de advertir que la causa de que esta leccion sea mas corta en los oficios del dia que en los de la noche, está en que las ocupaciones del dia reclaman nuestro tiempo y nuestra presencia. Como la capítula se recita ordinariamente por el oficiante, no va precedida del *Jube, Domne*, ó de la demanda de bendicion. Además de la instruccion que nos proporciona, la capítula tiene por objeto reanimar el

[1] En ciertas iglesias las Láudes del domingo componen ocho salmos; como seria tarea excesivamente larga explicar las razones de semejante diferencia, véase á Durando, lib. V, c. 4.



fervor en el alma de los asistentes, con lo cual la Iglesia quiere preservarlos del castigo de los judíos, quienes, disgustados del maná, fueron expuestos á las mordeduras de las serpientes.

La capítula, particularmente en Láudes, es muy á propósito para inflamar nuestro valor, lo mismo para practicar el bien que para combatir al demonio; ya nos exhorta á permanecer fieles en la fe, ya á entregarnos á obras de misericordia, ya á revestirnos cual guerreros de las armas de la luz; entonces el coro, semejante á un ejército entusiasmado por la proclama de su general, se apresura á repetir con voz unánime: *Deo gratias!* «Gracias á Dios, tales son «nuestras disposiciones;» y como un valiente ejército que solo pide marchar al enemigo, entona el himno; el himno expresion de su ardor, de su gratitud y de su ilimitada confianza en el Dios que si le llama al combate, es para conducirle á la victoria.

Terminado el himno viene el versículo, como un proverbio destinado á despertar en el mas alto grado el entusiasmo del soldado cristiano; una sola voz lo canta, y las demás contestan, y se hace así ya para fijar mas y mas la atencion, ya para manifestar la unanimidad de sentimientos que reina en todos los corazones.

Al versículo sucede la *antífona*. ¡Oh! ¡cuán bien colocada se halla esta expresion de amor despues del himno en que acabamos de cantar la victoria obtenida por los Santos, nuestros hermanos primogénitos, y la que esperamos para nosotros mismos! El amor, que constituye la union, constituye tambien la fuerza.

X. El cántico. —El hombre, frágil por naturaleza, es tan propenso á la desconfianza, que la Iglesia quiere tranquilizarle mas y mas, y por esto entona luego el cántico *Benedictus: Bendito sea el Dios de Israel,* cántico que contiene el cumplimiento literal de todas las promesas hechas por Dios á los Patriarcas y á los Profetas. «Hombres de «poca fe, parece decirnos la Iglesia al hacernos entonar este cántico, «¿por qué dudais? ¿Acaso el Señor, por quien vais á combatir du-«rante este dia, ha faltado jamás á alguna de sus promesas? Interro-«gad la historia de los siglos, y le veréis siempre socorriendo con «una mano á sus soldados y coronando con la otra á los vencedores.»

Cantado el *Benedictus,* cifrada en Dios la esperanza del cristiano, como el áncora clavada en la playa retiene al buque en medio de las tempestades, se tributan gracias á la santísima Trinidad, diciendo *Gloria Patri;* de nuevo protestamos de nuestro amor sin límites

por medio de la repeticion de la antífona, y finalmente le pedimos el cumplimiento de todas sus promesas en la oracion que termina el oficio.

Y ahora, soldados de Jesucristo, casa de Dios, campamento de Israel, marchad al combate; nada os falta para coger laureles. ¡Ah! si rezamos las admirables oraciones del oficio con inteligencia y animados del mismo espíritu de fe que las dispuso, serémos, al terminarlas, segun expresion de san Juan Crisóstomo, como otros tantos leones que respiran fuego, y cuyo solo aspecto hace temblar á las legiones infernales. Y ¿por qué no ha de ser así? ¿De quién depende esto? De nosotros, de nosotros únicamente.

### *Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido las sublimes oraciones, por medio de las cuales estamos seguros de obtener todas las gracias que necesitemos, y os pido perdon por la poca fe con que hasta hoy he rezado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, diré con frecuencia como los Apóstoles: Señor, *enseñadnos á orar*.

---

# LECCION IX.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Oficio del dia. — Prima. — Tercia. — Sexta. — Nona. — Vísperas.**

Á las culpables noches del mundo opone la Iglesia santas vigilias; sus Ángeles en adoracion delante de Dios, imploran misericordia para los mundanos; alejan del redil en que todo duerme á los rugientes leones, mas terribles en medio de las tinieblas que durante el dia; mezclan sucesivamente sus voces y sus armonías con las de los Ángeles para honrar el nacimiento y la agonía del Dios de Belen y de Gethsemaní; mas ahora que ha pasado ya la noche, ¿qué harán? La aurora con sus nacientes fulgores dora el alta cima de las montañas; los pájaros celebran con sus alegres cantos la salida del sol; las flores al abrir su cáliz exhalan un delicioso perfume que la brisa de la mañana lleva al cielo, semejantes á millares de incensarios de oro y de perlas encendidos delante de Dios. La naturaleza es un templo; hé aquí á los músicos, hé aquí el incienso del sacrificio; todo se agita, todo renace; ¿qué harán los hijos de Dios, los Ángeles de la oracion? Mezclar su voz con la voz de la naturaleza, pues el oficio del dia empieza. Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas son las partes de que se compone.

El Salvador ha señalado todas las horas del dia, lo mismo que las de la noche, por otros tantos beneficios, y es preciso bendecirle por tantos favores; como las horas de la noche, las del dia imponen al hombre varios deberes, y es preciso implorar la gracia para cumplirlos: este es en general el objeto del oficio del dia, cuya existencia y division datan de la mas remota antigüedad [1]. Entremos en detalles:

I. Prima. — *Prima* es la hora primera del oficio del dia, y se llama *Prima* porque se rezaba á la primera hora de la madrugada, es decir, á las seis de la mañana, segun el modo de contar de los antiguos. Esta hora fue establecida: 1.° para honrar á Nuestro Señor

[1] Durando, lib. II, c. 7.

cubierto de oprobio por los judíos y conducido delante de Pilatos; 2.° para honrar su aparicion á sus discípulos á orillas del mar, despues de su resurreccion; 3.° para ofrecer á Dios las primicias del dia, así como los judíos le ofrecian las primicias de sus mieses y frutos, á fin de consagrárselo todo.

La Prima se compone de la invocacion *Deus in adiutorium*, del *Gloria Patri*, seguido del *Alleluia*, de un *himno*, de tres *salmos*, de una *antífona*, de una *capítula*, de un *responsorio* y de algunas otras oraciones. El himno que cantamos en la hora Prima, y que se cantaba ya en el siglo XIII [1], expresa magníficamente los sentimientos que la fe debe despertar en un corazon cristiano al nacimiento del dia; á la vista del sol material que viene á iluminar el mundo, suplicamos al Sol de justicia y de verdad que salga para nosotros, á fin de que, guiándonos su luz, evitemos las tinieblas del error y los lazos del demonio. Rogamos al divino Sol que sea él mismo nuestro guia: «Ved á estas ovejas, dice uno de nuestros padres en la fe [2], que, «abrigadas durante la noche en el redil, desean salir á las vastas «campiñas luego que asoma el alba, y reclaman un pastor que las «conduzca á los pastos y las proteja contra los ataques de los lobos; «asimismo nosotros, cuando la aurora nos llama al santo trabajo, nos «apresuramos á pedir un maestro que nos instruya y un protector «que nos defienda, pues sin el uno ó el otro, el lobo infernal dis«persaria el ganado por desconocidas breñas y despedazaria las «ovejas.»

Para librarnos de los tiros del demonio, la Iglesia nos recuerda admirablemente en los salmos de Prima y en el símbolo de san Atanasio, que nos es preciso revestirnos de la misma armadura que vistieron todos los héroes cristianos, á saber, el escudo de la fe, el casco de la esperanza y la espada de la caridad, y á fin de excitarnos mas eficazmente á ello nuestra cuidadosa Madre nos pone á la vista los combates y los triunfos de los Santos. En la hora Prima se lee el Martirologio, la sangrienta pero gloriosa historia de nuestros hermanos, quienes, soldados como nosotros en otro tiempo, descansan hoy en el cielo sobre inmortales laureles.

Despues de la lectura del Martirologio, el oficiante dice: *¡Es preciosa delante de Dios! — La muerte de sus Santos*, contesta el coro, y

[1] Durando, lib. V, c. 5.

[2] Amalar. Fortunat. lib. IV, *De Eccles. offic.* c. 2.

el oficiante en nombre de todos sus hermanos hace la oracion siguiente: «La santísima Vírgen y todos los Santos nos auxilien, por medio «de las preces que por nosotros dirijan al Señor, á ser santos en to- «das las cosas, así como es santo aquel que nos llamó á la santidad.» Dicha esta oracion, el oficiante repite por tres veces: *Señor, venid en mi auxilio*, y el coro añade: *Señor, apresuraos á socorrerme*, triple invocacion destinada á alcanzar proteccion contra nuestros tres grandes enemigos, el demonio, el mundo y la carne; acto continuo se dice el *Glòria Patri* á fin de dar gracias en nombre de todos nuestros hermanos á la augusta Trinidad, de la cual procedió la dichosa muerte de los Santos y de la cual procederá la nuestra.

Pero ¡ay! ¡la debilidad humana es tan grande que son de temer muchas caidas! Por esto pedimos antes misericordia y decimos tres veces: *Kyrie eleison* ó *Christe eleison*: *Señor*, *Cristo*, *tened piedad de nosotros;* para obtener con mas seguridad esta misericordia, rezamos la oracion del Señor, terminándola suplicando al Padre celestial que guie á sus hijos, que somos nosotros, y que nos ayude á guiar los nuestros, que son nuestros pensamientos y nuestras virtudes.

II. Tercia. — *Tercia* es la segunda hora del oficio del dia, y se llama así porque se rezaba á la hora tercera del dia segun el modo de contar de los antiguos; para nosotros la hora Tercia corresponde á las nueve de la mañana. Á excepcion de las oraciones finales, Prima y Tercia se componen de iguales partes, y la Iglesia, que con sus Sacramentos graba é imprime en cierto modo la santidad en todos nuestros sentidos, escribe igualmente sus augustos misterios en cada hora del dia, y su oficio los recuerda sucesivamente á nuestra adoracion y á nuestro amor. El Salvador, perseguido por los crueles clamores de los judíos, atado á la coluna por órden de Pilatos y cruelmente azotado; el Espíritu Santo descendiendo sobre los Apóstoles y dando orígen á la Iglesia, tales son los memorables acontecimientos que celebramos con las oraciones de la hora Tercia, la cual, lo mismo que las demás, data de los tiempos apostólicos [1].

En memoria de la nueva ley escrita en letras de fuego en el corazon de los Apóstoles, cántanse salmos que celebran la dulzura, la perfeccion de la ley de gracia y de amor; el himno recuerda igualmente el descendimiento del Espíritu Santo, á quien suplica renueve en nuestro favor las maravillas del Cenáculo.

[1] S. Ignat. *Epist. ad Trall.*

III. Sexta. — *Sexta* es la hora tercera del oficio del dia y corresponde al mediodía; su antigüedad y composicion son iguales á la anterior [1]. Á ella van unidos grandes recuerdos, pues grandes acontecimientos consagran aquella hora memorable; en la Tercia, la Iglesia nos condujo al pretorio, y allí, delante de la ensangrentada coluna, abrió nuestros labios á la oracion; mas ahora, tomándonos por la mano nos acompaña al Calvario y nos hace detener ante un instrumento de suplicio. Jesús clavado en la cruz, tal es el primer objeto de nuestras oraciones y meditaciones en la hora de *Sexta;* así es que la Iglesia, penetrada de reconocimiento, nos hace cantar salmos que respiran un ardiente amor. *Un desfallecimiento se apoderó de mí al pensar en mi Salvador* [2].

No nos es dable pasar adelante sin hacer observar aquí una sublime armonía, que no escapó por cierto á la sagacidad de nuestros padres en la fe; instruidos estos por la tradicion enseñan que Adan pecó y murió por causa del fruto del árbol á la hora sexta del dia, y para que el agravio correspondiese con la reparacion, quiso Jesús ser elevado á la misma hora sobre el árbol salvador [3]. Otro suceso es tambien objeto de nuestra gratitud; á la hora sexta tuvo Pedro la revelacion clara de la vocacion de los gentiles y recibió la órden de predicar el Evangelio á las naciones; inestimable beneficio cuya influencia sentimos todos aun en el dia. El Hijo de Dios clavado en la cruz, Pedro predicando el Evangelio á las naciones, ¿qué mas se quiere para excitar nuestro fervor y reconocimiento durante esta hora?

IV. Nona. — *Nona,* continuacion de tan admirables recuerdos, es la hora cuarta del oficio del dia; para nosotros corresponde á las tres de la tarde, al paso que para los antiguos era la novena hora del dia, y de aquí vino su nombre. Esta hora contiene las mismas partes que las anteriores y data de igual antigüedad [4]; durante ella la Iglesia continúa presentándonos la grande escena de dolores; el sol oscure-

[1] *Constituciones apostólicas*, lib. VIII, c. 20.

[2] Psalm. CXVIII.

[3] Quo tempore eversio fuit, eodem rursus facta reparatio. (S. Cyril. Hierosol. *Catech.* XIV; id. Teophilact. *in Matth. ad ea verba : A sexta autem hora,* etc.). Hé aquí otras armonías : «Propter protoplastum Adam... (Christus) «sexta hora in crucem ascendit, sexto die saeculi, in sexta hora eiusdem mil- «lenarii, et sexta hebdomadis et sexta hora sexti diei, etc.» (S. Anast. Sinait. lib. VII, *Commentar. in hexaem.).*

[4] S. Basil. *in Regul. interrog.* 34.

cido, la tierra conmovida, el velo del templo rasgado, el Hombre-Dios espirante, el costado del nuevo Adan traspasado por la lanza del soldado, y dando á luz á la nueva Eva, la Iglesia católica, nuestra tierna madre; tales son los acontecimientos que esta hora nos recuerda. ¿Qué mas se quiere para derramar oraciones y lágrimas ante el trono de Dios?

Los salmos de las Horas del domingo nos ofrecen tan sublime armonía, que no podemos resistir al deseo de indicarla, siquiera para que se vea que todo hasta un ápice está dispuesto en los oficios de la Iglesia con tal sabiduría y profundidad de miras, que jamás serán bastante admiradas. Todas las Horas de aquel dia se componen de dos salmos, de los cuales el segundo está dividido en Prima, en Tercia, en Sexta y en Nona, y cada division del salmo comprende diez y seis versículos. ¿Cuál es la razon de que haya únicamente dos salmos? ¿por qué estos diez y seis versículos? Los dos salmos recuerdan las dos alianzas de Dios con los hombres, la antigua y la nueva, y los diez y seis versículos significan los intérpretes de esta doble alianza; los doce pequeños Profetas y los cuatro grandes respecto de la antigua, y de la nueva los doce Apóstoles y los cuatro Evangelistas [1].

Los salmos y los himnos de las Horas están igualmente en armonía con las diferentes horas del dia en las que los recitamos: al salir el sol el principio, en Tercia la continuacion, en Sexta la perfeccion, en Nona el fin de la caridad y de la vida; pues ¡ay! la vida no dura mas que un dia.

V. Vísperas.—Las *Vísperas* son la hora quinta del oficio del dia, y su antigüedad es tanta como la de la Iglesia [2]. ¡Oh! ¡con cuánta razon ha consagrado la Iglesia á la oracion aquella hora! ¡cuántos recuerdos evoca! Primeramente el sacrificio de la tarde ofrecido cada dia en el templo de Jerusalen; luego la institucion de la santa Eucaristía, y por fin el descendimiento de la cruz y la sepultura de Nuestro Señor. Estos son los motivos por que la Iglesia desea tan vivamente que oremos durante aquella hora memorable.

Esos cristianos de todas edades y condiciones que descuidan la asistencia á las Vísperas, ¿saben acaso el precio de la oracion? ¿Sabe su corazon latir á impulsos de la gratitud? Las Vísperas, dicen en su

[1] Durando, lib. V, c. 5.
[2] *Constituciones apostólicas*, lib. VIII, c. 40.

impía ligereza, las Vísperas son para los eclesiásticos; ¿por ventura no fue instituida para vosotros la santa Eucaristía? ¿Nada debeis á Dios por semejante beneficio? ¿Acaso Jesucristo no se inmoló por vosotros todos? ¿Nada os dice la hora en que se verificaron tan grandes milagros? ¿Qué haceis, pues, durante aquella hora sagrada en que deberian correr de vuestros ojos lágrimas ardientes y mezclarse con oraciones mas ardientes todavía? Si deseo saberlo, no tengo mas que preguntarlo á las plazas públicas, á los paseos, á las casas de juego y de profanos placeres, y á buen seguro me contestarán. ¡Cómo! ¿no os avergonzaréis jamás de hollar así los usos cristianos? ¡Oh vosotros que fuísteis nuestros padres en la fe! ¿qué pensaríais si os dijesen que vuestros hijos profanan una hora tan santa, tan llena de beneficios? ¡Vergüenza para aquellos que califican la gratitud de pesada y difícil! En los corazones ingratos no cabe ningun buen sentimiento, y parécense á aquellos frutos que el sol no puede sazonar y que carecen de sabor y de perfume. ¡Vergüenza para aquellas almas serviles que solo van por la mañana á la iglesia por temor, y que se dispensan de asistir á ella por la tarde, porque no hay ni anatema ni amenaza de pecado mortal!

Para nosotros cristianos dóciles, cuanto mas abandonadas están las Vísperas, tanto mas debemos considerar como una obligacion el asistir á ellas; nuestros deberes crecen á proporcion de la indiferencia del gran número; postrémonos, pues, al pié de los altares orando, gimiendo, adorando y dando gracias por nuestros ingratos hermanos, felices si al menos podemos resarcir á su Salvador y nuestro!

La belleza del oficio de la tarde bastaria por sí sola para que asistiésemos asiduamente á él: las Vísperas se componen de cinco *salmos*, de cinco *antífonas*, de una *capítula*, de un *himno*, del *Magnificat* y de una sola *oracion* en caso de no hacerse conmemoracion de alguna fiesta. Este número de cinco se estableció para honrar las cinco llagas de Nuestro Señor y para expiar los pecados que hayamos cometido durante el dia por nuestros cinco sentidos.

La campana, trompeta de la Iglesia militante, ha resonado tres veces; la primera para anunciar el oficio, la segunda para advertirnos de que es tiempo ya de partir, y la tercera para indicar que el oficio empieza. Llegados á la iglesia, el clero y los fieles se recogen durante un momento, y preparan su alma para la oracion rezando el *Pater* y el *Ave Maria*, arrodillados y silenciosos. Empiézase por la

señal de la cruz para invocar el auxilio de la santísima Trinidad y para confesar los misterios de la encarnacion y de la redencion; y la mano que, al hacerlo, se dirige á los cuatro costados, indica que el Hijo de Dios vino á reunir á sus elegidos dispersos por los cuatro vientos; así pues, cuando veais al celebrante hacer el signo adorable desde el alto lugar que ocupa, representaos á Jesucristo en la cruz y en la cima del Calvario, con los brazos abiertos para abrazar á los hijos de Adan, que son los suyos, y llamándoles á todos sobre su corazon con esta palabra de inefable amor: *Sitio: Tengo sed, sed de vosotros.*

Al hacer la señal de la cruz, el sacerdote, vuelto hácia el altar, dice: *Deus, in adiutorium meum intende.* ¡Oh Dios, venid en mi auxilio! Los fieles igualmente en pié y vueltos hácia el altar, para manifestar que toda su confianza está en los méritos de Jesucristo, se apresuran á contestar: *Domine, ad adiuvandum me festina: Señor, socórreme prontamente,* y luego para expresar de antemano la gratitud que esta celeste proteccion les inspira cantan con transportes de amor el *Gloria Patri,* etc.: *Gloria al Padre,* etc. Su gozo y ardor en publicar las alabanzas de su Padre que está en los cielos se expresan con estas palabras: *Alleluia, alegría, felicidad;* mas durante la Cuaresma, tiempo de ayuno y de penitencia, el *Alleluia* se sustituye con estas palabras, cuyo sentido es el mismo: *Laus tibi, Domine, rex aeternae gloriae: Alabado seais, Señor, rey de eterna gloria.*

Despues de la antífona destinada á inflamar nuestra caridad [1] un corista entona el primer salmo: *Dixit Dominus Domino meo.* «El «Señor, *eterno Padre, Dios todopoderoso,* dijo á *Jesucristo, su Hijo y* «*Señor mio,* EL DIA DE SU GLORIOSA ASCENSION: *Sentaos á mi derecha.*» En este magnífico salmo la Iglesia canta la eterna generacion del Hijo de Dios, su sacerdocio igualmente eterno, lo mismo que su absoluto y eterno imperio sobre el mundo convertido en conquista de la cruz. ¡Cómo! ¿acaso no están las Vísperas destinadas á honrar los funerales de Jesucristo? Pues ¿cómo la Iglesia, la esposa amante, arrodillada, por decirlo así, sobre el sepulcro de su divino Esposo, solo deja oir cantos de alegría é himnos de triunfo y de inmortalidad? ¡Ah! porque ve salir la vida del seno de la muerte y la victoria del seno de los sufrimientos; ¡grande leccion para todos!

El segundo salmo de las Vísperas del domingo es el *Confitebor:*

[1] Explicacion de los Maitines en la leccion anterior.

*Os alabaré, Señor*, continuacion, por decirlo así, del primero. Por boca de David, la Iglesia canta los beneficios del reinado de su celeste Esposo, y celebra particularmente la institucion del banquete divino, al cual son invitadas todas las generaciones que vienen á este mundo.

Solo falta ahora describir la felicidad de los que se someten al imperio de Jesucristo, y esto es lo que hace la Iglesia en el salmo *Beatus vir qui timet Dominum : Feliz el hombre que teme al Señor ;* al lado de la sencilla y tierna pintura de la dicha del varon justo que teme á Dios y observa sus mandamientos, la Iglesia coloca el cuadro del pecador; el cual, triste y desgraciado en esta vida, rechina de dientes y se hiela de espanto en el momento de la muerte, para entrar despues en el lugar de los suplicios, en cuya puerta deja la esperanza; la esperanza de salir jamás de él...

En el salmo anterior la Iglesia recuerda á los justos que el Señor les hace dichosos si consienten en doblegarse bajo su estimable yugo; ¿qué cosa, pues, mas natural que exhortarles ahora á cantar su felicidad? En efecto, aquella tierna madre, adoptando las palabras del Rey profeta, les incita á alabar y á bendecir la grandeza, el poder y sobre todo la admirable bondad de su Padre celestial: *Laudate, pueri, Dominum, laudate nomen Domini: Hijos mios, alabad al Señor, alabad el nombre del Señor;* invitacion que provocando un transporte de amor, únense todas las lenguas y todos los corazones para contestar : *Sí, bendito sea el nombre del Señor, ahora y en todos los siglos de los siglos : Sit nomen Domini benedictum, ex hoc nunc et usque in saeculum;* en este admirable salmo cada uno proclama á su vez las razones particulares que le asisten para bendecir al Dios bueno, al Dios que vela sobre el pobre y el débil como sobre la niña de sus ojos.

De los motivos personales que inducen á cada uno y á todos los hombres en general á bendecir y á amar á Dios, la Iglesia pasa á las razones especiales á la gran familia católica, y estos beneficios son tales, que á menos de tener un corazon de bronce debemos desfallecer de amor al recordarlos. Este es el objeto del quinto salmo: *In exitu Israel de Aegipto, domus Iacob de populo barbaro : Cuando Israel salió de Egipto, y la familia de Jacob de entre un pueblo bárbaro;* y aquí la Iglesia, trasladándonos á una época anterior de tres mil quinientos años, á orillas del mar Rojo y al desierto del Sinai, extiende á nuestra vista el magnífico cuadro de las maravillas y pro-

digios obrados por Dios para librar á Israel del cautiverio de Egipto, y hacerle entrar en la tierra prometida, mostrándonos despues de los milagros de Egipto, del mar Rojo, del desierto y del Sínai, otros aun mas gloriosos y consoladores obrados en nuestro favor, como son el habernos librado á todos del demonio, del pecado, de la muerte y del infierno por medio del Bautismo; la fe que nos guia al través del desierto de la vida como la coluna guiaba á Israel; la ley de gracia descendiendo del Calvario como la ley antigua del Sínai; el pan de los Ángeles que alimenta nuestra alma como el maná á los hebreos; y estos milagros de la nueva ley presentados como una prenda de los milagros mas grandes aun por los cuales el Señor desea conducirnos desde el desierto de la vida á la Jerusalen celeste; tales son los beneficios que la Iglesia nos recuerda. Luego, comparando como David el Dios omnipotente y fuerte con los débiles é impotentes ídolos de las naciones, nuestra tierna madre nos insta, con toda la fuerza de su caridad y de su celo, á abjurar el culto de los dioses extraños, y á unirnos irrevocablemente con el Señor que tantas y tan manifiestas pruebas nos ha dado de su grandeza, bondad y poderío.

Este salmo, al cual nada hay que pueda compararse en la poesía profana, va seguido de la antífona y de la *capítula*. La capítula de los domingos ordinarios está sacada de la epístola de san Pablo á los efesios: *Benedictus Deus*, etc.: Bendito sea el Dios, y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendicion espiritual en bienes celestiales en Cristo, así como nos eligió en él mismo antes del establecimiento del mundo, para que fuésemos santos y sin mancilla delante de él en caridad [1]. El celebrante lee la capítula en pié, y se dirige á los fieles que acaban de entonar las alabanzas de Dios, á fin de alentar su celo y de dar nuevo pábulo á su piedad; esta postura, que la decencia dicta, conviene con las santas palabras que pronuncia, y expresa el respeto que profesa á los miembros de Jesucristo que le escuchan. La asamblea recibe con gratitud aquella corta exhortacion, y contesta: *Deo gratias: Gracias sean dadas á Dios.*

Acto continuo entónase el himno: el himno expresion de amor, de piedad y de valor para cumplir lo que se acaba de leer, canto de un ejército que marcha al combate. El himno varia segun la fiesta

[1] Ephes. I, 3, 4.

que se celebra, á fin de expresar sentimientos análogos á las circunstancias. El domingo la Iglesia canta el reino de Jesucristo empezado en la tierra y consumado en el cielo, y por lo tanto el himno de las Vísperas del domingo es un prolongado suspiro por el cielo. ¡Feliz el cristiano que sabe penetrarse del espíritu de tan santa oracion! el placer y consuelo de que su corazon rebosa no pueden darlo ni el mundo ni sus placeres.

La Iglesia ha cantado los beneficios del Señor; ha visto en el pasado su emancipacion del yugo del demonio, su establecimiento en la tierra; los innumerables favores de que ha sido objeto; ha visto en el porvenir el cielo entreabierto para recibirla y consumar su felicidad inmortalizándola. ¿Cómo expresará ahora su agradecimiento, cuyo peso la oprime? ¿Dónde buscar el intérprete de los sentimientos que experimenta? Lo tiene ya; en lugar de la suya, elévase una voz á cuyos acentos deben guardar silencio el cielo y la tierra; una voz tan suave, tan pura, tan melodiosa y al mismo tiempo tan poderosa, que llena de regocijo el corazon de Dios; esta voz es la de la augusta María, y ved á la dulce Vírgen de Judá, á la Madre de Dios, á la Vírgen por excelencia, á la Reina del cielo suspirando la gratitud de la vírgen de la tierra, de la casta esposa del Hombre-Dios, de la Iglesia católica. Entónase el *Magnificat,* sublime canto, transporte de inefable amor, poema en diez cantos, profecía magnífica que valió á María el glorioso título de *Reina de los Profetas* : *Mi alma glorifica al Señor*, etc.

Durante el *Magnificat* los asistentes se mantienen en pié por respeto hácia las palabras de María, y porque esta noble actitud demuestra el gozo y contento de un corazon colmado de gracias y dispuesto á emprenderlo todo para manifestar á su bienhechor los sentimientos de su gratitud. Al cantarse el *Magnificat* el celebrante deja su lugar, se reviste de la capa, y precedido de un acólito que lleva el incensario, sube al altar, toma el vaso que encierra el incienso, derrama un poco sobre el fuego, y dice : *Ab illo benedicaris in cuius honore cremaberis* : *Bendito seas por aquel en cuyo honor serás consumido.* Al pronunciar estas palabras hace la señal de la cruz para recordar que los méritos de Jesucristo son el orígen de todas las bendiciones que se derraman en la tierra; luego toma el incensario de manos del acólito, inciensa tres veces la cruz colocada en el tabernáculo, primeramente hácia la derecha, hácia la izquierda des-

pues, y finalmente por todos lados, como para rodear el altar, símbolo de Jesucristo, del perfume del incienso, que lo es de la fe de los creyentes y del fervor de sus oraciones.

Terminada esta ceremonia, el acólito inciensa al celebrante, tributándole de este modo el honor debido al representante de Jesucristo, y, hecho esto, el sacerdote canta : *Dominus vobiscum : Que el Señor sea con vosotros ;* contestando los fieles : *Et cum spiritu tuo : Y sea con tu espíritu.* Viene en seguida la oracion de la misa llamada *colecta,* porque recoge en cierto modo las oraciones y votos de los asistentes para dirigirlos á Dios ; el sacerdote repite : *Dominus vobiscum,* y despues de este voto de paz y caridad los monacillos invitan á los fieles á alabar y á bendecir al Señor con estas palabras : *Benedicamus Domino : Bendigamos al Señor;* los asistentes contestan : *Deo gratias : Gracias sean dadas á Dios,* y de este modo termina esta parte del oficio de la tarde. Decidme, ¿sabeis algo mas bello, mas completo y mejor ordenado?

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme instruido en las santas ceremonias de vuestro culto; haced que reanimen en mí el espíritu de fe y de oracion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *asistiré regularmente á Vísperas.*

---

# LECCION X.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Completas. — Uso de la lengua latina en la liturgia. — Sabiduría de la Iglesia. — Canto, su razon, su orígen, su belleza. — Ejemplo de san Agustin y de Juan Jacobo Rousseau.**

I. Completas. — El hombre, colmado de beneficios, acaba de expresar á Dios todo su reconocimiento; las mejores disposiciones le animan; la tierra le parece triste, la vida una carga; suspira por el cielo, mas su destierro no ha terminado todavía, y aun ha de sufrir mas de una prueba. El dia en su ocaso anuncia la proximidad de la noche, tiempo duro y cruel bajo todos conceptos; el hombre, extenuado adalid, duerme, mas el demonio no dormirá; por el contrario redoblará sus astucias. Leon enfurecido sale de su antro respirando saña para apoderarse y despedazar á las reses que halle á su paso: tal es la posicion del hombre al caer el dia, y si se acercara á vosotros preguntándoos lo que debe practicar para evitar los ardides del enemigo y para conservarse fieles á Dios hasta la vuelta del sol, ¿qué consejo le daríais? Mientras meditais vuestra contestacion, voy á explicaros la que la Iglesia le da, y en seguida me diréis si habeis pensado otra mejor:

«Hijo mio, le dice, arrójate en brazos de nuestro Padre celestial; «sé sóbrio y vigilante, ruega al Ángel de tu Guarda y á los Santos «que te aman que no te abandonen: ruega sobre todo á María que «vele sobre tí como una madre sobre su hijo dormido, y bajo su po«derosa proteccion descansa en paz, pues el demonio no podrá ofen«derte.» Y para fortificar en el cristiano los vivos sentimientos de una confianza infantil, la Iglesia le hace rezar *Completas* [1]. La prueba de cuanto acabamos de decir está en la misma explicacion de esta última hora del oficio, escuchad:

Las Completas principian con estas palabras: *Convertidnos, ó Dios, que sois nuestro Salvador, y apartad de nosotros vuestra cólera:*

[1] Completas equivale á *complemento*, pues esta hora completa el oficio.

la única cosa que puede alejar á Dios de nosotros é impedirle que vele nuestro sueño con el paternal esmero que solicitamos, es el pecado, y por esto es que empezamos suplicándole que nos purifique de él convirtiéndonos de todo nuestro corazon, para lo cual le exponemos el mas poderoso motivo, recordándole que es nuestro Salvador.

El primer salmo nos presenta al Rey profeta expresando al Señor su gratitud por la proteccion que de él recibiera, é implorando su auxilio contra sus enemigos; puesta su confianza en Dios, descansa sin cuidado en su seno paternal; y ¿qué otro canto mejor podia ponerse en boca del cristiano, el cual, otro rey profeta, despues de combatir á sus enemigos y de terminar su diaria jornada con la ayuda de Dios, va á tomar en un reposo necesario nuevas fuerzas y nuevo vigor para combatir al enemigo de su salvacion? Tal es el sentido del salmo *Cum invocarem : Cuando le invoqué, el Dios autor de mi justicia me escuchó.*

«Hijos mios, dice la Iglesia en este primer cántico, invocad, pues, «al Señor, y vuestra esperanza no quedará burlada.» Y si deseais saber como protege Dios al hombre que espera en él, el segundo salmo os lo enseñará, mostrándoos al que vive bajo la guarda del Altísimo reposando seguro bajo la proteccion del Dios del cielo; el demonio y sus ardides, los malos y sus maquinaciones son alejados de la vivienda del justo : *Qui habitat in adiutorio Altissimi, in protectione Dei coeli commorabitur : El que se apoya en el brazo del Todopoderoso, vivirá en paz bajo la proteccion del Dios del cielo.*

¿Qué falta ahora? Únicamente darnos un aviso, pero un aviso muy saludable, y es que estemos alerta, y que en caso de despertarnos durante la noche elevemos al momento nuestro corazon á Dios. Este es el objeto del tercer salmo : *Ecce nunc benedicite Dominum: Ahora bendecid al Señor;* si así lo haceis, la Iglesia añade : *Desde lo alto de la montaña de Sion, el Dios que crió el cielo y la tierra os bendecirá;* entonces todos los corazones y todas las voces se reunen para cantar la antífona, es decir, para asegurar que serán fieles á tan sábias prescripciones, y el himno que se entona en seguida es un prolongado suspiro por el cielo, y como el principio de la oracion que debe hacerse por la noche en caso de insomnio.

Al recitar la capítula luego despues del canto del himno el celebrante insiste sobre tan esencial disposicion : *Hermanos mios*, dice, *todos sois hijos de la luz y del dia* por la fe y la caridad que Dios os

ha dado; y *no somos hijos de la noche ni de las tinieblas;* puesto que creemos en Jesucristo; *no durmamos, pues, á semejanza de aquellos* que no conocen igual felicidad; *velemos y seamos sóbrios* [1]. La Iglesia nada ha olvidado, y estas últimas palabras contienen una importante leccion para evitar el mal durante la noche, y reconocidos los fieles por haberla recibido, dan gracias al sacerdote, y bendicen al Señor con estas palabras : *Deo gratias : Gracias damos á Dios.*

En este momento, entre aquellos hijos de la misma familia, reunidos ahora á los piés de su Padre comun, y en breve dispersos en sus casas particulares, empieza un coloquio, una especie de adios, de despido cristiano, cuya ternura y admirable sencillez no puede expresar la lengua; solo puede comprenderla el corazon.

Un monacillo canta con su voz pura como la de un Ángel : *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum : Señor, en tus manos encomiendo mi alma.*

Los fieles contestan : *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum : Señor, en tus manos encomiendo mi alma.*

El monacillo : *Redemisti me, Domine, Deus veritatis : Señor Dios de verdad, Vos me rescatásteis.* El ángel de la tierra expone á Dios con estas palabras los mas poderosos motivos para que nos proteja: le pertenecemos, nos rescató á gran precio, y él es el Dios de verdad, el Dios fiel á sus promesas, una de las cuales fue la de protegernos.

Los fieles : *Commendo spiritum meum : Encomiendo mi alma.*

El monacillo : *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto : Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.*

Los fieles : *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum : Señor, en tus manos encomiendo mi alma.*

La idea del destierro y la proximidad de los peligros de la noche dan á este responsorio una melancolía que no permite terminar el *Gloria Patri* con el : *Como era al principio, ahora y siempre y en los siglos de los siglos,* palabras que están reservadas para la patria y que la Iglesia no pronuncia sino en sus grandes alegrías.

El monacillo : *Custodi me, Domine, ut pupillam oculi : Protégeme, Señor, como á las niñas de los ojos.*

Los fieles : *Sub umbra alarum tuarum protege me : Ampárame bajo la sombra de tus alas.*

[1] I Thes. v, 5.

¿Sabeis algo, decid, mas bello que este coloquio? ¿algo que pinte mejor el candor de un niño entre los brazos de su padre? El hijo amado, seguro de que Dios reina en el cielo, le ama con el mas acendrado cariño, solo alimenta un deseo, el de abandonar esta tierra de destierro, este valle de lágrimas, é ir á descansar en paz en el seno del Señor; y ved á su madre, á la Iglesia católica, inspirada siempre, poniendo en su boca las palabras del anciano Simeon, el cual despues de haber visto la salvacion de Israel, solo deseaba morir: *Nunc dimittis*, etc. : *Ó Dios mio, permitid que vuestro siervo se vaya ahora en paz.* Á esto sucede una oracion que resume admirablemente las demandas dirigidas á Dios en las Completas.

La familia cristiana va á separarse, mas su jefe y padre en la tierra no puede apartarse de sus hijos sin desearles las mas abundantes bendiciones; el sacerdote no se contenta con el saludo ordinario: *Dominus vobiscum : El Señor sea con vosotros*, pues necesita expresiones mas tiernas y que expresen mejor el afecto que les profesa y su deseo de verlos felices, y dice : *Gratia Domini*, etc. «La gracia de Nues-«tro Señor Jesucristo, la caridad de Dios *Padre* y la comunicacion «del Espíritu Santo sean con vosotros. *Amen* : Así sea.»

Antes de retirarse, saludan todos una última vez á su tierna Madre que está en el cielo, á quien suplican que fije en sus hijos sus ojos misericordiosos y que les abra sus maternales brazos; en efecto, ¿puede haber mas seguro asilo que el regazo de una madre? Las bóvedas del templo resuenan ya con la *Salve Regina*, ya con la *Inviolata* ó con el *Ave Regina coelorum*, que los Ángeles escuchan con gozosa avidez y que repiten en la Jerusalen celeste, acompañándose con sus arpas de oro á los piés de la Vírgen llena de gracia, nuestra madre y su reina. Idos, ahora, hijos queridos, dormid en paz, pues el remordimiento no turbará vuestro sueño. «El domingo ha pasado tran-«quilamente para aquellos que saben verdaderamente santificarlo; la «oracion, la caridad, inocentes placeres, reuniones de familia, goces «honestos lo han llenado, y cuando al terminar este dia se precipita «junto con los demás en el abismo del pasado, cae radiante de las «buenas obras de que ha sido causa y perfumado con el incienso que-«mado ante los altares [1].»

Para terminar todo lo concerniente á las Completas dirémos que la última hora del oficio del dia se encuentra indicada en los anti-

[1] *Cuadro poético de las fiestas cristianas*, pág. 33.

guos Padres de la Iglesia [1]; el uso de orar antes de acostarse parece establecido por la misma naturaleza; la Iglesia lo ha consagrado, y al mandarnos dar gracias á Dios al concluir el dia, expone á nuestra adoracion al Salvador depositado en el sepulcro, de modo que en su oficio cotidiano honra á su divino Esposo desde su cuna hasta su tumba. ¡Hermosa materia de meditacion para sus hijos! ¡admirable medio de hacerles lo que deben ser, es decir, otros tantos Jesucristos [2]!

II. El uso del latin. — La Iglesia ofrece á Dios todas las Horas de su oficio en una lengua desconocida actualmente para la mayor parte de los fieles, y se las dirige cantando; costumbres ambas en las que resplandece la sabiduría de vuestra madre. Pero vamos por partes, y veamos primeramente por qué se usa la lengua latina en las oraciones públicas.

1.° Para conservar la *unidad* de la fe. Al aparecer el Cristianismo, el oficio divino se dijo en lengua vulgar en la mayor parte de las iglesias; mas las lenguas, lo mismo que todas las cosas humanas, están sujetas á modificaciones; la francesa, por ejemplo, no es lo que era hace doscientos años; muchos nombres han cambiado de significado, al paso que otros han dejado de usarse enteramente; el giro de las frases es tan distinto del antiguo como lo son nuestras modas de las de nuestros abuelos. Sin embargo, existe una cosa que debe permanecer inmutable, la fe, y para ponerla al abrigo de la perpétua instabilidad de las lenguas vivas, la Iglesia católica emplea una lengua fija, una lengua que no está sujeta á variaciones, por lo mismo que no se habla. La experiencia demuestra que en esto, como en todo, la Iglesia ha sido dirigida por una sabiduría divina, y sino, véase lo que sucede entre los Protestantes; estos por haber querido emplear en sus liturgias las lenguas vivas, vense cada dia obligados á renovar las fórmulas, y á corregir las traducciones de la Biblia, de lo cual han dimanado gran número de alteraciones. Si la Iglesia hubiese seguido su ejemplo, habria sido preciso reunir cada cincuenta años un concilio general á fin de redactar nuevas fórmulas para la administracion de los Sacramentos.

2.° Para conservar la *catolicidad* de la fe. La unidad de lenguaje

[1] S. Basil. *in Regul. interrog.* 37; S. Clem. Alexand. lib. II *Paedag.* c. 4; S. Isid. lib. I, c. 21, *De Offic. eccl.*

[2] Christianus, alter Christus.

es necesaria para mantener un mas estrecho lazo y una mas fácil comunicacion de doctrina entre las diferentes iglesias del mundo, y para hacerlas mas fielmente adictas al centro de la unidad católica. Quitad el uso de la lengua latina y tendréis que el sacerdote italiano que viaje por Francia, ó el sacerdote francés que viaje por Italia no podrá ni celebrar los santos misterios ni administrar los Sacramentos; esto mismo sucede á los Protestantes, los cuales fuera de su patria no pueden participar del culto público, al paso que el católico no es extranjero en region alguna de la Iglesia latina. Honor, pues, á los Sumos Pontífices que tanto se han desvelado para introducir por todas partes la liturgia romana; el hombre imparcial ve en sus trabajos una nueva prueba de su ilustrado celo por la catolicidad, carácter augusto de la verdadera Iglesia. ¡Ah! ¡Si griegos y latinos hubiesen usado una misma lengua, no hubiera sido tan fácil á Focio y á sus secuaces el arrastrar al cisma á toda la Iglesia griega, atribuyendo á la romana errores y abusos de que jamás fue culpable!

3.° Para conservar á la Religion la majestad que le conviene. Una lengua sábia, que solo es comprendida por los hombres instruidos, inspira mayor respeto que la jerga popular; nadie desconoce que los mas santos misterios parecerian ridículos si se expresasen en un lenguaje excesivamente familiar, lo cual han experimentado como todos los mismos Protestantes, enemigos jurados de la Iglesia rómana, si bien prefiriendo ser inconsecuentes consigo mismos antes que renunciar á sus preocupaciones anticatólicas; han hecho traducir el oficio divino al francés, como si los bretones, los picardos, los auvernianos, los gascones tuviesen menos derecho para rezar el oficio divino en su dialecto que los calvinistas de París para rezarlo en francés. ¿Por qué los reformadores, que tanto se desvelan por la instruccion del pueblo bajo, no han traducido la liturgia y la sagrada Escritura en todos los dialectos? ¿Por ventura no hubiera esto cóntribuido á hacer respetable la Religion [1]?

Por el contrario, la lengua griega en Oriente y la latina en Occidente, doble idioma del pueblo rey, conservan cierto sello de la majestad romana, que conviene admirablemente con la majestad mucho mayor de la Iglesia católica; una Religion señora del mundo debe usar la lengua de los dominadores del mundo, así como una doctrina

[1] Bergier, art. *Lengua.*

inmortal una lengua inmutable. Si la Religion y la razon deben estar agradecidas á la Iglesia católica por haber adoptado las lenguas griega y latina, no le deben las ciencias menos reconocimiento, pues al inmortalizar su lengua, la Iglesia ha inmortalizado la literatura de los griegos y de los romanos, así como los Papas salvaron santificándolos los monumentos de los Césares : sin la cruz que la domina, hace mucho tiempo que la coluna de Trajano hubiera venido al suelo.

Además, es un error el pensar que con el uso de la lengua latina se encuentren los fieles privados del conocimiento de lo que contiene la liturgia, pues léjos de prohibirles este conocimiento, la Iglesia recomienda á sus ministros que expliquen al pueblo las diferentes partes del santo sacrificio y el sentido de las oraciones públicas [1]; por otra parte no ha prohibido absolutamente las traducciones de las oraciones de la liturgia mediante las cuales el pueblo puede leer en su idioma lo que los sacerdotes dicen en el altar; luego no es cierto el cargo que le dirigen los Protestantes, de que ha querido ocultar sus misterios; no, su único objeto ha sido ponerlos á cubierto de las alteraciones, inevitable consecuencia de los cambios que las lenguas sufren [2].

III. El uso del canto. — Del idioma de la Iglesia católica pasemos á su canto, y expliquemos su orígen, su uso y su belleza. El canto es natural al hombre y se encuentra en todos los pueblos; el canto es esencialmente religioso, pues en su orígen lo vemos en todas partes empleado en el culto divino. Este universal acuerdo prueba que el canto es agradable al Señor, y que es un medio legítimo para tributarle el debido culto. ¿Qué es el canto? Segun un antiguo y piadoso autor es la lengua de los Ángeles [3]; y quizás es el idioma que hablaba el hombre antes de su pecado, en cuya hipótesis nuestra actual palabra ó modo de hablar no seria mas que una ruina de la palabra ó modo de hablar primitivo [4], pues degradado el hombre todo por el crímen original, es óbvio que su *palabra* debió sufrir la degradacion correspondiente; por lo menos parece que el canto será la lengua del cielo ó del hombre completamente regenerado, pues solo se habla de cantos y de armonías entre los felices habitantes de

[1] Conc. Trid. sess. XXII, c. 8.
[2] Véase al cardenal Bona, *Rer. liturg.* lib. I, c. 5, pág. 33.
[3] Durando, lib. V, c. 11.
[4] *Anales de filosofía cristiana*, año 1830.

la Jerusalen celeste. Sin embargo, sea lo que fuere de tales conjeturas, es indudable que el canto es la expresion viva y mesurada de los sentimientos del alma; su poder es mágico, y esto es otro misterio.

Para enseñar de nuevo al hombre su lengua primitiva ó la que debe hablar en el cielo, la Religion ha consagrado el uso del canto en sus divinos ejercicios; ha querido que al reunirse los hombres al pié de los altares hablasen la lengua de los Ángeles ó la de la inocencia; desterrado, en nuestros templos encuentra otra vez el hombre el idioma y el camino de su patria; rey destronado, allí le es dable balbucear la lengua que hablara en los dias de su felicidad. Ahora bien, decidme, ¿conoceis una leccion mas útil, un pensamiento mas admirable? El canto reporta además otras utilidades, á saber: conmueve el corazon y lo predispone para la piedad [1]; desvanece la tibieza y nos inspira una santa alegía para terminar valerosamente el oficio divino, que de otro modo pareceria largo y quizás daria cansancio [2]; es una solemne profesion de fe y de amor, por medio de la cual declaramos gloriarnos de invocar á Nuestro Señor y de entonar sus alabanzas, á pesar de los sarcasmos y blasfemias de la impiedad [3]; finalmente rechaza las sugestiones del demonio, alcanza el favor de Dios y atrae al Espíritu Santo, como lo vemos en la sagrada Escritura [4]. Así pues, el hombre canta, y la Iglesia canta con él, en lo cual se muestra la fiel heredera de todo lo verdadero, lo bello y lo bueno de las tradiciones del universo, pues todos los pueblos han cantado.

No hablarémos de los gentiles, los cuales habian pervertido el uso del canto, pues en vez de celebrar al Dios de la naturaleza, cantaban los crímenes y escandalosas aventuras de sus falsas divinidades.

Los hebreos apenas estuvieron reunidos en cuerpo de nacion, cuando por medio de los acentos de su voz entonaron alabanzas al Señor; ¿quién no conoce los sublimes cánticos de Moisés, de Débora, de David, de Judith y de los Profetas? David no se limitó á componer salmos, sino que estableció en el tabernáculo coros de cantores y de músicos para alabar á Dios; Salomon mandó obser-

[1] S. Aug. *Conf.* lib. VI.

[2] S. Basil. *in Psalm.* I; Lact. lib. VI, c. 21; S. Chrys. *in Psalm.* XLI.

[3] Ruff. *Hist.* lib. X, c. 35, 37; Teodoreto, lib. III, c. 1.

[4] IV Reg. II; I Reg. XIX; Dan. III.

var igual costumbre en el templo, y Esdras la restableció despues del cautiverio de Babilonia.

Desde el orígen del Cristianismo el canto fue admitido en el oficio divino, sobre todo cuando la Iglesia hubo adquirido la libertad de dar á su culto el brillo y la pompa convenientes, para lo cual la autorizaron las lecciones de Jesucristo y de los Apóstoles. El nacimiento del divino Salvador fue anunciado á los pastores de Belen por los cánticos de los Ángeles, y sabidos son los de Zacarías, los de la santísima Vírgen y los de Simeon; durante su predicacion el Salvador se complació en que la multitud de pueblo que salió á su encuentro le acompañasen en su entrada á Jerusalen hasta el templo cantando : *Hosanna al Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor* [1]. San Pablo exhorta á los fieles á excitarse mútuamente á la piedad por medio de himnos y de cánticos espirituales [2], y él mismo junto con Silas cantaba á media noche en su calabozo.

Nuestros padres en la fe pusieron en práctica las lecciones del grande Apóstol, é interrogados por Plinio el Jóven acerca lo que hacian en sus reuniones, contestáronle que se reunian los domingos para cantar himnos á Jesucristo como á un Dios [3]. Lo mismo ha sucedido en todos tiempos, y los mas grandes hombres que la Iglesia ha producido y que el mundo ha admirado daban al canto tal importancia, que no se desdeñaban de componerlo ellos mismos ni de enseñarlo á los demás; testigos de ello son san Atanasio, san Juan Crisóstomo, san Agustin, san Ambrosio y san Gregorio papa. San Ambrosio, que compuso el canto para la Iglesia de Milan en una época en que aun subsistian los teatros del Gentilismo, evitó cuidadosamente imitar sus melodías, y san Gregorio que hizo lo mismo para la Iglesia de Roma, en un siglo en que aquellos teatros no existian ya, no vió inconveniente alguno en introducir en el canto eclesiástico motivos mas agradables, que no podian traer á la memoria recuerdo alguno peligroso.

De aquí vino la distincion entre el canto *ambrosiano* y el *gregoriano;* el primero es mas grave, y mas melodioso el segundo; el pri-

[1] Matth. XXI, 9.

[2] Ephes. V, 19.

[3] Epist. XCVII; véanse igualmente los concilios de Laodicea, c. 15; de Cartago IV, c. 10; de Agde, c. 21; de Aix, c. 132, 133, etc.

mero se usa todavía en la iglesia de Milan, y el segundo en la mayor parte de la cristiandad. San Gregorio adoptó lo que mas le plugo de todas las iglesias, y tomó por base de su obra el canto de los antiguos griegos, del cual escogió las melodías que mas le agradaron, las acomodó á su gusto, que lo tenia exquisito, é hizo que expresasen con mayor encanto los misterios de gozo ó de dolor, la dulce tristeza de la penitencia y la felicidad de una vida llena de virtudes.

Á ejemplo de David, Pepino, rey de Francia, y especialmente su hijo Carlomagno manifestaron gran solicitud en favor del canto religioso, y habiendo observado que el canto galicano era menos agradable que el de Roma, enviaron á la capital del mundo cristiano á varios eclesiásticos inteligentes para estudiar y aprender el canto de san Gregorio; los enviados no tardaron en introducirlo en las Galias, si bien todas las iglesias de Francia no lo adoptaron uniformemente, y muchas tomaron solo una parte, mezclándola con el que usaban ya, siendo esta la causa de la diferencia que se observa entre el canto de varias diócesis [1].

IV. Belleza del canto. — Este canto tal como existe en el dia, y á pesar de las pérdidas que ha sufrido al pasar por las manos de los bárbaros antiguos y modernos, conserva aun bellezas de primer órden, y por el uso á que se aplica es muy superior á la música; sin compás y sin rima, ofrece á los inteligentes sin prevencion un carácter incontestable de grandeza, una melodía llena de nobleza, y una fecunda variedad de inflexiones. ¿Hay, por ejemplo, nada mas sublime que el solemne canto del Prefacio y del *Te Deum?* ¿Qué mas tierno que las lamentaciones de Jeremías, y qué mas alegre que los himnos de Pascua? ¿Dónde hallarémos algo tan majestuoso como el *Lauda Sion,* tan desgarrador como el *Dies irae?* El oficio de Difuntos es una obra maestra: diríase que se oyen los sordos gemidos del sepulcro; en el oficio de la Semana Santa es notable la *Pasion* de san Mateo, drama patético así por el recitado del historiador, como por los gritos del populacho judío y por la nobleza de las contestaciones de Jesús.

Pergoleso ha desplegado en el *Stabat Mater* toda la riqueza de su arte, mas es dudoso que haya sobrepujado al canto llano de la Iglesia; aquel maestro varió la música en cada estrofa, sin embargo de que el carácter esencial de la tristeza consiste en la repeticion del

[1] Lebœuf, *Tratado histórico del canto*, c. 3.

mismo sentimiento, y por decirlo así, en la monotonía del sufrimiento. *Diferentes* razones pueden hacer derramar lágrimas, pero estas tienen siempre una amargura *semejante;* por otra parte no es comun llorar á la vez por muchos males, y cuando las heridas son multiplicadas, hay siempre una mas profunda que las demás que acaba por absorber las menos graves. Aquel canto igual en cada estrofa con palabras variadas imita perfectamente la naturaleza, pues el hombre que sufre pasea, por decirlo así, su mente sobre diferentes imágenes, mientras que permanece el mismo el fondo de sus pesares.

Así pues, Pergoleso desconoció ésta verdad, que forma parte de la teoría de las pasiones, cuando quiso que ni un suspiro del alma se pareciese al que le habia precedido; allí donde hay variedad hay distraccion, y donde hay distraccion no hay ya tristeza [1].

Y ¿qué dirémos de los Salmos, sino que son en su mayor parte sublimes por su gravedad, particularmente el *Dixit Dominus Domino meo*, el *Confitebor tibi* y *Laudate pueri?* El *In exitu* ofrece una indefinible mezcla de alegría y de pesar, de melancolía y de esperanza: el *Kyrie eleison*, el *Gloria in excelsis* y el *Credo* de las grandes festividades elevan el alma, al paso que el *Veni Creator* expresa exactamente las ardientes súplicas de un alma que desea ser escuchada.

¡Cómo extrañar despues de lo dicho que nuestro canto sagrado produzca tan vivas impresiones en todos los hombres que tienen oido y corazon! «¡Oh Dios mio! exclama san Agustin; no me cansaba de «admirar la profundidad de vuestros juicios en lo que habeis hecho «para la salvacion de los hombres, y la vista de tantas maravillas lle«naba mi corazon de increible dulzura. ¡Cuántas lágrimas me hacia «derramar el canto de los himnos y de los salmos que oia en vues«tra Iglesia, y cuál era mi conmocion al escuchar vuestras alaban«zas por boca de los fieles! Á medida que herian mis oidos aquellas «divinas palabras, las verdades que expresaban se insinuaban en «mi corazon, y el ardor de los piadosos sentimientos que excitaban «hacia correr de mis ojos un raudal de lágrimas, pero lágrimas de«liciosas, que eran entonces el mayor placer de mi vida [2].»

Para citar á un hombre totalmente distinto, dirémos que muchos recuerdan haber visto mas de una vez á Juan Jacobo Rousseau asistir á las Vísperas de San Sulpicio para sentir el divino entusiasmo de

[1] *Genio del Cristianismo*, t. II, c. 11.
[2] *Conf.* lib. IX, c. 6.

que no puede librarse un alma sensible, cuando participa con recogimiento de las sublimes melodías que junto con la armonía de un pueblo inmenso y con la majestad de las sagradas ceremonias alcanzaban en aquella iglesia un grado de interés capaz de elevar la piedad hasta los cielos, y de enternecer el corazon de un escéptico. El sencillo recitado de nuestras oraciones hacia en aquel hombre tal impresion, que no podia escucharlo sin que sintiera asomársele las lágrimas.

«Cierto dia, dice Bernardino de Saint-Pierre, que paseaba con «Rousseau por el Monte-Valeriano formamos el proyecto, al llegar «á la cima de la montaña, de pedir un lugar en su mesa á los er- «mitaños que allí habitan; efectivamente entramos en el convento «poco antes de la hora destinada para sentarse á comer, y mientras «los religiosos se hallaban en la iglesia, propúsome Juan Jacobo «Rousseau entrar en ella para hacer nuestras oraciones. Los ermita- «ños rezaban entonces las Letanías de la Providencia, que por cier- «to son muy bellas, y despues de hacer nuestras oraciones en una «capilla lateral, y cuando los ermitaños se dirigian al refectorio, Juan «Jacobo me dijo visiblemente conmovido: «En este instante experi- «mento lo que dice el Evangelio: Cuando algunos de vosotros se «reunan en mi nombre, estaré en medio de ellos. En este lugar se «respira un sentimiento de paz y de felicidad que penetra el alma [1].»

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por baber establecido tantos y tantos medios para hablarme al corazon; no permitais que jamás sea insensible á vuestra voz.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *cantaré de corazon, lo mismo que de boca, las alabanzas de Dios.*

[1] *Estudios sobre la naturaleza*, t. III, pág. 506.





# LECCION XI.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Naturaleza del sacrificio. — Su necesidad. — Sacrificios antiguos. — Sacrificio del Calvario. — Sacrificio sangriento. — Reune completándolos todos los sacrificios antiguos. — La misa es un verdadero sacrificio, lo mismo que el del Calvario. — La misa es necesaria.**

Si útil era explicar el oficio canónico, del cual los fieles solo rezan una parte y solo una vez cada semana, necesario es hablar detalladamente del sublime acto que se verifica cada dia en nuestros altares y al que todos los Cristianos están estrictamente obligados á asistir todos los domingos y fiestas de guardar; este acto divino es la misa, es el sacrificio católico.

¿En qué consiste el sacrificio en general? ¿Es indispensable el sacrificio en la Religion? ¿Es la misa un verdadero sacrificio? ¿Es necesaria la misa? Tales son las cuestiones preliminares que debemos resolver.

Primeramente, ¿en qué consiste el sacrificio? *En la ofrenda hecha á Dios de una cosa que se destruye en honor suyo para reconocer su soberano dominio sobre todas las criaturas* [1]. El sacrificio es mas que una simple ofrenda, y lo que constituye su esencia es la alteracion ó destrúccion de la cosa ofrecida, condicion indispensable que concurre en el sacrificio incruento, como verémos luego.

La definicion del sacrificio contesta á nuestra segunda pregunta, á saber: ¿Es indispensable el sacrificio en la Religion?

Luego que admitís á un Dios criador y conservador de todas las cosas, principio de todos los bienes naturales y sobrenaturales de que goza la criatura, estais obligado á admitir que la criatura le debe el homenaje de cuanto es y de cuanto posee; hay mas, y es que el mismo Dios no puede dispensar á la criatura de semejante

[1] Oblatio facta Deo per immutationém alicuius rei, in signum supremi dominii, ex legitima institutione. (S. Lig. *Theolog. moral.* in compend. redact. t. II, c. 4).

deber, por la razon de que no puede dispensarse á sí mismo de hacerlo todo para su gloria, siendo como es el fin de todas sus obras así como es su principio. Pretender lo contrario equivaldria á admitir que Dios puede obrar por otro que por sí, es decir, por un fin indigno de él; seria despojarle de su sabiduría, seria destruir la nocion de su ser, seria negarle.

Ahora bien, el único medio de reconocer y de honrar el sumo dominio de Dios, no solo sobre la vida y la muerte, sino tambien sobre el mismo ser, es el sacrificio; en efecto, Dios es el único autor de todo ser; para honrar su supremo dominio sobre el ser criado, es indispensable la consuncion y la entera destruccion de este ser, y si en el sacrificio no queda todo destruido y consumido con la muerte de las hostias y de las víctimas, la causa está en la imperfeccion del culto humano y en la impotencia del hombre á quien no es dable hacer mas, de modo que la muerte no es aquí propiamente sino una representacion de la entera destruccion del ser, que deberia hacerse en el sacrificio, como un homenaje al Ser divino y á su dominio sobre todo el ser criado.

De aquí se sigue que todo sacrificio exige la destruccion, pero no la muerte de la víctima, en cuanto la muerte no es mas que uno de los modos como pueden ser las cosas destruidas ó que representan la destruccion de las cosas, pues la destruccion de las cosas ofrecidas á Dios en sacrificio bajo la ley de Moisés se hacia de diferentes maneras; por ejemplo, los panes de proposicion eran destruidos por la manducacion y consumidos por el fuego natural del estómago; el cordero pascual lo era por la muerte, y otras víctimas por el fuego.

Tenemos, pues, que el sacrificio es el acto esencial, indispensable de la Religion, siendo tan imposible concebir una religion sin sacrificio como á Dios sin dominio sobre sus criaturas, y como á las criaturas sin obligacion de prestar homenaje á Dios. En el estado de inocencia conservada habria habido sin duda sacrificios, puesto que habria habido una religion, mas no se habrian conocido los sacrificios sangrientos, en cuanto la muerte no entró en el mundo sino con el pecado, segun expresion del apóstol san Pablo [1].

[1] Véase sobre estas nociones, la excelente obra del P. Condren, *Idea del sacerdocio y del sacrificio de Jesucristo*, pág. 48.

Véase tambien en santo Tomás, p. 1, q. 45, art. 5.





Desde el pecado el sacrificio se convirtió en sangriento, y así debió ser; el recuerdo de la falta original quedó profundamente grabado en la memoria del hombre, y comprendió que tenia necesidad de una expiacion. «Los dioses son buenos, y de ellos provienen todos los «bienes de que gozamos, por lo cual les debemos alabanzas y accio-«nes de gracias; sin embargo como los dioses son justos y nosotros «culpables, es preciso desarmar su cólera, expiar nuestros crímenes, «y para lograrlo es el sacrificio el medio mas eficaz.» Esta fue la antigua creencia, y esta es aun bajo diferentes fórmulas la de todo el universo. Los hombres primitivos, de quienes recibió el género humano sus fundamentales conocimientos, se creyeron culpables, y sobre este dogma se fundaron todas las instituciones generales; de modo que los hombres todos de todos los siglos no han cesado de reconocer la primitiva y universal degradacion, y de decir como nosotros, si bien de un modo menos explícito: *Nuestras madres nos han concebido en el crímen,* pues no hay un dogma cristiano que no tenga su raíz en la naturaleza íntima del hombre y en una tradicion tan antigua como el género humano.

Persuadido de que era culpable, de que habia merecido la muerte y de que le era necesaria una expiacion, el hombre inmoló víctimas, porque el mismo Dios le enseñó el mérito de los sacrificios sangrientos; en efecto, ¿cómo habria podido el hombre imaginar que un animal inmolado en su lugar le eximia de la muerte, y que Dios aceptaba esta sustitucion? Á no haber sido revelada, semejante idea seria la mas extraña y absurda que se pudiese concebir; mas al enseñar Dios al hombre el sacrificio sangriento, le dijo: «Eres «culpable, mereces la muerte, y quiero que así lo reconozcas; para «lo cual inmolarás víctimas, confesando con esto que tú debieras ser «inmolado; en lugar de tu sangre aceptaré la suya, te libraré de la «muerte que mereces, y te perdonaré los crímenes que te hicieron «digno de sufrirla.» Y para que el hombre no olvidase que él mismo debia ser la víctima, quiso Dios que se eligiesen para el sacrificio los animales mas preciosos por su utilidad, los mas dulces, los mas inocentes, los mas semejantes al hombre por su instinto y sus costumbres: en una palabra, no pudiendo inmolar al hombre para salvar al hombre, eligiéronse en la especie animal las víctimas mas *humanas*, si nos es lícito expresarnos así; además la víctima era siem-

pre quemada en todo ó en parte, para hacer ver que la pena natural del crímen es el fuego, y que la carne *sustituida* era quemada en lugar de la carne culpable [1].

Los gentiles pasaron mas adelante, y creyeron que cuanto mas importante fuese la víctima, mas eficaz seria el sacrificio, creencia que, justa en su orígen, dió márgen, corrompida por el demonio, á la horrible supersticion de los sacrificios humanos, llegando al extremo de creer que no se podia *suplicar por una cabeza* sino al precio de una cabeza [2]. Este era el espectáculo que presentaba universalmente el Gentilismo, y si nos trasladamos á América á fines del siglo XV, encontrarémos la misma creencia, si bien llevada á mas alto grado de crueldad: los sacerdotes mejicanos necesitaban veinte mil víctimas anuales, y para procurárselas era indispensable declarar la guerra á algun pueblo, si bien en caso necesario los mejicanos sacrificaban á sus propios hijos. El sacrificador abria el pecho de las víctimas y arrancaba el corazon aun palpitante; el gran sacerdote exprimia la sangre que contenia, la hacia caer en la boca del ídolo, y todos los sacerdotes comian la carne de las víctimas [3].

Fácilmente se comprende que léjos de ser agradables á Dios, los sacrificios gentiles eran horribles atentados que provocaban su justa cólera, al paso que los de los judíos, si bien inocentes, eran por sí mismos enteramente ineficaces; pues ¿qué proporcion existe, decid, entre un Dios irritado y la sangre y el barro? Una injuria dirigida al Ser infinitamente perfecto es por lo mismo infinita, y para equilibrar la reparacion con la ofensa, es necesaria una expiacion de un precio infinito; ahora bien, en los sacrificios antiguos buscaréis en vano semejante expiacion, y si Dios se dignaba aceptarlos no era por razon de su valor intrínseco, sino como imágenes de un sacrificio digno de él, es decir, de un mérito y de un valor infinitos. Un sacrificio de un mérito infinito supone una víctima de un precio infinito; solo Dios es infinito; luego la única víctima digna de Dios, capaz de proporcionar la expiacion á la ofensa, es el mismo Dios.

Sí; un Dios, víctima de un Dios inmolado por el hombre, este es el grande, el profundo misterio que la razon humana sospechaba, cuyo cumplimiento deseaba y cuya eficacia simulaba con una mul-

[1] *Explicaciones sobre los sacrificios*, por Mr. de Maistre, pág. 396.
[2] Macrob. *Satur*. 1, 7.
[3] *Explicaciones sobre los sacrificios*, pág. 413.

titud de impotentes sacrificios: Diòs no dejó ignorar al género humano que esa multitud de sacrificios no podia satisfacer su justicia, y que un dia serian todos reemplazados por un sacrificio único y únicamente digno de él; así es que quinientos años antes de la inmolacion de la grande víctima, dijo á los judíos por boca de Malaquías: *No recibiré ofrenda alguna de vuestra mano, porque desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofrece y sacrifica á mi nombre ofrenda pura, porque mi nombre es grande entre las gentes* [1].

Sin embargo, plúgole al Señor disimular y esperar durante cuarenta siglos, hasta que por fin sonó la hora de la grande expiacion en el reloj de la eternidad: y en la plenitud de los tiempos, el Cordero de Dios, la augusta y santa víctima esperada con tanta impaciencia por el cielo y la tierra, descendió á este mundo: inmolaciones, hostias pácíficas, holocaustos, sacrificios de todo género, sombras vanas, desapareced, pues la realidad llega: el género humano no necesita ya de vosotros, y un sacrificio único os reemplazará, el solo que podrá satisfacer todas las exigencias del Criador, todas las necesidades de la criatura. Oid al Hijo de Dios, al Sacerdote católico del Padre [2], quien al entrar en el mundo anuncia el fin de vuestro reinado: *¡Oh Padre mio!* dice; *sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me apropiaste cuerpo; holocaustos por el pecado no te agradaron; entonces dije: Héme aquí que vengo; en el principio del libro está escrito de mí, para hacer, ó Dios, tu voluntad* [3].

La santa víctima fue inmolada, y no ignoramos ni el lugar, ni el dia, ni la hora, ni la eficacia de su sacrificio: *El altar se levantó en Jerusalen, pero la sangre de la víctima inundó el universo* [4]. Á la vista de esta sangre, Dios y el hombre, el cielo y la tierra, los Ángeles y las criaturas todas se estremecieron en cierto modo de dolor y de alegría; esta sangre fue útil á todos: á Dios, pues le devolvió la gloria; al hombre, pues le devolvió la paz, porque *quiso Dios reconciliar por él á sí mismo todas las cosas, pacificando por la sangre de su cruz tanto lo que está en la tierra como lo que está en el cielo* [5].

[1] Malach. I, 11.
[2] Sacerdos patris catholicus. (Tertull.).
[3] Hebr. x, 5.
[4] Orig. *Homil. I in Levit.* n. 3.
[5] Colos. I, 20; Ephes. I, 10; Hebr. IX, 23.

Las palabras que el Hijo de Dios dirige á su Padre demuestran claramente que el sacrificio del Salvador ha sido sustituido á todos los sacrificios antiguos, y que contiene en sí todas sus propiedades; en efecto, estos sacrificios eran de cuatro clases: 1.° El *holocausto,* en el cual se quemaba la víctima entera; el fin principal de este sacrificio era honrar á Dios en su santidad infinita, en su dominio supremo y en la plenitud de todas sus perfecciones; 2.° el *sacrificio pacífico,* el cual se ofrecia á Dios en accion de gracias por sus beneficios, y para prestarle homenaje de sus dones; 3.° el *sacrificio de propiciacion,* que se ofrecia para tributar á la justicia de Dios la satisfaccion que le es debida, á causa de nuestros pecados, y para hacérnoslo propicio; 4.° el *sacrificio impetratorio,* que se ofrecia á Dios para obtener de su liberalidad las gracias y los beneficios necesarios á la vida espiritual y corporal, temporal y eterna; y si bien este sacrificio parece tener únicamente por objeto el interés de la criatura, es sin embargo un homenaje que tributamos á Dios, una confesion de nuestra dependencia y de la necesidad que tenemos de su auxilio, reconociéndole por orígen y causa de todos los bienes.

Es necesario no echar en olvido que en todos los mencionados sacrificios los sacerdotes y el pueblo *debian* participar de la víctima comiendo una parte de ella, manducacion tan esencial, que en el holocausto en que la víctima era enteramente consumida, el pueblo participaba de ella en cierto modo, comiendo de otra hostia que se ofrecia junto con el holocausto. Esta era la gran ley y la indispensable condicion del sacrificio, ley revelada desde el orígen de los tiempos, condicion impuesta por el mismo Dios, puesto que ¡cosa admirable! esta participacion de todos en la víctima tenia lugar en todos los pueblos.

«Por toda la tierra, dice Pelisson, era comida la carne de las víc-«timas, y en todas las naciones este último acto del sacrificio era con-«siderado como un solemne banquete del hombre con Dios; de aquí «proviene el que en los antiguos poetas gentiles hallemos con tanta «frecuencia mencionado el festin de Júpiter, los manjares de Neptu-«no, para significar las víctimas que se comian despues de haberlas «inmolado á aquellas falsas deidades; y si entre los judíos habia tam-«bien holocaustos, es decir, sacrificios en que la víctima era entera-«mente quemada en honor de Dios, iban acompañados de la ofren-

«da de una torta, á fin de que aun en estos sacrificios pudiese el «hombre comer algo [1].»

*Hay comunion con la Divinidad por medio de las sustancias que le son inmoladas;* tal fue la ley del mundo entero antes del nacimiento del Salvador; lo repetimos, la comunion formaba parte del sacrificio, era su complemento y el lazo de la unidad religiosa. Esta idea universal era verdadera y profética: verdadera, pues dimanaba de una revelacion primitiva; profética, pues anunciaba otra comunion, del mismo modo que los sacrificios antiguos anunciaban otro sacrificio.

Este sacrificio es el del Calvario, el cual, como vamos á demostrar, se armoniza perfectamente completándolos con todos los sacrificios antiguos. 1.° El sacrificio del Calvario es holocáustico ó latréutico, pues todo él se consagra y ofrece á Dios, por quien la víctima es enteramente inmolada; 2.° es *pacífico* ó de accion de gracias, puesto que se ofrece para dar gracias á Dios de sus beneficios, y para prestarle homenaje de sus dones; 3.° es *propiciatorio,* puesto que se ofreció para expiar los pecados del mundo, y para satisfacer á la justicia divina; 4.° es *impetratorio,* puesto que se ofreció á fin de merecer y obtener para los hombres todas las gracias y bienes necesarios á la vida del cuerpo y del alma, del tiempo y de la eternidad. El sacrificio del Calvario completa y reemplaza los sacrificios antiguos, en cuanto es de un precio infinito: esta es la doctrina de la Iglesia católica [2].

Como todos los sacrificios antiguos, el de la nueva alianza debe ir acompañado de una comunion con la víctima santa; y como este sacrificio es de todos los tiempos y de todos los países hasta el fin del mundo, es preciso que la comunion con la víctima que se ofrece sea posible á todas las generaciones que se sucederán sobre la tierra hasta la consumacion de los siglos; por esto es que entró en los incomprensibles designios del amor omnipotente el perpetuar hasta el fin del mundo, y por medios muy superiores á nuestra limitada inteligencia, el mismo sacrificio del Calvario, ofrecido materialmente solo una vez para la salvacion del género humano, y por una bondad inmensa, y para contrarestar una inmensa degradacion, la carne divi-

[1] *Tratado de la Eucaristia,* pág. 182. París, 1694.
[2] Conc. Trid. sess. XXII, c. 2 et 3.

nizada y perpétuamente inmolada de la víctima del Calvario es presentada al hombre bajo la forma exterior de su alimento privilegiado, tanto *que si no la comiere no tendrá vida en él* [1].

Y así como la palabra, que no es otra cosa en el órden material sino una série de undulaciones circulares excitadas en el aire, semejantes á las que vemos en la superficie del agua agitada en un punto; así como, repito, la palabra llega sin embargo en toda su misteriosa integridad á todos los oidos conmovidos por el flúido agitado, del mismo modo la esencia corporal de aquel que se llama la palabra, irradiando del centro de la omnipotencia, que está en todas partes, entra entera en cada boca, y se multiplica al infinito sin dividirse; mas rápida que el relámpago, mas activa que el rayo, la sangre *teándrica penetra en las entrañas culpables* para lavar sus manchas [2], y por una afinidad verdaderamente divina, se apodera de los elementos del hombre y los transforma sin destruirlos [3]. Así es como desde la venida del Redentor, el hombre comunica con Dios, no de un modo figurado, sino real y sustancialmente, y lo mismo sucederá mientras haya hombres que santificar.

Ahora bien, la continuacion del sacrificio de la cruz que pone al hombre en estado de participar por la manducacion de la gran víctima del Calvario es el sacrificio del altar, de lo cual se desprende naturalmente la contestacion que debe darse á nuestra tercera pregunta de si la misa es un verdadero sacrificio.

Sí, la misa es un verdadero sacrificio: en efecto, la misa ó el sacrificio del altar es el mismo que el de la cruz; en el altar y en el Calvario veo igual víctima, igual sacerdote, iguales fines, y la sola diferencia entre ambos está en el modo como es ofrecido; sangriento en el Calvario, no lo es en el altar [4]; allí, culpable; aquí, inocente; allí, verdugos; aquí, el sacerdote.

En primer lugar, en el altar y en el Calvario es *una misma la víctima;* esta es Nuestro Señor Jesucristo que se ofrece y se inmola bajo las especies de pan y vino.

[1] Ioan. VI, 54.

[2] Adhaereat visceribus meis... ut in me non remaneat scelerum macula. (*Liturgia de la misa*).

[3] *Explicaciones sobre los sacrificios.*

[4] Una enim eademque est hostia, idem nunc offerens sacerdotis ministerio, qui seipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa. (*Conc. Trid. sess. XXII*, c. 2).

Es *uno mismo el sacerdote*: en el Calvario Nuestro Señor se inmoló á sí mismo: *No me quita mi alma ninguno*, nos dice, *mas yo la pongo por mí mismo* [1]; lo mismo sucede en el altar, donde el sacerdote mortal no es mas que el ministro del sacerdote eterno, obrando por su órden y por delegacion suya, en virtud de estas palabras: *Haced esto en memoria de mí;* y para manifestar aun mejor que el sacerdote obra únicamente en nombre de Jesucristo, no dice: *Este es el cuerpo de Jesucristo*, sino *Este es mi cuerpo*, con lo que desaparece el sacerdote secundario, para dejar al sacerdote principal convertir la sustancia del pan y del vino en la de su cuerpo y de su sangre.

El *objeto* del sacrificio es el *mismo* en el altar y en el Calvario, y á Dios se ofrece en ambos casos. El del Calvario se verificó para mayor gloria de Dios y para reconocer su supremo dominio, presentándole una víctima igual á él, y lo mismo sucede en el sacrificio del altar: la Iglesia católica jamás ofrece la misa á un Santo, á un Ángel, ni aun á la augusta María, pues siendo el sacrificio el acto del culto supremo, no puede sin idolatría ofrecerse á criatura alguna, de modo que los herejes que dirigen semejante cargo á la Iglesia, la calumnian.

San Agustin les contestó lo siguiente hace mil quinientos años: «No levantamos templos, ni ordenamos presbíteros, ni instituimos «sacrificios para los Mártires, pues no son dioses nuestros; nuestro «Dios es su Dios; y si bien es cierto que honramos sus sepulcros co«mo se merece la última morada de los buenos servidores de Dios «que combatieron por la verdad hasta la muerte, y derramaron su «sangre para extender la verdadera Religion y vencer el error, ¿quién «ha oido decir jamás á un sacerdote católico, en pié delante del al«tar consagrado á Dios sobre el cuerpo de un Mártir: Pedro, Pablo «ó Cipriano, te ofrezco este sacrificio? Al ofrecerlo sobre sus monu«mentos, se ofrece al Dios que les hizo hombres y Mártires y que les «reunió á sus Ángeles, y si se instituyó que se celebrasen tales so«lemnidades sobre sus sepulcros fue á fin de dar gracias al verdadero «Dios por la victoria que reportaron, y de que su vista nos excite, «imitando su valor, á hacernos dignos de tener parte en sus coronas «y en sus recompensas. Así pues, todos los actos de religion y de «piedad que se practican en los sepulcros de los santos Mártires son

[1] Ioan. x, 18.

«otras honras tributadas á su memoria y no sacrificios que se les ofrez-
«can como á dioses. En una palabra, quien conozca el único sacri-
«ficio de los Cristianos que en aquellos sepulcros se ofrece á Dios,
«sabe que en ellos no se sacrifica á los Mártires [1].»

El sacrificio del altar se ofrece con los *mismos fines* que el del Calvario, es decir, para adorar á Dios, para darle gracias, para implorar sus beneficios y para expiar nuestros pecados; esta es aun la fe de la Iglesia universal, esto significan las palabras del Salvador: *Haced esto en memoria de mí*, es decir, ofreced, como yo he ofrecido, la misma víctima al mismo Dios y para iguales fines [2]. Tenemos, pues, que el sacrificio de la misa es el mismo que el del Calvario; únicamente es distinto el modo de ofrecerlo [3]. Pero ¡qué digo! en el sacrificio de la misa el Salvador renueva no solo los misterios de su muerte, sino tambien los de su resurreccion y de su gloriosa vida.

1.° Renueva los misterios de su muerte. Nuestro Señor, al convertir el pan en su cuerpo, ofrece este cuerpo adorable como lo ofreció en la cruz; la Eucaristía encierra su Pasion [4], y al comerla anunciamos su muerte solo porque, segun expresion de san Pablo, ofrece en nuestros altares su muerte preciosa [5]; luego es una verdad decir con san Cipriano, que el sacrificio que ofrecemos es la misma Pasion del Salvador [6]. El aparato exterior del Calvario que falta en el altar nada de comun tenia con el sacrificador; lo esencial del sacrificio de la cruz consistió en la oblacion que de su cuerpo hizo Jesucristo, y lo mismo se verifica en el altar.

2.° Renueva los misterios de su resurreccion y de su gloriosa vida. El Salvador se ofrece en el altar como en su resurreccion, puesto que en él ofrece su inmortal y glorioso cuerpo; se ofrece como en su ascension, puesto que sube del altar de la tierra al sublime altar del cielo, segun las palabras del cánon, para residir é interceder allí en nuestro favor, ofreciendo siempre de este modo una misma hostia. Esta es la causa por qué en la misa decimos ofrecer el sacrificio para renovar la memoria de la Pasion, de la resurreccion y de la ascen-

[1] *Ciudad de Dios*, lib. VIII, c. 27.
[2] Conc. Trid. sess. XXII, c. 1, etc.
[3] Conc. Trid. sess. XXII.
[4] Coenam suam dedit, Passionem suam dedit. (S. Aug. *in Psalm.* XXI).
[5] I Cor. XI, 26.
[6] Passio est enim Domini sacrificium quod offerimus. (*Epist. LXIII ad Caecil.*).

sion de Nuestro Señor Jesucristo, y hé aquí explicada la reunion en la misa de todos los misterios que constituyeron las diferentes partes, la continuacion ó el fruto del sacrificio del Salvador, y el literal cumplimiento de esta profecía de David : *Dando sustento á los que le temen, dejó memoria de sus maravillas* [1].

Estas explicaciones hacen cási inútil la contestacion á nuestra última pregunta de si ¿es necesaria la misa?

Sí; la misa es necesaria en el plan cristiano de nuestra santificacion; es cierto que el sacrificio del Calvario satisfizo plenamente á Dios por todos nuestros pecados; que solventó enteramente todas nuestras deudas, pues su precio fue infinito; que basta y sobra para santificar mil mundos, aun cuando fuesen mil veces mas culpables que el nuestro; todo esto es verdad, y sin embargo la misa es necesaria, en cuanto es preciso que el sacrificio del Calvario se consume en nosotros, que nos sea aplicado, identificado por medio de nuestra comunion con la santa víctima, víctima divina que no podia ser comida por los fieles en el Calvario; esto es lo que faltó en el altar de la cruz, y esto mismo es lo que se verifica en el altar de la Iglesia por medio de la comunion. En el Calvario y en nuestros altares se ofrece la misma víctima, mas al paso que en el Calvario solo es ofrecida, en nuestros altares es ofrecida y distribuida, segun expresion de san Agustin [2]. «En el altar se realiza la perfeccion del sacrificio de la «cruz, añade san Ambrosio, pues Jesucristo nos alimenta allí real y «diariamente con el sacramento de su Pasion [3].»

Así pues, con el sacrificio de la cruz Jesucristo pagó el precio de nuestro rescate, y con el del altar nos aplica el fruto de su liberalidad, de lo que se sigue que el sacrificio de la grande víctima verificado en el Calvario no se terminó en aquel acto, sino que empezó para durar hasta los siglos de los siglos [4], pues es necesario que todas las generaciones que vengan á este mundo hallen preparado el divino banquete, y que puedan santificarse, divinizarse, *cristianizarse*, si así me es permitido decirlo, incorporándose con la sangre y carne de Cristo, víctima única, eterna, católica, del cielo y de la

[1] Psalm. cx.
[2] *Conf.* lib. IX, c. 12 y 13.
[3] Significans Passionem Domini Iesu, cuius quotidie vescimur sacramento. *(In Psalm.)*.
[4] S. Lig. *Selva*, t. II, pág. 197.

tierra. Resulta, pues, que la misa es absolutamente necesaria en el plan cristiano de nuestra santificacion.

### *Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido el sacrificio de nuestros altares á fin de perpetuar el sacrificio del Calvario y de aplicarnos sus frutos; hacedme la gracia de asistir siempre á la santa misa con las disposiciones necesarias para aprovecharme de ella.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *asistiré al sacrificio del altar como habria asistido al del Calvario.*

---

# LECCION XII.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Excelencia del sacrificio de la misa. — Rasgo histórico. — El sacerdote. — Sus preparaciones. — Sus vestiduras. — Amito. — Alba. — Cíngulo. — Manípulo. — Estola. — Casulla. — Estola del diácono. — Dalmática. — Túnica del subdiácono. — Sobrepelliz. — Capa. — Riqueza de los ornamentos.**

I. Excelencia del santo sacrificio de la misa. — Juntad los méritos de la augusta María, las adoraciones de los Ángeles, los trabajos de los Apóstoles, los sufrimientos de los Mártires, las austeridades de los Anacoretas, la pureza de las Vírgenes, las virtudes de los Confesores, en una palabra, las buenas obras de todos los Santos que ha habido, hay y habrá desde el principio del mundo hasta la consumacion de los siglos; unid á ellas con el pensamiento los méritos de los Santos de mil mundos mas perfectos que el nuestro, y es de fe que no habréis reunido el valor de una sola misa: la razon es óbvia; todos los honores que las criaturas pueden tributar á Dios son honores finitos, mientras que el honor que se presta á Dios con el sacrificio de nuestros altares es infinito en cuanto lo presta una persona divina [1]. Tal es, pues, la excelencia del augusto sacrificio de nuestros altares considerado en sí mismo.

No es menos grande si lo consideramos en sus efectos, y para conocerlo no tenemos mas que deducir la consecuencia de lo que acabamos de decir. Entre las obras todas, no hay otra tan agradable á Dios como la santa misa, no hay otra mas eficaz para desarmar su cólera, no hay otra que aplique tan terrible golpe á las potencias infernales, no hay otra que procure tan grande abundancia de gracias al hombre viajero, ni otra, por fin, que obtenga mayor alivio para las almas del purgatorio. De aquí los magníficos y justos encomios que la han tributado los Padres de la Iglesia y los santos Doctores. «La misa, dice san Odon, abad de Cluny, es la obra á que va unida

[1] Conc. Trid. sess. XXII.

«la salvacion del mundo [1].» «La tierra, añade Timoteo de Jerusa-«len, debe su conservacion á la misa; sin ella hace ya mucho tiempo «que los pecados de los hombres la habrian aniquilado [2].» «Cada vez, «continúa san Buenaventura, que Nuestro Señor se inmola en el al-«tar, hace al género humano un favor igual al que le concedió ha-«ciéndose hombre [3].» «No siendo el sacrificio del altar otra cosa que «la aplicacion y renovacion del sacrificio de la cruz, dice santo To-«más, una misa es tan eficaz para el bien y salvacion de los hombres, «como el sacrificio del Calvario [4];» de lo que dedujo san Juan Cri-«sóstomo esta magnífica consecuencia: «Una misa vale tanto como «el sacrificio de la cruz [5].»

Supongamos ahora que un salvaje, salido del fondo de los desiertos, llegase de repente á una ciudad cristiana, y que le dijesen: Entre nosotros se hace un sacrificio, durante el cual á la voz de un sacerdote se abre el cielo, el Hijo del Grande Espíritu desciende sobre un altar, se inmola entre las manos del sacrificador y nos da á comer su carne y á beber su sangre, á fin de comunicarnos su vida y de convertirnos en dioses. ¿Qué ideas creeis que acudirian á la mente del pobre salvaje? ¿Cuál seria su respeto hácia tan augusto sacrificio? ¿cuántos sus deseos de participar de él? ¿cuántas sus preparaciones, su religioso temor antes de hacerlo? ¿cuál su conmocion al participar de él, y cuál su reconocimiento y alegría despues de haber participado?

Pues bien, nosotros todos debemos, sí, debemos experimentar iguales sentimientos, y deben ser en nosotros tanto mas perfectos en cuanto somos mas ricos de luz y de gracia; sin embargo, ponga cada uno la mano en su pecho, y diga si no deberia envidiar la fe y las disposiciones del ignorante salvaje de que acabamos de hablar; mas pasemos á otro asunto, pues de otro modo, ¿qué excusas podríamos

[1] In hoc mysterio salus mundi tota consistit. *(Opusc.* 2, c. 28).

[2] Per quam terrarum orbis consistit. *(Orat. de Proph.)*.

[3] Non minus videtur facere Deus in hoc, quod quotidie dignatur descendere super altare, quam cum naturam humani generis assumpsit. *(De Instit.* p. 1, c. 11).

[4] In qualibet missa invenitur omnis fructus quem Christus operatus est in cruce. Quidquid est effectus dominicae Passionis, est effectus huius sacrificii. *(In cap.* VI *Isaiae)*.

[5] Tantum valet celebratio missae, quantum valet mors Christi in cruce. *(Apud Discip. Serm. XLVIII)*.

alegar ante el supremo Juez? ¿qué contestacion á este cargo fundado en demasía? *¡Ay de ti Corozain! ¡ay de ti Bethsaida, que si en Tiro y en Sidon*, es decir, en los pueblos mas salvajes y corrompidos, *se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo há que sentadas en cilicio y en ceniza hubieran hecho penitencia* [1] *!*

Para librarnos de este anatema, tenemos dos obligaciones que cumplir, la primera de las cuales consiste en asistir fielmente á la misa, recordando el proverbio confirmado mil veces por la experiencia: *Por oir misa y dar cebada, nunca se perdió jornada.* Acerca de esto leemos la historia siguiente en la Vida de san Juan el Limosnero: En una ciudad vivian dos trabajadores del mismo oficio; el uno estaba rodeado de una numerosa familia, el otro no tenia mas que á su mujer, y al paso que el primero se hacia un deber de asistir todas las mañanas á misa donde encomendaba con fervor todas sus necesidades espirituales y temporales, el segundo, para no perder un momento de trabajo, no iba á la iglesia en toda la semana, y muchas veces bajo el pretexto de que aquel apremiaba faltaba á la misa del domingo; sin embargo de esto el primero prosperaba, y el segundo se hallaba en la suma indigencia, lo cual le movió á decir cierto dia á su compañero: ¿De qué provendrá que tú sales bien de todo, mientras que yo, cuanto mas trabajo, menos adelanto?—Mañana, contestóle el otro, no tienes que hacer mas que venir conmigo, y te conduciré al lugar donde encuentro mis ganancias; y al dia siguiente muy de madrugada se hallaba ya á la puerta de su vecino, á quien dijo: Héme aquí.—Pues bien, partamos; su compañero le acompañó á la iglesia, y despues de haber oido misa le dijo que fuese á trabajar. El dia siguiente hizo lo mismo, hasta que el tercer dia dijo aquel hombre á su piadoso vecino: Es inútil que me acompañes de nuevo á la iglesia, pues sé el camino; lo que te pido es que me digas el lugar donde hallas tan buenas ganancias, á fin de que pueda aprovecharme de tus indicaciones.—Amigo mio, este lugar es la iglesia, y no conozco otro mejor para alcanzar tesoros espirituales y temporales; advierte que no soy yo quien lo dice, sino el mismo Jesucristo; ¿acaso ignoras estas palabras del Evangelio: Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado con profusion? ¿No sabes que en la misa Nuestro Señor, que es dueño de todo, abre sus tesoros? Al escuchar estas palabras

[1] Luc. x, 13.

el bueno del artesano se quedó muy admirado, mas despertándose la fe en su corazon, siguió el ejemplo de su amigo; cada mañana asistia á la misa, y despues de haber expuesto sus necesidades al Padre celestial se dirigia á su trabajo: Dios le bendijo, y en breve mejoró su estado mas de lo que sus esperanzas pudieran nunca imaginar.

La segunda obligacion á que debemos atender consiste en presentarnos al augusto sacrificio con las disposiciones que exigen así el sacerdote que lo ofrece, como la víctima què es ofrecida, y de la cual debemos participar [1]; con este objeto recojamos cuidadosamente las preciosas instrucciones, los piadosos sentimientos de que nos ofrece la Iglesia coleccion tan abundante en todo lo que precede ó acompaña la celebracion de nuestros augustos misterios.

II. Preparacion del sacerdote. — Considerad primeramente al sacerdote que es su ministro, y ved con qué solicitud es preparado para este cargo enteramente divino; considerad á ese hombre hecho superior en poder á los mismos Ángeles: la Iglesia le sacó de la masa comun para elevarle á funciones que hacen temblar á los espíritus celestes; le separó, le experimentó y probó largo tiempo; le hizo pasar por diferentes grados antes de permitirle llegar al santuario. Ha sido preciso formar su corazon, adornar su imaginacion, asegurarse de que sus labios serian los fieles depositarios de la ciencia y su conducta el modelo del rebaño; el pontífice de la nueva alianza, despues de haber consultado el cielo y la tierra, despues de reiteradas súplicas y ayunos, ha derramado sobre él la uncion divina, el óleo del real sacerdocio; Jesucristo ha empeñado su palabra, su promesa es formal, el Espíritn Santo ha descendido sobre aquel hombre, y le ha comunicado sus mas excelentes dones y sobrehumanos poderes.

Sin embargo, tantas preparaciones no bastan, y ved al ministro sagrado levantarse antes del alba para rezar largas oraciones, y cuando la campana, trompeta de la Iglesia militante, señala la hora del sacrificio, se adelanta recogido, conmovido, temblando al aspecto de sus augustas funciones, para ofrecer la víctima que reconcilia á la criatura con su Dios. ¡Silencio reine en el cielo! ¡silencio reine en la tierra! pues va á gestionar los mas grandes intereses del gé-

[1] **Véase lo que hemos dicho acerca del modo de oir misa en la parte II del Catecismo, leccion XLIX.**

nero humano. Llegado á la sacristía el sacerdote se lava las manos, diciendo: «Señor, purificad mis manos, á fin de que sin mancilla «en el alma ni en el cuerpo pueda cumplir vuestro santo ministerio.» La costumbre de lavarse las manos antes de la oracion data de los siglos apostólicos, y jamás faltaban á ella los primeros cristianos, de modo que hasta en sus menores prácticas ha conservado la Iglesia venerables tradiciones.

III. Ornamentos del sacerdote.—Detengámonos á considerar los sagrados vestidos de que se reviste el sacerdote, pues son como un libro de instruccion y de piedad, que quizás se ha abierto á nuestros ojos varias veces, sin que hayamos comprendido ninguna de sus páginas. Los vestidos del presbítero que celebra los santos misterios son: 1.° el amito; 2.° el alba; 3.° el cíngulo; 4.° el manípulo; 5.° la estola, y 6.° la casulla; si el celebrante es un obispo añade además otros que explicarémos mas adelante.

En la ley antigua, quiso Dios que los sacerdotes y levitas usasen vestidos particulares y consagrados cuando inmolaban las víctimas; y la Iglesia, heredera de las tradiciones antiguas, ha querido igualmente que sus ministros se revistiesen de hábitos particulares y sagrados para el ejercicio de sus augustas funciones. El respeto debido á las cosas santas, así por los sacerdotes como por los fieles, hace de ello un deber; y por otra parte, ¿acaso los hombres no necesitan siempre signos exteriores y sensibles que les recuerden interiormente la grandeza invisible de los misterios? Así pues, el uso de los vestidos sacerdotales data ya del tiempo de los Apóstoles [1].

«Los vestidos eclesiásticos, de que se sirven los presbíteros y de-«más ministros para ofrecer á Dios el culto divino con todo el res-«peto que se merece, deben ser aseados y consagrados, y como á «tales, nadie puede usarlos sino los presbíteros y aquellos que se de-«dican al santo ministerio [2].» Estas palabras son de san Estéban, papa y mártir, que vivia en el año 250, y san Jerónimo añade: «La «Religion divina tiene un traje para el ministerio del altar y otro «para el uso comun.»

[1] Euseb. lib. VIII, c. 8.

[2] *Epist. ad Hilar.* Véase tambien á Tertul. *De Monogamia*, c. 12; Orig. *Homil. XI in cap.* XX *Levit.*; S. Hier. lib. XIII *Comment. in cap.* XLIV *Ezech.*; Bona, lib. I, c. 24. Véase particularmente sobre este asunto á santo Tomás, 3 p. suppl. q. 40, art. 7.

Durante las persecuciones, los vestidos sagrados eran necesariamente menos ricos; mas luego que fue dada la paz á la Iglesia, y esta contó entre sus hijos á los potentados del siglo, no temió celebrar su culto con magnificencia. Todo lo grande que existe en el mundo viene de Dios y debe consagrarse á su gloria : *El oro y la plata me pertenecen, dice el Señor* [1] ; y ¿qué mas noble uso puede hacerse de estos metales que emplearlos en el culto de aquel que los crió y que nos los dió ?

En un principio túvose gran respeto por los hábitos sagrados, tanto que se guardaban con religioso cuidado en lugares consagrados, no siendo permitido á las mujeres el tocarlos. El presbítero Rogaciano tenia en tanto la túnica de que se revestia para ofrecer el santo sacrificio, que la legó por testamento á san Jerónimo, por el cual abrigaba una veneracion particular [2]. Expliquemos ahora el orígen de los varios ornamentos, las modificaciones que el aseo y la comodidad han introducido en los mismos, el objeto de la Iglesia al hacerlos adoptar por sus ministros, y la razon por que son de diferentes colores, segun las festividades.

1.° El amito [3]. El amito es un velo blanco que el sacerdote coloca primeramente sobre su cabeza, cayéndole luego sobre el cuello y las espaldas, y que sujeta con dos cintas que se cruzan sobre su pecho. Su nombre de amito se deriva de un verbo latino que significa cubrir [4]. Esta prenda del vestido fue introducida hace mas de mil años para cubrir el cuello que los eclesiásticos lo mismo que los legos habian llevado descubierto hasta entonces, precaucion que exigian la duracion de los oficios y la continuacion del canto en las frias é inmensas basílicas de la edad media; así pues, el objeto natural del amito es conservar la voz de los que deben entonar las alabanzas de Dios, y recordar al sacerdote la modestia con que debe usar la suya, y el cuidado que debe poner en evitar durante el sacrificio cualquier palabra extraña á la accion que debe ocuparle enteramente; y así es que el Obispo al dar el amito al jóven ordenando le advierte que es un símbolo del recato y de la modestia de la voz.

Los fieles que asisten á la misa son, por decirlo así, consacrifica-

[1] Aggaei, IX.
[2] S. Hier. *Epist. ad Heliod. Epitaph. Rogat.*
[3] Amictus.
[4] Amicire.

dores con el celebrante, y están hasta cierto punto obligados á abrigar iguales disposiciones que él; de modo que deben tomar para sí aquel aviso, y tener presente que una vez en presencia de los santos altares, les está prohibida toda conversacion, toda palabra con la tierra.

Como todo en el sacerdote debe recordar á Jesucristo, al supremo Sacrificador, el amito figura al Hijo de Dios, el cual descendió del cielo para salvar al mundo, ocultó su divinidad bajo el misterioso velo de la humanidad [1]; es además el símbolo del velo de ignominia con que cubrieron su adorable faz, cuando una multitud sin freno, insultando su calidad de profeta, vendó sus ojos que ven en las tinieblas, y le dijo: *Adivínanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido* [2]? Colocado en la cabeza, el amito figura tambien el casco del guerrero, y recuerda al sacerdote que no es mas que un soldado; y en efecto, el presbítero que se dispone para ofrecer los santos misterios va á trabar una encarnizada lucha; significacion del amito que se expresa en la oracion que el sacerdote reza al tomarlo: «Señor, «poned en mi cabeza el casco del soldado, á fin de que pueda resis«tir los golpes del demonio.»

2.° El alba [3], llamada así á causa de su blancura, data de la mas remota antigüedad. El sumo sacerdote de la ley antigua se revestia de ella para el sacrificio, y hasta los gentiles usaban de un vestido semejante al sacrificar á sus divinidades, lo cual era un robo hecho á la verdadera Religion. Todos los pueblos han comprendido que para acercarse á la Divinidad eran necesarios otros vestidos que los de pieles de animales con que Dios cubrió al hombre culpable.

Es digno de notarse el hecho universal é incontestable de que los sacerdotes, no solo de los Cristianos y de los judíos, sino tambien de los gentiles, hayan empleado constantemente túnicas de lino en las funciones religiosas [4]. ¿Cuál puede ser la razon de esto? «La razon

[1] Durandus, c. 2; Durantus, lib. II, c. 9.
[2] Matth. XXVI, 68.
[3] Alba.
[4] Véase Apuleyo en su *Apologia;* el mismo, *Fábulas milesianas*, lib. II; Ovidio hablando de los sacerdotes de Isis, dice:

Nec tu linigeram fieri quid possit ad Isim
Quæsieris.

Y en otra parte:

Nunc dea linigera colitur celeberrima turba.

Scheffer dice lo mismo de los Pitagóricos, *De italica philosophia*, c. 14.

«está, contesta un filósofo gentil, en que los vestidos hechos con los «despojos de los animales no son bastante puros [1].»

Lo que Pitágoras no hizo mas que entrever, nuestros autores cristianos nos lo dicen abiertamente; el hombre ha tenido siempre la conciencia de su pecado; sabe que los vestidos hechos con la sustancia de los animales son un oprobio, un castigo, una librea de degradacion, y despojándose de ellos, y tomando otros vestidos para acercarse á Dios, manifiesta su deseo de recobrar su pureza *volviendo* á Dios. En efecto, si solo quisiese indicar su disposicion á la pureza podria servirse de vestidos de lana blanca, pero no, en ellos veria un recuerdo de la primitiva mancilla, y adopta y ha adoptado siempre vestidos de *lino* [2], emblema de la nueva vida de inocencia y de santidad que se busca y ha buscado en los sacrificios [3].

El alba era un vestido particular de la nobleza romana, y era la toga ó traje talar propio de la clase distinguida por el cual se juzgaba del rango de las personas; y como no hay en la tierra dignidad igual á la del sacerdocio, justo era que adoptase el vestido que el uso consideraba como mas noble. El alba, blanca y larga, recuerda á los sacerdotes la perseverancia que deben tener en las buenas obras, la gravedad que ha de acompañar todas sus funciones, y sobre todo la gran pureza con que deben acercarse á celebrar los divinos misterios; la oracion que rezan al vestirla no puede dejarles duda alguna acerca de la intencion de la Iglesia: «Señor, dicen, la-«vadme, purificad mi corazon, á fin de que, lavado en la sangre del «Cordero, goce eternamente de la felicidad que está prometida á los «que habrán desempeñado dignamente sus funciones.»

Revestidos de sus albas, los ministros de los altares se asemejan á la tropa de fieles servidores que nos muestra san Juan en su Apocalipsis, cubiertos de blancos ropajes, continuamente en pié delante del altar del Cordero y ocupados en servirle en su templo que es el

[1] Preguntado Apolonio acerca de esta costumbre contestó: *Vestem quam è morticinis plerique ferunt non puram esse ratus Pythagoras, lineâ veste usus est.* Apud Philost. lib. VIII.

[2] Alba, lineum vestimentum, longissime distat à tunicis pelliceis, quae de mortuis animalibus fiunt, quibus Adam vestitus est post peccatum, et novitatem vitae significat, quam Christus et habuit et docuit et tribuit, de qua dicit Apostolus: Exuite veterem hominem. (Rupert. Tuitiens. lib. I *De div. Offic.* c. 20; Innoc. III, lib. I, *Myst. missae,* et 36).

[3] Durantus, lib. II, c. 9.

cielo; ya que tenemos aquí el mismo altar, la misma víctima y el mismo sacrificio, ¿por qué los sacrificadores del Cordero no deben vestir ropajes purificados con su sangre? Así pues, no representa el alba á nuestros ojos la mas hermosa antigüedad, sino tambien la imágen divina de la Jerusalen celeste.

Recuerden los fieles á la vista del alba del sacerdote la santidad del sacrificio á que asisten, y las disposiciones de inocencia ó al menos de compuncion y penitencia de que deben hallarse penetrados. En el decurso de su Pasion nuestro Salvador, el Hijo de Dios, fue revestido igualmente por órden de Herodes de una túnica blanca figurada por el alba, la que á sus demás circunstancias reune la de hacer memoria de esta parte de las ignominias del Salvador.

3.° El cíngulo [1]. Despues de revestirse del alba, el sacerdote ciñe su cuerpo como un guerrero que se apresta para el combate: el cíngulo y el alba datan de la misma antigüedad. Los pueblos antiguos, que usaban trajes holgados y largos, ceñíanse constantemente el talle á fin de andar y accionar con mas soltura; en el dia el cíngulo sirve para igual objeto, y está destinado á retener el alba, que sin esto seria incómoda y embarazosa. Además, advierte al sacerdote que su virtud debe ser fuerte y enérgica, su valor inflexible, y que para acercarse al altar del Cordero sin mancilla, para beber su sangre, debe desprenderse de todo sentimiento de la vida sensual y mundana; por esto quiere la Iglesia que al ceñirse pida á Dios «que ciña su «cuerpo con un cinturon de inocencia y de pureza, á fin de conser«var la mas amable de las virtudes.»

El cíngulo, que es una especie de cuerda, sirve para recordarnos las ligaduras con que fue atado el Salvador en el huerto de los Olivos, delante de sus jueces, en la coluna y al subir al Calvario; pues al dirigirse á misa deben tambien los fieles ligarse con los lazos del Salvador, es decir, desprenderse de toda molicie, de toda superfluidad peligrosa, deponer toda vanidad, y encerrarse dentro de los límites de la mortificacion cristiana, á fin de no verse embarazados al seguir al divino Maestro y al combatir en su compañía [2].

4.° El manípulo [3], que el sacerdote lleva en el brazo izquierdo, era

[1] Cingulum.

[2] Raban. Maur. lib. I, *De Instit. cleric.* c. 13; S. Bern., *Lib. Sentent.*; Beda, *Lib. collectanea;* Bona, *Rer. liturg.* lib. I, c. 27.

[3] Manipulum.

antiguamente una especie de pañuelo destinado á enjugar el rostro durante los oficios divinos, bajo cuyo aspecto su uso data de la mas remota antigüedad; mas á mediados del siglo X adornóse y guarneciése con franjas y dorados, de modo que se convirtió en un ornamento cuyá misteriosa significacion es á la vez la historia de nuestras miserias y el consuelo de nuestras aflicciones [1].

En un principio servia para enjugar el sudor y las lágrimas, uso que nos recuerda que en este mundo estamos condenados al trabajo; que el cielo sufre violencia; que es preciso ganar con el sudor de nuestra frente el pan de la vida eterna; que tenemos mil causas para llorar durante la noche de nuestro destierro, pero que en breve asomará el dia de la eternidad en que el Señor enjugará nuestras lágrimas; dia feliz en que, andando alegres y gozosos, nos presentarémos ante el Padre de familia como segadores laboriosos, llevando en nuestras manos las gavillas recogidas entre lágrimas y sudores. Este es el sentido de la oracion que el sacerdote dirige á Dios al colgar de su brazo el manípulo: «Señor, haced que merezca llevar el ma-«nípulo de las lágrimas y del dolor, á fin de que reciba con ale-«gría la recompensa prometida al trabajo;» trabajo que el Salvador ha endulzado, tomando para sí los golpes y azotes de que es el símbolo el manípulo, el cual nos los representa durante el santo sacrificio.

El Obispo no toma el manípulo hasta que se halla en el altar despues de haber rezado el *Confiteor*, y la razon es esta: Antiguamente la casulla de forma redonda envolvia todo el cuerpo, y el manípulo, que servia de pañuelo, se cogia últimamente con el brazo que quedaba libre, costumbre que, comun entonces á todos los sacerdotes, solo rige ahora para los Obispos. El subdiácono le entrega el manípulo despues de la confesion, porque antiguamente era costumbre levantar la casulla en aquel momento para que no embarazase al celebrante al subir al altar [2].

5.° La estola [3], que rodea el cuello del sacerdote y desciende hasta sus rodillas, es un signo de dignidad y de autoridad; úsase de ella en la administracion de muchos Sacramentos y siempre que se ejerce una funcion que tenga por objeto inmediato el cuerpo adorable de

[1] Bona, *Rer. liturg.* lib. I, c. 27.

[2] Bona, *ibid.*

[3] Stola.

Nuestro Señor, ó que se desempeñan otros ciertos ministerios para los cuales está prescrita.

¡Ay! nadie ignora que el pecado de nuestro primer padre nos despojó á todos de nuestra grandeza y de nuestro vestido de inmortalidad, del cual es la estola la imágen; al verla, sacerdotes y fieles, debemos, reyes destronados, llorar nuestras pérdidas, dar gracias á Jesucristo que las ha reparado, elevar nuestros espíritus y nuestros corazones hácia la inmortal residencia, donde, partícipes todos de las funciones sacerdotales delante del eterno altar de la augusta víctima, nos revestirémos de la estola de la gloria y de los brillantes ornamentos de una soberanía divina; sin embargo, para lograrlo es preciso llevar antes la ignominia de Jesucristo, cargar sobre nosotros las cadenas con que rompió las nuestras, y esto es lo que predica á nuestra fe la estola de nuestras ceremonias. Al tomarla, el sacerdote dice: «Devolvedme, ó Señor, el vestido de la inmortalidad que perdí por el «pecado de mi primer padre, y aunque me acerco á vuestros sagrados misterios sin ser digno de ello, haced que logre la felicidad «eterna.»

La estola, llamada antiguamente *orarium*, porque servia para limpiar el rostro, era un lienzo muy fino y limpio que llevaban al rededor del cuello las personas de distincion; su uso data de los primeros siglos de la Iglesia, y el concilio de Laodicea, reservando para los Obispos, Presbíteros y Diáconos aquella honorífica prenda, prohibió llevarla á los demás ministros [1].

6.° La casulla [2] es el último ornamento del sacerdote celebrante;

[1] Conc. Laod. can. 28. El uso de la estola en el sentido que acabamos de decir, era ya conocido entre los romanos, de modo que nuestros padres no inventaron una nueva moda. La estola era un adorno de las matronas romanas, y su mayor ó menor dimension las distinguia de las personas de mala fama ó de condicion inferior. Para granjearse el aprecio del pueblo, Aureliano fue el primero que le permitió usar el *orarium*, á fin de que pudiese agitarlo al paso del Emperador y manifestar su alegría. *(Vopisc. in Aurelian.)*.

[2] *Casula vel planeta. Casa* significa casa, y *casula* una casita; la casulla era en un principio redonda y ancha de modo que envolvia todo el cuerpo, semejante á una casa habitada por un hombre, y de aquí se origina su nombre. (Origin. lib. XIX, c. 24).

*Planeta:* La casulla no tenia mas que un agujero para pasar la cabeza, y como no podia fijarse con nada y rodaba fácilmente al rededor del cuello, siendo, por decirlo así, un vestido errante, se la llamó *planeta* con bastante exactitud. *(Gemma animae*, lib. I, c. 207).

antiguamente consistia en una capa redonda y muy ancha, sin abertura en los lados, y era comun así á los eclesiásticos como á los legos; sin embargo abandonada por estos, la Iglesia, que sabe santificar las cosas mas vulgares, la conservó y la dió exclusivamente á los sacerdotes para ofrecer el santo sacrificio, hace mil y cien años. Los griegos han conservado la casulla sin variacion alguna; mas los latinos han eliminado de ella poco á poco y desde hace tres siglos todo cuanto impedia el libre uso de los brazos. Cuando la casulla tenia su primitiva forma, debia levantarse mientras el sacerdote incensaba ó elevaba el cáliz ó la sagrada hostia, uso que se conserva todavía, á pesar de haberse dado á aquella una forma mas cómoda haciéndola menos ancha y abriéndola por los lados, tanto es lo que la Iglesia estima todo lo que recuerda su antigüedad. Con ello presta un gran servicio á las ciencias, pues ¿cuántos hechos y costumbres reveladores de los tiempos pasados yacerian en el olvido si la Iglesia no los hubiese inmortalizado adoptándolos?

Por la misma razon se conserva otra costumbre cuyo orígen y significacion pocas personas conocen, y es que durante la Cuaresma y los dias de ayuno el diácono y el subdiácono sirven al altar sin dalmática. Esto proviene de que como en la primitiva Iglesia eran sus funciones mas multiplicadas en los dias de ayuno y de Cuaresma, á causa de la mayor afluencia de fieles, dejaban su casulla ó la levantaban en alto, á fin de estar mas libres en sus movimientos. *Diaconi levant planetas in scapulas*, dice el Órden romano; y en el dia se despojan de su dalmática por un resto de la antigua costumbre.

El Obispo, al dar la casulla al presbítero en su ordenacion, le advierte que es el símbolo de la caridad que debe revestirnos enteramente; de la caridad que debe brillar en todas nuestras obras, y hacer la gloria de las demás virtudes que poseamos, del mismo modo que aquel ornamento cubre todos los demás; de la caridad que debe impulsarnos á compartir las miserias ajenas, cubriéndolas con un velo de misericordia que las oculte á los ojos de los hombres, y con un velo de perdon que las borre á los ojos de Dios. La casulla es tambien la imágen del yugo de Jesucristo, que los sacerdotes y los fieles deben sufrir continuamente, de aquel yugo dulce y amable que constituye nuestra gloria y nuestra felicidad. En la casulla hay dibujada una grande cruz, así como hay otras mas pequeñas en los diferentes objetos que sirven para el sacrificio, á fin

de que tengamos sin cesar á la vista la obligacion de llevar la cruz á imitacion del Salvador, y de recordarnos de que nada podemos sin la cruz; que ella es toda nuestra esperanza; que el altar es un verdadero Calvario donde se renueva y perpetúa el sacrificio de la cruz, y donde debemos inmolarnos nosotros mismos sobre la cruz de Jesucristo.

IV. Ornamentos del diácono y del subdiácono. — De los ornamentos del presbítero pasemos á los del diácono y del subdiácono que le asisten en el altar; además del amito, del alba, del cíngulo y del manípulo, los diáconos llevan la dalmática y una estola que les es propia, mientras que el hábito particular del subdiácono es la túnica.

La estola del diácono se coloca en la espalda izquierda, uso tomado de los romanos, pues en los solemnes festines del pueblo rey los principales ministros de las mesas llevaban una servilleta en la espalda izquierda: la Iglesia confirió la misma señal de distincion á los que servian en el banquete divino y en las mesas en que se reunian los fieles para celebrar sus inocentes *agapes;* sin embargo, como aquel lienzo blanco, sujeto en la espalda izquierda de los diáconos, revoloteaba de una parte á otra cuando iban y venian por la iglesia en cumplimiento de su ministerio, y podia embarazarles, sobre todo cuando hubo tomado una forma mas dilatada, se sujetaron sus dos extremos en el lado derecho, lo cual se practica aun en el dia.

Sea cual fuere nuestro estado, somos todos diáconos, es decir, servidores de Jesucristo; cuidemos, pues, de evitar cuanto pudiera embarazar nuestros piés en la via de los mandamientos, ó detener nuestras manos en la práctica de las buenas obras; así nos lo enseña el diácono adornado con su estola.

La dalmática [1] se llama así, porque era el traje distintivo de los habitantes de la Dalmacia; el papa san Silvestre ordenó en el siglo II que los diáconos la usasen en la iglesia, pues hasta entonces habian llevado la túnica [2]. La dalmática, que en su forma primera tenia las mangas cortas y anchas, muy cómodas para los que debian menearse mucho, y que se hizo comun á los Obispos y á los Diáconos, era de seda blanca, recamada de oro y con dos franjas de púrpura, por cuyo motivo se ha convertido en un hábito de solemnidad que debe inspirar una santa alegría así al diácono que la lleva como

[1] Dalmatica.
[2] Colobia.

á los fieles que la ven; este es el sentido de la amonestacion que el Obispo dirige al diácono al revestirse de ella en la ordenacion y de la oracion que el mismo diácono reza al vestirse con ella para servir al altar [1].

El ornamento particular del subdiácono es la túnica [2]: en los primeros siglos de la Iglesia los Subdiáconos servian al altar revestidos simplemente de un alba; pero mas tarde se les dió la túnica, como una prenda de honor y de alegría [3]. La túnica era entre los romanos el vestido ordinario de los simples servidores, al paso que ahora es como la dalmática un ornamento regularmente rico, hecho de la misma tela que la casulla de los sacerdotes, con mangas anchas y cortas que no embarazan en lo mas mínimo á los que la usan.

Los ministros inferiores llevan la sobrepelliz [4], ornamento que era antiguamente mas largo, si bien su color ha permanecido el mismo, pues en tiempo de san Jerónimo estaba ya mandado á los eclesiásticos el asistir á los santos oficios vestidos de blanco; elocuente mandato por el cual ha querido la Iglesia recordar á sus hijos la inocencia que exigen los augustos misterios y las bodas del Cordero, á las que asisten los Santos con vestidos que por su deslumbrante blancura son imágen de la pureza [5].

La capa [6] es otro ornamento sagrado comun á los diferentes órdenes de ministros; antiguamente consistia en una capa, parecida á las que en el dia se usan, solo que en lugar de cuello habia una capucha con la que abrigábase la cabeza en tiempo de lluvia, y de aquí el nombre de *pluvial* con que son conocidas dichas capas. Antes del siglo VIII usábanse ya en las ceremonias eclesiásticas [7]; su riqueza y sus brillantes colores figuran el vestido de gloria y de inmortalidad que nos cubrirá despues de la resurreccion [8].

Así pues, los ornamentos sacerdotales son un libro misterioso en el cual el fiel sencillo y de escasa instruccion puede leer grandes lecciones de virtud, de pureza y de caridad, y el sábio los usos y cos-

[1] S. Isid. *Orig.* lib. XIX, c. 22; Bona, lib. I, c. 24.
[2] Tunica.
[3] Honor. *in Gemma animae,* lib. I, c. 229.
[4] Superpelliceum.
[5] Bona, lib. I, c. 24.
[6] Pluviale.
[7] Órden romano.
[8] Durandus, lib. III, c. 1.

tumbres de la mas venerable antigüedad; de cada uno de ellos, así como de cada una de las bendiciones y ceremonias del culto católico, sale, por decirlo así, una voz que dice á los hombres, cristianos ó no: Desde el fondo de todas estas cosas, quince, diez y ocho, treinta y algunas veces sesenta siglos os están mirando; á vuestros ojos reviven todas las generaciones humanas, representadas por alguno de sus ritos, por algun acontecimiento memorable de su historia. ¿Es posible tener ciencia y fe sin sentirse poseido al verlas de un profundo respeto, de una veneracion verdaderamente religiosa? Aquel para quien su vista es un espectáculo mudo hace dudar de si conserva todavía algun resto del ser inteligente [1].

V. Riqueza de los ornamentos. — En cuanto á la riqueza de los sagrados ornamentos, dirémos que si bien los ropajes recamados de oro y llenos de bordados nada añaden al valor del sacrificio; que si bien el Señor prefiere las costumbres puras á los ricos vestidos, es un deber del hombre el tributar á Dios todos los honores posibles, y el hacer servir para la majestad de su culto lo mas hermoso y rico de la tierra. Los ministros de los Reyes jamás se presentan á estos á no ser cubiertos de preciosos vestidos, pues creerian ofender á su señor, y faltar al respeto que á su majestad deben, sin los ornamentos, símbolos de los poderes que les están conferidos; ahora bien, la Iglesia quiere que los sacerdotes de Jesucristo observen igual conducta, y para dar mayor gloria á su Esposo é inspirar á sus hijos mayor piedad y respeto, exige que los ornamentos de sus ministros no solamente sean decentes y aseados, sino que guarden relacion por su riqueza con la condicion y fortuna de los fieles [2].

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber multiplicado los ornamentos sagrados de vuestros ministros; haced que en adelante me instruya viéndolos, y que practique las virtudes que los mismos representan.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me aplicaré á estudiar las ceremonias de la Iglesia.*

[1] Quas aures habeat, aut quid in hoc homini simile sit, nescio. *(Cic.)*.

[2] Mr. Thirat, *Espíritu de las ceremonias*, pág. 272.

# LECCION XIII.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Ornamentos de los Obispos. — Las sandalias y las medias. — La cruz pectoral. — La tunicela y la dalmática. — Los guantes. — El anillo. — La mitra. — El báculo. — El pálio. — El gremial. — Colores de los ornamentos. — Ornamentos del altar.**

I. Ornamentos de los Obispos. — Los ornamentos de que acabamos de hablar son comunes á todos los presbíteros; pero hay otros reservados para los Obispos, quienes los revisten cuando deben oficiar solemnemente; tales son las sandalias, las medias, la cruz pectoral, la tunicela, la dalmática, los guantes, el anillo, la mitra, el báculo, el pálio, si se trata de un arzobispo, y finalmente el gremial. Como los anteriores, estos ornamentos están llenos de recuerdos de la mas remota antigüedad, y dan á los fieles ilustrados bellas lecciones de santidad y de sabiduría cristianas.

1.° Las sandalias y las medias [1]. El calzado de los antiguos, especialmente el de los romanos, consistia en una suela sujeta con algunas correas que se cruzaban sobre el pié y al rededor de la pierna; mas en tiempo de los Emperadores las personas de distincion, como los príncipes y senadores, sustituyeron esta clase de calzado con otro mas rico llamado *compagia,* recamado de oro y de púrpura, que cubria mejor el pié [2].

Á fin de manifestar por todos los medios posibles su veneracion por las cosas santas, la Iglesia se apresuró á dar á sus pontífices el calzado senatorial, el mas distinguido que entonces se conocia, con objeto de que los augustos misterios fuesen ofrecidos con cierta magnificencia exterior capaz de inspirar á los corazones respeto y piadosos sentimientos. Fuera del ejercicio de sus funciones, usaban los Obispos el calzado ordinario, y esta es la causa por que aun en el dia el obispo, al llegar á la Iglesia y al ocupar su trono, deja sus

[1] Caligae, sandalia.

[2] Compagia. Véase Tubellio Pollio, Julio Capitol. é *Historia de la Academia de las Inscripciones*, t. XI.

zapatos y se pone el calzado antiguo, del cual se despoja luego de terminado el santo sacrificio. La oracion que reza el obispo al ponerse aquel noble calzado recuerda que es sucesor de los Apóstoles, y que como estos es enviado para anunciar el Evangelio: «Señor, po«ned un calzado en mis piés, á fin de que vaya á anunciar el Evan«gelio de la paz, y protegedme con la sombra de vuestras alas.»

La prohibicion hecha por la Iglesia á todos sus ministros, presbíteros, diáconos y subdiáconos, de acercarse al altar con los piés descubiertos, subsistió mientras estuvo en uso el calzado romano, que dejaba los piés cási desnudos, y así es que todos usaban una especie de *compagia* ó calzado cubierto, distinto, sin embargo, del de los Obispos [1].

2.° La cruz pectoral. Durante los primeros siglos de la Iglesia, los fieles todos, hombres y mujeres, llevaban una pequeña cruz suspendida al cuello; venerable costumbre que por desgracia no existe ya, y para perpetuarla en cuanto le es dable, quiso la Iglesia que sus pontífices llevasen una cruz sobre su pecho, especialmente al celebrar los santos misterios; cruz que colocada á la vista del obispo le recuerda el Dios que murió por él, y los Mártires que sellaron con su sangre la fe que profesa, pues, como lo indica la oracion que reza el obispo al pasársela á su cuello, la cruz pectoral contiene numerosas reliquias de Mártires.

3.° La tunicela y la dalmática [2], que son los ornamentos del diácono y del subdiácono, nos advierten que el obispo está revestido de la plenitud del sacerdocio, así como le amonestan á él que debe poseer todas las virtudes en un grado superior.

4.° Los guantes. Antes del siglo VIII los guantes formaban ya parte del vestido episcopal [3]; su objeto es recordar un hecho célebre en la historia de los Patriarcas, así como dar al obispo una grande leccion de santidad. Deseando Jacob obtener la bendicion de su padre Isaac, se le presentó con las manos cubiertas de piel de cabrito, y esta astucia que indujo al santo anciano en un misterioso error, valió á Jacob las mas abundantes bendiciones; como Jacob, el pontífice se acerca á pedir á Dios Padre los verdaderos bienes, y para obtenerlos desea confundirse con su hermano primogénito Nuestro

[1] Omnis presbyter missam celebret ordine romano cum sandaliis. *(Capitul. Carol. Magn.* lib. V, c. 219.

[2] Tunicella, dalmatica.

[3] Chirothecae.

Señor Jesucristo, así como Jacob se ocultó bajo los vestidos de Esaú á fin de obtener la bendicion paternal. Este es el sentido de la oracion que reza el obispo al tomar sus guantes: «Señor, dice, rodead mis «manos de la pureza del hombre nuevo que ha descendido del cielo, «á fin de que, á ejemplo de vuestro amado Jacob, quien habiéndose «cubierto las manos con una piel de cabrito obtuvo la bendicion de su «padre, despues de ofrecerle un manjar y una bebida excelentes, ob«tenga, por consideracion á la víctima salvadora ofrecida por mis ma«nos, la bendicion de vuestra gracia.» No significa esto que Dios pueda ser engañado, sino que quiere que al presentarnos para obtener sus favores seamos cual otros Jacobs, es decir, otros Jesucristos.

5.° El anillo [1] es el símbolo de la alianza espiritual que existe entre el obispo y su Iglesia, el sello, por decirlo así, de su contrato, pues lo mismo entre los antiguos que entre los modernos se imprime un sello en los contratos, á fin de confirmarlos y hacerlos auténticos; de donde proviene el uso existente aun de dar un anillo á la esposa en la celebracion del matrimonio. El anillo episcopal no es únicamente el signo de la alianza del obispo con su Iglesia, es tambien una insignia de la autoridad del Espíritu Santo, en cuya virtud tiene el obispo derecho de distribuir los cargos en la Iglesia; segun la costumbre de los hebreos, lo lleva en el dedo segundo de la mano derecha, porque aquel dedo indica el silencio, y recuerda al obispo el secreto inviolable de los misterios y la perfecta discrecion con que debe anunciarlos, por temor de arrojar las perlas á los cerdos [2]. Estas lecciones tan útiles á los presbíteros y á los fieles como á los pontífices, se contienen en las palabras dirigidas al obispo, cuando el pontífice consagrador le entrega el anillo en la ceremonia de la ordenacion: «Recibid el anillo, signo de discrecion, dignidad y «fidelidad, á fin de que sepais callar lo que callarse debe, manifes«tar lo que debe ser manifestado, atar lo que debe atarse, y desatar «lo que debe ser desatado [3].»

6.° La mitra [4] nos traslada á la mas remota antigüedad; el sumo sacerdote y los sacrificadores de la ley mosáica se adornaban con

[1] Annulus.

[2] Ierem. c. XXII; Tubell. Poll. *in M. Septim.;* Duranti, lib. II, c. 9, n. 37 et seq.

[3] Órden romano.

[4] Mitra, cidaris.

ella [1]; la historia de la Iglesia hace mencion de la mitra de san Juan Evangelista y de la del apóstol san Jaime [2]. Es cierto que la mitra tal como la usan en el dia los Obispos se distingue de la antigua, por la materia de que está hecha y por los adornos que realzan su belleza; pero en el fondo es la misma. Ornamento de gloria y dignidad, la mitra recuerda al obispo su sumo sacerdocio, la consagracion de todos sus sentidos, y el perfecto conocimiento que debe tener del Antiguo y del Nuevo Testamento, figurados por las dos cintas que caen sobre sus espaldas [3]; penetrado de estas ideas, el obispo al ponerla en su cabeza pide á Dios que le dé la fuerza y la discrecion necesarias para evitar todos los lazos que pueda tenderle el demonio.

7.° El báculo [4] es el emblema del poder pastoral, es el cayado del pastor, tierno símbolo que nos muestra á la Iglesia como un redil, cuyas ovejas son los fieles, y los pastores los Obispos; en ella no impera la fuerza ciega y brutal, pero sí la caridad, el celo ilustrado y sostenido por la fe. Al dar el báculo al obispo el dia de su ordenacion, le son dirigidas estas palabras: «Recibid el baston, símbolo de «vuestro gobierno sagrado, y acordaos de fortalecer á los débiles, «de alentar á los que vacilan, de corregir á los malos, y de dirigir «á los buenos por el camino de la salvacion eterna; recibid tambien «el poder de elevar á los dignos y de humillar á los indignos, con «el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo.» El uso del báculo, que es para el obispo lo que el cetro para el rey, data de los primeros siglos del Cristianismo [5]; al subir al altar el obispo deja la mitra y el báculo, pues su poder desaparece delante del de Jesucristo; mas por la razon contraria, se reviste otra vez de sus insignias al volverse hácia el pueblo [6].

[1] Honor. *Gemma animae*, lib. I, c. 214.

[2] Euseb. lib. V, c. 24.

[3] Innoc. III, c. 60; Antonin. 3 pars. *Summ.* tit. XX, c. 2; Steph. Eduens. episc. *Lib. de Sacram. altar.* c. 11.

[4] Pedum seu baculus pastoralis.

[5] Órden romano.

[6] Gloss. *in Can. disciplinae*, dist. 45. Acerca de las varias significaciones del báculo, creemos oportuno citar los siguientes versos:

In baculi forma, præsul, datur hæc tibi norma:
Attrahe per primum, medio rege, punge per imum;
Attrahe peccantes, rege justos, punge vagantes;
Attrahe, sustenta, stimula, vaga, morbida, lenta.
Gloss. *de Sacr. Unct. C. Unic.*

8.° El pálio [1]. Si el pontífice es arzobispo ó patriarca, despues de haberse revestido de todos sus ornamentos, añade á ellos el pálio, que consiste en dos cintas de lana blanca, anchas como de dos dedos que caen sobre el pecho y las espaldas, en las que se ven varias cruces negras; los metropolitanos lo usan como una señal de su jurisdiccion sobre las iglesias de su provincia, y es tambien el emblema de la humildad, de la inocencia y de la caridad; su objeto es recordar al prelado á quien se confiere, que á ejemplo de Jesucristo, príncipe de los pastores, debe buscar la oveja extraviada y volverla al redil sobre sus hombros; la misma materia del pálio indica sensiblemente tan tierna significacion.

El pálio está fabricado con la lana de corderos enteramente blancos, y las ceremonias que para ello se observan son las siguientes: El dia de santa Inés y en la iglesia de su nombre, construida en Roma en la via Nomentana, bendícense cada año dos corderos blancos cuya lana sirve para tejer el *pálio*, y que son apacentados y cuidados por alguna comunidad de religiosas hasta el dia del esquileo; los *pálios* hechos con su lana se depositan en seguida sobre el sepulcro de san Pedro, y permanecen allí durante toda la noche que precede á la fiesta del santo Apóstol, hasta que el dia siguiente son bendecidos en el altar de la iglesia que le está consagrada, y enviados á los prelados que tienen derecho de usarlos, derecho circunscrito á ciertas festividades y á los límites de sus iglesias, al contrario del que tiene el Sumo Pontífice, el cual lo lleva siempre y por todas partes, denotando estar investido del supremo poder y de la jurisdiccion universal sobre todas las iglesias [2]. El pálio data de la mas remota antigüedad, pues san Isidoro de Pelusa [3], que vivió á mediados del siglo V, y san Gregorio el Magno hablan del pálio y explican sus diferentes significaciones [4]; su orígen se atribuye á san Lino, segundo sucesor de san Pedro [5]. El pálio recuerda el *efod* del sumo sacerdote de los judíos.

9.° El gremial. Cuando el obispo se sienta durante la misa pon-

[1] Pallium.

[2] Bona, lib. I, c. 24. Véase la descripcion del pálio en las *Tres Romas*, t. II, 21 de enero.

[3] Lib. epist. CXXXVI.

[4] S. Greg. Magn. Lib. II, epist. LIV.

[5] Auctor vetus, Rit. eccl. S. R. E. lib. I, tit. X, c. 5.

tifical, colócanle sobre las rodillas un velo de seda ó de otra tela preciosa, llamado gremial, de la palabra latina *gremium, jiron;* sirve para que las manos del pontífice descansen, y para preservar al mismo tiempo los ornamentos de las manchas que podria imprimirles el sudor [1].

Estos son los ornamentos particulares de los Obispos, y si reflexionamos por un momento sobre el misterioso aparato de que la Religion rodea á sus ministros cuando deben ofrecer la víctima santa, acudirá naturalmente á nuestra imaginacion este pensamiento: Con qué ¿tan augusta es esta víctima? Con qué ¿tan santo es el sacrificio católico? Con qué ¿tan eminentes son las funciones del sacerdocio? ¿Cuál debe ser, pues, la pureza de los que á él asistimos? Hé aquí precisamente el fin que la Iglesia se ha propuesto al establecer sus numerosas ceremonías, y al dar á sus ministros tantos ornamentos venerables á la vez por su antigüedad y por su significacion.

II. Color de los ornamentos. —La diversidad de sus colores contiene igualmente grandes lecciones: el blanco, símbolo de la inocencia del Cordero de Dios, y el encarnado, símbolo de su sangre derramada por nosotros, datan de los tiempos apostólicos, y de una muy remota antigüedad los demás colores [2]. La Iglesia, la divina esposa de Jesucristo, se presenta ante su Esposo revestida de una agradable y misteriosa variedad; su aparato exterior revela la gloria y la belleza esencial que en su interior abriga; y segun las circunstancias en que se encuentra, manifiesta exteriormente sus disposiciones, á fin de advertir á sus hijos que dén cabida en su alma á disposiciones análogas. Como las calidades esenciales de los misterios ó de los Santos pueden considerarse bajo diferentes puntos de vista, los colores que se emplean para celebrar las fiestas no son los mismos en todas las diócesis; pero lo importante es conformarse con las reglas observadas en los lugares donde uno se halla, y comprender bien el espíritu de los usos que se siguen.

Segun el rito parisiense se emplea el blanco, símbolo de la pureza y de la santidad, en las fiestas de María, en las de los santos Ángeles, de los Doctores, de los Presbíteros, de los Confesores, de las Vírgenes, y de todos los justos que no derramaron su sangre por la

[1] *Cerem. episc.* lib. I, c. 11.
[2] Durando, *Rational.* lib. III, c. 18, n. 19.

fe, exceptuando á los Pontífices, por los cuales se usa el color verde. La vista del blanco nos recuerda el Cordero de Dios y nos dice: Amad la pureza; las cosas santas son para los Santos; ofreced á Dios un alma sin mancilla y digna de ser recibida un dia en la Jerusalen celeste, donde jamás entrará nada que no sea puro.

El encarnado ó rojo, que á primera vista despierta la idea de sangre y de fuego, se emplea para celebrar las fiestas de los Mártires y la del Jefe de los Mártires, Nuestro Señor Jesucristo, inmolado por nosotros en la Eucaristía; asimismo como la atribucion del Espíritu Santo es iluminar las almas y abrasar los corazones, como descendió sobre los Apóstoles en figura de lenguas de fuego, se usa el rojo para honrarle. ¿Seria acaso posible que esta imágen de la sangre y del fuego nos dejase frios y sin valor? El recuerdo de los anfiteatros, del Cenáculo, ¿nada diria á nuestro corazon? ¿Acaso no hemos recibido igual Espíritu, y no somos, por ventura, los hijos de los Mártires? ¿acaso no corre su sangre en nuestras venas? ¿Podrémos quejarnos por los débiles sacrificios que se nos exigen, al mirar el enjambre de testigos que vencieron inmolándose? La diócesis de París usa el rojo todos los domingos y todas las ferias posteriores á Pentecostes, como una continuacion de esta fiesta, en la que el rojo corresponde con las lenguas de fuego que aparecieron sobre la cabeza de los Apóstoles.

Para los Pontífices se emplea el verde; símbolo de esperanza, color general de la naturaleza, el verde nos dice los trabajos de todos los celestes labradores que cultivaron el campo del Padre de familia, alentados por la esperanza de una abundante cosecha. La ciudad de Roma usa el verde todos los domingos ordinarios y las ferias, pues justo parece consagrar con mas frecuente uso el color que tenemos continuamente á la vista; en efecto, ¿no es conveniente que el campesino que va cada mañana á recibir la bendicion del Padre de familia, antes de dirigirse á sus tierras, ó que acude el domingo á reposarse en el Señor de los trabajos de la semana, encuentre en nuestros templos su pradera, su árbol, su racimo? ¿No veis en esto una bella y tierna armonía? Además, ¿cómo no os alegrais vosotros todos que gozais contemplando las maravillas de la naturaleza, al hallar hasta en el pié de los altares un recuerdo de los beneficios del Criador, y un nuevo motivo para bendecir al que pinta de verde nuestras campiñas, al que fecundiza nuestros campos, al que viste

los lirios del valle, al que alimenta al pajarillo, músico campesino; al que prepara el sustento á todos los seres que respiran?

El color morado ó violeta, de tinte sombrío y al mismo tiempo brillante, recuerda á la vez los trabajos y beneficios de la penitencia, y se emplea en los tiempos y circunstancias en que el dolor y la esperanza, hija de este mismo dolor, forman el fondo del culto divino; así, durante el Adviento, en que la Iglesia gime y suspira; gime, pero únicamente por la tardanza; suspira, pero sus suspiros llaman al Justo y le mueven á descender, se emplea el color morado. Durante la Cuaresma los fieles lloran sus pecados, pero ven el perdon al fin de la santa cuarentena; lloran los sufrimientos de Jesucristo, pero divisan el glorioso dia de su resurreccion; en las calamidades, en las aflicciones públicas ó particulares lloran tambien, pero esperan el fin de las mismas lágrimas que derraman: pues bien, esta inefable mezcla de tristeza y de consuelo, de dolor y de esperanza, se expresa por medio del color morado.

En la muerte de los Reyes, como el poder no muere [1] y la misma mano que ha hecho caer la corona de la frente de uno la ciñe en la frente de otro, se emplea el color morado, color que si bien debe siempre anonadarnos y confundirnos en nuestra miseria, debe tambien inspirarnos valor por la consideracion de las infinitas misericordias del Señor; su vista debe recordarnos que debemos marchar á la gloria por el camino de las tribulaciones, que nuestra esperanza se cifra en la cruz, y nuestra felicidad terrena en la esperanza, puesto que el mundo solo puede ofrecer goces amargos.

Sin embargo, cuando la Iglesia llora á sus hijos, muertos enteramente para la vida presente, entonces, considerando únicamente las penas del purgatorio, de que es preciso librarles, no oyendo mas que sus lamentables súplicas, viendo solo el espantoso tránsito del tiempo á la eternidad, sintiendo la terrible herida hecha por la muerte al mundo, incierta siempre respecto de las últimas disposiciones de aquel por quien ruega, entonces nuestra tierna Madre, entregada toda á su dolor, se viste de negro y de este modo se presenta ante su divino Esposo, diciéndole expresamente con tan lúgubre color cuán grande es su afliccion, cuántas ideas tristes despierta en ella el castigo del pecado que sufre hace seis mil años todo el género hu-

[1] Sabido es el antiguo adagio: *Le mort saisit le vif*, ó: El rey ha muerto, ¡viva el rey!

mano; quizás me engañe, pero creo que aun sin despegar los labios, el sacerdote revestido de negro es un predicador muy elocuente; paréceme que de su casulla regada con lágrimas sale una voz que dice: Acuérdate, ó hombre, de que eres polvo, y de que en polvo te convertirás; no sabes el dia ni la hora: alerta pues; á tu hermano ayer; á tí mañana, quizás hoy mismo.

En conclusion, los fieles que asisten á nuestros augustos misterios deben tener presente que á ellos mas aun que á los israelitas están dirigidas aquellas palabras: *Vosotros sois los sacerdotes del Dios vivo, una raza real, un pueblo de santos* [1], y que las mismas preparaciones que prescribe Dios al sacrificador de la nueva alianza para subir al altar, se las exige á ellos para acercarse al sacrificio. Del mismo modo que en otro tiempo envió á Moisés al pueblo para santificarlo durante dos dias, y ordenarle que lavase sus vestiduras porque debia ser testigo de la presencia del Señor en la montaña, quiere ahora que sus sacerdotes adviertan á los fieles que jamás se acerquen á la santa montaña del verdadero Sínai sin el conjunto de virtudes interiores y de disposiciones exteriores simbolizadas en los ornamentos sacerdotales.

III. Ornamentos del altar. — Los ornamentos del altar y los vasos sagrados continúan la misma leccion; abramos, pues, nuestros corazones y potencias para escucharla.

El altar representa un sepulcro; la razon de esto, que hemos dicho ya, es porque los sepulcros de los Mártires fueron los primeros altares del Cristianismo, y por igual causa se depositan en ellos algunas reliquias de Santos y de Mártires.

Durante los primeros siglos los altares se construyeron indistintamente de madera, de piedra ó de mármol; eran macizos ó sostenidos por puntales ó colunas, y para ofrecer el sacrificio cubríanlos con unos manteles de lino ó de seda, á los cuales se daba el nombre de *palia*. En tiempo de san Agustin adornábanse ya los altares con flores [2], y muchas veces decoraban las paredes de las iglesias guirnaldas de lirios y de rosas [3]: en el dia cúbrese el altar con tres manteles, de los cuales el colocado últimamente está enriquecido con blon-

[1] Exod. XXIX, 9.
[2] *De Civ. Dei*, lib. X, 1, c. 8.
[3] S. Hier. *Epitaph. Nepot.*; S. Greg. Turon. *De Gloria conf.* c. 50; divus Paulin. *Nat. III* S. Felicis.

das y bordados, y al prescribir la Iglesia que se cubriese el altar con tres manteles de lino, fáciles de ser lavados, ha querido evitar el grande inconveniente que podria resultar de la caida del cáliz. El altar debe ser consagrado por el obispo, y antes de esta consagracion, que data de la mas remota antigüedad, no está permitido celebrar en él los santos misterios [1].

En el altar vense tres cuadros llamados *sacras*, porque sirven para dirigir al sacerdote poniéndole á la vista oraciones que leeria con pena en el Misal; el mayor se coloca en medio, delante del tabernáculo, el segundo á la izquierda, y el tercero á la derecha; segun la antigua costumbre el altar se levanta hácia el Oriente, á fin de que los fieles al orar vean la salida del sol, imágen del Sol verdadero, cuya luz, despues de haber desvanecido las tiniebas del Gentilismo, ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo [2].

En medio del altar está situado el tabernáculo, en el que se conserva la santa Eucaristía; al hablar de la Comunion en la parte II del Catecismo hemos explicado la forma de los antiguos tabernáculos. La costumbre de guardar el santísimo Sacramento en un tabernáculo colocado en el centro del altar, bajo el pié de la cruz, data de grande antigüedad [3]; y la sola palabra tabernáculo recuerda muchas y bellas tradiciones: el desierto del Sínai, el maná, Aaron y sus levitas, todas las maravillas realizadas en favor de la antigua Iglesia hace mas de tres mil años, están reunidas en esta sola expresion; en el dia entraña recuerdos mas sublimes aun: la cena, el Calvario, la vida del Redentor en la tierra, su presencia perpétua entre los hijos de los hombres. ¿Sabeis, por ventura, una palabra mas rica y fecunda?

El tabernáculo remata en una gran cruz, que muchos siglos han visto, que muchas generaciones han adorado en el mismo lugar; su objeto es recordarnos que el sacrificio de nuestros altares es la continuacion del sacrificio del Calvario, y enseñarnos que solo á Dios se dirige, y no á los Santos ni á los Mártires, este acto supremo de religion. Durante la misa arden tres cirios ó á lo menos uno en cada lado para honrar el signo de la redencion y recordar las Catacum-

[1] Hincmarus Remens. *in Capitul.;* Beda, lib. V *Hist.* c. 11; S. Athan. *Apol. ad Constantium;* Euseb. lib. IV *De vita Constantini.*

[2] Tertul. *adv. Valent.* c. 3.

[3] Véase á Burchard, lib. V *Decret.* c. 9.

bas. La Religion, la historia, la antigüedad, cuanto contribuye mas á elevar el alma, á conmover el corazon y á arrobar los sentidos, se encuentra reunido en un altar católico; y si para el indiferente estúpido el altar no es mas que una piedra, para el sábio y sobre todo para el cristiano es el mas elocuente de todos los libros, que explicarian apenas tomos enteros de comentarios. ¡Hijos de los hombres! ¿hasta cuándo tendréis ojos para no ver?

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por vuestra solicitud en instruirme multiplicando los ornamentos y los sagrados distintivos de la Religion; abrid mi corazon y mi mente á tan santas lecciones.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *daré gracias á Dios por haber establecido las augustas ceremonias de la Religion.*

---

# LECCION XIV.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Vasos sagrados. — Cáliz. — Patena. — Copon. — Viril. — Bendicion del agua antes de la misa del domingo. — Aspersion del agua bendita.**

I. Vasos sagrados. — Si los ornamentos de los ministros y del altar están llenos de recuerdos y de lecciones, no ofrecen los vasos sagrados menor interés para la piadosa curiosidad del sábio y del fiel; primeramente, su consagracion, su brillo y su riqueza nos recuerdan nuestra consagracion al Señor y la santidad que en nosotros exige, pues no somos mas que vasos sagrados, siendo de nuestro deber conservarnos mucho mas santos y mas puros que los vasos destinados al altar, puesto que el Dios tres veces santo, cuyo adorable cuerpo toca sencillamente los cálices y copones, se incorpora en nosotros. Los principales vasos sagrados son : el cáliz, la patena, el copon y el viril.

El cáliz es tan antiguo como el Cristianismo, pues Nuestro Señor consagró su divina sangre en una copa y en la misma la dió á beber á sus Apóstoles. El cáliz era un vaso de que se servian los judíos en sus comidas, y todos se servian del mismo y lo hacian pasar de mano en mano, en señal de amistad; costumbre que como un símbolo de fraternidad existe aun en muchos pueblos del antiguo y del nuevo mundo. En los primeros siglos, cuando nuestros padres solo eran ricos de su pobreza y de sus virtudes, los cálices eran de vidrio, de cobre, ó de cualquier otro metal menos precioso; mas luego que sus recursos lo permitieron, los cálices, lo mismo que los demás vasos sagrados, fueron de oro y de plata, y el papa Ceferino, que fue electo en el año 203, prohibió que en adelante se hiciesen de otro metal alguno [1]. En el dia la Iglesia exige que los cálices sean de plata, la copa al menos, y que estén dorados por su parte interior; por res-

[1] Durantus, lib. I, c. 7. Esta fecha es muy interesante para fijar la época á que pertenecen las copas eucarísticas de vidrio halladas en las Catacumbas. Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*.



peto hácia el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se consagran los vasos que sirven en el altar, consagracion que data de la mas remota antigüedad [1].

En la época en que todo el pueblo comulgaba bajo la especie de vino, los cálices eran mucho mayores que actualmente: cítase entre otros el que dió Carlomagno á la iglesia de Aquisgran, que pesaba diez y ocho libras; estos cálices tenian por lo regular dos asas á fin de poderlos trasladar mas fácilmente de una parte á otra; sin embargo de que se cree que el pueblo no tomaba la preciosa sangre del cáliz principal, sino de otros mas pequeños, donde se ponia parte de la sangre del Salvador, consagrada en el altar y en el cáliz principal [2], y en estos mismos cálices particulares ofrecia el pueblo el vino y el agua que debian ser consagrados [3], en cuyo uso han sido reemplazados por las vinajeras. La santidad de los vasos destinados al altar no impidió que los obispos mas piadosos é ilustrados, tales como san Ambrosio en Milan, san Agustin en Hipona, Deógracias en Cartago, los enajenasen para socorrer á los pobres y rescatar cautivos, dando en estas ocasiones lo menos por lo mas [4].

La patena es un platillo de oro ó de plata dorada en el cual se deposita el pan que debe ser consagrado: en los bellos dias de la Iglesia, cuando todos los que asistian á la misa tenian la dicha de recibir la santa Eucaristía, los fieles presentaban en ofrenda el pan que debia ser convertido en cuerpo de Jesucristo, ofrendas que eran colocadas en la patena y depositadas en el altar; por consiguiente eran las patenas mayores que actualmente, y es indudable que no habia una sola, sino muchas; además el sacerdote se servia de ella para romper el pan y distribuirlo mas cómodamente. En el dia la patena solo es útil al sacerdote para depositar en ella la hostia que debe consagrar en el santo sacrificio, pues abolida la costumbre de la ofrenda, y mucho menos considerable, por desgracia, el número de los que reciben la sagrada Comunion, empléanse para distribuir la Eucaristía los copones donde se guardan las especies consagradas.

[1] Órden romano.

[2] Estos cálices eran conocidos con el nombre de *ministeriales*.

[3] *Amulae* ó *hame*.

[4] Algunos autores pretenden que los vasos vendidos por los santos Obispos no eran ni copones ni cálices, sino otros pertenecientes á la Iglesia; mas ignoro en qué descansa semejante opinion.

El copon, cuya forma es la de un cáliz cubierto, debe ser de plata y estar dorado en su interior; antiguamente guardábase este precioso vaso en una torre ó en una paloma de plata suspendida sobre el altar, mas en el dia está depositado en el tabernáculo. El copon recuerda naturalmente el arca de la alianza del pueblo de Israel, en la que estaba encerrado el maná, símbolo de la Eucaristía; pero en cuanto es superior la realidad á la imágen, en tanto lo es el arca de la alianza de la nueva ley á la de la antigua, con lo cual hemos dicho el gran respeto que por ella debemos sentir. Cerca del tabernáculo ó frente el altar está suspendida una lámpara encendida de noche y de dia, para decirnos que Jesucristo, luz eterna del mundo, está presente en nuestros altares, que espera nuestras adoraciones, y que nuestra vida debe brillar ante él como una luz por la santidad de nuestras obras.

En el tabernáculo se coloca igualmente el viril, el cual, construido en forma de gloria ó de sol, nos recuerda por su forma el verdadero sol cuyo resplandor iluminó el mundo. Cuando, prosternados al pié de los altares, vemos aparecer el viril, ¡cuántos y cuántos sentimientos deben agitar nuestra alma al recordar los pueblos para quienes no ha brillado todavía el divino Sol, y el mundo entero antes de que este Sol saliese para él!

El viril no es tan antiguo como los demás vasos sagrados, y su orígen data de los tiempos en que la impiedad y el error atacaron el dogma fundamental de la presencia real: atenta siempre la Iglesia á las necesidades de sus hijos, protestó contra la blasfemia y la herejía, y estableciendo la solemne fiesta del santísimo Sacramento proporcionó ocasion á las almas cristianas de manifestar su fe y de tributar á su divino Esposo, prisionero de su amor en nuestros tabernáculos, la adoracion y el homenaje que merece. Antiguamente limitábanse en la misa, despues del cánon, á elevar un poco á la vista de los fieles el cuerpo y la sangre de Jesucristo, diciendo: *Omnis honor et gloria: Pertenécente todo honor y toda gloria;* mas despues de la herejía de Berengario, procedióse solemnemente á elevar las santas especies luego despues de las palabras de la consagracion; en el interior de la iglesia, los asistentes se prosternaban para adorar, y la campana anunciaba, como lo anuncia en el dia, á los que no habian podido asistir al sacrificio, que el Hijo de Dios acababa de descender al altar, y que debian ofrecerle sus respetos y oraciones.

En la misma época hiciéronse exteriormente procesiones en las que se llevaba con toda pompa el augusto Sacramento; en la iglesia y en altares levantados fuera de ella se bendijo al pueblo con la santa hostia; y si bien primeramente se llevaba encerrada en una bolsa, como se practica todavía en la comunion de los enfermos distantes de la iglesia, sin embargo, para exponer al Salvador con mas decencia y pompa á las adoraciones de los fieles, construyéronse unos tabernáculos portátiles, á los que se dió el nombre de *melquisedecks*, y que nosotros llamamos *viriles;* su forma y dimension variaban infinitamente, y muchos representaban una torre trasparente, emblema rico en ideas cristianas y en venerables recuerdos, como hemos explicado al hablar de la Comunion. Los viriles eran de oro ó de plata dorada, y frecuentemente estaban enriquecidos con piedras preciosas; en el dia la gloria debe ser á lo menos de plata, y el círculo que sostiene y abraza la santa hostia debe ser dorado [1].

II. Bendicion del agua.— Acabamos de explicar todos los preparativos del solemne sacrificio; el sacerdote con sus ornamentos, y el altar con sus adornos y vasos sagrados nos son conocidos; de modo que si fuese un dia ordinario acompañaríamos inmediatamente el ministro santo al altar, pero no debe perderse de vista que estamos explicando las ceremonias del domingo, en cuyo dia va precedida la misa de la bendicion del agua y de la procesion. La bendicion del agua forma parte de las bendiciones generales de la Iglesia, y establecióse por igual razon que estas; como las demás contiene la historia toda del género humano, y nos refiere la creacion del hombre y del mundo en un estado perfecto, la degradacion del hombre, la victoria del demonio sobre él y sobre las demás criaturas á quienes llena de malignas influencias, y la rehabilitacion ó la santificacion de todas las cosas por Jesucristo.

La bendicion del agua data, como las demás, de los tiempos apostólicos [2]; san Pablo la ordenó con estas absolutas palabras: *Porque toda criatura se santifica por la palabra de Dios y por la oracion* [3]; y

[1] Thiers, *Exposicion del santísimo Sacramento*, lib. II, c. 1, *sub fine; Historia de los Sacramentos*, t. XI, pág. 296; Mr. Thirat, *Espíritu de las ceremonias*, pág. 244.

[2] S. Basil. *De Spiritu Sancto*, c. 27.

[3] Omnis creatura... sanctificatur per verbum Dei et orationem. *(I Tim.* IV, 4, 5.

hablando del agua en particular dice san Cipriano: «Es preciso que «el agua sea purificada y santificada por el presbítero [1].» La costumbre de bendecir el agua cada domingo antes de la misa es antiquísima, é indudablemente tiene relacion con la que tenian los primeros cristianos de lavarse las manos y el rostro con agua bendita á fin de purificarse al entrar en la iglesia [2]. ¿Cuál es, pues, el fin que se propone la Iglesia al bendecir el agua y al rociar con ella á los fieles? Madre tierna y solícita, quiere recordar á sus hijos su caida y su redencion; purificarles y darles toda la santidad necesaria para asistir dignamente á los tremendos misterios, y preservarles finalmente de todo cuanto pudiese mancharles y dañarles, con cuyas miras une á sus oraciones los signos mas conducentes para manifestar el objeto que se propone.

Una de las circunstancias del agua es lavar; al paso que la sal preserva de la corrupcion, siendo ambas sustancias mezcladas un símbolo de pureza y de inocencia; tal es la doble materia de que se compone el agua bendita. Revestida la Iglesia de igual poder que su divino Esposo, el cual es omnipotente así en el cielo como en la tierra, ordena á sus ministros que sustraigan aquellas dos criaturas, es decir, el agua y la sal, del poder del demonio, y que las conviertan en útiles al hombre, dándoles por medio de la santificacion su primitivo destino, siendo esta la causa por que el sacerdote exorciza el agua y la sal.

Exorcizar equivale á conjurar y mandar, de modo que es una palabra que solo conviene á los que hablan con autoridad suprema: en idioma eclesiástico exorcizar significa conjurar al demonio, lanzarle, prohibirle que dañe; así es que exorcizar el agua y la sal es lo mismo que decir que el presbítero manda al demonio de parte de Dios, y por los méritos de la cruz de Jesucristo, que deje libres aquellas dos criaturas, y que jamás se sirva de ellas para dañar á los hombres, de modo que sean útiles en adelante para nuestra salvacion. Este es el sentido de todos los exorcismos de que son objeto las criaturas inanimadas, pues si bien el exorcista se dirige á ellas, sus mandatos se dirigen al demonio, así como el divino anatema despues del pecado de nuestros primeros padres cayó sobre el demonio, á pesar de que Dios hablase solo con la serpiente. Finalmente, que las cria-

[1] Epist. LXX.
[2] Microlog. c. 11.

turas están viciadas, que el demonio ejerce en ellas un grande imperio, que necesitan ser santificadas, son verdades de fe católica cuyas pruebas hemos aducido ya al hablar de las bendiciones en general.

Así pues, el domingo antes de la misa, el presbítero, representante del que crió los elementos, del que durante su vida mortal mandó á las criaturas inanimadas, al mar, á los vientos y á las tempestades, del que tantas veces lanzó el demonio de los posesos, se reviste de una sobrepelliz y de una estola, y precedido de dos acólitos, uno de los cuales lleva un cirio encendido y el otro un poco de sal y el hisopo, se dirige hácia la pila del agua bendita; en algunas diócesis bendícese el agua en la sacristía, en otras en el altar, en el coro ó en la nave, cuya última costumbre es mas conforme con la antigüedad y parece causar cierta satisfaccion al pueblo [1].

El sacerdote empieza pidiendo á Dios su asistencia, diciendo: *Adiutorium nostrum: Toda nuestra fuerza está en el nombre del Señor;* y los fieles, representados por el acólito, contestan: *Qui fecit*, etc.: *Que crió el cielo y la tierra.* Decidme, ¿puede la Iglesia cifrar mejor su confianza? Luego, extendiendo la mano sobre la sal, en signo de mando y para manifestar que obra en nombre del Todopoderoso, el presbítero continúa así: «Sal, criatura de Dios, te exorcizo en nom«bre del Dios vivo ✠, del Dios verdadero ✠, del Dios santo ✠, del «Dios que por medio del profeta Eliseo te hizo arrojar á las aguas «para hacerlas salubres, á fin de que seas para los fieles una fuente «de salud, y de que procures á cuantos gusten de tí la salud del al«ma y la salud del cuerpo; huya el espíritu inmundo, desvanézcase «su astucia y su malicia en todos los lugares en que seas derramada, «y esto en nombre de aquel que vendrá á juzgar á los vivos y á los «muertos, y al mundo por el fuego.»

Libre la sal de las malignas influencias del demonio, solo resta al sacerdote suplicar al Señor que tome posesion de su criatura, que la bendiga de nuevo y que la haga útil al género humano: para obtener esta gracia, invita á todos los fieles á unir sus preces á las suyas; *Oremos,* dice, y continúa de esta manera: «Dios eterno y todopo«deroso, humildemente imploramos vuestra soberana clemencia; dig«naos en vuestra misericordia bendecir ✠ y santificar ✠ esta sal que «criásteis para el uso del género humano; haced que dé á cuantos «usen de ella la salud de su alma y de su cuerpo, y que todo lo que

[1] Lebrun, pág. 53.

«sea tocado y rociado con la misma quede preservado de toda im-«pureza y de todo ataque del espíritu de malicia. Por Jesucristo Se-«ñor nuestro, que vive y reina con Vos en union del Espíritu Santo, «en todos los siglos de los siglos.» Y todos, por boca del acólito, contestan : Así sea : *Amen.*

Hé aquí, pues, la sal purificada; purificada, sí, es decir, vuelta á su primitivo destino, que no era otro que ser útil al hombre, y procurar al mismo tiempo que su utilidad la gloria del Criador; sí, así es, por mas que diga la impiedad ó la ligereza mundana; y si lo duda conteste á las siguientes preguntas : ¿Es cierto que las criaturas están viciadas y sujetas al demonio, el cual se sirve de ellas para dañar y tentar al hombre? ¿es cierto que puede Dios purificarlas y sustraerlas á la influencia del demonio? ¿es cierto que lo quiere? ¿es cierto que puede y quiere comunicar su poder á hombres elegidos? ¿es cierto que se lo ha comunicado? ¿es cierto que lo ha dicho? Contestar afirmativamente á estas preguntas, es ser *católico;* hacerlo negativamente, es abjurar el sentido comun, es ir contra el género humano; y ¿quién sois, pregunto yo, para arrogaros semejante derecho y decir : Yo solo soy sábio, yo solo soy ilustrado entre los mortales?

Despues de santificar la sal, el sacerdote toma otra vez la actitud de mando; extiende la mano, y dirigiéndose al agua, dice : «Agua, «criatura de Dios, te exorcizo en nombre de Dios ✠ Padre todopo-«deroso, de Jesucristo ✠ su Hijo y Señor nuestro, y por la virtud «del Espíritu Santo ✠ á fin de que seas pura y santa, capaz de des-«truir el poder de nuestro enemigo y de derribarle en union con sus «ángeles apóstatas. Por Nuestro Señor Jesucristo que vendrá á juz-«gar á los vivos y á los muertos, y al mundo por el fuego.»

En seguida el sacerdote invita á los fieles á suplicar con él á Dios que se digne acceder á su demanda : *Oremos,* dice, y continúa de este modo : «¡Oh Dios! que dísteis al agua tan inmensas propieda-«des en favor del género humano, acoged favorablemente nuestras «acciones, y derramad la virtud de vuestra bendicion ✠ sobre este «elemento preparado por varias purificaciones; haced que ayudando «vuestros misterios reciba la eficacia de vuestra divina gracia para «lanzar á los demonios y curar á los enfermos; que cuanto sea con «ella rociado, así en las casas como en los demás lugares en que se «hallen los fieles, sea preservado de toda impureza y de todo mal;

«que aleje de allí todo hálito pestilente ó corrompido; que descubra «los lazos del enemigo oculto, que disipe todo lo que pudiese haber «dañino para la salud ó el reposo de los que los habiten, y finalmente «que la salud que pedimos por la intercesion de vuestro santo nom«bre nos sea conservada contra toda especie de ataques. Por Jesu«cristo Señor nuestro, etc.»

Durante estos exorcismos y estas oraciones el sacerdote hace varias veces la señal de la cruz para indicar que solo por los méritos de Nuestro Señor ha perdido el demonio su poder, y dejan las criaturas de sernos dañosas.

El sacerdote toma luego la sal con la mano derecha y la esparce por el agua en forma de cruz, pronunciando estas palabras: «Há«gase la mezcla de la sal con el agua en nombre del Padre, y del «Hijo y del Espíritu Santo;» y los fieles por boca del acólito contestan: *Amen:* Así sea. Acto continuo reza el sacerdote una magnífica y tierna oracion por la cual suplica al Señor en nombre de la Iglesia que comunique al agua bendita todas las virtudes expresadas en las oraciones que anteceden; dice así: «Ó Dios, autor de un poder inven«cible y soberano de un indestructible imperio; que triunfais siem«pre gloriosamente, que anonadais los esfuerzos de toda dominacion «contraria, que abatís el furor del embravecido enemigo, y que do«mais con mano fuerte la malicia de vuestros enemigos, os suplica«mos humildemente, ó Señor, que mireis con benignos ojos esta «criatura de sal y de agua, que aumenteis su virtud y la santifiqueis «con el rocío de vuestra gracia, á fin de que por medio de la invo«cacion de vuestro santo nombre sea lanzada de los lugares que con «ella se mojen toda corrupcion del espíritu impuro; sea desechado «el temor de la venenosa serpiente, é implorando vuestra misericor«dia seamos siempre asistidos con la presencia del Espíritu Santo. «Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.»

Estas oraciones nos manifiestan que debemos esperar cinco efectos del agua bendita: 1.° lanzar el demonio de los lugares que haya podido infestar, y hacer cesar los males que haya causado; 2.° alejarlo de nosotros, de los lugares que habitamos y de todo cuanto sirve para nuestros usos; 3.° contribuir á la curacion de los enfermos; 4.° atraernos en todas ocasiones la presencia y auxilio del Espíritu Santo para el bien de nuestra alma y de nuestro cuerpo; 5.° borrar los pecados veniales.

El agua bendita produce realmente estos efectos, y para ponerlo en duda preciso es negar la historia eclesiástica desde la primera hasta la última página; preciso es acusar á la Iglesia como los Protestantes de supersticion y de error; preciso es considerar como otros tantos impostores é *imbéciles* á los hombres mas virtuosos y á los mas grandes genios que hayan brillado jamás sobre la tierra, como son Tertuliano, Orígenes, san Agustin, san Juan Crisóstomo, san Epifanio, san Jerónimo, san Gregorio, san Bernardo y tantos otros[1].

Esto basta para justificar á la Iglesia, la cual hace uso del agua bendita en los hombres, en las criaturas, en los *muertos*, á fin de excitar en nosotros al derramarla sobre los que ya no existen los sentimientos de contricion, de caridad y de devocion que pueden aliviar sus almas; la cual rocia con ella cada domingo á los fieles y al templo en que asisten á los santos oficios, y la conserva constantemente en la puerta de la casa del Señor. Esto basta para justificar á los fieles, quienes, siguiendo los consejos de la Iglesia, no han de limitarse á tomar agua bendita en las iglesias, sino que deben llevársela á sus casas, guardarla cuidadosamente, y tomarla al acostarse, al levantarse y en otras muchas ocasiones del dia, á fin de alejar de sí el espíritu de tinieblas, y alcanzar el auxilio de Dios en mil imprevistos peligros de cuerpo y de alma.

III. Aspersion del agua bendita.—Bendecida el agua, el sacerdote revestido con el alba y la estola rocia con ella á los fieles á fin de purificarles para que asistan al santo sacrificio con mayor atencion, inocencia y piedad. ¿Qué mas podríamos decir para inspirar la eficaz resolucion de no faltar nunca á la aspersion? Si durante la misa estamos distraidos, tibios ó torpes, ¿de quién es la culpa? ¿Hemos usado por ventura el medio que la Iglesia ha establecido para evitar tales defectos?

Llegado al pié del altar, el sacerdote entona este versículo del salmo L, *Asperges me: Me rociaréis, Señor,* y el coro continúa: *Con el hisopo, y quedaré purificado; me lavaréis, y quedaré mas blanco que la nieve.* Como quizás ignoren y deseen saber muchos de mis lectores el por qué la Iglesia ha elegido estas palabras, y como por otra parte su curiosidad es laudable, vamos á satisfacerla. La Iglesia ha elegido este versículo porque expresa perfectamente los efectos del agua bendita; mas, ¿por qué el real Profeta dice: *Me rociaréis con el hisopo,*

[1] Véase su imponente testimonio en Duranti, lib. I, c. 12.

y no con cualquier otra cosa? Por tres razones: la primera, porque el hisopo es un arbolillo cuyas hojas muy juntas y en gran número sirven perfectamente para retener las gotas de agua antes de la aspersion; la segunda, porque la propiedad medicinal del hisopo consiste en purificar y secar los malos humores, lo que lo hace un símbolo perfecto de la purificacion del alma y del cuerpo por el agua bendita; y la tercera, porque la aspersion de la sangre del cordero pascual sobre las puertas de las casas, y la del agua que sanaba la lepra, se hacian con un ramo de hisopo.

Estas aspersiones eran símbolos de la aspersion de la sangre de Jesucristo, y por consiguiente era conveniente que la realidad se verificase por el mismo medio que la sombra ó imágen: durante la aspersion, pues, debemos considerarnos como el pueblo de Israel, cuyas tribus al pasar por delante de Moisés al pié del Sinai eran rociadas con la sangre de las víctimas, y pedir que nos rocie la sangre de Jesucristo, la sangre de la augusta víctima, es decir, la aplicacion de los méritos de su preciosa sangre, la única que puede borrar los pecados y preservarnos de todos los males.

Durante el tiempo pascual, es decir, desde Pascua á la Trinidad, se canta : *Vidi aquam: He visto salir el agua por el lado derecho del templo*, etc., pues enteramente ocupada la Iglesia en el Bautismo que se administraba la víspera de Pascua, ha elegido estas palabras para recordarlo á sus hijos. El templo sagrado, abierto por su lado derecho, es el Salvador, cuyo entreabierto costado dejó correr sangre y agua, emblema del Sacramento de la regeneracion; secundemos, pues, las miras de nuestra buena madre, y solicitemos con ardor la conservacion de nuestra inocencia bautismal ó su recuperacion en caso de haberla perdido.

Despues de haber entonado el *Asperges me*, el sacerdote reza en voz baja el salmo *Miserere*, y si deseamos obtener la purificacion de nuestra alma, esforcémonos en participar de los sentimientos expresados en este cántico del Real penitente: de rodillas en el primer escalon, el sacerdote rocia el altar con agua bendita en tres distintos puntos; en medio, en el lado de la Epístola y en el del Evangelio; en seguida rocia el santuario y da la vuelta á este, con lo que se propone la Iglesia alejar de aquel santo y tremendo lugar al espíritu de las tinieblas, el cual, segun opinan los santos Padres, dirige todos sus esfuerzos á turbar á los presbíteros y ministros durante sus san-

tas y tremendas funciones. El sacerdote se levanta, se da agua bendita á sí mismo llevando el hisopo á su frente, y luego bajando hácia la nave rocia á todo el pueblo; de vuelta al altar, invoca al Señor y le suplica que otorgue á la santa asamblea los efectos adherentes al agua bendita; la oracion que reza dice así: «Oidnos, Señor santo, «Padre todopoderoso, Dios eterno, y dignaos enviar de los cielos «á vuestro santo Ángel para que conserve, fortifique, proteja y «defienda á cuantos se hallan en este lugar. Por Jesucristo Señor «nuestro.»

Esta oracion, que ha llegado á nosotros al través de tantos siglos[1], que ha pasado por los labios de tantos santos presbíteros y pontífices, que ha resonado en los oidos de tantos Santos, nuestros padres y amigos; esta oracion que nos recuerda el poder de los Ángeles protectores, sus milagros de caridad, á contar desde Abrahan y Tobías, y la asistencia del que vela en nuestra guarda; esta oracion reune todo lo necesario para llenar nuestro corazon de confianza, de alegría y de piedad. ¡Ojalá haga nacer siempre en nosotros tan santas disposiciones!

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido las bendiciones á fin de santificar á todas las criaturas; hacedme la gracia de que jamás me sirva de ellas sino por vuestra gloria.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me esforzaré en asistir á la aspersion del agua bendita antes de la misa.*

[1] Sacram. Gelas., 238.

# LECCION XV.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Procesiones en general.—Rasgo histórico.—Procesion del domingo antes de la misa.—Division de la misa.—Significacion de esta palabra.—Primera parte de la misa; preparacion al pié del altar.—Relaciones que existen entre la primera parte de la misa y la Pasion.—Sentimientos que debe abrigar nuestro corazon.**

I. Procesiones en general. — Terminada la aspersion empieza la procesion: mas, antes de asistir á ella, sepamos lo que vamos á hacer. La procesion es una marcha religiosa y solemne del clero y del pueblo, y es otro rito de la Iglesia católica que recuerda á nuestra mente la mas remota antigüedad: en todos los pueblos se han hecho procesiones; los hebreos hacíanlas muy frecuentemente, y sabida de todos es la que hizo Salomon con una magnificencia digna de él para trasladar el arca de la alianza al templo de Jerusalen [1], así como la del pueblo judío cuando fué al encuentro del Salvador, llevando en sus manos palmas y ramos de olivo, y cantando *Hosanna, Gloria al Hijo de David;* sabidas son tambien las que los mismos gentiles verificaban para la inauguracion de los juegos del Circo, y particularmente la de la ciudad de Autun en honor de Cibeles, famosa por haber dado ocasion al martirio de san Sinforiano [2].

Semejante antigüedad, semejante universalidad de las procesiones, ¿no prueba acaso que este sagrado rito es de institucion divina, y proviene de una revelacion primitiva? ¿Cómo podia nacer en el hombre la idea de que una marcha solemne honra á la Divinidad? Heredera de todas las costumbres y de todas las tradiciones santas é inmortales, la Iglesia al adoptar las procesiones ha reivindicado su herencia de los que la poseian, así de los judíos como de los gentiles; desde su orígen hizo en ella actos de propiedad, y verificó en las

[1] Exod. XVI; Iudith, XV, XVI; Esther, IV; Ioël, II; Iosue, VI.

[2] Respecto de las procesiones de los gentiles, véase á Brisson, lib. VII *De Formulis*, y las *Tres Romas*, t. III, *Descripcion del gran Circo.*

Catacumbas sus primeras procesiones, mientras esperaba el tiempo en que pudiera hacerlas á la faz del sol [1]; siéndonos fácil formarnos una idea del recogimiento y fervor de aquellas procesiones de cristianos, destinados la mayor parte al martirio, recorriendo á la luz de los cirios subterráneas galerías, en medio de los sepulcros de sus hermanos inmolados por la fe, y guiados por un obispo mas venerable aun por sus virtudes que por sus blancos cabellos, ¡ojalá que esta saludable idea nos inspire al seguir las huellas de nuestros padres!

¡Pues qué! ¿acaso la procesion del domingo por el interior de la iglesia no se hace en una catacumba, á la luz de los cirios y entre sepulcros de Mártires cuyos sagrados restos descansan á nuestra derecha y á nuestra izquierda, en las capillas laterales de la basílica? ¿Acaso no somos nosotros, no debemos ser, segun expresion de san Cipriano, Mártires de la paz [2], siempre prontos á inmolarnos, é inmolando siempre nuestros apetitos al Dios por quien nuestros abuelos derramaron su sangre? ¡Pues qué! ¿por ventura nuestra fe no es, segun expresion de Tertuliano, una promesa de arrostrar el martirio de sangre [3]?

Pero ¿por qué se hacen las procesiones? ¿cuál es la razon, el sentido de un hecho tan antiguo y universal? ¿Por qué la Iglesia lo conserva tan religiosamente? ¿por qué, así en sus dias de gozo como en sus dias de luto, ordena procesiones á sus hijos?

Penetremos el misterio. Las procesiones son un acto solemne de religion y al mismo tiempo una gran leccion; y son lo primero, en cuanto son unas públicas rogativas. ¿Qué dice al Señor todo ese pueblo que, llevando en triunfo la venerada imágen de la Divinidad ó de algun Santo, recorre orando, cantando ó llorando las calles de su ciudad ó los senderos de sus campos, sino que está penetrado de confianza en Dios, que le da gracias con amor como á orígen de todos los bienes, ó que espera ablandarle, porque es el vengador del crímen, el terrible dispensador del rayo, de la guerra, de la peste y de todos los males? Semejante homenaje, tributado á todas las perfecciones de Dios, quiere que sea público, y que las criaturas todas se unan á sus sentimientos; ¿puede haber por consiguiente un acto religioso mas significativo y eficaz? No, sin duda alguna; por esto es

[1] Boldetti, *Osserv. sopra i cimiter.*, lib. XI, c. 16, pág. 529.
[2] Habet et pax Martyres suos.
[3] Debitricem martyrii fidem.

que desde el orígen del Cristianismo hiciéronse procesiones ya para obtener favores, ya para desviar calamidades [1], limitándome á citar solo un ejemplo, si bien muy memorable. Á mediados del siglo III, en el año 274, la iglesia de Charres en Mesopotamia, la antigua Haran, donde Abrahan habia residido, tenia por obispo á un sábio pontífice, llamado Archelao, el cual era íntimo amigo de Marcelo, cristiano ilustre por su cuna, sus riquezas y su piedad. Charres se hallaba situada en las fronteras del Imperio romano y del de los persas, y por consiguiente estaba expuesta continuamente á los horrores de la guerra; cierto dia la guarnicion romana que defendia la ciudad y la provincia presentó al Obispo siete mil setecientos prisioneros, que habia resuelto vender ó matar, y como exigiese por ellos una crecida suma, Archelao inquieto refirió el caso á su amigo Marcelo, el cual abre al momento sus tesoros y distribuye á los soldados sin contar siquiera mucho mas de lo que habian pedido; maravillados estos de tanta caridad, unos solo quisieron admitir la cuarta parte de lo que solicitaran, otros aceptaron únicamente sus gastos de viaje, y muchos, en fin, abandonaron sus águilas para hacerse cristianos.

Uno de los cautivos refirió á Marcelo la causa de su desgracia; cristianos todos como eran dirigíanse á un lugar de peregrinacion acompañados de sus mujeres é hijos, *segun costumbre de sus antepasados*, á fin de obtener que cesase la sequía que devoraba sus campos; llegados á él pasaban la noche velando y ayunando, mas rendidos por el sueño fueron sorprendidos por una division romana, la que tomándoles por enemigos en emboscada, dió muerte á mil trescientos, é hirió á quinientos en la oscuridad de la noche, llevando á los demás á Charres, que distaba tres jornadas de camino. Marcelo no pudo contener sus lágrimas al escuchar tan triste relacion, y acto continuo mandó disponer setecientas mesas, donde les sirvió él mismo como hizo en otro tiempo Abrahan; durante quince dias dió á todos la misma hospitalidad, y como transcurrido aquel tiempo quisiesen volver á sus casas, quedóse cuidando á los heridos hasta su completa curacion, despues de lo cual les despidió igualmente proveyéndoles de cuanto necesitaban para su viaje, y, no contento aun

[1] Tertul. *Ad uxor.* lib II, c. 4; S. Hier. *Epist. VII, XXII, XXIII;* divus Basil. *Epist. XXXIV;* Nicephor. *Hist.* lib. X, 35; lib. XII, 45; lib. XIV, 47; lib. IV, 3; Baron. ann. 398; id. ann. 1065; S. Greg. Turon. *Hist.* lib. IV, 5; S. Aug. *De Civ. Dei*, lib. XXII; S. Ambr. *Serm. XX et XXI*, etc.

con haber practicado tantos actos de caridad, fué, acompañado de gran número de personas, á enterrar á los que fueron muertos en el lugar de la peregrinacion ó que habian fallecido en el camino [1].

Las procesiones son además una grande leccion, en cuanto son la imágen de la vida, en cuanto son la historia toda del género humano pasada, presente y futura. En efecto, ¿qué otra cosa es la vida del hombre sino una marcha hácia el cielo? Salido de Dios, debe volver á Dios; mas, ¿quién dirigirá sus pasos, á no ser aquel que es la luz y guia de todos los hombres que vienen á este mundo? Por esto es que en nuestras procesiones sale la cruz del pié del altar, figurando á Jesucristo abandonando el seno de su Padre para descender entre los hombres. La cruz se adelanta acompañada de luces, y los fieles la siguen; es Jesucristo apareciendo en el mundo, derramando la luz de su doctrina, y recogiendo á su paso á los elegidos de Dios, dispersos por los cuatro vientos [2]. La cruz precede á la comitiva, así como Jesucristo guia al hombre por el camino del cielo; en breve reúnensele las banderas, ostentando las unas la imágen de María, y la de algun Santo las otras; vienen en seguida las urnas, otros tantos carros triunfales donde descansan los sagrados cuerpos de los gloriosos vencedores del mundo y del demonio, quienes están allí para dirigir nuestros pasos y alentar nuestro valor. El pueblo sigue despues orando y cantando alternativamente sus esperanzas y sus dolores. ¡Ah! ¿quién no ve aquí la imágen de la vida, de la vida cristiana? ¿Por ventura el desterrado no verifica su peregrinacion hasta las fronteras de su patria entre preces, lágrimas y suspiros? ¿Por ventura no debemos dirigirnos al cielo siguiendo las huellas de Jesucristo y bajo la proteccion de María y de los Santos? ¿No es esta, decid, una de las lecciones mas importantes para el hombre?

Apenas la procesion se ha puesto en marcha, cuando se deja oir el sonido de las campanas, trompetas de la Iglesia militante que anuncian el paso del gran Rey y de su ejército, paso que va acom-

[1] *Historia universal de la Iglesia*, t. V, pág. 320.

[2] El uso de las lámparas y de los cirios en las iglesias en las ceremonias religiosas y en las procesiones data de la mas remota antigüedad. (Exod. xv; III Reg. iv; S. Greg. 3 *Dialog.*, c. 30; S. Greg. Turon. *De Gloria martyr.*, c. 20 et 79. — En las sepulturas se encienden tambien luces para indicar que los cristianos difuntos han triunfado de sus enemigos. (S. Greg. Naz. *Orat. II in Iulian.*; *et Orat. VII in mort. fratris*; S. Chrys. *Homil. LXX ad pop.*).

pañado de combates sin cesar renovados contra las legiones infernales, contra las seducciones del mundo y las pasiones rebeladas. La procesion describe diferentes líneas, recorre varias calles; es Jesucristo recorriendo el mundo, llamando á sí á los hombres todos de Oriente y de Occidente; por fin, vuelve á la iglesia, y es Jesucristo volviendo al cielo y conduciendo en pos de sí á los elegidos salvados con su sangre é iluminados con sus palabras. La cruz descansa al pié del altar en el mismo punto de donde salió: es Jesucristo sentándose en su trono á la diestra de su padre, despues de haberle conquistado un pueblo entero de adoradores; mientras que los fieles de regreso al mismo lugar de donde partieron son imágen del hombre, hijo del cielo y de regreso al cielo, del desterrado al pisar otra vez el suelo de su patria. La procesion ha acabado, lo mismo que la vida, y hé aquí la sublime y tierna leccion que da al hombre; una leccion mas significativa, mas elocuente y mas completa que todos los discursos de los filósofos [1].

II. Procesion del domingo. —Acabamos de explicar la significacion general de las procesiones, las cuales en su mayor parte se refieren á acontecimientos memorables cuyo recuerdo conservan de generacion en generacion. La del domingo, antes de la misa mayor, ha sido establecida para recordar una circunstancia de la resurreccion del Salvador.

Escrito está que los Ángeles, dirigiéndose á las santas mujeres que visitaban el sepulcro, les dijeron: «Id y decid á los discípulos y á «Pedro: El Señor os precederá en Galilea;» y encontrándolos el mismo Jesucristo al ir á cumplir con este mandato, les dijo despues que le hubieron adorado y besado sus sagrados piés: «Id y adver«tid á mis hermanos que vayan á Galilea; allí me verán.» Ahora bien, tomando la Iglesia estas palabras para sí, se pone en marcha todos los domingos antes del augusto sacrificio, y va, como las santas mujeres, á anunciar por todas partes á sus hijos que su Esposo ha resucitado, y en el mismo dia y cási en la misma hora en que se dió en el Calvario semejante órden á las santas mujeres de Jerusalen, la cumple la Iglesia en todos los puntos del globo, hace mil ochocientos años, demostrando que nuestras mas insignificantes ceremonias atestiguan á todas las generaciones los grandes aconteci-

[1] Respecto de todo cuanto llevamos dicho sobre este asunto, véanse los interesantes detalles dados por Durand. (*Ration. div. offic.* lib. IV, c. 6).

mientos en que descansa la historia del género humano. Durante esta procesion la Iglesia rocia á sus hijos con agua bendita en memoria del Bautismo, porque todos los domingos del año son como una continuacion del domingo de Pascua y de Pentecostes, dias solemnes en que se administraba el Bautismo durante los primeros siglos, pues la noche que precedia á tan grandes solemnidades formaba parte de las mismas fiestas. La opinion general es que el papa Agapito estableció la procesion del domingo [1].

Al entrar la procesion en el coro, se canta una antífona al santo Patron de la iglesia suplicándole que vele sobre los fieles, especialmente durante el sacrificio; la que se canta en Nevers es dirigida á san Ciro y á su madre santa Julita, patronos de la catedral, y está concebida en estos términos: *Parentes nostri*, etc. «Ó Padres nues-«tros y vosotros todos que habitais en los cielos, interceded por nos-«otros cerca del Señor Dios nuestro, á fin de que nos mire con mi-«sericordia, que nos dé la alegría del alma, y que haga reinar la «paz durante todo el curso de nuestra vida.»

Estas oraciones lo mismo que las procesiones deben hacernos recordar que somos viajeros en la tierra, que el cielo es nuestra patria, y que tenemos necesidad de Jesucristo para seguir el camino que á él conduce lo mismo que para llegar allí. Jesucristo es la via, la verdad y la vida; la via en que se anda, la verdad que se desea, y la vida que nunca acaba [2].

III. De la misa; primera parte. — Ha terminado ya la procesion; recojámonos ahora, pues va á empezar el augusto sacrificio. La misa se divide en seis partes [3]; la *primera* comprende la preparacion para el sacrificio, que se hace al pié del altar; la *segunda*, desde el Intróito hasta el Ofertorio; la *tercera*, desde el Ofertorio hasta el Cánon; la *cuarta*, desde el Cánon hasta el *Pater*; la *quinta*, desde la oracion *Libera nos* hasta la Comunion, y la *sexta*, desde la Comunion hasta el fin de la misa [4].

[1] Rupert, lib. VII, c. 20; Durandus, lib. IV, c. 6; id. lib. XI, c. 10; Meunier, *Tratado de las procesiones;* Eveillon, *De Process. Ecclesiae.*

[2] S. Aug. *Tract. in Ioan.*; el P. Lebrun, 93.

[3] Lebrun, id.; el P. de Condren, *Idea del sacerdocio*, etc.

[4] Como el sacrificio del altar, lo mismo que el del Calvario, se ofrece por cuatro fines, que son, expiar, adorar, pedir y dar gracias, puédese dividir la misa en cuatro partes: la primera, para expiar, desde el principio hasta el Ofertorio; la segunda, para adorar, desde el Ofertorio hasta la consagracion; la ter-

La palabra misa equivale á *despido:* durante los primeros siglos de la Iglesia se despedia por dos veces á los asistentes; la primera despues del Evangelio y la instruccion, cuando el diácono mandaba salir de la iglesia á los catecúmenos, á los infieles, á los penitentes y á cuantos no debian tomar parte en los santos misterios; lo que se llamaba la *misa* ó el *despido* de los catecúmenos; la segunda tenia lugar cuando, despues de la celebracion del santo sacrificio, el mismo diácono decia á los fieles: «Salid, ha llegado el momento [1];» lo que se llamaba *misa* ó *despido* de los fieles [2]. El nombre de misa, dado á la celebracion de los santos misterios, parece haber nacido con la Iglesia, pues se encuentra desde el orígen del Cristianismo; en el año 166 el papa san Pio escribiendo á Justo, obispo de Viena, le decia: «Como recordaréis, nuestra hermana Euprepia ha dado su ca«sa á los pobres; actualmente vivimos en ella y allí mismo celebra«mos la *misa* [3].» El papa san Cornelio, escribiendo á Lupicino, obispo de la misma iglesia de Viena, decia: «En la actualidad no «es permitido á los Cristianos celebrar públicamente la *misa,* ni aun «en las mas conocidas catacumbas, á causa de la violencia de la per«secucion [4].»

La primera parte de la misa es la preparacion que se verifica al pié del altar: el sacerdote, encargado del mas augusto y tremendo ministerio, sale de la sacristía revestido con sus ornamentos, y se dirige con gravedad y modestia á consumar la grande accion que debe reconciliar el cielo con la tierra; un instante mas, y hará llover sobre el mundo las mas abundantes bendiciones, ó mas bien hará descender al Justo, autor de toda gracia; llegado al pié del altar, al que saluda profundamente, no se atreve á pisar sus gradas, ó si las sube para hacer algunos indispensables preparativos, vuelve á bajarlas al momento, como deslumbrado por la majestad del Dios que no tardará en presentarse.

Inclínase otra vez y dice: *In nomine Patris,* etc.: para sacrificar á una víctima es preciso tener derecho sobre su vida, y solo Dios lo

cera, para pedir, desde la consagracion hasta la Comunion, y la cuarta, para dar gracias, desde la Comunion hasta el fin.

[1] Ite, missa est.

[2] Bona, lib. I, c. 1.

[3] Soror nostra Euprepia, sicut bene recordaris, titulum domus suae pauperibus assignavit, ubi nunc commorantes missas agimus. (Baronio, ann. 166).

[4] Bona, c. 3, pág. 13.

tiene sobre la vida del Verbo encarnado, víctima del sacrificio del altar; á fin, pues, de poder ofrecer Jesucristo á Dios su Padre, el sacerdote necesita la autoridad del mismo Dios, autoridad que le ha sido prometida, que va unida á su sacerdocio, y que invoca diciendo: *En nombre del Padre.*

*En nombre del Padre*, el cual es el único que tiene derecho para sacrificar á su Hijo, porque solo él lo tiene sobre su vida; en nombre del Padre, por cuya autoridad, eleccion y vocacion soy sacerdote.

*En nombre del Hijo, et Filii*, es decir, en su persona y en su lugar, como haciendo parte de aquel único y eterno sacerdote, como asociado á su sacerdocio y revestido de su poder, á fin de que haga en la tierra, por mi ministerio, lo que hizo por sí mismo en la cruz, y lo que hace todavía en el cielo.

*En nombre del Espíritu Santo, et Spiritus Sancti*, es decir, con su poder, pues por él fue formada en el seno de la augusta María la víctima de este sacrificio; por él puedo tener la santidad necesaria á mis sublimes funciones. Tal es lo que significa la señal de la cruz que el sacerdote hace sobre sí mismo al principio de la misa.

En nombre del Padre, cuyo sacerdote soy;
En nombre del Hijo, de quien soy sacerdote;
En nombre del Espíritu Santo, por el cual soy sacerdote;
En nombre del Padre, á quien ofrezco el sacrificio;
En nombre del Hijo, á quien ofrezco en sacrificio,
En nombre del Espíritu Santo, por quien le ofrezco en sacrificio.

El sacerdote debe hacer memoria de estos recuerdos para atreverse á inmolar la grande víctima, y cosacrificadores con él, los fieles deben tambien recordarlos, para lo cual deben hacer con particular respeto y atencion la señal de la cruz, que da principio á la misa. Admirado de lo que va á hacer, el sacerdote exclama: *¡Cómo! ¡iré yo á la montaña santa! ¡subiré al altar del Dios vivo! Introibo ad altare Dei!* y aquí empieza entre él y el pueblo reunido, representado por el monacillo, uno de aquellos inimitables diálogos cual no se hallan en ninguna lengua humana.

Temiendo que el miedo no detenga al sacerdote, el acólito ó monacillo parece alentarle en nombre de todo el pueblo, que desea recoger los frutos del sacrificio: *Sí*, le contesta, *iréis hácia el Dios bueno y clemente que llena de júbilo nuestra juventud: Ad Deum*, etc.; estas

palabras no le tranquilizan enteramente, y dirigiéndose directamente á Dios, le suplica que le juzgue, antes de pasar el dintel sagrado; le conjura para que no atienda á sus faltas, recordando únicamente que pertenece á la nacion santa, y que desea estar enteramente separado de la mentira y de la iniquidad; y le ruega que le envie desde lo alto su divina luz, aquel espíritu de verdad y de fe, el único que puede conducirle con seguridad hasta la montaña de salvacion, hasta el augusto tabernáculo donde reside la majestad del Todopoderoso.

Durante las oraciones que el sacerdote dirige al Señor, temblando por su indignidad, el pueblo representado por el acólito, alarmado por tanta indecision y tardanza, le interrumpe varias veces para alentarle: recuérdale que el Señor es nuestra fuerza y nuestro sosten; que sabe curar nuestras heridas, y devolver á nuestra alma su belleza primitiva, y el pueblo le repite: *Sí, entraréis en el altar del Dios que llena de júbilo nuestra juventud*. El sacerdote cede, por fin, á tan reiteradas instancias, y exclama: *Sí, Dios mio, cantaré vuestras alabanzas á la faz de la tierra; pero tú, alma mia, ¿por qué estás triste y por qué me llenas de tanta turbacion? Sí*, continúa el pueblo, *esperad en el Señor, al cual bendecirémos con Vos, pues que es nuestro Salvador y nuestro Dios. Gloria le sea dada: Gloria Patri*, etc., contesta el sacerdote, y el pueblo, uniendo su voz á la suya, concluye la alabanza de la augusta Trinidad: *Sicut erat*, etc.

Sin embargo, como si se arrepintiese de la promesa que acaba de hacer, el sacerdote se admira otra vez: *¡Cómo! ¡subiré yo al altar de Dios!* Seguramente, le contesta el pueblo; allí os llama el Dios de misericordia, y de nuevo repite: *el Dios bueno, el Dios que llena de júbilo nuestra juventud*. ¡Pues bien! resuelto estoy, dice el sacerdote, *Pongo mi fuerza y mi confianza en el nombre del Señor: Adiutorium nostrum*, etc. *Bien puesta está*, contesta el pueblo, *él crió el cielo y la tierra: Qui fecit*, etc. Entonces inclinándose profundamente y golpeándose el pecho como el publicano que no se atrevia á levantar los ojos, el sacerdote se proclama culpable á la faz del cielo y de la tierra; colocado entre la Jerusalen celeste y la Jerusalen terrestre, invita á esas dos ciudades para que oigan la relacion de sus faltas, y les suplica soliciten su perdon: *Confiteor*, etc.

Y el pueblo de la tierra, uniendo su voz á la del pueblo del cielo, contesta: «Tenga el Señor todopoderoso piedad de vos, y despues

«de perdonaros vuestros pecados, os conduzca á la vida eterna:» *Misereatur*, etc. Mientras que toda la Iglesia implora gracia y perdon para su ministro, permanece este profundamente inclinado en actitud suplicante, y antes de levantarse expresa el único deseo de su corazon: *Amen*. «Así sea, dice al pueblo; oiga el Señor vuestras «oraciones y purifique mi alma.»

Conmovido por la humildad del sacerdote, comprende el pueblo que tambien él necesita perdon y misericordia; y en efecto, ¿acaso no ofrece con el celebrante? ¿No debe ser santo como él? ¿Admitirá el Señor con complacencia la ofrenda de su ministro, si el pueblo por quien este intercede nada hace para purificarse á sí mismo? Por esto es que el pueblo, tomando á su vez una postura penitente, confiesa humildemente sus pecados, se golpea el pecho y pide al sacerdote, á quien llama su padre, que implore por él al Dios todopoderoso; el celebrante contesta: «Tenga el Señor todopoderoso piedad «de vosotros, y despues de perdonaros vuestros pecados os conduz«ca á la vida eterna.» Y luego, mezclando su causa con la del pueblo, añade: «Concédanos el Señor omnipotente y misericordioso la «indulgencia, la absolucion y la remision de *nuestros* pecados.» Al hacer esta súplica, hace la señal de la cruz á fin de restablecer en sí mismo y en el pueblo la imágen de Jesús crucificado, imágen de inocencia y de perfecta santidad.

¿Cómo creeis que la Iglesia del cielo, hermana primogénita de la Iglesia de la tierra, puede mirar sin interés á su hermana humillándose así y arrepintiéndose ante el Padre comun? Las ovejas interceden por el pastor, y el pastor por las ovejas; ¿puede haber espectáculo mas tierno y mas eficaz para hacer descender sobre la tierra un rio de misericordias? Lleno de confianza, el sacerdote se dirige á Dios, y le dice: *Ahora, Señor, os volveréis hácia nosotros; nos miraréis con benignos ojos, y vuestra mirada nos dará la vida: Deus tu conversus*, etc.; á lo cual el pueblo añade estas tiernas palabras: *Y vuestro pueblo se regocijará en Vos. Vuestro pueblo, á quien tanto amásteis, por quien tantos prodigios obrásteis; vuestro pueblo al cual amais como á las niñas de vuestros ojos, vuestro pueblo se regocijará en Vós, y la alegría de los hijos hará la dicha y la gloria del padre: Et plebs tua*, etc. Estas mútuas oraciones, esta tierna comunicacion de caridad, esta humillacion delante de Dios, han inspirado al corazon la confianza y la alegría; así es que el sacerdote y el pueblo termi-

nan su admirable diálogo rogando al Señor que deje penetrar en su corazon el grito de su amor.

Hemos dicho que este diálogo es admirable, y si quisiésemos examinarlo con los ojos profanos de la crítica literaria, no seria difícil demostrar que la Iglesia, al ponerlo en boca de sus hijos en el momento de cumplir la mas santa y tremenda accion, ha conocido perfectamente la *teoría de las pasiones;* en efecto, un sentimiento vivo y profundo, ya sea el del amor, el del dolor, el del odio, el de la tristeza, el de la indignidad ú otro cualquiera, se reconcentran sin cesar en sí mismos, y si bien podréis variar los términos para expresarlos, el sentimiento es siempre el mismo; pues bien, ved ahora como el sentimiento de indignidad, de miseria, de humillacion de que están penetrados el sacerdote y el pueblo en presencia del altar del Dios tres veces santo, se trasluce y se deja ver en cada palabra.

El *Introibo* y el salmo *Iudica* están en uso en la Iglesia romana hace mas de setecientos años [1]; antes del siglo IX se dejaba á los Obispos y á los presbíteros la facultad de hacer aquella preparacion segun su devocion, ya solos y en silencio, ya con los ministros; y si bien los Sumos Pontífices cambiaron despues esta práctica, guardaos de imaginar que lo hicieron así por creerse mas sábios é ilustrados que sus predecesores ó los Apóstoles, no; los tiempos y las circunstancias exigieron tal variacion. En las misas de Difuntos y en los dias de Pasion, suprímese aquel salmo á causa de estas palabras: *Alma mia, ¿por qué estás triste? Quare tristis es?* etc.; palabras que deben alejar la tristeza, al paso que las lúgubres ceremonias del oficio de Difuntos y del tiempo de Pasion deben inspirarla; sin embargo, aun en estas misas no quita la Iglesia al sacerdote el consuelo interior que espera hallar en el altar, y por esto dice tambien: *Me acercaré al altar de Dios que regocija mi juventud* [2].

Antes de separarse del pueblo para subir á la santa montaña, el sacerdote le dice: *El Señor sea con vosotros: Dominus vobiscum,* y el pueblo contesta: *Y tambien con tu espíritu: Et cum spiritu tuo;* palabras que, sacadas de la Escritura, son desde la mas remota antigüedad empleadas por la Iglesia para expresar la mútua salutacion del sacerdote y del pueblo, y que encierran importantísimas ideas; sin embargo, acostumbrados como estamos á oirlas de los labios del sa-

[1] Inocent. III, lib. XI, *De Myst. missae,* c. 13.
[2] Lebrun, pág. 113.



cerdote y quizás á contestarle maquinalmente, ¿hemos meditado alguna vez lo que nos prometen de parte de Dios y lo que nosotros le deseamos?

*¡El Señor sea con vosotros!* ¿Qué puede el sacerdote desearnos mejor? Y como les dirige estas palabras en el acto del sacrificio, equivale á decirles: «Durante la augusta accion en que el cielo va á en«treabrirse, en que Dios va á descender, en que voy á tratar de «vuestros mas caros intereses, descanse sobre vosotros el Espíritu de «Dios; forme en vosotros el espíritu de oracion, y os dé las santas «disposiciones de arrepentimiento y de fervor necesarias para que «veais cumplidos vuestros votos.» ¿Puede haber una salutacion mas tierna y que comprenda mas? No opongamos nosotros obstáculo alguno, y no dudeis que los deseos que expresa se realizarán en nuestro favor.

La contestacion que da el pueblo al sacerdote expresa iguales deseos: *Y con tu espíritu:* no dice y contigo, sino con tu espíritu, «por«que, segun dice un autor del siglo IX, en las funciones que va á «desempeñar todo es misterioso y espiritual, y su corazon no puede «penetrarse de la grandeza de su ministerio, sino en cuanto su es«píritu se aplica á meditar sobre las grandes verdades que le ofrecen «las oraciones que va á rezar.» En una palabra, el pueblo no considera al sacerdote como á un hombre, sino como á un espíritu puro, como á un Ángel de Dios que va á penetrar por él en el terrible santuario, y á llenar la mas angélica funcion de que puede ser honrada una criatura. Por esto es que el sacerdote desea á los fieles que Jesucristo esté entre ellos, y que el pueblo hace igual voto por el sacerdote, á fin de que Jesucristo sea todo en todos; que solo él rece, ame, adore en todos los corazones, y que todos estos reunidos formen un solo corazon en Jesucristo; á fin de conservar y de renovar esta union, se repite la sublime oracion que la expresa hasta ocho veces durante la misa; ¡ojalá no la olvidemos!

Desde una larga série de siglos [1], la piedad católica gusta de ver en las ceremonias del augusto sacrificio de nuestros altares las diferentes circunstancias del sacrificio de la cruz; se complace en seguir los pasos de la augusta víctima dirigiéndose lentamente al sangriento altar, desde el huerto de Gethsemaní hasta la cima del Calvario, y en tan doloroso camino experimenta una tierna variedad de

[1] Durand. *Rational. div. offic.* lib. IV, c. 7.

sentimientos de compuncion, de gratitud, de humildad, de esperanza y de amor. Sin dar á estas imágenes una importancia exagerada, las explicarémos sucesivamente, y tomarémos por guia á san Francisco de Sales, creyendo que nadie pondrá en duda que no podíamos elegir á otro mejor [1]. La misa se celebra en memoria de la Pasion de Nuestro Señor, segun él mismo lo mandó á sus Apóstoles, diciendo: *Haced esto en memoria de mí,* como si quisiese expresar: Cuando ofrezcais el augusto sacrificio, acordaos de mi Pasion y de mi muerte. Cumplamos, pues, el deseo del Salvador, y durante la primera parte de la misa veamos en el sacerdote al acercarse al altar, *á Jesús entrando en el huerto;* en el sacerdote al rezar las primeras oraciones de la misa, *á Jesús haciendo oracion en el huerto;* en el sacerdote al rezar el *Confiteor, á Jesús prosternado con el rostro contra el suelo;* en el sacerdote al besar el altar, *á Jesús recibiendo el beso de Judas,* y en el sacerdote al dirigirse hácia el lado de la Epístola, *á Jesús llevado preso* [2].

Sea lo que fuere de estas imágenes ó semejanzas, es lo cierto que la compuncion y la humildad son los dos sentimientos que deben dominar en nuestra alma durante esta primera parte de la misa, como lo indican claramente las oraciones y ceremonias que la componen.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido el santo sacrificio de la misa, en el cual me aplicais los méritos de vuestra Pasion y muerte; hacedme la gracia de que asista á ella con mayor piedad y devocion de lo que he hecho hasta ahora.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rezaré el* Confiteor *al principio de la misa con mucha devocion.*

[1] Tom. XIV *Opuscul.* pág. 267 y sig.

[2] Iguales imágenes se encuentran, si bien con alguna variacion, 1.° en Belarmino, *Dottr. crist.;* 2.° en santo Tomás, 3 p. q. 75, art. 6; 3.° en Turlot, *Catec.* part. IV, lec. XVIII, pág. 629.



# LECCION XVI.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Incensaciones.—Segunda parte de la misa, desde el Intróito hasta el Ofertorio.—Intróito.—*Kyrie eleison.*—*Gloria in excelsis.***

El sacerdote y los fieles se han manifestado sus recíprocos deseos de una verdadera disposicion para aprovecharse debidamente del augusto sacrificio; si el Señor está con su pueblo y con su ministro; si reza, ama y adora en ellos y con ellos, tienen aseguradas las mas abundantes bendiciones. Despues de recomendar á los fieles la oracion continua: *Oremus, oremos*, el sacerdote se adelanta lentamente hácia el altar, redoblando sus instancias para obtener la gracia de entrar puro y sin mancha en el Santo de los Santos; mas, nuevo Moisés, no olvida, al trepar al Sínai, al pueblo amado que deja en la llanura, y hace la siguiente oracion lo mismo para sí que para los fieles: «Os suplicamos, Señor, que aparteis de nosotros nuestras ini«quidades, á fin de que podamos entrar en vuestro santuario con un «corazon puro. Por Jesucristo Salvador nuestro. *Amen.*»

Al llegar delante del tabernáculo, se inclina profundamente y besa el altar en señal de su respeto á Jesucristo que no tardará en descender á él, y de su veneracion por los santos Mártires cuyas reliquias están allí depositadas, acompañando esta ceremonia con la siguiente oracion: «Os suplicamos, Señor, por los méritos de vues«tros Santos, cuyas reliquias se guardan aquí, y de todos los San«tos, que os digneis perdonarme todos mis pecados. *Amen.*» Al colocar debajo de la mesa del altar las reliquias de los Mártires, la Iglesia de la tierra ha querido imitar lo que san Juan observara en el cielo: *Ví debajo del altar*, dice, *las almas de los que habian sido muertos por la palabra de Dios* [1]; y no sin razon se encomienda el sacerdote á los Santos en general y á los Mártires en particular, pues las

[1] Apoc. VI, 9.

oraciones de los unos y la sangre de los otros, unidas á los méritos y á la sangre de Jesucristo, son de un valor infinito, y su poderosa intercesion puede muy bien alcanzarle de Dios la remision de sus pecados. Estas dos oraciones, que son muy antiguas en la Iglesia, son rezadas en voz baja por el sacerdote, por la razon de que se refieren á él personalmente [1].

I. Incensaciones. — En las misas solemnes, luego que el celebrante ha rezado las oraciones que preceden y besado el altar, el diácono le ruega que bendiga el incienso, diciendo: «Bendecid, mi re-«verendo Padre.» La calificacion de padre conmueve y enternece por la venerable antigüedad que la misma recuerda, pues así llamaban los primeros cristianos á los Obispos y presbíteros, lo mismo que á los autores de sus dias; y en efecto, ¿no son los Obispos y presbíteros los padres de nuestras almas? El uso de esta voz se ha conservado en las comunidades religiosas, en las que se han refugiado las santas tradiciones de la Iglesia primitiva junto con el verdadero espíritu del Evangelio. El celebrante coloca incienso en el incensario, diciendo: «Sé bendito por aquel en cuyo honor arderás,» lo bendice haciendo la señal de la cruz, y tomando luego el incensario de las manos del diácono, inciensa la cruz, el fondo del altar, su frontal y sus dos lados.

¿Cuál es el orígen de las incensaciones y cuál su significacion? preguntará sin duda vuestra piadosa curiosidad; y nuestra contestacion á lo primero será que para encontrar el orígen del incienso en el culto divino, es preciso retroceder tres mil quinientos años, trasladarse al desierto del Sínai, y escuchar al mismo Dios prescribiendo á Moisés el modo de componer el perfume que debia quemarse en el tabernáculo [2]; la costumbre que se apoya en semejante antigüedad y dimana de orígen tan respetable puede, á no dudar, ser practicada sin rubor. Una de las principales funciones de los sacerdotes de la antigua ley era la de quemar incienso en el altar de los perfumes, y los gentiles, herederos aunque infieles de la tradicion primitiva, conservaron en sus ceremonias el uso del incienso [3].

Al adoptarlo en las suyas, la Iglesia católica, léjos de ser imitadora

[1] Bona, lib. II, c. 22.
[2] Exod. xxx, 34.
[3] Tertul. *Apol.* c. 30; Arnob. lib. II.

de los gentiles, no hizo mas que practicar en tiempo del Evangelio lo que se ordenaba en la ley, pues el mismo Salvador le enseñó con su ejemplo, que la ofrenda del incienso continuaba siendo agradable á Dios: entre los presentes que los Reyes magos por inspiracion suya depusieron á sus piés, se indica expresamente el incienso; y mas tarde invitado el Hijo del Hombre á comer en la casa de un fariseo, se queja de que no le hayan perfumado su cabeza, como se hacia con las personas á quienes se trataba de honrar [1], lo que practicó María, hermana de Lázaro, en una ocasion semejante [2]. La Iglesia usó las incensaciones desde los primeros siglos [3], y vemos á Constantino apresurarse, luego de ocupar el trono de los Césares, á regalar á las iglesias incensarios de oro para que les sirviesen durante la celebracion de los augustos misterios [4].

II. Significacion del incienso. — Veamos ahora cuál es la razon de un uso tan constante, antiguo y universal; para ello debemos saber, 1.° que el incienso que se quema durante los santos misterios es un holocausto ofrecido á Dios, manifestando así que todas las criaturas deben ser empleadas y consumidas en su servicio y para su gloria. La liturgia oriental da á conocer claramente semejante intencion, puesto que acompaña la incensacion con la siguiente oracion: «Gloria «á la santísima, consustancial y vivificadora Trinidad, ahora, siem-«pre y en todos los siglos de los siglos [5];» 2.° que el incienso que se quema en el altar, cuyo perfume se esparce por la iglesia, es una imágen del exquisito olor de Jesucristo que desde el altar penetra en el alma de los fieles, bella y misteriosa significacion que le reconoce unánimemente toda la antigüedad cristiana [6]. Los santos Padres nos dicen que «el incensario representa la humanidad de Jesucristo, el «fuego su divinidad, y el vapor del perfume su gracia.» «El incensa-«rio, dice san Agustin, es como el cuerpo del Señor, y el incienso «como este mismo cuerpo ofrecido en sacrificio por la salvacion del «mundo, y recibido como un suave perfume por el Padre celestial [7].»

[1] Luc. VII, 46.
[2] Ioan. XII, 3.
[3] Cán. de los Apóstoles, liturgia de san Jaime, etc.
[4] Pontifical. Damas y Metaphr. *in Vita S. Nicolai.*
[5] Euch. Graec. pag. 2.
[6] San Dionisio, *Hierarch. eccl.* c. 3 y 4; Simon Thessal. *De Templo;* divus Thom. 3 p. q. 83, art. 5.
[7] Homil. VI *in Apoc.* X, 3.

Penetrados de estas sublimes y misteriosas ideas, los primeros cristianos tenian tanta veneracion por el incienso que se quemaba en las iglesias, que procuraban respirar su perfume, diciendo lo que dice aun el sacerdote actualmente : «Encienda el Señor en nosotros el «fuego de su amor y la llama de la caridad eterna [1].»

3.° Que el incienso ha sido siempre considerado como una expresion viva de las oraciones que dirigimos á Dios y de nuestro ardiente deseo de que se eleven hasta él, así como su perfume se eleva por los aires; la oracion que segun las antiguas liturgias se rezaba durante las incensaciones, y que se reza aun en el dia, no deja duda alguna sobre este particular. «Ó Jesucristo, que sois Dios, dice la Iglesia «oriental, os ofrecemos este incienso como un perfume espiritual, á «fin de que os digneis recibirle en vuestro santo y sublime altar, del «que esperamos los efectos de vuestra misericordia [2].» «Señor, dice «la Iglesia occidental, haced que mi oracion suba hasta Vos como «este incienso;» y sin duda para conformarse con el espíritu de la Iglesia el santo presbítero Zozimas en el año 526, hallándose en Cesarea de Palestina, mandó, anegado en lágrimas en el momento en que fue destruida la ciudad de Antioquía, llevar el incensario al coro, derramó incienso en él, se prosternó en el suelo, y unió al humo del incienso su llanto, sus suspiros y sus oraciones con la esperanza de calmar la cólera de Dios [3]. Vemos, pues, que el incienso ha sido siempre considerado como el símbolo de nuestras oraciones; y no podia hallarse otro mas expresivo; en efecto, el incienso se eleva por los aires solo por la actividad que le da el fuego, y nuestras oraciones, que no son mas que los deseos de nuestro corazon, no pueden llegar hasta Dios si no están animadas por el fuego del amor divino. El dulce perfume que del incienso se exhala es una elocuente leccion que nos enseña á preparar de tal modo nuestro corazon, que nada se desprenda de él que no sea agradable á Dios; el incienso se consume todo; todas sus partículas se elevan en vapor, y del mismo modo los deseos todos de nuestro corazon deben tender hácia Dios sin que ni uno se fije en la tierra.

4.° Que si el incienso representa las oraciones de los santos de la tierra, con mas razon representa las de los Santos del cielo; y por

[1] Véase el P. Menard, pág. 271.
[2] Liturg. Chrysost. Euch. pag. 52.
[3] Evag. *Hist. eccl.* lib. IV, c. 7.

esto el apóstol san Juan nos dice : *Los ancianos estaban prosternados delante del Cordero, teniendo cada uno una copa llena de perfumes, que son las oraciones de los Santos* [1]. Siendo el incienso el emblema de la oracion, la primera incensacion no podia verificarse en ocasion mas oportuna que despues de la oracion *Oramus te,* en la que conjuramos á Dios que atienda á las súplicas de los Santos para que use con nosotros de misericordia [2].

Antiguamente se incensaba el altar en todo su alrededor, mas no permitiéndolo en el dia la disposicion del lugar, se inciensa únicamente el fondo, la parte superior y los tres lados que están á la vista; despues de incensar el altar, el celebrante depone el incensario en manos del diácono, el cual inciensa á su vez al sacerdote, y la razon es, que en todos los pueblos, especialmente en Oriente, ha sido la incensacion un signo honorífico, de modo que para honrar á una persona se perfumaba el aposento en que se la recibia [3], y derramábanse sobre su cabeza esencias olorosas; perfumábanse igualmente los vestidos de ceremonia [4]; entre los presentes que Jacob envió á José cuando se hallaba en Egipto, mandó colocar algunos perfumes, y la Reina de Sabá hizo presente á Salomon de una cierta cantidad de exquisitos perfumes [5].

En virtud, pues, de esta costumbre se inciensa el altar porque representa á Jesucristo; se inciensa el santo Evangelio porque contiene la palabra de Jesucristo; se inciensa á los presbíteros y á los levitas porque son los ministros de Jesucristo; se inciensan las reliquias de los Santos porque son los preciosos restos de los miembros de Jesucristo; se inciensa á los coristas, es decir, á los que cantan las alabanzas de Dios, porque son en cierto modo los órganos de que se sirve la Iglesia para tributar al Eterno, por medio de Jesucristo, el homenaje de la oracion; se inciensa á los Príncipes y á los superiores en el órden temporal porque toda autoridad procede de Dios, y por lo tanto debe honrarse en los que son en la tierra la imágen viva del Rey de los reyes y del Señor de los señores. Por lo que hemos dicho se vendrá fácilmente en conocimiento de que todos esos

[1] Apoc. VIII.
[2] Lebrun, pág. 556.
[3] Cant. I, 11.
[4] Genes. XXVII, 27.
[5] III Reg. X, 2.

honores son relativos y que se remontan al único que merece honor, imperio y gloria [1].

III. Segunda parte de la misa.—La segunda parte de la misa, que empieza en este momento, comprende el *Intróito*, el *Kyrie*, el *Gloria in excelsis*, la *Colecta*, la *Epístola*, el *Gradual* ó el *Tracto*, el *Evangelio* y el *Credo*: la Iglesia reune la instruccion, la alabanza á Dios y la oracion, porque es necesario llenar de santas ideas y de santos sentimientos la mente y el corazon de los fieles á fin de disponerles para la celebracion de los terribles misterios; esta práctica, prudente y sábia hasta lo sumo, nos ha sido legada por los primeros siglos, solo que entonces se procuraba omitir en esta parte de la misa cuanto se refiriese muy directamente al sacrificio de la Eucaristía, por temor de revelar los misterios á los catecúmenos, quienes podian asistir hasta la oblacion á estas oraciones y lecturas [2].

Luego que el celebrante ha sido incensado se dirige hácia el lado de la Epístola y empieza el *Intróito*, palabra que significa *entrada*, porque aquel se canta en el acto en que el sacerdote se acerca al altar; hay quien cree que se cantaba mientras los fieles entraban en la iglesia, y por esto se componia de un salmo entero y á veces de muchos [3]. El establecimiento del Intróito se debe al papa Celestino, y antes de su pontificado la misa empezaba con una lectura de la sagrada Escritura, como así se practica todavía la víspera de Pascua y la de Pentecostes [4]. El Intróito, que se componia antes de un salmo entero, se redujo despues á algunos versículos, si bien se dejó el *Gloria Patri*, porque en el oficio cada salmo va seguido de aquella oracion; y por otra parte, ¿podia la misa empezar mejor que con la alabanza de la santísima Trinidad, á la que debe ofrecerse el santo sacrificio?

¿Por qué la Iglesia ha elegido con preferencia para componer el Intróito los cantos del Rey profeta? Á esta pregunta contesta un autor antiguo en los siguientes términos: «La entrada del sacerdote «en el altar figura el primer advenimiento del Hijo de Dios en la «tierra, y el Intróito es el grito con que el mundo antiguo llamaba «al Deseado de las naciones; para expresarlo se emplean las pala-

[1] Cochin, *Cerem. de la misa*, pág. 222.
[2] Lebrun, pág. 157.
[3] Rhenan. *ad Tertul. de Coron.*
[4] Amal. lib. III, c. 5; Lib. Pontif. c. 42.

«bras de David, porque este formó parte de aquellos *Profetas y Re-*
«*yes que quisieron ver lo que nosotros vemos, y oir lo que nosotros oi-*
«*mos* [1]. Los hijos de la Iglesia católica, mas felices que todos aque-
«llos santos varones, dilatan su corazon y manifiestan su alegría
«saludando el advenimiento del Redentor, pues poseen al que los
«Patriarcas, los Profetas, los Reyes, los sacerdotes, los antiguos
«justos todos, llamaban con estas ardientes palabras: *Enviad, Señor,*
«*al Cordero dominador del mundo; venid, Señor, y no tardeis* [2].»

Durante el Intróito, al cual tenemos obligacion de asistir, unamos nuestras aspiraciones y nuestros deseos á los de los antiguos justos, participemos de sus disposiciones, pues un ardiente deseo es una condicion indispensable para aprovecharse debidamente del augusto sacrificio. ¡Ah! ¡cuáles hubieran sido las disposiciones de Abrahan, de Isaac y de David si como nosotros hubiesen tenido la felicidad de asistir á la misa, á la inmolacion del Cordero de Dios que con tanto ardor invocaban!

El celebrante reza el Intróito colocado en el lado de la Epístola, en el cual permanece largo tiempo durante la misa, por la razon que vamos á decir: En las antiguas iglesias bien orientadas, la sacristía está situada en el Mediodía, á la derecha de los que entran, de modo que colocado el sacerdote en el lado dicho, se encuentra mas cerca de todos los ministros que van y vienen de la sacristía al altar; por igual razon se sitúa en el mismo lado la sede del Obispo ó del celebrante en las misas solemnes, pues el altar, lugar destinado para el sacrificio, no es necesario para el Intróito, ni para nada de cuanto precede á la oblacion. Mas de mil años hace que el Sumo Pontífice despues de besar el altar se dirige á su trono, no volviendo al altar hasta el Ofertorio, lo cual practican tambien los Obispos en las misas solemnes. Semejante costumbre reconoce otra razon, y es que la duracion de lo que se lee ó canta hasta el Ofertorio exigia que el celebrante se apartase del altar, á fin de poder sentarse [3], tanto mas en cuanto en las grandes fiestas se repetia y repite el Intróito dos veces ó para mayor solemnidad.

Despues del Intróito, el sacerdote, con las manos juntas en señal de humildad y de aniquilamiento ante la majestad de Dios, se diri-

[1] Matth. XI; Luc. X.
[2] Maxim. *in Exposit. liturg.*
[3] Rit. Laud. pag. 98; Ord. roman.

ge al medio del altar para decir alternativamente con el pueblo, representado por el monacillo, tres veces *Kyrie eleison*, otras tantas *Christe eleison*, y otras tantas *Kyrie eleison*. *Kyrie eleison* son dos palabras griegas que significan: *Señor, apiadaos*, y el uso de esta oracion, inaugurado en la Iglesia griega, data en la Iglesia latina de la mas remota antigüedad. «Considerando, dice un antiguo concilio, «que en la Iglesia de Roma, lo mismo que en todas las provincias «de Oriente y de Italia, se ha establecido la santa y saludabilísima «costumbre de repetir con frecuencia y con un gran sentimiento de «fervor y de compuncion *Kyrie eleison*, queremos que en todas nues«tras iglesias, en Maitines, en la misa y en Vísperas, se introduzca «tan santa costumbre con el auxilio de Dios [1].»

Nada mas sublime y tierno que el orígen de esta oracion en la Iglesia griega; escuchad: En los primeros siglos los catecúmenos y penitentes asistian á la misa hasta el Ofertorio, y conmovidos los fieles por los deseos de los primeros y por las lágrimas de los segundos, no olvidaban el encomendarles al Señor; los catecúmenos y los penitentes se arrodillaban, y el diácono decia: *Catecúmenos, orad;* luego dirigiéndose á los fieles añadia: *Oren los fieles por ellos, especialmente los niños* [2]. ¡Ah! sí, los niños, los ángeles de la tierra, cuyo corazon puro é inocentes manos elevadas al cielo son omnipotentes en el corazon de Dios. El diácono hacia en alta voz varias súplicas para los catecúmenos, diciendo: «Oremos todos por los catecúmenos, á fin «de que el Señor, lleno de bondad y de misericordia, oiga sus ora«ciones y les otorgue lo que con el corazon le pidan;» y los fieles, especialmente los niños, contestaban: *Kyrie eleison:* «Señor, tened «piedad.»

*El diácono:* «Les descubra el Evangelio de Jesucristo.»

*Los fieles, especialmente los niños:* «Kyrie eleison: Señor, tened «piedad.»

*El diácono:* «Les ilumine y les enseñe sus mandamientos.»

*Los fieles, especialmente los niños:* «Señor, tened piedad.»

*El diácono:* «Les inspire un casto y saludable temor; abra los oi«dos de su corazon para que se ocupen de su ley noche y dia.»

[1] Concil. Vasens. sub Leone I, can. 5.

[2] Las Constituciones apostólicas añaden: Sobre cada una de las cosas que el diácono propone, digan los fieles: *Kyrie eleison*, especialmente los niños. (*Const. apost.* lib. VIII, c. 5 y 6).

*Los fieles, especialmente los niños :* «Señor, tened piedad.»

*El diácono :* «Les una y les cuente en el número de sus ovejas, «haciéndoles dignos de la regeneracion y del ropaje de la inmorta-«lidad.»

*Los fieles, especialmente los niños :* «Señor, tened piedad.»

*El diácono :* «Les purifique de toda mancha de cuerpo y de espí-«ritu, habite en ellos junto con su Cristo, bendiga su entrada y su «salida, y haga que el buen éxito presida en todos sus proyectos.»

*Los fieles, especialmente los niños :* «Señor, tened piedad.»

*El diácono :* «Alcancen por medio del Bautismo la remision de sus «pecados, á fin de que sean dignos de conocer los santos misterios, «y de la residencia de los Santos.»

*Los fieles, especialmente los niños :* «Señor, tened piedad.»

Terminadas estas súplicas en favor de los catecúmenos, el diácono daba principio á otras por los penitentes, á las que los fieles, y especialmente los niños, contestaban como en las anteriores, *Señor, tened piedad;* el número de tales invocaciones no estaba rigurosamente determinado, y de aquí provino que en un principio, cuando la Iglesia hubo aplicado estas oraciones á todos los fieles, se rezaba el *Kyrie eleison* mayor ó menor número de veces, segun las circunstancias. En el dia, una piadosa costumbre aprobada por la Iglesia dispone que se diga nueve veces *Kyrie* ó *Christe eleison* para imitar el canto de los Ángeles que comprende nueve coros; rézase tres veces el *Kyrie* en honor del Padre, tres el *Christe* en honor del Hijo, y tres el *Kyrie* en honor del Espíritu Santo, á fin de adorar é invocar igualmente las tres personas de la santísima Trinidad.

La Iglesia latina ha conservado las palabras griegas para manifestar que la Iglesia occidental no formaba mas que una con su hermana la Iglesia oriental, y que Dios era por ella alabado en todas las lenguas [1]. De ahora en adelante, cuando oigamos el *Kyrie eleison* trasladémonos con el pensamiento á las antiguas basílicas de Constantinopla y de Nicea, y procuremos repetirlo con los mismos sentimientos, y sobre todo con igual inocencia que los niños de aquellos dichosos siglos; ó mejor todavía, digámoslo como el ciego de Jericó, el cual no empleó mas súplicas para obtener del Hijo de David la curacion que solicitaba. ¡Ay! ¡ojalá que aquella oracion que no nos conviene á nosotros menos que á él esté siempre en nuestro corazon, así co-

[1] S. Aug. *Append.* pag. 44.

mo estaba en el de tantos Santos que la repitieron antes que nosotros!

Despues del *Kyrie eleison*, el sacerdote, en medio del altar tambien, extiende sus manos en señal de orar, y levantándolas hasta la altura de las espaldas para significar con ello su amor por las cosas celestes y su deseo de poseerlas, entona el *Gloria in excelsis Deo*, á cuya última palabra junta las manos y se inclina por respeto hácia el nombre de Dios. El *Gloria in excelsis* data de la misma cuna del Cristianismo; los Ángeles entonaron este cántico de amor al rededor del pesebre del recien nacido de Belen, y la Iglesia lo continuó; tal es el orígen del *Gloria in excelsis*. Desde el tiempo de san Atanasio los fieles lo rezaban en sus oraciones matutinales, hasta las mujeres lo sabian de memoria [1], y hace mil trescientos años á lo menos que se acostumbra rezarlo en la misa [2]; durante el Adviento y la Cuaresma, en las misas de Difuntos y en ciertos otros dias, no se canta el *Gloria*, pues recordando el oficio en estas circunstancias la penitencia ó la tristeza, no se debe celebrar ni cantar la gloria celestial, mientras se llora su propia miseria ó los sufrimientos de las almas del purgatorio.

El *Gloria*, cántico de alabanza y de amor, está admirablemente colocado despues del *Kyrie eleison;* la Iglesia acaba de implorar la misericordia de su divino Esposo, y confiando en que ha sido oida, entona el himno de su gratitud, de su boca se desprenden las mismas palabras de los Ángeles, y canta el gran misterio de la encarnacion, que constituye su dicha, su esperanza y su gloria; bendice por él al Señor y solicita su proteccion omnipotente. El sacerdote lo entona primeramente solo, y le contesta luego todo el pueblo, recordando así el modo como fue cantado por los Ángeles; preséntase á los pastores uno de aquellos espíritus celestes, les participa la gran noticia, y apenas concluyó de hablar, cuando una multitud de Ángeles, uniendo sus voces á la suya, cantan con él: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad* [3]. El Introito expresa los deseos de los Patriarcas, el *Gloria in excelsis* anuncia su realizacion, reuniéndose así en la segunda parte del sacrificio católico las dos grandes épocas del género humano, la anterior y la posterior al Mesías. ¿Es esta idea tan insignificante que nada nos

[1] De Virgin. vers. fin. Constit. apost. lib. VII, c. 47.
[2] *Sacrament.* de san Gregorio.
[3] Luc. II, 14.

diga? ¿Es acaso ineficaz para ilustrar nuestro espíritu, para fijar nuestra mente y para inflamar nuestro corazon?

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber perpetuado el sacrificio del Calvario; hacedme la gracia de que me penetre de los sentimientos de compuncion, de gratitud y de gozo que inspiran las primeras oraciones de la misa.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me esforzaré en rezar el* Kyrie eleison *como los primeros cristianos.*

---

# LECCION XVII.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Segunda parte de la misa (continuacion). — Oracion. — Epístola. — Gradual. — Tracto. — Aleluya. — Prosa.**

Concluido el *Gloria in excelsis*, el sacerdote hace la señal de la cruz, costumbre que nos transporta á una época anterior de diez y ocho siglos á la nuestra, nos presenta ante los ojos á los primeros cristianos, los cuales, como ya sabemos, jamás se olvidaban de hacer la señal de la cruz al principio y al fin de todas sus obras, pues ni ellos podian ni nosotros mismos podemos recurrir con bastante frecuencia á una señal omnipotente, ni recordar que de la cruz descendieron sobre nosotros las bendiciones todas. Solícita la Iglesia en conservar las santas prácticas de los primeros tiempos, ha querido que durante los augustos misterios se hiciese la señal de la cruz al fin del *Gloria in excelsis*, antes del Evangelio, despues del *Credo*, de la Oracion dominical, del *Sanctus* [1], etc.

El canto de los Ángeles ha llenado las sagradas bóvedas, y se ha anunciado la paz traida al mundo por Jesucristo; ¿qué cosa mas natural, pues, que el sacerdote, el ángel de la tierra, la desee á los fieles? Mas, ved cómo lo practica: besa el altar para buscarla en el mismo seno del Salvador, y lo besa en medio, porque allí está la sagrada piedra, sepulcro de los Mártires y símbolo de la piedra angular de la Iglesia, que es Jesucristo; junta sus manos, y volviéndose hácia el pueblo con los ojos bajos, abre sus manos en señal de su caridad, y dice: *El Señor sea con vosotros.* En Oriente, en vez de decir los sacerdotes *Dominus vobiscum: El Señor sea con vosotros,* han dicho siempre: *Pax vobis: La paz sea con vosotros,* dulces palabras de que se valió el Salvador despues de su resurreccion para saludar á los Apóstoles; los Obispos de Occidente han conservado semejante costumbre, y despues de rezar el *Gloria in excelsis*, dicen: *Pax vobis: La paz sea con vosotros,* deseando para los fieles la paz que

[1] Durandus, *Rational.* lib. V, n. 15.

acaban de anunciar: hasta el siglo XI y cási por todas partes los Obispos solos rezaron el *Gloria in excelsis* en la misa, así es que solos dijeron : *La paz sea con vosotros*, á causa de la relacion que guardan estas palabras con el himno angélico. El pueblo contesta : *Y con tu espíritu*, pues agradecidos por el voto que en su favor ha manifestado el celebrante, le devuelven su saludo rogando por él [1].

Rico con las bendiciones de sus hermanos, el sacerdote se dirige hácia el lado de la Epístola y dice : *Oremos*, siendo esta la segunda vez desde el principio de la misa que da al pueblo y á sí mismo tan saludable advertencia; oremos, nuestros corazones se han unido deseándonos una caridad mútua; el Señor está con vosotros, y está tambien con mi espíritu; ruega en vosotros y ruega en mí; esperemos en él, pues el Hijo de Dios que reina en nuestros corazones es siempre oido á causa del respeto que se le debe.

El sacerdote tiene sus manos abiertas y elevadas; recuerdo de tres mil años, tradicion de diez y ocho siglos: recuerdo de tres mil años, sí, pues los israelitas oraban con las manos elevadas hácia el templo [2]; tradicion de diez y ocho siglos; pues nuestros padres oraban con los brazos abiertos para imitar á Jesucristo en la cruz, manifestando con tal actitud su disposicion para el martirio, para sacrificar su fortuna, su familia, su misma vida antes que renunciar á la fe [3]; tierna costumbre, si jamás la hubo, que la Iglesia ha querido conservar. ¡Ah! en adelante, cuando veamos á un sacerdote en el altar, en la montaña del sacrificio, con los brazos abiertos, ¿será posible que no recordemos á Nuestro Señor clavado en cruz, á nuestros padres en las Catacumbas disponiéndose para sufrir el martirio? ¿podrémos olvidar que somos los hijos de Jesucristo y de los Mártires, y que al menos por las disposiciones de nuestro corazon debemos ser sus imitadores? Si no elevamos ya nuestras manos durante la oracion, elevemos al menos nuestros pensamientos y afectos.

Despues de haber advertido á todo el pueblo que ore con él, el celebrante empieza la oracion [4], parte de la misa que se llama así y

[1] Remig. Autissiod. *Expos. miss.*

[2] Psalm. XXVII.

[3] Tertul. *Apolog. et de Orat.* c. 16.

[4] Antiguamente en las estaciones ó procesiones de los dias de ayuno, el pueblo se dirigia á una iglesia en donde esperaba al Obispo, el cual empezaba con la oracion llamada *Ad collectam*, es decir, *Á la asamblea ó sobre la asamblea*, y desde allí marchaban á otra iglesia, donde empezaba la misa. El celebrante

tambien *bendicion*, en cuanto su objeto es atraer sobre la Iglesia la bendicion de Dios, y *colecta*, por dos razones: la primera, porque se hace entre el pueblo reunido, pues la palabra *colecta* significa asamblea, y la segunda, porque es un resúmen de todo lo que el sacerdote debe pedir á Dios, ya para sí mismo, ya para los fieles.

La mayor parte de las colectas que están aun en uso han sido redactadas por los sumos pontífices san Gregorio y Gelasio; pero el fondo es de tradicion apostólica [1]: nada mas venerable, y, podemos añadir, mas completo que las colectas de la misa, las cuales forman una compilacion ó resúmen como no hay otro, pues por variadas que sean nuestras necesidades, nuestros votos y nuestros sufrimientos, no hay uno que no halle su expresion en tan admirables oraciones; añádase á lo dicho, que reina en ellas una sencillez y una uncion que en vano las buscaríamos en otra parte, y vendrémos en conocimiento de que solo podia componerlas la Iglesia católica, pues solo la verdadera esposa conoce el modo de hablar á su esposo y el camino de su corazon; de modo que en tanto triunfa de las sectas por la verdad de su enseñanza, en cuanto les es superior por la belleza de sus oraciones.

En los dias de penitencia el sacerdote reza muchas colectas, mas en las grandes fiestas se limita á una, á fin de fijar la atencion de los fieles sobre el misterio del dia, único objeto que debe ocuparles durante las fiestas importantes, pues nuestros misterios, por diferentes que parezcan por los objetos que nos presentan, se refieren todos á un mismo y único fin, á la gloria de Dios y á nuestra salvacion: la Iglesia quiere que comprendamos que pidiendo á Dios la aplicacion del misterio que se celebre, se le pide ya todo. En las fiestas de lós Santos las colectas son una súplica referente á las principales virtudes que distinguieron á aquellos amigos de Dios, y para nosotros una excitacion á imitar sus ejemplos; si bien la Iglesia cuida de hacernos observar la esencial diferencia que la fe le obliga á establecer entre el Santo á quien honra y el Dios á quien invoca; el Santo es

decia: *Oremus, oremos*, y el diácono añadia: *Flectamus genua*, á fin de que los asistentes hiciesen de rodillas una corta páusa durante la cual oraban en silencio; y el diácono decia en seguida: *Levate*, y una vez en pié, el celebrante rezaba la oracion, en la cual exponia las súplicas de la asamblea. (*Sacrament. S. Greg. in cap. Ieiun.* pag. 31; Bona, lib. II, c. 5).

[1] Bona, lib. II, c. 5.

designado con el nombre de *Servidor*, y Dios es invocado bajo el nombre de *Señor y de Dueño.*

Las colectas se dirigen generalmente á Dios Padre, porque á él se ofrece el sacrificio, y terminan de este modo : *Per Dominum nostrum Iesum Christum* : *Por Nuestro Señor Jesucristo;* lo cual significa que toda oracion se hace en Jesucristo y por Jesucristo, pues no hay entre Dios y el hombre otro mediador que el Salvador Jesús ; tambien significa que Jesucristo, el cual asumió sobre sí la responsabilidad de todas nuestras deudas, se encarga igualmente de presentar todas nuestras súplicas y todos nuestros votos; significa, por fin, que toda gracia nos es concedida en vista de los méritos de Jesucristo, y como este divino intercesor se inmola en el altar, y lo damos á su Padre en cambio de los beneficios que esperamos, aquella fórmula reanima admirablemente nuestra confianza. Pidiendo por Jesucristo, tenemos derecho de obtenerlo todo, y ¡ ojalá estemos siempre bien convencidos de ello al rezar la colecta!

Concluidas las oraciones, los asistentes contestan : *Amen;* exclamacion corta pero enérgica que quiere decir : «Así sea, sean oidos «los votos que acabais de presentar al Señor; así lo deseamos, y para «solicitarlo nos unimos á vos, prometiendo no oponer á su consecu- «cion obstáculo alguno ni con nuestros actos, ni con nuestra volun- «tad.» La significacion de esta palabra varia segun las circunstancias; dicha despues de la exposicion de las verdades de la fe, despues del canto del Símbolo, por ejemplo, equivale á : es verdad, lo creo; despues de pedir un favor ó de exponer un deber, *Amen* significa consiento en ello, lo deseo.

*¡ Amen!* palabra que solo con profundo respeto debemos pronunciar; y ¿cómo podríamos hacerlo de otro modo, si pensáramos que ha pasado de siglo en siglo, que ha sido repetida por los angélicos labios de tantos santos pontífices, de tantas vírgenes, de tantos solitarios, de tantos cristianos, nuestros padres en la fe y nuestros modelos en la virtud? Pronunciada aquella palabra por los Mártires en las Catacumbas, en las cárceles y en los cadalsos, parece estar cubierta aun con la sangre y perfumada con el incienso de su caridad [1].

Y ¿qué seria si pensáramos que la palabra *Amen*, pronunciada por los Ángeles y por los Santos, resuena perpétuamente y resonará por los siglos de los siglos en las bóvedas de la Jerusalen celeste? ¡ Oh!

[1] San Justino, *Apol. II.*

reanimemos nuestra fe, y la Iglesia de la tierra nos representará de un modo sensible la Iglesia del cielo, con tal de que al entonar el mismo cántico lo entonemos con el mismo espíritu; si solo sabemos decir *Amen*, esforcémonos al menos para decirlo como los Ángeles, los elegidos y los Santos; pero cuidado: ¿por ventura no hemos mentido jamás al repetir tan bella palabra? Decimos *Amen* á cuanto la Iglesia pide y promete en nuestro nombre, y ¡quizás nos dejamos guiar como antes por la perversidad de nuestras pasiones y deseos! ¡Oh Dios mio! ¿qué es el *amen* del hipócrita, el *amen* del avaro, el *amen* del envidioso, el *amen* del vengativo, el *amen* del lujurioso, sino una insultante ironía? ¡Desgraciado del que incurra en semejante culpa!...

Despues de la oracion el celebrante reza la Epístola con voz inteligible, puesto que debe ser una instruccion para el pueblo; en las misas solemnes la canta el subdiácono, si bien durante los primeros siglos desempeñaba el lector esta funcion, en cuanto la Epístola no se cantaba, sino que se leia [1]. La costumbre de leer la sagrada Escritura en las reuniones religiosas data de la mas remota antigüedad; los judíos en las sinagogas daban principio á sus oraciones con la lectura de Moisés y los Profetas [2], y los primeros cristianos imitaron su ejemplo en las reuniones de los domingos. «Nos reunimos, dice «Tertuliano, para leer las divinas Escrituras, y ver en ellas lo que «conviene en los distintos tiempos [3].» Á la lectura del Antiguo Testamento se unia la del Nuevo, pues, como dice san Justino: «Léense «en la reunion los escritos de los Profetas y de los Apóstoles [4].» La Iglesia ha conservado religiosamente semejante práctica.

En la primitiva Iglesia no solo se leian los libros de la sagrada Escritura, sino tambien las actas de los Mártires [5] y las cartas de los Sumos Pontífices y otros Obispos, conocidas con el nombre de cartas de paz ó de comunion, pues con este cambio de cartas conservábase la paz y la unidad entre el Pontífice de Roma, jefe supremo de la Iglesia, y los Obispos de todas las iglesias del mundo; además,

[1] De aquí el nombre de *lutrin*, *lectrin*, *letren*, *lectricium*, *lectorium*, *legeolium*, dado al facistol sobre el cual se leia.

[2] Act. XIII et XV.

[3] Apol. c. 39.

[4] Apol. II.

[5] Eusebio, lib. V, c. 1.

tales cartas hacian distinguir á los católicos de los herejes, y se enviaban de una iglesia á otra, á fin de que los fieles conociesen á aquellos con quienes debian comunicar [1].

Esta lectura se llama *Epístola*, porque está sacada generalmente de las Epístolas de los Apóstoles, y sobre todo de las de san Pablo: los Apóstoles, misioneros del mundo entero, que así debian estar entre los griegos como entre los bárbaros, no podian permanecer mucho tiempo en las iglesias que habian fundado, y para alentar en la fe á los hijos que acababan de dar á luz para Jesucristo, les escribian en medio de sus viajes y trabajos epístolas llenas de útiles consejos; jamás la familia mas tiernamente unida experimentó mas alegría al recibir noticias de un padre querido, de la que sentian aquellos fervientes cristianos por la llegada de las cartas de sus padres en la fe. Monumentos de la solicitud y de la caridad apostólicas, aquellas epístolas eran conservadas con extremado celo, eran leidas en las santas asambleas, y los Obispos explicaban su sentido á los fieles, preciosa costumbre que nos ha dado las hermosas obras de los Padres de la Iglesia.

Los asistentes toman asiento durante la Epístola, y lo mismo hacian los primeros cristianos, á fin de escuchar su lectura con mas recogimiento y atencion. Escuchémosla como escucharíamos á san Pedro, á san Pablo ó á san Juan, si aparecian entre nosotros, pues son sus palabras las que resuenan en nuestros oidos como resonaron en los de nuestros padres; y ¡ojalá haga en nosotros la misma impresion que en ellos producia! Á san Jerónimo somos deudores de la distribucion de las Epístolas y de los Evangelios para todos los domingos y principales fiestas del año, y habiendo presentado su trabajo al papa Dámaso, la Iglesia romana lo adoptó, viniéndonos de esta Iglesia, madre y señora de todas las demás, el órden que seguimos aun en el dia [2].

La Epístola se lee antes del Evangelio, no sin una profunda ra-

[1] Bona, lib. II, c. 7.

[2] Durantus, lib. II, c. 18. La obra de san Jerónimo se titula: *Comes, vel Lectionarius;* Pamel. t. II, *Liturgicor.* — Seriem vero et ordinem lectionum, atque epistolarum et evangeliorum quae singulis diebus per annum in missae sacrificio legi debent, communis eruditorum sententia est, paucis licet negantibus, S. Hieronymum disposuisse in libro, quem Comitem inscripsit. (Card. Bona, *De Reb. liturg.* lib. II, c. 6, n. 2, pag. 363).



zon; en el Intróito hemos oido la voz de los Profetas, al paso que en la Epístola oimos la de los Apóstoles, voz de hombres inspirados que nos dispone para oir la del Señor. ¿No os parece asistir al cumplimiento de estas palabras de san Pablo escribiendo á los hebreos: *Habiendo hablado Dios muchas veces y en muchas maneras á los padres en otro tiempo por los Profetas, últimamente en estos dias nos ha hablado por el Hijo* [1]? ¿No os parece ver al mismo Señor renovando en la misa lo que hacia durante su vida mortal, cuando enviaba á san Juan Bautista ó á sus Apóstoles de dos en dos para que le preparasen el camino? ¿No os parece distinguir los dulces rayos del alba y la dorada luz de la aurora preparando nuestros ojos para recibir los deslumbrantes rayos del sol? ¡Cuántos recuerdos se encierran en nuestras santas lecturas [2]!

Con la lectura de la Epístola ha caido sobre los corazones la palabra de vida, como un saludable rocío, para vivificarlos y hacerles producir frutos dignos de eterna recompensa: agradecidos los fieles, contestan que están dispuestos á practicar lo que les ha sido enseñado, expresando su contestacion el *gradual* ó *responsorio*, el *tracto*, la *Alleluia* y la *prosa*. El responsorio ó la contestacion de los fieles se llama GRADUAL porque los coristas encargados de entonarlo se colocaban en las gradas inferiores de la tribuna ó del atril; en el dia sucede lo mismo, y en las grandes solemnidades vemos que los que deben cantar el responsorio y la *Alleluia* se colocan al lado de los coristas, frente el facistol, que representa la tribuna [3].

Los responsorios, establecidos, ó mejor, ordenados por san Gregorio, son siempre análogos á las verdades y exhortaciones contenidas en la Epístola [4]; en ellos protestan los fieles de su buena voluntad y de sus santas disposiciones á conformarse enteramente á los preceptos apostólicos. En los dias de tristeza y de ayuno, como du-

[1] Hebr. I, 1.

[2] Durantus, lib. II, c. 18; Alcuin. *De celebr. missae.*

[3] Raban. Maur. lib. I *De Instit. cleric.* c. 33.

[4] Como ya hemos dicho, san Jerónimo fue el que á ruego del papa Dámaso distribuyó los salmos, los evangelios y las epístolas en el órden en que están: los papas san Gregorio y san Gelasio añadieron las oraciones, los responsorios y los versículos. San Ambrosio añadió los graduales, los tractos y la *alleluia*, y lo hizo para mantener la piedad de los católicos de Milan, los cuales estaban obligados á velar en sus iglesias á fin de impedir la entrada en ellas á los Arrianos.

rante la Cuaresma, la contestacion del pueblo ó responsorio se llama TRACTO, porque se canta lentamente y con lúgubre tono, como los gemidos del destierro [1]: por el contrario cuando la Iglesia rebosa de alegría, como en el tiempo pascual y los domingos consagrados á la memoria de la resurreccion de su Esposo, el canto del responsorio es menos grave, y va precedido y seguido de la *alleluia.*

ALLELUIA es una palabra hebrea que significa *alabad á Dios,* al mismo tiempo que expresa un sentimiento, un transporte de alegría, que se ha creido no poder expresar con palabra alguna griega ó latina, por lo que se ha conservado en todas partes en su idioma original; ALLELUIA es una palabra del idioma celeste que dejó caer en la tierra la bienaventurada Jerusalen, y que la Iglesia viajante se apresuró á recoger, siendo para ella el cántico de sus grandes solemnidades, felices dias en que trata de participar de antemano de las alegrías de su hermana primogénita, balbuceando su eterno cantar. «San Juan, dice el cardenal Bona, oyó en el cielo el coro de los «Ángeles que cantaban *alleluia,* acompañándose con sus arpas de «oro, á fin de que sepamos que esta palabra inefable es hija del «cielo [2].»

La costumbre de cantar el *alleluia* es celebrada por san Agustin como una tradicion de la mas remota antigüedad. «Antes de Pascua, «dice aquel grande Obispo, no entonamos el *alleluia,* en cuanto el «tiempo de la Pasion de Jesucristo indica la série de las aflicciones «de esta vida, y su resurreccion designa la felicidad de que gozaré-«mos un dia. En la vida de bienaventuranza alabarémos á Dios sin «cesar, más para alabarle eternamente preciso es dar principio en «este mundo á sus alabanzas; por esto es que cantamos muchas ve-«ces *alleluia,* excitándonos de este modo mútuamente á alabar á «Dios, debiendo cuidar empero de que lo alabe cuanto está en vos-«otros, vuestra lengua, vuestra voz, vuestra conciencia, vuestra vida «y vuestras acciones [3].»

Así pues, el *alleluia* se reserva para los tiempos de gozo, y si alguno pregunta: Pues, ¡cómo! ¿acaso no debemos alabar á Dios en todas ocasiones? Contestarémos que sí indudablemente; esta es la

[1] Hug. à S. Vict. *Specul. eccl.* c. 7; Alcuin. *De div. Offic.* cap. *de Septuagesima.*
[2] Lib. II, c. 6, pag. 368.
[3] In Psalm. CXLVIII y CXVIII.

causa por que la Iglesia nos hace decir durante la Septuagésima, en vez del *alleluia: Laus tibi, Domine, rex aeternae gloriae: ¡Alabado seas, Señor, rey de eterna gloria!* Palabras que si bien encierran el sentido principal del *alleluia*, no contienen el transporte ni la efusion de gozo que esta última inspira y expresa, gozo que jamás cesará en el cielo, pero que con frecuencia es interrumpido en este valle de lágrimas [1]. La Iglesia, cuyo deseo es que le fuese permitido no interrumpir nunca el canto del *alleluia*, lo prolonga en cuanto le es dable, y de aquí el infinito número de notas de que está sobrecargado. «Acostumbramos, dice san Buenaventura, multiplicar las notas so«bre la última letra del *alleluia*, porque la dicha de los Santos en el «cielo es indecible é interminable [2].» Esta larga série de notas se conoce con el nombre de *neume*, puntillo.

La palabra *neume* significa *soplo*, y expresa, como acabamos de decir, las varias notas que sin palabra alguna se cantan á continuacion del *alleluia;* en algunas iglesias se cantan tambien despues de la última antífona del oficio de la noche, en los dias de gran fiesta, manifestando la Iglesia con aquella série de sonidos inarticulados, que le faltan las palabras para expresar el arrobamiento de su admiracion y los transportes de su amor, cuando piensa en las magnificencias y en las delicias de la Jerusalen celeste; en efecto, ¿qué humana palabra podria expresar lo que los ojos del hombre no han visto, lo que sus oidos no han escuchado, y lo que su corazon, tan vasto como es, no puede concebir? Al oir á la Iglesia cantar sus *neumes*, ¿no os parece ver á la Reina de Sabá, arrobada y fuera de sí al contemplar las glorias de Salomon, carecer de palabras para expresar lo que sentia [3]? Y sin embargo, aquellas riquezas no le pertenecian, aquel palacio no era suyo. Hijos del verdadero Salomon, herederos de su trono, futuros compañeros de su dicha, ¡ah! ¡esforcémonos en excitar en nosotros á la vista del cielo, del cielo que nos está destinado, algunos de los sentimientos que dominaban á la Reina extranjera!

Los *neumes* ó puntillos dieron lugar á las prosas, y hé aquí de qué modo: Bajo aquella larga série de notas, colocáronse algunas palabras, y luego algunos versículos que expresaban la alegría, y que

[1] Durantus, lib. II, c. 20.
[2] *De exposit. missae*, c. 2.
[3] Non habebat ultra spiritum. *(III Reg.* x, 5).

eran como una continuacion del *alleluia;* poco á poco se aumentó su número, y por último se convirtieron en himnos, es decir, en cantos de alegría, análogos á la festividad; este cambio se verificó á mediados del siglo IX, y de aquí proviene 1.° el que la Iglesia romana, siempre fiel á los antiguos usos, solo tenga un corto número de prosas; 2.° el que estas fuesen y sean llamadas *sequentia,* es decir, *continuacion,* pues son la continuacion del *alleluia;* y 3.° el que no se canten las prosas sino en las misas en que se canta el *alleluia.*

De lo último se exceptúa la misa solemne de Difuntos, en la que se canta la prosa *Dies irae;* la cual si bien fue, segun opinion comun, obra del cardenal Malabranca, que murió en 1294, no se cantó en la misa hasta á principios del siglo XIV, por respeto á la antigua costumbre que no permitia decir prosa cuando no habia *alleluia.* Andando el tiempo se ha dejado de atender á las razones de la institucion de las prosas, para no ver en ellas mas que una señal de solemnidad, y por lo tanto no se ha querido suprimir en las solemnes misas de difuntos, á las que asiste ordinariamente una numerosa concurrencia.

La palabra *prosa* significa *discurso libre,* ó que no reconoce trabas como los versos, y justamente se han llamado así aquellos himnos cuya mayor parte están escritos en un estilo muy libre, si bien sujeto á rima; en su mismo desaliño hay algo que conviene admirablemente á la oracion, y en él, como en todas sus partes, se ve la familiaridad tierna y cándida de la Esposa al hablar con su divino Esposo; pues siempre he creido que la medida de los versos, la obligacion de encerrar la idea dentro un número determinado de sílabas embaraza las expansiones del corazon, comprime sus transportes y mitiga su ardor; en una palabra, me parece que las prosas, las antiguas sobre todo, *oran,* al paso que nuestros himnos modernos no *oran,* ú oran muy poco. Generalmente se cree que el primer autor de las prosas fue un monje de San Galo en Suiza, llamado Notker, que vivió por los años de 880 [1].

Lo cierto es que sean cualesquiera sus ceremonias, sus oraciones ó sus cánticos, la Iglesia católica se nos presenta siempre la misma, atenta siempre á trazarnos en su culto exterior las virtudes que debemos practicar, los sentimientos que deben animarnos para hacer-

[1] Radulf. Tungrensis, *prop.* 23; Cornel. Schultingus, *Biblioth. eccl.* t. I, p. 2, c. 6 et 7.

nos agradables á Dios. El hombre carnal, el que no ve mas que la exterioridad de las ceremonias sagradas, el que no oye sino la armonía sensible que hiere el oido corporal, puede hallar á veces nuestros cánticos y nuestras solemnidades frias é insípidas, y atreverse á desquitarse con sacrílegas chanzas del fastidio y cansancio que ha experimentado en el templo de Dios; si así sucede, no os admireis, pues le falta un sentido, el sentido de la fe; es un ciego que quiere juzgar de los colores. El cristiano, empero, que vive del espíritu, atento á todo en la casa del Señor, penetra el fin de todas nuestras ceremonias; de la menor palabra, de la mas insignificante accion de los ministros descubre el motivo, penetra el sentido y aplícase el fruto.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber mezclado las instrucciones y oraciones durante la segunda parte de la misa, á fin de prepararme dignamente para los santos misterios; hacedme la gracia de que preste atencion al sentido de todos los cánticos y de todas las ceremonias.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé la Epístola con ferviente deseo de aprovecharme de ella.*

---

# LECCION XVIII.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Segunda parte de la misa (continuacion).—Evangelio.—*Credo*.—Analogías entre las ceremonias de la segunda parte de la misa y las circunstancias de la Pasion.—Sentimiento que debe dominar en nuestro corazon.—Tercera parte de la misa.—Ofertorio.—Ofertorio en los primeros siglos.**

I. Segunda parte de la misa (continuacion).—Contestando á la Epístola con el gradual ó el tracto, el *alleluia* y la prosa, la asamblea de los fieles se ha mostrado dispuesta á poner en práctica las santas lecciones que le son dadas; la voz de los Profetas y la de los Apóstoles la ha preparado para oir una voz mas santa aun, la del Hijo de Dios, señor de los Profetas y de los Apóstoles; silencio, que va á hablar, pues va á leerse el Evangelio; recojámonos para escucharlo, ó mejor estudiemos las ceremonias que acompañan su lectura, pues ellas bastan para comunicarnos las disposiciones que la fe exige de nosotros.

El celebrante se coloca en medio del altar, levanta los ojos al cielo, y luego inclinándose profundamente, hace la siguiente oracion : «Dios todopoderoso, purificad mi corazon y mis labios; Vos que purificásteis los labios del profeta Isaías con un carbon hecho ascua, «dignaos por vuestra pura misericordia santificar mi corazon, á fin «de que pueda anunciar dignamente vuestro santo Evangelio.» De este modo el sacerdote, que no se cree jamás bastante puro para repetir las palabras de vida que salieron en otro tiempo de la boca del Hombre-Dios, suplica al Señor que no abandone ni su corazon ni sus labios, durante cuyo tiempo los fieles deben tambien pedir á Dios que sus corazones sean como la buena tierra en la que la sagrada semilla fructifica y da ciento por uno.

La costumbre de leer el Evangelio en la misa data del tiempo en que fue escrito el divino libro [1] : ¿no es acaso muy justo que los que asisten al sacrificio de Jesucristo conozcan sus preceptos y sus accio-

[1] Bona, lib. II, c. 7.

nes, é indiquen públicamente que le respetan y le aman? El Evangelio es el predicador de la cruz, y solo por ella triunfó; por esto es que el celebrante antes de leerlo hace sobre él la adorable señal, y luego sobre su frente, sobre sus labios y sobre su pecho, imitándole todos los asistentes. Hacemos la señal de la cruz en nuestra frente, para indicar que creemos las verdades contenidas en el Evangelio, que son nuestra gloria, y que jamás nos avergonzarémos de ellas [1]; en nuestros labios, para mostrar que estamos prontos á profesarlas altamente delante del mundo, ó como nuestros padres, á la faz de los tiranos, si fuese necesario; en nuestro pecho, para manifestar que están grabadas en él, que las amamos, y que serán siempre la regla de nuestros pensamientos y de nuestras afecciones. Mientras se lee el Evangelio los fieles permanecen en pié, como hombres prontos para el combate y dispuestos á seguir valerosamente á Jesucristo hasta el punto donde les designe; esta costumbre data de muy remota antigüedad [2].

Terminada la lectura, el sacerdote besa el Evangelio en señal de amor y de respeto, y todo el pueblo, representado por el acólito, contesta: *Alabado seais, Cristo.* ¿Pudo haber jamás alabanza mas merecida? ¿Qué somos nosotros sino cautivos del demonio, desterrados del cielo, viajeros que atraviesan el desierto de la vida, el valle de lágrimas? ¿Qué es el Evangelio sino la buena nueva; la de su libertad para los cautivos; la de que se les han abierto las puertas de la patria á los desterrados; la de que un guia seguro y caritativo ha descendido del cielo para proteger y conducir hasta el fin de su jornada á los viajeros? ¡Ah! ¡si considerásemos lo que somos desde el Evangelio, lo que fuimos antes del Evangelio, y lo que seríamos todavía sin el Evangelio, ¡con qué profundo sentimiento de gratitud exclamaríamos: *Gloria á Vos, Cristo;* Cristo, salvador del mundo!

En las misas solemnes la lectura del Evangelio va acompañada de ceremonias llenas de misterios, y destinadas á alimentar la piedad y profundo respeto que debemos á la palabra de Dios; el diácono coloca en el altar el libro de los Evangelios, y la costumbre de colocarlo y quitarlo de allí proviene de que antiguamente era llevado al altar con grandes ceremonias desde el principio de la misa,

[1] S. Aug. *in Psalm.* CXIII.
[2] Órden romano.

pues la Iglesia queria que los asistentes se representasen al mismo Jesucristo, viendo el libro que contenia sus divinas palabras [1].

El honor de cantar el Evangelio está reservado al diácono, pues el respeto debido á aquel libro divino, la majestad de las ceremonias que acompañan su lectura exigen que desempeñe semejante cargo el ministro sagrado que mas se acerque á la dignidad sacerdotal [2]. Antiguamente en la iglesia de Alejandría desempeñaba el arcediano tan noble empleo, y en otras partes estaba reservado á los presbíteros y aun á los Obispos en ciertas solemnes festividades, como sucedia en Constantinopla el dia de Pascua [3]. En Roma, sea dicho de paso, cuando el Sumo Pontífice celebra la misa solemne, la Epístola y el Evangelio se cantan en griego y en latin, el Evangelio por un cardenal, recordando la anunciacion de la divina palabra en ambas lenguas, la antigua union del Oriente y del Occidente, ¡ union que ojalá la divina Providencia restablezca un dia!

El diácono sube al altar, se arrodilla, y reza la oracion que hemos copiado anteriormente: *Dios todopoderoso, purificad*, etc. En el diácono que sube al altar ¿no os parece ver á Moisés llamado por la voz del Eterno sobre el monte Sínai, en medio de los truenos y rayos, para recibir la ley y transmitirla al pueblo de Israel? El diácono se prosterna al pié del altar y ante el libro de la ley, porque sabe que no es propio del hombre el ser el órgano de las eternas verdades; se levanta y toma del altar el libro que contiene tan adorables verdades, lo que significa que las recibe de la misma boca de Jesucristo, representado por el altar, á fin de que los fieles no ignoren que son verdades del cielo las que van á serles manifestadas.

El diácono se arrodilla de nuevo, pide la bendicion al presbítero ó al obispo, y le besa la mano: antes pidió á Dios el poder anunciar dignamente el Evangelio, ahora solicita del presbítero ó del obispo el permiso de anunciarlo, pues en la Iglesia nadie debe ejercer ministerio alguno, á no ser llamado á él; contestando á su peticion el celebrante, le dice: «Esté el Señor en vuestro corazon y en «vuestros labios, á fin de que anuncieis dignamente y como es ne«cesario el Evangelio.» *Como es necesario*, es decir, con piedad y modestia, á fin de que os sea útil á Vos mismo y sean por él edifi-

[1] Amalar. *De Offic. eccl.* lib. III, c. 5.
[2] Bona, lib. II, c. 7.
[3] Sozom. *Hist.* lib. VII.

cados cuantos lo oigan. Al recibir la bendicion del celebrante, el diácono le besa la mano, en señal de su respeto y de su gratitud.

Entonces, precedido del incienso, símbolo de la oracion, única que puede hacer fecunda la palabra de Dios, y del suave perfume de las virtudes que esta derrama en los corazones [1], el diácono se dirige al lugar destinado para la lectura que debe ser oida por todo el pueblo; el turiferario va precedido de tres ministros, dos de los cuales llevan cirios encendidos y el tercero la cruz. Los cirios encendidos que preceden al libro sagrado representan la alegría que nos comunica el Evangelio, y recuerdan á los Cristianos que Jesucristo, cuya palabra van á oir, es la luz que ilumina á todos los hombres al venir á este mundo, siendo el fuego de aquellas luces el símbolo de la caridad que el Evangelio debe encender en nuestros corazones. Uno de los ministros lleva la cruz, y el estandarte del Salvador dice con harta elocuencia, que él mismo se dispone para hablar en su Evangelio y que van á ser proclamadas máximas de mortificacion, queriendo que sus discípulos tengan su imágen á la vista, á fin de que se acostumbren á alimentar su sentimiento en su corazon.

El diácono levanta el libro, no solo para que sea visto y honrado de los que se disponen á oirlo, sino tambien para anunciar que la moral que va á instruirles ha descendido del cielo; á su vista todos los que están en el coro se levantan por respeto, y penetrado de igual sentimiento, el Clero permanece tambien en pié sin apoyarse de modo alguno en los sitiales [2].

Hasta el siglo IX, el diácono, al llegar á la tribuna ó lugar destinado para entonar el Evangelio, se volvia hácia el Mediodía, es decir, hácia los hombres, los cuales separados de las mujeres ocu-

[1] Apend. ad Sacr. S. pág. 258.

[2] Así se ha recomendado desde la época en que se introdujeron los apoyos en las iglesias. La duracion del oficio no permitia á todos los fieles el permanecer en pié sin apoyo, así es que en el año 800 se estableció la costumbre de apoyarse en bastones; este uso siguió durante los siglos IX, X, XI y XII, habiéndose dado á los bastones la forma de una horquilla para apoyarse mejor; tiempo despues introdujéronse escaños y sitiales, y tambien el pequeño apoyo llamado *misericordia*, el cual sirve de silla sin parecerlo. Sin embargo al leerse el Evangelio, todos los fieles dejaban sus bastones ú horquillas, permaneciendo en pié, como servidores delante de su Señor. (Amalar. lib. III *De eccl. Offic.* c. 18). Los cristianos orientales se sirven aun de bastones en forma de horquilla y los dejan durante el Evangelio. Véase á Lebrun, pág. 225.

paban aquella parte de la iglesia; mas desde la fecha indicada el diácono se vuelve hácia el Septentrion: «Semejante cambio reconoce «por causa una razon misteriosa; el aquilon representa el hálito del «espíritu maligno;» la misma Escritura, dice un antiguo autor [1], así nos lo enseña en cuanto dirige al demonio estas palabras: *Ó Lucifer, tú que en tu corazon decias: Me sentaré en el monte del testamento á los lados del aquilon* [2], y por esto es qué al leer el Evangelio se vuelve el diácono hácia la parte izquierda de la iglesia, que ordinariamente es el Septentrion, para manifestar la intencion de desvanecer con la palabra de Dios las malas impresiones del hálito del aquilon, es decir, del demonio.

Despues de elevar el diácono la voz para decir al pueblo; *Dominus vobiscum: El Señor sea con vosotros*, de lo cual tiene extrema necesidad en tan solemne momento, los oyentes se levantan y dicen: *Et cum spiritu tuo: Y con tu espíritu.* En los pasados siglos habríais visto á los fieles deponiendo respetuosamente sus bastones, y á los caballeros de las diferentes Órdenes militares, y á la nobleza polaca desenvainar la espada y tenerla elevada durante toda la lectura del Evangelio, manifestando así su disposicion para seguir la santa ley del Señor, para combatir con denuedo y para derramar su sangre en defensa de la Religion: la historia, deslumbrante con sus hechos inmortales, atestigua que no era esto una vana ceremonia [3].

El diácono hace la señal de la cruz sobre el Libro sagrado, y luego en su frente, en sus labios y en su pecho, y anuncia el nombre del Evangelista que nos ha transmitido la verdad que la Iglesia va á proponer á nuestra meditacion; pues aunque Jesucristo confió á cuatro de sus discípulos el cuidado de hacernos saber sus preceptos y sus acciones, reina tan perfecto acuerdo entre ellos, que puede decirse y se dice siempre: *Continuacion del santo Evangelio de Jesucristo: Sequentia sancti Evangelii*, contestando todos nosotros: *¡Dios mio, gloria á Vos!* Colocado el libro de los Evangelios en un pupitre ó facistol, ó sostenido por el subdiácono, el diácono, segun el rito romano, lo inciensa tres veces; una en medio, otra en la derecha, y la tercera en la izquierda, como para manifestar que allí está la fuente del perfume de la divina palabra que debe derramarse en nuestros corazo-

[1] Remig. Antiss. *Exposit. missae.*
[2] Isai. XIV, 13.
[3] Bona, lib. II, c. 7.

nes; segun el rito parisiense, el turiferario es el que en vez de incensar el libro, inciensa al diácono que va á pronunciar en alta voz la santa palabra [1].

Despues que el diácono ha cantado el Evangelio, el subdiácono lleva el libro abierto al celebrante, el cual lo besa, y es incensado como el principal ministro que, segun expresion de san Pablo, *debe esparcir por todas partes el buen olor del conocimiento de Jesucristo* [2]. Ahora bien, ¿qué debemos deducir del aparato con que la Iglesia reviste la lectura del Evangelio, de las oraciones que la preceden, de las ceremonias que la acompañan y la siguen, sino que nuestro deber es escucharla con un corazon puro ó penitente al menos, y que el temor, la veneracion, la docilidad, la confianza y la fe son otras tantas disposiciones necesarias para semejante ceremonia?

La lectura del Evangelio va seguida de la instruccion los domingos y dias de fiesta, costumbre tan antigua como el mismo Cristianismo, pues la vemos practicada desde los tiempos apostólicos [3]; nada mas natural: el Evangelio, semejante al maná que caia en el desierto, y que necesitaba de ciertas preparaciones para convertirse en el alimento de los israelitas, necesita tambien ser preparado para que pueda convertirse en alimento de nuestra vida espiritual; es un pan que debe mascarse para los pequeñitos, es decir, para los fieles, y esta es la importante funcion que el sacerdote va á desempeñar.

No ignorais que la instruccion que se hace en las misas solemnes se llama *sermon*, pero quizás no sabeis lo que significa esta palabra que tantas veces ha llegado á vuestros oidos; *sermon* equivale á *anuncio* [4], y en efecto, el sacerdote anuncia las fiestas de la semana, los futuros matrimonios, y finalmente la palabra de Dios, que no es mas que el comentario del Evangelio. En muchas diócesis preceden al sermon ciertas oraciones admirables llamadas *oraciones del sermon*, y en ellas la familia católica, reunida al pié del altar, ruega por sus superiores espirituales y temporales, por los vivos y por los muertos, costumbre que nos enseña que la caridad es católica como

[1] Lebrun, pág. 230. Esta costumbre data de mas de ochocientos años y se halla descrita en el *Ordinario del Monte-Casino*, escrito en el año 1100.

[2] II Cor. II, 15.

[3] Just. *Apol. II*.

[4] Praeconium.

la fe, y que para tomar parte en el mismo sacrificio debemos, á ejemplo de nuestros padres, tener solamente un corazon y un alma; con lo dicho puede venirse en conocimiento de cuán importante es asistir á la misa parroquial.

¿Habeis reflexionado alguna vez en todo lo que tiene de social la instruccion evangélica del domingo? En los pueblos mas célebres de la antigüedad no se encuentra nada parecido á ella; demos, pues, gracias á Nuestro Señor por habernos preparado en su Iglesia un curso de enseñanza ignorado hasta su venida por todos los sábios de la tierra: ved ahora la moral que el sermon enseña: la humildad, cuyo nombre no tiene sinónimo en ningun filósofo pagano, puesta en lugar del orgullo, una de las mas terribles enfermedades de nuestra naturaleza; el amor de Dios y de los hombres predicado como el fin y sumario de la ley; las virtudes todas recomendadas, los vicios todos proscritos, excitadas y apoyadas en dignos motivos todas las disposiciones del hombre para el bien; tal es la instruccion evangélica de la cual la santa igualdad de los Cristianos es una de las mas tiernas máximas. La filosofía reconocia aun libres y esclavos, patricios y plebeyos, y llamaba á los emperadores *dioses*, cuando la Iglesia daba ya á todos los hombres el nombre de queridos hermanos, de hijos de Dios, de herederos de su gloria, cuando establecia en la tierra la imágen de la sociedad del cielo, y cuando les enseñaba, como lo hace en el dia, á consagrar el dia séptimo á la comunion de las mismas oraciones y de los mismos ritos [1].

Al bajar el sacerdote del púlpito, vuelve al altar donde entona el *Credo*, el cual no es mas que una solemne protesta de que se creen todas las verdades cuya explicacion acaba de oirse, y de que se seguirán y practicarán fielmente: El Símbolo que se canta en la misa fue compuesto en el año 325 por el concilio general de Nicea, á pesar de lo cual se llama tambien símbolo de Constantinopla, porque el concilio general que se celebró en aquella ciudad añadió á él explicaciones opuestas á los nuevos errores de los Macedonios, habiendo creido la Iglesia que esta fórmula, mas extensa que la que nos legaron los Apóstoles, inspiraria á los Cristianos mayor respeto por los dogmas que la misma encierra, y mas firme fidelidad en guardarlos, si bien ya digamos la fórmula transmitida por los Apóstoles,

[1] Véase á Jauffret, *Del culto público*, pág. 244.

ya cantemos con la Iglesia el símbolo de Nicea ó de Constantinopla, es siempre una la fe que profesamos [1].

¡Ah! ¿quién no sentirá robustecerse su fe á semejante idea? Si un milagro del poder divino reuniese de repente en una de nuestras iglesias á los Católicos de todas las regiones del universo; si el mismo milagro despertase á las generaciones que se han extinguido durante los diez y ocho siglos que preceden al nuestro, y nos fuese dado comprender su canto y su lenguaje, oiríamos que todos dicen el mismo Símbolo que nosotros repetimos, y que nuestros nietos repetirán despues de nosotros. Por otra parte, si el mismo milagro de que estamos hablando llamase de nuevo á la vida á todos los herejes, á los Protestantes todos de los varios siglos y países, y se preguntase á cada uno de ellos por su profesion de fe, ¿qué escucharíamos? Una confusion de voces, verdadera imágen del infierno ó de la torre de Babel; tantos símbolos como sectas, como indivíduos en cada secta; símbolos opuestos unos á otros, y variables segun los tiempos y los lugares. Ahora bien, siendo la verdad una, decid, ¿de qué parte se halla, entre los Católicos ó entre los Protestantes?

Hasta el siglo V no se rezó el Símbolo durante la misa; única-

[1] Sobre la composicion del Símbolo de los Apóstoles, copiamos una interesante observacion de san Agustin; la tradicion habia hecho saber al gran Doctor lo que va á leerse: «Cada Apóstol compuso un artículo del Símbolo ca-«tólico:

«Pedro dijo: *Creo en Dios Padre, todopoderoso.*

«Juan dijo: *Criador del cielo y de la tierra.*

«Jaime dijo: *Y en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor.*

«Andrés dijo: *Que fue concebido por el Espíritu Santo, y nació de santa «María virgen.*

«Felipe dijo: *Padeció debajo del poder de Poncio Pilato; fue crucificado, «muerto y sepultado.*

«Tomás dijo: *Descendió á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre «los muertos.*

«Bartolomé dijo: *Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Pa-«dre todopoderoso.*

«Mateo dijo: *Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.*

«Jaime, hijo de Alfeo, dijo: *Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia ca-«tólica.*

«Simon dijo: *La comunion de los Santos, el perdon de los pecados.*

«Judas dijo: *La resurreccion de la carne.*

«Matías lo terminó diciendo: *Y la vida perdurable.*»

(S. Aug. *Serm. Domini in ram. palm.*).

mente el dia del Viernes Santo el obispo lo recitaba en alta voz durante el sermon que dirigia á los catecúmenos, mas en el año 510 viendo Timoteo, obispo de Constantinopla, que los errores de los Macedonios hacian algunos prosélitos, lo mandó cantar como una protesta contra la herejía [1]. Esta costumbre se hizo en breve extensiva al Occidente [2], si bien á principios del siglo XI no se rezaba todavía en Roma; véanse acerca de esto las notables palabras de un autor antiguo [3], testigo ocular de lo que refiere :

«Durante la visita que hizo á Roma el emperador san Enrique «en 1016, quedó muy admirado al ver que no se cantaba el *Credo* en «la misa, y habiendo preguntado la razon de ello á los ministros del «altar, contestáronle en mi presencia : La Iglesia romana no canta «el *Credo* porque jamás se ha mancillado con herejía alguna, sino «que por el contrario, segun la doctrina de Pedro, permanece inmu«table en la integridad de la fe católica : por lo tanto no necesita can«tarlo como las iglesias que han podido caer en el error.» Á pesar de esto, el santo Emperador rogó al Sumo Pontífice que se cantase el Símbolo en Roma lo mismo que en el resto de la cristiandad ; el papa Benedicto VIII accedió á sus súplicas, y se cantó el Símbolo, y se canta aun en el dia [4].

Al llegar á estas palabras del Credo : *Et homo factus est : Y se hizo hombre*, debemos prosternarnos é inclinarnos para honrar las humillaciones de Jesucristo. «Solo por medio de la humildad, dice san «Agustin, podemos acercarnos á un Dios *humilde;* humildad no de «nuestros cuerpos, pero sí de nuestros corazones que deben pene«trarse de los sentimientos de un Dios hecho esclavo para devolver«nos la libertad; hecho *hombre*, y hombre pobre, él, que impone «leyes á la naturaleza toda; hombre oscuro, él, que descendia de «los reyes de Judá y que habia sido coronado rey de las naciones; «hombre mortal, él, que no habia pecado y que por lo tanto no ha«bia merecido la muerte. Humíllense, pues, todas las criaturas al «recordar el misterio de un Dios descendiendo desde lo alto de su «gloria al profundo abismo de las humillaciones é indignidades para «salvar el mundo culpable.»

[1] Theodor. Lector. *Lib. Collectaneorum.*
[2] Conc. Tolet. III, can. 2.
[3] Berne Augiens. *De Rebus ad miss. pertin.* c. 2.
[4] Bona, lib. II, c. 8.

Actualmente se reza el *Credo* en ciertos dias por tres razones principales : primera, para proclamar de generacion en generacion los triunfos conseguidos por la Iglesia contra las antiguas herejías; segunda, con motivo de la reunion del pueblo, pues se canta todos los domingos, dias destinados en todos los tiempos para juntarse los Cristianos; y tercera, por la relacion del Símbolo con la fiesta que se celebra; así es que se canta en las fiestas de Nuestro Señor, porque se habla de él en el Símbolo; en las de los Apóstoles, quienes nos anunciaron la fe, y en las de los Doctores, que la predicaron y defendieron. Hemos dicho que durante los primeros siglos no se cantaba ordinariamente el *Credo;* mas cuando debia rezarse, se mandaba salir á los catecúmenos, y entonces empezaba la misa de los fieles, componiendo la de los catecúmenos todo lo que precede, desde el principio hasta despues del sermon.

Este es el lugar á propósito para manifestar las analogías que existen entre las varias ceremonias de la segunda parte de la misa y las circunstancias de la Pasion : en el sacerdote rezando el Intróito la piedad ve *á Jesús presentado á Anás y á Caifás,* en cuyo lugar fue abofeteado; en el sacerdote rezando el *Kyrie,* á Jesús renegado por san Pedro; en el sacerdote volviéndose hácia el pueblo para decir *Dominus vobiscum, á Jesús mirando* á san Pedro y convirtiéndole; en el sacerdote dirigiéndose á leer la Epístola, *á Jesús conducido á la presencia* de Pilatos; en el sacerdote volviendo al medio del altar á rezar el *Munda cor meum, á Jesús presentado á Herodes;* en el sacerdote leyendo el Evangelio, *á Jesús escarnecido y presentado de nuevo á Pilatos.*

Las oraciones de que se compone la segunda parte de la misa indican suficientemente el sentimiento que debe dominar en nuestra alma durante la misma, la fe : y ¿cuál debe ser la intensidad y viveza de la que albergue nuestro corazon al considerar que allí, á nuestra vista, sobre aquel altar, entre las manos del sacerdote, va por nosotros á descender del cielo y á inmolarse el Deseado de las naciones, objeto de los votos y suspiros de los cuarenta siglos antiguos, término de todos los acontecimientos del mundo antes y despues de su venida; el que adoran los Ángeles y los Serafines, aquel en quien creyeron las legiones de Mártires y de Santos que nos preceden; el que cambió la faz del universo, el que le juzgará, y el que glorificará con él, por espacio de siglos sin fin, á los fieles imitadores

de sus divinos ejemplos! ¡Con cuánto arrobamiento debe estar atenta nuestra alma á la inefable maravilla que va á suceder!

II. Tercera parte de la misa. —Hemos llegado ya á la tercera parte de la misa, la cual comprende el principio del sacrificio ó el ofertorio y las oraciones que le siguen hasta el prefacio. En los primeros siglos, terminadas las oraciones, ceremonias é instrucciones de que acabamos de hablar, y que formaban la preparacion para el tremendo sacrificio, el diácono mandaba salir á los catecúmenos, á los penitentes, á los judíos y á los herejes, pudiendo permanecer únicamente los que poseian la gracia del Bautismo y la habian conservado intacta ó recobrado por la penitencia; antigua costumbre que nos manifiesta el profundo respeto que la Iglesia ha tenido siempre á los divinos misterios, que es por sí sola una prueba de su fe en la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía, y que nos enseña la santidad con que debemos asistir á la misa; y si los pecadores no son ahora excluidos como antes, la Iglesia quiere al menos que asistan á ella con un deseo, con un principio de conversion, con aquellos gemidos que partiendo de un corazon contrito y humillado atraen la misericordia de Dios.

Antes del ofertorio, el celebrante saluda de nuevo á los fieles con la fórmula acostumbrada: *Dominus vobiscum,* y por su parte el pueblo, viendo acercarse el terrible momento y sintiendo con mas intensidad la importancia de que su sacrificador esté revestido de la virtud celeste, contesta deseando para él la asistencia del Señor: *Et cum spiritu tuo.* Vuelto de nuevo hácia el altar, el sacerdote dice *Oremus:* Oremos; exhortando á la asamblea á unirse mas estrechamente con Dios, á medida que se dispone todo para la grande accion; en seguida reza la oracion llamada del *Ofertorio,* porque durante ella ofrecian los fieles en la primitiva Iglesia el pan y el vino destinados para el sacrificio [1].

Semejante ofrenda se verificaba del siguiente modo: Los fieles, uno por uno, y los hombres primero y las mujeres despues, ponian el pan y el vino que deseaban deponer en el altar encima de unos manteles blancos; el Obispo recibia estas oblaciones, que eran luego colocadas por un subdiácono en un mantel sostenido por dos acólitos; el arcediano recibia los pequeños cálices ó vinajeras [2] que los fieles le

[1] Bona, lib. II, c. 8.
[2] Amulas.

presentaban, y derramaba el vino que contenian en un grande cáliz que aguantaba un subdiácono. El arcediano colocaba en el altar tantos dones ofrecidos [1], cuantos eran necesarios para la comunion del pueblo, ó bien los presentaba al Obispo, para que este los colocase allí, y luego derramaba el vino al través de un colador en el cáliz en que debia hacerse la consagracion; un subdiácono iba á recibir del primer chantre la vinajera del agua [2] y la entregaba al arcediano, el cual derramaba parte de su contenido en el cáliz, y colocaba este en el altar, delante del pontífice, y á la derecha de las oblaciones [3].

Los presbíteros y demás ministros de la Iglesia hacian sus ofrendas en el altar, así como los fieles las hacian fuera del coro de la balaustrada que separaba el clero del pueblo [4], hasta donde salia á recibirlas el Obispo ó presbítero oficiante, estando el Emperador, por respeto hácia la soberana dignidad de que se hallaba revestido, exceptuado de esta regla general para los legos; el Monarca deponia personalmente su ofrenda en el altar, esto es, el pan que habia preparado con sus propias manos, y con motivo de esta costumbre tuvo lugar uno de los hechos mas notables de nuestra santa antigüedad, hecho que refiere en estos términos san Gregorio Nazianceno:

Hallándose el emperador Valente en Cesarea, asistió á la iglesia el dia de la Epifanía, rodeado de sus guardias, y se mezcló solo por ceremonia, pues era arriano, con el pueblo católico; al oir el canto de los Salmos, al ver á aquel pueblo inmenso y el órden que reinaba en el santuario y en sus alrededores; al considerar á los ministros sagrados, mas semejantes á Ángeles que á hombres, á san Basilio delan-

[1] Oblata.
[2] Fontem.
[3] Órden romano.
[4] De este modo todos los fieles ofrecian al altar pan, vino, aceite y cuanto era necesario para la celebracion de los santos misterios y para la Comunion; lo que sobraba se destinaba para sustento de los ministros del altar. La diversidad del pan y del vino ofrecidos para consagrar no carecia de inconvenientes, así es que la Iglesia creyó oportuno disponer que una sola persona ofreciese el pan, el vino y las luces necesarias para el sacrificio, y que el resto de los fieles ofreciese en dinero lo que tuviese devocion de dar para la subsistencia de los eclesiásticos; este es el orígen de las *ofrendas* en las misas mayores de los domingos. Consérvase todavía un vestigio de semejante costumbre en la misa solemne de Difuntos, en la que se ofrece pan, vino, trigo, cirios y dinero, accion que no es una pura liberalidad, sino que está conforme con lo que siempre se ha practicado en todo sacrificio, en el que, el que lo ofrecia debia dar la hostia, y á la costumbre mas religiosamente observada entre los antiguos fieles.

te del altar con el cuerpo inmóvil, la mirada fija, el espíritu unido á Dios, como si nada extraordinario hubiese sucedido; al mirar á cuantos le rodeaban sobrecogidos de temor y de respeto, Valente no acostumbrado á semejante espectáculo sintió turbarse su cabeza y oscurecerse su vista: en un principio nadie fijó la atencion en ello, mas al tener *que llevar hasta el altar su ofrenda que habia hecho con sus propias manos,* y al ver que nadie la recibia como así era costumbre, puesto que todos ignoraban si sàn Basilio querria ó no recibirla, vaciló de tal modo que hubiera caido vergonzosamente á no tenderle la mano para sostenerle uno de los ministros del altar [1].

Mientras se hacian las ofrendas cantábanse los Salmos, costumbre que se observaba ya en el siglo IV [2], si bien su orígen data de tiempos mucho mas remotos; traslademonos sino al templo de Jerusalen, y verémos al pueblo judío ofrecer sus holocaustos y primicias entonando cánticos, y al sonido de las trompetas y atabales, á fin de manifestar el regocijo con que presentaba al Señor los dones que de su munificencia recibiera. Nuestros padres, no menos agradecidos que los judíos, acompañaron tambien sus ofrendas con el canto de los himnos sagrados; y así como hemos heredado su costumbre, ¿hemos heredado acaso su piedad para con Dios? Así pues, el ofertorio que cantamos aun en el dia es, al mismo tiempo que una preciosa leccion, un venerable recuerdo, y se canta lentamente, á fin de dar tiempo al sacerdote para hacer la ofrenda del pan y del vino y rezar las oraciones acompañatorias.

Terminada la ofrenda del pueblo, el Obispo se sentaba en su sitial, lavábase las manos, y volvia al altar; preparémonos para seguirle á él.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber rodeado el santo sacrificio de tantas oraciones y ceremonias hechas expresamente para reanimar mi fe y mi piedad; hacedme la gracia de que penetre su espíritu.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé la lectura del Evangelio como habria escuchado al mismo Jesucristo Salvador nuestro.*

[1] Fleury, t. IV, pág. 244.
[2] S. Aug. *Retract.* lib. II, c. 2.

# LECCION XIX.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Tercera parte de la misa (continuacion). — Ofertorio en los tiempos presentes.**

Visto el modo como se hacia el ofertorio hasta el siglo IX, vamos á explicar cómo se hace en el dia; el sacerdote descubre el cáliz, á propósito de lo cual dirémos que el uso de cubrir el cáliz con un velo existia ya en los primeros tiempos del Cristianismo [1], y manifiesta el respeto que la Iglesia ha profesado constantemente á los vasos destinados al altar; descubiérto el cáliz, extiende el corporal, es decir, el lienzo sobre que debe descansar el cuerpo de Jesucristo. El corporal debe ser de lino, porque de lino era el sudario con que fue envuelto Nuestro Señor, y asimismo lo decia san Jerónimo hace mil cuatrocientos años; el uso del corporal ha sido establecido por la Iglesia para mayor limpieza y para evitar los inconvenientes que podrian resultar de derramarse una gota de la preciosa sangre. Antiguamente el corporal era tan largo y ancho como la parte superior del altar, de modo que debia doblarse varias veces sobre el cáliz para cubrirlo [2]; mas como fuese esto muy incómodo, sobre todo desde que se introdujo la elevacion del cáliz, que algunos pretendian tener cubierto aun al elevarlo, se hicieron dos corporales mas pequeños; uno que se extiende encima del altar, y el otro doblado del mejor modo para cubrir el cáliz; poniendo un carton entre los dos dobleces de este último, á fin de que se mantuviese mas firme y de que fuese mas manual; el nombre que se le da es el de pália, que significa capa ó cobertor [3].

[1] Canon. apost. 72; Bona, lib. I, c. 25.

[2] S. Greg. Tur. *Hist.* lib. VII, c. 12.

[3] Pallium; Bona, lib. I, c. 27. En Italia no existe el carton [1], lo que hace mucho mas sensible el orígen de la pália.

[1] Tampoco lo hay en España donde, como en Italia, se usa para cubrir el cáliz de un lienzo sencillo, bien que guarnecido de encajes. (*Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA.

Descubierto el cáliz y extendido el corporal, el sacerdote toma la patena, sobre la cual está colocado el pan pequeño y redondo que llamamos hostia, es decir, víctima, porque debe ser cambiado en víctima santa; y sosteniendo la patena con ambas manos á la altura del pecho, el ministro sagrado eleva los ojos hácia el cielo y luego los inclina al suelo, expresando con tal postura y gesto que ofrece al Dios que está en el cielo aquella hostia tan santa y tan pura, á pesar de no ser mas que un indigno pecador; al mismo tiempo dice: «Re«cibid, Padre santo, omnipotente y eterno, la hostia inmaculada «que os ofrezco, yo que no soy mas que vuestro indigno siervo, á «Vos que sois mi Dios vivo y verdadero, por mis pecados, mis ofen«sas, y mis omisiones que son infinitas, por todos los asistentes y «por todos los fieles cristianos, vivos y muertos, á fin de que apro«veche á ellos y á mí para la salvacion de la vida eterna. Así sea.»

El sacerdote termina esta oracion haciendo la señal de la cruz, como para colocar á la víctima en la cruz donde debe ser inmolada [1]; en seguida coloca la patena parte sobre el corporal cubriendo la otra parte con el purificador, á fin de conservarla con la limpieza posible hasta que la necesite para la fraccion de la hostia; limpia el cáliz con un lienzo, llamado *purificador*, y derrama en él el vino y luego el agua, pero esta en pequeña cantidad, porque la materia del sacrificio, la de que se sirvió el Salvador, es el vino y no otro líquido. Esta mezcla de agua y de vino es tan antigua como la institucion de la santa Eucaristía, pues la tradicion nos anuncia que el Salvador puso agua en la copa de vino que consagró [2], en lo que se conformó con el rito de los judíos, segun el cual debia haber en la copa pascual vino mezclado con agua.

Semejante mezcla está llena de misterios, de los cuales el mas instructivo para nosotros es este: el agua representa el pueblo, idea expresada por el mismo san Juan [3] y por otros muchos santos Padres [4]; y debiendo nosotros no formar con Jesucristo mas que un solo cuerpo, debemos por consiguiente ser consagrados con él: Je-

[1] Durandus, lib. IV, c. 30, n. 15.
[2] Véanse las liturgias de san Jaime, de san Basilio y de san Juan Crisóstomo; á san Justino, *Apol. II;* á san Cipriano, lib. II, *Epist. III*, etc.; á Bona, lib. II, c. 9.
[3] Apoc. XVII, 15.
[4] S. Cyril. *Epist. LXIII.*

sucristo se hizo semejante á nosotros tomando nuestra naturaleza; pero quiere además que la union sea perfecta y que nos hagamos semejantes á él revistiéndonos con su divinidad. Pues bien, aquella mezcla de agua y de vino es una imágen de la adorable union de Dios y del hombre que se verificó en la encarnacion; de la union del hombre con Jesucristo que se verifica en la comunion, y de la consumacion del hombre en Dios que se verificará por medio de la gloria [1]. Estas son las grandes ideas que se expresan en la oracion que hace el sacerdote al bendecir el agua que representa al pueblo fiel, el agua que va á confundirse con el vino del sacrificio, al pueblo que por la transustanciacion en breve no formará mas que uno con su Señor Jesucristo.

«¡Dios mio! dice el sagrado ministro, Vos que dotásteis tan admi-«rablemente al hombre de tan noble naturaleza, y que le rescatásteis «de un modo mas admirable aun, haced que por el misterio de esta «agua y de este vino seamos partícipes de la divinidad de vuestro «Hijo Jesucristo, nuestro Señor, quien tuvo á bien participar de nues-«tra humanidad, él que siendo Dios vive y reina junto con Vos en «la unidad del Espíritu Santo, en todos los siglos de los siglos. Así «sea.»

En las misas de Difuntos el sacerdote no bendice el agua con la señal de la cruz, por causa de la misteriosa significacion del agua; en efecto, no se emplea aquel signo exterior para bendecir el agua, símbolo del pueblo, porque se trata entonces de las almas del purgatorio, las cuales no pueden ser bendecidas por el celebrante. Hemos dicho que únicamente se pone en el cáliz una escasa cantidad de agua «á fin, dice un concilio, de que la majestad de la sangre «de Jesucristo sea en él mas abundante que la fragilidad del pueblo «representado por el agua [2].» En las misas solemnes el subdiácono es el que pone el agua en el cáliz y el diácono presenta el pan y el vino, á fin de que conozcamos con evidencia que el sacerdote no ofrece solo, que no sacrifica para sí solo, que no desempeña un ministerio extranjero para el resto de los fieles: el diácono y el subdiácono, que son como un intermedio entre el lego y el presbítero, representan en esta ocasion el pueblo entero; y poniendo en manos del celebrante las sustancias que deben ser consagradas, las ofrecen en

[1] **Mixtura Dei et hominis.** ***(S. Aug.).***
[2] **Concilio de Tribur, can. 19, celebrado en 895.**

cierto modo en nombre del pueblo por manos del sacerdote. ¡Qué leccion para todos!

Y ¿qué dirémos de la que se desprende de los elementos elegidos por el Salvador para su sacrificio? El pan, compuesto de muchos granos de trigo, y el vino, hecho de muchos granos de uva, representan admirablemente la Iglesia, compuesta de muchos miembros extraidos de la masa corrompida, para ser convertidos en Jesucristo y formar su cuerpo místico, del mismo modo que aquel pan y aquel vino se han trocado realmente en su cuerpo natural y en su verdadera sangre. ¿Qué enseñanza y qué aplicacion mas elocuente se quiere de esta verdad, base de todas las sociedades, principio de todas las virtudes y de todos los generosos sacrificios: *No debeis tener entre todos sino un corazon y un alma?*

Así pues, el pan y el vino ocupan el lugar de los que los ofrecen, y con ellos el de toda la Iglesia, pues siendo el pan y el vino el alimento, la subsistencia, y como la vida de los hombres, al ofrecerlos en el altar, ofrecen en cierto modo su vida y el mundo entero que fue criado para ellos; ofrécense á sí mismos á Dios á fin de ser sacrificados á su gloria con su jefe Jesucristo, y en efecto, esta es la verdadera disposicion en que debemos encontrarnos para hacer la oblacion del pan y del vino con el celebrante. *Cuando te sentares á comer con un príncipe*, dice la Escritura, *mira con atencion las cosas que te han puesto delante. Y pon un cuchillo en tu garganta, y sabe que el príncipe espera que le corresponderás con otro tanto* [1]. «Y ¿cuál es esta «mesa, pregunta san Agustin, sino aquella en que recibimos el cuer«po y la sangre de Jesucristo? Y ¿qué significan estas palabras: Y sa«be que el príncipe espera que le corresponderás con otro tanto; sino «lo que dijo san Juan: *Así como Jesucristo dió su vida por nosotros, así «tambien debemos nosotros darla por nuestros hermanos* [2]?» Así pues, al acercarnos al augusto sacrificio, al asistir á la misa, debemos hacerlo como víctima, y víctima inmolada con Jesucristo y por los mismos fines que Jesucristo, es decir, por la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos; esta grande disposicion contiene todas las demás.

Preparado así el cáliz, el sacerdote vuelve al medio del altar, y

[1] Prov. XXIII, 1, 2; Eccli. XXXI, 12. Véase respecto de esto los magníficos Comentarios de los santos Padres en Cornel. à Lapid. *in Proverb.* XXIII, 1, 2, y *Eccli.* XXXI, 12.

[2] S. Aug. *Serm. XXXI.*

lo ofrece como ha ofrecido el pan, con la diferencia de que no habla solo por sí, sino en nombre de toda la asamblea, á la que eleva, por decirlo así, hácia el cielo en aquella agua mezclada con el vino del cáliz; así pues, con la vista fija en las santas montañas y teniendo el cáliz á la altura de su frente, dice: «Os ofrecemos, Señor, esta co-«pa salvadora, y pedimos á vuestra clemencia que la haga ascender «como un suave perfume hasta la presencia de vuestra divina Ma-«jestad, para nuestra salvacion y la del mundo entero. Así sea.» Esta bella oracion nos manifiesta claramente lo mismo que dijo Tertuliano; esto es, que Jesucristo es el sacerdote católico del Padre; su sangre purificó la tierra y el cielo, pues *él es propiciacion por nuestros pecados, y no tan solo por los nuestros, mas tambien por los de todo el mundo* [1].

Despues de esta oracion el sacerdote hace con el cáliz la señal de la cruz en el altar, para manifestar que coloca la ofrenda sobre la cruz de Jesucristo; y luego, como debemos temer que nuestra indignidad mezcle á la ofrenda algo que sea desagradable á Dios, el sacerdote se inclina sobre el altar con las manos juntas, en actitud suplicante, y dice en nombre de todos los asistentes lo mismo que repetian los jóvenes hebreos cautivos en Babilonia, al ofrecerse valerosamente en holocausto para ser arrojados al horno: «Recibidnos, Señor, á nos-«otros que nos presentamos ante Vos con espíritu humillado y co-«razon contrito, y haced que nuestro sacrificio se cumpla hoy en «vuestra presencia de un modo que os lo haga agradable.»

Entonces el celebrante eleva los ojos y las manos al cielo para llamar al Espíritu Santo, al Espíritu de fuego, al Espíritu santificador, que consumió algunas veces visiblemente los holocaustos antiguos, y que cada dia consume, cambiándolos de un modo tan admirable, los dones que ofrecemos. Para ello dice: «Venid, Santificador omni-«potente, eterno Dios, y bendecid este sacrificio preparado en glo-«ria de vuestro santo nombre.» Al pronunciar la palabra *bendecid,* hace la señal de la cruz sobre el cáliz y sobre la hostia, para indicar que solo por la virtud de la cruz espera del Espíritu Santo la santificacion de los dones que deben ser convertidos en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo.

¡Ah, precioso momento para ofrecernos! ¡precioso motivo de confianza! No somos presentados solos á Dios, no; ¡ay! ¿quién nos admitiera con nuestra indignidad? pues presentados con Jesucristo

[1] I Ioan. II, 2.

formamos con él una sola persona; esto hace que Dios, por decirlo así, no puede ya rechazarnos, y como no puede negar nada á su Hijo, como le complace siempre, segun expresion de san Pablo, por el respeto que le es debido, de aquí que se ve obligado á recibirnos con él, quedando nuestra miseria y nuestra imperfeccion oculta y como absorbida en la infinita dignidad de la persona de Jesucristo. Penetrémonos, pues, de los sentimientos de oblacion á que la circunstancia nos invita; ofrezcamos el bien que está en nosotros á fin de que, unido á los méritos del Salvador, sea purificado de las imperfecciones con que lo mezclamos y sea digno de Dios; ofrezcamos el mal que está en nosotros á fin de que sea ocultado y consumido por la inmensa caridad de la víctima; ofrezcamos tambien nuestro cuerpo y sus sentidos todos, nuestra alma y todas sus facultades, pues Jesucristo, nuestro hermano mayor, nada se reserva, y desde el momento en que asistimos á su sacrificio cesamos de pertenecernos, y consentimos en ser víctimas con él, y en ofrecerlo todo á Dios, de quien todo lo hemos recibido y á quien todo pertenece.

En las misas solemnes, despues de la oracion *Offerimus : Ofrecemos*, el diácono toma la patena de encima el altar y la entrega á un acólito, el cual la guarda cubierta hasta llegar al *Pater* : la razon de semejante ceremonia es la siguiente : Durante los seis primeros siglos consagrábase el pan sobre la patena [1], mas colocado despues sobre el corporal no fue ya necesaria aquella para romper la hostia, y si bien se habria podido dejar en el altar como se practica en las misas rezadas, si hubiese sido siempre tan pequeña como ahora, sin embargo, como siendo las asambleas muy numerosas y debiendo comulgar en ellas gran número de fieles debia la patena contener cuanto el sacerdote consagraba, era por lo tanto un plato muy grande del que convenia desembarazar el altar despues de la oblacion [2]. Esta es la razon de una ceremonia que al mismo tiempo que nos recuerda el fervor de nuestros padres por la comunion, nos transporta á una época anterior á la nuestra de once siglos.

La patena se guarda en la iglesia por uno de los ministros en vez de ser llevada á la sacristía, á fin de que el sacerdote la tenga á la mano cuando la necesite; y al terminar el *Pater*, el acólito la entrega

[1] Sacr. S. Greg. *apud Menard*. pag. 154.

[2] Se ha hablado de patenas de oro y de plata que pesaban veinte y cinco y treinta libras.

al subdiácono y este al diácono, el cual la conserva por un instante elevada á fin de advertir al pueblo que se acerca el momento de la comunion, llevándola en seguida al altar y presentándola al celebrante [1]. En las misas solemnes luego de terminadas estas oraciones y ceremonias, el diácono presenta la naveta al celebránte, quien bendice el incienso é inciensa primeramente el pan y el vino; segun hemos dicho ya, el incienso es el símbolo de nuestras oraciones y de la ofrenda de nosotros mismos, y el sacerdote inciensa el pan y el vino, para indicar mas sensiblemente que unimos á estas oblaciones nuestros votos, nuestras personas y nuestros bienes: así lo expresan claramente las oraciones que el sacerdote reza durante la incensacion de las ofrendas y del altar.

En algunas iglesias se verifica despues de la incensacion la ofrenda del pan bendito, lo mismo que las diferentes cuestaciones, siendo de gran importancia reanimar nuestra fe sobre estas costumbres tres veces venerables por su antigüedad, por los tiernos recuerdos que despiertan, y por las lecciones que de ellas se desprenden.

*En esto conocerán todos que sois mis discípulos*, decia el Salvador, *si tuviéreis caridad entre vosotros* [2]; y fieles á este mandato nuestros padres en la fe solo tenian un corazon y una alma [3], no siendo la Iglesia otra cosa que una gran familia esparcida por todas las partes del mundo: sin embargo, aquellos hermanos que se amaban sin haberse visto jamás quisieron darse entre sí un signo visible de la caridad que los unia, y eligieron el mas elocuente de todos, el pan, pues compuesto esté de muchos granos de trigo de tal modo mezclados que *forman* un solo y mismo todo, expresaban, enviándoselo, que todos ellos eran *uno*, semejante en cierto modo á las divinas Personas que son *uno* solo entre sí. Á este pan se le dió el nombre de eulogia en razon de que se bendecia antes de enviarlo; esta costumbre data de los tiempos apostólicos [4], y tambien se remitia la Eucaristía, que los diáconos llevaban á las iglesias mas apartadas [5]; siendo este el venerable orígen del pan bendito.

En un principio estuvo en uso para indicar y conservar la union

[1] Rubriq. de miss. paris.
[2] Ioan. XIII, 35.
[3] Act. IV, 32.
[4] S. Paulin. *Epist. XLI ad S. Aug.*
[5] Ibid. y Eusebio, lib. V, c. 24.

entre los cristianos separados entre sí, y luego como un signo de union entre los que se encuentran juntos en una misma misa; pues si bien el signo de union por excelencia es la comunion, como por desgracia en los tiempos actuales no todo el mundo comulga, la Iglesia ha instituido otro signo que suple la recepcion del cuerpo y de la sangre del Salvador, á fin de que los cristianos de hoy puedan decir como los de los primeros dias: *Participamos de un mismo pan* [1]. ¡Y bien! ¿es posible hallar un medio mejor para recordar á los hombres la gran verdad, base de las sociedades y garantía de la felicidad pública, á saber, que son todos hermanos, todos iguales delante de Dios, puesto que todos comen el mismo pan; que deben amarse los unos á los otros y no formar mas que una sola familia? ¡Oh Dios mio! ¿por qué vuestra santa Religion es tan mal comprendida y peor observada [2]?

Lo que antecede nos manifiesta los sentimientos de respeto, de alegría, de caridad y de confianza que debemos abrigar al recibir el pan bendito. 1.° Debemos respetarlo, pues los Padres de la Iglesia advierten á los fieles tener un profundo respeto por estos dones, en cuanto han recibido la bendicion de los sacerdotes, y no permitir que sea pisada, ni aun por un involuntario descuido, la menor parte de ellos. 2.° Debemos recibirlo con sentimientos de alegría y de caridad, pues ¿por ventura no es muy dulce sentarse con sus hermanos á la mesa del Padre comun, y comer en ella el mismo pan sin distincion de ricos ni de pobres, de sábios ni de ignorantes; y pensar que millares de corazones responden á los latidos del nuestro, y que el pan de fraternidad que comemos en aquel momento, otros hermanos nuestros lo comen tambien en Asia, en América, en China, y aun en las islas, hasta poco há salvajes, de la Oceania? Tan grande leccion de caridad ¿fue jamás tan necesaria como en un siglo en que el egoismo tiende á marchitar los corazones, en que el lujo ha puesto entre los hombres tan grandes desproporciones? 3.° Debemos comerlo con santa confianza, porque aquel pan, para nosotros bendecido, puede alejar de nuestros cuerpos y mas todavía de nuestras almas cuanto pudiera turbar su armonía, y esto con la remision del pecado venial.

[1] I Cor. x, 17.

[2] En la diócesis de Besanzon no se reparte el pan bendito el dia de Pascua, pues como aquel dia todos están obligados á participar de la realidad, el símbolo ó imágen es del todo inútil.

Junto con el pan bendito se ofrece un cirio y una moneda, costumbre que nos traslada á los tiempos antiguos en que los fieles ofrecian cuanto era necesario para el sacrificio y para la subsistencia de los sagrados ministros : el pan, las luces y las limosnas.

En muchas iglesias, á la distribucion del pan bendito sigue la cuestacion, costumbre que á nuestro entender es tierna y natural entre todas; en efecto, las *doctrinas* y las *ceremonias* de la Iglesia deben *traducirse en buenas obras*, porque la caridad es esencialmente activa; y despues que los hijos de la gran familia han comido el pan de la fraternidad, quiere la Iglesia que dén pruebas reales y eficaces de la caridad que los une; así es que se presenta á ellos implorando su compasion por sus hermanos necesitados : ya son huérfanos que deben ser criados; ya pobres vergonzantes que deben ser socorridos y alojados; ya achacosos ancianos á quienes es preciso procurar los consuelos y cuidados que su edad y sus sufrimientos reclaman; ya enfermos, moribundos á los que son necesarios auxilios corporales ó espirituales; ya difuntos, porque los difuntos son tambien nuestros hermanos; ya finalmente es el mismo Jesucristo pidiendo por su altar que no está adornado con toda la decencia que conviene, por su templo, cuya desnudez y pobreza excitan la compasion de los mismos pobres.

Estas causas, que dan motivo á nuestras cuestaciones, existian ya hace diez y ocho siglos, y el mundo vió al gran Apóstol, recorriendo las vastas provincias de la Grecia y del Asia, haciendo en las asambleas de los fieles cuestaciones para sus pobres hermanos de Jerusalen. «Estableció, dice san Juan Crisóstomo, que tendrian lugar el «domingo [1]; y en su consecuencia al llegar el dia del sol, es decir, «el domingo, cada uno de nosotros, dicen Tertuliano y san Justino, «lleva á la asamblea su módica ofrenda, proporcionada á sus medios; «nadie está obligado á contribuir con una cantida fija; y se forma un «tesoro de piedad que empleamos en consolar á los pobres, á los en-«fermos, á los huérfanos, á los desterrados, y á los que están con-«denados á las minas á causa de su fe [2].»

Si preguntais por qué estableció san Pablo que las cuestaciones y limosnas se hiciesen especialmente el domingo, os contestará san Juan Crisóstomo diciendo : «Porque el domingo es el dia en que el

[1] Serm. XXII.
[2] Apol. c. 39.

«infierno fue vencido, el pecado aniquilado, los hombres reconci-«liados con Dios, y devuelta á nuestra raza su antigua gloria, ¿qué «digo? una gloria mayor, en la que alumbra el sol el admirable mi-«lagro del hombre convertido de repente en inmortal. Pablo, que de-«seaba conmover nuestro corazon, eligió este dia para implorar nues-«tra caridad, diciéndonos: Piensa, ó hombre, en los males de que «te has visto libre en este dia, y en los bienes de que durante el mismo «has sido colmado. Si celebramos con banquetes y regalos á nuestros «amigos el aniversario de nuestro nacimiento, ¡con cuánta mayor «razon debemos honrar con nuestras liberalidades el dia que puede «ser llamado sin vacilar el del renacimiento de todo el género hu-«mano [1]!» El mismo Padre exhorta en seguida á los fieles á destinar cada domingo algo para los pobres, pues san Pablo no exceptúa á nadie cuando dice que cada uno, *unusquisque*, haga alguna limosna, ni aun á los pobres, pues sin duda no lo serán tanto como la viuda del Evangelio, la cual solo tenia dos pequeñas monedas y las dió.

El elocuente Patriarca manifiesta acto continuo la razon por que la Iglesia permite que los pobres mendiguen en la puerta de sus templos: «Esto es, dice, para que puedan todos purificar sus manos y su «conciencia por medio de la limosna antes de entrar en ella; la cos-«tumbre de establecer fuentes delante de las puertas de las iglesias y «de los oratorios, á fin de que sea posible lavarse las manos antes de «entrar y de orar en ellas, es sin duda muy laudable y santa, pero «mas santa y mas necesaria es todavía la que coloca á los pobres en «la puerta de nuestros templos para lavar las manchas de nuestra al-«ma, antes de presentarnos delante de la majestad del Dios tres ve-«ces santo; así pues, nuestros padres pusieron á los pobres en las «puertas de nuestras iglesias como fuentes de purificacion, pues la li-«mosna es mas eficaz para purificar nuestras almas que el agua para «purificar nuestras manos [2].»

Guardaos, pues, de abolir las cuestaciones de nuestras misas solemnes, pues destruiríais uno de los mas preciosos restos de nuestra santa antigüedad: concíbese fácilmente que los Protestantes, para quienes el pasado es mudo, y cuyas doctrinas dividen en lugar de

[1] Si nos natalitia celebramus, etc., quanto magis nobis dies iste observandus, quem si quis natalitium totius naturae humanae appellet, non errabit! *(Serm. XXII)*.

[2] Serm. XXV.

unir, hayan suprimido las cuestaciones; pero la Iglesia católica las conservará mientras sea fiel heredera del pasado, mientras sienta en su corazon un amor maternal, mientras sepa que la caridad debe producirse con obras y no con vanas palabras. Por otra parte, ¿qué preparacion mejor puede haber para el sacrificio y la santa comunion que esta limosna hecha por el amor del Dios que va á darse á nosotros, y en presencia de los fieles para edificarles?

Volvamos ahora al altar, y ved al sacerdote volviendo al lado de la Epístola y lavándose los dedos; antigua ceremonia que se funda en dos razones, natural la una y misteriosa la otra: la natural consiste en que las dos ceremonias que preceden, á saber: la recepcion de las ofrendas de los fieles, del modo que se practicaba en los pasados siglos, y la incensacion, que se practica todavía, pueden manchar las manos y exigir que el sacerdote se las lave por razones naturales y de decoro; la razon misteriosa consiste en enseñar á los sacerdotes y á los fieles que para ofrecer el sacrificio deben purificarse de las menores manchas. «Habeis visto, dice san Cirilo de Je«rusalen, que un diácono presenta lo necesario para lavarse las ma«nos al sacerdote celebrante y á los demás presbíteros que se hallan «al rededor del altar; y ¿pensais acaso que sea esto para limpiarse «el cuerpo? De ningun modo, pues al entrar en la iglesia no tene«mos por costumbre hallarnos en estado de tener necesidad de la«varnos para estar limpios; aquel lavatorio nos recuerda que debe«mos estar puros de todos nuestros pecados, en cuanto nuestras ma«nos significan las acciones, y lavar nuestras manos no es otra cosa «que purificar nuestras obras[1].»

Conforme á semejante idea, la rúbrica solo prescribe á los sacerdotes la ablucion de la extremidad de los dedos; «ablucion, dice san «Dionisio, que no se hace para lavar el cuerpo, pues lo ha sido ya, «sino para indicar que el alma debe purificarse de sus menores man«chas, y por esto es que el sacerdote se lava únicamente el extremo «de los dedos y no las manos.» Al lavarse las manos, el celebrante reza el salmo *Lavabo*, que se adapta tan admirablemente á aquella accion, que ya en los primeros siglos se rezaba en igual circunstancia[2]. ¿Nada dice á los fieles semejante espectáculo? ¿No deben ellos tambien estar puros para asistir á los tremendos misterios? Si es así,

[1] Catec. Mist. V.
[2] S. Dionys. *De Eccl. Hier.* c. 53; Liturg. S. Chrys. Euchol. Graec. p. 60.

repitan entonces con toda la sinceridad de sus corazones: Lavadme, Señor, de todas mis iniquidades, purificad las ideas de mi mente y los deseos de mi corazon, á fin de que pueda unirme á las disposiciones del sacerdote, y participar de los frutos del sacrificio.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por recordarme con la ofrenda del pan bendito que todos somos hermanos; hacednos la gracia de que nos amemos los unos á los otros como á hijos de una misma familia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *contribuiré siempre que pueda á la cuestacion del domingo.*

# LECCION XX.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Tercera parte de la misa (continuacion).—*Orate, fratres.*—Cuarta parte de la misa.—Prefacio.—*Sanctus.*—Cánon.—Dípticas.**

I. Tercera parte de la misa (continuacion).—Despues que en nombre de la Iglesia el sacerdote ha ofrecido el pan y el vino, y los fieles se han ofrecido con él para reconocer el supremo dominio de Dios y para la expiacion de sus pecados, vuelve al medio del altar, hace una ligera inclinacion, presenta la oblacion á la santísima Trinidad, y le manifiesta el objeto que se propone al presentársela, que no es otro que en memoria de los misterios de Jesucristo, y en honor de los Santos, es decir, para dar gracias á Dios por los favores con que nos ha colmado y para merecer su proteccion; para esto, dice la siguiente oracion: «Recibid, santísima Trinidad, la oblacion «que os ofrecemos en memoria de la Pasion, de la Resurreccion y de «la Ascension de Jesucristo nuestro Señor, y en honor de la bien«aventurada María siempre Vírgen, de san Juan Bautista, de los «apóstoles san Pedro y san Pablo, de estos [1] y de todos los Santos, «á fin de que sirva para su exaltacion y para nuestra salvacion, y «de que aquellos de que hacemos conmemoracion en la tierra se «dignen interceder por nosotros en el cielo. Por Jesucristo Señor «nuestro. Así sea.»

Esta antigua oracion [2] menciona todas las personas que tienen derecho al sacrificio, aunque de un modo distinto: Dios, á quien se ofrece; Jesucristo, que es la víctima ofrecida no solo á Dios sino tambien en memoria de su propia Pasion, de su Resurreccion y de su Ascension, y por consiguiente elevada delante del trono de Dios para estar siempre en su presencia y abogar por nuestra causa; y la Igle-

[1] El sentido de estas palabras era antiguamente este: De los Santos cuya fiesta se celebra; mas en el dia significa: de los Santos cuyas reliquias están depositadas aquí.

[2] Bona, lib. II, c. 9.



sia del cielo y la de la tierra, unidas para participar del sacrificio católico, pues la Iglesia militante participa de él sacramentalmente recibiendo nuevos frutos de vida, al paso que la Iglesia triunfante participa tambien de él, si bien de un modo invisible, por cuya comunion continua Jesucristo comunica á los Santos del cielo la vida de la gloria [1].

Al rezar esta oracion, el celebrante tiene las manos juntas encima del altar y la cabeza inclinada, expresando con semejante postura reconocerse indigno de ofrecer el gran sacrificio á la majestad suprema, y comprender toda la inocencia que debe adornar al que se presenta delante de Dios de parte del género humano: finalmente besa el altar, símbolo de Jesucristo, para beber en él las santas disposiciones cuya necesidad siente mas y mas, y volviéndose hácia los fieles á fin de comunicárselas, les dice abriendo los brazos de su caridad: «Orad, hermanos, para que mi sacrificio, que es tambien el «vuestro, sea favorablemente acogido por el Dios Padre todopo«deroso.»

El celebrante dice con voz algo mas alta: *Orad, hermanos,* con objeto de ser oido al menos de los que se encuentran al rededor del altar, puesto que su invitacion se dirige á los asistentes. La causa antigua de esta exhortacion dimana de las distracciones que podia producir la ofrenda del pueblo por su mucha duracion [2]; mas la principal es que cuanto mas se acerca el momento del sacrificio, mas necesarios son la oracion y el recogimiento.

Hasta este instante, el sacerdote confundido con el pueblo ha conversado en cierto modo con él por los diferente votos que en su favor ha formado, por las varias instrucciones que le ha dado, y por las oraciones que ha hecho en su nombre, pero ahora abandonará á los fieles para hundirse en el secreto del santuario; nuevo Moisés, subirá á la terrible montaña para hablar con Dios, si bien no olvida antes de dar tan gran paso, que lleva consigo las inseparables debilidades de la humanidad, y que en tan solemne ocasion necesita ser auxiliado con las oraciones del pueblo, y dice: *Orad, hermanos: Orate fratres; orad por mí,* como decian los sacerdotes hace mas de ochocientos años [3], en esta circunstancia de la misa: *Orad por mí, pobre*

[1] El P. de Condren, *Idea del sacerdocio*, etc.
[2] Steph. Eduens. episc. *De Sacr. altar.* c. 12.
[3] Miss. Illyric.

*pecador*, como dicen aun los Cartujos, quienes han conservado esta antigua costumbre [1].

Con esta demanda se despide el sacerdote del pueblo, al cual no verá mas hasta que se haya consumado el sacrificio, y durante todo este tiempo no se volverá hácia él, ni aun al decir: *Dominus vobiscum,* á pesar de que semejante saludo se hace siempre mirando á las personas á quienes se saluda: ocupado únicamente del gran misterio que va á verificarse y devotamente vuelto hácia el altar, como si se hallase encerrado en el Santo de los Santos, apartado del pueblo, no terminará sin embargo sus oraciones secretas sin levantar la voz para exhortar á los fieles á elevar su alma á Dios.

En el *Orate fratres*, el sacerdote volviéndose hácia los fieles les dice: *Hermanos,* tierno nombre que data de diez y ochos siglos, que resonó en las Catacumbas, que fue pronunciado por pueblos enteros de Santos, y que se daban entre sí nuestros padres en la fe; y cuando los gentiles admirados les preguntaban: «¡Cómo! ¿sois to-«dos hermanos? contestaban: Sí, porque hemos nacido todos de un «mismo padre que es Jesucristo, y de una misma madre que es la «Iglesia [2].» ¡Ah! ¡cuán cariñoso es este nombre en la circunstancia en que lo pronuncia el sacerdote! *Hermanos*, unidos como estamos por los vínculos de la sangre, estémoslo tambien por los de la caridad; no nos separemos en este momento en que se trata de nuestra causa comun; ahora que vamos á sentarnos á la misma mesa, á romper el mismo pan, pan que alimentará en nosotros una misma vida; la misma sangre correrá por nuestras venas, y será para nosotros la prenda de la misma herencia: *¡Hermanos!!*

Dice además, *mi sacrificio, que es tambien el vuestro:* es el mio porque soy su ministro, porque es ofrecido por mí, porque la víctima me pertenece; mas es tambien el vuestro porque lo ofreceréis vosotros por mis manos, porque la víctima es vuestra. En seguida añade: *Para que sea recibido favorablemente;* pues, ¡cómo! ¿acaso puede ser rechazada la oblacion de la sangre de un Dios, del Hijo único del Padre? No; mas con esta tengo que ofrecer otra víctima, y soislo vosotros, soilo yo, y el Dios tres veces santo puede encontrar manchas en esta segunda víctima; puede ver en nuestras manos in-

[1] Ordin. Cartusian. c. 26, n. 21.

[2] Unde estis omnes fratres? De uno patre, Christo; de una matre, Ecclesia. (Arnob. *in Psalm.* CXXXIII).

justicias, en nuestros corazones deseos criminales, en nuestras conciencias mancilla; así pues, para excitaros á nuevos sentimientos de dolor, y á llorar por nuestros comunes pecados, os renuevo la advertencia de que oreis: *Orate fratres...*

Á tan justa y útil invitacion el pueblo contesta: Sí, oraremos, á fin «de que el Señor reciba de vuestras manos el sacrificio para ho«nor y gloria de su nombre, para nuestra utilidad y la de toda la «Iglesia.» ¡Ah! ¡cuán bella es la leccion de caridad que de esta oracion se desprende! nos recuerda que somos todos los hijos de una misma familia, pues el sacrificio va á ser presentado á Dios, nuestro Padre comun; Jesucristo, nuestro hermano, va á ofrecerse por las manos de un ministro elegido de entre nosotros, habiéndose consumado el gran misterio que va á renovarse á nuestra vista por la santificacion de todos. Si deseamos que nuestras oraciones sean acogidas, guardémonos de poner á nuestros votos restriccion ni reserva: el sacerdote contesta *Amen: ¡Así sea!* y reza la oracion llamada *Secreta,* cuyo nombre lleva porque se dice en voz baja.

El sacerdote penetra en el secreto del santuario para tratar allí y á solas con Dios; ¿qué hace el nuevo Moisés en tan misteriosa entrevista? Pide al Señor que las oblaciones de los fieles le sean agradables, y les obtengan todas las gracias que su sabiduría infinita sabe les son necesarias, y para unirse al sacerdote en aquel momento, los asistentes deben rogar á Dios que se digne purificarles y santificarles, á fin de que sean dignos de serle presentados como una hostia santa, viva y de agradable olor, disposicion tanto mas importante en cuanto se acerca el momento de la consagracion. Aquí principia la cuarta parte de la misa, que comprende desde el Prefacio hasta el *Pater;* mas antes de explicarla detengámonos un momento en examinar las analogías de la tercera parte de la misa con las circunstancias del sacrificio de la cruz.

Á los ojos de la piedad, el sacerdote descubriendo el cáliz *es Jesús desnudado;* el sacerdote haciendo el Ofertorio *es Jesús azotado;* el sacerdote cubriendo de nuevo el cáliz *es Jesús coronado de espinas;* el sacerdote lavándose las manos *es Pilatos practicando igual operacion;* el sacerdote diciendo: *Orate fratres, es Pilatos diciendo á los judíos señalando á Jesucristo: Ecce homo.* Para saber qué sentimiento debe dominar en nuestra alma durante la tercera parte del augusto sacrificio, recordemos que en aquel momento el Verbo encarnado se

ofrece á su Padre: adoracion, humildad, nos grita el ejemplo de la grande víctima; adoracion, humildad, ¡ah! sí, ofrézcase, inmólese y desaparezca en cierto modo nuestro ser entero para honrar el supremo dominio del Dios de la vida y de la muerte. Ofrezcamos, consagremos sin reserva junto con la sublime víctima nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestros bienes, pues la gloria y la felicidad están en este obligatorio holocausto que debe transformarnos en Jesucristo, y así cumplirémos en nosotros el primer fin del sacrificio que se ofrece para reconocer el sumo dominio de Dios sobre todo lo que existe.

II. Cuarta parte de la misa. — La cuarta parte de la misa empieza con el Prefacio, palabra equivalente á *preludio, introduccion, accion* ó *discurso precedente*, y en efecto, para preceder el Cánon y preparar á los oyentes á escucharlo, quiere la Iglesia que se diga el Prefacio inmediatamente antes de empezar las oraciones que lo componen; en esto, es decir, al colocar un prefacio antes de la accion por excelencia, quiso imitar á Jesucristo, el cual empezó por dar gracias á su Padre antes de resucitar á Lázaro, y antes de cambiar el pan en su cuerpo y el vino en su sangre.

El Prefacio es un canto de triunfo y de gloria, una excitacion á elevar su corazon hácia Dios, y á unirse á las jerarquías de los Ángeles para alabarle y bendecirle; su antigüedad es mucha en la Iglesia, y probablemente tiene su orígen en los Apóstoles [1]. San Cipriano explica claramente el motivo de su institucion: «Antes de empezar «la oracion (el Cánon es la oracion por excelencia), el sacerdote pre«para el espíritu de los hermanos con este prefacio: *Sursum corda:* «*Elevad los corazones*, á fin de que el pueblo quede advertido por su «propia contestacion: *Habemus ad Dominum: Los tenemos en el Se«ñor*, de la obligacion en que está de ocuparse solo de Dios [2].» Generalmente se cuentan once prefacios, los cuales datan de mayor ó de menor antigüedad, y son: el prefacio comun para los dias que no lo tienen propio; los de Navidad, de la Epifanía, de la Cuaresma, de Pascua, de la Ascension, de Pentecostes, de la Trinidad, de los Apóstoles, de la Cruz y de la santísima Vírgen: las iglesias particulares han añadido algunos otros, si bien de una fecha menos antigua [3].

[1] S. Aug. *Epist. ad Ianuar.* c. 54.
[2] De Orat. Domini.
[3] Concilior. t. IV.

16*

El sacerdote se ha separado del pueblo y se ha despedido de él dirigiéndole un solemne adios y recomendándose á sus oraciones: para indicar de un modo sensible tan misteriosa separacion, corríanse antiguamente las cortinas antes del Prefacio, y cerrábanse las puertas que separaban el santuario del resto de la iglesia [1], para no volverlas á abrir hasta el momento de la Comunion.

Desde el fondo de tan terrible soledad, el sacerdote despues de invocar la bendicion de Dios sobre las ofrendas de los fieles, eleva de repente la voz para entonar el himno de la eternidad: *Per omnia saecula saeculorum: Por todos los siglos de los siglos,* como si dijese: el Señor acepta vuestros dones, admite el sacrificio, el sacrificio que se convertirá para vosotros en un manantial de bendiciones; y ¿cómo habria podido rechazarlo, si le he rogado en nombre de su adorable Hijo, á quien oye siempre, y el cual vive y reina con él *en todos los siglos de los siglos?* El pueblo, que comparte la alegría del sacerdote, se apresura á contestar: *Amen: ¡Así sea!* Consentimos en la oblacion que acabais de presentar, cuyas víctimas somos; y con felicidad sabemos que Dios se ha dignado aceptarla: *Amen: ¡Así sea!* Y las bóvedas del templo resuenan con tan solemne protesta, los ecos de la Jerusalen celeste la repiten á los Ángeles enternecidos, y aquí empieza entre el sacerdote y los fieles un diálogo cuya belleza está realzada por el inimitable canto que la acompaña [2].

*El Señor sea con vosotros,* dice el presbítero desde el fondo del santuario; preparaos, pues van á suceder grandes cosas.

*Sea tambien con tu espíritu,* contesta el pueblo; jamás os ha sido tan necesaria su asistencia.

*Elevad vuestros corazones,* dice el sacerdote. ¡Oh Dios mio! al pensar que tan admirable invitacion ha salido mil veces de los labios de los Crisóstomos, de los Ambrosios, de los Basilios, de los Agustines, y que ha resonado en los oidos de millones de Santos y de Mártires; al pensar las impresiones que ha producido en esa multitud de corazones, ¿cómo no escucharla con profundo respeto, cómo no contestar á ella con indecible fervor?

*Elevados los tenemos al Señor.* ¿Es esto verdad? ¿Se han desprendido realmente nuestros corazones de las afecciones terrestres? ¿Hemos olvidado en tan solemne momento nuestros placeres, nuestros

[1] Liturg. de san Jaime, de san Basilio y de san Juan Crisóstomo.
[2] Concilior. t. IV.



negocios y las mil minuciosidades que nos divierten? El cielo que va á abrirse y la víctima que va á descender, ¿lo son todo para nosotros? La Iglesia lo desea, el sacerdote gusta de creerlo así; y por esto añade:

*Demos gracias al Señor nuestro Dios* por tan feliz disposicion, por los beneficios de que nos ha colmado hasta ahora, y por los señalados favores que está dispuesto á concedernos todavía; y los fieles, en un transporte de gratitud y de amor, contestan por aclamacion: *Es justo y puesto en razon.*

Seguro de las disposiciones de los asistentes, cuyos votos acaba en cierto modo de recoger, el sacerdote se encuentra cargado de todas las aspiraciones, es el intérprete de todos los corazones, y repitiendo la contestacion del pueblo, la depone ante el trono de Dios; á los motivos de justicia que nos obligan á dar gracias á Dios, añade el celebrante otros motivos de interés: *Dar gracias al Señor*, dice, *es una cosa verdaderamente digna y justa, equitativa y saludable en todos los tiempos y lugares*, y para probarlo el sacerdote recuerda la santidad, el poder, la bondad infinita de Dios: *Pater omnipotens, aeterne Deus.* En todas las fiestas señala algunos de sus beneficios análogos á la circunstancia, y luego añade la eterna y sublime conclusion de todas las súplicas católicas: *Per Iesum Christum*, manifestando que todas las acciones de gracias las tributamos por Jesucristo. Mediador entre la Jerusalen terrestre y la Jerusalen celestial, Dios por naturaleza, Hombre por obediencia, Rey del cielo, Señor del género humano, *Dominum nostrum*, él es quien desató nuestra lengua para ponerla en estado de alabar á Dios; él es quien asocia nuestra voz á la de los bienaventurados espíritus; por él la celeste milicia tributa á Dios los homenajes proporcionados al rango que le señaló el Eterno: *Per quem maiestatem tuam.* Entonces, ¡oh momento solemne! de los cánticos de los Ángeles y de los cánticos de los hombres se forma un solo cántico, una sola voz que repite y repetirá eternamente: *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos: Sanctus, sanctus*, etc.

El *Sanctus* es un himno que la tierra debe al cielo; arrobado Isaías escuchólo cantar alternativamente por los Serafines, y san Juan afirma que los Santos harán resonar con él eternamente la Jerusalen celeste[1]; así pues, el *Sanctus* es un canto sublime que la Iglesia triun-

[1] Apoc. IV, 8.

fante ha enviado á su hermana la Iglesia militante, para que aprenda á balbucearlo en el destierro, y se consuele con la esperanza de entonarlo un dia. El *Sanctus* se encuentra en las mas antiguas liturgias [1].

Al rezar el *Sanctus*, el sacerdote baja la voz, así porque la verdad que contiene consuele al que la recita, como porque despierte la atencion; sin embargo, lo pronuncia con voz inteligible, pues siempre se ha invitado al pueblo á repetir este cántico [2]; y de aquí viene el que lo repita el coro en las misas solemnes. Para indicar el profundo respeto con que reza el *Sanctus*, el sacerdote junta las manos y permanece inclinado, al mismo tiempo que se agita una campanilla para advertir á los asistentes que el celebrante se dispone á rezar la grande oracion del Cánon, que debe obrar la consagracion del cuerpo de Jesucristo. El *Sanctus* termina con estas palabras: *Hosanna in excelsis: Os ruego que nos salveis, Vos que habitais las celestiales alturas. Hosanna*, grito de gozo, enérgica aclamacion, es una palabra hebrea como *amen* y *alleluia*, que la Iglesia ha conservado sin traducir. Al decir las últimas palabras, el sacerdote se levanta, hace sobre sí mismo la señal de la cruz, porque solo por la virtud de la cruz tenemos parte en las bendiciones que Jesucristo ha venido á derramar sobre la tierra, y sigue inmediatamente el Cánon.

La palabra *Cánon* significa regla, y se ha dado este nombre á la parte de la misa que empieza con estas palabras: *Te igitur*, y que se extiende hasta el *Pater*, porque contiene todas las oraciones prescritas por la Iglesia para ofrecer el santo sacrificio, oraciones que jamás deben cambiarse. Las oraciones del Cánon datan de la mas remota antigüedad [3], y con razon dice el concilio de Trento *que están compuestas con las mismas palabras de Nuestro Señor, con las tradiciones de los Apóstoles, y con las piadosas instituciones de los santos Papas* [4]. Los santos Padres dan tambien al Cánon el nombre de *oracion*, es decir, de oracion por excelencia, en cuanto se pide en él el mayor de todos los dones, que es Jesucristo, y el de *accion*, es decir, de accion por excelencia, en cuanto en esta parte de la misa se

[1] Liturg. de san Jaime; S. Cyril. *Catech. myst.* V.

[2] S. Greg. Nyss. *Orat. de non diff. Baptism.*

[3] Vigil. papa, *Epist. ad praefect. Bracar.*; S. Cypr. *De Orat. dom.*; Innocent. I, *Epist. ad Decent.*

[4] Sess. XXII, c. 18 et c. 4.

verifica la mas sublime accion que sea dable concebir [1]. La accion por excelencia es el sacrificio, y así es que en las lenguas antiguas *accionar* y *sacrificar*, *accion* y *sacrificio* se expresan con la misma palabra.

El Cánon, en el cuerpo de las oraciones católicas, es la mas excelente y mas antigua, siendo imposible citar tiempo alguno en la Iglesia en que el santo sacrificio se haya ofrecido con otras oraciones; sabido esto, ¿cómo no venerar las palabras que nuestros padres en la fe pronunciaron antes que nosotros, las oraciones que eran su único consuelo, y que durante las persecuciones les daban la fuerza y el valor necesarios para resistir á los tiranos, sufrir los tormentos y derramar su sangre por la Religion?

Terminado el *Sanctus*, el sacerdote eleva los ojos y las manos al cielo, para imitar al Salvador, quien se dirigia al Padre que reina en los cielos antes de obrar sus milagros; mas no tarda en bajar los ojos, en juntar las manos y en inclinarse en actitud suplicante; en seguida besa el altar, símbolo de Jesucristo, con objeto de expresarle su amor y su respeto, y de pedirle que haga eficaz su oracion sobre el corazon de Dios, y dice: «Os suplicamos, pues, Padre clementísimo, y os conjuramos por Nuestro Señor Jesucristo vuestro «Hijo, que recibais agradablemente y bendigais estos dones, estas «ofrendas, estos sacrificios santos y sin mancha que os ofrecemos, en «primer lugar por vuestra santa Iglesia católica, á fin de que os dig«neis darle paz, conservarla y mantenerla en union, y gobernarla «por toda la tierra, y con ella á vuestro servidor nuestro papa N., y «á nuestro obispo N., y á nuestro rey N., y á todos aquellos cuya «creencia es ortodoxa, y que profesan la fe católica y apostólica.»

Estas palabras: *Os suplicamos, pues,* indican distintamente que esta oracion es consecuencia de las anteriores; en el Prefacio han declarado los fieles que tenian elevados sus corazones, que unian sus voluntades y sus voces á las de los Ángeles y de los Santos para glorificar á Dios, y de aquí deduce el sacerdote que ya es tiempo de pedir al Señor la bendicion y la consagracion de la víctima.

Al decir *estos dones, estas ofrendas, estos sacrificios santos y sin mancha*, el sacerdote hace por tres veces la señal de la cruz sobre el cáliz y sobre la hostia, para manifestar que por los méritos de la cruz de Jesucristo pide á Dios que bendiga el pan y el vino y los cam-

[1] Strab. *De reb. eccl.* c. 22.

bie en el cuerpo y en la sangre del Salvador, como *dones* que vienen de él, como *presentes* que le ofrecemos, y como *la materia del sacrificio puro y sin mancha* que va á serle hecho. Durante el resto de esta oracion, el celebrante conserva las manos extendidas á la altura de las espaldas; y al contemplarlo en semejante postura, ¿no os parece ver á Moisés en la montaña, á Jesucristo en la cruz y á nuestros padres en las Catacumbas, pues en aquella postura oraban? ¿Nada dirá á nuestro corazon espectáculo tan rico en recuerdos?

En la primera oracion del Cánon la Iglesia expresa el objeto que se propone al ofrecer el augusto sacrificio, que no es otro que la paz y union entre sus hijos; la conservacion del Sumo Pontífice, centro de la unidad católica y representante de Jesucristo en la tierra; la del Obispo del lugar, porque ha sido establecido para dirigir una parte del rebaño; la del Rey, obispo en lo exterior, y finalmente la gracia á cuantos profesan la fe católica y ortodoxa: durante esta oracion los fieles se unen al celebrante para pedir á Dios que admita sus dones, que exalte su santa Iglesia, y que conceda á sus hijos una vida dulce y tranquila bajo la conducta de los que ha destinado para gobernarles [1].

Despues de recordar el fin principal por que se ofrece el sacrificio y de orar por toda la Iglesia, el sacerdote reza la segunda oracion del Cánon, en la que recomienda á Dios á todos los asistentes, y particularmente á aquellos por quienes va á ofrecer la santa víctima: «Acordaos, Señor, dice, de vuestros siervos y de vuestras sier-«vas NN. (aquí los designa), y de cuantos están aquí presentes, «cuya fe y devocion conoceis, por los cuales os ofrecemos, ó que os «ofrecen, este sacrificio de alabanzas por sí mismos, por todos aque-«llos que les pertenecen, por la redencion de sus almas, por la es-«peranza de su salvacion y de su conservacion, y que os tributan sus «homenajes, ó Dios eterno, vivo y verdadero.»

¿Quién no reconoce en esta oracion el corazon maternal de la Iglesia? Salud corporal y espiritual, paz, union, caridad, salvacion eterna para todos sus hijos; hé aquí lo que pide á su divino Esposo; hé aquí lo que desea que pidamos los unos por los otros. Sin embargo, su ternura no está aun satisfecha, y despues de haber reunido á todos sus hijos que viajan con ella por el mundo, despues de haberles dicho que no deben formar entre ellos mas que un corazon y un al-

[1] **Lebrun, art. 11. pág. 413 y sig.**

ma, despues de haberles abrigado en cierto modo bajo sus alas, como hace la gallina con sus polluelos, nuestra tierna madre nos advierte que elevemos nuestros ojos junto con ella, que contemplemos á nuestros hermanos tendiéndonos los brazos, y á los Ángeles preparándose para colocar nuestras oraciones en sus incensarios de oro á fin de presentarlas al Señor como un perfume de suave olor.

Recuérdanos, pues, el dogma consolador de la comunion de los Santos que hace de los Cristianos de la tierra y de los Cristianos del cielo una sola familia cuyos intereses son comunes. Amados mios, nos dice, vosotros á quienes doy ahora á luz para Jesucristo, esperad : estais en comunion con vuestros hermanos primogénitos; sus oraciones apoyarán las vuestras; vuestro sacrificio es el suyo; y escuchad como nos repite el nombre de algunos de los ilustres habitantes de los cielos : el de María nuestra madre y madre de Jesucristo nuestro hermano; el de los Apóstoles y el de algunos Mártires. «Es«tando en comunion, dice el ministro sagrado, y honrando la me«moria en primer lugar de la gloriosa María siempre Vírgen, Ma«dre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, y de vuestros bienaven«turados apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Jaime, Juan, «Tomás, Jaime, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simon y Tadeo, Lino, «Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, «Juan y Pablo, Cosme y Damian, y de vuestros Santos, por cuyos «méritos y oraciones dignaos hacer que gocemos siempre del auxi«lio de vuestra proteccion, por el mismo Jesucristo, nuestro Señor. «*Amen:* Así sea.» Durante esta oracion, el sacerdote conserva las manos elevadas, y se inclina por respeto á los nombres de Jesús y de María.

Parece que seria bastante, sin nombrar á tan gran número de bienaventurados, decir : *Honrando la memoria de vuestros Santos, por cuyos méritos y oraciones dignaos hacer*, etc., etc., mas la Iglesia ha querido perpetuar el recuerdo de una preciosa costumbre de su venerable antigüedad. Antiguamente cada iglesia conservaba cuidadosamente tres catálogos ó *dípticos*, palabra que significa tablas dobladas: en el primer *díptico* se escribia el nombre de la santísima Vírgen, de los Santos, de los Apóstoles y sobre todo de los Mártires, y mas tarde el de los Obispos muertos en olor de santidad; cuando se queria declarar á un hombre santo escribíase su nombre en el díptico de los Santos, y de aquí ha venido la palabra *canonizar*, pues

se leia durante el *Cánon*. En el segundo se escribian los nombres de los fieles que vivian todavía y que eran recomendables por su dignidad, ó por los servicios que habian prestado á la Iglesia, de modo que este catálogo contenia los nombres del Papa, del Patriarca, del Obispo, del Clero de la diócesis, de los Reyes, de los Príncipes, de los Magistrados, etc. En el tercero se inscribian los nombres de los fieles muertos en la comunion de la Iglesia, y los tres catálogos eran públicamente leidos en la iglesia durante el santo sacrificio de la misa por el presbítero, por el diácono ó por el subdiácono.

Aun se conservan restos de tan antigua costumbre; así es que al principiar el Cánon se recitan los nombres del Papa, del Obispo, del Rey, etc.; en el primer *Memento* los nombres de los vivos; en el segundo, los de los difuntos, y antes y despues de la consagracion, los de los principales Santos de la Iglesia. En el sermon del domingo se encuentran tambien vestigios de la misma tradicion, pues en él se ruega por los vivos y por los muertos, y se nombra á unos y á otros. Á nuestro modo de ver, nada hay tan tierno ni tan caritativo [1]; y véase como en nuestra liturgia todo respira la gran virtud del Cristianismo, la virtud que civilizó el mundo, la virtud que hace todavía la fuerza de los Estados, la felicidad de las familias y el encanto de la vida, la caridad!

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por las sublimes lecciones de fervor y de caridad que me dais en las oraciones del santo sacrificio; ayudadme para que las comprenda bien y las rece como los primeros cristianos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *asistiré á la misa con el ánimo de una víctima.*

[1] Véase Mr. Thirat, pág. 333; Lebrun, pág. 410.

# LECCION XXI.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Cuarta parte de la misa (continuacion).—Consagracion.—Elevacion.—Oraciones que la siguen.—Analogías entre la cuarta parte de la misa y la Pasion.—Sentimiento que debe dominar en nuestro corazon.**

En la oracion que antecede la Iglesia de la tierra ha entrado en comunion con la del cielo; ambas hermanas se han reunido para ofrecer el grande sacrificio que á todas les regocija: el sacerdote es su ministro; en su nombre va á tomar posesion de la víctima, y vedle extender las manos sobre el cáliz y sobre la hostia. Esta imponente ceremonia nos traslada á una época anterior de tres mil años á la nuestra; y presenta ante vuestros ojos á Aaron y á los antiguos pontífices, sucesores de estos, extendiendo las manos sobre la cabeza de las víctimas, tomando posesion de ellas en nombre de Dios, y expresando con aquella postura que el animal cuya sangre iba á ser derramada era sustituido en su lugar, en lugar del hombre culpable y digno de muerte; lo mismo hace el sacerdote católico.

Sin embargo, no extiende las manos sobre una víctima simbólica, pero sí sobre la verdadera víctima esperada durante cuarenta siglos; y como las de Aaron, sus manos extendidas dicen que él es el culpable, él, el que debe ser sacrificado en vez de la víctima inocente. ¡Oh! ¡con cuáles sentimientos, sacerdotes y fieles, debemos unirnos á esta oracion! ¡de qué santo temor debemos hallarnos poseidos cuando presenciamos tan tremenda ceremonia, cuando meditamos que allí, bajo las manos del sacerdote, estamos colocados como á víctimas con Jesucristo, y cuando oimos aquellas palabras por las que la santidad de Dios se apodera de la víctima! *Hanc igitur*, etc. «Señor, os rogamos, pues, que admitais favorablemente la ofrenda «de nuestra servidumbre y de toda vuestra familia, que ilumineis «nuestros dias con vuestra paz, que nos libreis de la condenacion «eterna, y que nos coloqueis en el número de vuestros elegidos, por «Nuestro Señor Jesucristo. Así sea.»

El celebrante dice *de nuestra servidumbre*, palabras que se aplican á los sacerdotes, los cuales mas que los fieles son la servidumbre ó los servidores de Dios [1]. La paz en este mundo, la exencion del pecado, la salvacion eterna, tales son los beneficios que esperamos del sacrificio y que pedimos en esta oracion: pidámoslos con confianza, pues la sangre del segundo Abel es bastante poderosa para obtenerlos.

El ministro sagrado ha tomado posesion de la víctima, así es que retira las manos y las junta en señal de humildad, pues va á solicitar el mayor de los milagros; hasta aquí no ha habido en el altar mas que pan y vino, elementos del sacrificio, mas trátase ahora de obtener su transustanciacion en el cuerpo y en la sangre del Hombre-Dios: entonces el sacerdote, recogiendo todos los pensamientos de su fe, se arma con el sublime poder de que ha sido revestido, y dirigiéndose al Criador de los mundos, le ruega pronuncie, segun su promesa, sobre el pan y sobre el vino para cambiarlo en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo, el omnipotente *fiat* que hizo brotar la luz y que crió el universo: «Ó Dios, os rogamos, pues, le dice, que «os digneis hacer que esta oblacion sea en un todo bendecida, ad«mitida, ratificada, razonable y agradable, á fin de que se convierta «para nosotros (FIAT) en el cuerpo y sangre de vuestro querido Hijo, «Nuestro Señor Jesucristo.»

Esta oracion encierra un sentido profundo que es necesario explicar; pedimos en ella que la oblacion *sea en un todo bendecida*, es decir, entera y perfectamente bendecida; ó en otros términos, cambiada en el cuerpo y sangre del Salvador, lo que es la bendicion por excelencia, para que de este modo la divina víctima, la víctima esencialmente bendita nos comunique todas sus bendiciones. Al pedir que *sea en un todo bendita*, la Iglesia expresa en general todo cuanto puede desear respecto de la oblacion del altar; sin embargo, para indicar mejor la inmensa gracia que espera, detalla con las siguientes cuatro palabras cuanto solicita de Dios:

*Admitida;* que la acepte, que la admita, y que la oblacion que de nosotros mismos hacemos no sea tampoco rechazada, pero sí recibida junto con la de Jesucristo.

*Ratificada;* que sea una víctima permanente, que no cambie como los antiguos sacrificios de los animales, revocados ahora, y que

[1] Lebrun, pág. 441.

nuestra oblacion sea tan irrevocable que jamás tengamos la desgracia de separarnos de Diós.

*Razonable.* Razon humana, calla; adora silenciosa al que con una palabra cria el universo, y que puede, hablando, obrar prodigios mas fácilmente de lo que tú expresas tu pensamiento. Con ello pedimos que la víctima que se encuentra en el altar se convierta en una víctima humana, razonable, y aun en la única dotada de razon, la razon por excelencia, la única digna de reconciliarnos con Dios [1]; pues todas las víctimas cuya sangre corrió en los altares del mundo antiguo durante cuarenta siglos no eran *razonables,* ni dignas del hombre ni de Dios.

*Agradable;* es decir, que la oblacion del altar sea el cuerpo y la sangre del Hijo querido, en quien el Señor cifró toda su complacencia; y no pedimos únicamente que la oblacion sea todo esto, pero sí que lo sea para nosotros y para nuestro bien.

¡Ved con qué sencillez en las palabras solicita la Iglesia semejantes prodigios de poder y de bondad! Con la misma sencillez con que la Escritura expresa el milagro mas grande en el órden de la naturaleza, la creacion : *Hágase la luz;* y el mas grande tambien en el órden religioso, la encarnacion : *Hágase segun tu palabra,* la Iglesia pide el prodigio que contiene todos los demás, el gran milagro de la conversion del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo: *¡Sea esta oblacion para nosotros el cuerpo y la sangre de vuestro querido Hijo, Nuestro Señor Jesucristo!...* ¿No es esto sublime? ¿Se halla algo que le sea comparable en los autores profanos? ¡Ah, Religion santa! en tí reunes todos los títulos al amor del cristiano y á la admiracion del hombre ilustrado; en cada página de tu liturgia, lo mismo que en cada uno de tus dogmas y preceptos, brilla el sello de tu celeste orígen. Mientras reza las oraciones que acabamos de explicar, el sacerdote hace varias veces la señal de la cruz, para indicar que implora el milagro en el omnipotente nombre de Jesucristo.

Por fin, ha llegado el momento en que el Hijo de Dios, el eterno, el fuerte, el todopoderoso, el criador de los mundos, obedecerá á la voz de un mortal: el sacerdote enjuga con el corporal el pulgar y el índice de sus manos, con objeto de quitarles la humedad ó el polvo que podria cubrirles, y de ponerles en estado de tocar decorosamente el cuerpo del Señor; y tomando la hostia con los dedos que ha pu-

[1] Lebrun, *supra.* El P. Condren, *Idea del sacrificio.*

rificado y que fueron consagrados por la ordenacion, dice con respeto y piedad, con voz sencilla é igual, á semejanza de lo que hacia el Salvador, cuyo lugar ocupa, al realizar sus milagros: «Quien «(Jesucristo) tomando el pan la vigilia de su Pasion en sus santas y «venerables manos, y levantando los ojos al cielo, hácia Vos, ¡oh «Dios, su Padre todopoderoso! para daros gracias, lo bendijo, lo «partió, y lo dió á sus discípulos diciendo: Tomad y comed; este «es mi cuerpo.»

¡El prodigio se ha realizado ya! el sacerdote cae de rodillas, los asistentes se prosternan, y la campana, trompeta de la Iglesia militante, advierte á lo léjos á los fieles todos su obligacion de adorar; antiguamente al sonido del sagrado bronce se arrodillaban en las casas, en las calles y en los campos, y rezaban la oracion del Señor. El sacerdote eleva el cuerpo adorable del Hijo de Dios, que acaba de encarnarse en sus manos; en el momento de la elevacion conmovíanse las antiguas basílicas; abríanse las puertas santas, descorríanse las cortinas que ocultaban el santuario, y san Juan Crisóstomo decia á su pueblo: «Mirad el interior del santuario como el interior «del cielo, para ver con los ojos de la fe á Jesucristo y al coro de los «Ángeles prosternados al rededor del Cordero [1]. Ved la mesa del «Rey, los Ángeles la sirven; el Monarca se sienta á ella personalmen«te; si vuestros vestidos son puros, adorad y comulgad [2].»

Despues de depositar sobre el corporal el cuerpo del Señor, el sacerdote continúa: «Del mismo modo, despues de la cena, toman«do el precioso cáliz entre sus santas y venerables manos y dándoos «igualmente gracias, lo bendijo y lo dió á sus discípulos diciendo: «Tomad y bebed de él todos, porque este es el cáliz de mi sangre, la «sangre del nuevo y eterno Testamento, misterio de fe [3], que será der«ramada por vosotros y por muchos en remision de vuestros pecados. «Siempre que hagais estas cosas, las haréis en memoria de mí.»

Estas últimas palabras son el título del poder del sacerdote y la

[1] Homil. III *in Epist. ad Ephes.*

[2] Homil. LXI *ad pop. Antioch.* En aquella época la elevacion tenia lugar antes de la Comunion.

[3] Misterio de la fe; palabras del Salvador conservadas por la tradicion. ¡Ah, sí; el sacrificio del Hombre-Dios es el misterio de fe por excelencia! misterio de fe para todos los siglos antiguos que lo esperaban; misterio de fe para todos los siglos posteriores al Mesías, que lo creen sin que la razon humana pueda comprenderlo.

eterna prueba del misterio que acaba de obrar; el Todopoderoso, es decir, el que realiza cuanto desea solo por su palabra, le ha dicho: «Harás lo que yo he hecho; convertirás el pan en mi cuerpo y el vino «en mi sangre,» y el sacerdote lo hace. Ni el impío, ni el incrédulo, ni el hereje pondrán seguramente límites al poder del Omnipotente; luego es de fe que despues de las palabras de la consagracion no queda ni pan ni vino, sino únicamente apariencias, para indicar el punto que ocupa el Dios invisible y para decir á nuestros sentidos: Está aquí. ¿Por ventura la misma razon no nos induce á decir que así debe ser? En efecto, despues de la abolicion de los groseros sacrificios de la antigua ley, la conservacion del culto exterior exigía un signo, símbolo de la víctima moral, y Jesucristo antes de abandonar la tierra, atendiendo á la tosquedad de nuestros sentidos, que no pueden prescindir de un signo material, instituyó la Eucaristía en la que bajo las especies sensibles de pan y vino ocultó la invisible ofrenda de su sangre y de nuestros corazones.

El sacerdote eleva el cáliz, y lo deposita de nuevo en el altar despues de adorarlo. La elevacion y adoracion de la Eucaristía no siempre se han hecho como ahora, y hasta á principios del siglo XII se elevaban á un mismo tiempo el cáliz y la hostia, diciendo : *Omnis honor : Todo honor y toda gloria en los siglos de los siglos.* Aun en el dia se practica esta pequeña elevacion; mas la Iglesia, deseosa de protestar contra el error de los herejes que se atrevieron á atacar el dogma de la Eucaristía, y para dar á los fieles la ocasion de manifestar solemnemente su fe, estableció el uso de elevar, despues de la consagracion, el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor, ofreciéndolos así á la adoracion de los Cristianos.

Así pues, la elevacion tal como se practica actualmente data del principio del siglo XII, y el hereje Berengario dió lugar á ella con sus blasfemias contra la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de su amor; algun tiempo despues practicóse con mas razon aun, cuando Lutero y Calvino, desenvolviendo la herejía del Arcediano de Angers, atacaron con implacable furor el dogma de la santa Eucaristía. No tan solo se tocó la campana para advertir á los fieles que se arrodillasen, sino que se encendieron cirios para hacer mas solemne aquel momento [1], ceremonia que se verifica aun con gran pompa en nuestras misas solemnes.

[1] Lebrun, pág. 471.

Hechas la consagracion y la elevacion, el sacerdote extiende los brazos y continúa la grande accion, y dócil al expreso mandato del Salvador, el cual dijo á sus Apóstoles y á sus sucesores : *Haced esto en memoria de mí* [1], dice : «Por esto es, Señor, que nosotros que «somos vuestros servidores, y con nosotros vuestro santo pueblo, en «memoria de la felicísima Pasion de vuestro Hijo Jesucristo, Señor «nuestro, de su resurreccion de los infiernos, y de su gloriosa as- «cension al cielo, ofrecemos á vuestra incomparable Majestad, entre «todos vuestros dones y beneficios, la hostia ✠ pura, la hostia ✠ «santa, la hostia sin mancha, el pan sagrado ✠ de la vida eterna, y «el cáliz ✠ de la eterna salvacion.»

¡Oh! ¿quién al oir esta oracion no siente elevarse su alma en un religioso arrobamiento? Aunque el sacrificio de la misa esté especialmente destinado á excitar en nosotros la memoria de la Pasion de Jesucristo, la Iglesia, segun el precepto de su divino Esposo, menciona tambien los misterios de la resurreccion y de la ascension, porque tienen con la Pasion una relacion esencial; de modo que en el sacrificio del altar comunicamos con Jesucristo muerto, el cual con su muerte destruyó el imperio que en nosotros tenia la muerte, limitando al tiempo nuestra muerte que debia ser eterna, y convirtiéndola en transicion á una vida que no tendrá fin; comunicamos con Jesucristo resucitado, cuya resurreccion es el principio y el modelo de la nuestra, y comunicamos con Jesucristo ascendiendo á los cielos, con lo que subimos allí en cierto modo con él, de manera que desde ahora podemos considerarnos como ciudadanos del cielo. Ahora bien, ¿es posible recordar los diferentes frutos de tan grandes misterios y conservar con tanta tenacidad el amor de las cosas sensibles?

Al rezar esta oracion el sacerdote hace por cinco veces la señal de la cruz sobre el cuerpo y la sangre del Salvador, y aquí debemos observar que existe una grande diferencia entre las señales de la cruz que se hacen despues de la consagracion, y las que la preceden ó acompañan; pues al paso que las primeras tienen por objeto atraer gracias ó indicar que se esperan por los méritos de la cruz de Jesucristo, y van unidas á ciertas palabras que expresan el favor que se desea y la bendicion que se solicita; las segundas fueron instituidas para manifestar que los dones colocados en el altar son el cuerpo y la sangre reales de Jesucristo, y que el sacrificio de la misa es el

[1] I Cor. xi, 25.

mismo que el de la cruz; por esto es que despues de la consagracion no hay palabra alguna que invite á Dios á bendecir.

En la oracion que estamos explicando el sacerdote hace cinco veces la señal de la cruz; tres sobre la hostia y el cáliz á un mismo tiempo, una sobre la hostia sola, y otra sobre el cáliz. ¡Cuánta elocuencia se encierra en esta multiplicada repeticion de la adorable señal! La Iglesia desea que nos penetremos de la grande idea de que la víctima del altar es la víctima del Calvario, y ved cómo se esfuerza en repetir esta verdad á nuestros ojos, á nuestros oidos y á nuestros sentidos todos, á fin de hacerla descender hasta nuestro corazon. Por medio de las cinco señales de cruz de que estamos hablando el sacerdote parece decir: Ofrecemos á vuestra Majestad la *hostia santa* que se ofreció en *la cruz;* la *hostia pura* que fue clavada en *la cruz;* la *hostia sin mancilla* que fue inmolada en *la cruz;* el *pan sagrado*, es decir, Jesucristo, pan vivo, eterno, bajado del cielo, muerto en *la cruz* para darnos la vida; finalmente el *cáliz de salvacion,* la sangre de Jesucristo, mediador de la nueva alianza, sangre que fue derramada en *la cruz* para la redencion de nuestros pecados. Lo repetimos, la Iglesia quiere que en momentos tan preciosos y terribles á la vez el sacerdote y los fieles se ocupen de Jesucristo inmolado en el altar; y decid, ¿podia emplear un medio mas eficaz para despertar su recuerdo, que estas señales de cruz tantas veces repetidas? ¿podia manifestarles mejor su fe en la milagrosa conversion que acaba de verificarse, y finalmente, podia decirles mejor: Sed al pié del altar lo mismo que habríais sido al pié de la cruz [1]?

Tenemos ya á un Dios en el altar; víctima de un precio infinito, ofrecida á un Dios, ¿cómo puede no ser agradable? Y si es así, ¿por qué se dice, pues, la oracion siguiente, conjurando al Señor á recibir favorablemente la hostia que le presentamos? ¡Ah! es porque la augusta víctima es ofrecida por manos de un mortal; porque á la hostia sin mancilla se unen otras hostias infinitamente menos puras, los corazones de los fieles, siendo esta la causa por que la Iglesia, recordando al Padre eterno que el sacrificio de Jesucristo es el sacrificio católico, el sacrificio del que los antiguos eran únicamente vanas sombras, conjura al Señor que dé á sus hijos las santas disposiciones que animaban á los antiguos sacrificadores, cuando inmo-

[1] Lebrun, pág. 488; Bona, lib. II, c. 13.

laban víctimas simbólicas; la inocencia de Abel, la fe de Abrahan, la santidad de Melquisedech; el sacerdote dice: «Dignaos mirar con «ojos favorables y propicios la oblacion que os hacemos de este santo «sacrificio, de esta hostia sin mancilla, así como os dignásteis acep«tar los presentes del justo Abel; vuestro siervo; el sacrificio de Abra«han, nuestro patriarca, y el que os ofreció vuestro sumo sacerdote «Melquisedech.»

Al llegar aquí, examinémonos á nosotros mismos: ¿Tenemos acaso la inocencia y la generosidad de Abel, el cual ofrecia sus ovejas mas preciadas? ¿tenemos la fe y el valor de Abrahan, quien levantara ya la cuchilla para inmolar á Isaac? ¿tenemos la santidad de Melquisedech, el que nos aparece sin padre, sin madre, sin genealogía, es decir, desprendido de todas las afecciones humanas? Ahora bien, si carecemos de tales disposiciones, pidámoslas con fervor en esta oracion; pues si nos faltan enteramente, ¿qué fruto sacarémos del sacrificio, cómo participarémos de la comunion que por momentos se acerca?

La oracion siguiente debe inspirarnos otros sentimientos: el sacerdote toma una actitud suplicante, baja los ojos, se inclina profundamente, junta las manos como un siervo sumiso, y las coloca en el altar; ¿por qué lo hace? La oracion que reza va á decírnoslo: «Ó Dios «todopoderoso, os suplicamos que dispongais sean estos dones lle«vados por nuestro santo Ángel á vuestro sublime altar, en presen«cia de vuestra divina Majestad, á fin de que nosotros todos que, «partícipes en este altar, habrémos recibido el cuerpo ✠ y la san«gre ✠ sagrados de vuestro Hijo, seamos colmados de todas las «bendiciones y gracias del cielo. Por el mismo Jesucristo, Señor «nuestro.»

¿Cómo hacer comprender el profundo sentido de esta magnífica oracion? En la que precede, el sacerdote pidió al Señor que recibiese favorablemente la hostia que le ofrecia, cuando de repente, como sobrecogido de una inspiracion celeste, halla un medio infalible para hacer admitir la víctima, junto con nuestros deseos y nuestros corazones, y dirigiéndose á Dios, le suplica que mande le sea llevada la víctima al pié de su trono por la misma víctima, si bien por respeto á Jesucristo no se atreve á nombrarle al Dios Padre, contentándose con designarle con estas palabras: *Vuestro Ángel.* Sí, el Ángel por excelencia, el Ángel del gran Consejo, el Ángel mediador

de la alianza [1], el cual, igual á Dios, está seguro de hacer admitir su sacrificio y el nuestro, y de atraer sobre nuestras cabezas una lluvia de toda clase de bendiciones. Las señales de la crúz con que el sacerdote acompaña su oracion indican la presencia real de esta santa víctima, de esta víctima celeste, en el altar de la tierra. Una profunda humildad, un ardiente deseo de santidad, á fin que nada en nuestro corazon se oponga á la favorable acogida de nuestros votos, tales deben ser nuestras principales disposiciones durante esta oracion.

Vednos, pues, recomendados al Señor á cuantos vivimos en la tierra y asistimos al sacrificio; sobre nuestras frentes han sido llamadas todas sus bendiciones; pero ¿olvidará la Iglesia en aquel precioso momento en que puede obtenerlo todo, á sus demás hijos, á sus hijos que ya no existen? ¡Ah! si así lo afirmáseis, desconoceríais el amor de una madre; su corazon es todo para sus hijos, y los mas pobres, los mas necesitados ocupan en él un lugar mas distinguido; la Iglesia católica ruega, pues, por sus hijos difuntos, y su misma oracion es una leccion para los vivos; ora por *los que nos han precedido* significando con esto que les seguirémos. El sacerdote dice: «Acordaos tambien, Señor, de vuestros siervos y de vuestras sier-«vas NN. que nos han precedido con la señal de la fe, y que duer-«men con el sueño de la paz.»

Al decir estas palabras, el celebrante junta las manos sobre su pecho, dirige afectuosamente los ojos hácia la sagrada hostia, ruega en silencio por los difuntos que tiene intencion de recomendar á Dios, y luego continúa: «Os suplicamos, Señor, por vuestra misericordia «que les abrais á ellos y á cuantos descansan en Jesucristo el lugar «de reposo, de luz y de paz. Por el mismo Jesucristo, Señor nues-«tro. Así sea [2].» Durante esta oracion debemos orar tambien por nuestros muertos y reanimar nuestra fe, meditando en los grandes motivos que tenemos para rogar por ellos, que son: la gloria de Dios, la caridad, la justicia y nuestro propio interés.

En este momento vuelve la Iglesia á ocuparse de nosotros, de los que estamos en la tierra: durante la ófrenda del augusto sacrificio, vemos á nuestra tierna madre, en una agitacion llena de celo, subir al cielo, bajar al purgatorio, volver á este valle de lágrimas, reu-

[1] *Const. apost.* lib. VIII, c. 12.
[2] Esta oracion se encuentra en las mas antiguas liturgias. (Bona, lib. II, c. 14; Durantus, lib. II, c. 43).

niendo todos los votos, todas las necesidades; solicitando todas las oraciones, todas las recomendaciones, á fin de aprovecharse plenamente del rico tesoro que le está abierto en los méritos de la víctima; antes de la consagracion ha hecho conmemoracion de la comunion de los Santos, en la que era necesario ofrecer el sacrificio católico del cielo y de la tierra; solicita despues para las almas del purgatorio la entrada en la Jerusalen celeste, y luego implora igual gracia por sus hijos viajeros, pidiendo el sacerdote para sí y para los fieles la felicidad del cielo.

Penetrado de su indignidad, golpéase el pecho, se confiesa pecador, como el Publicano del Evangelio, y á fin de que los asistentes puedan oirle, unirse á él, humillarse é implorar juntos la divina misericordia, dice elevando un poco la voz :.«Tambien á nosotros, «pecadores, que somos vuestros siervos y que esperamos en la mul«titud de vuestras misericordias, dignaos darnos parte de la celeste «herencia y asociarnos con vuestros santos Apóstoles y Mártires, con «Juan, Estéban, Matías, Bernabé, Ignacio, Aléjandro, Marcelino, «Pedro, Felicia, Perpétua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Anasta«sia y con todos vuestros Santos, en cuya compañía os rogamos que «nos recibais, no por consideracion á nuestros méritos, sino hacién«donos gracia y misericordia. Por Jesucristo, Señor nuestro.»

En esta ocasion se nombran los Santos que eran honrados con un particular culto en la iglesia de Roma, madre y señora de todas las demás; todos ellos son Mártires y pertenecen á diferentes estados: Profetas, Apóstoles, Papas, Obispos, Presbíteros, acólitos, matronas y vírgenes; consoladora leccion que nos enseña que podemos salvarnos en todas las condiciones, y que los Santos que se encuentran en el cielo ofrecen á los justos que padecen una garantía de su felicidad eterna.

El sacerdote ha solicitado por Jesucristo la entrada en el cielo para los vivos y para los difuntos ; al terminar el Cánon indica la razon por la cual hace sus demandas por aquel divino Mediador, y dice: «Por el cual, Señor, creais todos vuestros bienes, los santificais ✠, «los vivificais ✠, los bendecís ✠, y nos los dais. Por él ✠, con él ✠ «y en él ✠ pertenecen todo honor y toda gloria al Dios todopode«roso ✠, en union con el Espíritu Santo ✠ en todos los siglos de «los siglos. *Amen.*»

Así pues, la razon por la que dirigimos todas nuestras súplicas en

nombre de Jesucristo, es porque Dios nos concede por él todos los bienes y todas las gracias. El sacerdote dice : *Por el que creais*, etc.; en efecto, Dios Padre ha criado por Jesucristo todas las cosas, entre otras el pan y el vino, convertidos en cuerpo y sangre de Jesucristo, no solo sacándolas de la nada en los primeros dias del mundo, sino renovándolas por un continuo milagro que hace producir cada año á la tierra nuevos granos y nuevos racimos; lo cual mueve al mismo Jesucristo á decir : *Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro* [1].

Los dones ofrecidos en el altar se convierten por Jesucristo en dones sagrados separados del uso comun: *los santificais;* Dios los vivifica por Jesucristo cambiándolos en el cuerpo y en la sangre preciosa que son el verdadero alimento de la vida : *los vivificais;* y por Jesucristo santificante y vivificante derrama el Dios Padre las celestiales bendiciones sobre el pan y sobre el vino, dándonoslo despues de haberlo bendecido, para que sea en nosotros vuestra verdadera vida : *los bendecís y nos los dais;* del mismo modo *por Jesucristo* como verdadero Mediador, *con Jesucristo* como Dios igual á Dios, *en Jesucristo* como consustancial con su Padre, se tributa á Dios Padre todopoderoso todo el honor y toda la gloria. ¿No es esto bastante para merecer que Dios nos oiga cuando suplicamos por Jesucristo?

Al recitar tan magníficas palabras el sacerdote hace varias veces la señal de la cruz; en primer lugar tres sobre la hostia y el cáliz, al decir : *Santificais, vivificais, bendecís,* para indicar que solo por los méritos de la *cruz* de Jesucristo tenemos la Eucaristía, y por consiguiente que por ellos son el pan y el vino santificados, vivificados y bendecidos. Al decir *creais* no hace señal alguna de cruz, por la razon de que todas las cosas han sido criadas por Jesucristo como sabiduría del Padre, eterno Verbo, y no como encarnado é inmolado en la cruz. Las démás señales de cruz que acompañan esta oracion expresan que la hostia y el cáliz contienen indivisiblemente á Jesucristo muerto en la cruz, y que por su sacrificio son dignamente honrados el Padre y el Espíritu Santo.

Tambien nosotros debemos cuidar de unirnos á la santa víctima para honrar al Padre y al Espíritu Santo, para alabarles y dar principio en la tierra al himno que debemos cantar en el cielo : quizás me engañe, pero me parece que durante esta oracion nos importa sobre todo tener nuestros corazones en armonía con nuestros labios,

[1] Ioan. v, 17.

por miedo de que tan bellas palabras sean desmentidas por nuestra afeccion á las criaturas; al rezar tan sublime oracion, nuestras voces se unen con las de los Ángeles y Santos; pero si de regreso á nuestras casas nuestros pensamientos son tan terrestres, nuestros deseos tan carnales, nuestras inclinaciones tan desarregladas como antes, caemos en cierto modo del cielo á la tierra; abandonamos la residencia de la inmortalidad para complacernos en el lugar del destierro, y á semejanza de los insensatos, preferimos el lenguaje de los hombres al de los amigos de Dios; ¡ojalá no suceda jamás así!

¿Qué dirémos ahora de las tiernas analogías que la piedad ha sabido descubrir entre las ceremonias de esta cuarta parte de la misa, y las circunstancias de la Pasion? El sacerdote reza el Prefacio, *Jesús es condenado á muerte*; el sacerdote dice el *Memento* de los vivos, y depone á los piés de Dios las necesidades de la tierra, *Jesús lleva su cruz*; el sacerdote continúa el Cánon, durante el cual se verifica la consagracion, *Jesús continúa adelantándose hácia el Calvario, y una santa mujer enjuga con un lienzo su adorable rostro*; el sacerdote bendice las ofrendas por medio de la señal de la cruz muchas veces repetida, *Jesús es clavado en la cruz*; el sacerdote eleva la hostia, *Jesús es elevado en la cruz*; el sacerdote eleva el cáliz, *la sangre de Jesús corre de sus llagas*; el sacerdote hace el *Memento* de los difuntos, *Jesús ruega por todos los hombres y sobre todo por sus verdugos*; el sacerdote, golpeándose el pecho, ruega por los pecadores, *Jesús convierte al buen ladron.*

Á fin de excitar en vosotros el sentimiento que conviene á esta cuarta parte de la misa, recordad que tiene lugar en el Calvario; y al veros bañados con la sangre de vuestro Dios, ¿cómo no experimentar un indecible sentimiento de amor? La sangre corre, y corre por mí, sobre mí y á causa de mí; sangre expiatoria de mis pecados y de los del mundo entero lava, purifica mi alma y mi cuerpo. Un profundo horror por toda clase de mal, y un inmenso amor por la santa y dulce Víctima, tal es el doble sentimiento que debe dividir nuestro corazon al pié del altar, durante la consagracion, así como lo hubiera dividido al pié del Calvario durante la crucifixion.

## *Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber institui-

do el augusto sacrificio de nuestros altares; hacedme la gracia de que asista á él como habria asistido al del Calvario.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *estaré profundamente recogido durante la consagracion.*

---

# LECCION XXII.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Quinta parte de la misa.—*Pater.*—Oraciones y ceremonias que le siguen.—Fraccion de la hostia.—El ósculo de paz.—*Agnus Dei.*—Oraciones anteriores á la comunion.—Comunion.**

Encerrado el sacerdote en el secreto del santuario, ha tratado frente á frente con Dios, durante el Cánon, de los intereses del pueblo; al terminar esta série de oraciones, da gracias por Jesucristo y eleva la voz diciendo: *Por todos los siglos de los siglos,* apresurándose el pueblo en asociarse á cuanto el sacerdote acaba de hacer y de pedir para él, contestando *Amen,* así sea, palabra que pone fin al Cánon y á la cuarta parte de la misa.

La quinta es una preparacion para la comunion; ahora bien, ¿qué se entiende por un pueblo que comulga? ¿Os habeis dirigido alguna vez semejante pregunta? Un pueblo que comulga es una gran familia sentándose á una mesa dispuesta en los confines del tiempo y de la eternidad, en la que los habitantes de la tierra verifican el acto mas augusto, mas delicioso y mas social que pueden realizar simples mortales, y en la que se hallan en relaciones de santidad y de presencia con los habitantes de la Jerusalen celeste; á la misma mesa del Padre comun de los Ángeles y de los hombres, para comer el pan y beber el vino que les preparara su tierna solicitud. ¡Oh! gran Dios! Considerad por un momento qué pan, qué vino se sirven en el banquete sagrado! Para recordar la tierna idea de una familia sentándose á la misma mesa, la Iglesia quiere que sus hijos saluden á Dios con el dulce nombre de Padre, y pone en sus labios la Oracion dominical; sin embargo esta oracion es tan santa, nos eleva á tan alta dignidad permitiéndonos llamar á Dios nuestro Padre, que la Iglesia ha creido deber exponer en un corto prefacio que solo por órden del mismo Jesucristo se atreven sus hijos á rezarla.

Mientras que el sacerdote la recita, cuidemos de excitar en nues-

tro corazon un vivo sentimiento de humildad y de reconocimiento, para que *instruidos por saludables preceptos, y formados por una institucion divina, nos atrevamos á decir:* Padre nuestro, *Pater noster,* etc. ¡Ah! ¿Quién no siente un inefable consuelo al ver que la Iglesia nos manda rezar la Oracion dominical en un momento en que Jesucristo, que fue su autor, es inmolado en el altar para obtenernos de su Padre todas las demandas que contiene? La costumbre de rezar el Padre nuestro á fin de prepararse para la comunion data de la mas remota antigüedad, y ¡ojalá pase por nuestros labios como pasó, hace diez y ocho siglos, por los del Hombre-Dios, por los de los Apóstoles, por los de los Mártires y por los de tantos Santos, nuestros padres y nuestros modelos!

En la Iglesia oriental todo el pueblo dice el Padre nuestro, mas en la Iglesia latina la reza solo el sacerdote [1]. La Iglesia latina estableció que el celebrante pronuncie solo y con voz inteligible la Oracion dominical, á fin de que la oigan distintamente todos los asistentes; sin embargo, para que el pueblo tome parte en ella, se le hace rezar la última demanda, como una recapitulacion de todas las demás, de manera que al pronunciar estas palabras: *líbranos de mal,* los fieles dicen: líbranos de mal á fin de que seas glorificado siempre en nosotros, de que reines únicamente en nuestros corazones; de que hagamos tu voluntad, de que obtengamos de tu bondad los bienes espirituales y temporales, de que merezcamos el perdon de nuestros pecados por el sincero amor de nuestros hermanos, y de que nuestra debilidad no esté expuesta á las tentaciones. El sacerdote contesta: *Amen.* Sed librados de mal.

Y acto continuo explica esta demanda del pueblo, nombrando los males de que deseamos vernos libres, y á los intercesores por cuya mediacion la esperamos dice así: «Libradnos, Señor, de todos los «males pasados, presentes y futuros; os lo suplicamos por la interce- «sion de la bienaventurada y gloriosa María, madre de Dios, siem- «pre Vírgen, de vuestros bienaventurados apóstoles Pedro, Pablo y «Andrés, y de todos los Santos; dadnos por efecto de vuestra bon- «dad la paz durante nuestros dias, á fin de que sostenidos por el au- «xilio de vuestra misericordia nos veamos libres de todo pecado y «exentos de toda clase de tribulaciones. Por el mismo Jesucristo,

[1] S. Greg. Serm. LVIII, *in Matth.* VI; *De Orat. dom.* c. 10.

«vuestro Hijo, el cual, siendo Dios, vive y reina con Vos en uni-
«dad con el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. *Amen.*»

Antes de esta oracion y al terminar el Padre nuestro, el diácono purifica la patena para que esté mas limpia; el sacerdote la toma y la guarda apoyada en el altar á fin de poderse servir mas fácilmente de ella para hacer la señal de la cruz; al decir estas palabras: *Dadnos la paz*, hace sobre sí mismo la señal de la cruz con la patena, y la besa, en signo de respeto, como el instrumento de la paz y el vaso para siempre sagrado en que debe cuanto antes descansar el adorable cuerpo de Jesucristo, sirviéndose de él para hacer la señal de la cruz, porque solo por la cruz destruyó el Salvador cuanto se oponia á nuestra paz [1]. Coloca en seguida la patena debajo de la hostia, para poder tomar esta con mas facilidad; descubre el cáliz, hace una genuflexion para adorarle, y tomando la hostia la divide en tres pedazos sobre la preciosa sangre, á fin de que las partículas que pudiesen desprenderse caigan dentro del mismo cáliz.

¿Por qué se divide la hostia? Para despertar uno de los mas venerables recuerdos de la Religion; antes de distribuirlo á sus Apóstoles, el Salvador tomó el pan y lo *rompió* diciendo: *Tomad y comed*, lo que prueba mas y mas que en la mas pequeña de nuestras ceremonias se encierra un tesoro de recuerdos y de piedad. La division de la hostia se verifica en todas las iglesias de Oriente y de Occidente [2]: una de las partes es colocada en el cáliz; la segunda era antiguamente distribuida al pueblo, y el sacerdote comulgaba con la tercera, pues como la hostia que se consagraba en otros tiempos era mas ancha y gruesa, era posible dar una porcion de ella á los fieles, mas siendo en el dia mas pequeña, el sacerdote la consume entera; las hostias pequeñas sirven para la comunion del pueblo.

El celebrante, teniendo entre el pulgar y el índice de la mano derecha la parte de la hostia que va á mezclar con la sangre preciosa, hace por tres veces la señal de la cruz sobre el cáliz de un extremo á otro, diciendo: *Sea siempre con vosotros la paz del Señor*, y el pueblo contesta: *Y con tu espíritu*. El sacerdote hace la señal de la cruz sobre la sangre del Salvador, pues por medio de esta sangre divina

[1] De aquí proviene que en muchas iglesias se dé á besar la patena en las ofrendas, diciendo: *Pax vobis*: Sea la paz con vosotros.

[2] Euchol. graec. p. 81 ad hom.; Amalar. lib. III, pág. 635; Bona, lib. II, c. 15.

fueron pacificadas todas las cosas [1], y la hace por tres veces en honor de las tres personas de la santísima Trinidad.

Durante los seis primeros siglos, estas palabras del celebrante, *Sea siempre con vosotros la paz del Señor* eran la señal del ósculo de paz que debian darse los Cristianos; y entonces habríais visto á todos aquellos hijos de la misma familia, llamados á la mesa del Padre comun, el Dios de caridad, abrazarse y besarse tiernamente, para indicar que no habia en su corazon ni amargura, ni aversion, ni frialdad, sino la caridad mas franca y viva, y oido exclamar á los gentiles: ¡Ved cómo se aman, y como están prontos á morir los unos por los otros! Aquella naciente sociedad halló en su caridad el principio de su victoria sobre el Gentilismo, pues la union es la fuerza. Los hombres daban á los hombres el ósculo santo; las mujeres á las mujeres, y todo aquel pueblo de hermanos se acercaba en seguida á la mesa del Cordero, á la cual, segun expresion de los santos Doctores, solo los pacíficos tienen derecho para tomar asiento [2].

Si en su profunda sabiduría la Iglesia ha modificado esta costumbre, ha conservado al menos sus vestigios, y en las misas solemnes vemos aun al diácono dar al subdiácono el ósculo que ha recibido del celebrante, pues este antes de dar el ósculo besa el altar, símbolo de Jesucristo, y antiguamente besaba la sagrada hostia, para indicar que bebia la paz en el mismo corazon de Jesucristo. El subdiácono comunica luego esta paz á todos los eclesiásticos presentes; de modo que no habiendo cambiado el espíritu de la Iglesia, los fieles que asisten á la misa deben en aquel momento pedir á Dios la paz, y hacer algun acto de caridad para con el prójimo, recordando estas palabras del divino Maestro: *Por tanto, si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna casa contra tí; deja allí tu ofrenda del altar, y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven á ofrecer tu ofrenda* [3].

¿Cuál es la paz que el sacerdote desea á los fieles y que estos deben solicitar? La paz del Señor, *Pax Domini*; la paz, única herencia temporal que el Hombre-Dios legó á sus hijos desde lo alto de su cruz; la paz interior del alma que el mundo no puede dar, porque es el fruto de la victoria conseguida sobre nuestras pasiones; la paz

[1] Colos. I, 20.
[2] S. Hier. *in Epist. ad haec verba*: Salutate invicem in osculo sancto.
[3] Matth. V, 23 et 24.

con Dios y con nuestros hermanos; la paz del mundo por su sumision al Evangelió, y la paz de la Iglesia por la cesacion de las persecuciones: la primera es la disposicion para la comunion, la segunda es su resultado. Para dar una viva imágen de esta paz divina, el sacerdote, mientras el pueblo contesta: *Y con tu espíritu,* deja caer en el cáliz la porcion de la hostia que tiene en su mano derecha, y dice: «Sea hecha esta mezcla y consagracion del cuerpo y de la san-«gre de Jesucristo para la vida eterna de todos nosotros que la reci-«bimos. *Amen.*»

Antiguamente se sellaban los pactos con la sangre de las víctimas, ó con la de las partes contratantes; cada una de estas extraia de su cuerpo un poco dè sangre que se mezclaba con la de las otras, y con esta sangre se firmaba el contrato; mas aquí el sacerdote sella la union, la paz de los fieles entre sí y con Dios, en la sangre divina, en la sangre de la alianza eterna. Así pues, lo que con esta oracion pide la Iglesia, como efecto del sacrificio de Jesucristo, ofrecido por la consagracion y consumado por la comunion, es una paz perfecta y universal.

La mezcla que se hace en el cáliz de las especies de pan y vino indica: 1.° la union entre Dios y el hombre que se obró en la encarnacion, llamada por san Agustin, *mezcla de Dios y del hombre*[1]; 2.° la mezcla de Dios y del hombre que se verifica por la comunion de la tierra; 3.° la que se verificará por la eterna comunion del cielo, comunion perfecta en la cual, descorridos todos los velos, serán los Santos consumados en la paz y en la unidad de Dios.

Sin embargo, ¿cómo alcanzar tan deseada paz, cómo lograr esta unidad divina, si no tenemos una víctima que nos reconcilie con Dios asumiendo sobre sí todos nuestros pecados? ¡Ay! mientras subsista la pared divisoria elevada por el pecado, es imposible toda union entre Dios y el hombre: la Iglesia lo sabe, y por esto es que dirigiéndose á Jesucristo le invoca en calidad de Cordero y de Víctima de Dios: *Cordero de Dios*, le dice por tres veces, *que borras los pecados del mundo, apiádate de nosotros, danos la paz;* y le invoca por tres veces, para manifestar con tan apremiante súplica y con aquel número misterioso, la necesidad infinita que tiene de su gracia y de su misericordia para ser reconciliada con Dios en este mundo, y perfectamente unida á él en la paz del cielo. Al decir aquellas palabras

[1] **Mixtura Dei et hominis.**

el celebrante golpea su pecho, y los fieles deben imitarle, para significar que allí, en nuestro corazon, se halla el único obstáculo para la paz, el pecado, y para conjurar al Cordero, que venga á destruirlo.

En la misa de Difuntos se dice : *Cordero de Dios que borras los pecados del mundo, dadles el descanso*, pues ocupada enteramente en sus hijos que ya no existen, la Iglesia solicita para ellos el único bien deseable, el reposo del cielo; el sacerdote no se golpea el pecho, pues no para él, sino para sus hermanos difuntos, solicita la paz.

Para convertirnos por la comunion en un mismo cuerpo y en un mismo espíritu con Jesucristo, es preciso que no formemos entre nosotros mas que un corazon y un alma por la caridad; es preciso que seamos todos un mismo pan, en el cual todos los granos de trigo están de tal modo amasados y mezclados, que no forman sino una sola cosa; disposicion esencialmente cristiana y tan necesaria para la comunion, que la Iglesia la pide con nuevo fervor por medio de la oracion siguiente. El sacerdote se inclina, junta sus manos sobre el altar, fija modestamente los ojos en el Dios de paz que reposa delante de él, y dice: «Señor Jesucristo, que dijísteis á vuestros Apóstoles: «Os dejo la paz, mi paz os doy, no hagais atencion á mis pecados, «sino á la fe de vuestra Iglesia, y dignaos pacificarla y reunirla se«gun vuestra voluntad, Vos que siendo Dios, vivís y reinais en to«dos los siglos de los siglos. Así sea.»

Esta oracion que data del siglo IX ó X [1], y que hizo admitir el deseo de paz, tan rara en aquellos calamitosos tiempos, no se reza en las misas de Difuntos, por la razon de que la paz que pedimos para la Iglesia militante no conviene á la Iglesia que sufre: sin embargo, ¡cuán necesaria nos es á nosotros todos que vivimos en medio de las tormentas y de las revoluciones! Temiendo que sus pecados sean un obstáculo para su consecucion, el sacerdote la pide por la fe de la Iglesia; en efecto, la fe es la que ora, y siendo la Iglesia la única casa de la fe, es tambien la casa de la oracion; solo la Iglesia católica, con exclusion de todas las sectas, ha recibido el espíritu de oracion; solo aquella casta paloma tiene el don de gemir, y de que el Señor escuche sus gemidos, en cuanto solo ellos son formados por su espíritu.

[1] Órden romano. *Microlog. misa de Iliria*, etc.

En los primeros siglos la Iglesia no habia colocado aquí oracion alguna, pues todas las que preceden á la Comunion pueden considerarse como una preparacion suficiente; sin embargo, muchos santos presbíteros no pudieron considerar el momento de la recepcion del precioso cuerpo de Jesucristo sin sentirse sobrecogidos de respeto y de un santo temor, que les hizo solicitar con mayores instancias la remision de sus pecados, y la gracia de participar dignamente de la santa Eucaristía; esta disposicion fue causa de que se introdujesen muchas oraciones llenas de los mas tiernos sentimientos, y la Iglesia eligió, entre ellas, dos que se rezan diariamente hace seiscientos ó setecientos años [1]. Los fieles que deban comulgar harán muy bien uniéndose al sacerdote, penetrándose del espíritu de sus oraciones y rezándolas con él.

La primera dice así: «Señor Jesucristo Hijo de Dios vivo, que por «la voluntad de nuestro Padre y la cooperacion del Espíritu Santo «dísteis con vuestra muerte la vida al mundo, libradme por este san«to y sagrado cuerpo y por vuestra sangre de toda clase de males, «haced que me una inviolable y eternamente á vuestra ley, y no per«mitais que me separe jamás de Vos, que siendo Dios vivís y rei«nais con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los si«glos. Así sea.»

Esta oracion nos recuerda admirablemente que solo por la muerte de Jesucristo fue el mundo vivificado, y nosotros participamos en la muerte y en el sacrificio de Jesucristo por la comunion, así como los judíos tenian parte en los sacrificios de la ley, comiendo la carne de las hostias, comunicando de este modo con Dios por medio de las hostias que le eran ofrecidas. La comunion eucarística, es decir, *sensible*, en el cuerpo de Jesucristo, solo fue instituida como un medio para participar interior é invisiblemente en la gracia y en el espíritu de todos los misterios del Hombre-Dios [2].

[1] Lebrun, pág. 597.

[2] «Esta es la via ordinaria, continúa el P. de Condren, cuyas palabras aca«bamos de citar; mas aunque se reciba muchas veces antes y sin la comunion, «pero no sin referencia á la comunion, la misma recepcion de la gracia es una «comunion interior en los méritos, en el espíritu y en la gracia de Jesucristo. «Por esto es que san Agustin creyó que esta comunion es necesaria aun á los «infantes para salvarse; y no significa esto que los niños bautizados que mueren «sin recibir por su boca el cuerpo de Jesucristo bajo las apariencias de pan que«dasen privados de salvacion, sino que existe tan estrecho enlace y dependencia

En la segunda oracion, el celebrante reanima sus sentimientos de humildad y de compuncion, y pide á Nuestro Señor que su adorable cuerpo sea para él un preservativo contra los pecados mortales, y un remedio saludable para los veniales; dice así: «Señor Jesu-«cristo, haced que la recepcion de vuestro cuerpo, que me propon-«go recibir á pesar de mi indignidad, no sea un motivo para mi jui-«cio y condenacion, sino que, por vuestra bondad, me sirva de de-«fensa para mi alma y para mi cuerpo, y de saludable remedio, Vos «que siendo Dios vivís y reinas por todos los siglos de los siglos. «Así sea.»

Despues de estas oraciones, el sacerdote dispuesto ya á consumar el sacrificio hace una genuflexion para adorar al Salvador, se levanta de nuevo, y toma en sus manos la sagrada hostia diciendo: «Tomaré el pan celestial, é invocaré el nombre del Señor.» ¿Dónde hallar palabras que mejor convengan á un alma penetrada de amor por Jesucristo, y del deseo de recibirle? El sacerdote quisiera unirse con su Dios, y su corazon está dominado del mismo sentimiento que hacia decir al Salvador, hablando de su Pasion: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua* [1]; sin embargo, este sentimiento de amor no es el único que experimenta; el de su indignidad lo acompaña, y ved al sacerdote anonadarse, humillarse ante el Dios tres veces santo, y con igual confianza que el Centurion, cuyas palabras repite, solicita un milagro, un milagro que, purificándole de sus impurezas, le haga digno de recibir á su Dios; así es que golpeándose el pecho, repite tres veces: «Señor, no soy digno «de que entreis en mi casa, pero decid únicamente una palabra, «y mi alma quedará limpia.» Sí, decid una palabra; y mensajera de vuestra omnipotente voluntad, partirá y vendrá á curar mis heridas.

Sin embargo, desde el fondo de su humillacion, recuerda el sa-

« tal entre el Bautismo y la Eucaristía, que la necesidad del primero contiene la « necesidad de la otra, estando el voto, por decirlo así, el derecho, el deseo y la « necesidad de la Eucaristía encerrados en el Bautismo, como la necesidad de « la alimentacion es inseparable de la vida de un recien nacido, el cual no pu-« diendo conservar su vida sin alimento, manifiesta su necesidad y su deseo de « alimentarse con cuanto le es posible. Esta es la razon por que antiguamente « no se acostumbraba separar los tres sacramentos del Bautismo, de la Confir-« macion y de la Eucaristía.» *(Idea del sacerdocio de Jesucristo,* pág. 386).

[1] Luc. XXII, 15.

cerdote este precepto del Salvador: *En verdad, en verdad os digo: Que si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros* [1]. Entonces se resuelve, la confianza y el amor triunfan, y el celebrante, haciendo la señal de la cruz con la sagrada hostia, dice: «El cuerpo de Jesucristo, Señor nuestro, «guarde mi alma para la vida eterna. Así sea.»

Esta oracion nos manifiesta que el cuerpo de Jesucristo nos es dado como una prenda de la gloria del cielo, como las arras de la vida bienaventurada, como un viático para ayudarnos á pasar desde el destierro á la patria. La sangre y la carne del Hombre-Dios se convierten en nosotros en una sal que preserva nuestra alma de la corrupcion del pecado, que consume cuanto hay de terrestre en ella, que la hace agradable á Dios, y que le inspira, por decirlo así, el cariño del cielo; el sacerdote alimentado con este manjar de inmortalidad puede considerar sin palidecer su entreabierta tumba, puede descender á ella sin temor, pues en su carne lleva la prenda de la resurreccion futura.

Despues de tomar la sagrada hostia, el celebrante emplea el instante de que necesita para tragarla, en expresar vivamente al Salvador su amor y su gratitud, y luego que se halla en estado de hablar dice: «¿Qué daré yo al Señor en cambio de todos los bienes «que me ha concedido? Tomaré el cáliz de salvacion, invocaré el «nombre del Señor, cantando sus alabanzas, y me hallaré á cubierto «de los ataques de mis enemigos.» En efecto, ¿qué sentimiento puede dominar en un corazon en que Jesús reside personalmente, á no ser la gratitud y la admiracion? ¿Qué palabras pueden salir de los labios que acaba de santificar, á no ser un cántico de alabanza? En seguida el sacerdote descubre el cáliz, lo adora haciendo una genuflexion; recoge con respetuosa solicitud las partículas de la santa hostia, que quizás hayan quedado en el corporal, para ponerlas en el cáliz, y tomando la sagrada copa, dice: «La sangre de Nuestro «Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Así sea.»

En este momento se verifica la comunion de los fieles; y habiendo ya explicado en la parte II del Catecismo el modo como comulgaban los primeros cristianos [2], solo nos resta decir algunas palabras

[1] Ioan. vi, 54.
[2] Véanse sobre el particular los interesantes detalles dados por Duranti, lib. II, c. 55.

sobre las ceremonias y oraciones que acompañan en el dia la comunion del pueblo.

Los comulgantes, arrodillados en las gradas del santuario ó en las del altar, hacen por boca del acólito ó del diácono la confesion general de sus pecados: *Confiteor*, costumbre que data de mas de quinientos años. El sacerdote se vuelve hácia ellos y dice: «Apiádese «de vosotros el Dios todopoderoso, y despues de perdonaros vues-«tros pecados os conduzca á la vida eterna.» Contestando todos por boca del ministro: «Así sea: *Amen.*» El sacerdote añade: «Concé-«daos el Señor todopoderoso y misericordioso la indulgencia, el per-«don y la remision de todos vuestros pecados.» Sus corazones responden: «Así sea: *Amen.*» Y tomando entonces la sagrada hostia, que conserva elevada sobre el copon, el sacerdote dice: «Hé aquí el «Cordero de Dios; hé aquí el que borra los pecados del mundo.» Añadiendo por tres veces: «Señor, no soy digno de que entreis en «mi casa, mas decid solo una palabra, y mi alma quedará limpia.» Dicho esto, el sacerdote se acerca á los asistentes, y les da la sagrada comunion, haciendo la señal de la cruz que acompaña con estas palabras: «El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde vuestra «alma para la vida eterna.»

En muchas iglesias los fieles contestan: «Así sea: *Amen.*» Mas en los lugares en que no lo digan con los labios, deben decirlo de lo mas profundo de su corazon. ¿Qué deseo mas bello y útil pueden abrigar? En Alemania y en otras varias partes de la cristiandad se da á los fieles que acaban de comulgar agua y vino para que se purifiquen la boca, antigua costumbre que se observa aun en las ordenaciones, y en muchos lugares el dia de la primera comunion general [1].

Por respeto hácia el Salvador, el sacerdote se purifica la boca y los dedos, á fin de que nada quede en ellos de las santas especies; venerable práctica que data del siglo XII: antes de este tiempo limitábanse á lavarse las manos despues de la comunion arrojando el agua en la piscina ó lavadero, lugar decoroso y destinado para este uso; mas despues de aquella época, el sacerdote hace dos abluciones, una con vino puro, y la otra con agua y vino que el acólito ó el subdiácono echan sobre sus dedos. Mientras el celebrante está ocupado en estos cuidados exteriores, su alma unida á su Dios mantiene con él

[1] Lebrun, pág. 636.

un santo coloquio y le pide, ¿qué? ¡Ah! ¿qué puede, qué debe pedir un alma errante, desterrada, que está unida á su Dios, á su Padre y á su fin, sino que se digne inmortalizar esta union? Este es el sentido de las dos oraciones siguientes:

«Haced, Señor, que conservemos en un corazon puro el Sacra-«mento que nuestra boca ha recibido, y que este don temporal sea «para nosotros un remedio eterno.» Al purificarse los dedos añade: «Señor, haced que permanezcan unidos á mis entrañas vuestro cuer-«po que he recibido, y vuestra sangre que he bebido, y que des-«pues de haber sido alimentado por sacramentos tan santos y tan pu-«ros, no quede en mí huella alguna de mis pecados. Vos que vivís «y reinais por todos los siglos de los siglos. Así sea.»

Los fieles que han tenido la felicidad de comulgar, ¿qué mas bellas oraciones podrian rezar en accion de gracias? Sin embargo, ya hayan comulgado realmente ó solo espiritualmente, los asistentes deben, durante tan preciosos y cortos momentos, meditar sobre Jesucristo, adorarle, darle gracias, y pedirle con confianza cuanto puede serles necesario para el cuerpo y para el alma. «El momento que «sigue á la comunion, dice santa Teresa, es el tiempo mas precioso «de la vida.»

Segun nuestra costumbre explicarémos aquí las analogías que una ingeniosa y tierna piedad se complace en encontrar entre las ceremonias de la quinta parte del sacrificio del altar y las circunstancias del sacrificio de la cruz, y no se olvide que nuestro guia es siempre el amable y santo Obispo de Ginebra. El sacerdote reza el Padre nuestro compuesto de siete peticiones, *Jesús, desde lo alto de su cruz, pronuncia las siete memorables palabras que constituyen su testamento;* el sacerdote divide la hostia, *Jesús espira;* el sacerdote coloca en el cáliz una parte de la hostia, *el alma de Jesús desciende á los infiernos;* el sacerdote comulga, *Jesús es sepultado.*

Interroguemos ahora nuestra fe, que ella nos dirá el sentimiento que debe dominar en nuestra alma durante la quinta parte de la misa. Allí, en el altar está el mismo Jesucristo que nos amó hasta el punto de dar su sangre por nosotros, que ha dicho y dice aun: ¿Qué quereis que haga por vosotros? Mis delicias consisten en estar entre los hijos de los hombres. Venid á mí, vosotros los que sufrís, y yo os consolaré. Confianza, confianza ilimitada, infantil, es el sentimiento que debe llenar nuestro corazon y asomar por consiguiente en nues-

tros labios; pidamos para nosotros, para nuestros parientes, para nuestros amigos, para nuestros hermanos todos sin excepcion. ¿Qué puede negarnos aquel que se da á sí mismo? ¡Oh Dios mio! ¿Por qué nosotros todos no somos ricos en bienes espirituales, nosotros para quienes corre su fuente cada dia con tan sorprendente bondad? ¡Ah! la culpa es nuestra y solo nuestra; mas, se acabó; en adelante no tendrémos que echarnos en cara ni tibieza, ni desconfianza.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme permitido asistir con tanta frecuencia á vuestro adorable sacrificio, y os pido perdon por todas las irreverencias de que me he hecho culpable.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *comulgaré sacramental ó espiritualmente cuantas veces oiga misa.*

---

# LECCION XXIII.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Sexta parte de la misa. — Comunion. — Postcomunion. — *Ite, missa est.* — Bendicion. — Evangelio de san Juan. — Analogías entre esta parte de la misa y la Pasion. — Sentimiento que debe dominar en nuestra alma. — Modo como se debe salir de misa.**

La sexta y última parte de la misa es la accion de gracias; sabido es que entre los hombres es la gratitud un deber sagrado; ¡vergüenza para aquel que la desconoce! su nombre queda deshonrado; la mayor injuria que se puede dirigir á un hombre, es decirle: ¡Sois un ingrato! Ahora bien, la gratitud es tambien un deber impuesto por la Religion, pues ¿no condenó altamente Jesucristo á los leprosos que despues de su curacion no fueron á darle gracias? En la misa se dignó concedernos la mayor de todas las gracias, y no era de temer, no, que la Iglesia, la tierna esposa, dejase de tributarle solemnes acciones de gracias; siempre, en todos los siglos lo ha practicado así, y san Agustin dice: «Despues de haber participado de «tan gran Sacramento, termina todo con la accion de gracias [1].» Lo que se hacia entonces, se hace todavía, y ¡ojalá que nuestra gratitud iguale á la de nuestros padres!

La última parte de la misa contiene la *Antífona de la comunion*, la oracion llamada *Postcomunion*, el *Ite, missa est*, la *Bendicion*, y el Evangelio de san Juan *In principio*, etc.

En los bellos dias de la primitiva Iglesia, cuando todo el pueblo comulgaba, cantábanse durante la distribucion de la Eucaristía salmos análogos á tan santa accion; en Oriente entonábase el hermoso cántico que empieza con estas palabras: *A la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te desea el alma mia, ó Dios* [2]. En Occidente cantábase el salmo XXXIII: *Bendeciré al Señor en todo*

[1] Epist. CXLIX.
[2] Psalm. XLI.



*tiempo; su alabanza siempre en mi boca* [1]. Cuando en nuestras grandes solemnidades se entonan salmos ó cánticos durante la comunion, imitamos tan piadosa costumbre; ¿qué puede haber mas bello? Los festines de los reyes y de los grandes de la tierra van acompañados de cantos y de música; y ¿no resonarán melodiosos cantos durante el banquete sagrado, al que Dios, huésped, manjar y comensal, invita á todos sus hijos? Mientras que las bóvedas de nuestros templos resuenan con los cánticos de nuestro amor, los Ángeles presentes al divino banquete proclaman acompañándose con sus arpas de oro la bondad de Dios y la felicidad del hombre.

Cuando la comunion tocaba á su término, el obispo hacia una señal al director del coro y se cantaba el *Gloria Patri* para poner fin al himno del banquete; mas habiendo disminuido por desgracia el fervor de los fieles, se redujeron los salmos á un versículo llamado antífona, porque se cantaba alternativamente por ambos coros, y esta es la oracion de la misa, llamada Comunion.

El sacerdote la reza en la parte de la Epístola, pues mientras se ocupaba en cubrir el cáliz, el monacillo ha colocado otra vez el misal en aquel lado, que es el mas conveniente para el libro, en cuanto en él están los asientos del obispo y del presbítero, y del cual no se quitaria, si una razon misteriosa no hubiese movido á leer el Evangelio en la parte del aquilon ó Norte, y si despues del Ofertorio no fuese preciso desembarazar el lado del altar en que se hacen las abluciones, en que se ponen las vinajeras, en que se prepara el cáliz, etc.; pues la sacristía, de donde traen cuanto es necesario, se encuentra ordinariamente en el mismo lado.

Rezada la Comunion, colócase el sacerdote en medio del altar, lo besa impulsado por el amor y respeto que le dominan, y luego volviéndose hácia el pueblo, le excita á la oracion y á la gratitud con estas palabras: *Sea el Señor con vosotros,* contestando el pueblo: *Y con tu espíritu;* entonces el sacerdote se dirige otra vez á la parte en que está el Misal, y en nombre de todos, dice: *Oremus:* Oremos, y reza en alta voz la Postcomunion, que es una oracion de accion de gracias. ¡Ah! si conociésemos el don de Dios y el favor que acaba de dispensarnos, ¡con qué profundo sentimiento de amor exclamaríamos al fin de esta oracion: *Amen,* así sea, como una expresion de nuestro cariño, de accion de gracias y de gratitud eterna!

[1] Psalm. XXXIII.

El número de postcomuniones es el mismo que el de las colectas y secretas antes del Prefacio, pues justo es igualar el número de nuestras acciones de gracias al de nuestras demandas; durante la Cuaresma se añade á las postcomuniones una oracion llamada del pueblo, la que va precedida de la siguiente invitacion hecha por el diácono: *Humiliate capita vestra Deo:* «Humillad vuestras frentes delante de Dios.» Sea cual sea la causa por que se instituyó esta oracion, ya se dijese por los fieles que no habian comulgado, ó por los pecadores que cumplian su penitencia, los asistentes, mientras se reza, deben humillar sus corazones y pedir á Dios que les santifique.

Despues de la Postcomunion, el sacerdote se coloca en medio del altar, lo besa con amor, vuélvese hácia el pueblo, y le dirige sus últimos votos: *El Señor sea con vosotros.* ¡Ah! sí, con vosotros, piadosos cristianos, que habeis venido al asomar la aurora á recoger como los fieles israelitas el maná caido del cielo; alimentaos con el pan sagrado durante la jornada que comienza, pues, viajeros de la eternidad, en él hallaréis la fuerza para continuar vuestro camino hácia la patria; sea el Señor con vosotros para iluminaros, protegeros, consolaros, conservaros el fruto del sacrificio, y recordaros lo que habeis visto y hecho esta mañana. Penetrado el pueblo ahora como nunca de una viva gratitud hácia el sacerdote que ha sido el ministro del gran sacrificio, contesta: *Y con tu espíritu;* estos son los saludos que el pastor y el rebaño, el padre y los hijos se dirigen en el momento de separarse; ¿puede haber por ventura otros mas adecuados y mas tiernos?

Finalmente el sacerdote da la señal de marcha, diciendo: *Ite, missa est,* palabras que significan literalmente: «Idos, os despido;» como para decir, os es permitido salir, podeis marcharos. En las misas solemnes el diácono es el que canta estas palabras, en nombre del presbítero ó del obispo, de los cuales es el principal ministro: en los primeros siglos advertia á los catecúmenos y á los pecadores que saliesen de la iglesia antes de la ofrenda y de la accion del sacrificio, y por lo mismo le correspondia despedir á los fieles al concluirse la misa.

Antiguamente solo se decia: *Ite, missa est,* cuando despues de la misa no habia otro oficio alguno, en cuyo caso el pueblo podia retirarse; mas, si debian rezarse otras oraciones ó practicar alguna otra ceremonia, en lugar del *Ite, missa est,* el presbítero ó el diácono de-

cia : *Benedicamus Domino :* «Bendigamos al Señor ; » y en las misas de Difuntos : *Requiescant in pace :* «Descansen en paz ; » de modo que léjos de advertir á los fieles que las oraciones habian terminado, se les excitaba á quedarse para bendecir al Señor, ó para pedir á Dios en favor de los difuntos un reposo y una paz eterna.

En el dia se dice el *Ite, missa est,* siempre que en la misa se ha rezado el *Gloria in excelsis*, considerándolo por consiguiente como una señal de alegría y de gozo, y por esto es sin duda que se suprime en los dias de feria, y sobre todo durante el Adviento y la Cuaresma, en que se dice : *Benedicamus Domino,* para invitar á los asistentes á orar otra vez, y á santificarse por la oracion, el ayuno y la penitencia. En las misas de Difuntos se dice : *Requiescant in pace.* «Des«cansen en paz, » porque la Iglesia tiene entonces por única mira proporcionar á sus hijos difuntos el alivio y consuelo que necesitan. Al *Ite, missa est,* y al *Benedicamus Domino,* los fieles contestan : *Deo gratias :* «Demos gracias á Dios ; » como si dijesen : Sí, nos retiramos con alegría, y, penetrados de agradecimiento, bendecimos al Dios que nos ha colmado de beneficios, haciéndonos partícipes de los santos misterios. En esto imitan á los Apóstoles, quienes, despues de haber sido bendecidos por Jesucristo al subir al cielo, se fueron llenos de alegría, glorificando y dando gracias al Señor. Al *Requiescant in pace,* el pueblo contesta *Amen,* es decir, sea como deseas, oiga el Señor tus súplicas y dé la eterna paz á las almas que sufren en el purgatorio [1] !

La misa ha terminado, mas el sacerdote no puede sin pena abandonar el sagrado altar ; siente en el alma separarse de su pueblo fiel, y esta es la causa que desde hace mas de setecientos años la devocion del sacerdote y la del pueblo hayan hecho dos adiciones, autorizadas luego por la Iglesia [2].

La primera es la siguiente oracion que dice el celebrante por sí mismo y por el pueblo, y que reza en voz baja con las manos juntas sobre el altar y con los ojos bajos : «Recibid favorablemente, ó «santísima Trinidad, el homenaje de mi entera sumision, y dignaos «aceptar el sacrificio que aunque indigno acabo de ofrecer á vuestra «divina Majestad ; haced por vuestra gran misericordia que me sea

[1] Lebrun, pág. 642 y sig. ; Durandus, lib. VI, c. 55-57 ; Durantus, lib. II, c. 56 ; Bona, lib. II, c. 20 ; *Espíritu de las ceremonias,* pág. 377.

[2] Microlog. c. 22.

«propiciatorio á mí y á todos aquellos por quienes lo he ofrecido. Por «Jesucristo Señor nuestro. Así sea.»

Dicha esta oracion, el sacerdote besa el altar, eleva sus manos y sus ojos al cielo, y luego, volviéndose hácia el pueblo y extendiendo la mano, le bendice haciendo la señal de la cruz y diciendo: «Bendígaos el Dios todopoderoso, en nombre del Padre, y del Hi«jo, y del Espíritu Santo;» el pueblo contesta con la ordinaria aclamacion *Amen;* esto es: Oiga Dios el voto que por nosotros formais. En las misas de Difuntos se omite la bendicion, pues de nada puede aprovecharles, en cuanto solo es para los asistentes.

¡Cuán bellas son las ceremonias con que el sacerdote acompaña esta última bendicion! Antes de darla, obtiene la bendicion de Jesucristo, besando el altar que le representa, eleva sus ojos y sus manos al cielo para manifestar que al Pontífice eterno que se sienta en la derecha del Altísimo, como á ministro del divino santuario y al verdadero Melquisedech, corresponde bendecir al pueblo fiel y á los hijos del verdadero Abrahan, para el cielo y para la eternidad, por los méritos de sus misterios y de su cruz.

El sacerdote, como acabamos de explicar, hace al bendecir al pueblo la adorable señal, y dice: *Bendígaos el Dios todopoderoso*, etc.; es decir: *Bendígaos el* PADRE *que nos colmó en Jesucristo de toda clase de bendiciones espirituales para el cielo, así como nos eligió en él por su amor á fin de que fuésemos santos é irreprensibles, pues por un puro efecto de su buena voluntad nos predestinó para hacernos sus hijos adoptivos por Jesucristo, en alabanza y gloria de su gracia.*

*Bendígaos el* HIJO, *en quien el Padre nos ha hecho agradables á sus ojos, el cual nos rescató con su sangre, acordándonos la remision de nuestros pecados segun las riquezas de su gracia derramadas sobre nosotros, y en el que lo ha reunido todo como en la cabeza, así lo que está en el cielo como lo que está en la tierra.*

*Bendígaos el* ESPÍRITU SANTO, *que es el espíritu de sabiduría y de revelacion para conocer á Dios, el sello que se nos imprimió para creer en Jesucristo por la palabra de verdad, el Evangelio de nuestra salvacion, la prenda y las arras de nuestra herencia, hasta la entera emancipacion del pueblo que Jesucristo ganó para aumento de su gloria. ¡Así sea!*

El Evangelio de san Juan es la segunda adicion hecha en la misa por la devocion reunida de los sacerdotes y de los fieles. Desde los

primeros tiempos de la Iglesia, los Cristianos tenian la mas profunda veneracion por las sublimes palabras del discípulo amado; san Agustin no desaprobaba el uso ya establecido en su tiempo de colocarse sobre la cabeza aquel santo Evangelio, á fin de curarse de algun mal; el papa Paulo V dispuso que al visitar á los enfermos se pusiesen las manos en su cabeza y se recitase el Evangelio de san Juan, y aun los mismos gentiles, sorprendidos por la profundidad y sublimidad del mismo Evangelio, decian que debia escribirse en letras de oro en los lugares de reunion, á fin de que todos pudiesen leerlo.

Los fieles desearon con tanto ardor que se recitase al fin de la misa, que lo solicitaban expresamente en las fundaciones que hacian en las iglesias [1]; mas en breve su exigencia fue inútil, pues todos los sacerdotes recitaron dicho Evangelio antes de abandonar el altar, costumbre que convirtió en ley el papa Pio V. Dícese, pues, diariamente á menos de que haya doble oficio con motivo de alguna fiesta, en cuyo caso se reza el Evangelio de la misa que no haya podido leerse; por ejemplo, cuando la Asuncion de la santísima Vírgen corresponde en domingo, se celebra el oficio de tan solemne fiesta, mas el último Evangelio es el del oficio del domingo, cuyo oficio se ha suprimido.

El rezo del Evangelio de san Juan va acompañado de iguales ceremonias que el del Evangelio ordinario; al principiarlo, el sacerdote excita la atencion de los fieles diciéndoles: *El Señor sea con vosotros*, y el pueblo contesta: *Y con tu espíritu*. El celebrante hace con el pulgar la señal de la cruz sobre el cuadro en que está escrito el Evangelio, luego la hace en su frente, en su boca y en su pecho para protestar de su amor y de su fe, y al mismo tiempo dice: *Principio del Evangelio segun san Juan*, á lo que contesta el pueblo: *Gloria á Vos, Señor.*

El sacerdote continúa:

«En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Ver-«bo era Dios, etc.;» al decir estas palabras: *Y el Verbo fue hecho carne*, el sacerdote hace una genuflexion para honrar la profunda humildad del Verbo divino, quien para rescatarnos consintió en descender hasta tomar la forma de esclavo, es decir, del hombre esclavo del demonio y del pecado.

[1] Lebrun, pág. 673.

La idea de terminar las oraciones del santo sacrificio con el Evangelio de san Juan no puede ser mas acertada y piadosa; en efecto, las palabras que comprende resumen cuanto ha hecho el Verbo por nosotros así en la eternidad como en el tiempo; le muestran en el seno de su Padre, Dios como él, por quien todo fue criado, y el cual es vida y luz del mundo; le muestran descendido á la tierra, verdadero sol de justicia que brilló en las tinieblas, que iluminó á los que se hallaban sentados á la sombra de la muerte; nos recuerdan que solo por él somos hijos de Dios, que se hizo carne y que habitó entre nosotros, á fin de rescatarnos de la esclavitud del pecado y librarnos de la condenacion eterna. Hemos visto su gloria en el pesebre, en el Thabor, en el Calvario y en el sepulcro; cada dia la contemplamos en la santa Eucaristía, y le alabamos y le bendecimos porque está lleno de gracia y de verdad [1].

Al terminar el Evangelio de san Juan, todo el pueblo, por medio del monacillo, contesta: *Deo gratias:* Damos gracias á Dios, oracion que, aunque corta, es tan santa, tan perfecta y tan digna de Dios, que era imposible poner fin al mas grande de los misterios con una palabra mas misteriosa y mas divina. «¿Qué podríamos pensar, «pregunta san Agustin, qué podríamos decir, ó qué podríamos es«cribir que fuese mejor que estas palabras: *Deo gratias:* Gracias á «Dios? No, no puede decirse nada mas corto, escucharse nada mas «agradable, concebirse nada mas grande, hacer nada mas útil y de «mayor provecho que esta oracion: *Deo gratias:* Gracias á Dios [2].»

¡Ah! sí, gracias á Dios, pues el cielo se ha reconciliado con la tierra; la augusta víctima, esperada durante cuarenta siglos, acaba de inmolarse, habiendo sido recibida por Dios por medio del sacrificio, y por los hombres por medio de la comunion. Gracias al Padre que nos ha dado su Hijo; gracias al Hijo que se ha revestido de nuestra naturaleza; gracias al Espíritu Santo que nos santificó en Jesucristo, y gracias á la augusta Trinidad por todos sus dones, por todas sus infinitas misericordias de que es el resúmen el sacrificio católico.

Como las anteriores, terminarémos esta última parte de la misa, haciendo notar algunas piadosas analogías entre esta parte del sa-

[1] *Espíritu de las ceremonias*, pág. 384; Lebrun, pág. 676; el P. Condren, pág. 410.

[2] Epist. LXXVII.

crificio del altar y las circunstancias del sacrificio de la cruz. El sacerdote hace sus abluciones, *Jesús es embalsamado;* el sacerdote vuelve al lado de la Epístola despues de la comunion, *Jesús resucita;* el sacerdote se dirige á los fieles diciéndoles : *Dominus vobiscum, Jesús aparece á sus discípulos;* el sacerdote reza la Colecta; *Jesús tiene varios coloquios con sus discípulos;* el sacerdote dice el último *Dominus vobiscum, Jesús se despide de sus Apóstoles y sube á los cielos;* el sacerdote bendice al pueblo, *Jesús envia el Espíritu Santo;* el sacerdote dice el Evangelio de san Juan, *Jesús, coronado de gloria, reina triunfante en los cielos y vela por su Iglesia.*

Inútil es decir que la gratitud es el sentimiento que debe dominar en nuestro corazon durante la última parte de la misa; y si queremos avivar en nosotros aquel sentimiento, reanimemos nuestra fe sobre las preguntas siguientes : ¿Quién es el que acaba de inmolarse? ¿Por quién se ha inmolado? ¿Por qué se ha inmolado? ¿Qué me ha dado inmolándose? Meditémoslo, y, si nos es posible, evitemos el decirnos con san Pablo : *Si alguno no ama á Nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado, perpétuamente execrable* [1].

Réstanos ahora decir el modo como debemos salir de misa; para saberlo preguntarémos, ¿cómo salian de ella nuestros padres en la fe? ¡Cuánta debe ser la santidad que ha de reinar en nuestros pensamientos, en nuestros deseos, en nuestras palabras, en nuestras miradas, en nuestras relaciones todas con Dios y con el prójimo! No lo olvidemos; el cielo, la tierra, el infierno mismo tienen los ojos fijos en nosotros: el cielo para regocijarse con nuestra felicidad; la tierra para edificarse con nuestra santidad; el infierno para arrebatarnos el fruto del sacrificio. ¡Cuánta debe ser nuestra vigilancia! guardémonos de regocijar al infierno, de entristecer al cielo y de hacer blasfemar entre los hombres el nombre de cristiano; vivamos como habríamos vivido el dia del suplicio del Hombre-Dios, si hubiésemos asistido á su sacrificio en el Calvario; al salir de misa descendemos de la misma montaña, acabamos de asistir al mismo sacrificio. ¿Serémos por ventura como los judíos que bajaron del Calvario aun mas endurecidos y mas ciegos, como el Centurion que publicó altamente la gloria del Hijo de Dios, ó como María y san Juan, cuyo amor por Jesucristo habia crecido á proporcion de sus dolores, que acababan de presenciar? Elijamos.

[1] I Cor. xvi, 22.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberos inmolado por mí en el Calvario, y por renovar cada dia vuestro sacrificio en nuestros altares; suplícoos que penetreis mi corazon de las disposiciones que llenaban el vuestro cuando espirásteis en la cruz.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *saldré de misa con profundo recogimiento.*

---

# LECCION XXIV.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Dias de la semana considerados bajo el punto de vista de la fe.—Son dias de fiesta.—La vida es la vigilia de la eternidad.—Modo de celebrar esta continua fiesta.—Nombres gentiles de los dias de la semana.—Nombres cristianos.—Profunda sabiduría de la Iglesia.—Devociones que van unidas á cada dia de la semana.—Calendario católico, su belleza, su utilidad.**

I. Dias de la semana bajo el punto de vista de la fe.—El domingo es la primera fiesta del Cristianismo, y acabamos de explicar detalladamente el oficio divino y el augusto sacrificio con que quiere la Iglesia que sea santificado. En cierto sentido, los dias de la semana son tambien otras tantas fiestas: el universo es un templo; el hombre es un sacerdote, y su vida debe ser una continua fiesta; tal es la opinion de los Padres de la Iglesia.

«Decidme, preguntaba Orígenes á los cristianos de su tiempo, «vosotros que solo asistís á la iglesia los dias solemnes, ¿acaso los «demás dias no son tambien dias de fiesta? ¿no son por ventura dias «del Señor, domingos todos? El distinguir los dias es propio de los «judíos, y el Señor declaró tener en aversion sus calendas y sus dias «de descanso; por el contrario los Cristianos consideran todos los dias «como dias del Señor, y aun como el mismo dia de Pascua, porque «todos los dias se inmola por ellos el celeste Cordero y todos los dias «lo comen; y si segun la ley de Moisés se hacia el sacrificio al poner«se el sol, era porque la vida presente es como un dia en su ocaso, «como una noche que debe ir seguida del Sol de justicia, á cuya apa«ricion entrarémos en un océano de delicias y en una eterna fiesta [1].»

De estas magníficas palabras se deducen dos cosas: 1.° que la Religion completada por Jesucristo ha desenvuelto la ley antigua, de modo que si los judíos tenian ciertos dias de fiesta, era únicamente una sombra de lo que debia verificarse bajo el Evangelio, cuando los dias todos no son mas que una perpétua fiesta, en que los hom-

[1] **Homil. X *in Genes.***

bres han de abstenerse de cuanto puede ofender á Dios; 2.º que todas las fiestas de la vida no son mas que un aprendizaje, por decirlo así, de la fiesta del cielo; que el tiempo es la vigilia de la eternidad, puesto que solo por esta se ha dado la vida al hombre y el tiempo al género humano, y que podemos siempre, mientras dura aquella, alimentarnos con la carne ó la palabra del Verbo encarnado, con que se alimentan tambien en el cielo.

Insistiendo en la hermosa idea de que la vida no es mas que una dilatada fiesta, durante la que debemos ser santos y piadosos como en las solemnidades particulares, Orígenes continúa en estos términos: «El cristiano, dice, que comprende su Religion, está persua«dido de que cada dia es para él un domingo, un dia del Señor en «el que fija su corazon y sus pensamientos todos; de que cada dia es «para él un viernes, y aun un Viernes Santo, porque doma sus pa«siones y recibe en su carne las impresiones de la cruz de Jesucris«to; de que cada dia es para él una fiesta de Pascua, porque ince«santemente se separa de este mundo de corrupcion y pasa al mun«do invisible é incorruptible, alimentándose con la palabra y carne «del Verbo humanado; y finalmente de que cada dia es para él una «fiesta de Pentecostes, porque resucitó en espíritu con Jesucristo, «subió con él á los cielos, hasta el trono del Padre, donde está sen«tado con Jesucristo y en Jesucristo, por el cual recibe la plenitud «del Espíritu Santo [1].»

Así pues, todos los dias del año son dias santos, dias de fiesta. «Sin embargo, añade el mismo Padre, como hay muchos cristianos «que no quieren ó no pueden resolverse á pasar toda su vida como «un prolongado dia de fiesta, ha sido preciso, para acomodarse á su «debilidad, determinar fiestas particulares, y en su maternal solici«tud estableciólas la Iglesia á fin de que los mas disipados y pere«zosos pudiesen adquirir en ellas un nuevo vigor, desembarazándo«se, por un corto tiempo al menos, de los negocios mundanos: si «bien, segun la expresion de san Pablo, no son mas que partes de «un dia de fiesta, de la continua fiesta que los justos celebran toda «su vida, y que los bienaventurados celebrarán en la eternidad [2].»

Esta es la sublime idea que el Cristianismo, por medio de sus doctores, nos da del mundo y del tiempo. El mundo es un templo y la

[1] *Contr. Cels.* lib. VIII.

[2] Id. lib. VIII; S. Hier. *in Epist. ad Galat.* IV.

vida una fiesta; mas, una fiesta en la que el hombre caido trata de rehabilitarse; y para caracterizar la vida del cristiano bajo el Evangelio, añaden: «Es una verdad igualmente importante é in«contestable que el culto religioso de la Divinidad tuvo mas exten«sion y libertad, y no se limitó á tiempos, á años, á semanas, á «dias, á lugares, á templos ni á altares particulares en el estado de «inocencia, y en los siglos que de cerca le siguieron, que en los que «vinieron despues. Ya se sabe cuántas leyes y prescripciones la en«torpecian bajo la ley de Moisés: la Iglesia observa un término me«dio entre la Sinagoga y el cielo ó el estado de inocencia.

«Bajo la ley del Evangelio nos hallamos por consiguiente como en «un estado intermedio en que se recobra la primera inocencia, pero «no completamente. Aun mas; esperamos en la vida futura una li«bertad enteramente distinta de la del primer estado, porque Dios «será en ella nuestro único templo y nosotros serémos el suyo, y «participarémos de toda su alegría y reposo de que no habrán sido «mas que sombras todas las fiestas de la Sinagoga y hasta de la mis«ma Iglesia. En las fiestas de la tierra Dios bosqueja en nosotros por «medio de la justificacion la imágen de nuestra primera pureza, así «como de la libertad y la dicha en la cual habia sido criado el hom«bre, y por este medio traza en nosotros algunos de los rasgos de la «santidad y libertad perfectas que nos prepara en el cielo. Los jus«tos participan, pues, actualmente del primero y del segundo estado «de la libertad santa de los hijos de Dios [1].»

Pero ¿cómo podrémos convertir nuestra vida terrenal en una fiesta continua? ¿cómo celebrarla dignamente? Segun piensan los Padres, es preciso que recordemos que toda la duracion de los siglos no es mas que un dia de fiesta cuyos momentos están todos consagrados á Dios; que procediendo todo de él, todo le pertenece y ha de volver á él; que en cualquiera parte que nos hallemos, estamos en su templo, marchamos en su presencia y vivimos en él y de él; que, ya bebamos, ya comamos ó hagamos cualquiera otra accion, debemos ofrecérsela y dársela en sacrificio; que el amor á la verdad y á la justicia, que es el amor de Dios mismo, ha de albergarse en nuestra alma tanto en la alegría como en la tristeza, en la prosperidad como en el infortunio; y que esta llama divina debe arder con-

[1] S. Clem. Alex. *Strom.* lib. VII, n. 512.

tinuamente en nuestro corazon, como en un altar mas puro y precioso que los mas santos y magníficos de la tierra.

No se oponen á la celebracion de esta fiesta perpétua, que compone la vida de los justos y deberia formar la de todos los hombres, el trabajo manual, los empleos mas bajos ni las obras serviles, porque el justo animado por la caridad es libre, libre con la libertad de los hijos de Dios, y ninguna de sus obras es servil. Ya pode una viña, cultive sus campos ó navegue por el mar, no cesa de celebrar esta fiesta continua de los justos, pues no cesa en sus ocupaciones de amar á su Padre celestial ni de cantar sus alabanzas [1]. Si en los dias de fiesta particulares están prohibidas todas estas cosas, es para que los cuidados temporales no sean un obstáculo para la meditacion de las cosas divinas y para la oracion.

De aquí es que san Jerónimo no teme deducir la conclusion de que los dias de fiesta no son en *sí mismos* mas grandes que los otros, pero que ha sido necesario distinguir y establecer estos dias de reunion en las iglesias para renovar é inflamar mas la caridad de los fieles para con Dios, en cuya presencia se reunen, y para con sus hermanos, con los cuales se juntan [2]. Bajo el mismo sentido puede decirse, que las horas de un dia de fiesta no son en *sí mismas* mas santas unas que otras, porque todas juntas componen un dia de fiesta. Sin embargo ha sido necesario dedicar algunas al servicio divino, para que el fervor de estas horas mas santamente empleadas se difundiera sobre las demás y embalsamara en cierto modo todo el resto del dia. Las fiestas particulares del año tienen el mismo objeto y la misma relacion con esta fiesta continua que los justos tratan de celebrar durante toda su vida como preludio de la fiesta eterna.

La vida del hombre en la tierra es, por consiguiente, una fiesta, pero ha de celebrarla como el guerrero en medio de los combates y alcanzando continuas victorias; como el desterrado, caminando continuamente hácia su patria, y como un rey caido del trono, que trata de volver á ocuparlo por medio de continuos esfuerzos. La fiesta de la vida es por consiguiente, si así nos es permitido expresarnos,

[1] S. Clem. Alex. *Strom.* lib. VII, n. 512.

[2] Propterea dies aliqui constituti sunt, ut in unum omnes pariter conveniremus. Non quo celebrior sit dies illa, qua convenimus, sed quo quacumque die conveniendum sit, ex conspectu mutuo laetitia maior oriatur. *(In Epist. ad Galat.* c. 4).

una fiesta de pena y de trabajo para el cristiano, es decir, para el hombre que comprende su destino. Pero ¡ten valor, hombre! guerrero, desterrado, rey destronado, ten valor, que ya llegarán para tí á su tiempo los lauros, la patria y la corona!

II. Nombres gentílicos de los dias de la semana. — ¡Qué elevada filosofía se encierra en la idea que nos da la Religion de nuestra vida temporal! ¡cuál encamina nuestros pensamientos, afectos y empresas! ¡cómo nos ennoblece! ¡cuál nos alienta á la virtud! Pero ¡ah! el hombre habia olvidado esta preciosa nocion, y habia trocado su vida en fiesta de demonios, y su existencia temporal no era mas que una preparacion para la horrible fiesta del infierno. Habia distinguido en su ceguedad cada cual de sus dias con el nombre de una criatura ó de una divinidad infame á cuyo culto lo habia consagrado. El *primer* dia de la semana lo dedicó al sol, el *segundo* á la luna, el *tercero* á Marte, el *cuarto* á Mercurio, el *quinto* á Júpiter, el *sexto* á Vénus, el *séptimo* á Saturno, y todos estos nombres, cargados de vergonzosos recuerdos y manchados con sacrificios horribles ó acciones indignas, hacian suceder los crímenes á los crímenes, y separaban cada vez mas al hombre de su fin postrero.

III. Nombres cristianos. — La Iglesia católica, como reparadora universal, se apresuró á destruir los dioses y desterrar sus nombres del lenguaje, y designó todos los dias de la semana con una sola palabra, el de *feria,* palabra llena de profundo sentido, porque equivale á fiesta ó á descanso; fiesta, ya sabèmos por qué, y descanso, porque todos los dias de la vida deben ser la cesacion del trabajo del pecado, del trabajo de ruina y de desórden al que se entregaba el linaje humano como un delirante despues de su caida, y bajo la esclavitud de Satanás. El *primer* dia de la semana se llamó, en la lengua de la Iglesia, dia del Señor ó primera *feria;* el lunes, *segunda* feria; el martes, el miércoles, el jueves y el viernes, *tercera, cuarta, quinta* y *sexta* ferias: el *séptimo* dia conservó el nombre de sábado, que quiere decir descanso, y recuerda las tradiciones judáicas y el descanso del Señor despues de la creacion.

La vida y los dias que la distinguen repitieron desde entonces al hombre con su nombre nuevo el objeto del tiempo y el empleo á que debia dedicarse. La Iglesia no omitió medio alguno para desterrar del lenguaje civil los nombres profanos dados á los dias, sabiendo cuánto es el poder de las palabras, y á impulso del ardiente

deseo que abrigaba de rehabilitar la sociedad, quitando al Paganismo hasta el último medio de ejercer su influencia excesivamente funesta. El talento perspicaz de san Agustin comprendió perfectamente el pensamiento de la Iglesia católica, cuando exclamaba: « ¡Pluguie-«ra á Dios que los Cristianos lo fueran en su lenguaje, y que se de-«jasen de designar con nombres paganos los dias de la semana! Ha-«blemos la lengua que nos pertenece, y no profanemos nuestra boca «con nombres que trascienden á idolatría; sus mismos nombres nos «advierten que todos nuestros dias son otros tantos de descanso y «de fiesta, y que nuestra vida entera es una fiesta consagrada al Dios «de toda santidad [1].»

IV. Devociones anexas á cada dia de la semana. — No bastaba á la Iglesia haber desterrado el lenguaje de la idolatría; como madre tierna é ilustrada conocia la flaqueza de sus hijos, y por este motivo, y para conservar continuamente suspenso su fervor con nuevos objetos, piadosas y antiguas tradiciones consignaron á cada feria una devocion particular. El domingo, ó la primera feria, se consagró en todos tiempos al Señor.

Á principios de la edad media, el lunes, ó segunda feria, estaba consagrado al culto especial del Hijo de Dios, la sabiduría eterna; mas adelante fue dedicado al Espíritu Santo, para implorar su asistencia al principiar las tareas de la semana, y finalmente en el dia se consagra al alivio de los finados, pero es una devocion libre y voluntaria que la Iglesia aprueba sin prescribirla.

El martes, ó tercera feria, está generalmente consagrado al culto de los santos Ángeles, y en especial de los Ángeles custodios. ¿No advertís cuán ingeniosa es la piedad para conservar en el hombre interesantes recuerdos, nobles ideas de sí mismo y vivos sentimientos de gratitud? Creedme; cuando se hace al hombre reconocido, se le hace al mismo tiempo bueno [2].

El miércoles, ó cuarta feria, es el dia elegido por la devocion para honrar á san José, y alcanzar la gracia de una buena muerte. Desde los siglos apostólicos ha sido el miércoles objeto de una devocion particular en la Iglesia de Oriente y en la de Occidente [3]: era un dia de estacion, es decir, de ayuno y de reunion en los sitios de ora-

[1] In Psalm. XCIII.
[2] Amalar. *Divin. offic.* lib. IV, c. 13.
[3] S. Epiph. *Haeres.* III, n. 22.

ciones ó en los sepulcros de los Mártires, á donde acudian muy temprano, y no salian hasta la hora de *nona*, es decir, á las tres de la tarde en que acababa la misa y el pequeño ayuno que se practicaba en este dia. Llamábase *pequeño ayuno*, porque tenia tres horas menos que el de la Cuaresma, de las cuatro Témporas y de las vigilias de las grandes festividades, y porque no era de obligacion tan estricta, al menos en Occidente [1].

Iguales ejercicios de piedad y de penitencia se practicaban el viernes ó sexta feria. ¿Deseais saber por qué habia consagrado la Iglesia estos dos dias á reanimar la devocion de sus hijos con el ayuno y la oracion? En conmemoracion de lo que sucedió á Nuestro Señor la antevíspera y el dia de la Pasion. En el miércoles recordaba á sus hijos el consejo de los judíos, en que se habia resuelto dar muerte á Jesucristo, y en el viernes les mostraba la ejecucion del proyecto deicida. La Iglesia ha creido por consiguiente, ¿y quién puede vituperarla? que los crímenes de los hombres, verdadera causa de la muerte del Hijo de Dios, debian ser para sus hijos un motivo de tristeza y penitencia en estos dos dias de la semana, así como su resurreccion era para ellos motivo de consuelo y regocijo en el dia del domingo [2].

La Iglesia griega, á pesar de sus tribulaciones y de las diversas revoluciones que ha sufrido, ha conservado hasta nuestros dias la costumbre de ayunar todos los miércoles y viernes del año, con pocas excepciones. En la Iglesia latina, el ayuno de estos dos dias fue libre hasta el siglo IX, pero se cambió despues en simple abstinencia. La del viernes fue muy pronto considerada como de obligacion, y pasó á ser de ley. La abstinencia del miércoles y del sábado fue libre hasta el siglo XIV, pero habiéndose abolido paulatinamente la del miércoles, se fortaleció de tal suerte la del sábado, que llegó á ser tan indispensable como la del viernes [3].

El jueves, ó la quinta feria, se refiere, como sabeis, á un recuerdo tan consolador, que los fieles han honrado este dia con un fervor particular. El Hijo de Dios instituyó en un jueves el sacramento de la Eucaristía, en el cual lega al género humano para siempre su carne y su sangre para que las comamos y bebamos: Sacramento au-

[1] Albaspin. *Obser.* lib. I, c. 16; Tertul. *De Orat.*
[2] S. Aug. Epist. XXXVI *ad Casul.* n. 30; Baron. ann. 34, n. 168.
[3] Tomas. *De los ayunos*, parte II, c. 55, n. 3, 4 y 5.

gusto que constituye al Salvador, triunfante en el cielo, en compañero de nuestra peregrinacion, y en prisionero de su amor en nuestros tabernáculos. Los jueves del año parecen haber sido destinados, especialmente desde la institucion de la festividad del Corpus, á renovarla, tanto por los oficios públicos, como por las devociones particulares; de modo, que cási sucede todos los jueves del año, relativamente á la fiesta del Corpus, lo que todos los domingos respecto de la festividad de Pascua, es decir, que son aquellos una octava continua del misterio de la Eucaristía, como estos de la resurreccion.

El viernes, ó sexta feria, está consagrado á la Pasion. En una gran parte de la cristiandad se cerraban en este dia los tribunales [1], y el ayuno se observó en él tanto en Oriente como en Occidente hasta el siglo IX. En esta época se trocó en una simple abstinencia, pero de la cual hizo la Iglesia una ley tan rigurosa que solo dispensa de ella en la fiesta de Navidad, cuando cae en viernes [2]. Los fieles tienen costumbre de añadir á las tres de la tarde de este dia á la abstinencia la recitacion de cinco *Padre nuestros* y cinco *Ave Marías*, en honor de las cinco llagas de Nuestro Señor.

El sábado fue durante muchos siglos tanta fiesta como los domingos, y esto por varias razones: en primer lugar, por honrar el descanso del Señor despues de la creacion, y recordar al hombre que tambien él, imágen de Dios, creaba en cierto modo durante esta vida, y que entraria un dia en el sábado, ó el descanso eterno, figurado por el séptimo dia. En segundo lugar, se recuerda que el Salvador habia escogido con frecuencia el dia del sábado para hacer curaciones y milagros, y para ir á predicar en las sinagogas. Esta consideracion decidió al emperador Constantino á dar su ley para que se honrase particularmente el sábado [3].

En la Iglesia de Roma, este dia estaba consagrado al ayuno. Lo mismo sucedia en Alejandría de Egipto. Estas dos Iglesias, fundada la una por san Pedro y la otra por su discípulo san Marcos, al practicar la misma costumbre, son una nueva prueba del hecho al cual se atribuye su orígen. Los antiguos romanos decian que san Pedro ayunó el sábado y mandó á todos los fieles que le imitasen, en su primer viaje á Roma, á donde le habia acompañado san Marcos,

[1] Sozom. lib. I, c. 8.
[2] Tomas. *De los ayunos*, parte II, c. 14 y 15.
[3] Eusebio, *Vit. Const.* lib. IV, c. 18, pág. 524.

para prepararse á combatir el dia siguiente, domingo, contra Simon el Mago; y durante muchos siglos se continuó la costumbre de ayunar el sábado, y se conservó en conmemoracion del triunfo que el santo Apóstol alcanzó al secuaz del demonio [1].

Pero, si el ayuno era peculiar á la Iglesia de Roma, no lo fue menos la abstinencia, y el papa san Gregorio VII la constituyó en ley para toda la Iglesia en el siglo XI, en un concilio celebrado en Roma en 1078 [2]. No obstante, no se adoptó esta ley en todas partes, y varias provincias de la cristiandad conservaron la costumbre de comer carne. Al examinar la obligacion de la abstinencia del sábado, da esta respuesta en el siglo XV san Antonino, arzobispo de Florencia, muerto en 1459 : «Es pecado comer carne en este dia en «los países donde está generalmente establecida la costumbre; pero si «se vive en los lugares donde reina la costumbre contraria, como en «Cataluña y otros muchos países, se puede sin escrúpulo confor«marse á los usos de estos reinos [3].»

Algunos años despues de la muerte de san Antonino, toda la Iglesia de Francia adoptó la ley de la abstinencia del sábado, limitándose á exceptuar los que median entre Navidad y la Purificacion, excepcion que no hace siquiera la diócesis de Besanzon. Esta ley no se halla establecida en España, en cuyo reino no se han introducido hasta ahora otras modificaciones á la libertad de comer carne que la de contentarse con los intestinos y menudencias ó extremidades de los animales en los dias de sábado [4]. La abstinencia del sábado, aunque menos general que la del viernes, no ha de observarse menos religiosamente; la misma autoridad prescribe la una que la otra : es la autoridad de nuestra madre la Iglesia, esposa de Jesucristo, de la que dice el mismo Salvador : *Y si no oyere á la Iglesia, tenlo como un gentil y un publicano* [5].

[1] Cassian. *Instit.* lib. III, c. 9 et 10.

[2] Grat. *Decr. de consecrat.* lib. V, c. 31; Lup. t. V, *Comm.* pag. 167 et 168.

[3] In Italia in sabbato abstinetur ab esu carnium, et qui tali die sine causa rationabili, puta infirmitatis, comederet carnes, peccaret mortaliter, quia faceret contra consuetudinem talis patriae. Extra Italiam in multis partibus, ut in Cathalonia, non est talis consuetudo abstinendi in illa die à carnibus, unde comedentes ibi carnes non peccant. (*Summ. Theol.* p. I, tit. XVI, *c. unic.* § 4, edit. Venet, 1582).

[4] Mariana, *Hist. Hisp.* lib. V, c. 6, y lib. XI, c. 24.

[5] Matth. XVIII, 17.

Ya veis, pues, que el sábado ha merecido desde el principio de la Iglesia gran veneracion de parte de los fieles [1]. Deseando el papa Urbano II á fines del siglo XI, en 1095, atraer sobre las Cruzadas las bendiciones del cielo por intercesion de María, dedicó el sábado á la Vírgen santísima, y ordenó que se hiciera su oficio en este dia [2]; y desde esta época los fieles se imponen como un deber el consagrar el sábado en honra de María, y el manifestar á esta divina Madre su ternura y su reconocimiento, ya por medio del ayuno, ya asistiendo al santo sacrificio de la misa, ó por cualquier otro ejercicio de devocion. ¿Puede haber cosa mas interesante ni mas útil [3]?

Así pues, cada dia de la semana ofrece al cristiano un nuevo motivo de fervor y santidad. ¿Creeis que esta manera de distinguir los dias no es tan moral como la de las personas del mundo, que solo distinguen los suyos por la variedad de sus negocios ó de sus diversiones?

V. Belleza y utilidad del *calendario católico.* — La Iglesia ha hecho para los meses y los años lo que para cada dia de la semana. Partid del principio de que el hombre débil é inconstante necesita sin cesar nuevos motivos para excitarse á la virtud; que teniendo todos los estados sus deberes y penas particulares, es preciso que haya para los hombres de todos los estados modelos de santidad; y finalmente, que la vida del hombre es una continua alternativa de adversidades y prosperidades, en que se encuentran algunas alegrías y muchas lágrimas; y reflexionando esto, no podréis menos de admirar el *calendario católico.* ¡Qué elevada leccion de virtud, qué inagotable manantial de consuelos, qué variedad de motivos y modelos presenta á los hombres de todas edades, estados y posiciones de la vida!

La impiedad del siglo pasado conoció toda su importancia, cuando en su odio ciego contra el Cristianismo [4] proscribió el calendario,

[1] Amalar. *Divin. offic.* lib. IV, c. 17.

[2] Moreri, art. *Oficio.*

[3] Para adelantar la intencion de la Iglesia y secundar la obra tan providencial de la propagacion de la fe, con estas piadosas intenciones se puede en el dia dedicar tambien el domingo á rogar por la *conversion de Europa,* el lunes por la *Oceanía,* el martes por *África,* el miércoles por *Asia,* el jueves por *Inglaterra* y *Rusia,* el viernes por *América,* y el sábado por *Francia.*

[4] La prueba evidente de que el odio á la Religion habia hecho sustituir el calendario republicano al católico está escrita con todas sus letras en los dos

y trató de reemplazar nuestras festividades con fiestas como las de la diosa Razon, y nuestros modelos católicos con plantas ó instrumentos aratorios y criaturas inanimadas, y de sustituir los nombres de nuestros Santos con otros como el de Marat [1]. El tiempo, y un tiempo

documentos siguientes: un decreto del 13 germinal año VI (3 de abril de 1798) dice expresamente que «la observancia del calendario francés es una de las ins«tituciones mas propias para hacer olvidar el régimen sacerdotal.» Un mensaje del 18 germinal año VII (8 de abril de 1799) añade: «Que este calendario «tiene por objeto desarraigar del corazon del pueblo la supersticion generali«zando en todas las municipalidades las fiestas decadarias.»

[1] Damos aquí el calendario de la república *una é indivisible*. Es un documento muy raro ya, y la prueba mas curiosa de lo absurdo de los pretendidos reformadores. Hé aquí los modelos y objetos de meditacion que proponian á los ciudadanos franceses. Juzgad por vosotros mismos, y leed:

| VENDIMIARIO. 1.er MES. | | BRUMARIO. 2.º MES. | | FRIMARIO. 3.er MES. | |
|---|---|---|---|---|---|
| 1 | Uva. | 1 | Manzana. | 1 | Reponche. |
| 2 | Azafran. | 2 | Apio. | 2 | Turneps (*esp. de nabo*) |
| 3 | Castaña. | 3 | Pera. | 3 | Achicoria. |
| 4 | Cólchico. | 4 | Remolacha. | 4 | Níspero. |
| 5 | CABALLO. | 5 | OCA. | 5 | CERDO. |
| 6 | Balsamina. | 6 | Heliotropo. | 6 | Canónigos. |
| 7 | Zanahoria. | 7 | Higo. | 7 | Coliflor. |
| 8 | Amaranto. | 8 | Escorzonera. | 8 | Miel. |
| 9 | Pastinaca. | 9 | Mojera. | 9 | Nebrina. |
| 10 | CUBA. | 10 | ARADO. | 10 | AZADON. |
| 11 | Patata. | 11 | Salsifí. | 11 | Cera. |
| 12 | Siempreviva. | 12 | Abrojo de agua. | 12 | Rábano silvestre. |
| 13 | Calabaza grande. | 13 | Cotufa. | 13 | Cedro. |
| 14 | Reseda. | 14 | Endibia. | 14 | Abeto. |
| 15 | ASNO. | 15 | PAVO. | 15 | CORZO. |
| 16 | Maravilla de noche. | 16 | Chirivía. | 16 | Aliaga. |
| 17 | Calabaza. | 17 | Berro. | 17 | Ciprés. |
| 18 | Rastrillo. | 18 | Veleza. | 18 | Hiedra. |
| 19 | Girasol. | 19 | Granada. | 19 | Sabina. |
| 20 | PRENSA. | 20 | RASTRILLO. | 20 | ESCARDILLO. |
| 21 | Cáñamo. | 21 | Bacante. | 21 | Arce. |
| 22 | Melocoton. | 22 | Acerola. | 22 | Brezo. |
| 23 | Nabo. | 23 | Rubia. | 23 | Caña. |
| 24 | Amarilis. | 24 | Naranja. | 24 | Acedera. |
| 25 | BUEY. | 25 | FAISAN. | 25 | GRILLO. |
| 26 | Berengena. | 26 | Alfónsigo. | 26 | Piñon. |
| 27 | Pimiento. | 27 | Macjone. | 27 | Alcornoque. |
| 28 | Tomate. | 28 | Membrillo. | 28 | Trufa. |
| 29 | Cebada. | 29 | Serbal. | 29 | Oliva. |
| 30 | TONEL. | 30 | RODILLO. | 30 | PALA. |

muy breve, hizo justicia á su abyecto pensamiento. ¡Ah! si amais al hombre y le comprendeis, lo mismo que su destino, sus flaquezas, combates y dolores, dejadle, dejadle buscar ejemplos, estímulos y consuelos donde puede hallarlos, y conceded que despues del culto al Eterno, el de los Santos es tambien una de las instituciones mas bellas de que la *moral del ciudadano* es deudor al Catolicismo. ¿Dónde encontraréis en efecto una sucesion de virtudes mas variada y fecunda que en la *Vida de los Santos?* Virtudes sencillas y populares que están al alcance de todos, que tienen por objeto la felicidad de todos, que convienen igualmente á todas las condiciones y edades, que presentan á los pobres lo mismo que á los ricos ejemplos que seguir, obras que imitar, igual recompensa que esperar, y que llevan consigo un atractivo bastante divino para excitar al alma á se-

| NIVOSO. 4.° MES. | | PLUVIOSO. 5.° MES. | | VENTOSO. 6.° MES. | |
|---|---|---|---|---|---|
| 1 | Turba. | 1 | Lauréola. | 1 | Tusílago. |
| 2 | Ulla. | 2 | Musgo. | 2 | Cornizo. |
| 3 | Betun. | 3 | Fragin. | 3 | Albelí. |
| 4 | Azufre. | 4 | Campanilla blanca. | 4 | Ligustro. |
| 5 | PERRO. | 5 | TORO. | 5 | MACHO CABRÍO. |
| 6 | Lava. | 6 | Durillo. | 6 | Asareto. |
| 7 | Tierra vegetal. | 7 | Yesguero. | 7 | Alaterna. |
| 8 | Estiércol. | 8 | Lauréola (*hembra*). | 8 | Violeta. |
| 9 | Salitre. | 9 | Alamo. | 9 | Sáuce cabruno. |
| 10 | MAZORCADOR. | 10 | HACHA. | 10 | AZADA. |
| 11 | Granito. | 11 | Eléboro. | 11 | Narciso. |
| 12 | Arcilla. | 12 | Bróculi. | 12 | Olmo. |
| 13 | Pizarra. | 13 | Laurel. | 13 | Fumaria. |
| 14 | Asperon. | 14 | Avelinero. | 14 | Irion. |
| 15 | CONEJO. | 15 | VACA. | 15 | CABRA. |
| 16 | Sílice. | 16 | Boj. | 16 | Espinaca. |
| 17 | Marga. | 17 | Líquen. | 17 | Doronico. |
| 18 | Piedra de cal. | 18 | Tejo. | 18 | Pamplina. |
| 19 | Mármol. | 19 | Pulmonaria. | 19 | Perifollo. |
| 20 | HARNERO. | 20 | PODADERA. | 20 | CORDELILLO. |
| 21 | Piedra de yeso. | 21 | Tlaspeos. | 21 | Mandrágora. |
| 22 | Sal. | 22 | Torvisco. | 22 | Perejil. |
| 23 | Hierro. | 23 | Grama. | 23 | Coclearia. |
| 24 | Cobre. | 24 | Centinodia. | 24 | Bellorita. |
| 25 | GATO. | 25 | LIEBRE. | 25 | ATUN. |
| 26 | Estaño. | 26 | Queda. | 26 | Diente de leon. |
| 27 | Plomo. | 27 | Avellano. | 27 | Silvia. |
| 28 | Zinc. | 28 | Ciclamino. | 28 | Capilera. |
| 29 | Mercurio. | 29 | Celidonia. | 29 | Fresno. |
| 30 | CRIBA. | 30 | RASTRA. | 30 | AMOCAFRE. |

guirlo, cultivarlo y hacer esfuerzos para alcanzar su objeto á la par tan social y cristiano.

Merced al calendario católico, no hay un dia en el año en que el peregrino de la eternidad, el proscrito del cielo, el antagonista del mal, quede abandonado á sí mismo, y en que no reciba en cierto modo la visita de un hombre justo que viene á ofrecerle en tributo todo el bien que ha hecho. Así pues, el año religioso no transcurre sin que se le hayan puesto á su alcance todas las virtudes de que es capaz el hombre, ni se le enseñe bajo todos estos conceptos la moral mas perfecta.

Familias cristianas, ¡ah! tal vez habeis olvidado el fruto inmenso que puede reportaros semejante culto para la felicidad de vuestros hijos! ¡Qué excelente leccion de igualdad, sobriedad, obediencia,

| GERMINAL. 7.° MES. | | FLOREAL. 8.° MES. | | PRAIRIAL. 9.° MES. | |
|---|---|---|---|---|---|
| 1 | Prímula. | 1 | Rosa. | 1 | Alfalfa. |
| 2 | Plátano. | 2 | Encina. | 2 | Hemorácala. |
| 3 | Espárrago. | 3 | Helecho. | 3 | Trébol. |
| 4 | Tulipa. | 4 | Oxiacanto. | 4 | Angélica. |
| 5 | GALLINA. | 5 | RUISEÑOR. | 5 | ANADE. |
| 6 | Bledo. | 6 | Guileña. | 6 | Melisa. |
| 7 | Abedul. | 7 | Moguite. | 7 | Avena descollada. |
| 8 | Junquillo. | 8 | Hongo. | 8 | Martagon. |
| 9 | Aliso. | 9 | Jacinto. | 9 | Sérpol. |
| 10 | EMPOLLADOR. | 10 | MIELGA. | 10 | GUADAÑA. |
| 11 | Vincapervinca. | 11 | Ruibarbo. | 11 | Fresa. |
| 12 | Ojaranzo. | 12 | Pipirigallo. | 12 | Betónica. |
| 13 | Morilla. | 13 | Asfodelo blanco. | 13 | Guisante. |
| 14 | Haya. | 14 | Camirecero. | 14 | Acacia. |
| 15 | ABEJA. | 15 | GUSANO DE SEDA. | 15 | CODORNIZ. |
| 16 | Lechuga. | 16 | Consuelda. | 16 | Clavel. |
| 17 | Alerce. | 17 | Pimpinela. | 17 | Saúco. |
| 18 | Cicûta. | 18 | Canastillo de oro. | 18 | Adormidera. |
| 19 | Rábano. | 19 | Armuelle. | 19 | Tilo. |
| 20 | COLMENA. | 20 | ESCARDILLO. | 20 | HORCA. |
| 21 | Arbol del amor. | 21 | Estatice. | 21 | Aciano. |
| 22 | Lechuga romana. | 22 | Fritillaria. | 22 | Manzanilla. |
| 23 | Castaño. | 23 | Borraja. | 23 | Madreselva. |
| 24 | Jaramago. | 24 | Valeriana. | 24 | Galio. |
| 25 | PALOMA. | 25 | CARPA. | 25 | TENCA. |
| 26 | Lila. | 26 | Bonetero. | 26 | Jazmin. |
| 27 | Anémona. | 27 | Cebollino. | 27 | Verbena. |
| 28 | Pensamiento. | 28 | Buglosa. | 28 | Tomillo. |
| 29 | Mirtila. | 29 | Cenabe. | 29 | Peonia. |
| 30 | INGERIDOR. | 30 | CAYADO. | 30 | CARROMATO. |

caridad y modestia seria la lectura diaria de la *Vida de los Santos!* ¡Cuánto mas útil les seria esta moral en accion que la de los héroes de novelas, y hasta la de los personajes de la Historia profana, tantas veces desnaturalizada por la imperfeccion de sus obras! ¡Cuán poderosamente se animarian á hacer el bien que verian practicar, porque no sé qué gracia secreta y qué voz del cielo acompañan la ingénua narracion de las obras del justo! Ahora bien, es imposible, especialmente desde la mas tierna edad, no entregarse al deseo de asemejárseles. Y ¿quién duda que este deseo, confiado á la pruden-

| MESIDOR. 10.º MES. | | TERMIDOR. 11.º MES. | | FRUCTIDOR. 12.º MES. | |
|---|---|---|---|---|---|
| 1 | Centeno. | 1 | Espelta. | 1 | Ciruela. |
| 2 | Avena. | 2 | Gordolobo. | 2 | Mijo. |
| 3 | Cebolla. | 3 | Melon. | 3 | Licopede. |
| 4 | Verónica. | 4 | Zizaña. | 4 | Alcalcel. |
| 5 | MULO. | 5 | CARNERO. | 5 | SALMON. |
| 6 | Romero. | 6 | Cola de caballo. | 6 | Tuberosa. |
| 7 | Cohombro. | 7 | Artemisa. | 7 | Sucrion. |
| 8 | Chalotas. | 8 | Cártamo. | 8 | Apocino. |
| 9 | Ajenjo. | 9 | Moras. | 9 | Regaliz. |
| 10 | HOZ. | 10 | REGADERA. | 10 | ESCALERA. |
| 11 | Coriandra. | 11 | Panizo. | 11 | Sandía. |
| 12 | Alcachofa. | 12 | Hinojo marino. | 12 | Hinojo. |
| 13 | Clavillo *(especia)*. | 13 | Albaricoque. | 13 | Agracejo. |
| 14 | Espliego. | 14 | Albahaca. | 14 | Nuez. |
| 15 | RUPICABRA. | 15 | OVEJA. | 15 | TRUCHA. |
| 16 | Tabaco. | 16 | Malvabisco. | 16 | Limon. |
| 17 | Grosella. | 17 | Lino. | 17 | Cardencha. |
| 18 | Arveja. | 18 | Almendra. | 18 | Cambronero. |
| 19 | Cereza. | 19 | Genciana. | 19 | Tageta. |
| 20 | PARQUE. | 20 | ESCLUSA. | 20 | BANASTA. |
| 21 | Menta. | 21 | Carlina. | 21 | Agabanzo. |
| 22 | Comino. | 22 | Alcaparro. | 22 | Avellana. |
| 23 | Judía. | 23 | Lenteja. | 23 | Lúpulo. |
| 24 | Orcaneta. | 24 | Enula campana. | 24 | Alcandía. |
| 25 | PINTADA. | 25 | NÚTRIA. | 25 | CANGREJO. |
| 26 | Salvia. | 26 | Mirto. | 26 | Bigarada. |
| 27 | Ajo. | 27 | Colza. | 27 | Vaso de oro. |
| 28 | Arveja. | 28 | Altramuz. | 28 | Maíz. |
| 29 | Trigo. | 29 | Algodon. | 29 | Castaña. |
| 30 | GAITA. | 30 | MOLINO. | 30 | CESTA. |

**SANS-CULÓTIDAS. — FIESTAS.**

1 De la Virtud. — 2 Del Genio. — 3 Del Trabajo. — 4 De la Opinion. — 5 De las Recompensas.

cia maternal, no llegaria á ser un dia para los hijos el gérmen de la virtud mas pura y para los padres manantial de los mas copiosos consuelos? ¿Será preciso recordar el ejemplo de san Agustin, san Ignacio, santa Teresa y de tantos otros que solo debieron á la lectura de la *Vida de los Santos* su vuelta á la Religion y sus milagros de santidad que serán la admiracion eterna de los siglos?

Y por otra parte ¿no veis qué gran leccion de equidad encierra la *Vida de los Santos*? El calendario católico es como una revelacion del juicio de Dios; todas las virtudes están honradas en él; no veis en nuestros Santos únicamente solitarios, pontífices y mártires, sino tambien criados y amos, ricos y pobres, hombres de retiro y de mundo, magistrados y guerreros, vírgenes y esposos, sábios é ignorantes, griegos y bárbaros; están representados en él todas las condiciones, países y edades; y son admitidas igualmente todas las virtudes, ya procedan de Oriente ó de Occidente, de los siglos pasados ó de los modernos, que hayan sido practicadas en las cabañas ó en los palacios. ¿Ha ejercido hasta aquí alguna influencia el favor del pueblo ó el de los grandes? La riqueza ¿ha dado nunca un rango mas distinguido? La cuchilla de los déspotas ¿ha hecho insertar allí jamás sus nombres? ¿No está puesta la pastora de Nanterre, la humilde Genoveva, sobre la generacion de nuestras reinas? Y si Luis IX es honrado en nuestros altares, ¿le ha colocado en ellos la corona? Fue el sosten de los débiles y el defensor de los oprimidos, llevó á los pobres en su corazon, amó á Dios y á los hombres y fue justo; hé aquí por qué la Religion le ha coronado segunda vez. El héroe desaparece así ante el cristiano, y de todas sus virtudes no le sobrevivieron mas que las que merecen sobrevivirle y servir de ejemplo á la virtud de todos los mortales [1].

El calendario católico es, por consiguiente, una escuela de todas las virtudes, un itinerario de la tierra al cielo, y un guia colocado en el camino de la vida que dice á todos los hombres, á todas horas y en todos los tonos: Hé aquí las huellas que os dejaron los Santos al volver á la patria; seguidles; á derecha y á izquierda solo hay abismos [2].

[1] Véase Godescard, *Prefacio de la Vida de los Santos, el Espectador francés en el siglo XIX;* y Jauffret, *Del culto público.*

[2] Haec sunt vestigia quae Sancti quique revertentes in patriam nobis reliquerunt. (Ven. Bed. Serm. XVIII, *de Sanct.)*.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dado en la Vida de los Santos y en cada dia de la semana nuevos ejemplos y nuevos motivos de santificarme; haced que me aproveche de ellos para gloria vuestra y felicidad de mis hermanos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *leeré cada dia la Vida de los Santos.*

---

# LECCION XXV.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Adviento.—Sabiduría de la Iglesia.—Antigüedad del Adviento.—Prácticas de devocion y penitencia.—Liturgia del Adviento.— Primer domingo.—Segundo domingo.—Tercero, cuarto.—Fiesta de la Expectacion.—Antífonas de la O.**

La vida del hombre ha de ser una fiesta continua; todos los dias, todas las horas que la componen deben ser santificados de modo que ningun momento de nuestra existencia deje de ser un himno á la gloria del que crió al hombre y el tiempo. Pero es tanta nuestra flaqueza, nos ocupamos tanto de los negocios y es tal la violencia de nuestras pasiones, que la Iglesia ha fijado en su solicitud dias y épocas particulares destinados especialmente á purificar nuestros corazones por medio de la oracion, la penitencia y la meditacion de las verdades eternas. Así lo hemos visto en el Catecismo anterior.

I. Idea del Adviento.—En la primera categoría de estas épocas saludables debe colocarse la del Adviento. Efectivamente el Adviento es una época de oracion y penitencia que la Iglesia ha establecido para preparar á sus hijos al nacimiento del Salvador. El Adviento es á la fiesta de Navidad lo que las vigilias á las fiestas ordinarias, lo que la Cuaresma á la Pascua, y lo que los cuatro mil años del mundo antiguo fueron á la venida del Mesías. Cuatro semanas de preparaciones no os parecerán demasiado largas, si considerais la excelencia del misterio que las sigue. Si el pueblo de Israel tuvo que prepararse con tanto esmero para recibir la ley promulgada en la cima del monte Sínai, para cruzar las aguas del Jordan y penetrar en la tierra prometida, para participar de sus víctimas impotentes, ó celebrar sus fiestas simbólicas; ¿cuáles creeis que deben ser las preparaciones de los Cristianos para recibir al Dios del cielo, al Verbo eterno, al Legislador supremo, á la víctima sin mancha, al tipo eterno de todas las fiestas y todos los sacrificios?

II. Antigüedad del Adviento.—Penetrada la Iglesia de estos gran-

des pensamientos, instituyó el Adviento para allanar al Mesías el camino de nuestros corazones. La institucion del Adviento es, al parecer, tan antigua como la de la fiesta de Navidad, aunque bajo este punto no haya sido igual siempre la disciplina de la Iglesia. El Adviento fue, durante algunos siglos, de cuarenta dias como la Cuaresma, y principiaba por san Martin. La iglesia de Milan, fiel á sus antiguos usos, ha conservado las seis semanas del Adviento primitivo que habian adoptado las iglesias de España ; pero muy pronto lo redujo la Iglesia de Roma á cuatro semanas, es decir á cuatro domingos con la parte de la semana que resta hasta Navidad, y todo Occidente siguió este ejemplo.

Antiguamente se ayunaba durante el Adviento ; en ciertos países este ayuno era de precepto para todos, y en otros de simple devocion. La obligacion del ayuno se ha atribuido á san Gregorio el Grande, quien, sin embargo, nunca tuvo intencion de imponerlo como ley general. Á mediados del siglo V, en el año 462, san Perpétuo, obispo de Tours, estableció en su diócesis tres dias de ayuno por semana desde la fiesta de san Martin hasta Navidad, y esta regla se generalizó en la Iglesia de Francia en el siglo VII, despues de celebrado el concilio de Macon en 581, cuya santa asamblea prescribió que los dias de ayuno para todos los fieles serian los lunes, miércoles y viernes de cada semana, desde la fiesta de san Martin hasta la del nacimiento de Nuestro Señor, y que los oficios, particularmente el sacrificio de la misa, se celebrasen como en la Cuaresma, prohibiendo al mismo tiempo el comer carne todos los dias durante el Adviento.

Igual abstinencia se observaba en las demás regiones católicas, como nos lo demuestra una donacion piadosa de aquella época. Habiendo concedido Astolfo, rey de los lombardos en Italia, en 753, las aguas de Nonantula á la abadía de este nombre, se reservó cuarenta sollos para uso de su mesa durante la Cuaresma de san Martin ; de lo cual puede inferirse que los lombardos observaban en el siglo VIII el ayuno durante los cuarenta dias que preceden á la fiesta de Navidad, ó que practicaban al menos la abstinencia de carnes [1].

Añadíanse al ayuno la oracion y otros ejercicios de penitencia. «Desde la fiesta de san Martin hasta la de Navidad, dice un autor «antiguo, están prescritas entre nosotros la abstinencia de toda car-

[1] Martene, *De antiq. Eccl. discipl.* c. 10, n. 5.

«ne y la continencia conyugal á todos los hijos de la Iglesia, como «un medio indispensable de acercarse á los Sacramentos el dia del «nacimiento del Salvador.» El papa Bonifacio VIII declara en la bula de canonizacion de san Luis, que este digno sucesor de Carlomagno pasaba los dias del Adviento en ayuno y oracion [1]. Tal era la conducta de los simples fieles.

Los religiosos ayunaban lo mismo que en la Cuaresma, y la mayor parte han conservado esta costumbre hasta nuestros dias. Añadirémos que siempre ha sucedido lo mismo; aquel para quien todos los dias son una continua preparacion para las cosas eternas, conserva la estricta observancia de preparacion y ayuno; el que no está en la batalla, conserva su armadura, y aquel para quien toda la vida es una distraccion y un encadenamiento de goces y peligros, se desarma y no vigila ya para defenderse del enemigo [2].

III. Liturgia del Adviento. —La Iglesia no omite, sin embargo, medio alguno para despertar en sus hijos el antiguo fervor de sus padres. ¿No lo hace con justa razon? El tierno Niño que esperamos ¿es acaso menos amable, santo y digno de todo nuestro amor hoy que en otro tiempo? ¿ha dejado de ser el amigo de los corazones puros? ¿es menos necesaria su venida á nuestras almas? ¡Ah! tal vez hemos levantado otra vez en ellas todos los ídolos que vino á derrocar hace diez y ocho siglos. Seamos, pues, mas prudentes, entremos en las miras de la Iglesia, y veamos como redobla su solicitud esta tierna madre para formar en nosotros las disposiciones de penitencia y caridad necesarias para recibir bien al Niño de Belen.

Se despoja en sus oficios de sus ornatos de alegría y toma el color morado en señal de compuncion; omite en la misa el *Gloria in excelsis*, pero templa su tristeza la esperanza, y por esto repite en la misa del domingo el *Alleluia*. Lo quita en las ferias para excitarnos á la penitencia, y decir á los Cristianos de nuestra época: Todos los dias del Adviento eran para vuestros padres de abstinencia y ayuno; sean al menos para vosotros dias de arrepentimiento y oraciones.

Y para estimular en todas las almas este doble sentimiento de es-

[1] Rainald. ann. 1287, n. 64. Insuper de consensu uxoris suae reginae per totum Adventum, per totam Quadragesimam, ab usu matrimonii mutuo continebant. Insuper in solemnitatibus, quibus communicare debebant. (Duchesne, t. V, pág. 448).

[2] *Fiestas cristianas*, pág. 46.



peranza y compuncion, escuchemos sucesivamente la voz del gran Pablo, la de Isaías, la de san Juan en las orillas del Jordan, y la del mismo Mesías que se une con los acentos de los predicadores y los himnos de la Iglesia. «Hora es ya de levantarnos del sueño. Porque «ahora está mas cerca nuestra salud, que cuando creimos. La noche «pasó, y el dia se acercó. Desechemos, pues, las obras de las tinie- «blas, y vistámonos las armas de la luz. Caminemos como de dia, «honestamente; no en glotonerías y embriagueces; mas vestíos de «Nuestro Señor Jesucristo [1].» Tales son las advertencias que nos hace el apóstol san Pablo en la Epístola del primer domingo de Adviento.

Para que esta leccion sea mas ejecutiva, la Iglesia nos recuerda en el Evangelio el juicio final y la segunda venida del Hijo de Dios, como si nos dijera: Si quereis ver llegar sin temor al Dios que os anuncio, cuando baje como juez supremo de vivos y muertos, preparaos á recibirle ahora que viene como Salvador. ¡Felices vosotros si sois dóciles á mis avisos. Ved sino cuán formidable será su segundo advenimiento. «Habrá señales en el sol, en la luna y en las es- «trellas; las naciones se llenarán de consternacion; los hombres se «consumirán de temor esperando lo que ha de suceder al universo, «y se conmoverán las colunas de los cielos; y entonces se verá ve- «nir al Hijo del Hombre sobre una nube con gran poder y majestad. «Cuando veais que suceden estas cosas, abrid los ojos y levantad la «cabeza, porque está próxima vuestra redencion. Juzgadlo con la «comparacion de la higuera y los demás árboles; cuando los veis «brotar decís: Reconoced que va á llegar el verano. Del mismo mo- «do, cuando veais lo que os anuncio, sabed que está próximo el rei- «no de Dios. En verdad os digo que no transcurrirá la presente ge- «neracion sin que esto suceda; pasarán el cielo y la tierra, pero no «pasarán mis palabras.»

Decidme; ¿podria hallar la Iglesia una verdad mas capaz de infundir terror á las almas y de obligar á los Cristianos al recogimiento? Pero ella quiere que los suspiros y consuelos de la esperanza se mezclen con las lágrimas de la penitencia y el terror del juicio final. Y así las hace demostrar en el oficio de la tarde con el himno *Statuta decreto,* cuyas notas y palabras expresan una dulce, pero profunda melancolía.

[1] Rom. XIII, 11-14.

«Ved por fin llegar el tiempo marcado por los decretos del Señor;
«Ved llegar el dia que se ha hecho esperar tantos siglos;
«La posteridad de un padre culpable yacia doliente y desolada en «un lecho de dolor;
«Los hombres estaban sin fuerza, desanimados, tendidos en la som-«bra de la muerte;
«Eran su herencia los terrores del sepulcro y los tormentos del in-«fierno;
«Los hijos de Adan temblaban y se consumian esperando al sobe-«rano Juez;
«¡Ah! ¿quién podia libertarles de tantos males? ¿Qué mano era «bastante poderosa para curar una llaga tan profunda?
«Vos solo, ó Cristo, Vos solo podeis, bajando de vuestro trono, «restituir á vuestra imágen su forma y su belleza.
«Cielos, abríos sobre nuestras cabezas y dejad caer vuestro pre-«cioso rocío; que la tierra, fecundada, dé al mundo su Salvador;
«¡Oh Hijo, que venís á ser nuestro libertador, todo loor sea para «Vos con el Padre y el Espíritu en los siglos eternos!»

Todo el pueblo, que por la mañana temblaba con el recuerdo del valle de Josafat, se estremece por la tarde de deliciosa esperanza entreviendo el pesebre de Belen, y mil cantos sencillos expresan sus sentimientos. Testigo este cántico popular que el niño y el anciano se complacen en repetir por la noche junto al hogar: *Venid, divino Mesías, cambiad nuestros dias infortunados; venid, manantial de vida; venid, venid, venid,* etc.

La Iglesia continúa sus instrucciones en el segundo domingo del Adviento; siendo cada vez mas claras y precisas á medida que se aproxima el grande acontecimiento, como la luz que cada vez es mas viva á medida que el sol se acerca al horizonte. El grande Apóstol hace oir tambien su voz en la Epístola, anunciándonos que Jesucristo es enviado para realizar todas las figuras y reunir en un solo redil á los judíos y á los gentiles.

El Evangelio nos presenta al Precursor mostrando en la persona de Jesucristo al Redentor esperado durante cuarenta siglos. Él conocia á este cordero de Dios, pero sus discípulos no le conocian, y para enseñárselo, envió dos á Jesús, con órden de hacerle esta pregunta y esperar la respuesta: «¿Sois vos el que debe venir, ó debemos es-«perar á otro?» Habiendo hecho Jesús varios milagros en su pre-

sencia, por los cuales, segun Isaías, se reconoceria al Cristo, les respondió: «Id á decir á Juan lo que habeis visto: los ciegos ven, los «cojos andan, los leprosos están curados, los sordos oyen, los muer«tos resucitan, y á los pobres les es anunciado el Evangelio: y bien«aventurado el que no fuere escandalizado en mí.»

Cuanto mas se acerca el momento solemne en que el Mesías ha de hacer su entrada en el mundo, mas redobla la Iglesia sus exhortaciones. San Pablo nos habla tambien el tercer domingo en la Epístola, y nos invita á la alegría: brilla en el horizonte la aurora de nuestra libertad, y quiere que añadamos á la alegría la oracion, es decir, ese ardiente deseo que atrae á Dios hácia nosotros y que llamará al Mesías á nuestros corazones. San Juan Bautista, mas que profeta, no anuncia ya al Mesías en el Evangelio, sino que dice que está ya en el mundo. Y en efecto, estaba ya entre los judíos, y nosotros le adoramos ya en el seno de su madre cuando oimos este Evangelio. El Precursor añade una expresion que se realiza aun ¡ay! en el dia: *Estaba en medio de vosotros, y no le conociais.* Despues, tomando la voz de Isaías, hace resonar las bóvedas de nuestros templos, como en otro tiempo los ecos del Jordan, con estas potentes palabras: «Voz del que clama en el desierto; haced rectas las sen«das del Señor; allanad los collados, llenad los valles, es decir, pre«parad vuestro espíritu, vuestro corazon y vuestros sentidos para «recibir al Mesías. Héle aquí que viene, y yo no soy digno de des«atar la correa de sus zapatos.» Y el que usa este lenguaje es el mas grande de los hijos de los hombres. ¡Oh! ¡cuán grande, santo y respetable es el Mesías! ¡Con qué celo debemos prepararnos á recibirle!

Finalmente, el cuarto domingo, cuando el divino Niño está en el momento de entrar en el mundo, cuando este amable Esposo llama ya á la puerta de nuestros corazones, la Iglesia termina sus instrucciones con estas palabras: *Toda carne verá al Salvador enviado de Dios;* palabras pasmosas que nos dicen: Estad prontos, ha llegado el tiempo indicado, el Sol de justicia y de verdad va á brillar en el horizonte; su luz va á esparcirse sobre todos los hombres sin distincion de ricos y pobres, de sábios ó ignorantes; esperad un momento, estad dispuestos. ¿No advertís todo lo que se encierra de asombroso en estas últimas palabras: *Toda carne verá al Salvador enviado de Dios?* No nos contentemos con admirar la sabiduría con que la

Iglesia gradúa sus instrucciones durante el Adviento ; penetremos en su espíritu, y aumentemos nuestro fervor y recogimiento á medida que nos acercamos al nacimiento del Deseado de las naciones, que ha de ser tambien el Deseado de nuestro corazon.

IV. Antífonas de la O. — Para calmar el ardor de nuestros suspiros y deseos, la Iglesia ha establecido la fiesta de la *Expectacion* ó de la espera del divino alumbramiento. Esta fiesta, fijada en el 16 de diciembre, continúa durante una octava [1], y en Francia dura nueve dias. Hé aquí por qué la Iglesia canta en las Vísperas, desde el 15 de diciembre hasta el 23, antes y despues del cántico de la Vírgen santísima las grandes antífonas. Se llaman de la O, porque todas principian con esta invocacion ; y se repiten tres veces cada dia en el oficio de la tarde, de modo que la fiesta de la Expectacion es una especie de novena de suspiros, gemidos é invocaciones. Imposible es tener fe y no recitarlas sin participar de los sentimientos que expresan. Se dicen durante nueve dias en honor de los nueve coros angélicos, y se suplica á los espíritus celestiales que suspiren con nosotros despues de la venida del Libertador que ha pacificado todo lo que existe en el cielo y en la tierra. Estas antífonas expresan por su variedad las diferentes cualidades del Mesías y las diversas necesidades del linaje humano.

El hombre es desde su caida un insensato privado cási de razon y sin gusto hácia los verdaderos bienes ; su conducta inspira horror y compasion, y necesita la sabiduría. La Iglesia la pide para él con la primera antífona : *O sapientia :* «¡Oh sabiduría que salísteis de la «boca del Altísimo, que alcanzais vuestro fin con fuerza, y disponeis «todas las cosas con dulzura! venid á enseñarnos la senda de la pru«dencia.»

El hombre es desde su caida esclavo del demonio, y tiene necesidad de un poderoso Libertador. La Iglesia lo pide para él con la segunda antífona : *O Adonai :* «¡Oh Dios poderoso y guia de la casa «de Israel, que os mostrásteis á Moisés en la zarza encendida, y le «dísteis la ley en el Sinai! venid á rescatarnos con el poder de vues«tro brazo.»

El hombre desde su caida está vendido á la iniquidad, y necesita un Redentor. La Iglesia lo pide para él en la tercera antífona : *O radix Iesse :* «¡Oh raíz de Jessé, que estais expuesta como una bande-

[1] Véase Baillet, 25 de diciembre de 588.

«ra á los ojos de las naciones, ante la cual guardarán silencio los re-«yes, y á la que ofrecerán los gentiles sus oraciones! venid á resca-«tarnos, no tardeis.»

El hombre es desde su caida un preso encerrado en la cárcel tenebrosa del error y de la muerte, y necesita una llave para salir. La Iglesia la pide con la cuarta antífona: *O clavis David:* «¡Oh llave de «David y cetro de la casa de Israel que abrís y nadie cierra, que «cerrais y nadie abre! venid y sacad al preso de la cárcel, al des-«graciado que yace en las tinieblas á la sombra de la muerte.»

El hombre es ciego desde su caida, y necesita un sol que le ilumine. La Iglesia lo pide para él con la quinta antífona: *O Oriens:* «¡Oh Oriente, esplendor de la luz eterna y sol de justicia! venid y «alumbrad á los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la «muerte.»

El hombre desde su caida está enteramente mancillado, y necesita un santificador. La Iglesia lo pide por él con la sexta antífona: *O Sancte Sanctorum:* «¡Oh Santo de los Santos, espejo sin mancha de «la majestad de Dios é imágen de su bondad! venid á destruir la ini-«quidad y á traer la justicia eterna.»

El hombre es desde su caida como una gran ruina, y necesita un restaurador. La Iglesia lo pide para él con la séptima antífona: *O Rex gentium:* «¡Oh Rey de las naciones, Dios y Salvador de Israel, «piedra angular que unís en un solo edificio á los judíos y á los gen-«tiles! venid y salvad al hombre que habeis formado del barro de la «tierra.»

El hombre desde su caida ha doblegado la cabeza bajo el yugo de todas las tiranías, y tiene necesidad de un Legislador equitativo. La Iglesia lo pide para él con la octava antífona: *O Emmanuel:* «Oh Ema-«nuel, nuestro Rey y Legislador, expectacion de las naciones y ob-«jeto de sus deseos! venid á salvarnos, Señor Dios nuestro.»

El hombre desde su caida es una oveja descarriada y expuesta al furor de los lobos, y necesita un Pastor que le defienda y le guie á buenos pastos. La Iglesia lo pide para él con la novena antífona: *O Pastor Israel:* «¡Oh Pastor y dominador de la casa de David! Vos «que érais en el principio desde el dia de la eternidad, venid á apa-«centar á vuestro pueblo en toda la extension de vuestro poder, y «reinad sobre él en la justicia y la sabiduría [1].»

[1] Véase á Durandus, lib. VI, c. 11.

¿Habeis oido cosa mas interesante y completa que estas magníficas invocaciones? Nos parece que una de las mejores preparaciones para la fiesta de Navidad es el repetir con frecuencia estas bellas antífonas, empapándonos en los sentimientos que expresan. ¡Oh! sí; si queremos pasar santamente el tiempo del Adviento, unamos nuestros suspiros á los de la Iglesia y de los Patriarcas, Profetas y justos de la antigua Ley; adoptemos alguna de sus ardientes palabras; que sea nuestra oracion jaculatoria de cada dia, y si es posible ,de cada hora del dia, para que Dios pueda decir de nosotros: *Hé aquí un hombre de deseo,* y nos atenderá. Si lo preferimos, elijamos entre las oraciones siguientes que son igualmente propias para formar en nosotros las disposiciones que pide la Iglesia: *Os suplico, Señor, que envieis al que habeis de enviar. Venid, Señor Jesús, y no tardeis; cielos, abríos y dejad que baje vuestro rocío. Divino Niño Jesús, venid á nacer en mi corazon para desterrar de él al pecado y colocar vuestras virtudes.*

Unamos á la oracion un recogimiento mayor, una vigilancia mas continua; descendamos con mas frecuencia al fondo de nuestra alma, á fin de purificarla y embellecerla pensando que debe ser la cuna del Niño divino. Sin embargo, la grande preparacion es renunciar al pecado, al pecado mortal especialmente, pues ¿qué puede haber de comun entre el Hijo de María y un corazon manchado de iniquidades?

Escuchemos á san Cárlos exhortando á su pueblo á santificar el Adviento, y apropiémonos las palabras del grande Arzobispo: «Durante el Adviento debemos prepararnos para recibir al Hijo de Dios «que abandona el seno de su Padre para hacerse hombre, y platicar con nosotros; es preciso destinar un poco del tiempo que consagramos á nuestras ocupaciones á meditar en silencio sobre las «preguntas siguientes: ¿Quién es el que viene? ¿De dónde viene? «¿Cómo viene? ¿Cuáles son los hombres para quienes viene? ¿Cuáles son los motivos y cuál debe ser el fruto de su venida? Cifremos «en él nuestras aspiraciones todas á imitacion de los justos y Profetas del Antiguo Testamento que por tanto tiempo le esperaron, y «para abrirle el camino de nuestro corazon purifiquémonos por medio de la confesion, del ayuno y de la comunion.

«No olvidemos que antiguamente se ayunaba durante todo el Ad«viento, como vigilia de Navidad, y los que tal cosa practicaban no

«carecian de razon, pues la grandeza y la santidad de la fiesta exi-«gen indudablemente tan dilatada vigilia y tan grande preparacion; «ya que no lo hagamos como ellos, ayunemos al menos un dia ó mu-«chos por semana segun la devocion de cada uno. En un tiempo en «que el Padre eterno nos dió y nos da todos los años á su propio «Hijo como una inmensa limosna, y como un tesoro de gracias y «de misericordia, es necesario derramar mas abundantes limosnas «en el seno de los pobres y aplicarse mas que nunca á la práctica «de buenas obras y á la lectura de libros piadosos. Finalmente de-«bemos disponernos para el primer advenimiento del Hijo de Dios, «de modo que podamos esperar su segundo advenimiento sin temor «y con la confianza y alegría que son inseparables compañeras de «una conciencia tranquila [1].»

Motivos poderosísimos nos obligan á seguir los consejos del grande Apóstol de los tiempos modernos, y á santificar el Adviento, y son:

1.° La obediencia al precepto de la Iglesia. «Yo soy la voz del «que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor, ende-«rezad sus senderos; la segur llega ya á la raíz del árbol.» Esta excitacion que el santo Precursor dirigia á los judíos hace referencia á los hombres de todos los siglos; Jesucristo vino al mundo por todos, luego todos tenemos el deber de recibirle, y por miedo de que descuidemos punto tan esencial, la Iglesia, siempre ocupada de la felicidad espiritual de sus hijos, y fiel intérprete de los divinos oráculos cuyo depósito le está confiado, proclama del modo mas solemne y obligatorio la excitacion del santo Precursor durante todo el tiempo del Adviento. La Judea se conmovió á los acentos de la voz profética que resonaba á orillas del Jordan; los sacerdotes, los levitas, los militares, los publicanos, los pecadores de toda clase acudian en tropel pidiendo el bautismo de la penitencia; la misma voz resuena en nuestros templos, y ¿por ventura tenemos nosotros menos necesidad de conversion y de penitencia? ¿Acaso debemos temer menos al Dios que viene ahora como Salvador, y vendrá un dia como Juez? ¿Dejarémos que la Iglesia nos repita en vano: «Pre-«parad vuestros corazones; pues vuestra carne verá en breve al Sal-«vador enviado de Dios?»

2.° La gratitud hácia el Salvador. ¿Qué era el hombre antes de

[1] *Acta Eccl. Mediol.* pág. 1012.

la encarnacion del Salvador? ¿Qué somos sin él? Pobres, ciegos, esclavos, víctimas del demonio, del pecado y del infierno, ¡cuánto le debemos! Y ¿qué no hizo el Hijo de Dios para iluminarnos, para librarnos, para rescatarnos, para devolvernos nuestros perdidos derechos? Un Dios que reviste la forma de esclavo, que se resigna á todas las miserias de la miserable humanidad; un Dios pobre, un Dios niño; ¿nada dirá esto á nuestro corazon? Nosotros que somos agradecidos al menor beneficio, ¡no lo serémos por un Dios que se da *él mismo* á nosotros!

3.° Nuestro interés espiritual. La fuente de gracia es inagotable y mana en todos tiempos; mas las grandes fiestas son dias mas propicios, dias en que se derraman las gracias con mayor abundancia; pues la Iglesia, animada entonces del mismo espíritu, ofrece á Dios un mas solemne homenaje, le dirige, oraciones mas fervientes y le conmueve con sus sinceras lágrimas. Jesucristo nació para conseguir nuestra salvacion, mas no concede sus gracias sino á los que se presentan con un corazon preparado para recibirlas; y las disposiciones que halla en nosotros son la medida de sus favores. Pues bien, ¿no tenemos algo, mucho ó poco, que pedirle? Descendamos al fondo de nuestro corazon, interroguemos nuestra vida pasada, nuestro estado presente, nuestro porvenir, y el abismo de nuestras miserias contestará por nosotros [1].

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido el santo tiempo del Adviento con el fin de prepararme para la fiesta de Navidad; hacedme la gracia de que lo pase santamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *repetiré cada dia mientras dure el Adviento, la siguiente oracion: Divino Niño Jesús, venid á nacer en mi corazon.*

[1] Véase á Tomasino, *Celebracion de las fiestas;* God. *Avent.*

# LECCION XXVI.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen.—Creencia de la Iglesia.—Historia de la fiesta.—Sabiduría de la Iglesia.—Influencia de esta fiesta.—Oficio.—Modo de celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepcion.**

I. Inmaculada Concepcion.—El dia 8 del mes de diciembre la Iglesia católica celebra la fiesta de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen santísima. Por la Inmaculada Concepcion de la Vírgen santísima se entiende que la Vírgen María, en el mismo instante en que su alma se unió á su cuerpo, quedó preservada del pecado original y exenta de toda mancha [1]. Un anatema divino, justo castigo de un gran crímen, pesa hace seis mil años sobre toda la raza humana, y la mancilla del pecado va unida á la concepcion y al nacimiento de todos los hijos del primer culpable: el pecado original es una triste herencia que se transmite de generacion en generacion y que se transmitirá mientras haya en las venas del género humano una gota de la sangre de Adan; mas la ley terrible, universal, incontestable, que nos condena á ser hijos de cólera, ha sido una vez suspendida, y lo fue en favor de María. Desde el primer instante de su existencia la Vírgen de Judá, la futura madre del Hombre-Dios no estuvo jamás manchada con borron alguno, y este es el milagro cuya memoria celebra la Iglesia, este es el beneficio de que da gracias á Dios en la fiesta de la Inmaculada Concepcion.

II. Creencia de la Iglesia.—Segun los dogmas de la fe, nada hay mas cierto que el haber sido María concebida sin pecado; los Padres de la Iglesia, órganos de la tradicion, deponen en favor de esta verdad, y muy general y acreditada debia ser entre los Cris-

[1] Per conceptionem hic intelligitur : ipsa animae infusio et unio cum corpore debite organizato... quae scilicet fit illo ipso instanti, quo rationalis anima corpori omnibus membris ac suis organis constanti unitur. (Bened. XIV, *De Fest.* pag. 536).—Beata Virgo in eo puncto, quo anima corpori unita est, ab originali peccato munda fuit et immunis. (Id. id.).



tianos, cuando los mismos Mahometanos han consagrado el recuerdo de la misma. ¿Quién lo creyera? El Alcoran es uno de los primeros monumentos en que se encuentra consignada [1]. En el siglo II, Orígenes la insinúa, y en el IV, la mas brillante antorcha de la Iglesia, san Agustin, no dejó de exceptuar á María al hablar del pecado original. «Por respeto á María, dice, y por el honor que á su Hijo «se debe, no hablamos de ella al tratar del pecado [2].» El concilio de Trento, resumiendo la tradicion de todas las edades cristianas, se expresa de este modo en su célebre decreto relativo al pecado original: «El santo Concilio declara que no es su intencion compren-«der en el decreto en que se trata del pecado original á la bienaven-«turada é inmaculada Vírgen María, madre de Dios, y ordena se-«guir sobre este punto las Constituciones del papa Sixto IV, bajo las «penas señaladas en las mismas [3].»

Ahora bien, en 1479 Sixto IV concedió indulgencias á los que asistiesen al oficio y á la misa de la fiesta de la Concepcion, y cuatro años despues dió una nueva Constitucion en la que prohibió censurar dicha fiesta ó condenar la opinion de los que creian en la Inmaculada Concepcion. En efecto, semejante opinion [4] se halla tan bien fundada, que seria el colmo de la temeridad el combatirla, sin contar que con ello se infringirian los decretos de la Santa Sede, la que en 1622 prohibió, por órgano del papa Gregorio XV, sostener, aun en disputas particulares, que María no fue concebida sin pecado. ¿Por qué, pregunto, no habria obrado Dios este milagro en favor de su Madre? *Lo podia, convenia, luego lo hizo* [5]: así razonaba un célebre teólogo de la edad media, y todos los hijos de María aplaudieron el argumento del gran Doctor.

1.º Convenia al Padre eterno. Destinada á ser la madre de Jesús, María en virtud de la adopcion divina fue siempre considerada por el Padre como su hija querida; luego por el honor del Hijo era con-

[1] Bergier, *Mahomet*.

[2] *Lib. de Nat. et Grat.* c. 36, n. 42.

[3] Sess. V.

[4] Lo que hasta el 8 de diciembre de 1854 fue simple *opinion ó creencia* con respecto á la Concepcion de la santísima Vírgen, pasó ya desde entonces, segun es sabido, á ser DOGMA DE FE. Combatirlo, pues, ó negarlo, seria ahora no solamente *el colmo de la temeridad*, sino una *herejía*. *(Nota del Censòr de la* LIBRERÍA RELIGIOSA):

[5] Potuit, decuit, ergo fecit. (*Scot*, muerto en 1308).

veniente que el Padre la preservase de toda mancha. Además el Padre habia elegido á su querida hija para aplastar la cabeza de la infernal serpiente; ¿cómo, pues, habria podido permitir que empezase María siendo esclava del mónstruo que debia humillar? Finalmente, María estaba destinada para ser abogada de los pecadores, luego convenia que estuviese exenta de todo pecado, á fin de que pudiese siempre presentarse ante Dios limpia de toda mancha. «Para «aplacar á un juez, dice san Gregorio, no se le envia aquel que es «ó que ha sido su enemigo, pues semejante mensajero no haria mas «que aumentar su enojo.»

2.° Convenia al Hijo. ¿Cómo es posible creer que el Hijo de Dios, la misma santidad, el cual podia tener una madre inmaculada y siempre amiga de Dios, hubiese querido tenerla manchada y enemiga de Dios por cierto tiempo? «Además, dice san Agustin, la carne de Je«sucristo es la carne de María.» El Hijo de Dios habria rehusado con horror el tomar cuerpo en el seno de santa Inés, de santa Gertrudis ó de santa Teresa, porque estas vírgenes, á pesar de su pureza, habian sido, al nacer, manchadas por el pecado; y si hubiese sucedido lo mismo con María, ¿no habria podido el demonio echar en cara á Jesucristo que la misma carne de que se encontraba revestido habia recibido la infiltracion de su veneno, que la Madre de que se gloriaba habia sido antes su esclava? ¡La Madre de Dios esclava del demonio!... ¡Oh! estas palabras encierran una aberracion tan clara, tan ofensiva para los oidos piadosos, que es imposible escucharlas. Finalmente, santo Tomás dice que María fue preservada de todo pecado actual, aun venial, porque de otro modo no habria sido digna de Dios, y ¿cómo habria podido ser digna de él si hubiese estado manchada con el pecado original, que hace del hombre un objeto de ira á los ojos de Dios?

3.° Convenia al Espíritu Santo. María es la esposa del Espíritu Santo. Si un hábil pintor debiese elegir una esposa hermosa ó fea, segun el retrato que él mismo hiciese de ella, ¡con cuánto afan reuniria en su cuadro todos los géneros de belleza! ¿Quién se atreverá, pues, á decir que el Espíritu Santo obró de otro modo con María, y que siendo dueño absoluto de formar á su esposa á su placer, no la enriqueciese con toda la hermosura que podia darle y que le convenia que tuviese? No, no, el Señor no procedió de este modo; testigo de ello los nombres que da á María; despues de haberla for-

mado, contempla con complacencia la obra maestra de su gracia, y le dice: «¡ Sois bella, ó amada mia! y en Vos no hay mancilla al- «guna; el número de doncellas es grande, pero mi paloma es la «única hermosa, la única pura, la única perfecta entre las hijas de «su madre [1].» Esto significa que todas las almas justas son hijas de la gracia divina, mas hay entre ellas una que ha merecido el nombre de *paloma,* porque no tiene mancha; y finalmente de *única,* porque solo ella fue concebida en la gracia [2].

Estas son algunas de las autoridades y altas consideraciones que han hecho admitir la Inmaculada Concepcion de María; é indudablemente no eran espíritus débiles aquellos Padres de la Iglesia, aquellos teólogos, luz de su siglo y admiracion de la posteridad, que sostenian con tanta elocuencia, que creian con tanta sinceridad en la augusta prerogativa de María. Tampoco lo eran los doctores de las universidades católicas de Francia, de Inglaterra, de España y de Italia, que hacian profesion de creer en la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios y que se obligaban con juramento á defender esta creencia. Los espíritus débiles y alucinados son esos grandes genios que recorren las calles, y que condenan y rechazan lo que no entienden, únicamente porque no se adapta ni á su escasa razon, ni á su alma depravada, ó porque la Iglesia católica lo admite.

Sin embargo, por bien establecida que esté, la Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen no es un dogma de fe católica [3], «si «bien segun dice Bossuet, esta opinion tiene cierta fuerza que per- «suade á las almas piadosas. Despues de los artículos de fe, no co- «nozco otra cosa mas segura, y por esto no me admira que la es- «cuela de Teología de París obligue á todos sus hijos á defender «esta doctrina... En cuanto á mí, experimento hoy un placer al se- «guir sus intenciones, y despues de haber sido amamantado con su «leche, me someto voluntariamente á sus mandatos, tanto mas en «cuanto son tambien la voluntad de la Iglesia. Esta tiene un senti- «miento muy elevado respecto de la Concepcion de María, y si bien

[1] Cant. VII.

[2] Véanse las *Glorias de María,* por san Ligorio; en ellas se hallan muchos pasajes de los Padres de la Iglesia sobre la Inmaculada Concepcion. (Tom. II, pág. 1). Véase tambien sobre esta cuestion, que la Iglesia parece querer por fin decidir, la erudita obra del P. Perrone, *De Immaculato B. M. V. Conceptu.*

[3] Adviértase que esto fue escrito antes de la declaracion dogmática de nuestro santo padre el papa Pio IX. *(Nota del Traductor).*

«no nos obliga á creerla *inmaculada*, nos deja comprender que tal «creencia le es agradable. Hay cosas que la Iglesia manda y en cuyo «cumplimiento podemos probar nuestra obediencia, al paso que exis-«ten otras que solo insinúa en las que podemos manifestar nuestro «cariño; y deber es de nuestra piedad, si somos verdaderos hijos «de la Iglesia, no solo obedecerla en sus mandatos, sino inclinarnos «ante los menores signos de la voluntad de tan buena y tierna ma-«dre [1].»

III. Fiesta de la Inmaculada Concepcion.—La fiesta de la Inmaculada Concepcion revela claramente el sentimiento y la voluntad de la Iglesia sobre este punto; en Oriente era esta fiesta ya muy antigua en el siglo VII [2]; en Occidente data de antes del siglo XII, y celebrada primeramente por algunas iglesias particulares, fue fuertemente defendida y propagada por san Anselmo, arzobispo de Cantorbery, muerto en 1109; haciéndola obligatoria un concilio de Lóndres celebrado doscientos años despues [3]. De la Gran Bretaña pasó esta fiesta al Continente, y no tardó en propagarse por Francia, por España, por Italia, y por todos los puntos de la cristiandad, hasta que en el siglo XV [4] el concilio de Basilea y especialmente el papa Sixto IV la generalizaron mas aun á causa de las indulgencias que en ella concedieron [5].

La institucion, tan tardía en apariencia, de una fiesta en que se honra el mas glorioso privilegio de María, da lugar á una reflexion que se aplica con igual exactitud al establecimiento de las demás fiestas, y es que así como la Iglesia no decidió de repente y desde su orígen las cuestiones todas de dogma y de moral, tampoco estableció en un instante las distintas prácticas de su culto; sino que se

[1] Bossuet, *Primer sermon de la Concepcion.*

[2] Bened. XIV, n. 17, pág. 547.

[3] Venerabilis Anselmi praedecessoris nostri, qui post alia quaedam ipsius antiquiora solemnia, Conceptionis solemne superaddere dignum duxit, vestigiis inhaerentes statuimus, et firmiter praecipiendo mandamus, quatenus festum Conceptionis praedictae in cunctis ecclesiis nostris cantuariensis provinciae festive et solemniter de caetero celebretur. (*Conc. Lond.* ann. 1328).

[4] Juan de Segovia, escritor del siglo XIV, dice que la Órden de Padres Carmelitas celebraba esta fiesta desde tiempo inmemorial: *A tempore cuius initium hominum memoriam longe praecedit. (Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

[5] *Extravag. Comm.* lib. III, tit. XII, c. 1.

conformó con los tiempos y se adaptó á las necesidades de los fieles, lo cual es otra prueba de su profunda sabiduría. Definiendo hoy las verdades de fe que son atacadas y que no lo eran ayer, la Iglesia no se ha creido mas sábia ahora que antes, y únicamente hace lo que los concilios anteriores hubieran practicado á hallarse en iguales circustancias. Lo mismo puede decirse del aumento de fiestas, de cofradías, de devociones y de santas prácticas, el que no proviene de la presuncion vana é insostenible de que pretendemos saber mas que los antiguos; otros tiempos, otras costumbres y otras necesidades; la Iglesia las conoce y las satisface, pues nadie sabe como una madre lo que conviene á sus hijos.

En efecto, debemos juzgar á la Iglesia, á la divina esposa del Hombre-Dios, *á la encarnacion permanente de Jesucristo* [1] como al mismo Jesucristo. *Y el Niño crecia*, dice la Escritura, *y era fortificado en espíritu* [2], lo que no significa que la sabiduría divina, aunque revestida de nuestra carne, pudiese aumentar en ciencia y en santidad; sino que el Hijo de Dios, adaptándose á las leyes de nuestra naturaleza, manifestaba cada dia mas sabiduría y santidad á medida que adelantaba en edad, á pesar de que desde el primer instante de su concepcion fuese la sabiduría y la santidad consumadas.

«Se puede asegurar, añade el célebre Tomasino, que lo mismo «sucede en la Iglesia; esta divina esposa ilustra de tiempo en tiem«po, desplegando los tesoros de la tradicion, puntos de doctrina y «usos de piedad que no habian aparecido todavía, porque no habia «llegado el tiempo de que apareciesen ni de desenvolver sus tra«diciones. La plenitud del Espíritu Santo reside y ha residido desde «un principio en el corazon de la Iglesia; con ella y en ella ha es«tado, está y estará siempre la sabiduría eterna [3]; mas no la mani«fiesta ni la derrama exteriormente sino en virtud de los consejos de «la Providencia divina; Providencia maternal que alcanza infalible«mente su objeto disponiendo de sus medios con dulzura; que con«duce al género humano como á un solo hombre, y á cada hombre «como á todo el género húmano, por los grados de las diferentes

[1] Expresion del célebre teólogo Mœlher en su *Simbólico*, n. 5.
[2] Luc. I, 80.
[3] Matth. XXVIII.

«edades, y por progresos proporcionados á sus diversas edades [1].»

IV. **Beneficios de esta fiesta.**—La fiesta de la Inmaculada Concepcion no es puramente especulativa, sino que como todas las solemnidades católicas tiene grande influencia en las costumbres; en primer lugar, la idea de que María es una rosa que jamás se marchitó, un espejo que no empañó nunca el menor aliento, santifica la imaginacion presentándole imágenes graciosas, suaves y puras. ¿No es por ventura un gran paso hácia la perfeccion de la humanidad el haber sustituido un tipo de mujer tan puro al tipo infame que presentaba el Gentilismo, María á Vénus? Entre ambas ideas media el infinito. En efecto, el dia de la Concepcion de la Vírgen, la razon se pregunta: ¿Por qué este admirable prodigio que suspende en favor de María la ley que condena á todos los descendientes de Adan á nacer en la iniquidad? ¿Por qué santidad tan perfecta?

Y la razon, guiada por la luz de la historia, descubre en ella un profundo consejo de la Providencia para la rehabilitacion del género humano. Hoy, contesta, empieza la historia de la Vírgen de Judá, de la Madre de Emanuel, de la nueva Eva, de la criatura privilegiada, de María, en fin, tipo sublime de la mujer en el mundo hecho cristiano. María será hija de Adan, pero no lo será como nosotros: pues al paso que nosotros estamos manchados desde el primer instante de nuestra existencia, María será pura y sin mancilla en su Concepcion; nacerá á este mundo de tinieblas y de miserias, pero no nacerá como nosotros; nosotros nacemos hijos de ira, y María nacerá hija de bendicion y de inefable amor por parte de la augusta Trinidad; vivirá en esta tierra de iniquidades, pero no vivirá como nosotros, esclavos de las pasiones y juguete de ilusiones groseras; María vivirá con vida mas angélica que la de los mas puros Serafines. María morirá, pero no morirá como nosotros que sufrimos la muerte entre angustias y dolores; María la recibirá como recibe el sueño el hombre fatigado, la luz el ciego, la libertad el encarcelado; María no solo morirá en el amor de Dios, pues esta muerte es propia de los verdaderos cristianos; no solo por amor á Dios, pues esta muerte es propia de los Mártires, sino que morirá por un esfuerzo de amor de Dios, muerte que es propia exclusivamente de la Madre de Dios. María será glorificada en en el cielo, pero no lo será

[1] Véase á Tomasino, *De las fiestas*, pág. 217.

como nosotros; nosotros participarémos de la felicidad del mismo Dios, mientras que María será inundada y colmada de ella así como fue llena de gracia; su trono estará al lado del de su Hijo, y verá á sus piés cuanto no es Dios.

Hé aquí el divino tipo que la Religion nos presenta hoy en María, y tan grande era el envilecimiento de la mujer en el mundo antiguo, tan grande es allí donde no se conoce aun la nueva Eva, que era necesario un tan perfecto modelo para hacer á la mujer respetable á sus propios ojos y á los de los hombres. En este dia se oye una voz que repite á la mujer: Mira; imita al modelo que te se presenta, é innumerables gracias caerán sobre la tierna vírgen, sobre la esposa, sobre la madre, sobre la mujer en todos los estados, á fin de que pueda semejarse mas y mas al sublime modelo: á los encantos y virtudes de María, mil virtudes han brotado, y la mujer rehabilitada ha rehabilitado al hijo, á la familia, al mismo hombre en muchos puntos, y saltó la inmensa valla que desde los bellos dias del naciente Cristianismo la separó del Gentilismo, y que nos separa aun, á nosotros pueblos cristianos, de las naciones idólatras.

Tal es la saludable influencia que reconoce la razon en el misterio de María concebida sin pecado; mas no es esto todo: viniendo la fe en auxilio de la razon, su hija y su pupila, le revela otro beneficio que reporta este misterio. Era preciso, le dice, que María fuese sin mancha, porque debia ser un dia la Madre de Dios; su casto seno debia ser el tabernáculo del eterno Verbo, y si el arca de la alianza debia ser santa y estar cubierta interior y exteriormente con el oro mas puro, por tener que encerrar las tablas de la Ley, ¡cuánto mas necesario era que María fuese santa y pura para llevar en sus entrañas al Señor de la ley!

Al oir estas palabras de la fe, el hombre exclama: ¡Ah! sí, lo comprendo, María debia ser inmaculada; mas, ¿no me está reservado á mí tambien el honor de recibir en mí á mi Dios en persona? ¿Por ventura en la comunion no me asocio en cierto modo á la maternidad divina? ¿Acaso no estoy obligado á hacer esta comunion so pena de muerte, en virtud de las palabras: *Si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros* [1]? Sí, debo comulgar; pero ¿qué es mi santidad comparada con la de María? Y ved aquí cómo nacen en el alma sentimientos de

[1] Ioan. VI, 54.

profunda humildad, saludables remordimientos y generosos propósitos; la conducta se modifica, y la vigilancia, y la dulzura, y la tierna piedad, y la obediencia, y en una palabra las virtudes todas que forman el encanto de la vida, la felicidad de las familias y la fuerza de la sociedad, florecen como por encantamiento al solo recuerdo de María concebida sin pecado, de María siempre pura y sin mancha, porque debia recibir á su Dios; los sentidos, la mente y el corazon se regeneran; el hombre da un paso mas hácia el fin á que debe aspirar, y la familia y la sociedad tienen una garantía mas de paz y de felicidad.

V. Liturgia de la fiesta. — Para hacer tan viva, como posible sea, la saludable influencia del tipo divino que esta fiesta nos presenta, la Iglesia nos la representa bajo todas sus fases, la rodea con las mas graciosas imágenes, y, por decirlo así, la hace tomar una actitud á nuestra vista, á fin de que todos podamos estudiarla detenidamente y copiarla toda entera.

Así es como la misa de la Concepcion nos muestra á María reuniendo todos los géneros de gloria y de nobleza; en el Intróito, la augusta hija de los reyes de Judá nos aparece como el objeto de las antiguas profecías, como la Vírgen por excelencia, la Vírgen Madre de Emanuel, que debe ocupar el trono de David; la Epístola nos habla de su póder y de la victoria que conseguirá contra el dragon seductor de la raza humana; el Gradual y el versículo nos explican las causas y el medio de tan gran victoria: María es perfectamente santa, el Altísimo ha santificado su tabernáculo y fijado en él su residencia. El Evangelio nos refiere que la augusta Vírgen une á la nobleza de la virtud la nobleza de su cuna: María es hija de reyes, y por sus venas corre la sangre de Abrahan y de David.

María, objeto de los pensamientos y de la complacencia de Dios desde la eternidad; María, libertadora del género humano; María, entrevista, deseada, saludada de léjos por los Profetas; María, deslumbrante de perfecta santidad entre los pecadores descendientes del primer Adan, como el lirio sin mancilla entre las espinas; María, noble vástago de una larga série de ilustres abuelos, tales son los diferentes puntos de vista bajo los que nos presenta la Iglesia á la Niña concebida hoy. ¿Conoceis, por ventura, un medio mejor para excitar en nuestros corazones el respeto, la confianza y el amor; para santificar nuestra imaginacion con imágenes mas nobles y puras?

VI. Disposiciones para la fiesta. — Con lo dicho se comprenderá fácilmente lo que debemos practicar para celebrar dignamente la fiesta de la Inmaculada Concepcion, y es: 1.° dar gracias á Dios por haber preservado á María del pecado original; 2.° felicitar á María por tan glorioso privilegio; 3.° excitar en nosotros una grande confianza en la Vírgen santísima. La santidad es la medida del poder de que los Santos gozan cerca de Dios; ¡cuál será, pues, el de María, la mas santa de todas las criaturas! ¡cuál será su bondad para con nosotros! María es nuestra hermana, nuestra madre, nuestra abogada, prerogativas que le han sido conferidas para el bien de los hombres, y que debe hacer servir para la gloria de su Hijo, pues la gloria de su Hijo es la salvacion del género humano; 4.° hacer la resolucion de imitar, lo mas que podamos, la santidad de María, puesto que por una parte es un medio de complacerla, y por otra estamos llamados á recibir en nuestro corazon al Dios para quien fue santificada; 5.° alabar á María deponiendo diariamente en su altar el tributo de nuestra filial ternura, y esto puede hacerse por algunas ligeras mortificaciones ó por algunas oraciones cortas, pero fervientes.

Á continuacion escribimos una á la cual están señalados cien dias de indulgencia por cada vez que se reza con devocion: *Bendita sea la purísima é Inmaculada Concepcion de la bienaventurada Vírgen María* [1].

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber preservado á la santísima Vírgen de la mancha del pecado original; hacedme la gracia de que conserve toda mi vida, ó de que recobre prontamente la inocencia de mi Bautismo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rezaré todos los dias tres* Ave Marías *en honor de la Inmaculada Concepcion.*

[1] Rescripto de nuestro santo padre el papa Pio VI, de 21 de noviembre de 1793.

# LECCION XXVII.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Las cuatro Témporas del Adviento. — Antigüedad de las cuatro Temporas. — Sabiduría y bondad de la Iglesia. — Obras satisfactorias opuestas á las tres grandes concupiscencias. — Espíritu de ayuno. — Crímen de los herejes y de los impíos. — Razon por que se han establecido las cuatro Témporas y las vigilias.**

I. Orígen de las cuatro Témporas. — En la tercera semana de Adviento hay las Témporas de otoño: las cuatro Témporas son tres dias de ayuno que se observan al fin de cada estacion, y si la antigüedad de una práctica que por otra parte es saludable puede contribuir á hacerla venerable, debemos sentir gran respeto por aquellos dias consagrados á la penitencia, y debemos observarlos con religiosa exactitud. La institucion de las Témporas data de los primeros siglos de la Iglesia [1], y la misma Sinagoga nos ofrece vestigios de ellas, pues el ayuno de las estaciones de verano, del otoño y del invierno está claramente indicado por el profeta Zacarías [2], y la Esposa de Jesucristo, heredera de todas las santas prácticas lo mismo que de todas las verdades antiguas, ha conservado, santificado y perfeccionado la costumbre de ayunar al fin de las cuatro estaciones.

Por poco que nos demos la pena de estudiar su conducta, la hallarémos hija de una sabiduría profunda, es decir, de un grande conocimiento de la condicion y del carácter del hombre aquí en la tierra, y de un ardoroso celo por su felicidad.

En efecto, ¿qué es el hombre? Un rey caido, un ser degradado; así nos lo dice la indefinible mezcla de grandeza y de humillacion que sentimos en nosotros mismos; en nosotros observamos continuamente á dos hombres frente uno de otro, con las armas en la mano y opuestos en ideas, en sentimientos y en deseos: el uno, noble,

[1] Baron. ann. 57, n. 126 et 127; S. Isid. *Offic.* c. 37 et 38; Raban. Maur. *Instit.* lib. II, 19, etc.
[2] Zach. VIII, 19.



aspira á todo cuanto existe noble y virtuoso; el otro, malvado, tiende con ira hácia cuanto hay vil y criminal. ¿Cuál de los dos conseguirá la victoria? Nosotros debemos decirlo; y si deseamos que el bueno domine al malo, que el espíritu triunfe de la carne, es preciso debilitar la carne, robustecer el alma; esto nos dice la razon. La gloria y la felicidad son el premio de la victoria del espíritu sobre la carne, al paso que la vergüenza, el remordimiento y la desgracia en el tiempo y en la eternidad son las inevitables consecuencias del imperio de los sentidos sobre el espíritu.

¿Qué es el hombre? repetimos. Un culpable; así nos lo gritan todos los siglos y todos los pueblos; así nos lo dicen los sacrificios, las expiaciones de todo género que se encuentran por todas partes, y tambien las innumerables miserias que nos rodean. Obra de un Dios bueno, el hombre es desgraciado solo porque está degradado, y está degradado solo porque es culpable; siendo culpables, estamos obligados á hacer penitencia, nos dice la voz de la razon y la voz de la fe, y asimismo es. Todas las páginas del Antiguo Testamento recuerdan la necesidad de la penitencia, y el Evangelio confirma esta ley inmutable; ¡cuántas veces dijo el Salvador del mundo que la penitencia era la condicion indispensable de salvacion! ¿Acaso no salieron de sus labios estas palabras: *Si no hiciéreis penitencia pereceréis todos de la misma manera* [1]? ¿Por ventura la Iglesia, órgano infalible del Hombre-Dios, no añade que la vida del cristiano debe ser una continua penitencia [2]?

¿Qué es el hombre? Un ser llamado á imitar á un modelo divino, cuya vida fue una continua penitencia; de modo que, como hombres, como pecadores y como cristianos, estamos obligados á hacer penitencia; esta es para nosotros de derecho natural y de derecho divino, es el único medio de volver á ocupar el trono que perdimos, de volver al sendero de que nos separamos, y finalmente de imitar al augusto modelo al que debemos asemejarnos so pena de muerte.

¿Cómo debe hacerse esta penitencia? ¿en qué tiempo? ¿Qué obras debemos imponernos? Si cada uno pudiese contestar á su modo á estas preguntas, resultarian primeramente una extraña confusion de ideas, y despues prácticas absurdas, ridículas y quizás monstruosas; y sino interrogad la historia: durante el Gentilismo, los sacrificios

[1] Luc. XIII, 3.
[2] Conc. Trid. sess. XIV, cap. 9.

humanos; en los primeros tiempos de la Iglesia, los excesos de los Donatistas y de los Gnósticos; en la edad media y despues de la Reforma las increibles prácticas de los Flagelantes, de los Frailotes, de los Anabaptistas, de los Mimos barbudos, etc., etc., ¿no son acaso otros tantos monumentos de esta triste verdad? Luego veréis caer en desuso el mismo principio de la penitencia, pues tal es el hombre; su ligereza, su amor propio, su aficion á las cosas temporales, los atractivos del placer, su horror por cuanto contraria sus inclinaciones; todo esto reunido relegará el precepto de la penitencia á la region de la luna; y si no llega á poner en tela de juicio su verdad, hallará en cambio mil medios para eludir su cumplimiento, viniendo á ser como si no existiese.

El Criador del hombre conocia muy bien su carácter para no tener en cuenta semejantes inconvenientes, y esta es la causa por que el Salvador encargó á su Iglesia que estableciese el precepto de la penitencia, que fijase su práctica, y que dijese al hombre con infalible autoridad: El divino precepto de la penitencia obliga en tal circunstancia; para cumplirlo os entregaréis á tales prácticas. Palabras preciosas, puesto que ponen un freno á la relajacion, que tranquilizan las almas timoratas enseñándoles lo que Dios exige de ellas, y que tienden á librar al hombre de la terrible desgracia de caer en manos de su Juez sin haber hecho la menor cosa para expiar una larga vida de inutilidades, de iniquidades quizás.

II. Sabiduría de la Iglesia. — Ved ahora con qué habilidad la Esposa de Jesucristo ha puesto el dedo en la llaga del enfermo cuya curacion le está confiada, habilidad que os parecerá patente si meditais sobre la naturaleza de las obras satisfactorias que la Iglesia nos prescribe. Semejante al viajero dejado por muerto en el camino de Jericó, el hombre recibió tres grandes heridas: el amor desordenado de las riquezas, el amor desordenado de los honores, y el amor desordenado de los placeres. Estas son sus heridas, heridas mortales, heridas cangrenadas, que en su idioma profundamente filosófico el apóstol san Juan llama las tres grandes concupiscencias.

¿Cuál es el remedio de estos males, causas fatales de las muchas lágrimas que el hombre vierte, orígen de todos los crímenes que conmueven el mundo, crímenes que á veces son tales que hacen ruborizar de llevar el nombre de hombre? Buscadlo, buscadlo; ínterin lo hallais, nosotros los Católicos decimos: El remedio de la so-

berbia es la humildad, el de la avaricia la largueza, el de la lujuria la mortificacion. Hombres volubles que os sonreís con desprecio al oir los preceptos de la Iglesia, hablad, ¿sabeis otros remedios? El hombre está enfermo; así lo sabeis, así lo pregonais, por ello prorumpís en amargas quejas, y puesto que os envaneceis de saber mas que el Cristianismo, poned manos á la obra, curad á la humanidad; ya os miro llegar con los labios rebosando de pomposas máximas con que la ensordeceis, con las manos llenas de innumerables leyes que arrojais sobre ella como una red para hacer vuestra presa; y luego detrás de vosotros vienen ejércitos de hombres armados, cadenas, calabozos, y por fin el verdugo. ¡Ah! conocida nos es ya la virtud de estos remedios, que no han hecho mas que irritar el mal, exasperar al enfermo, y hacer su curacion mil veces mas difícil.

La Iglesia católica es mas ilustrada; con su dulce voz de madre dice al hombre: «Hijo mio, desde la falta de tu padre hay dos «hombres en tí; el uno, que te arrastra con toda su fuerza hácia la «tierra y hácia los goces groseros, tiende á rebajarte hasta el nivel «del bruto; el otro, que aspira incesantemente á sustraerte al impe«rio de los sentidos, te eleva hácia Dios y te hace desear todo lo bue«no, todo lo noble, todo lo grande, todo lo que es digno de tí, es «decir, una gloria inmortal y una felicidad infinita. Opuestos de in«tenciones, de deseos y de sentimientos, esos dos hombres, como «bien sabes, se entregan en tí á un combate sin cesar renaciente, á «un combate cuyo primer teatro es tu cuna, y el último tu lecho de «muerte. Por esto es que el Espíritu Santo te llama un soldado, y tu «vida una milicia [1].

«Ya ves, hijo mio, que el hombre bueno que se halla en tí, debe «incesantemente estar sobre sí y trabajar sin descanso en frustrar los «ardides, en parar los golpes y en romper las mortíferas armas de «su adversario; á este precio obtendrás la victoria y la felicidad en «este mundo y en el otro. Ahora bien, si tu enemigo trata de ven«certe atizando en tu corazon el amor de los placeres sensuales, mor«tifica tus sentidos y contéstale con el *ayuno;* si intenta deslumbrarte «por el brillo seductor de los bienes terrenos, y diciéndote: Felices «los que poseen, vuelve la cabeza para no ver la vanidad, contés«tale: Felices aquellos cuya riqueza está en el Señor, y *haz limos«na;* si finalmente, redoblando sus astucias, pretende despertar en

[1] Iob, VII, 1.

«tí la fatal soberbia, que de ángeles hizo en un instante demonios «horribles, arrójate á los piés de tu Dios, confiésale tu nada y tu de-«pendencia, y *ora.*

«El ayuno, la limosna y la oracion son, hijo mio, las tres armas «de que debes servirte, los tres remedios que nos ha prescrito el «Médico celestial [1], y cuyo tiempo y modo de usarlos te indico yo.»

Y ahora, si existe alguno en la tierra que no sea hijo de Adan ni heredero de su corrupcion, puede dispensarse de obedecer á tan saludables prescripciones; pues su naturaleza no es la nuestra; las leyes de la humanidad no han sido hechas para él; pero si todos, sin excepcion, observamos en nosotros esa ley de los miembros que repugna á la ley del espíritu; si todos sentimos mas ó menos el aguijon de la carne, cuyo dolor experimentaba el mismo san Pablo arrobado al tercer cielo, ¿cómo es posible que despreciemos las sagradas armas por medio de las cuales los Santos vencieron, y que rechacemos los únicos remedios con que podemos alcanzar nuestra curacion?

Tal es, pues, la sabiduría de la Iglesia en las obras de penitencia que nos prescribe; atacando á la vez nuestras tres grandes pasiones, jamás separa las tres obras que á ellas se oponen, el ayuno, la limosna y la oracion, siendo de notar que el beneficio que de las mismas resulta no nos es personal, sino que se extiende al prójimo, pues segun la intencion de nuestra tierna Madre, uno de los motivos de ayuno es privarnos de una porcion de nuestros alimentos para socorrer á los pobres; así es como, en el Cristianisuo practicado segun el espíritu del Evangelio, cada dia de ayuno es un dia de abnegacion para el rico y de consuelo para el pobre; así es como el Catolicismo es por excelencia la Religion de la humanidad y una ley de amor; así es como la Religion de Jesucristo no solo induce al hombre á dar su supérfluo á los que carecen de lo necesario, sino que exige un sacrificio mas perfecto y una especie de inmolacion de sí mismo en favor de los desgraciados, queriendo que sus discípulos tomen cada dia de ayuno parte de su propia subsistencia para alimentar al que tiene hambre.

[1] Haec tria remediorum genera spiritualiter commendavit nobis coelestis Medicus, eleemosynam scilicet et ieiunium et orationem, quibus tanquam medicinalibus antidotis possemus inveterata mala curare, praesentanea pellere, et, servando salutem, futura cavere. (S. Aug. *Serm. in vigil. Pentecost.*).

La Iglesia renueva varias veces al año este voluntario sacrificio, y lo santifica con el precepto del amor divino, sin el cual toda virtud es imperfecta y todo sacrificio interesado. Con lo dicho puede verse cuál es el verdadero espíritu de ayuno segun las intenciones de la Iglesia; ayunar de otro modo, es decir, ayunar al salir el sol para hacer una comida mas suntuosa en medio del dia, ayunar absteniéndose de la carne de los animales para sustituir á ella con igual lujo la de los pescados, es ayunar á imitacion de Epicuro; ayunar y no unir el ayuno á la limosna, es en cierto modo robar al pobre la economía de una comida; es corromper el precepto en su sentido mas sublime y ofrecer un motivo de escándalo muy real por desgracia á la irrision de los impíos [1].

Sin embargo, los herejes del siglo XVI y los filósofos del XVIII no fueron menos culpables al acusar al Catolicismo de los abusos que reprueba, y sino véase lo que consiguieron sublevando á sus discípulos contra el precepto de ayuno y de abstinencia; quitar á los pecadores uno de los medios mas eficaces de arrepentimiento; á la virtud, uno de sus mejores apoyos; á la abnegacion social, uno de sus mas frecuentes ejercicios: pusieron al hombre en contradiccion con la moral universal, pues todos los pueblos, sin exceptuar uno, han ayunado, en cuanto han creido al hombre responsable de sus obras ante Dios, y obligado á dar satisfaccion de sus ofensas [2].

[1] No se crea que sea esto una interpretacion arbitraria del precepto del ayuno, sino que es la formal intencion de la Iglesia: «En los dias de ayuno, dicen «los sagrados cánones, es obligacion hacer limosnas, debiendo cada uno dar á «los pobres el manjar ó la bebida que hubiese él mismo consumido, si no hu«biera ayunado; el ayuno sin vigilias, sin oraciones, sin limosnas, es cási de «ningun valor. *Diebus ieiunii eleemosyna facienda est, vel cibum et potum «quo quisque uti deberet, si non ieiunaret, pauperibus eroget. Pene non valet «ieiunium quod orationes, vigiliae et eleemosynae non commendant.*» (Ex Capitular. Theodulph. Aurelian. episc. ap. 797, c. 34 et 38).

Oigamos además á san Leon: «¿Qué puede haber mas eficaz ni mas útil «que el ayuno para desarmar al enemigo de la salvacion, para domar las pa«siones y para resistir á las seducciones del vicio? El ayuno es el alimento de «la virtud; inspira buenos pensamientos y santos deseos; impone silencio á los «apetitos carnales y renueva al hombre espiritual. Sin embargo, como el solo «ayuno no basta para mantener el vigor del alma, nuestra abstinencia, para «ser agradable á Dios, debe ir acompañada de obras de caridad, dándose á la «virtud cuanto se quita á la sensualidad, y convirtiéndose nuestra abstinencia «en alimento del pobre.» *(Serm. II de Ieiun. 10 mens.).*

[2] Véase á Jauffret, *Culto público*, pág. 205.

**III. Razon de las cuatro Témporas y de las vigilias.** — Así pues, la Iglesia católica ha procedido con gran sabiduría al imponernos la obligacion general de ayunar, y no ha obrado con menos ciencia al fijar el cumplimiento de este precepto al fin de las cuatro estaciones. En efecto, las Témporas fueron establecidas: 1.° para pedir perdon á Dios de las faltas cometidas durante la estacion que acaba de transcurrir; 2.° para dar gracias á Dios por los favores que nos ha acordado; 3.° para atraer sobre las ordenaciones las gracias del Espíritu Santo; y 4.° para fortalecernos y contribuir á que pasemos mas cristianamente la estacion que va á empezar.

1.° Las Témporas fueron establecidas para pedir perdon á Dios de las faltas cometidas durante la estacion que acaba de transcurrir. ¡Ay! cada estacion, al variar nuestros placeres, puede decirse que no hace mas que variar nuestros pecados; la primavera, que deberia ser para nosotros la época de una resurreccion á la gracia, á la piedad y al fervor, nos distrae, y nos absorbe en la idea de empresas temporales, y nos aparta de nuestro fin, en vez de acercarnos mas á él; la primavera pasa sin que ni una sola vez unamos nuestro corazon y nuestra voz á la de la naturaleza entera para dar gracias á Dios, quien con el renacimiento de todas las cosas provee á nuestro sustento y nos presenta la imágen de la resurreccion futura.

El estío excita el ardor de nuestras pasiones; durante sus hermosos dias el rico emprende viajes, y se entrega á placeres con harta frecuencia criminales; el campesino viola con su trabajo los dias consagrados al Señor, siendo el corazon de ambos insensible á los variados presentes que nos hace el Criador. En otoño, el avaro amontona en sus graneros los bienes del padre de familia, sin que asome á sus labios ni una sola bendicion por el Dios que ha fertilizado sus campos, sus viñas y sus praderas. El invierno es testigo de los suntuosos banquetes, de los bailes, de los espectáculos, y tambien de la miseria y de las lágrimas del pobre que tirita de hambre y de frio; durante sus rigores reina en toda su fuerza el egoismo duro é implacable, y si Dios se ofende algunas veces de las quejas y murmullos del pobre, se enoja mucho mas por la cruel insensibilidad del rico.

¿Cuál de entre nosotros, si descendemos al fondo de nuestra conciencia, no hallará el roedor gusano de un remordimiento? ¿Cuál es la estacion que hemos pasado cristianamente? Digo mal, ¿cuál es la en que no hemos abusado de los beneficios de Dios? Y decid-

me, ¿hacemos por ello penitencia? No, jamás nos ha venido semejante idea; luego la Iglesia ha obrado con acierto al recordarnos esta obligacion, al prescribirnos las obras, al determinarnos los dias en que debemos cumplirla; á no ser por ella, dejaríamos acumular nuestras deudas, y llegaríamos, deudores insolventes, á las puertas de la eternidad sin mas recomendacion cerca del supremo Juez que una vida de iniquidades.

2.° Las Témporas fueron establecidas para dar gracias á Dios por los favores que nos ha acordado durante la estacion que acaba de transcurrir. Los beneficios de que nos colma nuestro Padre celestial en las varias estaciones son numerosos y distintos; cada una nos presenta su particular tributo, y su sucesion sujeta á nuestro uso á la naturaleza entera; ¡pues bien! por tres meses de constantes liberalidades, ¿creeis que sean mucho tres dias de oraciones y de buenas obras? El corazon que no puede con el peso de la gratitud es muy digno de lástima; añádase á esto la consideracion de que todas nuestras acciones de gracias redundan en nuestro beneficio, pues así como la ingratitud es un ardoroso viento que seca el manantial de las gracias, el reconocimiento abre la mano del bienhechor.

3.° Para atraer sobre las ordenaciones las gracias del Espíritu Santo. No hay sociedad sin Religion, Religion sin sacerdotes, ni sacerdotes útiles á la Religion y á la sociedad sin las virtudes de su santo estado; luego aun cuando la Iglesia hubiese tenido esta sola razon para excitar á todos sus hijos á la oracion, al ayuno, á la limosna durante las Témporas, ¿creeis que su mandamiento seria infundado? ¿No estamos interesados todos en tener buenos ministros? ¿Acaso no dependen en gran parte de sus ejemplos y lecciones nuestra virtud, la paz de las familias, la felicidad del mundo? ¿no fueron establecidos por el Señor para ser en Israel la salvacion y la ruina de muchos?

Durante el sábado de las Témporas la Iglesia multiplica sus oraciones; antiguamente se rezaban en la misa doce lecciones, mas su número está ahora reducido á cinco. La Iglesia quiere ofrecer á sus hijos útiles asuntos de meditacion sobre los beneficios de Dios, y exhortarles por el órgano del Profeta á solicitar con mas fervor las bendiciones del cielo sobre los que deben recibir las órdenes sagradas [1].

[1] Raban. *Instit.* lib. II, c. 24.

4.° Para fortalecernos y contribuir á que pasemos mas cristianamente la estacion que va á empezar. Es útil, y mas que útil necesario, al viajero que recorre una senda penosa descansar de tiempo en tiempo; es útil, y mas que útil necesario, al soldado que está en campaña tener algunos dias de tregua para curar sus heridas ó para reparar sus armas, y bajo este doble aspecto las Témporas son útiles, y mas que útiles necesarias, al cristiano, que no es mas que un viajero y un soldado á la vez; viajero, el camino de la vida no está exento para él ni de peligros ni de fatiga, como sabemos muy bien; su alma necesita tomar aliento, y lo toma acercándose á Dios por la oracion y la mortificacion de la carne. Soldado, en la lucha que el hombre sostiene desde la cuna al sepulcro, recibe por desgracia mas de una herida; su estado necesita remedios, y tambien los halla en la oracion y en el ayuno. Robustecido, curado por medio de tan saludables prácticas, puede lanzarse de nuevo al combate y continuar su camino con mayor confianza; elevados sus pensamientos mas allá de la tierra, purificadas y ennoblecidas sus afecciones, el trabajo le parece mas meritorio, y la vida mas dulce; la sociedad gana en ello buenos ejemplos, y por consiguiente felicidad y reposo.

Con el mismo objeto de hacernos mejores y mas felices, la Iglesia ha establecido las vigilias ó vísperas de las grandes fiestas; antiguamente los fieles pasaban en la casa de Dios la noche que precedia á nuestras festividades, y de aquí el nombre de víspera; ahora se llama vigilia ó víspera todo el dia que precede á una solemnidad, y durante él se observa la abstinencia y el ayuno. Las vigilias son en número de cinco; la de Navidad, la de Pascua, la de Pentecostes, la de la Asuncion y la de Todos los Santos; en algunas diócesis la fiesta de san Pedro y de san Pablo va tambien precedida de una vigilia.

¿Cómo no admirar la solicitud con que la Iglesia prepara á sus hijos para las grandes fiestas de la Religion? La oracion, el ayuno, las obras de caridad, tales son los medios que emplea á fin de debilitar en nosotros la vida de los sentidos, y dar á nuestra alma el vigor, la pureza, los santos deseos necesarios para la mas abundante efusion de las gracias divinas que se verifica en las solemnes festividades. La sola palabra vigilia encierra una grande instruccion; el tiempo es la vigilia de la eternidad, nuestra vida es un dia de ayuno, de oraciones y de trabajos, y la eternidad la fiesta que espera-

mos. Si nuestra edad nos obliga al ayuno, cumplámoslo fielmente, y en caso de que nos hallemos dispensados de esta ley, impongámonos la obligacion de dirigir á Dios, la víspera de las grandes festividades, oraciones mas fervientes, de examinar nuestra conciencia y de formar santas resoluciones [1].

### *Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido las cuatro Témporas; hacedme la gracia de que penetre el espíritu de tan saludable institucion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *uniré la limosna al ayuno y á la oracion.*

[1] Véase á Tom. *Tratado del ayuno,* parte I, c. 18; parte II, c. 14.

# LECCION XXVIII.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Navidad; objeto de esta fiesta. — Padron general. — Cumplimiento de las profecías. — Descripcion de la gruta de Belen. — Nacimiento del divino Niño. — Adoracion de los pastores. — Oficio de Navidad. — Qué debemos practicar para santificar esta fiesta, lecciones del pesebre. — Alegoría. — Establecimiento de la fiesta. — Notas sobre la época del nacimiento de Nuestro Señor, su genealogía y la edad del mundo.**

I. Objeto de la fiesta. — La fiesta de Navidad tiene por objeto el nacimiento temporal del Hijo de Dios. El Verbo eterno, igual en un todo al Padre y al Espíritu Santo, aquel por quien todo fue criado, se encarnó en el seno de la Vírgen María y nació en Belen, en un miserable establo, para salvarnos á todos; este es el tierno misterio que la Iglesia presenta á nuestra fe en la presente solemnidad. Imitar á aquel Dios humilde, pobre y dolorido, esto es lo que dice á nuestro corazon.

Hacia cuatro mil años que el hombre culpable y degradado habia oido, al abandonar el paraíso terrenal, estas palabras de esperanza: *El Hijo de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente* [1], preciosas palabras que durante muchos siglos fueron el único consuelo de la raza humana en medio de sus innumerables sufrimientos. El Hijo de la mujer por excelencia, el Vencedor del demonio, el Reparador de la pérdida sufrida, el Restaurador del género humano era el objeto de todos los deseos y de todos los suspiros, si bien jamás fue mas ardiente y universalmente deseado que bajo el reinado del emperador Augusto, pues consumados estaban los tiempos señalados para su venida. Sin embargo, era preciso que su nacimiento tuviese lugar con todas las circunstancias vaticinadas por los Profetas; así es que el Cristo debia nacer en Belen, á fin de hacer notorio que pertenecia á la raza real de David.

En aquel entonces el emperador Augusto, queriendo saber cuántos millones de hombres se inclinaban bajo su cetro, ordenó un pa-

[1] Genes. III, 15.

dron general de todos los súbditos del Imperio: para presidir las operaciones de tan inmenso empadronamiento, el Príncipe nombró á veinte y cuatro comisarios, los cuales se dirigieron á todos los puntos del globo, siendo el encargado del padron de la Siria, de la que dependia la Judea, Publio Sulpicio Quirino, ó Cirino, segun los griegos. El edicto promulgado, mandando el padron general, disponia que todos, desde el mas rico al mas pobre, desde el mas poderoso al mas débil, debian dirigirse á la ciudad de su nacimiento, ó de la que era originaria su familia, para hacerse inscribir en el censo romano [1].

[1] De ea descriptione sub Caesare Augusto nihil reperias apud profanos rerum scriptores; neque id mirum. Unam enim tantummodo eius imperatoris historiam habemus accurate scriptam, cuius pars decem admodum annos complectens, in qua descriptio ipsa contineri debuerat, interiit, ut bene advertunt Casaub., Tillemont, Calmet., etc. (Bened. XIV, n. 2, 392). Esto decia el sábio Pontífice, y razon tenia tomando sus palabras al pié de la letra; mas los famosos mármoles de Ancyra nos suministran una palpable prueba del padron del imperio hecho por Augusto; aquel precioso monumento indica tres empadronamientos ó censos sucesivos mandados hacer por el mismo Emperador, como puede verse en la obra del P. Magnan, que traslada la antigua inscripcion, pág. 261.

La dificultad está en conciliar entre sí: 1.° el texto de san Lucas, el cual dice que el primer padron fue hecho por Cirino ó Quirino, presidente de Siria: *Haec descriptio prima facta est à praeside Syriae Cyrino;* 2.° el texto de Tertuliano que dice que el padron fue hecho en la Judea por Sencio Saturnino: *Sed et census constat actus sub Augusto tunc in Iudea per Sentium Saturninum.* (Contr. Marcio., lib. IV, c. 19); 3.° la Historia de Josefo que fija la partida de Saturnino de Judea en el último año del reinado de Herodes, y que le da por sucesor inmediato á Quintilio Varo, y á este Publio Sulpicio Quirino ó Cirino, lo cual manifestaria que el padron de que se trata se hizo diez años despues del nacimiento de Nuestro Señor, en cuanto es indudable que Jesús vino al mundo el mismo año de la muerte de Herodes, ó el año anterior. *Anno ipso, quo natus est Iesus, vel proximo, certe obiisse Herodem, optimorum chronologorum sententia est.* (Huet, *Demonst. Evangel.* prop. IX, c. 10, n. 9).

La primera parte de la dificultad se solventa diciendo que Publio Quirino practicó por dos veces el padron de la Judea; la primera en calidad de comisario extraordinario ó de procurador de la Siria, de la que dependia la Judea, en nombre del Emperador y bajo el gobierno de Cayo Sencio Saturnino gobernador de Siria: esta observacion concilia perfectamente los textos de san Lucas y de Tertuliano: *Si enim Cyrinus vir consularis cum potestate extraordinaria missus est ab Augusto, ut censeret Iudaeam, Saturnino eius provinciae praeside, ecce tibi iam Cyrinus Iudaeam descripsit, ut scribit Lucas, eaque descriptio vere dici potest facta sub Sentio Saturnino, quod testatur Tertulianus.*

Ahora bien, José y María, que pertenecian ambos á la real familia de David, se dirigieron á la ciudad de David, llamada Belen; al

(Bened. XIV, 394). Las expresiones griegas de que se sirve san Lucas para explicar la autoridad de Cirino son favorables á esta explicacion. (P. Magnan, pág. 303).

La segunda parte de la dificultad se allana observando que Quirino hizo una segunda vez el padron de la Judea, en calidad de gobernador de la Siria, de la que aquella formaba parte. Primeramente puede decirse con fundamento en virtud de los mármoles de Ancyra, y segun Suetonio: *Augustus censum populi ter egit. (In Aug.* c. 27), y en virtud del texto de Tertuliano arriba citado que Augusto ordenó varios empadronamientos; además, puede decirse con fundamento tambien que Quirino practicó el censo de la poblacion de Judea, en calidad de gobernador de Siria. En efecto, la série de gobernadores de Siria en la época del nacimiento de Nuestro Señor es la siguiente segun las medallas é historiadores de aquel tiempo: Ticio hasta el año XI antes de la era vulgar; Saturnino hasta el año VI antes de la era vulgar; Quintilio Varo hasta el año I antes de la era vulgar; Volusio Saturnino hasta el año VI despues de la era vulgar; Publio Quirino hasta el año XII despues de la era vulgar. Como puede verse, Publio Quirino ocupa un lugar entre los gobernadores de Siria, y el no verlo antes del año VI despues de la era vulgar, es otra de las razones por las que el erudito P. Magnan en su obra, *Problema de anno nativitatis Christi,* pretende que Nuestro Señor nació ocho años antes de la era vulgar. El segundo padron, hecho por Quirino, se practicó diez años despues del nacimiento de Nuestro Señor, á causa de haber Arquelao, hijo y sucesor de Herodes, disgustado á los romanos y de haber sido destronado y desterrado á Viena por el Emperador, el cual mandó á Quirino, gobernador de Siria, confiscar los bienes de aquel Príncipe y hacer el padron de la Judea. *Decimo autem principatus Archelai anno... Caesar... misit eum Viennam in exilium, quae est urbis Galliae, mulctatum prius omni pecunia... caeterum ditione Archelai contributa Syria, missus est illo à Caesare vir consularis Quirinus, qui censum ageret per Syriam, et ipsius Archelai domum venderet... Quirinus in Iudaeam venit iam attributam provinciae Syriae, ut percenseret facultates civium, et Archelai pecunias in potestatem suam redigeret... Quirinus autem, venditis et confiscatis Archelai facultatibus, peractoque censu, qui incidit in annum trigesimum septimum post victum à Caesare in actiaca pugna Antonium,* etc. (Ioseph. lib. XVII, c. 15).— La palabra *prima (descriptio prima)* es empleada por san Lucas, porque segun san Justino, Quirino fue el primer comisario de Judea: *Quae sub Quirino primo vestro in Iudaea procuratore (Apol. II);* y tambien para distinguirlo del segundo censo practicado por el mismo Quirino, y del que acabamos de hablar. Segun los comentadores san Lucas emplea la palabra *prima* para designar el mas célebre ó el primer padron general, hecho por Augusto *solo,* y no con sus colegas como los dos anteriores, con lo cual convienen perfectamente aquellas palabras del Evangelio: *Exiit edictum à Caesare Augusto.* El padron hecho por Augusto solo fue el segundo ordenado por el Emperador, lo que pone en perfecto acuerdo al Evangelio con los mármoles de Ancyra. En efecto; dícese

llegar allí inscribieron sus nombres, y los registros del Imperio romano atestiguaron que Jesús Hijo de María era descendiente de David, quedando comprobadas con un monumento auténtico las profecías que lo habian anunciado.

II. Descripcion de la gruta. — Al llegar José y María á la ciudad de sus abuelos buscaron en vano alojamiento, pues ya fuese porque su pobre exterior nada prometiese á la avaricia, ya porque las posadas estuviesen llenas, en todas partes les contestaron: No hay lugar, viéndose obligados á salir de la ciudad y á buscar un abrigo en una gruta que hacia las veces de establo, en la que María dió á luz al Redentor del mundo [1]. Referidas en la parte II del Catecis-

en ellos: 1.° que Augusto hizo el primer padron del Imperio junto con sus colegas, bajo el consulado de Marco Agrippa, veinte y ocho años antes de la era vulgar:

In consvlatv. sexto. censvm. popvli. collega. M.
Agrippa egi.

2.° Que hizo el tercero con su colega Tiberio, bajo el consulado de Sexto Pompeyo y de Sexto Apuleyo, catorce años despues de Jesucristo:

...Consvlari. cvm. imperio. lvstrvm.
...Collega. Tib. Ca... Sex. Pompeio. et. Sex.
Appvleio. cos.

3.° Que el segundo lo hizo *solo* bajo el consulado de Cayo Mario Censorino y de Cayo Asinio Gallo:

Imperio. lvstrum. solvs. feci. Censor...
...sinio...
Cos...

Véase á Corn. Alapid. *in Luc.* II, 2. En pocas palabras; para conciliar los monumentos todos con el texto evangélico débese leer la historia del padron universal del Imperio, durante el cual se verificó el nacimiento de Nuestro Señor, del modo siguiente: Ocho años antes de la era vulgar, bajo el consulado de Cayo Mario Censorino y de Cayo Asinio Gallo, el emperador Augusto, solo en el gobierno, queriendo saber el número de los habitantes del Imperio, ordenó un padron general en el mundo romano, para lo que publicó un decreto en Roma á principios de abril, y envió á las provincias á algunos comisarios encargados de llevarlo á cabo, practicándolo él mismo en Roma segun indica el mármol de Ancyra. Dos ó tres meses despues Sencio Saturnino recibió en Siria la órden de proceder al empadronamiento; publicóla él mismo en Antioquía, y envió comisarios á los diferentes puntos de su gobierno para que la pusiesen en ejecucion. Publio Quirino fué á Judea é hizo el padron á fines del año, segun la tradicion universal de la Iglesia contemporánea del acontecimiento. (P. Magnan, pág. 278).

[1] Quoniam Ioseph non habebat in vico illo Bethlehem, quo diverteret, in

mo [1] las circunstancias del divino alumbramiento, nos limitarémos aquí á describir el lugar para siempre venerable en que se cumplió tan tierno misterio.

«Antes de penetrar en él, dice un viajero moderno, el superior «del convento puso un cirio en mi mano, y me dirigió una corta «exhortacion: la santa gruta es irregular, puesto que ocupa el sitio «irregular tambien del establo y del pesebre; tiene treinta y siete «piés y medio de largo, once piés y tres pulgadas de ancho, y nue-«ve piés de altura; está entallada en la roca, mas sus paredes han «sido cubiertas lo mismo que el suelo de precioso mármol; embe-«llecimiento que se atribuye á santa Elena. La iglesia no recibe luz «alguna exterior, é ilumínanla treinta y dos lámparas enviadas por «diferentes príncipes cristianos. En el fondo de la gruta, hácia la «parte del Oriente, se ve el sitio en que la Vírgen dió á luz al Re-«dentor de los hombres, sitio que está señalado con un mármol blan-«co, incrustado de jaspe, y rodeado de un círculo de plata, forman-«do rayos en forma de sol; á su alrededor se leen estas palabras:

HIC DE VIRGINE MARIA
JESUS CHRISTUS NATUS EST.

«*Aquí Jesucristo nació de la Vírgen María.* Una mesa de mármol «que hace las veces de altar descansa en uno de los lados de la ro-«ca, y se eleva sobre el sitio en que el Mesías vió la luz primera; «este altar está iluminado por tres lámparas, de las cuales la mas «hermosa es regalo de Luis XIII.

«Á siete pasos de aquel punto hácia el Mediodía se halla el pe-«sebre, al cual se baja por dos escalones, pues no tiene el mismo ni-«vel que el resto de la gruta; el pesebre es una bóveda poco eleva-«da, hundida en la roca; una piedra de mármol blanco, que se le-«vanta un pié del suelo, y tallada en forma de cuna, indica el sitio «en que el Soberano del cielo fue acostado sobre la paja [2].

«Á dos pasos, frente el pesebre, se ve un altar que ocupa el sitio

specum quemdam prope vicum divertit, et cum illi essent ibi, peperit Maria Christum. (S. Iust. *Dialog. cum Tryph.).*

[1] Leccion II.

[2] La cuna en que fue colocado el Salvador es de madera, y se venera en Roma en la iglesia de Santa María la Mayor; en el siglo VII fue llevada á aquella ciudad junto con algunas piedras cortadas de la roca de la gruta de Belen, como lo manifiesta Benedicto XIV en el lib. IV *de Canonis. part.* 2. Para la des-

«en que se sentó María para presentar al Hijo de dolores á las ado-
«raciones de los Magos.

«Es imposible figurarse nada mas agradable y que mas devocion «inspire que aquella iglesia subterránea; en ella oí un órgano, muy «bien pulsado, tocar durante la misa los mas dulces y tiernos moti- «vos de los mejores maestros de Italia: estos conciertos encantan al «árabe cristiano, el cual, dejando pacer sus camellos, acude como «los antiguos pastores de Belen á adorar en su pesebre al Rey de «los reyes; yo ví al habitante del desierto comulgar en el altar de los «Magos con un fervor, una piedad y una religion desconocida á los «cristianos de Occidente. No hay sitio en el universo que mas devo- «cion inspire; la continua llegada de caravanas de todas las nacio- «nes cristianas, las oraciones públicas, las prosternaciones, la mis- «ma riqueza de los presentes que allí han enviado los príncipes cris- «tianos, todo contribuye á excitar en el alma emociones que son me- «jores para sentidas que para explicadas [1].»

Cuando José y María penetraron en la gruta se encontraban en ella un buey y un asno, cuyo aliento sirvió para dar calor al recien nacido; es cierto que la Escritura no menciona esta circunstancia, mas se apoya en una tradicion comun, presentada como cierta por los Padres de la Iglesia que mejor podian saberlo, como son san Epifanio, san Jerónimo, san Gregorio Nazianceno, san Gregorio de Nisa y Prudencio; tambien Baronio defiende con éxito tan tierna tradicion [2].

III. Nacimiento del Salvador. — En la explicada gruta dió María á luz á su divino Hijo, sin experimentar ninguno de los dolores que sufren las otras madres, y quedando vírgen antes y despues del parto. ¿Quién es capaz de imaginar el gozo y el respeto con que vió y adoró al Criador del mundo, hecho hombre por amor á nosotros? ¡Qué felicidad para ella cuando al contemplar al que los Ángeles adoran pronunció por la primera vez las palabras que hasta entonces solo habian sido dichas por el eterno Padre: ¡Hijo mio!!! ¡Con qué veneracion tocó al que sabia era su Señor! ¿Quién podrá decir

cripcion del pesebre tal como se halla en el dia, véanse las *Tres Romas*, t. I, 25 de diciembre.

[1] *Itinerario de Paris á Jerusalen*, t. II, pág. 157.

[2] *Annal.* an. 1, 3. — Nosotros la hemos encontrado en Ancona, grabada en mármol del siglo IV; véanse las *Tres Romas*, t. III.

los sentimientos de su virginal y maternal corazon, cuando le envolvió en pobres pañales, y le acostó en el pesebre sobre la paja? ¡Con cuántos tiernos besos le cubrió! ¡con qué santa emocion consideró su rostro y sus tiernas manos! ¡con qué santa solicitud abrigó sus pequeños miembros [1]!

San José, confidente del misterio, participaba, en cuanto le era dable, de los sentimientos de María. «Tomaba al Niño en sus bra-«zos, dice san Bernardo, y le prodigaba cuantas caricias puede dic-«tar un corazon abrasado de amor.»

En el momento de cumplirse el milagro, quiso Dios que los hombres y los Ángeles, el cielo y la tierra, fuesen á tributar sus homenajes al Redentor comun; mas, ¿quiénes serán los felices mortales favorecidos por Dios con semejante honor? Augusto, vos que dictais leyes al universo entero, Herodes, vos que imperais en Judea, ricos que habitais en Jerusalen y en Belen, Emperadores, Reyes, Príncipes de la tierra, dormid en vuestros dorados palacios, pues no seréis vosotros los que los Ángeles despertarán para conducirles al pesebre; no sois dignos de ello: el nuevo Rey necesita cortesanos que le comprendan, y vosotros no le comprenderíais, que amen la pobreza de cuna, y vosotros no la amaríais.

IV. Adoracion de los pastores. — Ahora bien, en las cercanías de la gruta habia algunos pastores que velaban guardando sus ganados [2]; de repente distinguen un vivo resplandor encima de sus cabezas y en medio de las tinieblas, y apareciendo un Ángel entre aquella gloria, les dice: *No temais, porque hé aquí os anuncio un grande gozo que será á todo el pueblo: Que hoy os es nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Y esta os será la señal: Hallaréis al Niño envuelto en pañales y echado en un pesebre. Y súbitamente apareció con el Ángel una tropa numerosa de la milicia celestial, que alababan á Dios y decian: Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad* [3].

Despues de retirarse los Ángeles, admirados los pastores dijeron los unos á los otros: *Pasemos hasta Belen, y veamos esto que ha acontecido, lo cual el Señor nos ha mostrado. Y fueron apresurados, y ha-*

[1] S. Bonav. *Vita Christi*, c. 10.

[2] La tradicion nos dice que eran en número de tres; véanse las *Tres Romas*, t. I; los *Pifferari*, y Sandini, *Hist. famil. sacr.*

[3] Luc. II, 10.

*llaron á María y á José, y al Niño echado en el pesebre; y cuando esto vieron entendieron lo que se les habia dicho acerca de aquel Niño, y se volvieron glorificando y loando á Dios por todas las cosas que habian oido y visto, así como les habia sido dicho* [1].

Así pues, los primeros que fueron sabedores del nacimiento del Mesías, los primeros á quienes el Dios Padre reservó el insigne honor de deponer sus homenajes á los piés de su Hijo, fueron hombres sencillos, pobres y oscuros; hecho que encierra toda una revolucion moral, pues es el principio del nuevo órden de ideas que debe cambiar la faz del mundo: riquezas, despotismo, soberbia, vuestro imperio ha terminado para hacer lugar al de la abnegacion, de la humildad y de la caridad.

Las palabras dichas por el Ángel á los pastores: No temais; hoy os es nacido el Salvador, la Iglesia católica las dirige cada año á todos sus hijos, lo mismo á vosotros que á mí: durante el Adviento repite las palabras de Isaías y de Juan Bautista, y nos dice: Preparad las vias del Señor, pues se acerca el momento en que toda carne verá al Salvador enviado por Dios; luego, cuando tocan á su fin las cuatro misteriosas semanas, indica un último dia de ayuno y de preparacion, y nos dice: Santificaos, pues mañana hará el Señor en medio de vosotros cosas admirables.

V. Liturgia. — Con objeto de asociarnos á la felicidad de los pastores, la Iglesia quiere que pasemos la noche orando; durante aquellos hermosos *Maitines* entona las antiguas promesas hechas á los Patriarcas y á los Profetas, recuerda la miseria del género humano y la bondad y las glorias del Redentor tantas veces anunciado. De repente baja del santuario un diácono, precedido de dos cirios y llevando sobre su cabeza el libro que contiene el cumplimiento de todas las promesas, de todas las figuras y de todas las profecías; dirígese al coro, y al llegar á él canta la genealogía del Redentor, Hijo de Dios é Hijo del Hombre, terminando con estas palabras: *Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado el Cristo* [2]; los asistentes contestan á este sublime canto con el himno de amor, con el *Te Deum*.

[1] Luc. II, 15-20.

[2] Matth. I, 16. — Examinando las dos genealogías de Nuestro Señor dadas por san Mateo y por san Lucas, vemos que las dos ramas de la familia de David, por Salomon y su hermano Nathan, se reunieron 1.º en Salathiel y en Zo-

El sacerdote sube al altar, y en breve el Niño de Belen encarnado de nuevo entre las manos de su ministro se hará presente á las ado-

robabel, su nieto; 2.° en la persona de Jesús, hijo de María, de modo que Jesús fue la rama ó vástago salido de la raíz de Jessé, por consiguiente hijo de David y de Salomon, y heredero de las promesas hechas á ambos.

Sin embargo, los Evangelistas nos dicen que Jesús no es hijo de José sino de María, y de aquí nacen varias objeciones: 1.ª ¿por qué nos da san Mateo la genealogía de José en vez de la de María? Porque entre los hebreos no era costumbre hacer la genealogía de las mujeres, hecho atestiguado por la práctica continua de la Escritura y por el testimonio de los Padres y de los rabinos, quienes dicen categóricamente: *La familia de la madre no es una familia.* (Véanse sus textos en la *Biblia de Vence*, t. XIX, pág. 168, edic. en 8.° París, 1829).

2.ª ¿Cómo se deduce que Jesús es descendiente de David y de Salomon, porque José sea hijo de David?—Siendo Jesús hijo de José, ya por adopcion, ó simplemente como hijo de María, su esposa, y habiéndole José recibido y educado como un hijo, es claro que Jesús entraba en el goce de todos los derechos de la familia de José. La costumbre de adoptar era conocida entre los hebreos desde el tiempo de Abrahan. (*Genes.* XVI, 2; XLVIII, 5; *Exod.* II, 10; *Esther,* II, 7, 15). Así pues, aun cuando solo se considerase á Jesús como á hijo adoptivo de José, esto bastaria para darle el derecho de tomar la calidad de hijo de David, y de presentarse como heredero de las promesas hechas á la misma familia. Además existe otra razon de mas peso que la anterior, y es que María era de la misma familia y de la misma casa que José, pues la ley exigia que las doncellas se casasen en su tribu y en cuanto era posible en su misma familia, á lo que llegaba á obligarlas en el caso de que una jóven fuese la única heredera de su familia; y es una tradicion antiquísima en la Iglesia que María era hija única. (San Hilar. *in Matth.* I; Euseb. *Hist.* lib. I, c. 7, etc., etc.).

3.ª ¿Cómo pudo José tener por padres á dos hombres; Jacob, el uno, de la raza de Salomon, y Helí, el otro, de la raza de Nathan?—Jacob era padre de José segun la naturaleza, y Helí segun la ley, es decir, por adopcion. En efecto, san Mateo dice que *Jacob engendró á José,* al paso que san Lucas dice sencillamente que *José era* de Helí, del mismo modo que al empezar la genealogía dice que *Adan es de Dios* (que le pertenecia), á pesar de no ser Adan hijo de Dios. Esta opinion, fundada en la autoridad de cási todos los santos Padres, es defendida por Julio el Africano que vivia en Palestina á principios del siglo III, y que asegura haberla oido á algunos parientes del Salvador segun la carne, quienes explicaban esta genealogía del modo siguiente: Mathan, descendiente de David por Salomon, y Melqui, descendiente del mismo David por Nathan, casaron uno despues de otro con una misma mujer llamada *Escha*; Mathan tuvo de ella á Jacob, y Melqui á Helí; este último contrajo matrimonio, y habiendo muerto sin hijos, Jacob casó con su viuda en virtud de la ley de Moisés (*Deut.* XXV, 5, 6), naciendo de este matrimonio José, el cual era por lo tanto hijo de Jacob segun la naturaleza y de Helí segun la ley.

4.ª ¿Cómo puede probarse que Jesús es descendiente de David y de Salomon, aun admitiendo que san Lucas explica la genealogía de la santísima Vír-

raciones y al amor de los fieles; acércase la comunion, el momento de las inefables delicias, y déjanse oir alegres villancicos, preciosos restos de la viva fe y candorosa piedad de nuestros abuelos. Los nuevos pastores, penetrados de una felicidad que solo aquel dia se experimenta, se retiran á sus lugares, alabando y bendiciendo á Dios: allí les espera un banquete alegre porque es inocente; y la comida de media noche reune en la misma mesa á los parientes y amigos; ¡y bien! ¿cómo no amarse, despues de haber adorado al Salvador comun y participado en la misma mesa del sagrado manjar? ¿Cómo no regocijarse, cuando se nos hace tan inmenso beneficio?

Al asomar el alba suena otra vez la campana, el sacerdote sube de nuevo al altar, y los que han velado durante la noche llenan la iglesia para tributar sus homenajes al divino Niño; la misa mayor reune algunas horas despues á los fieles todos, á quienes hallarémos tambien por la noche delante de los altares del Dios recien nacido, renovándose siempre los cantos y las emociones. Y ¿cómo puede ser de otro modo? ¿Hay acaso otro dia tan hermoso como el de Navidad? ¿Dió por ventura otro dia lo que la noche de Navidad regaló á los hombres en medio de sus tinieblas? Durante ella encontrarán un hermano los desgraciados, un libertador los esclavos, un amigo los niños, un maestro los doctores, un modelo los Reyes, un vencedor la muerte. Dejad, pues, que los hombres se *regocijen en el Señor*, como se regocija cada mañana la tierra cuando distingue al sol que viene á librarla de las tinieblas: Navidad es la esplendente aurora de nuestra libertad; Jesucristo recien nacido es el sol de justicia iluminando al mundo y desvaneciendo ante sí las sombras de la muerte.

gen, puesto que en esta suposicion María desciende de Nathan y no de Salomon? — En primer lugar la Escritura no dice categóricamente que prometiese Dios el nacimiento del Mesías de la raza de Salomon segun la carne, sino únicamente de la de David, y en segundo lugar, habiéndose reunido las dos ramas de Nathan y de Salomon en Salathiel y en Zorobabel, la sangre de David se mezcló en ambas personas, de modo que los vástagos que de ellas salieron pertenecen igualmente á las dos ramas. *Heli* de san Lucas y *Jacob* de san Mateo son ambos hijos de David, de Salomon y de Nathan. Así pues, mírese por el lado que se quiera, obsérvase siempre que Nuestro Señor desciende de David, y que en su persona reune los derechos todos de aquella augusta familia, así por la parte de José como por la de María su madre. (Véase la *Biblia* de Vence, *Disertacion sobre la genealogia de Jesucristo*, t. XIX, pág. 170 y sig.).

¡Ved el entusiasmo, el santo delirio que reina en el oficio que cantan nuestros sacerdotes! escuchadles:

«Colina de Sion, estremécete de gozo... Hijas de Jerusalen, vestíos con vuestros trajes de fiesta, y entonad, entonad nuevos cánticos.

«Levántate, Jerusalen; sacude el polvo de tu cabellera, rompe la cadena que aprisiona tu cuello; levántate, tu Salvador ha venido.

«Has sido vendida, y ahora el Señor te rescata; canta, Jerusalen.

«El Señor ha dicho: Assur oprimió á mi pueblo; la injusticia y la crueldad pesaron sobre él; es preciso que le dé la libertad; antes hablaba, mas ahora, héme aquí.

«La paz y la abundancia nacen con el dia del Señor.

«La verdad ha salido de la tierra, y desde lo alto del cielo la justicia ha fijado en nosotros su mirada.

«¡Cantemos, pues, cantemos nuevos himnos al Señor, y cante con nosotros toda la tierra!

«Cantemos al Señor y bendigamos su nombre.

«Anunciemos al universo el dia de su salvacion.

«¡Recuerden las naciones entre sí los prodigios que ha obrado, y abandónense los pueblos al gozo!

«Verdaderamente nuestro Dios es grande, su nombre es digno de alabanza, y su poder domina cuanto existe.

«¿Qué son los dioses de las naciones extranjeras comparados con nuestro Dios? Demonios del abismo, al paso que nuestro Dios es el criador del cielo y de la tierra, del firmamento con sus estrellas y del mar con sus inmensas olas.

«Regocíjese el cielo, rebose la tierra de alegría, agítese el mar y encrespe sus ondas en señal de gozo; estremézcanse de placer los campos y cuantas plantas en ellos crecen, porque el dia del Señor ha llegado [1].»

Así celebran los Cristianos el bello dia de Navidad; decidme ahora, ¿puede haber para el indiferente y el impío mayor castigo que no sentir ninguno de los placeres de esta fiesta, que ver en el dia de Navidad un dia como los demás?

VI. Disposiciones para la fiesta. — Para evitar tamaña desgracia, vamos á Belen, y de rodillas allí delante del pesebre, preguntémo-

[1] *Cuadro de las fiestas*, pág. 64.



nos á nosotros mismos: ¿Qué quiere de mí este Niño? Y sus tiernos miembros, y sus quejidos, y esa paja y sus pobres pañales nos contestarán:

Quiere curarme. ¿Acaso estoy enfermo? Sí; el dia de su rebelion, mi primer padre recibió del demonio tres golpes mortales, causándole tres grandes heridas que transmitió á sus descendientes, y son: el desenfrenado amor por las riquezas, el desenfrenado amor por los honores, y el desenfrenado amor por los placeres. Este triple amor fue como una fiebre devoradora; durante cuatro mil años el género humano ha estado en continuo delirio, y se agitaba como un furioso en su lecho de dolores; apoderándose sucesivamente de todas las criaturas para apagar la sed que le devoraba, las atormentó de mil modos para obligarlas á darle un escaso alivio, y postróse luego á sus piés pidiéndoles con voz suplicante la limosna de la felicidad. ¡Vanos ruegos! ¡inútiles esfuerzos! y en su desesperacion maldijo las criaturas todas, maldijo la vida, maldíjose á sí mismo, y exclamó por la boca del mas *feliz* de los mortales: *Vanidad; mentira, dolor, todo es decepcion* [1]. *Mejor es el dia de la muerte que el dia del nacimiento* [2].

Y durante este tiempo, el hombre olvidó á Dios, olvidó su fin, y olvidó su naturaleza; criado entre honor y gloria, se hizo semejante á los animales estúpidos; y como un torrente alimentado por tres copiosas fuentes, la iniquidad se esparció por la superficie de la tierra, y corrieron por ella rios de sangre y de lágrimas; reinó la esclavitud, y el demonio gozó por mucho tiempo de un insolente triunfo.

Yo he heredado las tres heridas de mis padres, y sin cesar tienden á cubrirme enteramente de una asquerosa llaga; cuando hé aquí que llega para curarme este divino Niño. Al desenfrenado amor de las riquezas, de los honores y de los placeres, opone la pobreza, la humildad y el sufrimiento, y me dice: Hijo mio, desprende tu corazon de tales cosas; yo he descendido del cielo para instruirte, y predicándote el mundo como se predica una doctrina contraria á la mia, ha de suceder una de ambas cosas; ó yo me equivoco, ó el mundo te engaña [3]. Sin embargo, yo soy la eterna Sabiduría, y no puedo inducirte ni ser inducido en error. Tu propia razon, tu experiencia,

[1] Eccles. I, 2.
[2] Id. VII, 2.
[3] Christus elegit quod salubrius iudicat, vos eligitis quod reprobat, quis

la experiencia de los demás, ¿no están acaso de acuerdo con mi doctrina para decirte: Las riquezas, los honores, los placeres no pueden hacer tu felicidad, en cuanto son bienes perecederos y tú eres inmortal, en cuanto son bienes finitos, y los deseos de tu corazon son infinitos? ¿Qué me costaria decirte que amases las riquezas, los honores y los placeres, á fin de no contrariar tus deseos? Mas, semejante doctrina y semejante conducta harian tu desgracia, y te amo demasiado para engañarte de este modo: instrúyete, pues, en mi pesebre.

¡Ah! sí, escuchemos con respeto las lecciones del pesebre; amémoslas, practiquémoslas, y á este precio obtendrémos nuestra felicidad; por ignorarlas fue desgraciado el mundo antiguo; por haberlas practicado gozó la tierra dilatados siglos de dicha y de gloria, y por haberlas olvidado se ha convertido la sociedad moderna en una sangrienta arena, donde los hombres armados unos contra otros combaten entre sí como locos enfurecidos por un poco de tierra que llaman oro, y por un poco de humo que llaman honor.

El Hijo de Dios viene á arrebatar del corazon del hombre el objeto constante de sus afecciones desde el pecado original, las criaturas. ¡Dios mio! me sumís en el mayor desconsuelo; mi corazon está hecho para amar, y me es imposible vivir sin amar; al decirme: No amarás, me dais el golpe de muerte. Sí, pero ¡oh bondad, oh sabiduría que jamás amaré ni admiraré bastante! á este precepto va unido otro: Amarás con todo tu corazon, con todas tus fuerzas, con toda tu alma, no lo finito, no la mentira, no una sombra vana, sino lo infinito, la misma realidad: Dios en lugar de las criaturas.

Y hé aquí que para hacer conocer el nuevo objeto de amor, para tranquilizar al hombre que desde el anatema del paraíso terrenal temblaba, huia y se ocultaba al solo nombre de Dios, que temia tanto su vista como la misma muerte, aquel Dios grande y todopoderoso se hace niño, y se nos presenta bajo la forma mas amable, mas tierna y halagüeña que es posible imaginar. ¡Hombres! comprended las lecciones de Belen, y quedaréis curados; por una parte, dejad de engañar á vuestro propio corazon, desprendedlo de las criaturas; y por otra, cifrad vuestras afecciones en el objeto que os es presentado, en un Dios, vuestro principio y vuestro fin, en un Dios

prudentior è duobus?... Aut iste fallitur, aut mundus errat. (S. Bern. *Serm. III in Nativ. Dom.*).

hecho vuestro amigo, vuestro hermano, los huesos de vuestros huesos, la carne de vuestra carne. ¿Qué se necesita para ello? Únicamente buena voluntad. Ya lo veis, las condiciones de vuestro Dios no son difíciles de cumplir, pues ¿quién no tiene ó no puede tener buena voluntad? Para llegarse á él no son necesarias ni ciencia, ni educacion, ni nobleza.

Curarme; esto es lo que quiere de mí ese Niño. ¿Compréndeslo, corazon mio?

¡Amemos, pues, al Niño de Belen; amemos, pues, al Niño de Belen [1]! Su amor debe excitar tanto mas el nuestro, en cuanto es gratuito, y sobrepuja á todo lo que puede imaginarse. Alma mia, oye la historia que voy á referir: Cierto viajero pisó en su camino á un gusanillo y lo aplastó, y mientras deploraba la muerte del pobre insecto, presentóse á su vista un desconocido y le dijo: Si deseais volver la vida á ese gusano, voy á indicaros un medio para conseguirlo; es preciso que consintais en convertiros en gusano de tierra y en dejaros abrir las cuatro venas; entonces se formará un chorro con vuestra sangre, y el insecto recobrará la vida. —Os estais burlando, repuso el viajero; pues ¿qué me importa á mí que ese gusanillo resucite ó no? ¿Me creeis tan loco que consienta en dar mi vida para que él recobre la suya? Esta contestacion era tanto mas fundada, en cuanto el viajero era hijo de un gran rey, y que el gusano no era un insecto inocente, sino un áspid ingrato que despues de haber hallado abrigo y calor en el seno del ilustre jóven, habia intentado quitarle la vida. Sin embargo, héte aquí que el príncipe viajero, movido de infinita compasion, consiente en convertirse en gusano de tierra y en perder la vida para resucitar al reptil; exclamando cuantos tuvieron noticia de este hecho: ¡El príncipe estaba loco de amor! ¡Cuánta seria la gratitud del áspid si fuese capaz de razon!

¡Pues bien! alma mia, lo mismo ha hecho por tí el Hijo de Dios. ¿Quién eres tú, y qué es el hombre sino un gusano ingrato y pérfido? Delante de Dios eres menos que un insecto delante del hombre: y ¿qué importaba á Dios que ese nada rebelde permaneciese sumi-

[1] *Amemus puerum de Bethlehem; amemus puerum de Bethlehem*. ¡Amemos al Niño de Belen; amemos al Niño de Belen! Tal era la divisa y como el grito de guerra del seráfico san Francisco.

Véanse los *Sermones de Navidad* por san Ligorio: en vano se buscaria nada mejor. (*Obras completas*, t. VI).

do en el pecado, y fuese precipitado luego en el infierno como habia merecido? Sin embargo, Dios sintió tal amor por tí, alma mia, que para librarte de la muerte eterna, se hizo primeramente gusano de tierra como tú, y luego para devolverte la vida, consintió en perder la suya y te bañó en su adorable sangre. Sí, así fue, así quiere la fe que lo creamos, y sino escucha: *El Verbo fue hecho carne, y nos lavó con su sangre, y con él nos resucitó* [1]. Y despues de esto, alma mia, ¿podrás olvidarle? ¿Tendrás en el corazon amor bastante para cifrarlo en los animales que te sirven ó te divierten, y no lo tendrás por tu Libertador? ¡Oh! no, no es verdad, y con todo tu corazon exclamarás: *¡Sea anatematizado el que no ame al Niño de Belen!*

VII. Establecimiento de la fiesta. —Esto es lo que reducido á su mas simple expresion ha hecho el Hijo de Dios por el género humano, y en memoria de este milagro de amor la Iglesia ha establecido una fiesta el dia 25 de diciembre, pues á la media noche del referido dia del año 4004 del mundo se verificó el grande acontecimiento [2]. San Juan Crisóstomo prueba con toda evidencia que la

[1] Ioan. I, 14; Apoc. XV; Ephes. II, 6.

[2] Preséntase aquí la grande cuestion cronológica. Nadie ignora que existen dos cronologías principales fundadas en la Biblia: la de los Setenta y la de los Hebreos; la primera se encuentra en la traduccion griega de los Libros santos hecha por los setenta y dos doctores judíos enviados para ello á Egipto, en tiempo de Ptolomeo Filadelfo, doscientos cincuenta años antes de Jesucristo. Segun dicha cronología el nacimiento del Salvador debe fijarse en el año 5504 del mundo, ó en el 5199 segun el antiguo redactor del Martirologio romano: Anno à creatione mundi quando in principio creavit Deus coelum et terram, quinquies millesimo centesimo nonagesimo nono. La segunda cronología se funda en el texto hebreo de los Libros santos, y fija el nacimiento de Nuestro Señor en el año 4004 poco mas ó menos, con lo que resulta entre ambas cronologías una diferencia de cerca de mil quinientos años. La razon de ella está en que los Setenta dan á los patriarcas de la primera y de la segunda edad del mundo muchos centenares de años mas que el texto Hebreo.

«Así pues, dice Benedicto XIV, para saber en qué año del mundo nació «Nuestro Señor, es preciso examinar si debemos seguir el texto Hebreo, con el «cual concuerda la Vulgata, ó la version de los Setenta;» nuestra opinion es que es preferible adoptar el de los Hebreos; primeramente porque la Iglesia romana sigue la traduccion llamada Vulgata, hecha por san Jerónimo hace mas de mil trescientos años, y aprobada por el santo concilio de Trento; debiendo advertir que, como ya hemos dicho, la Vulgata concuerda con el texto Hebreo de la Escritura. En segundo lugar, la traduccion de los Setenta adolece evidentemente de muchos defectos, pues en el cap. IV del Génesis fija la muerte

Iglesia de Roma pudo saber fijamente el dia del nacimiento de Jesucristo, y participarlo á las demás Iglesias, en cuanto dicho nacimiento tuvo lugar al empezarse el censo general ordenado por Augusto y ejecutado en la Judea por Quirino, y esta clase de actos ó documentos públicos se conservaban en Roma cuidadosamente en los archivos del Imperio [1]. De todos modos, para hallar el orígen de la fiesta de Navidad debemos remontarnos á los primeros siglos [2].

Esta festividad, una de las mas célebres del año, goza de dos privilegios á cual mas gloriosos: el primero, de suspender la ley de la abstinencia, de modo que se puede comer carne durante ella, ya corresponda en viernes ó en sábado [3]; y el segundo de tener los sacerdotes la facultad de decir tres misas; la primera de ellas se dice para celebrar el nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno de su Padre; la segunda, su nacimiento de la bienaventurada Vírgen Ma-

de Mathusalen catorce años despues del diluvio; en efecto, segun los Setenta, Mathusalen engendró á Lamech en el año doscientos sesenta y nueve de su edad, y Lamech engendró á Noé á la edad de ochenta años, de modo que al nacer Noé contaba Mathusalen trescientos cincuenta y cinco años; el diluvio empezó el año seiscientos de la edad de Noé, en cuya época Mathusalen tenia novecientos cincuenta y cinco años; mas como Mathusalen vivió novecientos sesenta y nueve años, resulta que vivió catorce años despues del diluvio, lo que es enteramente falso, pues san Pedro, *Epist. I*, VIII, 20, dice categóricamente que solo ocho personas sobrevivieron al diluvio; que fueron Noé, su mujer, sus tres hijos y sus tres mujeres: *Quando expectabant Dei patientiam in diebus Noë, cum fabricaretur arca, in qua pauci, id est octo animae salvae factae sunt per aquam.*

Este error y otros perfectamente acreditados nos hacen decir que entre la grande variedad de opiniones respecto del año del nacimiento de Nuestro Señor, opiniones que se elevan á mas de ciento treinta, los eruditos adoptan con preferencia la que fija tan grande acontecimiento en el año 4000 del mundo: *His probe constitutis, dicimus, inter tot varias de natali Christi anno sententias, quas ad centum et triginta duas numerat Michaël Moestlinus, mathematicus et chronologus non incelebris, eam placere magis sententiam eruditis viris, quae statuit Christum natum esse anno quater millesimo ab orbe condito.* (Bened. XIV, n, 42, 3, 4, p. 409; véase sobre esta cuestion la célebre obra del P. Magnan, de la Órden de Menores, *Problema de anno nativitatis Christi;* Romae, 1772; y sobre todo las pág. 265-7 y 328).

[1] Serm. XXXI, pág. 466. Quem (censum) testem fidelissimum Dominicae Nativitatis romana archivia custodiunt. (Tertul. *adv. Marcio.* lib. IV, pagina 507).

[2] Propter excellentiam festi, dice el papa Honorio III.

[3] S. Aug. Epist. CXIX, c. 1, 2.

ría, y la tercera, su nacimiento espiritual en nuestras almas por medio de la fe y de la caridad.

Antiguamente los sacerdotes podian decir muchas misas al dia, segun su devocion; el concilio de Salgunstadt, cerca de Maguncia, celebrado en el año 1002, limitó á tres el número de misas para cada dia y para cada presbítero; mas el papa Alejandro II, muerto en 1073, cambió esta costumbre, y solo dejó la libertad de decir tres misas durante el dia de Navidad. Los sacerdotes harán bien en decirlas, mas la Iglesia no les obliga á ello, y una sola basta para cumplir con su precepto.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber enviado para rescatarnos á vuestro divino Hijo; haced que comprendamos, amemos y practiquemos las lecciones que nos da en su pesebre.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, diré con frecuencia: *Divino niño Jesús, haced mi corazon semejante al vuestro.*

# LECCION XXIX.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Tiempo de Navidad.—Solicitud de la Iglesia.—Fiestas de san Estéban, de san Juan, de los santos Inocentes.—Circuncision.—Razones de esta ceremonia. —Nombre de Jesús.—Sabiduría del eterno Padre.—Nombre de Jesús, su excelencia, su significacion.—Sentimiento que debe inspirarnos.—Antigüedad de la fiesta de la Circuncision.—Aguinaldos.—Felicitaciones de año nuevo.—Práctica útil.**

I. Tiempo de Navidad. — La estacion de los hielos continúa; la nieve cubre los campos; las quintas y casas de recreo están huérfanas de sus habitantes; la puerta de las cabañas se abre mas raramente; el labrador, rodeado de su familia, permanece inactivo cerca de la lumbre; los ricos se hallan reunidos en las ciudades donde se multiplican para ellos los bailes, los espectáculos y las fiestas; y mientras que el mundo empuja de placer en placer á sus ruidosos enjambres de adoradores, la Iglesia, como una tierna madre, reune á sus hijos bajo sus alas y les guia tras el Dios de Belen. Los tiernos misterios de su santa infancia son sucesivamente ofrecidos á sus adoraciones, y en ellos encuentra el rico una leccion de caridad y un modelo de resignacion el pobre; el corazon del rico se deja conmover, porque le piden la limosna en nombre del niño Jesús, y abundantes socorros consuelan á la oscura indigencia que tirita de frio, ó que muere de hambre en su boardilla desnuda é ignorada.

Mientras duran los rigores del invierno, la caridad del Cristianismo lucha contra el egoismo del mundo, y por esto se han multiplicado en esta estacion nuestras fiestas cristianas, de lo que resulta que la Religion ha hallado un medio de hacer practicar mayor número de buenas obras, y de dar á miles de infortunados algunos momentos de felicidad; siendo de observar que estas fiestas tienen tantos mas encantos, en cuanto existen desde la mas remota antigüedad, y el pobre sobre todo ve con placer, al remontarse á lo pasado, que sus abuelos se regocijaron en la misma época que él.

Durante la noche en que nació el Mesías, las infantiles turbas que adoran el pesebre, las iglesias iluminadas y cubiertas de flores, el pueblo que se agrupa al rededor de la cuna de su Dios, los Cristianos que en una retirada capilla hacen sus paces coñ el cielo, los alegres gritos de *alleluia*, los cándidos villancicos, el sonido del órgano y de las campanas, nos han ofrecido un aparato lleno de encantos y de inocencia. En las casas cristianas, Belen, la gruta, el pesebre, el divino Niño, los pastores han sido por espacio de muchos dias el asunto de las relaciones del encanecido abuelo, y de las lecturas de la velada en presencia de toda la familia sentada al rededor del hogar.

Inmediatamente se suceden otras fiestas; el dia siguiente de Navidad la Iglesia celebra con gran pompa el triunfo del primero de sus Mártires; luego la fiesta del apóstol san Juan, el discípulo amado, y despues la de los santos Inocentes, la de aquellas miles de víctimas, menores de dos años, inmoladas por la crueldad de Herodes, las que, glorificadas ahora en el cielo, juegan con sus coronas de lirios y de rosas delante del altar del Cordero. La Iglesia se complace en poner á nuestra vista tan milagrosos triunfos, para manifestarnos la omnipotente virtud del Niño divino, pues él fue quien inspiró el valor á Estéban, quien encendió el hermoso fuego del amor cristiano en el corazon de Juan, y quien coronó á las inocentes víctimas de Belen; y estos gloriosos recuerdos, patentizando el espíritu del Cristianismo, robustecen la fe en la divinidad del Hijo de María.

En esto sigue la Iglesia paso á paso las huellas del eterno Padre; á cada humillacion de su Hijo corresponde una manifestacion de su gloria; en Jesucristo jamás vemos al hombre solo, siempre aparece Dios á su lado : anonádase en el pesebre, mas las falanges celestes cantan su nacimiento ; lo mismo sucederá durante todo el curso de su carrera, en el que prodigios reveladores de su divinidad acompañarán cada una de sus humillaciones. Ocho dias despues de Navidad la Iglesia reune de nuevo á sus hijos al rededor del pesebre para hacerles presenciar un tierno espectáculo; víctima del mundo, el niño Jesús se apresura á ofrecer á su Padre las primeras gotas de la sangre reparadora que debe un dia ser derramada toda en el Calvario, y sufre la dolorosa ley de la circuncision. Tal es la memorable circunstancia de la vida del Salvador que la Iglesia honra en el dia de la octava de su nacimiento.

II. Fiesta de la circuncision. — El objeto de nuestra fe en esta fiesta es el Niño de Belen sufriendo la señal de la circuncision y recibiendo el nombre de Jesús. La razon de la ceremonia á la que el Verbo encarnado se dignó someterse en este dia es la siguiente:

Todos los hijos de Abrahan debian llevar en su carne el signo de la alianza celebrada por el Señor con aquel Padre de los creyentes; el precepto de la circuncision estaba fundado en tres razones principales, y debia ser 1.° el sello de la alianza que el Señor habia contraido con Abrahan; 2.° un signo que distinguiese de los demás pueblos de la tierra á los descendientes del santo Patriarca; 3.° una prenda de las bendiciones prometidas en la persona de Abrahan á cuantos observasen fielmente los mandatos del Señor. Una de esas bendiciones, y la mas preciosa sin duda alguna, era la remision del pecado original, no obrada por la propia virtud de la circuncision, sino por la fe en la Pasion de Nuestro Señor, de que aquella era el símbolo; saludable fe que profesaba él adulto por sí mismo al sufrir la circuncision, y los padres por el niño. Sin embargo el niño circuncidado que moria no entraba por esto en el cielo, sino que debia esperar la ascension de Nuestro Señor [1].

La circuncision se verificaba ocho dias despues del nacimiento del niño, siendo la costumbre cumplir este deber no en el templo, sino en las casas particulares; para esta ceremonia no eran necesarios sa-

[1] Circumcisio instituta erat ad remedium originalis peccati. In circumcisione conferebatur gratia non ex virtute circumcisionis, sed ex virtute fidei Passionis Christi, cuius signum erat circumcisio: ita scilicet quod homo, qui accipiebat circumcisionem, profitebatur se suscipere talem fidem vel adultus pro se, vel alius pro parvulis. (D. Thom. 3 p. q. 38, art. 3; id. q. 70, art. 4). Eugenio IV es de la misma opinion, *in decret. ad Arm.* El papa Inocencio III se expresa en estos términos: Quoniam etsi originalis culpa remittebatur per circumcisionis mysterium, et damnationis periculum vitabatur, non tamen perveniebatur ad regnum coelorum, quod usque ad mortem Christi fuit omnibus observatum. *(In decretal. maiores).* Valde probabile est quod docet Sebastianus episcopus Oxoniensis, et ex eo Suarez, 3 p. q. 70, d. 29, sect. 2: scilicet circumcisionem, quatenus ipsa fuit remedium, quo remittebatur peccatum originale, et professio fidei de Christo venturo potuisse esse in usu omnium gentium; patuerunt enim ipsae hoc signum eligere inter alia, quod sine dubio validum erat ad talem effectum, si ea intentione fieret, quamvis non fieret cum intentione profitendi Iudaismum, seque illi populo adiungendi. Itaque tales circumcisione expiabantur à peccato originali, non vero obligabantur ad legem mosaicam. (Corn. Alapid. *in Gen.* XVII, 10. Véase tambien á san Bernardo, *De Baptismo).*

cerdotes ni levitas, pues ordinariamente era el padre el ministro, y algunas veces la madre [1]. San Epifanio, natural de Palestina, y mejor instruido que otro en las sagradas tradiciones de su país, dice expresamente que el Salvador fue circuncidado en el establo de Belen [2], y segun todas las probabilidades por mano de la santísima Vírgen ó de san José. Jesús, en su calidad de Dios, podia dispensarse de la dolorosa ceremonia de la ley mosáica, mas quiso someterse á ella por varias razones, dignas todas de su sabiduría y de su amor.

1.° Sujetando á ella su sagrada persona, anulaba de un modo honroso un rito que solo habia establecido Dios por algun tiempo.

2.° Con ello probaba que realmente tenia un cuerpo humano, y confundia de antemano los sofismas de la herejía que á pesar de la evidente prueba de los dolores y de las acciones de su vida mortal debia un dia negar su realidad.

3.° Manifestando que era hijo de Abrahan, de quien debia descender el Mesías, prevenia las objeciones que hubieran podido hacerle los judíos, negándole la divina calidad de Mesías, bajo el pre-

[1] Genes. XVII, 12; Exod. IV; I Machab. I.

[2] Natus est in Bethlehem, circumcisus in spelunca, oblatus in Ierusalem, in ulnas acceptus à Simeone. (S. Epiph. *Haer.* 20).—Creemos que nuestros lectores verán con gusto que traslademos aquí la historia de los primeros años de Jesucristo, tal como la refiere san Epifanio, pues sirve para allanar muchas dificultades que embarazan á los comentadores: «Anno Herodis XXXIII (seu «VIII ante aeram vulgarem) Bethlehemi in Iudaea Salvator nascitur, atque in «specu circumcisus, Hierosolymis oblatus est; ibique à Simeone inter brachia «susceptus, et ab Anna, Phanuelis filia, Prophetissa praedicatus, Nazarethum «deportatus est. Tum anno sequenti Hierosolymis se coram Deo repraesenta- «vit: atque inde Bethlehemum propter generis propinquitatem à matre delatus «est. Sed rursus Nazarethum rediens anno altero vertente (VI nempe ante ae- «ram vulgarem) Hierosolymam Bethlehemumque, gestante matre, perductus «est. Bethlehemi porro cum ad aedes quasdam cum matre et Iosepho divertisset, «qui iam grandis natu cum Maria degebat, secundo ab nativitatis anno à Ma- «gis adorandi causa conventus, ac donis ornatus est. Eadem vero nocte, cum «Iosephus per somnium ab Angelo esset admonitus, in Aegyptum transfertur, «Herodis anno XXXV. Unde rursus, post biennium mortuo iam Herode, ac «succedente Archelao, revertitur. Quare necesse est XXXVII Herodis anno «quartum aetatis suae puerulum egisse, cum Herodes, inquam, septem ac «triginta confectis annis vivendi finem habuit. Post hunc Archelaus novem an- «nis imperavit; quo regnum ineunte Iosephus ex Ægypto cum Maria et puero «digressus, ubi Archelaum imperare didicit, in Galilaeam secessit, ac tum «Nazarethi consedit.» (*Haeres.* t. I, *Haeres.* 20.—Id. *Haeres.* 51).

texto de que era extranjero, y adquiria el derecho de platicar con ellos para la salvacion de sus almas.

4.° Se hacia nuestro modelo, nos enseñaba la obediencia á las leyes de Dios, nos inspiraba horror por el pecado, y se hacia nuestra víctima.

III. Disposiciones para la fiesta. — Nuestro deber es penetrarnos de los sentimientos del Salvador y aprovechar las lecciones que nos da en este dia; para ello esforcémonos 1.° en concebir un vivo horror por el pecado que somete á ese tierno Niño á tan dolorosa ceremonia; 2.° en desprendernos sinceramente de las cosas criadas, y en vigilar con cuidado nuestros sentidos, á fin de preservarlos de la seduccion de los objetos exteriores; 3.° en unir nuestros corazones al de María. ¿Quién podrá expresar los sentimientos de aquella tierna madre al ver correr las primeras gotas de la sangre de su Hijo? Como Jesús y María ofrezcámonos en holocausto al Señor; sometámonos con fidelidad y respeto á todas las santas prácticas que su ley nos impone, y aceptemos sin murmurar las penas y trabajos que su Providencia nos envia; estos deben ser en tan instructiva y tierna festividad nuestros sentimientos y disposiciones.

Era costumbre entre los judíos dar un nombre al niño el dia de su circuncision; y en efecto, ¿no era justo que en el momento en que el Hijo del Hombre era inscrito en el número de los hijos de Dios, honrado con su alianza, colmado de sus dones y hecho heredero de sus promesas, tomase un nombre que recordase tan gloriosa adopcion y el sublime carácter de que se hallaba revestido? Por esto Nuestro Señor quiso tomar su augusto nombre al ser circuncidado, para someterse en todo no solo á las leyes, sino tambien á las piadosas costumbres del pueblo de Dios, y para enseñarnos con qué fidelidad debemos conformarnos con las prácticas religiosas y con los ritos de la Iglesia. Mas ¿qué nombre tomará? ¿quién es el que tiene derecho para imponerle uno? Á los padres toca el dar nombre á sus hijos, y los nombres mas convenientes son los que designan mejor las calidades esenciales de las cosas á que se aplican; de aquí se sigue que ninguna criatura en el cielo ni en la tierra, ni aun José ni María, podian nombrar dignamente al Hijo de Dios, en cuanto ninguna era capaz de comprender la excelencia de su naturaleza y la dignidad de sus funciones; solo Dios Padre podia dar á su Hijo un nombre que expresase perfectamente su adorable carácter.

Por esto es que el Padre eterno encarga á un príncipe de su corte que anuncie en la tierra el nombre de su Hijo; y el arcángel Gabriel, honrado con tan augusta mision, participa á María su maternidad divina y el nombre que debe dar al Hijo que de ella nacerá [1], nombre que tambien fue revelado á san José en otra circunstancia [2]. Hasta entonces aquel adorable nombre solo era conocido del eterno Padre, de los Ángeles, de María y de José; mas llegado es el momento de revelarlo al mundo.

IV. Nombre de Jesús. — El Dios Padre, que desde lo alto del cielo contemplaba á su amado Hijo sometido á la humillante y dolorosa ceremonia de la circuncision, rompe de repente el silencio y le da un nombre con el que le declara exento de pecado, la inocencia y la santidad mismas, el principio de salvacion para los hombres todos. ¿Quereis saberlo? Humillad, pues, vuestra frente en el polvo, porque al oirlo todas las rodillas se postrarán eternamente en el cielo, en la tierra y en los infiernos [3]. Jesús, es decir, Salvador; tal es el nombre del Hijo de Dios, nombre de poder, de amor y de victoria [4].

El nombre de Jesús es un nombre de *poder*, pues nos recuerda á aquel por quien todo ha sido criado, al Verbo de Dios que sostiene al mundo en la palma de su mano; al Rey de los reyes y Señor de los señores, cuyo reino espiritual es de todas las naciones y de todas las edades; al Cordero dominador del mundo, para quien fueron hechos los siglos todos; para quien los Reyes y los pueblos son, de grado ó por fuerza, como el baston en la mano del viandante, ó como los servidores bajo el poder de su dueño, servidores que eleva y glorifica si le son fieles, y que arroja y rompe como débiles vasos si se atreven á rebelarse contra él.

Nombre de *amor*. El solo sonido de las dos sílabas que componen el nombre de Jesús excita nuestra atencion y nuestro reconocimiento hácia el Autor de nuestra salvacion, el cual se hizo hombre para elevarnos hasta él, que nació en un establo, que lloró, que fue perseguido, calumniado, acusado, befado, azotado y crucificado por nos-

[1] Luc. I, 31.
[2] Matth. I, 21.
[3] Philip. II, 10.
[4] Absconditur in praesepio, sed proditur radiante stella de coelo, sic et circumcisio veritatem susceptae probat humanitatis; et nomen quod est super omne nomen gloriam indicat maiestatis. (S. Bern. *Serm. in Circ.* n. 2).

otros; el cual, para reconciliarnos con su Padre, resucitó de entre los muertos, y subió á los cielos donde es nuestro abogado y mediador; el cual, finalmente, para consolarnos y alentarnos, se hizo el compañero de nuestra peregrinacion, permaneciendo noche y dia en nuestros altares.

Nombre de *victoria*. Jesús significa salvador, conquistador, triunfador: el hombre y el mundo habian caido bajo el poder del demonio, y el espíritu rebelde tenia encadenada su presa hacia cuatro mil años; el uso que de su poder hacia, ¡Dios lo sabe! mas el Hijo del Padre descendió del cielo para lanzar al usurpador, romper su yugo y librar al universo cautivo: su nombre recuerda su victoria, y Jesús es nuestro Salvador en la acepcion mas lata de esta palabra.

Salvador del mundo entero, pues salva nuestro espíritu del yugo del error y de las supersticiones humillantes, infames y crueles; salva nuestro corazon de la tiranía de las pasiones; salva nuestro cuerpo de los males que durante el Gentilismo pesaban sobre él, y le comunica el gérmen de la gloriosa inmortalidad; salva al hijo, al esposo, al padre, á la sociedad, en una palabra, todo. Si el Salvador hubiese tardado algun tiempo mas en venir al mundo, la sociedad perecia sin remedio, y hoy nos impide caer de nuevo en el abismo en que nos hallábamos sumidos, pues Jesús es *aun* nuestro Salvador, el Salvador del mundo entero; sin Jesús el mundo físico se sepultaria otra vez en el cáos tragado por nuestros crímenes [1]; sin Jesús el mundo intelectual quedaria de nuevo envuelto al momento en las tinieblas del error, así como la tierra al desaparecer el sol del horizonte; sin Jesús el mundo moral se abismaria al instante en la cloaca del vicio y de la corrupcion, del mismo modo que el cuerpo se disuelve al ser abandonado por el alma, que los alimentos se putrifican al perder la sal que los conserva. La historia de los pueblos por espacio de diez y ocho siglos atestigua esta verdad.

Ahora bien, ¿es por ventura difícil de comprender que la mas completa confianza, el mas tierno amor, la alegría mas viva y el respeto mas profundo deben ser los sentimientos de nuestro corazon al pronunciar nuestros labios el adorable nombre de Jesús? Sea este nombre la primera palabra que profiramos al despertarnos, y la última al entregarnos al reposo, quedando impresa toda la noche en

[1] In hoc salus mundi tota consistit. (Odo Clun. *Opus*. lib. II, c. 28; san Ligorio, *Selv*. t. I, pág. 255).

nuestra boca como un sello perenne; en nuestras tentaciones, en nuestros peligros, en nuestras penas, pronunciemos el nombre de Jesús, puesto que es todopoderoso para regocijar nuestro corazon y poner en fuga al demonio, tanto que Tertuliano permite á los gentiles derramar la sangre de un cristiano que invocando el nombre de Jesús deje de lanzar al demonio del cuerpo de cualquier poseso que le sea presentado [1].

Contraigamos la laudable costumbre de pronunciarlo con frecuencia durante la vida, y sentirémos una grande esperanza al pronunciarlo por última vez en el momento de nuestra muerte; participemos de los sentimientos de aquel piadoso siervo de Dios, que exclamaba: «¡Oh divino Jesús! de Vos depende mi felicidad, mi vida y «mi muerte; cuanto haré será bajo vuestra proteccion y en vuestro «nombre. Si velo, Jesús estará delante de mis ojos; si duermo, res-«piraré su santo amor; si me paseo, será en la dulce compañía de «Jesús; si me siento, Jesús estará á mi lado; si estudio, Jesús será «mi maestro; si escribo, Jesús conducirá mi mano y mi pluma, sien-«do mi mayor placer trazar su adorable nombre; si hago oracion, «Jesús dictará mis palabras, animará mis acentos; si estoy fatigado, «Jesús será mi reposo; si estoy enfermo, Jesús será mi médico y mi «consuelo; si muero, será en el seno de Jesús; Jesús será mi felici-«dad y su nombre mi epitafio.»

No solo estamos obligados á tributar homenaje al nombre de Jesús por gratitud, sino tambien para obedecer al eterno Padre, quien ha querido que á este nombre se doblasen las rodillas todas en el cielo, en la tierra y en los infiernos [2]; y de este precepto divino proviene la antiquísima costumbre de que los fieles manifiesten su veneracion por el santísimo nombre de Jesús inclinando la cabeza cada vez que lo oyen pronunciar. El segundo concilio general de Lyon celebrado en 1274 confirmó tan piadosa costumbre; algun tiempo despues, el papa Sixto V concedió veinte dias de indulgencia á los que animados de una sincera contricion inclinasen la cabeza al pronunciar aquel santísimo nombre, y en 1577 el mismo Pontífice concedió á todos los Cristianos una indulgencia de cincuenta dias siempre que al saludarle usasen la siguiente fórmula, ya en latin, ya en lengua vulgar: *Alabado sea el Señor, Laudetur Iesus Christus*, ó que contes-

[1] Apol. c. 23.
[2] Philip. II, 10.

tasen : *Así sea*, ó *Por todos los siglos de los siglos*, *In saecula saeculorum.* Tambien concedió una indulgencia plenaria en el artículo de la muerte á todos los que, teniendo hábito de saludar el nombre de Jesús y de María, repitiesen las salutaciones en su interior, en caso de no tener fuerzas para articularlas. Estas indulgencias fueron confirmadas por el papa Benedicto XIII en 1728 [1].

V. Antigüedad y razon de la fiesta de la Circuncision.—El profundo respeto que la Iglesia ha tenido siempre por el Salvador y por su adorable nombre es una prueba de la antigüedad de las fiestas establecidas en honor suyo; y si bien la solemnidad de la Circuncision no se halla mentada por primera vez hasta el segundo concilio de Tours en 567, es indudable que es mucho mas antigua, y que data á lo menos del siglo IV [2], pues aquel concilio dice expresamente que no hace mas que renovar las prescripciones de los antiguos Padres. Dicho concilio hizo esta fiesta mas célebre; ordenáronse oraciones mas difusas y prescribióse el ayuno, ó mejor un medio ayuno, cuya observancia era muy compatible con la solemnidad. Antiguamente era costumbre celebrar en dicho dia dos misas, una en honor de la Circuncision de Nuestro Señor, y otra en honor de la santísima Vírgen, á fin de que la divina Madre tuviese una parte en las fiestas que se celebran despues de Navidad en gloria de su Hijo, y de aquí es que en el oficio y en la misa se hallan muchos pasajes que se refieren á la santísima Vírgen [3].

Obsérvese aquí la inteligente solicitud de la Iglesia: el dia de la Circuncision, que corresponde al primer dia del año, era para los gentiles un dia de desenfreno; la Iglesia opuso á él el culto de Jesús sufriendo y llorando, y el de María su madre, la Madre de las Vírgenes, y tambien el ayuno y las santas plegarias [4]. Los gentiles honraban

[1] *Historia de las indulgencias*, en 12.° París.

[2] Ad calcandam gentilium consuetudinem patres nostri statuerunt, privatas in kalendis ianuariis fieri litanias, ut in Ecclesiis psallatur, et hora octava in ipsis kalendis circumcisionis Deo propitio celebretur. (*Conc. Tur. ann.* 567, *can.* 17, *apud Labb.* pag. 857; Tomas. *De las fiestas*, lib. II, c. 8).

[3] Bened. XIV, pág. 18, n. 25.

[4] Per istos autem dies ad hoc ieiunamus, ut quando ipsi laetantur, nos pro ipsis gemamus. (S. Aug. *in Psalm.* XXXVIII, et *Serm. VII*).—En otra parte, Serm. CXCVIII, 2 *ianuar.*, el mismo Padre emplea toda su elocuencia para desviar á los Cristianos de tales abusos : Acturus es celebrationem strenarum sicut paganus, lusurus alea, et inebriaturus te? Quomodo aliud credis, aliud

en dicho dia á su diosa *Strena* ó *Strenua,* por medio del cambio de presentes á los que se da el nombre de aguinaldos; semejantes fiestas, acompañadas de mil excesos, empezaban en Roma el dia 17 de diciembre, y durante ocho dias celebraban sus Saturnales ó fiestas de Saturno: en ellas los esclavos comian con sus señores y tenian la libertad de decirlo todo, siendo el fin de esa supersticiosa costumbre perpetuar el recuerdo de la fábula de la edad de oro en la que, segun se pretendia, no habia entre los hombres distincion alguna de clases.

Los mismos pueblos celebraban tambien las Calendas, ó el principio de enero, con espectáculos tan extravagantes como licenciosos en honor de su dios Jano, el cual habia dado su nombre al mes de enero y parecia dar principio al año, siendo este el orígen de las profanas diversiones del primer dia del año, de los Reyes y del Carnaval, á las que no vacilan en entregarse muchos cristianos: los Concilios las condenaron severamente, y por san Isidoro de Sevilla y Alcuino sabemos que varias iglesias habian prescrito un ayuno para el dia 1.° de enero, á fin de reprimir mas eficazmente semejantes abusos [1].

VI. Santificacion del primer dia del año.—El uso de los aguinaldos es lo único que resta de las antiguas prácticas en el primer dia del año, y á pesar de su orígen gentil, nada tiene en el dia que sea contrario á la santidad del Cristianismo; por el contrario, puede ser la feliz coyuntura que reconcilie los miembros de una misma familia, y estreche los lazos de la caridad; á nosotros toca el santificarlo con la pureza de nuestras intenciones.

Lo mismo sucede con las felicitaciones de año nuevo, las cuales son para muchos palabras que el aire lleva y vanas fórmulas únicamente; mas ¿por qué no hemos de convertirlas en una cosa santa? ¿por qué no han de ser un deseo de nuestro corazon? ¿por qué no nos hemos de desear unos á otros un año verdaderamente feliz, es decir, feliz delante de Dios y para el cielo, santificado por el amor

speras, aliud amas? Dant illi strenas, date vos eleemosynas; avocantur illi cantionibus luxuriarum, avocate vos sermonibus Scripturarum; currunt illi ad theatrum, vos ad ecclesiam; inebriantur illi, vos ieiunate... Id. *in appendice:* Iam vero illud quale et quam turpe est, quod viri nati tunicis muliebribus vestiuntur, et turpissima demum demutatione puellaribus figuris virile robur effoeminant: non erubescentes tunicis muliebribus inserere militares lacertos, barbatas facies praeferunt, et videri foeminae volunt.

[1] Lib. II, *de Offic.* c. 40; Lib. *de div. Offic.* S. Aug. *Serm. in Calend. Ian.*

de Dios y del prójimo? Si las almas sencillas lo hacen, ¿por qué no lo haríamos nosotros? Mas ilustrados que nosotros, en cuanto eran mas cristianos, nuestros padres se dirigian felicitaciones mucho mas completas que las nuestras, y en su cándida caridad se decian: *Os deseo un feliz año seguido de muchos otros, y el paraíso al fin de vuestros dias*. Quizás os causará risa esta fórmula; pues bien, decid otra que sea mas digna del hombre y del cristiano, ó mejor, reservad vuestros sarcasmos por los ridículos cumplimientos, por las mentidas palabras, por el vano ceremonial de los mundanos al dar principio al año, y si la moda no quiere que la fórmula de nuestros abuelos esté en nuestros labios, esté á lo menos en nuestro corazon, pues todas las demás son incompletas y falsas.

Así pues, la costumbre de felicitar el nuevo año á todas las personas á quienes amamos ó debemos consideraciones es muy digna de alabanza, si bien no hemos de olvidar á aquel á quien deben dirigirse nuestros primeros votos. Sí, felicitemos el nuevo año á nuestro Padre celestial, y digámosle con confianza é infantil candidez: Dios mio, deséoos un buen año, un año en el que seais conocido, amado y glorificado por todo el mundo. Ofrezcámosle en aguinaldo nuestro corazon y un santo propósito para todo el año: pidámosle el suyo; sus bazares están provistos con abundancia, mas dejemos que él mismo lo escoja, pues su mano dirigida por su paternal corazon nos dará lo que sabe sernos de mas utilidad.

Seamos, sobre todo, fieles á la tierna costumbre establecida en un Catecismo de Perseverancia que no os es desconocido. No ignorais que el dia primero del año la presidenta en persona recoge las limosnas para el pequeño niño Jesús; dinero, naranjas, dulces, todo se recibe y se da en aguinaldo al niño Jesús en la persona de un pobre niño elegido de antemano. Esto no es una ficcion; así pues, reanimad vuestra fe; en el Evangelio Nuestro Señor no dice: Los pobres han tenido hambre; los pobres han tenido sed, sino que dice: Yo, vuestro Dios, tuve hambre, tuve sed; luego vuestros aguinaldos se dirigen al niño Jesús identificado con el pobre. ¡Ah! adoptad tan tierna costumbre, os lo ruego, pues además de atraer las bendiciones del cielo sobre el año que empieza, es tan dulce hacer feliz á un pobre niño, que sin vosotros veria, tiritando de frio y sin pan, gozar alegremente á los compañeros de su edad de todos los juegos y de todos los placeres.

Finalmente, el primer dia del año debe inspirarnos graves pensamientos: el año que termina y cae como una gota de agua en el océano de la eternidad, ¿ha sido turbado por mí con àlgun pecado? ¿Qué es lo que he hecho por Dios y para mi alma? ¿Soy mejor al fin de este año de lo que lo era en su principio? ¿De qué defecto me he corregido? ¿Qué virtud he adquirido? Si me fuese preciso dar cuentas, ¿qué méritos podria presentar? Y sin embargo, ¡cuántas y cuántas gracias he recibido!

La víspera y el dia de año nuevo es conveniente confesar y comulgar como en viático; para ello se hace un exámen de un cuarto de hora, se rezan las oraciones de los agonizantes, y se hace la preparacion para la muerte; en una palabra, se procuran arreglar los asuntos de la conciencia, del mismo modo que los negociantes arreglan en la misma época las operaciones de su comercio. ¿Hasta cuándo, Dios mio, serán mas precavidos los hijos del siglo que los hijos de la luz?

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber derramado por mí las primeras gotas de vuestra sangre el dia de la circuncision; inspiradme un gran respeto y una ilimitada confianza en vuestro santísimo nombre.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pronunciaré cada mañana al despertarme los santísimos nombres de Jesús y de María.*

# LECCION XXX.

## EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

**Epifanía.—Sabiduría y utilidad del culto del niño Jesús.—Objeto de la fiesta de la Epifanía.—Tres manifestaciones del Salvador.—Número de los Magos.—Su profesion.—Estrella milagrosa.—Profecía de Balaam.—Antigüedad de la fiesta de la Epifanía.—Obligacion y modo de celebrarla.—Imitar á los Magos.—Anuncio de Pascua.—Torta de los Reyes.**

Seis dias despues de la fiesta de la Circuncision agitan los aires el grave sonido de las campanas de las antiguas catedrales y el chillon y alegre campaneo de las aldeas; el campesino viste su traje de fiesta; el habitante de las ciudades se acicala mas que de costumbre; una numerosa muchedumbre llena las calles y caminos que conducen á la iglesia; nuestros altares ostentan una pompa extraordinaria; celébrase una nueva fiesta, y por la tercera vez en quince dias la Iglesia convoca á sus hijos en el establo de Belen. ¡Ah! los misterios de amor se suceden rápidamente en el asilo del Dios recien nacido.

I. Utilidad del culto del niño Jesús.—¿Por qué, pregunta el hombre de mundo, ignorante y ligero; por qué poner sin cesar á la vista el triste espectáculo de ese pesebre, de ese establo, de ese Niño que llora y que sufre? El culto católico solo inspira lúgubres y amargos pensamientos; presenta sin cesar á la imaginacion de sus discípulos la vida pobre de Jesús; en una palabra, es un culto de tristeza y monotonía, inferior en mucho á la supersticion idólatra, la cual al menos solo ofrecia á los gentiles risueñas imágenes del placer y de la voluptuosidad.

Estos son los cargos; hé aquí nuestra defensa:

Es cierto que el Catolicismo nos recuerda sin cesar la vida pobre de Jesús; mas ¿qué ves en semejante moral, sábio del siglo, para escandalizarte tanto? Interroga la experiencia, da una mirada á la sociedad, y díme si esta moral, mejor que tus declamaciones, no conduce al hombre al desprecio de las riquezas y de los honores, al respeto de la indigencia? Su sueño favorito es la igualdad entre los miembros de la gran familia humana; pues bien, díme: ¿no es esta

moral una exhortacion mas persuasiva que tus discursos, mas eficaz que tus constituciones y planes, para la igualdad primitiva de los hijos de Adan? ¿No da al hombre por ventura, mejor que tus libros, la justa idea de los verdaderos bienes que debe desear y de los verdaderos males que debe temer? ¿No es acaso para los ricòs y grandes el mas poderoso de todos los motivos para acercarse al pobre, para mirarle como su mediador en el órden religioso, para no envanecerse con un rango, con una fortuna ó con un crédito que despreciaron el Hijo de Dios y los mas justos mortales?

Y para los pobres y oprimidos, para aquellos que sufren y lloran, para aquellos que rechazados del mundo no tienen otro testigo de sus males que Dios, y su número es grande, ¡bien lo sabes! para tantos infortunados, ¿se puede imaginar algo mas consolador que el establo del Dios Niño, sus miserables pañales y la desnudez de su cuna? Pretender arrebatar su culto á los desgraciados, pretender despojarles de la divina cuna, de los preciosos pañales, del miserable pesebre, ¿es, ó filósofo, mostrarte el bienhechor de la humanidad ó su mas cruel enemigo? Mientras que en medio de tus suntuósas habitaciones, de tus encantadores espectáculos y de tus espléndidos festines, arrostras los rigores del invierno, deja á la Religion que consuele al pobre que carece de fuego y de pan, mostrándole á un niño, su modelo y su Dios, que tirita de frio y que llora!

Dices además que el culto gentil era superior al nuestro en cuanto ofrecia las risueñas imágenes del placer y de la voluptuosidad.

Confieso que el culto de un Júpiter abominable, de una Vénus impúdica, tendria mas atractivo para los voluptuosos; el culto de Juno agradaria mas á los vengativos; el de Baco á los bebedores; el de Pluto á los avaros, en una palabra, cada pasion, cada vicio gustaria de verse deificado en el objeto de sus deseos: mas díme: ¿es este el medio de hacer al hombre mejor, y por consiguiente mas feliz, á la sociedad mas moral, y por consiguiente mas tranquila y fuerte? ¿Por ventura no es el hombre muy inclinado al mal, sin ser excitado á él por el ejemplo de sus dioses? Dices que el Gentilismo era mas halagüeño, mas ¿ha sido establecida la Religion para divertirnos y distraernos, ó para glorificar á Dios y hacernos mejores? El Gentilismo era en la apariencia mas halagüeño, pero interiormente ¿hacia al hombre mas feliz? ¿Confundirás acaso los tumultuosos placeres del mundo con los tranquilos goces del espíritu y del corazon?

Concedo que el Gentilismo era pródigo de los primeros, mas ignoraba los segundos, al contrario de lo que sucede en el Cristianismo: este guia al hombre á la felicidad por una senda mas segura, la de las privaciones; para procurarle el sentimiento de la dicha no le hace salir de sí mismo, pues aquel sentimiento está en nosotros y no fuera de nosotros; en el interior del hombre ha cifrado la verdadera Religion sus mas puros placeres, haciéndole encontrar las nobles delicias de la virtud, el contento de sí mismo, la paz íntima, la tranquilidad de una buena conciencia que nada puede suplir, y que jamás conocieron los adoradores de los falsos dioses ni los panegiristas del error [1].

Dejemos desvariar al impío, y sigamos nosotros á la Iglesia hasta Belen; hoy es la fiesta de los Reyes ó de la Epifanía, es decir, la manifestacion de Jesucristo.

II. Fiesta de la Epifanía. — En este gran dia, la Iglesia celebra tres manifestaciones del Hijo de Dios; la primera se verificó en su bautismo, cuando el Espíritu descendió visiblemente sobre él en forma de paloma, oyéndose una voz que decia: *Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido* [2]; la segunda tuvo lugar en las bodas de Caná en que Jesucristo obró su primer milagro convirtiendo el agua en vino, con cuyo milagro manifestó su gloria y á consecuencia del cual sus discípulos creyeron en él; la tercera y la mas célebre es aquella por la que el divino Niño se manifestó á los gentiles y recibió la adoracion de los Magos.

La reunion en un mismo dia de las tres conmemoraciones dichas data de muy remota antigüedad, y parece que en el establecimiento de esta triple fiesta de la *Epifanía, ó de la manifestacion del Salvador,* la Iglesia participó de la opinion de algunos santos Padres, que creyeron que los tres misterios podian haber sucedido en un dia [3].

Sin embargo, domina de tal modo la idea del Salvador adorado en el pesebre por los Reyes ó los Magos, que ha dado su nombre á la fiesta y se halla cási exclusivamente en el oficio ó en los himnos de la solemnidad del dia 6 de enero. En efecto, la manifestacion de Jesús á los gentiles fue un acontecimiento inmenso que cambió la faz del mundo: desde los tiempos inmediatos al diluvio las nacio-

[1] Véase á Jauffret, *Del culto público*, pág. 199.
[2] Matth. III, 17.
[3] Véase á Bened. XIV, *De festis Dom.* c. 2, pág. 17 y 59.

nes, extraviadas en sus sendas, humilladas delante de los ídolos, se hallaban envueltas en las tinieblas de la muerte; la historia nos refiere su abyeccion y sus sufrimientos; solo un pueblo, depositario de la verdadera Religion, vivia feliz bajo el imperio del mismo Dios. Sin embargo, la misericordia abogó en el cielo por la causa de las naciones; la ganó, el niño Salvador nació en Belen, y al llamar al rededor de su cuna á los extranjeros y á los gentiles, Dios quiso manifestar que todos los hombres, las naciones todas, estaban destinadas á conocer á su Hijo, á amarle y á servirle.

Desde el dia en que los Magos de Oriente fueron á adorar al Hijo de María, no hubo mas privilegio de naciones, mas pueblo *de Dios aparte*: el pueblo de Jesucristo fueron los pueblos todos; la *nacion elegida*, las naciones todas; de modo que la fiesta de la Adoracion de los Magos es la nuestra, pues descendemos de los que fueron desde tan léjos á adorar al Deseado de las naciones; nuestros padres no eran poseedores de la tierra de Canaan, y para conducirles á ella, apareció una estrella y marchó delante de ellos, como en otro tiempo la coluna de fuego guiara á los soldados de Moisés. Por semejante prodigio debemos inmensa gratitud á Dios, pues sin la estrella que hizo brillar á sus ojos, habríamos permanecido envueltos en las tinieblas y en las sombras de la muerte; así pues, cada año, al llegar el dia de Reyes, dirijámonos al pié de los altares que recuerdan el pesebre de Belen, adoremos al que nació para salvarnos á todos, y no nos desalentemos por no tener mirra, incienso ni oro que ofrecerle; recordemos que los pastores adoraron antes que los Magos ó los Reyes al Hijo de María, y que no le tributaron mas homenaje que el de su pureza y el de su fe [1].

En la parte II del Catecismo hemos descrito el viaje de los Magos [2]; réstanos ahora dar algunos detalles acerca de sus personas y de la estrella que les sirvió de guia, pues en semejante materia nada hay que no sea interesante. «La Iglesia, dice el autor de la *His-«toria de las fiestas cristianas*, hace profesion de no saber respecto de «los Magos otra cosa de lo que dice el Evangelio, y cree únicamente «que despues de regresar á su país, tuvieron gran cuidado de con-«servar y de hacer provechosa la gracia que habian recibido, y que «despues de haber anunciado á Jesucristo en la tierra con sus pala-

[1] *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 79.
[2] Leccion II.

«bras y con el ejemplo de su vida, alcanzaron la gloria del cielo [1].»

Sin embargo, una antiquísima tradicion dice que eran en número de tres, y que eran reyes [2]; otra los designa bajo los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar. Melchor, el primero de los Magos, refiere dicha tradicion, era un anciano calvo, con poblada barba y largos cabellos blancos; cuando se prosternó ante el Niño anunciado por la estrella llevaba una túnica de color de jacinto ó azul celeste, un manto amarillo ó de color de naranja, unas sandalias de mezcla de azul y de blanco, y un manto real de diferentes colores. Melchor ofreció oro á Jesucristo.

El segundo mago se llamaba Gaspar; era jóven, barbilampiño y muy blanco; vestia una túnica anaranjada y un manto encarnado; sus sandalias eran de color de jacinto; para reconocer la divinidad de Jesucristo ofrecióle incienso.

El tercero se llamaba Baltasar; era moreno, llevaba una larga barba y vestia una túnica roja y un manto listado; sus sandalias eran amarillas, y ofreció mirra á su Salvador para indicar su mortalidad [3]. Esta tradicion puede ser objeto de una piadosa creencia, pero no de una fe obligatoria.

En cuanto á la profesion de los Magos se cree que eran reyes, y que hacian un particular estudio de la astronomía [4]; versados en las antiguas tradiciones, reconocieron en la estrella milagrosa la estrella profetizada por Balaam quince siglos antes. Es sabido que á su entrada en la tierra prometida, bajo el mando de Josué, los israelitas consiguieron victoria sobre victoria, y las noticias de sus triunfos, y mas aun los milagros que habia obrado Dios en su favor durante el paso del desierto, sembraron entre los pueblos de Canaan

[1] Cum Magi reversi fuissent, manserunt colentes et glorificantes Deum, studiosius magis quam primum, et praedicarunt omnibus in genere suo et multos erudierunt. Denique cum post resurrectionem Domini Thomas apostolus isset in provinciam illam, adiuncti sunt ei, et baptizati ab eo, facti sunt adiutores praedicationis illius. (*Auct. oper. imperf. homil. II in Matth.*; Sandini, p. 49).

[2] Caesar. *Serm. CXXXIX;* Leo, *Serm. I, IV, V,* et passim.

[3] Casaub. in Baron. et Bolland. Maii, t. I, pag. 7, 8, y Benedicto XIV: Tres illos fuisse docet recepta in Ecclesia sententia. (Epiph. pag. 22, n. 7, 8; Sandini, *Hist. famil. sacr.*, pág. 30 y sig.).

[4] Benedicto XIV sostiene y establece la opinion de su carácter de reyes. (Id. n. 11).

el mayor desaliento : los moabitas quedaron aterrorizados, así es que su rey Balac, pensando en los medios de salvacion, resolvió oponer á tan temible nacion otros obstáculos que los impotentes esfuerzos de sus armas.

Para ello envió diputados á Balaam, hijo de Beor, residente en Pethor, á orillas del Eufrates, en Mesopotamia, que pasaba por encantador y adivino, y tomando uno de los enviados la palabra, díjole en nombre del rey su señor : «Un pueblo salido de Egipto cu«bre toda la faz de la tierra y está acampado cerca de mí. Ven, pues, «á maldecir á este pueblo mas fuerte que yo, á fin de que intente «si por algun medio podré vencerle y lanzarle de mis tierras, pues «sé que bendito será el que tú bendigas, y maldito aquel que maldi«jeres.»

Balaam se puso en camino, y al dia siguiente de su llegada, Balac le acompañó á una elevada montaña, desde cuya cima se descubria el ejército de Israel ; al verlo Balaam, poseido del espíritu del Señor, púsose á bendecir al pueblo á quien debia maldecir, y dando principio á su profecía dijo : «Hé aquí lo que dice Balaam, hijo «de Beor, hé aquí lo que dice un hombre cuyos ojos están cerrados ; «hé aquí lo que dice el que oye las palabras de Dios, el que conoce «los consejos del Altísimo, el que presencia las visiones del Todo«poderoso : Le veré, pero no ahora ; le consideraré, pero no de cer«ca. *Una estrella saldrá de Jacob*, un vástago saldrá de Israel que «anonadará á los jefes de Moab ; saldrá de Jacob un dominador que «echará á perder los restos de la ciudad.»

Una invariable tradicion, comun á los judíos y á los Cristianos, y que data de tres mil quinientos años, ha reconocido siempre que Balaam designaba al Mesías, al decir : *Una estrella saldrá de Jacob, un vástago saldrá de Isráel.* Los acentos del Profeta habian resonado en todo el Oriente ; su recuerdo se habia perpetuado de generacion en generacion, y cuando apareció la estrella, los Magos iluminados por la tradicion y por la gracia se pusieron en camino para adorar al glorioso vástago de Israel [1], al cual hallaron en Belen con su di-

[1] *Redencion del género humano*, pág. 80; *Biblia* de Veuce, t. XX.—Si se pregunta cuál era la estrella que guió á los Magos hasta el lugar del nacimiento del Salvador, podria contestar que esta es otra de las cuestiones en las que los sábios prodigan inútilmente su tiempo y sus trabajos sin poder llegar jamás á una solucion satisfactoria. Sin embargo, como todo lo que se refiere á los

vina Madre, y al que ofrecieron oro, incienso y mirra. Fieles á la costumbre de los orientales que no se presentaban y que ni aun en el dia se presentan jamás delante de los reyes sin ofrecerles algun presente, los Magos depusieron á los piés del niño Jesús ofrendas, llenas de misterios: con el oro reconocian su imperio y su dominio absoluto sobre el universo y el derecho que tenia á los tributos de todas las naciones; con el incienso su divinidad, pues el incienso es el emblema de la adoracion, del sacrificio, del aniquilamiento de la criatura delante de Dios, y con la mirra, empleada en los embalsamamientos, su santa humanidad [1]. En sus presentes debemos ver una leccion para nosotros, y ofrezcamos al Niño divino el oro de la caridad y de la obediencia absolutas, el incienso de nuestra oracion y de nuestra fe, y la mirra de la mortificacion y del desprendimiento de nosotros mismos, pues estas son las ofrendas que pide, y sin las cuales no podemos serle agradables.

Los Magos fueron las primicias del Gentilismo, y de su llegada á Belen data la nueva época de gracias y bendicion en que el Sol de verdad y de justicia inundó con sus rayos al universo entero; época para siempre memorable, cuyo recuerdo ha consagrado la Iglesia con la fiesta de la Epifanía.

III. Antigüedad de esta fiesta.—La fiesta de la Epifanía data de los primeros tiempos: á mediados del siglo IV era ya tan solemne, que, segun dice Amiano Marcelino, el emperador Juliano no se atrevió á dejar de asistir á ella; el Príncipe apóstata se encontraba en Viena el dia de la Epifanía del año 361, y creyóse obligado á asistir al oficio, temiendo revelar el designio que estaba meditando de

misterios de la santa Infancia es digno de nuestro interés, no será por demás manifestar las varias conjeturas que se han formado sobre la aparicion del milagroso astro. Nadie, á lo menos que yo sepa, ha dicho que fuese una estrella fija ni tampoco un cometa, cuyo lugar lo mismo que sus movimientos en el firmamento son bien conocidos; algunos han creido que Dios lo habia creado para esta circunstancia; otros, que un Ángel, revestido de un cuerpo brillante como una estrella, marchaba delante de los Magos para dirigir sus pasos, y finalmente muchos, y estos son el mayor número, opinan que aquel signo celeste era un meteoro muy luminoso al cual un Ángel habia dado la forma de una estrella, y que suspendido en la region media del aire era dirigido por él de Oriente á Occidente, como en otro tiempo la coluna de fuego que guió á los hijos de Israel al través del desierto. Sobre esto nada puede decirse con exactitud.

[1] Benedicto XIV, n. 21, 22.

renunciar á la religion cristiana [1]; algunos años despues sucedió lo mismo con el emperador Valente, el cual, si bien infestado de arrianismo, creyó que dejaria de ser considerado como un príncipe cristiano si no asistia al oficio divino de la Epifanía; y el inmenso concurso de pueblo, la profunda piedad de la asamblea, la magnificencia de las ceremonias, la majestad de san Basilio que celebraba el augusto sacrificio, causaron tal admiracion y terror á aquel Príncipe hereje, sobre todo al verse excluido de la oblacion, que hubiese caido desvanecido, á no haberle sostenido uno de los ministros del altar [2].

IV. Disposicion para esta fiesta. —Aunque muy solemne, la fiesta de la Epifanía no va precedida de ayuno, porque es como la continuacion de la fiesta de Navidad, y la vigilia de Navidad es en cierto modo la vigilia de la Epifanía. En este dia la Iglesia ostenta á nuestros ojos la pompa de sus decoraciones y los tesoros de su poesía; los acentos de los Profetas, la prosa, los himnos, los salmos de la tarde, todo se reune para cantar, con extraordinario entusiasmo, al Sol de justicia iluminando á las naciones todas envueltas en las tinieblas de la muerte. ¡Ah! si conocemos el don de Dios, si reflexionamos sobre el estado en que se hallaban nuestros padres y en el cual nos hallaríamos nosotros todavía á no ser por el Evangelio, ¡con qué acendrado sentimiento de gratitud unirémos nuestra voz á la de la Iglesia, nuestro corazon á su corazon, nuestras preces á sus preces, para dar gracias á aquel que se dignó mecer nuestra cuna en el seno del Cristianismo!

Y si estos recuerdos no bastan para conmovernos, volvamos la vista hácia tantas naciones infortunadas sujetas y envilecidas aun bajo el yugo de la idolatría. «Mirad, nos dicen, ved nuestra abyec«cion, nuestra profunda miseria, nuestra barbarie, nuestros inhu«manos sacrificios; lo que somos ahora, lo fuísteis vosotras antes, y «lo seríais todavía sin el Cristianismo. Guardadlo cuidadosamente, «puesto que lo poseeis; la Religion, que os libró de la barbarie, es «el único lazo que os impide volver á ella.» Interroguemos tambien á las naciones que han perdido la fe: ¿Qué nos dicen esas costas de África antes tan florecientes, esa patria de los Agustines, de los Ciprianos y de los Tertulianos? ¿Qué nos dice el Asia Superior, la Gre-

[1] Lib. XXI.
[2] S. Greg. Naz. Orat. XX.

cia regada con el sudor de los santos Apóstoles? Allí se levantaban las fervientes iglesias de Antioquía, de Éfeso, de Corinto, de Tesalónica, y á su sombra vivia un pueblo ilustrado, dichoso y libre; ¿qué veis ahora en su lugar? ruinas y mas ruinas. La media luna ha reemplazado la cruz; la barbarie á la ciencia; la esclavitud á la libertad; á la alegría han sucedido las lágrimas, á la opulencia la miseria y el hambre; y de entre las ruinas de su antigua gloria aquellas naciones y ciudades nos gritan: «Pueblos de Europa, nos-«otras os precedimos en el camino de la civilizacion; nosotras goza-«mos de las primicias de la fe, y fuimos lo que vosotros sois, ilus-«tradas y dichosas; guardad con cuidado lo que poseeis, pues la Re-«ligion, que os libró de la barbarie, es el único lazo que os impide «volver á ella.» ¡Ah! Dios mio, no sin razon rodeais á las naciones cristianas de un vasto círculo de pueblos idólatras ó sumidos en la barbarie; con semejante espectáculo á la vez triste y terrible quereis instruirnos y hacernos agradecidos y fieles.

Háganos volver en nosotros mismos tan graves lecciones; conmueva nuestro corazon la vista de tantas miserias, y sin limitarnos á una estéril compasion volemos al socorro de aquellos pueblos infelices: secunden nuestras limosnas el heróico celo de nuestros misioneros, y procuren á aquellos hombres, rescatados como nosotros con sangre divina, la felicidad de que gozamos quizás con demasiada indiferencia. ¿Quién sabe? Quizás solo á tal precio debemos entre nosotros la conservacion de la fe. Procurar la luz del Evangelio á los que se hallan sepultados en la sombra del error es, no lo dudeis, el verdadero medio de secundar el espíritu de la fiesta de la Epifanía y de celebrarla dignamente.

La conducta de los Magos es tambien un ejemplo que debemos imitar, manifestando igual fidelidad á la gracia; siempre que Dios nos habla, ya por órgano de sus ministros, ya por sus santas inspiraciones, ya por las revoluciones, las calamidades ó los beneficios, hace brillar una estrella en nuestro horizonte, y debemos considerarla un astro que nos llama á Dios. Sigámosle como los Magos siguieron á la estrella, *pronta, generosa, pura* y *fielmente*, y como ellos encontrarémos á Jesucristo; y luego, despues de haber depuesto á sus piés el homenaje de nuestro corazon, volvámonos, tambien como ellos, por otro camino; evitemos, posesores como somos de Dios y de su gracia, el ver otra vez á los Herodes que quieren dar muerte al

Niño; estos Herodes, que todos conocemos, son los malos cristianos, cuyas palabras, ejemplos y sarcasmos tienden á arrebatarnos el tesoro de la inocencia.

La gratitud por nuestra vocacion á la fe, el celo para la propagacion del Evangelio, un sincero deseo de corresponder á la gracia, á fin de conformar en todo nuestras costumbres á nuestra creencia; tales son en general las disposiciones de que hemos de poseernos para celebrar dignamente la fiesta de la Epifanía.

V. Liturgia.—El oficio de este solemne dia ofrece algunas particularidades dignas de ser observadas; en la misa, el presbítero ó el diácono despues de cantar el Evangelio se vuelve hácia el pueblo y le anuncia en estos términos el dia de Pascua: «Vuestra caridad «sabrá, hermanos mios, que por la misericordia de Dios y de Jesu-«cristo celebramos la Pascua del Señor el dia... del mes de...» El orígen de esta antiquísima costumbre es el siguiente: En el siglo II se fijó el dia de Pascua para todas las iglesias de Oriente y de Occidente; mas no existia aun el calendario, y como los mas hábiles astrónomos residian en Alejandría de Egipto, ciudad de los sábios en aquel entonces, el Sumo Pontífice informaba á los metropolitanos de Occidente del dia en que debian celebrar la Pascua, en vista de las tablas astronómicas que le remitia cada año el patriarca de aquella ciudad. En el concilio ó sínodo que se reunia anualmente, cada metropolitano indicaba el dia de Pascua de aquel año; los obispos y presbíteros presentes lo anotaban, y durante las fiestas de Navidad lo anunciaban á sus respectivos pueblos, eligiendo para ello el dia de la Epifanía, último dia de las solemnidades de Navidad, y la última festividad antes de Pascua, á fin de que el pueblo reunido en mayor número tuviese noticia de la augusta solemnidad. En el dia, la Iglesia católica conserva el anuncio de Pascua del mismo modo que el sábio conserva una preciosa medalla de la antigüedad.

En los Maitines de la Epifanía no hay invitatorio; en las grandes festividades el pueblo era convocado al oficio de la noche por medio del canto del invitatorio; mas cuando se abolieron las Vísperas para los fieles, y la primera de ellas fue la de la Epifanía, á causa de los abusos á que daban motivo, el obispo y su clero continuaron diciendo el oficio, si bien suprimiendo el invitatorio, que carecia ya de objeto; en las demás fiestas continuó diciéndose, por la razon de que el pueblo era todavía convocado al oficio de la noche, y final-

mente al suprimir este enteramente, se conservó el invitatorio como un vestigio de la antigua costumbre [1]; de modo que la supresion del invitatorio en el oficio de la Epifanía, y su conservacion en las demás fiestas, es un doble monumento que recuerda toda la disciplina de la Iglesia en la celebracion de sus santas vigilias.

Finalmente, en la fiesta de la Epifanía existe una circunstancia que, si bien profana en su orígen, puede darnos lugar para ejercer la grande virtud del Cristianismo, la caridad. La torta de reyes, que reune en una misma mesa á los parientes y á los vecinos [2], es para ellos un motivo de concordia y de paz, y de compasion hácia los pobres. ¡Ah! ¿quién no se conmueve al recordar la costumbre conservada aun en nuestras antiguas familias cristianas, de hacer ante todo en la torta *real* la *parte de Dios*, es decir la parte de los pobres? Presentada la inmensa torta al cura de la parroquia, el cual está aquel dia en el número de los convidados, le ruegan que señale la parte de los pobres, encargándole que la haga muy grande; esta parte se pone á un lado, y si por casualidad el *haba* no se encuentra en las demás porciones servidas á los asistentes, entonces para tener el derecho de buscarla en la parte de los pobres es preciso rescatarla del párroco mediante una limosna para los necesitados y enfermos de la parroquia.

¡Bendita seas, Religion santa! tierna madre que permites á tus hijos inocentes placeres, al mismo tiempo que quieres que tomen parte en la fiesta todos los miembros de tu gran familia.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber llamado á los gentiles á la fe; iluminad á los infieles que no os conocen y á los herejes que os conocen ya, y haced que dóciles á la voz de la gracia merezcamos conservar la fe.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me asociaré á la Propagacion de la Fe.*

[1] Véase á Durand. *Ration.* lib. VII, c. 16; y Tomas. lib. II, c. 6; Conc. de Orleans en 541, y de Auxerre en 578.

[2] Semejante costumbre no existe en España.

# CATECISMO COMPENDIADO.

## LECCION I.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DE LA NECESIDAD Y BENEFICIOS DEL CULTO EXTERIOR.

PREGUNTA. ¿Qué se entiende por culto?

RESPUESTA. Culto es el conjunto de las muestras de respeto, de adoracion y de amor que tributamos á Dios.

P. ¿Cuántas especies hay de culto?

R. Dos: interno y externo; el interno comprende todos los sentimientos de fe, de esperanza, de adoracion y de amor que debemos á Dios, y el externo es la manifestacion de estos mismos sentimientos.

P. ¿En qué consisten las ceremonias?

R. En ciertas acciones misteriosas, establecidas para acompañar al culto externo y hacerlo mas augusto, mas expresivo y mas majestuoso.

P. ¿Qué se entiende por rito?

R. Una ceremonia verificada segun el órden prescrito por la Iglesia: dícese rito romano, rito parisiense, para indicar las ceremonias que se practican en Roma y en París.

P. ¿Qué es liturgia?

R. El conjunto de las ceremonias empleadas en el servicio divino; la palabra liturgia significa accion por excelencia, en cuanto el servicio divino es la obra mas noble que nos sea dable practicar, pues nos pone en relacion con el mismo Dios.

P. Díme por qué es necesario el culto externo.

R. Es necesario: 1.° porque el hombre debe á Dios el homenaje

de su alma y de su cuerpo, honrando el alma á Dios por medio del culto interno, y el cuerpo por medio del externo; 2.° porque no siendo el hombre un espíritu puro, necesita del auxilio de las cosas sensibles para elevarse á las cosas espirituales.

P. ¿Cuál es el primer beneficio del culto exterior?

R. Recordarnos incesantemente todas las grandes verdades de la Religion.

P. Explícame tu respuesta.

R. En tiempo de los Patriarcas, el culto externo recordaba la creacion del mundo, la unidad de Dios, la providencia, y la vida futura; bajo la ley de Moisés, recordaba el supremo dominio de Dios no solo sobre la naturaleza, sino tambien sobre las naciones, á quienes recompensa ó castiga segun sus obras.

P. ¿Qué verdades recuerda el culto externo bajo el Evangelio?

R. Todas las grandes verdades reveladas á los Patriarcas y á Moisés, todos los misterios de Nuestro Señor, y todos los deberes que debemos llenar para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos.

*Oracion y propósito*, pág. 17.

---

## LECCION II.

**EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DE LOS BENEFICIOS DEL CULTO EXTERNO (CONTINUACION). — ORÍGEN DE LAS CEREMONIAS.**

P. ¿Cuál es el segundo beneficio del culto externo?

R. Fijar las verdades de la Religion y ponerlas al abrigo de los ataques é innovaciones de los herejes.

P. Díme en qué consiste el tercer beneficio del culto externo.

R. En hacer á los hombres mejores reuniéndolos para enseñarles sus deberes; pues si no hubiese Iglesia, ni domingo, ni obligacion de asistir á la misa, los hombres serian en breve muy malos y feroces.

P. ¿Cuál es el orígen de las ceremonias inherentes al culto de la Iglesia católica?

R. Es divino, pues el mismo Dios las estableció por medio de Je-

sucristo, de sus Apóstoles ó de sus sucesores, inspirados por el Espíritu Santo y revestidos de su autoridad.

P. ¿Pueden modificarse las ceremonias?

R. Las esenciales, no, señor; pero hay otras accesorias que pueden cambiar segun los tiempos y lugares, diversidad que, léjos de atentar á la unidad de la Religion, hace, por el contrario, brillar la belleza de la Iglesia.

P. ¿Merecen las ceremonias de la Iglesia nuestro respeto y amor?

R. Indudablemente, y esto á causa de su orígen, de los beneficios que nos procuran y de la gloria que por ellas redunda á Dios.

P. ¿Por qué debemos estudiar las ceremonias?

R. Porque han sido instituidas para instruirnos, y para edificarnos ayudándonos á comprender y á amar la Religion.

*Oracion y propósito*, pág. 27.

---

## LECCION III.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LAS IGLESIAS.

P. ¿Qué lugares fueron entre los judíos consagrados para honrar á Dios?

R. El tabernáculo y el templo de Salomon, donde se hallaba reunido cuanto podia impresionar los sentidos é inspirar á los judíos amor y respeto á Dios.

P. ¿Y entre los Cristianos?

R. Las iglesias, las que ofrecen símbolos mas sorprendentes aun de la bondad de Dios, como son la cruz, el altar, la sagrada mesa y las fuentes bautismales.

P. ¿Por qué causa se adornan las iglesias?

R. En primer lugar para cautivar nuestros sentidos é inspirarnos una grande idea de Dios, y en seguida para manifestar á Dios que de él nos vienen todas nuestras riquezas.

P. ¿De cuántas partes se componian las iglesias de los primeros cristianos?

R. De siete: la primera, llamada *pórtico* ó *vestíbulo exterior*, era un espacio mas largo que ancho, situado en la entrada de la iglesia y cubierto con un techo sostenido por colunas.

P. ¿Cuál era la segunda?

R. La segunda, llamada *claustro*, era una galería cubierta que rodeaba la tercera parte de la iglesia, conocida con el nombre de *atrio*.

P. ¿Cuál era la tercera?

R. El *atrio*, que formaba un patio cuadrado, sin mas techumbre que el cielo, y en medio del que habia una fuente de agua bendita, para que cuantos entrasen se lavasen en ella las manos y el rostro; las pilas de agua bendita reemplazan en el dia á aquella fuente.

P. ¿Cuál era la cuarta?

R. El *vestíbulo interior*, donde se colocaban los penitentes, llamados *oyentes*, los gentiles, los judíos y los herejes, quienes podian oir desde allí la palabra de Dios.

P. ¿Cuál era la quinta?

R. La *nave*, llamada así porque la Iglesia es un buque que cruza por el mar del mundo hasta su llegada al puerto de la eternidad; la nave se dividia de un extremo á otro por medio de dos tabiques, colocándose los hombres en la izquierda y las mujeres en la derecha.

P. ¿Cuál era la sexta?

R. El *coro*, separado de la nave por medio de una *reja*, y en el cual se hallaban los sitiales de los eclesiásticos y el trono del obispo; el coro tenia la figura de un semicírculo.

P. ¿Cuál era la séptima?

R. El *santuario*, separado del coro por una cortina que se descorria despues de la consagracion; en el santuario estaba el altar.

P. ¿Qué modelo se tuvo presente al dar semejante disposicion á las iglesias?

R. El de las capillas subterráneas de las catacumbas, donde se reunian los primeros cristianos, lo cual contribuye á hacer nuestras iglesias muy venerables.

*Oracion y propósito*, pág. 41.

---

## LECCION IV.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LAS IGLESIAS (CONTINUACION).

P. ¿Por qué es conveniente tener conocimiento de los objetos que se encuentran en las iglesias?

R. Para que el lugar santo no sea para nosotros lo mismo que un lugar profano que nada dice á nuestro corazon.

P. ¿Qué nos recuerda la cripta?

R. La cripta, es decir, la capilla subterránea que se ve debajo del altar mayor en las antiguas iglesias, nos recuerda las catacumbas.

P. ¿Por qué tiene el altar la forma de un sepulcro?

R. Para que no olvidemos que los primitivos altares de los Cristianos fueron los sepulcros de los Mártires.

P. ¿Por qué razon se colocan en ellos cirios encendidos?

R. Por respeto hácia Nuestro Señor, y en memoria de los tiempos de las persecuciones.

P. ¿Qué debe inspirarnos semejante espectáculo?

R. El deseo de imitar la paciencia, la santidad y la caridad de Nuestro Señor y de los primeros cristianos.

P. ¿No ves en nuestras iglesias otro recuerdo alguno de las catacumbas?

R. Sí, señor, y son las pinturas, pues las cuevas de las catacumbas donde los primeros cristianos celebraban los santos misterios están cubiertas de pinturas.

P. ¿Qué objeto tuvo la Iglesia al querer que hubiese pinturas en sus templos?

R. El de instruirnos, el de recordarnos que todos los Santos son hijos suyos, y el de excitarnos á imitarles.

P. ¿Con qué fin prescribió el uso de las campanas?

R. Para darnos la señal de los oficios, y, como sirven para el culto divino, las bendice y les da un nombre santo á fin de que las escuchemos con mayor respeto y docilidad.

*Oracion y propósito*, pág. 52 y 53.

---

## LECCION V.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LAS BENDICIONES Y DE LOS CEMENTERIOS.

P. ¿Qué se entiende por bendecir?

R. Purificar una cosa y consagrarla al culto de Dios.

P. ¿Quién dió á la Iglesia la potestad de bendecir á las criaturas?

R. Dios, y de ella siempre ha hecho uso así en el Viejo como en el Nuevo Testamento.

P. ¿Con qué fin concedió Dios á la Iglesia la potestad de bendecir?

R. Con el de sustraer el objeto bendecido del imperio del demonio, de separarlo de las cosas comunes, y de comunicarle la virtud de elevarnos á nuestro último fin.

P. ¿Qué lugares bendice la Iglesia?

R. Sus templos, nuestras casas y los cementerios, y esto para que sea santo cuanto el hombre toca, para darnos una alta idea de nosotros mismos y para enseñarnos á respetarnos.

P. ¿Por qué están los cementerios cerca de las iglesias?

R. 1.° Para manifestarnos que la Religion vela sobre sus hijos difuntos con grande solicitud; 2.° para impedir que olvidemos á los muertos; 3.° para inspirarnos pensamientos graves al entrar en la iglesia, y 4.° para demostrar la union que existe entre las tres Iglesias del cielo, de la tierra y del purgatorio.

P. ¿Qué nos recuerda la Iglesia con la bendicion de los cementerios?

R. La resurreccion, á fin de consolarnos presentándonos la muerte como un sueño.

*Oracion y propósito*, pág. 66.

---

## LECCION VI.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DE LAS FIESTAS; SU OBJETO Y SU BELLEZA.

P. ¿Qué es el tiempo?

R. Desde el pecado original, el tiempo es el plazo concedido al hombre culpable por la justicia divina para hacer penitencia, y por esto es que el concilio de Trento dice que la vida cristiana debe ser una continua penitencia.

P. ¿Cómo divide la Iglesia el tiempo del año?

R. En tres partes: la *primera* comprende el *Adviento*, y simboli-

za los cuatro mil años durante los cuales fue esperado el Mesías; la *segunda* comprende desde Navidad á la Ascension, y contiene toda la vida de Nuestro Señor; y la *tercera* empieza en Pentecostes, termina el dia de todos los Santos, y encierra la vida de la Iglesia.

P. ¿En qué consisten las fiestas?

R. En dias de alegría y de reuniones religiosas; lo mismo durante la antigua Ley, que durante la nueva, ha habido siempre fiestas.

P. ¿Qué recordaban las fiestas de los judíos?

R. Los principales beneficios de que Dios colmara á su pueblo.

P. ¿Qué recuerdan las fiestas de los Cristianos?

R. Los grandes misterios de la Religion, así como los ejemplos dados por Nuestro Señor, por la santísima Vírgen y por los Santos.

P. ¿Cuáles son los beneficios que reportan las fiestas?

R. Son: 1.° inspirarnos la gratitud para con Dios, y el deseo de imitar á los Santos; 2.° inducirnos á sentir las diferentes virtudes que estamos obligados á practicar mas particularmente en cada época del año; y 3.° descansarnos de nuestros trabajos y hacerlos útiles, enseñándonos á santificarlos.

P. ¿Qué debemos practicar para santificar cumplidamente las fiestas?

R. Tres cosas: la primera, comprender bien la intencion de la Iglesia al instituirlas; la segunda, excitar en nuestro corazon los sentimientos que la fiesta debe inspirarnos, y la tercera, prepararnos á ellas por medio de la cesacion del pecado y la práctica de las buenas obras, á fin de recibir con fervor los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

*Oracion y propósito*, pág. 77.

---

## LECCION VII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DEL DOMINGO Y DEL OFICIO.

P. ¿Cuál es la primera fiesta de la Iglesia?

R. El domingo ó dia del Señor.

P. ¿Qué nos recuerda el domingo?

R. La creacion de la luz, la resurreccion de Nuestro Señor, y la

regeneracion del mundo por la descension del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

P. ¿Cómo celebraban el domingo lós primeros cristianos?

R. Con extremado fervor; se reunian para orar en comun y oir la palabra de Dios, se acercaban á la sagrada mesa, y socorrian á los pobres, cada uno segun sus facultades.

P. ¿Qué clase de oraciones hacian en comun los primeros cristianos?

R. El canto de los Salmos y la lectura de los sagrados Libros, de donde ha nacido el *oficio divino*.

P. ¿Qué se entiende por oficio divino?

R. La reunion de las varias oraciones establecidas por la Iglesia y que rezan los eclesiásticos todos los dias; llámase oficio divino, porque es un homenaje tributado á Dios para honrarle, darle gracias y pedirle sus favores.

P. ¿Cómo se divide el oficio divino?

R. En siete horas ó partes llamadas: *Maitines*, *Prima*, *Tercia*, *Sexta*, *Nona*, *Vísperas* y *Completas*, porque se rezan en distintas horas del dia y de la noche, en memoria de los varios misterios de la Pasion del Salvador.

P. ¿Á qué hora se rezaban los Maitines?

R. Los Maitines, compuestos de tres nocturnos y de una cuarta parte llamada Láudes, se rezaban durante la noche; el primer nocturno á las nueve, el segundo á media noche, el tercero á las tres de la madrugada, y las Láudes antes de la aurora.

*Oracion y propósito*, pág. 90.

---

## LECCION VIII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DEL OFICIO (CONTINUACION).

P. ¿De qué se componen los Maitines?

R. De salmos, himnos, antífonas, lecciones, versículos y responsorios.

P. ¿Qué son los Salmos?

R. Unos cánticos sagrados compuestos por David.



P. ¿Qué se entiende por himno?

R. Un canto en honor de Dios y de los Santos; la costumbre de cantar himnos entre las oraciones data de la cuna del Cristianismo, y se cantan en pié para manifestar que nuestros corazones deben estar elevados á Dios mientras nuestra boca entona sus alabanzas.

P. ¿Qué se entiende por antífona?

R. Un canto alternativo, ejecutado por dos coros que se contestan y excitan mútuamente.

P. ¿Qué son las lecciones?

R. Una lectura de la sagrada Escritura, de los Padres de la Iglesia ó de la vida de los Santos cuya fiesta se celebra: la Escritura es la ley; los comentarios de los santos Padres su explicacion, y la vida de los Santos su aplicacion.

P. ¿Qué entiendes por versículos?

R. Las cortas sentencias sacadas de la sagrada Escritura, con las que la Iglesia se propone excitar nuestra atencion, por cuyo motivo se cantan por una sola voz.

P. ¿Qué se entiende por responsorios?

R. Las palabras que siguen á las lecciones y que expresan la resolucion en que estamos de poner en práctica la doctrina que acabamos de oir, y de seguir los ejemplos de los Santos que acaban de sernos recordados.

P. ¿Cómo terminan los Maitines?

R. Con el *Te Deum*, admirable canto compuesto por san Ambrosio y san Agustin, que entonamos para dar gracias á Dios por los misterios que Nuestro Señor ha obrado durante la noche.

P. ¿Cuáles son estos misterios?

R. El nacimiento del Salvador, su despido de los Apóstoles, su agonía en el huerto de las Olivas, sus sufrimientos ante los príncipes de los sacerdotes y su resurreccion.

P. ¿Qué entiendes por Láudes?

R. La última parte del oficio de la noche, y se componen de cuatro salmos y de un cántico para expresar la santificacion de nuestros cinco sentidos, y advertirnos que nos guardemos de profanarlos durante el dia.

*Oracion y propósito*, pág. 102.

---

# LECCION IX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DEL OFICIO (CONTINUACION).

P. ¿Cuáles son las horas que componen el oficio del dia?

R. Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas.

P. ¿Qué misterios honramos en la hora Prima?

R. En ella honramos al Salvador cubierto de oprobio y presentado á Pilatos por los judíos, consagrando tambien á Dios el principio del dia.

P. ¿Y en las horas Tercia, Sexta y Nona?

R. En la Tercia honramos al Salvador condenado á muerte, y se celebra la descension del Espíritu Santo sobre los Apóstoles; en la Sexta á Nuestro Señor clavado en la cruz, y en la Nona á Nuestro Señor espirando por amor á nosotros.

P. Las Vísperas ¿qué son?

R. La parte del oficio que se reza por la tarde para celebrar los funerales de Nuestro Señor, y darle gracias por la institucion del santo Sacramento del altar: compónense de cinco salmos para honrar las cinco llagas del Salvador, é implorar perdon por los pecados que hemos cometido durante el dia por nuestros cinco sentidos.

P. ¿Qué nos recuerda el primer salmo de las Vísperas del domingo?

R. El eterno nacimiento de Nuestro Señor, su sacerdocio y el supremo imperio que obtuvo por sus padecimientos.

P. ¿Cuál es el objeto del segundo?

R. Celebrar las maravillas del reinado de Jesucristo, y en particular la institucion de la sagrada Eucaristía.

P. ¿Cuál es el del tercero?

R. Cantar la felicidad del que vive sometido á Jesucristo, y expresar el infortunio del pecador que se rebela contra él.

P. ¿Y el del cuarto?

R. Invitar á todos los hombres á alabar al Salvador, cuyo imperio labra nuestra dicha.

P. ¿Qué hace la Iglesia en el quinto?

R. Manifiesta á sus hijos los particulares beneficios que de Dios

han recibido, les excita á darle gracias por ellos, y anúnciales el cielo por recompensa.

P. ¿Qué expresa el himno del domingo?

R. Un ferviente deseo del cielo.

P. ¿Con qué objeto se canta el *Magnificat?*

R. Con el de expresar á Dios todo nuestro agradecimiento, y para manifestárselo mejor se usan las mismas palabras de la santísima Vírgen.

*Oracion y propósito*, pág. 113.

---

## LECCION X.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DEL OFICIO (FIN).—DEL USO DEL LATIN.—DEL CANTO.

P. ¿Qué nombre se da á la última hora del oficio del dia?

R. El de Completas, que significa cumplimiento, en cuanto termina el oficio.

P. Explícame lo que espresan los salmos de Completas.

R. El primero, nuestra confianza en Dios en el momento de ir á descansar; el segundo, los efectos de la proteccion de Dios en los que esperan en él, y el tercero nos invita á elevar nuestra alma á Dios cuando nos despertamos durante la noche, y nos recuerda la costumbre de los primeros cristianos, quienes se levantaban por las noches con objeto de rezar.

P. ¿Qué es el himno de Completas?

R. Un prolongado suspiro por el cielo, patria bienaventurada, donde no habrá peligros ni tinieblas.

P. ¿Cómo terminan las Completas?

R. Con el cántico del anciano Simeon y con una antífona á la santísima Vírgen, para expresar el deseo é implorar la gracia de una buena muerte.

P. ¿Por qué emplea la Iglesia el latin en sus oficios?

R. Para conservar la unidad de la fe, pues como las lenguas vivas cambian continuamente, se introducirian en breve alteraciones en la liturgia y en las fórmulas de los Sacramentos?

P. ¿Y por qué mas?

R. Para conservar la catolicidad de la fe, para que en parte alguna seamos extranjeros los unos para los otros, y finalmente para hacer mas respetables nuestros misterios.

P. ¿Cuál es el orígen del canto eclesiástico?

R. El orígen del canto eclesiástico es tan antiguo como la Religion, pues el canto es natural al hombre, y además esencialmente religioso; por esto es que la Iglesia católica, que ha conservado todo lo bueno y verdadero de las tradiciones antiguas, ha perpetuado el uso del canto.

P. ¿Quién arregló el canto de la Iglesia?

R. San Ambrosio, y sobre todo san Gregorio, papa; el canto de la Iglesia es hermosísimo y despierta en el alma las mas vivas impresiones de piedad.

*Oracion y propósito*, pág. 125.

---

## LECCION XI.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DEL SACRIFICIO EN GENERAL Y DEL SACRIFICIO DE LA MISA EN PARTICULAR.

P. ¿Qué se entiende por sacrificio?

R. La ofrenda hecha á Dios de una cosa que se destruye en honor suyo para reconocer su supremo dominio sobre las criaturas.

P. ¿Es necesario el sacrificio?

R. Sí, señor, y lo es, porque no hay otro medio de reconocer el supremo dominio de Dios sobre todo lo que existe.

P. ¿Cómo se verifica esto?

R. Destruyendo una criatura en honor de Dios; con ella el hombre le dice: Reconozco que sois el Señor absoluto de la vida y de la muerte de todas las criaturas y de mí mismo.

P. ¿Quién estableció los sacrificios?

R. Dios, pues jamás hubiese el hombre imaginado que la sangre de un animal pudiera complacer á Dios y expiar los pecados.

P. ¿Por ventura los sacrificios de animales complacian á Dios por sí mismos?

R. Los sacrificios de animales, lo mismo que los de las demás criaturas, solo complacian á Dios en cuanto representaban un sacrificio de un precio infinito que debia verificarse un dia.

P. ¿Cuántas clases de sacrificios habia entre los judíos?

R. Cuatro : 1.° el holocausto, que era ofrecido para adorar á Dios; 2.° el sacrificio pacífico, para darle gracias; 3.° el sacrificio propiciatorio, para apaciguarle, y 4.° el sacrificio impetratorio, para pedirle sus favores.

P. ¿De qué iban siempre acompañados estos sacrificios?

R. De la comunion, es decir, que los fieles y los sacerdotes comian de la carne de la víctima, á fin de entrar en comunion con Dios por medio del manjar que le habia sido inmolado.

P. Los sacrificios antiguos ¿por cuál han sido reemplazados?

R. Por un sacrificio único y eterno, por el sacrificio del Calvario, cuyo símbolo eran.

P. ¿Qué se entiende por misa?

R. La continuacion y reproduccion del sacrificio de la cruz, del que no difiere sino en el modo como la víctima es ofrecida.

P. ¿Por qué es necesario el sacrificio de la misa?

R. Para hacernos participar de la víctima del Calvario, comiendo su carne y bebiendo su sangre, y aplicarnos los méritos del sacrificio de la cruz.

*Oracion y propósito*, pág. 137.

---

## LECCION XII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DE LOS ORNAMENTOS SACERDOTALES.

P. ¿Cuáles son los ornamentos del sacerdote al celebrar la misa?

R. El amito, el alba, el cíngulo, el manípulo, la estola y la casulla.

P. ¿En qué consiste el amito?

R. En un velo blanco que pasa el sacerdote por sobre su cabeza, y con el que se cubre las espaldas; recuerda la modestia en las palabras, y el cuidado que debemos tener de evitar toda conversacion inútil cuando nos hallamos en la iglesia.

P. ¿En qué consiste el alba?

R. En una túnica blanca, ancha y que baja hasta los piés; es el símbolo de la pureza con que debe el sacerdote acercarse al altar, y los fieles al santo sacrificio.

P. ¿Qué es el cíngulo?

R. Un cinturon destinado á ceñir el alba, y recuerda las ataduras que sujetaron al Señor en su Pasion, y tambien el desprendimiento de la vida sensual.

P. ¿Qué es el manípulo?

R. Un ornamento que el sacerdote lleva en el brazo izquierdo, y que indica el trabajo de las buenas obras y la recompensa que las espera.

P. ¿Qué es la estola?

R. Un ornamento que el sacerdote lleva al rededor de su cuello y que se cruza sobre su pecho; es el símbolo de su dignidad y de su poder, y nos enseña el respeto que á los sacerdotes debemos.

P. ¿Qué es la casulla?

R. Una capa abierta por los lados; símbolo de la caridad que debe animar nuestras obras y nuestras oraciones.

P. ¿Cuáles son los ornamentos del diácono?

R. Son: 1.° la estola, colocada en la espalda izquierda y sujeta debajo del brazo derecho; 2.° la dalmática de forma cuadrada, con mangas cortas, á fin de tener expeditos los movimientos.

P. ¿Cuál es el ornamento del subdiácono?

R. La túnica: este traje, usado ordinariamente por los servidores entre los romanos, predica la humildad á los que lo visten, y al darlo á sus ministros, la Iglesia ha conservado un recuerdo de la mas remota antigüedad.

P. ¿Qué objeto se propuso la Iglesia al dar á sus ministros un traje particular?

R. Varios: 1.° inspirar mayor respeto por la Religion y sobre todo por el santo sacrificio; 2.° recordarnos las disposiciones con que debemos asistir á él.

*Oracion y propósito*, pág. 152.

---

## LECCION XIII.

**EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LOS ORNAMENTOS DE LOS OBISPOS, DEL COLOR DE LOS ORNAMENTOS.**

P. ¿Cuáles son los ornamentos de los Obispos cuando ofician de pontifical?

R. Las sandalias, la cruz pectoral, la tunicela, la dalmática, los guantes, el anillo, la mitra, el báculo, el pálio, si se trata de un arzobispo, y el gremial.

P. ¿Cuál es el orígen de las sandalias?

R. Las sandalias que el obispo se calza en la iglesia eran el calzado de distincion de los sacerdotes y senadores romanos; esta es la causa por que la Iglesia lo dió á sus pontífices, quienes solo deben usarlo en la celebracion de los santos misterios.

P. ¿Cuál es su significado?

R. Que los Obispos son los sucesores de los Apóstoles, de aquellos sublimes misioneros que recorrieron el mundo para anunciar el Evangelio.

P. ¿Qué es la cruz pectoral?

R. Una cruz que los Obispos llevan en su pecho, y que recuerda la antigua costumbre que existia entre los primeros cristianos de llevar una cruz suspendida al cuello.

P. ¿Qué son la tunicela y la dalmática?

R. Los ornamentos propios de los subdiáconos y de los diáconos; y el obispo se reviste con ellos para indicar que reune en sí la plenitud del sacerdocio.

P. ¿Qué significan los guantes?

R. Los guantes de que se sirve el obispo al oficiar de pontifical significan la bendicion que va á implorar de Dios, y la pureza con que se acerca al altar.

P. ¿Qué es el anillo?

R. El símbolo de la alianza que al ordenarse contrae el obispo con su Iglesia.

P. ¿Qué es la mitra?

R. Es un ornamento cuyo orígen data de la Ley antigua, y que significa el imperio del sacerdocio; las dos cintas que caen sobre las

espaldas indican el Antiguo y el Nuevo Testamento, de los que debe tener el obispo un perfecto conocimiento.

P. ¿Qué es el báculo?

R. El báculo es el cetro del obispo, es decir, el cayado del pastor, y le recuerda que debe velar sobre su rebaño.

P. ¿Qué es el pálio?

R. Un ornamento hecho con la lana de un cordero blanco, sembrado de pequeñas cruces negras, que simboliza la caridad é inocencia que deben caracterizar al pastor.

P. ¿Qué es el gremial?

R. Un velo que se coloca sobre las rodillas del obispo, cuando este se sienta durante la misa pontifical, á fin de resguardar sus ornamentos.

P. ¿Por qué se sirve la Iglesia de diferentes colores en sus ornamentos?

R. Para que nos penetremos mas fácilmente de las disposiciones exigidas por las fiestas que celebra: así, el blanco nos recuerda la inocencia; el rojo, la caridad; el morado, la penitencia y la esperanza; el verde la paciencia y la fe, y el negro nos presenta la idea de nuestros últimos fines.

P. ¿Cuáles son los ornamentos del altar?

R. Los tres manteles con que por respeto se cubre, los candeleros, el tabernáculo y la cruz.

*Oracion y propósito*, pág. 163.

---

## LECCION XIV.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DE LOS VASOS SAGRADOS Y DEL AGUA BENDITA.

P. ¿Cuáles son los principales vasos sagrados?

R. El cáliz, la patena, el copon y el viril: llámanse sagrados, porque están consagrados por el obispo y destinados únicamente para el culto de Dios.

P. ¿Qué es el cáliz?

R. La copa de que el sacerdote se sirve en el altar para consagrar y beber la preciosa sangre de Nuestro Señor; el cáliz es tan antiguo

como el Cristianismo, puesto que el Señor consagró su sangre y la dió á beber á sus Apóstoles en una copa.

P. ¿Qué es la patena?

R. Una especie de plato sobre el cual el sacerdote coloca la hostia que ofrece y consagra en la misa.

P. ¿Qué es el copon?

R. Un vaso sagrado semejante á un cáliz cerrado por una cobertera, en el cual se guarda la sagrada Eucaristía para el uso de los fieles y de los enfermos.

P. ¿Qué es el viril?

R. Una especie de tabernáculo portátil, en el que se expone á Nuestro Señor á la adoracion de los fieles en las bendiciones y en las procesiones.

P. La misa del domingo, ¿de qué ceremonia va precedida?

R. De la bendicion del agua bendita y de la aspersion.

P. ¿Por qué pone el sacerdote sal en el agua bendita?

R. Para indicar que el agua bendita impide el que nuestras almas se corrompan por el pecado.

P. ¿Cuáles son los efectos del agua bendita?

R. Son: 1.° lanzar á los demonios; 2.° curar á los enfermos; 3.° atraernos el auxilio de Dios, y 4.° borrar los pecados veniales.

P. ¿Cómo debemos tomar ó recibir el agua bendita?

R. Con gran respeto, confianza y contricion; debemos además tenerla en nuestras casas, y hacer con ella la señal de la cruz al menos al levantarnos y al acostarnos.

P. ¿Con qué objeto se hace la aspersion en la iglesia?

R. Para purificar á los fieles, á fin de que sean mas dignos de asistir á los santos misterios; el uso del agua bendita es tan antiguo como la Iglesia, y su eficacia está demostrada por gran número de milagros.

*Oracion y propósito*, pág. 174.

## LECCION XV.

**EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LAS PROCESIONES Y DE LA PRIMERA PARTE DE LA MISA.**

P. ¿En qué consisten las procesiones?

R. En ciertas marchas religiosas y solemnes del clero y del pueblo.

P. ¿Es muy antiguo el uso de las procesiones?

R. Data de la antigua Ley, y ha sido siempre practicado en la Iglesia.

P. ¿Con qué objeto se hacen las procesiones?

R. Con el de aplacar á Dios, de pedirle sus favores ó de darle gracias por sus beneficios.

P. ¿Qué nos recuerdan las procesiones?

R. Que somos viajeros en la tierra, manifestándonos la cruz que abre la marcha, seguida de las banderas, que para llegar al cielo debemos seguir las huellas de Jesucristo y de los Santos.

P. ¿Por qué se hace la procesion antes de la misa mayor del domingo?

R. Esta procesion se hace en memoria de la resurreccion de Nuestro Señor.

P. ¿En cuántas partes se divide la santa misa?

R. En seis: la *primera* comprende la preparacion que se hace al pié del altar; la *segunda*, desde el Intróito hasta el Ofertorio; la *tercera*, desde el Ofertorio hasta el Cánon; la *cuarta*, desde el Cánon hasta el Padre nuestro; la *quinta*, desde el Padre nuestro hasta la Comunion, y la *sexta*, desde la Comunion hasta el fin de la misa.

P. ¿Qué significa la palabra misa?

R. Despido, porque en los primeros siglos el diácono despedia á los catecúmenos en el Ofertorio, y á los fieles al fin de la misa, diciendo á los primeros: *Catecúmenos, salid;* y á los segundos: *Idos, ha llegado el momento de salir.*

P. ¿De qué se compone la primera parte de la misa?

R. De la señal de la cruz, de un salmo, del *Confiteor*, y de otras muchas oraciones propias para excitar la humildad y el arrepentimiento.

*Oracion y propósito*, pág. 187.

# LECCION XVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DE LAS INCENSACIONES Y DE LA SEGUNDA PARTE DE LA MISA.

P. ¿Qué hace el sacerdote al subir al altar?

R. Besarlo por respeto, implorando de Dios el perdon de sus pecados, en nombre de los Santos cuyas reliquias descansan en el altar.

P. ¿Qué ceremonia sigue á estas oraciones?

R. En las misas solemnes la incensacion, cuyo uso en el culto divino fue prescrito á Moisés por el mismo Dios.

P. ¿Qué simboliza el incienso?

R. La caridad, la oracion, y el buen olor que de nuestras virtudes debe desprenderse.

P. ¿Por qué se inciensa el altar?

R. Para honrar á Nuestro Señor en el altar que le representa, y sobre el cual se inmola.

P. ¿Por qué se inciensa al sacerdote y al clero?

R. Para honrar á Nuestro Señor en la persona de sus ministros.

P. ¿Qué practica el sacerdote despues de la incensacion?

R. Se dirige al lado de la Epístola, y lee el Intróito que da principio á la segunda parte de la misa; la palabra *Intróito* significa entrada, por la razon de que se canta al acercarse el sacerdote al altar para celebrar la misa.

P. ¿De qué se compone el Intróito?

R. Ordinariamente se compone de algunos versículos de los Salmos, á fin de anunciar el gran misterio que va á verificarse, y por el cual suspiraron durante tanto tiempo los justos de la antigua Ley.

P. ¿Qué oracion sucede al Intróito?

R. El *Kyrie eleison*, palabras griegas que significan: *Señor, apiadaos*, y que se repiten nueve veces para unirse á los nueve coros de los Ángeles.

P. ¿Qué es el *Gloria in excelsis?*

R. Un himno de alabanza que la Iglesia dirige á Dios despues de haber implorado su misericordia, y que debemos rezar regocijándo-

**nos** con los Ángeles por el nacimiento del Salvador, el cual no tardará en inmolarse por nosotros en el altar.

*Oracion y propósito*, pág. 198.

## LECCION XVII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DE LA SEGUNDA PARTE DE LA MISA (CONTINUACION).

P. ¿Qué hace el sacerdote al terminar el *Gloria in excelsis?*

R. La señal de la cruz, y esto 1.° para imitar á los primeros cristianos, que la hacian antes y despues de sus principales acciones; 2.° para recordar que el sacrificio del altar es el mismo que el de la cruz.

P. ¿Qué hace en seguida?

R. Besar el altar, á fin de beber en el seno del Salvador, representado por el altar, la paz que desea á los fieles, al decirles: *El Señor sea con vosotros;* á lo que el pueblo contesta: *Y con tu espíritu.*

P. ¿De qué oracion van seguidas estas palabras?

R. De la llamada *Colecta*, porque se hace por la reunion de los fieles, y porque contiene en resúmen todas las demandas que debemos presentar á Dios.

P. ¿Con qué palabras termina la Colecta?

R. Con estas: *Por Nuestro Señor Jesucristo;* pues oramos en nombre de Jesucristo, y por sus méritos esperamos en el buen éxito de nuestras demandas: el pueblo contesta *Amen: Así sea.*

P. ¿Qué se practica despues de la Colecta?

R. Empiézase la Epístola, que es una lectura sacada de los Libros sagrados, y ordinariamente de las Cartas de los Apóstoles; durante la Epístola los asistentes toman asiento á fin de escucharla con mas recogimiento.

P. ¿Qué oración sucede á la Epístola?

R. El Gradual ó responso, por medio del cual el pueblo manifiesta hallarse dispuesto á practicar las instrucciones que acaba de oir; llámase *Gradual,* porque se canta desde las gradas del facistol.

P. ¿Con qué otro nombre es conocido?

R. Con el de *Tracto*, por cuanto en los dias de luto y de ayuno esta contestacion del pueblo se canta con tono triste y lánguido: en

los dias de alegría se canta con tono mas gozoso y va acompañado del *Alleluia*.

P. ¿Qué se entiende por el *Alleluia*, y qué por la Prosa?

R. El *Alleluia* es una expresion de gozo y el canto de los Santos en el cielo; las prosas son su continuacion, y por esto se las llama tambien *secuencias*.

*Oracion y propósito*, pág. 209.

---

## LECCION XVIII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. —DE LA SEGUNDA Y DE LA TERCERA PARTE DE LA MISA.

P. ¿De qué va seguida la Prosa?

R. De la lectura del Evangelio.

P. ¿Cómo se practica la lectura del Evangelio en las misas solemnes?

R. Con muchas oraciones y ceremonias propias para inspirarnos un profundo respeto por la palabra divina; la cruz, algunos cirios encendidos y el incienso preceden al libro de los Evangelios, sobre el cual hace el diácono la señal de la cruz para recordarnos que el Evangelio es el predicador de la cruz.

P. ¿Qué contesta el pueblo á la lectura del Evangelio?

R. Estas palabras: *¡Alabado seais, Señor Jesucristo!* pues el Evangelio es un inmenso beneficio: durante su lectura se mantienen los asistentes en pié para indicar que están prontos á marchar en pos de Jesucristo.

P. ¿De qué va seguida la lectura del Evangelio?

R. De la instruccion llamada *sermon*, que significa anuncio, porque el sacerdote anuncia en ella las fiestas de la semana, los futuros matrimonios y finalmente la palabra de Dios; lo cual nos manifiesta la importancia de asistir á la misa parroquial.

P. ¿Qué hace el sacerdote despues de la instruccion?

R. Vuelve al altar y entona el *Credo* ó el Símbolo, el que se canta por todos los asistentes para indicar que creemos firmemente todas las verdades que nos han sido enseñadas.

P. ¿En qué punto empieza la tercera parte de la misa?

R. Despues del *Credo*, y se extiende hasta el Prefacio; cuanto precede hasta el Ofertorio se llamaba antiguamente misa de los catecúmenos.

P. ¿Qué oracion reza entonces el sacerdote?

R. La llamada Ofertorio, durante la que los primeros cristianos ofrecian el pan y el vino destinados para el santo sacrificio, y debemos nosotros ofrecernos á Dios para ser inmolados con Nuestro Señor.

*Oracion y propósito*, pág. 222.

---

## LECCION XIX.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LA TERCERA PARTE DE LA MISA (CONTINUACION).

P. ¿Qué practica el sacerdote despues de rezar el Ofertorio?

R. Descubre el cáliz, que se ha tenido cubierto por respeto, y luego extiende el corporal.

P. ¿Qué se entiende por corporal?

R. Un lienzo cuadrado, destinado para recibir el cuerpo de Nuestro Señor; debe ser de lino, porque de lino era la mortaja en que fue envuelto el Salvador.

P. ¿Qué es la pália?

R. La pália, que significa cobertera, es un carton colocado entre dos telas [1], destinado para cubrir el cáliz.

P. ¿Qué hace el sacerdote despues de haber descubierto el cáliz?

R. Toma la patena sobre que descansa la hostia que ofrece á Dios por sí, por los asistentes, y por todos los fieles vivos ó difuntos.

P. ¿Y luego?

R. Toma el cáliz, en el cual derrama vino y un poco de agua para representar la union del pueblo fiel con Nuestro Señor, y lo ofrece por el mundo entero, suplicando al Espíritu Santo que descienda á convertir aquellas ofrendas en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo.

[1] Tengamos presente, á propósito de esto, la nota que se puso en su lugar respectivo. *(Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

P. ¿De qué va seguida la ofrenda del pan y del vino?

R. De la bendicion del pan bendito y de la cuesta.

P. ¿En qué consiste el pan bendito?

R. En un pan santificado que se distribuye en la misa del domingo, como una prueba de caridad y union que deben reinar entre todos los Cristianos.

P. ¿Cómo debemos comerlo?

R. Con respeto, animados del espíritu de caridad y con el deseo de la Comunion, de que es el símbolo.

P. ¿Por qué despues del Ofertorio se lava el sacerdote los dedos?

R. Para purificarlos de toda mancha, y para darnos una gran leccion de santidad.

P. ¿Por qué se hace la cuesta en la misa mayor?

R. Para enseñarnos que la caridad no consiste en palabras sino en obras, y para tocar el corazon de Dios cumpliendo su precepto: *Dad, y se os dará.*

P. ¿Es muy antigua esta costumbre?

R. Tanto como el Cristianismo.

P. ¿Á qué se destina el producto de las cuestas?

R. Á sufragar los gastos de la iglesia y al socorro de los necesitados.

*Oracion y propósito*, pág. 234.

---

## LECCION XX.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DE LA TERCERA Y DE LA CUARTA PARTE DE LA MISA.

P. ¿Qué hace el sacerdote despues del lavatorio de los dedos?

R. Vuelve al medio del altar, y suplica á la santísima Trinidad que acepte el sacrificio que ofrece á su gloria.

P. ¿Y luego?

R. Besa el altar, se vuelve háeia el pueblo, del cual se despide, diciendo: *Orad, hermanos*, y reza la Secreta.

P. ¿En qué consiste la Secreta?

R. En una oracion por la cual el sacerdote pide á Dios que se digne bendecir los dones de los fieles y á los mismos fieles, á fin de

que sean para él un agradable sacrificio, y llámase *secreta*, porque se reza en voz baja.

P. ¿En qué punto empieza la cuarta parte de la misa?

R. En el Prefacio, y dura hasta el Padre nuestro.

P. ¿Qué es el Prefacio?

R. Una *introduccion* á la grande oracion llamada *Cánon*.

P. ¿En qué consiste este?

R. El Cánon, es decir, la *regla*, son las oraciones prescritas por la Iglesia para ofrecer el santo sacrificio, oraciones que no es permitido alterar; el Cánon data de la mas remota antigüedad, y debemos rezarlo con profunda veneracion y respeto.

P. ¿Qué nos recuerdan las primeras oraciones del Cánon?

R. Los principales fines por los que se ofrece el sacrificio, las personas que toman en él una parte especial, y finalmente la comunion que existe entre la Iglesia del cielo y la de la tierra.

P. ¿Qué debemos practicar al rezarlas?

R. Debemos amoldar nuestras intenciones en las de la Iglesia, formar con todos únicamente un corazon y un alma, y poner toda nuestra confianza en la intercesion de los Santos.

*Oracion y propósito*, pág. 246.

---

## LECCION XXI.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LA CUARTA PARTE DE LA MISA (CONTINUACION).

P. ¿Qué hace el sacerdote antes de la consagracion?

R. Toma posesion de la víctima extendiendo las manos sobre el pan y el vino, en cuya ocasion debemos considerarnos como víctimas y ofrecernos á Dios.

P. ¿Qué pide luego el sacerdote?

R. El mayor de los milagros, la conversion del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo, y tiene poder para conseguirlo.

P. ¿Quién le confirió semejante poder?

R. El mismo Salvador diciendo: *Haced esto en memoria de mí.*

P. ¿Qué hace en seguida?

R. Pronuncia con voz natural y sencillamente, á imitacion del mismo Nuestro Señor cuando hacia milagros, las palabras de la consagracion.

P. ¿Por qué eleva la hostia y el cáliz despues de la consagracion?

R. Para presentar á la adoracion de todos al Salvador que acaba de inmolarse.

P. ¿Qué hace el sacerdote despues de la elevacion del cáliz?

R. Reza una oracion ofreciendo el cuerpo de Nuestro Señor al Dios Padre, en memoria de su Pasion, de su Resurreccion y de su Ascension.

P. ¿Y qué le pide?

R. Que reciba favorablemente la víctima que le presenta, y los corazones de los fieles, que le ofrece junto con aquella.

P. ¿Y qué mas?

R. En el *Memento* por los difuntos, le pide la entrada de las almas del purgatorio en la Jerusalen celeste.

P. ¿Qué debemos desear durante estas oraciones?

R. Ser víctimas dignas de Dios, á fin de conseguir el cielo, que es el efecto del sacrificio, y confiar plenamente para obtenerlo en los infinitos méritos de Nuestro Señor.

*Oracion y propósito*, pág. 258 y 259.

---

## LECCION XXII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LA QUINTA PARTE DE LA MISA.

P. ¿En qué punto empieza la quinta parte de la misa?

R. En el Padre nuestro, y comprende hasta la Comunion; el Padre nuestro va precedido de un prefacio ú oracion preparatoria, para ayudarnos á rezarlo como se debe.

P. ¿Qué hace el sacerdote despues del *Padre nuestro?*

R. Divide la hostia sobre el cáliz, coloca una parte de ella en la sangre preciosa, para manifestar la íntima union que vamos á contraer con Nuestro Señor por medio de la Comunion, y deposita las otras dos en la patena para comulgar despues.

P. ¿Qué practicaban en aquel instante los primeros cristianos?

R. Dábanse el ósculo de paz para indicar que se amaban como hermanos, costumbre de la que ha quedado un resto en el ósculo que el diácono da al Clero en los dias de fiesta.

P. ¿Qué es el *Agnus Dei?*

R. Una oracion por la que el sacerdote pide á Nuestro Señor que nos dé la paz en este mundo y en el otro.

P. ¿Qué oraciones reza el sacerdote despues del *Agnus Dei?*

R. Tres muy hermosas, con objeto de disponerse inmediatamente para recibir á Nuestro Señor.

P. ¿De qué palabras van seguidas?

R. De las del Centurion: *Señor, no soy digno de que entreis en mi casa, mas decid una sola palabra, y mi alma quedará limpia.*

P. ¿Por qué se reza el *Confiteor* antes de comulgar?

R. Para excitarse á la compuncion y á la humildad.

P. ¿En qué consisten las abluciones?

R. En ciertas purificaciones, por las cuales el sacerdote limpia su boca y sus dedos, á fin de que nada quede en ellos de las santas especies.

*Oracion y propósito*, pág. 271.

---

## LECCION XXIII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LA SEXTA PARTE DE LA MISA.

P. ¿Cuál es la sexta y última parte de la misa?

R. La accion de gracias, que comprende desde la Comunion hasta el Evangelio de san Juan.

P. ¿En qué consiste la antífona llamada Comunion?

R. En una oracion que antiguamente se cantaba durante la Comunion; pues así como se canta en los festines de los reyes, la Iglesia ha querido que se cantase tambien durante el banquete en que el hombre se sienta á la mesa del mismo Dios.

P. ¿Qué se entiende por Postcomunion?

R. Una oracion que despues de la Comunion se reza en accion de gracias.

P. ¿Qué significa el *Ite, missa est?*

R. *Idos, os despido;* es decir: Podeis retiraros, ya ha concluido la misa.

P. ¿Dícese siempre *Ite, missa est?*

R. No, señor, pues antiguamente en los dias de ayuno se invitaba al pueblo á continuar en sus alabanzas á Dios, y se decia: *Bendigamos al Señor, Benedicamus Domino;* por esto es que se dice todavía, sobre todo durante el Adviento y la Cuaresma.

P. ¿Con qué objeto da el sacerdote la bendicion?

R. Para manifestar á los fieles su anhelo de que conserven los frutos del santo sacrificio, su afeccion y su deseo de que obtengan todos la salvacion.

P. ¿Por qué se reza el Evangelio de san Juan?

R. Por el profundo respeto que siempre se ha tenido hácia aquellas santas palabras, tanto, que los mismos gentiles habrian querido verlas grabadas en letras de oro en todos los lugares de reunion, á fin de que nadie dejase de leerlas.

P. ¿Qué dice el pueblo al terminarse el Evangelio?

R. El pueblo, por boca del acólito, contesta: *Deo gratias: Gracias á Dios;* es decir, gracias sean dadas á la santísima Trinidad por todos sus beneficios, de que es un resúmen el sacrificio del altar.

P. ¿Cómo debemos salir de misa?

R. Con mucho recogimiento, y además debemos portarnos durante todo el dia como si hubiésemos asistido en el Calvario á la muerte del Salvador.

*Oracion y propósito*, pág. 280.

---

## LECCION XXIV.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LOS DIAS DE LA SEMANA Y DEL MES.

P. ¿Cómo debemos considerar los dias de la semana?

R. Como una continua fiesta, en la que es preciso honrar á Dios por la santidad de nuestra conducta.

P. ¿Por qué se establecieron fiestas particulares?

R. Para reanimar nuestro fervor y excitar nuestro reconocimiento recordándonos los grandes misterios de la Religion.



P. ¿Qué nombre da la Iglesia á los dias de la semana?

R. El de *ferias*, que significa reposo y fiesta, para recordarnos que cada dia debe ser para nosotros un dia de descanso por la cesacion del pecado, y un dia de fiesta por el gozo de una conciencia pura.

P. ¿Qué particulares devociones van unidas á cada uno de los dias de la semana?

R. El domingo está consagrado á la santísima Trinidad; el lunes á las almas del purgatorio; el martes á los Ángeles de la guarda; el miércoles á la Pasion; el jueves á la Eucaristía; el viernes á la muerte de Nuestro Señor, y el sábado á la santísima Vírgen.

P. En los primitivos siglos ¿qué eran los miércoles y viernes de cada semana?

R. Dias de *estaciones*, es decir, dias de ayuno, de oraciones y de reunion en el sepulcro de los Mártires.

P. ¿Que observas en los dias del mes?

R. Que la Iglesia ha dado á cada uno de ellos el nombre de un Santo, para recordarnos cada dia el ejemplo de nuestros hermanos que están en el cielo, alentarnos á seguir su ejemplo, y á imitar sus virtudes.

P. ¿Qué debemos practicar para corresponder á esta intencion de la Iglesia?

R. Leer la Vida del Santo de cada dia, sobre todo en familia.

*Oracion y propósito*, pág. 296.

---

## LECCION XXV.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — DEL ADVIENTO.

P. ¿Qué se entiende por Adviento?

R. El *Adviento*, palabra que significa llegada ó advenimiento, es un tiempo de oraciones y de penitencia establecido por la Iglesia á fin de prepararnos para la fiesta de Navidad.

P. ¿Cuánto tiempo dura?

R. Cuatro semanas, símbolo de los cuatro mil años durante los cuales fue esperado el Mesías.

P. ¿Qué debemos practicar para pasar el Adviento del modo debido?

R. Penetrarnos de los dos sentimientos que la Iglesia desea inspirarnos.

P. ¿Cuál es el primero?

R. Un sentimiento de penitencia.

P. ¿Qué medio emplea la Iglesia para inspirárnoslo?

R. Nos recuerda la idea del juicio final, y las palabras que san Juan dirigia á los judíos á orillas del Jordan: *Haced penitencia; preparad las vias del Señor; haced derechos sus senderos.*

P. ¿Y qué mas?

R. Adopta en sus ornamentos el color morado, y suprime en una parte de sus oficios el *Gloria in excelsis* y la *Alleluia.*

P. ¿Cuál es el segundo sentimiento que quiere la Iglesia inspirarnos?

R. Un ardiente deseo del Mesías.

P. ¿Qué practica para lograrlo?

R. Nos invita á suspirar por su venida como los Patriarcas y los Profetas, anunciándonos en las Epístolas y en los Evangelios de la misa el próximo advenimiento del Mesías.

P. ¿Qué otra cosa hace desde el 15 de diciembre hasta el 23 del mismo mes?

R. Nos hace repetir las grandes antífonas, que son otros tantos ardientes suspiros por el Mesías.

P. ¿Qué debemos practicar para no defraudar las intenciones de la Iglesia?

R. Para ello debemos, 1.° renunciar al pecado; 2.° hacer algunas obras de mortificacion; 3.° desear ardientemente en nuestros corazones la venida de Nuestro Señor; 4.° vivir con mayor recogimiento y fervor que en los tiempos ordinarios.

P. ¿Por qué debemos pasar el Adviento del modo dicho?

R. Por varios motivos; 1.° por obediencia á la Iglesia; 2.° por reconocimiento hácia Jesucristo; 3.° por nuestro interés espiritual, pues nuestro fervor será la medida de las liberalidades del Mesías.

*Oracion y propósito*, pág. 307.

---





# LECCION XXVI.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

P. Qué fiesta se celebra el dia 8 de diciembre?

R. La de la Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen.

P. ¿Á quién honramos con esta fiesta?

R. Á la santísima Vírgen preservada del pecado original.

P. ¿Por qué fue la santísima Vírgen preservada del pecado original?

R. Porque así convenia á la gloria de la santísima Trinidad, puesto que María santísima es la querida Hija del Padre, la Madre del Hijo, y la Esposa del Espíritu Santo.

P. ¿Es muy antigua esta fiesta?

R. En Oriente data de los primeros siglos de la Iglesia, y en Occidente de antes del XII. San Anselmo, arzobispo de Cantorbery, contribuyó mucho á su propagacion, y los Sumos Pontífices han concedido grandes indulgencias á los que la celebren dignamente.

P. ¿Qué debemos observar acerca del establecimiento de esta fiesta?

R. Que al establecerla, la Iglesia no ha adquirido nuevas luces, que solo ha manifestado su sabiduría obedeciendo á la órden de la Providencia y á las necesidades de sus hijos.

P. ¿Cómo nos santifica la fiesta de la Inmaculada Concepcion?

R. Advirtiéndonos que debemos imitar en cuanto nos sea posible la pureza sin mancilla de la santísima Vírgen, puesto que hemos de recibir en la comunion el mismo Dios de que fue ella madre.

P. ¿Qué debemos practicar para celebrarla dignamente?

R. Debemos: 1.° dar gracias á Dios por haber preservado á la santísima Vírgen del pecado original; 2.° felicitar á María por tan glorioso privilegio; 3.° robustecer en nosotros la resolucion de evitar las menores faltas; 4.° hacer alguna obra buena para honrar dignamente á la santísima Vírgen, y merecer su proteccion.

*Oracion y propósito*, pág. 317.

## LECCION XXVII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—DE LAS CUATRO TÉMPORAS Y VIGILIAS.

P. ¿En qué consisten las cuatro Témporas?

R. En tres dias de ayuno que corresponden al fin de cada estacion del año, y cuyo orígen data de los tiempos apostólicos; al establecerlas la Iglesia nos dió otra prueba de su celo por nuestra felicidad.

P. ¿Cómo así?

R. Porque ha determinado el tiempo y modo de cumplir el precepto de Nuestro Señor: *Si no haceis penitencia pereceréis todos*, precepto que á todos nos comprende como á hombres, como á pecadores y como á cristianos.

P. ¿Qué habria sucedido sin el establecimiento de las cuatro Témporas?

R. Que la mayor parte de los hombres olvidando el precepto divino que les manda hacer penitencia, habrian llegado delante de Dios cargados de deudas, y hubieran sido condenados al infierno, ó al menos á un riguroso purgatorio.

P. ¿Cómo nos hace cumplir la Iglesia el precepto de la penitencia?

R. Ordenándonos tres clases de ejercicios: el ayuno, la oracion y la limosna, antídoto de las tres grandes pasiones que viven en nosotros; el amor del placer, el amor de los honores y el amor de las riquezas.

P. ¿Qué objeto particular tuvo además del expresado, al establecer las cuatro Témporas?

R. Varios, y son: 1.° pedir perdon á Dios de los pecados cometidos durante la estacion que acaba de transcurrir; 2.° darle gracias por los favores que nos ha dispensado; 3.° atraer las bendiciones del cielo sobre las ordenaciones; y 4.° ayudarnos á pasar mas cristianamente la estacion que va á empezar.

P. ¿En qué consisten las vigilias?

R. En un dia de abstinencia y de ayuno que precede á las grandes festividades del año.

P. ¿Cuántas se cuentan?

R. Cinco: la de Navidad, de Pascua, de Pentecostes, de la Asuncion, de Todos los Santos, y en algunas diócesis la de san Pedro y de san Pablo.

P. ¿Qué debemos hacer para observarlas?

R. Pasarlas en la práctica de las buenas obras prescritas por la Iglesia, á fin de prepararnos para la celebracion de la festividad, y de recibir las gracias que Dios concede siempre en ellas con mayor abundancia.

*Oracion y propósito*, pág. 327.

---

## LECCION XXVIII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — NAVIDAD.

P. ¿Qué fiesta celebramos el dia 25 de diciembre?

R. La de Navidad.

P. ¿En qué consiste la fiesta de Navidad?

R. En el dia en que Nuestro Señor vino al mundo; es de fe que el Hijo de Dios, encarnado en el seno de la Vírgen María, nació, para salvarnos, en el establo de Belen.

P. Refiéreme la historia de su nacimiento.

R. Hacia cuatro mil años que el mundo esperaba al Libertador que Dios habia prometido por medio de los Profetas, cuando por órden de Augusto, José y María se dirigieron á Belen con el fin de hacerse inscribir en los registros públicos; al llegar á la ciudad no hallaron casa en donde alojarse, así es que se guarecieron en un establo situado en el campo, en el cual la santísima Vírgen dió á luz al niño Jesús en medio de la noche.

P. ¿Por quién y á quiénes fue anunciado su nacimiento?

R. Por los Ángeles á unos pastores que guardaban sus rebaños en las inmediaciones de la gruta.

P. Descríbeme la gruta de Belen.

R. La gruta de Belen, donde nació el Salvador, está tallada en la roca; tiene treinta y siete piés y medio de largo, once piés y tres pulgadas de ancho, y nueve piés de altura.

P. ¿Por qué motivo hizo Dios saber á los pastores, antes que á todos, el nacimiento de su Hijo?

R. Para enseñarnos la estimacion que debemos hacer de la pobreza y sencillez de corazon.

P. ¿Por qué se pasa en oraciones la noche de Navidad?

R. Para honrar la hora en que Nuestro Señor vino al mundo.

P. ¿Qué debemos practicar para celebrar del modo debido la fiesta de Navidad?

R. Excitar en nuestro corazon un tierno amor por el niño Jesús y adorarle humildemente en el pesebre.

P. ¿Y qué mas?

R. Debemos tambien darle gracias por haber venido á salvarnos, prometerle imitar las virtudes de su santa infancia, y como él amar las humillaciones, la pobreza y los sufrimientos.

P. ¿Por qué dicen los sacerdotes tres misas el dia de Navidad?

R. Para honrar los tres nacimientos del Hijo de Dios : 1.° su nacimiento eterno en el seno de su Padre; 2.° su nacimiento temporal en Belen; 3.° su nacimiento espiritual en el corazon de los justos por la caridad.

P. ¿Es obligacion el oir las tres misas?

R. No, señor; mas es conveniente oirlas cuando se puede.

*Oracion y propósito*, pág. 344.

---

## LECCION XXIX.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—FIESTA DE LA CIRCUNCISION.

P. ¿Qué fiesta se celebra el dia 1.° de enero?

R. La de la Circuncision.

P. ¿En qué consiste esta fiesta?

R. En el dia en que Nuestro Señor fue circuncidado y llamado Jesús.

P. ¿Por qué quiso Nuestro Señor ser circuncidado?

R. Para manifestar que era verdaderamente hombre é hijo de Abrahan, segun las profecías, y para enseñarnos á observar fielmente las leyes de la Religion.

P. ¿Por qué recibió Nuestro Señor el nombre de Jesús?

R. El nombre de Jesús, que significa Salvador, lo recibió Nuestro Señor porque nos salvó del pecado y de la muerte eterna.

P. ¿Quién le dió este nombre?

R. El mismo Dios su Padre, desde el momento de la encarnacion, si bien no fue revelado hasta el dia de la circuncision, en cuyo dia daban los judíos nombre á sus hijos.

P. ¿De qué nos salvó Nuestro Señor?

R. Del pecado y de la muerte eterna, salvando tambien la familia, la sociedad, las naciones todas del error y de la esclavitud; por esto se le llama el Salvador del mundo.

P. ¿Cómo debemos pronunciar el nombre de Jesús?

R. Con mucho respeto, confianza y amor; siempre que al pronunciarlo ó al escucharlo se hace una inclinacion, se gana una indulgencia.

P. ¿Es muy antigua la fiesta de la Circuncision?

R. Muchísimo, pues fue establecida en expiacion de los desórdenes á que se entregaban los gentiles durante el dia primero del año.

P. ¿Qué debemos practicar para celebrarla debidamente?

R. Para ello debemos: 1.° detestar el pecado que fue la causa de los sufrimientos del niño Jesús; 2.° despojarnos de toda desarreglada afeccion por las criaturas; 3.° compadecer á la santísima Vírgen.

P. ¿Y qué debemos hacer para pasar debidamente el dia primero del año?

R. 1.° Examinar en qué estado nos hallamos con Dios; 2.° pensar en la brevedad del tiempo; 3.° hacer cristianos votos por nuestros parientes y por los hombres todos; 4.° ofrecer alguna limosna ó alguna mortificacion en honor del niño Jesús.

*Oracion y propósito*, pág. 356.

---

## LECCION XXX.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.—EPIFANÍA.

P. ¿Qué fiesta celebra la Iglesia el dia 6 de enero?

R. La de la Epifanía, llamada por otro nombre *dia de los Reyes*; en el espacio de quince dias, nuestra buena Madre nos llama por tres veces al pesebre de Belen á fin de enseñar á los ricos la caridad para con los pobres, y á los pobres la resignacion en sus privaciones.

P. ¿Qué significa la palabra *Epifanía*?

R. Manifestacion.

P. ¿En qué consiste la fiesta de la Epifanía?

R. En el dia en que el niño Jesús fue adorado por los Magos.

P. ¿Quiénes eran los Magos?

R. Los Magos, que se cree eran en número de tres, eran unos sábios y reyes de Oriente, que iluminados por la gracia y guiados por una milagrosa estrella fueron á Belen á adorar al niño Jesús, y á ofrecerle oro, incienso y mirra.

P. ¿Por qué le ofrecieron tales presentes?

R. Ofreciéronle oro para indicar que era rey; incienso para indicar que era Dios, y mirra para indicar que era hombre.

P. ¿Qué hicieron los Magos despues de adorar al niño Jesús?

R. Volviéronse á su país por distinto camino del que siguieron á su venida, y allí anunciaron la venida del Mesías.

P. ¿Es muy antigua la fiesta de la Epifanía?

R. Data de los primeros tiempos de la Iglesia, la que la ha celebrado siempre con gran pompa considerándola como la continuacion de la fiesta de Navidad; esta es la causa de que no se ayuna la víspera.

P. ¿Qué debemos practicar para santificarla?

R. Imitar á los Magos por nuestra fidelidad en la gracia, y por evitar las malas compañías.

P. ¿Y qué mas?

R. Dar gracias á Dios por nuestra vocacion á la fe, conformar nuestra conducta á nuestra creencia, y pedir la conversion de los infieles.

*Oracion y propósito*, pág. 367.

FIN DEL TOMO SÉPTIMO.

# ÍNDICE

## DEL TOMO SÉPTIMO.

---

## PARTE CUARTA.

### LECCION I.

CULTO EXTERNO, Ó EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

PÁG.



### LECCION II.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



### LECCION III.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



### LECCION IV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



### LECCION V.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION XIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XIV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XVII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XVIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION XIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XXI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XXII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XXIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XXIV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

LECCION XXV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XXVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XXVII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XXVIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



LECCION XXIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

## LECCION XXX.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.



FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SÉPTIMO.

# LIBROS Y HOJAS VOLANTES

QUE HA DADO Á LUZ

# LA LIBRERÍA RELIGIOSA

FUNDADA EN BARCELONA

BAJO LA PROTECCION

DE LA VÍRGEN SANTÍSIMA DE MONTSERRAT Y DEL GLORIOSO SAN MIGUEL

EN EL AÑO DE 1848.

---

Las obras que ha publicado hasta el presente son las siguientes, advirtiéndose que muchas se han reimpreso varias veces, y una de ellas hasta treinta. Se hallan de venta en Barcelona librería de *Riera*, y en provincias en casa los señores Encargados nombrados al efecto.

## *Obras en 8.°*

—Catecismo con 48 estampas explicado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo á 6 rs. en pasta.

—Id. id en catalan: á 6 rs. id.

—Catecismo de Feller. Cuatro tomos á 24 rs. id.

—Vida devota por san Francisco de Sales: á 6 rs. id.

—Las delicias de la Religion: á 6 rs. id.

—Confesiones de san Agustin. Dos tomos á 12 rs. id.

—Historia de la Reforma por Cobbet. Dos tomos á 12 rs. id.

—Nuevas Cartas por Cobbet: á 6 rs. id.

—Preparacion para la Navidad de Jesús por san Ligorio: á 6 rs. id.

—Tesoro de proteccion en la santísima Vírgen por Almeida: á 6 rs. id.

—Armonía de la Razon y de la Religion por Almeida. Dos tomos á 12 rs. id.

—Combate espiritual. Dos tomos á 12 rs. id.

—La existencia de Dios por Aubert: á 6 rs. id.

—Las notas de la Iglesia por Aubert: á 6 rs. id.

—La conformidad con la voluntad de Dios por Rodriguez: á 6 rs. id.

—Historia de María santísima por Orsini. Dos tomos á 12 rs. id.

—Instruccion de la Juventud por Gobinet. Dos tomos á 12 rs. id.

—La Biblia de la Infancia por Macías: á 6 rs. id.

—La divinidad de la Confesion por Aubert: á 6 rs. id.

—La Tierra Santa por Geramb. Cuatro tomos á 24 rs. id.

—Guia de pecadores por el V. Granada. Dos tomos á 12 rs. id.

—Reflexiones sobre la naturaleza por Sturm. Seis tomos á 36 rs. id.

—Obras de santa Teresa. Cinco tomos á 30 rs. id.

— Reloj de la pasion por san Ligorio : á 6 rs. id.

— Católica infancia por Varela : á 6 rs. id.

— Vida de santa Catalina de Génova : á 6 rs. id.

— Verdadero libro del pueblo por Madama Beaumont : á 6 rs. id.

— ¿Á dónde vamos á parar? por Gaume : á 6 rs. id.

— El Evangelio anotado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 4 rs. id.

— Veni mecum por el Ilmo. Sr. Caixal : á 7 rs. en piel de color y relieve.

— Las delicias del campo, ó sea agricultura cubana por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 7 rs. en media pasta.

— Llave de oro para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. en pasta.

— El Nuevo manojito de flores para los confesores por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. id.

— Vida de san Luis Gonzaga : á 6 rs. id.

— Virginia. Tres tomos á 18 rs. id.

— Ejercitatorio de la vida espiritual por el P. Fr. Francisco García de Cisneros : á 6 rs. id.

## *Obras en 8.° mayor.*

— Año cristiano por Croisset. Diez y seis tomos á 160 rs. en pasta.

— El hombre feliz por Almeida : á 10 rs. id.

— Exposicion razonada de los dogmas y moral del Cristianismo por Barran. Dos tomos á 20 rs. id.

— Historia de la sociedad doméstica por Gaume. Dos tomos á 20 rs. id.

— Las Glorias de María por san Ligorio : á 10 rs. id.

— El Espíritu de san Francisco de Sales : á 10 rs. id.

— La única cosa necesaria por Geramb : á 10 rs. id.

— El Catolicismo en presencia de sus disidentes por Eyzaguirre. Dos tomos á 20 rs. id.

— Meditaciones del P. Luis de La Puente. Tres tomos á 30 rs. id.

— Catecismo de Perseverancia por Gaume. Ocho tomos á 80 rs. id.

## *Obras en 4.°*

— Estudios filosóficos por Augusto Nicolás. Tres tomos á 36 rs. en pasta.

— Historia de la Iglesia por Alzog. Cuatro tomos á 44 rs. id.

— Historia eclesiástica de España por La Fuente. Tres tomos á 33 rs. id.

— Historia de las Variaciones por Bossuet. Dos tomos á 22 rs. id.

— Historia de la Compañía de Jesús por Cretineau-Joli. Cinco tomos á 55 reales id.

— El Protestantismo por Augusto Nicolás : á 11 rs. id.

— Pensamientos de un creyente por Debreyne : á 11 rs. id.

— Las Criaturas por Sabunde : á 11 rs. id.

— Ensayo sobre el Panteismo por Maret : á 11 rs. id.

— La Cosmogonía y la Geología por Debreyne : á 11 rs. id.



—La Teodicea por Maret: á 11 rs. id.
—Lárraga novísimamente adicionado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 24 rs. id.

## *Obras en 4.° mayor.*

—La santa Biblia en español por el P. Scio. Seis tomos á 210 rs. en piel de color y relieve.
—Las Vindicias de la Biblia. Un tomo á 39 rs. id.

## *Obras en 16.°*

—Caractéres de la verdadera devocion por el P. Palau: á 4 rs. en pasta.
—El arte de encomendarse á Dios por el P. Bellati: á 4 rs. id.
—Las horas sérias de un jóven, por Sainte-Foix: á 5 rs. id.
—El Camino recto por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 5 rs. en piel de color y relieve.
—Id. id. en catalan: á 4 rs. id.
—Ejercicios para la primera comunion por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 3 rs. id.
—La verdadera sabiduría por el Excmo é Ilmo. Sr. Claret: á 4 rs. pasta.
—Coleccion de opúsculos por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Cuatro tomos á 20 rs. id.

## *Opúsculos sueltos.*

—Avisos á un sacerdote, á 30 rs. el ciento.
—Avisos muy útiles á los padres de familia, á 30 rs. el ciento.
—Avisos muy útiles á las casadas, á 30 rs. el ciento.
—Avisos muy útiles á las viudas, á 30 rs. el ciento.
—Avisos saludables á los niños, á 30 rs. el ciento.
—Avisos saludables á las doncellas, á 26 rs. el ciento.
—Avisos á un militar cristiano, á real el ejemplar.
—El rico Epulon en el infierno, á 22 rs. el ciento.
—Reflexiones á todos los Cristianos, á 24 rs. el ciento.
—Resúmen de los principales documentos que necesitan las almas que aspiran á la perfeccion, á 24 rs. el ciento.
—Los tres estados del alma, á 20 rs. el ciento.
—Reglas de espíritu que á unas religiosas muy solícitas de su perfeccion enseñan san Alfonso Ligorio y el V. P. Senyeri Juniore, á 20 rs. el ciento.
—Respeto á los templos, á 22 rs. el ciento.
—Galería del desengaño, á 26 rs. el ciento.
—La Escalera de Jacob y la puerta del cielo, á 30 rs. el ciento.
—Maná del cristiano, á 15 rs. el ciento.
—Idem en catalan, á 15 rs. el ciento.
—El amante de Jesucristo, á real el ejemplar.

**—La Cesta de Moisés, á real el ejemplar.**

**—Religiosas en sus casas, ó las hijas del santísimo é inmaculado Corazon de María, á real y medio el ejemplar.**

**—Breve noticia del orígen, progresos, gracias é instrucciones de la Archicofradía del sagrado Corazon de María, para la conversion de los pecadores; junto con una Novena, para impetrarla del Corazon inmaculado de María, á real y cuartillo el ejemplar.**

**—Socorro á los difuntos, á real el ejemplar.**

**—Bálsamo eficaz para curar un sinnúmero de enfermedades de alma y cuerpo, á real el ejemplar.**

**—Antídoto contra el contagio protestante, á 30 rs. el ciento.**

**—El viajero recien llegado. Obrita muy importante en las actuales circunstancias, á 26 rs. el ciento.**

**—Compendi ó brèu explicació de la doctrina cristiana en catalan, á 28 maravedís uno.**

**—El Protestantismo por P. J. P.: á real.**

**—Id. id. en catalan: á real.**

**—El Ferrocarril por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 24 mrs.**

**—La Época presente por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 24 mrs.**

**—La Mision de la mujer por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 23 rs. el ciento.**

**—Las Conferencias de san Vicente para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 50 rs. el ciento.**

**—Cánticos espirituales por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á real y cuartillo.**

---

**—*Estampas varias ó papeles sueltos, á 64 rs. resma*: las hay de varias clases, y la mayor parte se distinguen por números; hasta ahora van impresos los números 1-2-21-22-34-35-36-37-38-39-41-42.**

**—Cédula contra la blasfemia.**

**—Modo de rezar el Rosario.**

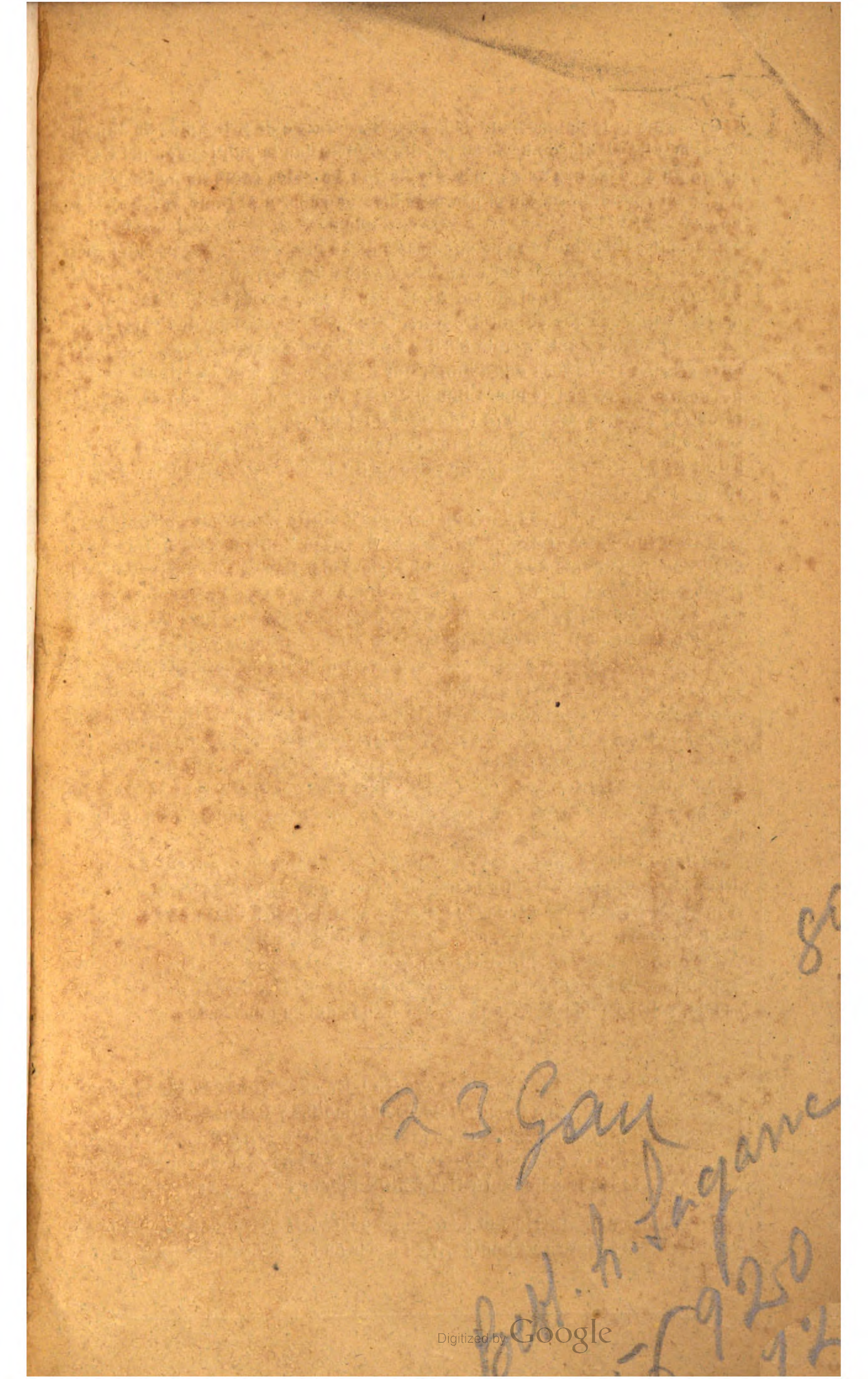
**—Specimen vitæ sacerdotalis.**

**—Memoria de la mision.**

**—Pax vobis.**

**—Aviso importantísimo.**

---


23. Gau

Conforme lo teníamos anunciado en el **Prospecto** de principios de año, ha seguido é irá siguiendo hasta su próxima conclusion la publicacion del **Catecismo de Perseverancia**, cuya aceptacion ha sido, como no podia menos, universal y prodigiosa. En el presente mes se reparte el tomo VII, y está ya en prensa el VIII y último para ser repartido en el próximo diciembre. Otros compromisos tenemos aun pendientes en dicho **Prospecto**, que por no habernos sido ni sernos posible evacuarlos durante este año, van á quedar cumplidos luego de empezado el nuevo. Anunciamos entonces (y lo hicimos por especial recomendacion de nuestro Ilmo. Director el Sr. Obispo de Urgel) la por demás agradable é interesante obrita: **Los Mártires del Japon**, ó sea, *Historia del Cristianismo en aquel reino*, que darémos luego de terminada su impresion.—En el mes de enero inmediato se repartirá á los señores suscriptores el **Ejercitatorio** *de la vida espiritual* del P. Fr. García de Cisneros, sobre cuya obrita hemos dicho ya lo conveniente en el Prospecto de la seccion ascético-literaria. — Consta de un tomo en 8.° Precio por suscripcion 4 rs. en rústica y 6 en pasta.

Tenemos escogido para darlo en febrero **El hombre infeliz consolado**, ó sea, **El todo para todos** del Sr. Abate D. Diego Zúñiga. Este último título cuadra perfectamente á la obrita esa que lleva el primero. Considerando el autor al hombre en treinta y cinco estados diferentes, ó sea, en cuantos estados puede creerse infeliz, despues de dejarle exponer las razones por las cuales se cree tal, responde á todas ellas de la manera mas adecuada y satisfactoria que pueda desearse. Su estilo sentencioso, grave y divertido al mismo tiempo, está lleno de una elocuencia natural, enérgica y nerviosa, y amenizado con innumerables sentencias de la sagrada Escritura, de los santos Padres y de autores profanos. Sea la persona del estado que fuere, si necesita de consuelo, en esta obrita lo hallará; y, si se propone consolar á otros, en ella hallará tambien argumentos, razones, ejemplos y sentencias con que emprenderlo y lograrlo.—Constará de un tomo en 8.° Precio por suscripcion 4 rs. en rústica y 6 encuadernado en pasta.

Cúmplenos hacer observar á los señores Eclesiásticos que, en cuanto á obras predicables, no perdemos un momento de vista lo que les tenemos ofrecido. A mas del **Apparatus et praxis formæ pro doctrina sacra in concione proponenda**, publicado ya, está pendiente de la decision de los Ilmos. Fundador y Director de la **Librería religiosa**, cuál deberá ser la primera que se publique de las que les decíamos teníamos escogidas. Solo el vehemente deseo del acierto pudo hacernos retardar hasta aquí su publicacion.

---

LA SANTA BIBLIA. *(Segunda edicion)*. En el próximo mes de diciembre repartirémos á los señores suscriptores el tomo 6.° y último.—Constará de 6 tomos en 4.° mayor con 32 láminas grabadas sobre acero y 9 mapas iluminados. El precio de cada tomo 26 rs. en rústica y 35 en piel de color y relieve, ó sea 156 rs. toda la obra en rústica y 210 en piel de color y relieve.

Sigue abierta la suscripcion á las obras pendientes y venta de todas las ya publicadas en los mismos puntos, y en poder de los señores encargados nombrados al efecto.



